Crónica negra de la historia reciente de ARGENTINA

Galimberti

MARCELO LARRAQUY
ROBERTO CABALLERO

AGUILAR

Marcelo Larraquy y
Roberto Caballero

Galimberti

© De esta edición:
2002, Santillana Ediciones Generales, S. L.
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid
Teléfono 91 744 90 60
Telefax 91 744 90 93

• Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.
Beazley 3860. 1437 Buenos Aires
• Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A. de C. V.
Avda. Universidad, 767, Col. del Valle,
México, D.F. CP. 03100
• Ediciones Santillana, S. A.
Calle 80 N° 10-23
Bogotá, Colombia

Diseño de cubierta: Gráfica

Primera edición: junio de 2002

ISBN: 84-03-09305-5
Depósito legal: M-23.017-02
Impreso en España por Anzos, S. L. Fuenlabrada (Madrid)
Printed in Spain

A Silvia, Cati, Pau, Magui y Nazareno,
por el amor que me dan.
A mis padres y hermanos, porque siempre me apoyaron.
ML

A Manuel y Camilo, mis dos soles.
A Cynthia Ottaviano, por nuestro amor.
A mis padres, Lalito y Fer, porque creen en mí.
RC

A Daniel Guebel, que nunca nos quiso escuchar.

A Susana Giménez, que nos abrió la puerta de esta historia.

«Yo soy mucho mejor de lo que ustedes piensan
y mucho peor de lo que imaginan».

RODOLFO GALIMBERTI

Índice

Prólogo

Viendo a Drácula

Conocimos a Rodolfo Galimberti en la casa de un columnista de *Página/12.* Fue el primero de noviembre de 1999. Llegó un minuto después de la hora convenida. Era una tarde de lluvia. Traía un puro apagado y se acercó con pasos cortos. Nos tendió la mano. Tenía un sello de oro en el meñique derecho, un reloj sin marca visible y una corbata roja. Era más flaco y más joven de lo que suponíamos. Estaba agitado. «Sin grabadoras», dijo. «Sin grabadoras», repetimos. Entonces fue a dejar su pistola 9 milímetros sobre un escritorio. Quería que la regla fuera pareja para las dos partes.

Cuando regresó, seguíamos de pie. Le pidió un vaso de agua del grifo al anfitrión y nos miró a los ojos.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó.

—Un buen libro —respondimos.

Hasta ese momento llevábamos más de un año investigando sobre su vida y habíamos entrevistado a noventa personas. El primer intento de acercamiento había sido el 5 de mayo, día de su cumpleaños. Le enviamos una tarjeta:

«Estimado Rodolfo Galimberti, estamos escribiendo un libro donde usted se lleva la mejor parte. Queremos conocerlo» ¡Feliz cumpleaños!

Firmado: sus biógrafos».

Entonces nos había agradecido la esquela con una llamada telefónica y nos formuló diez preguntas de «sucesión aproximativa»: quería saber quiénes éramos y a quién respondíamos. Nos pidió que lo llamáramos la semana siguiente para convenir un encuentro. Pero nunca más respondió a un mensaje.

Un diálogo telefónico con el columnista de *Página/12* nos volvió a abrir las puertas.

—¿Ustedes son los que están escribiendo la biografía de «Galimba»...?

—Sí.

—Está recaliente con ese asunto. Dice que es parte de una operación para cagarlo por el juicio de Hard Communication. Quiere verse con ustedes.

Galimberti tenía una opinión cerrada sobre las motivaciones de una biografía:

—Hay dos clases. Las que se hacen a favor del protagonista, y éste es el que la paga. Y las que se hacen en contra, que son operaciones de inteligencia. ¿A ustedes quién les paga?

Nos pedía que lo tuteáramos. Nos negamos. «Abandonen la actitud policial», repetía. Era un diálogo sin salida. El anfitrión intentó aflojarlo: «Rodolfo, por qué no te juntás mañana a conversar tranquilo... parecen pibes macanudos». Galimberti condicionó un futuro encuentro a que entrevistáramos a una serie de personas que empezó a seleccionar de su agenda. Tomamos nota. Eran:

Claudia Bello, Hugo Anzorregui, Claudia Peiró, Patricia Bullrich Luro Pueyrredón, Alberto Brito Lima, Jorge Antonio, Adolfo Cavagna Martínez, Miguel Ángel Toma, Eduardo Epszteyn, Alberto Schprejer, Octavio Frigerio, Mario Granero, Emilio Berra Aleman, Enrique «Mono» Grassi Susini, Daniel Hadad, Guillermo Seita, Aníbal Jozami, Alberto Kohan, Germán Kammerath, Jorge Rodríguez, Jorge Born, Archibaldo Lanús, Marcelo Longobardi, Alejandro MacFarlane, Felipe Sola, Carlos Spadone, Lorenzo Miguel y Jorge Luis Bernetti.

Algunos nombres nos sorprendieron. También las omisiones: en la lista no figuraban sus ex compañeros de Columna Norte de Montoneros. A la hora y media, la conversación continuaba entrecortada, y había perdido definitivamente el rumbo. Terminamos hablando de la reforma policial bonaerense y recordó una anécdota sobre el doctor León Arslanian: «Tuvimos una reunión y mientras me habla veo que se va inclinando despacio, despegando el culo del asiento hasta que se larga un pedo, y siguió hablando como si nada. ¿Qué confianza se puede tener en un tipo así?», se quejó.

Era un rodeo inútil. Él había perdido su turno con el dentista y tenía un funcionario judicial que lo esperaba. El anfitrión se tenía que ir.

— Nosotros no vamos a esperar seis meses para verlo, Rodolfo. Si quiere hablar, mejor. Y si no, lo lamentaremos pero el libro va a salir igual. Con usted o sin usted.

A Galimberti le gustó el desafío. Marcó un encuentro para el día siguiente, a la una de la tarde, en la parrilla La Rosa Negra de San Isidro. Aprovechó una distracción del anfitrión y antes de estrecharnos la diestra nos dijo:

—Está bien, el libro háganlo. Pero tengan en cuenta que se metieron con alguien muy pesado. Yo soy mucho mejor de lo que ustedes piensan pero mucho peor de lo que imaginan. Soy el Drácula argentino.

Y se fue con una sonrisa helada.

En el restaurante, tomó posición en una de las primeras mesas, con vista a la entrada. Nosotros quedamos de espaldas, tomamos la carta, elegimos el plato y el vino. Vestía un chaleco de cazador color marrón claro. El mozo nos hizo probar el vino. Era un Catena Zapata tinto. Lo degustamos. «¿No está bueno? ¿Es muy fuerte?», preguntó ansioso. Dudamos un segundo. Quisimos fundar una opinión. No nos dio tiempo. Lo hizo tirar sobre un recipiente de vidrio. El mozo trajo otro. «¿Éste…?», preguntó Galimberti. Volvimos a dudar. Seguíamos pensando en la respuesta justa. Ordenó tirarlo otra vez. «Estos boludos lo dejan a más de veinte grados...», criticó. Cuando el mozo abrió la tercera botella, le dijimos que estaba bien. No íbamos a pasar toda la tarde desechando vinos de cien dólares. Empezamos a comer langostinos, mientras preparaban las corvinas negras. Nos elogió la elección. Luego retomó el discurso del día anterior.

—¿Quien les paga? No sean boludos, díganmelo. No está mal ser un mercenario. Yo soy un mercenario. Lo fui toda mi vida. Y la mayoría de los periodistas también lo son. Hay ciento setenta y dos tipos que reciben sobres de la SIDE (Servicio de Inteligencia del Estado). Les puedo mostrar las filmaciones cuando van a retirar la guita. Se van a sorprender. Son tipos reconocidos, prestigiosos. Entonces díganme quién les paga y empecemos a laburar. Sean honestos conmigo. Abandonen la actitud policial.

Lo indignaba que continuáramos tratándolo de usted. No queríamos conceder nada.

—Ustedes no tienen conciencia de dónde se están metiendo. Se los voy a decir ahora porque ayer no correspondía. Ustedes me hicieron mucho daño desde la revista donde trabajan. Mucho daño económico. Hard perdió mucha guita por ustedes. Nos cagaron la empresa. Tenemos un juicio encima. Pero lo peor es que me difamaron. Dijeron que llamaba prostitutas para traerlas a la oficina...

—Nunca dijimos eso. Dijimos que en la oficina seleccionaban modelos para promociones.

—No se hagan los boludos conmigo. Yo no soy como los funcionarios de Gobierno que van a buscar putas a Black Jack... Pídanme disculpas —dijo de golpe.

—No, no tenemos nada de qué disculparnos.

—Ustedes no entienden... El oficio de ustedes es investigar. Está muy bien. Pero mi oficio es matar. Tienen que saberlo. Yo a ustedes los tengo en la lista de gente que quiero matar. Son mis enemigos. La tengo en mi mesa de luz. La repaso todas las mañanas...

Se inclinaba levemente hacia la mesa mientras nos hablaba. Su voz nos llegaba como un susurro forzado, metálico, duro y monocorde. Los mozos atendían a los comensales, cordiales. La música era agradable y estábamos a punto de largarnos.

—Parece un adolescente... un adolescente de quince años que le arma un escándalo a su novia por una cuestión de celos —le dijimos, furiosos.

Se aflojó un poco.

Muchachos, abandonen la actitud policial que tienen... no podemos laburar así.

Volvió a insistir en que lo tuteáramos. Pero su obsesión era saber quién nos pagaba.

—Entiéndalo, no nos paga nadie. Queremos hacer un libro que cuente los años setenta y los noventa a través suyo. El pasaje de un mundo a otro. Creímos que era una buena historia.

Quedó un segundo en silencio. Aprovechamos para preguntarle por las dos veces que estuvo detenido en 1969: queríamos saber si JAEN, la agrupación que dirigía, había incendiado la Facultad de Filosofía y Letras.

—No, sean honestos: ésa la hicimos entre todos. No nos adjudiquen más méritos de los que tuvimos...

Sacamos del portafolio un bloc de fotocopias de su libro *La Revolución Peronista.* Era un incunable. Le planteamos algunas dudas. Se quedó mirándonos.

—Pero entonces ustedes son dos ingenuos. Dos pelotudos... —hizo un gesto como si acabara de entender todo—. ¡Pero ustedes no tienen idea de dónde están parados! No sean boludos. Los van a hacer mierda. Si Estados Unidos se corre dos centímetros a la derecha, todos los periodistas como ustedes están sentenciados. Con el poder no se jode...

Ordenó café y nos convidó habanos; nos explicó cómo se cortaba la punta. Le preguntamos por la guerrillera Norma Arrostito. Se sonrió al decir: «Era una mujer única». Le preguntamos si había conocido al represor de la ESMA Jorge Rádice en los años setenta. «Tienen una mala técnica interrogativa, ustedes... Les voy a decir algo para que entiendan: yo soy igual que Rádice», replicó. No permitía que grabáramos nada. «Si no nos tenemos confianza... no podemos laburar así. Díganme quién les paga y largamos. No sean boludos». Nos habíamos prometido levantar la reunión a las seis de la tarde. Pero seguíamos. En un momento alzó su teléfono móvil y llamó a su ex esposa, Dolores Leal Lobo.

—¿Cómo estás? Hace como dos años que no nos vemos... ¿no? Yo estoy hecho un monstruo, peso doscientos kilos. Mañana paso a buscarte y tomamos un té con tarta... Escuchame una cosa. Quiero presentarte a dos periodistas de *Noticias* y que les cuentes todo sobre nosotros... pero la verdad.

Ella no entendía nada. Su ex marido se había vuelto loco. «Y de *Noticias,* además...», le decía. Galimberti trataba de convencerla.

—... Están haciendo un libro que le va a hacer bien al país.

El restaurante estaba vacío. El mozo nos preguntó con discreción si nos quedábamos a cenar. Caímos en la cuenta de que eran las nueve. Galimberti pagó la cuenta y dejó un billete de cien pesos de propina, más dos habanos. Saludó a Rojitas, el mozo, y le preguntó por Santiago del Estero, su provincia. En la acera, nos agradeció el encuentro. «Me emocionó la historia de tu abuela que participó en la Resistencia Peronista del cincuenta y cinco. Y gracias por haberme dicho que no me igualara con Rádice...», nos dijo.

—La gente nos ha contado historias terribles sobre usted, pero ninguno nos dijo que haya torturado a nadie. Esa es una diferencia —le correspondimos.

Al otro día nos llamó el columnista de *Pagina/12:*

—¿Qué pasó? Rodolfo dice que le faltaron el respeto, que son dos insolentes, dos maleducados que no entienden nada de nada... Se arrepintió de haberse reunido con ustedes. No quiere verlos más.

Al día siguiente lo llamamos desde un locutorio.

—...Ustedes me quieren cagar con mi concurso... —estalló.

Seguimos con nuestro trabajo. A la semana recibimos el mensaje de un emisario suyo. Nos invitó a cenar en el jardín de su casa. Era una noche abierta, de verano. La piscina estaba iluminada. Tomamos un vino Valmont. Pensamos que el diálogo con Galimberti se iba a recomponer.

—Rodolfo dice que el libro de ustedes va a ser una mierda y como mucho va a vender siete mil ejemplares. Se están rompiendo el culo para nada.

—Y es lo más probable...

Y dice que si lo que ustedes están buscando son veinte lucas, él se las da y le dejan de romper las bolas.

—Ni veinte lucas ni cien...

—Ni doscientas... —reafirmó el emisario, aliviado, con un golpe en la mesa.

—Nada. Decile que no entendió nada.

Después de las amenazas y el rechazo de su oferta para que lo olvidáramos, Galimberti pareció darse por vencido y aceptar los hechos. Una tarde nos pidió que lo llamáramos sin falta.

—Hola, estoy con el compañero Alberto Brito Lima tomando una copa para despedir el año. ¿No quieren hablar con él?

Combinamos una cita para el 31 de diciembre. En enero de 2000 volvimos a llamarlo a su móvil. Galimberti estaba en una tumbona tomando sol en Punta del Este. Era un día fantástico. Pero no podía olvidar al periodista Horacio Verbitsky, de quien hablaba como se habla de un enemigo.

—Acabo de leer un reportaje en *Veintidós* que es muy interesante. Por primera vez reconoce haber escrito el libro sobre Transporte Aéreo, patrocinado por la Fuerza Aérea en 1979. Es llamativa la fecha, ¿no? Ahora, pregúntenle, cuando

llega a un aeropuerto de Estados Unidos... ¿qué pone en ese pedazo del visado que pregunta si perteneció a una organización terrorista? ¿Qué pone él ahí...? Yo sé que todas éstas son miserias personales de los tipos que estuvimos en guerra... pero, otra cosa que no se entiende es cuando dice que se alegra de que hayan sido derrotados los montoneros porque si no tipos como yo hubiéramos tomado el poder y qué sé yo... Es decir, no se equivoca, si nosotros hubiéramos tomado el poder lo hubiéramos hecho mierda... eso está bien, es lúcido de parte de él. Si no, hoy estaría Firmenich de presidente. Pero él no puede haber estado en una organización armada y decir que se alegra de su derrota. No puede escindir de esa derrota a los 30.000 desaparecidos y la metodología que se empleó para derrotarnos...

—Vimos a Brito Lima —comentamos.

—¿Y cómo les fue?

—Llegó dos horas tarde. Justo apareció el ex intendente Rousselot por la confitería y comentó que estaba por abrir un shopping virtual en la web... Y en los setenta era el secretario de López Rega... Cambió todo, Rodolfo.

Después faltó a dos citas. En una tuvo la delicadeza de llamar media hora antes para avisar que no venía. El móvil era la única forma de establecer contacto. Eran diálogos zigzagueantes, costosísimos, de más de una hora. Pasábamos del radical Nosiglia al general fusilado Aramburu y, en el medio, el músico Emilio del Guercio. Nos recomendaba ver a un montón de gente que lo odiaba, y que además ya habíamos visto. Hacíamos cinco o seis entrevistas por semana.

—Ahora queremos verlo a usted, Rodolfo. Tiene que tener una colaboración más activa, más orgánica... —le sugeríamos.

—Entonces pínchenme el teléfono, no sean boludos. Graben las conversaciones... así van avanzando.

Accedió a un tercer encuentro a fines de febrero, en la cafetería de su ático de Dorrego 1940. Nos había pedido preguntas por escrito. Llevamos ciento treinta. Llegó cuarenta y cinco minutos más tarde. Apenas se sentó dijo que tenía que irse. No iba a hablar.

—Se los digo con franqueza. Yo soy lo contrario a lo que ustedes están buscando. Soy un personaje sin espesor, nunca fui funcionario. Hay tipos que te agarran un vagabundo y te hacen una novela... Además, ustedes son dos boludos. Perdieron su oportunidad. Estuvimos ocho horas hablando y no grabaron nada...

Sacamos tres cartulinas completas manuscritas con acciones y relaciones de sus últimos cuarenta años. Mes a mes. Era el recorrido de su vida. «Queremos hablar de todo esto», le dijimos.

—Si esto es el libro yo me pego un tiro en las bolas... ¿Saben lo que pasa? Yo quiero leer una carilla. Yo no sé cómo escriben.

Sacamos del portafolio una carilla sobre JAEN. Era la parte del adiestramiento militar de los cuadros. La leyó en silencio.

Está bien escrito, boludo —festejó—. Así tiene que estar escrito. Aparte se lee de corrido. No es una maldición. Esta bien contada la época, el fresco, es espectacular porque es una época que no conocen. Impecable... ¿Quién les sopló todo esto?

Parecía entusiasmado. En ese momento tuvimos la certeza de que no iba a matarnos. Al menos hasta que termináramos el libro. Iba a sentir curiosidad en leer algunas partes. Le dimos dos carillas más.

—Uy..., cómo le pegan a Bonasso. No sean hijos de puta, che... ¿Saben lo que es Bonasso? Le explotás una bolsa de basura en la espalda y se muere de un síncope. Es un farsante, se lo digo de corazón. Lo grave es que nunca tiró un papelito en su vida. ¿Viste los boludos grandotes que los mandan al fondo en el colegio? Pará, pará que quiero ver esto... Me encanta.

Nos devolvió el material, tomó las ciento treinta preguntas y las empezó a responder, una a una. «Sí, no, no es cierto», repetía. Eran respuestas telegráficas e ininteligibles. «Graben, graben, no sean boludos...». No encontrábamos las pilas de la emoción. Se enojó.

—Ustedes necesitan armas. Hacen las cosas de la guerrilla. Les faltan pilas, grabadoras, computadoras. Tienen que tener más infraestructura porque los van a matar. Van a perder la guerra... Además no pidieron nada de comer, son unos boludos. ¿Qué quieren, un té con tarta?

Su móvil no paraba de sonar. A las dos horas, mientras hablaba, cambió de tema en forma abrupta:

—¿Se dan cuenta de que acabo de cagar a un tipo? Y es un contacto importante. Tengo que darle otra cita para las ocho y media. No me destruyan la vida, hijos de puta...

Se levantó para irse. Le preguntamos si podíamos concertar un encuentro para el día siguiente. Nos dijo que tenía previsto andar en moto en el autódromo, pero no era nada seguro.

A partir de ese día empezamos a tutearlo.

A las tres semanas volvimos a reunimos en la cafetería. Eran las seis de la tarde. Javier Martina, su asistente y guardaespaldas, se sentó a conversar con nosotros mientras lo esperábamos. Tendría unos treinta y cinco años. Había sido policía. Parecía respetuoso y amable. Al rato Galimberti llegó con «El Gordo Marcelino». Lo presentó como un arquitecto amigo. Era un tipo de cuarenta años, cara fresca, perilla, algo excedido en kilos. Galimberti le pidió que esperara diez minutos en la otra mesa, que resolvía un tema con nosotros y lo atendía. Nos explicó que tenían que hablar de negocios. La entrevista iba a ser corta. Siete horas

después, «Marcelino» estaba semidormido en el sillón de su comedor y Galimberti hablaba en voz baja sobre la «contra» nicaragüense. Fue la primera vez que nos invitó a su casa. Era un ático equipado en metal y madera. La pared del baño estaba hecha de ladrillos de vidrio. Tenía una única ventana y estaba cerrada. Parecía que estábamos dentro de un submarino ruso. Nos mostró algunas armas de la Primera Guerra Mundial en un cuarto de arriba. También su dormitorio. Criticó al decorador que le puso el jacuzzi al lado de la cama. «Estos son los típicos inventos de los maricones. Discutí mucho con el diseñador, pero no me lo quiso cambiar...». Al lado del jacuzzi había una barra de acero que se extendía desde el suelo hasta el techo. Alguien nos había comentado que era un soporte para que las chicas hicieran su show de striptease. Era su hobby privado. Le preguntamos para qué servía la barra. «¿Esto?... Lo tengo para hacer gimnasia», respondió. Guardamos silencio. «No me van a pedir que les muestre ahora...». Encargó empanadas, una tarta de zapallo y Coca *light* de la cafetería. Hablamos de la caída del misil Cóndor, del libro sobre el guerrillero Gorriarán Merlo de Julio Villalonga y Juan José Salinas, de la inteligencia del Batallón 601 en Centroamérica. La comida no era buena. Él lo admitió. Como habíamos entrado en materia, le preguntamos qué rol le había correspondido en el tráfico de armas a Ecuador. En 1995, hubo una petición de investigación del diputado Jesús Rodríguez que lo involucraba con una sucursal belga de la fábrica de armas francesa GIAT. Y el representante argentino era su amigo el francés Xavier Capdevielle. Lo había publicado *La Nación.* Respondió de inmediato: «Lo llamamos a Capdevielle». Tomó móvil. «Hola, Javier. Rodolfo Galimberti. Si, guacho. ¿Cómo está el viejo? En la Argentina... Me di cuenta por cómo entra la llamada, ganso... ¿Vamos a hablar alguna vez de las cosas? ¿Ir a comer a tu casa ahora? Uy... estás más grave que yo. Estoy laburando. ¿Estás robando?... Escuchame una cosa, anormal. ¿Qué hacés mañana? Ah... ¿nueva novia? ¿Pero estás sobrio vos? Bueno, dale, pásamela, ¿cómo se llama? Hola. ¿Cómo te va? 2005. Estás en el futuro vos. ¿Qué edad tenés? Lo importante es la edad y las medidas. ¿Miss Punta del Este...? Dame con tu novio que te voy a ver inmediatamente... Eso no importa, estamos en combate todavía... con Oscar Wilde... me parece que chupé menos que vos, dame con el demente de tu novio. Un beso, encantado... ¿Escuchame, de dónde sacaste el aparato ese...? Estás cada día más grave... dejame el aparato abierto que termino lo que estoy haciendo y te llamo. ¿Vamos a contar algún día las cosas que hicimos o no? Pero estás dispuesto a hablar de algo... te hablo en serio... porque tengo unos amigos que están haciendo un libro. Les estoy contando la verdad. ¿Está bien? ¿Seguro? En algún momento te hago una cita para que hables con ellos... ¿Cuánto hace que no volás, anormal? ¿El avión lo tenés? Vayamos a volar mañana. Dejame el teléfono abierto que te llamo cuando termino con ellos...».

Ese día nos fuimos de su casa después de las cuatro de la madrugada. Cuando estábamos en la puerta, Galimberti le pidió a Javier Martina que despertara al «Gordo Marcelino».

El 18 de abril de 2000 a las ocho y media de la tarde lo vimos otra vez. Fue en The Horse, un bar de Intendente Bullrich y avenida Libertador. Estaba con su asistente. Nos dijo que tenía que resolver un asunto de negocios con gente de la otra mesa. Pero que después íbamos a hablar. Se fue con la taza de té en la mano y volvió a los dos minutos. «Con éstos se pierde el tiempo... hay que esperar que venga Toma». Cuando llegó el diputado, Galimberti volvió a irse. Lo vimos hablando con él durante casi veinte minutos. Nos pusimos a observar quién era el jefe de quién. Por los gestos y las actitudes, Galimberti parecía el jefe. Igual que en los tiempos de JAEN. Al rato, Miguel Ángel Toma se fue y Galimberti volvió con la taza de té en la mano. Quisimos saber cuándo y por qué empezó a dedicarse a los negocios.

—Yo cuando volví a la legalidad sentí que no tenía nada que aportar —dijo—. Renuncié a la política y me dediqué a hacer guita, a todo este quilombo. Tengo principios: pago cargas sociales, impuestos, buenos sueldos, trato bien a la gente... Les va a costar encontrar un tipo que diga «el Loco es un garca». Además, yo quiero homenajear a la gente de mi generación. Esa gente estaba para grandes cosas. Cuando veo a Vaca Narvaja vestido de gomero, a Perdía mendigando un puestito público, y a Firmenich autoexiliado en democracia, me dan asco. Ellos le faltan el respeto a los muertos. Yo me puse en la cabeza que mi mejor homenaje es tener éxito, demostrar que en esa época quisimos hacer la revolución y hoy podemos ser empresarios o multimillonarios...

—Siempre fui de derecha —siguió.

Nos pedía permanentemente que le planteáramos temas conflictivos.

—Pero che, hasta ahora lo único que hablamos fue de cómo se sacaba el sombrero mi abuelita... —se quejó.

Javier Martina se había ido un momento al baño. Le preguntamos si había matado a su mecenas Óscar Braun en Holanda.

—No, no digan eso —pidió—. Estaba en el Líbano cuando murió. Fue un accidente.

—Sin embargo sabemos que estuviste en el entierro... —soltamos.

—Volví por la muerte de él. Me llamaron de París a Beirut. «Murió Óscar Braun», me dijeron. Tomé el avión... Alitalia, Roma-París y llegué.

Cuando le comentamos que circulaba una versión que indicaba que después de su muerte le había robado cheques y tarjetas de crédito se ofendió de verdad.

—No... Está mal la lectura que ustedes hacen de nosotros. Yo soy capaz, para que ustedes me entiendan...

Miró la grabadora y la apagó con vehemencia.

Yo soy capaz de agarrarles la cabeza a ustedes, bajarlas sobre la mesa y abrírselas con un destornillador. Soy capaz de agarrar una ametralladora y disparar a todo el local. Y lo haría pero no porque sea un psicópata asesino. Lo haría sólo si fuera una misión. Nosotros no peleamos ni matamos para robar guita. Yo no soy un *killer...*

En ese momento volvió Javier del baño. Ya había poca gente en el local. Llevábamos cinco horas con un té y una tostada. Hacía frío. El mobiliario del bar era bastante antiguo. Había sido un lugar de moda en los setenta. En un momento, Galimberti se levantó de la mesa para ver el calibre del tiro que había en un ventanal. «Es de la época de la guerrilla», le aclaró el mozo, como si se tratara de una reliquia de la casa. Cuando volvió a sentarse, nos miró y nos recomendó que nos diéramos una inyección contra la gripe. «Llamen al médico y métanse en la cama. No sean boludos, no es paternalismo. En Europa hay una peste infernal. No van a poder terminar el libro...». Teníamos mil preguntas. Dos muchachos entraron al bar y se sentaron en una de las mesas de atrás nuestro. Galimberti dijo que eran chorizos. Se lo advirtió Javier con un gesto. Puso los codos sobre la mesa. Daba la sensación de que si los pibes se movían, agarraba su arma y empezaban los tiros. Y nosotros en el medio, con la cabeza en la línea de fuego.

Seguimos conversando. Javier no les sacaba los ojos de encima a los nuevos clientes. Nos dimos vuelta. Parecían chorizos de verdad. Hablando del periodismo argentino, salió el tema de Daniel Hadad. Galimberti estaba enojado con el artículo de su revista *La Primera* sobre los inmigrantes. «Yo se lo dije a Daniel. Es un mamarracho lo que hiciste. Aparte mal hecho. Le quitó un diente al boliviano que estaba en la tapa. Se comentó mucho eso. Aparte, me pareció que no fue generoso con cuatrocientos millones de latinoamericanos... ponerse a criticar la presencia de tipos que se están ganando la vida en nuestro país con trabajo... yo se lo dije... no lo comparto».

—¿Y él que dijo?

—Nada. Lo tomó como... Pero es grave. Me parece una política que no tiene destino y nos aísla de Latinoamérica. Nos hace un daño espantoso. Y ojalá que no le toque ir a vivir a Francia. Te digo por el color que él tiene. Cuando lo vean medio morochito en el aeropuerto y con el apellido Hadad, le van a empezar a mirar la cara.

Le preguntamos si compartía muchos negocios con ese periodista. Dudó un poco. Comentó que había recibido un reloj Bulgari con malla de bronce de su parte

en un cumpleaños. «Todavía lo tengo», acotó. Después comentó que tenía una «mesa de análisis» con Hadad y otros periodistas.

—¿Y qué hacen? —preguntamos.

—Cambiamos fichas. Nos sentamos, comemos. Comentamos informaciones, las condiciones económicas, qué va a pasar con el campo...

El mozo se clavó discretamente a un costado de la mesa y dijo que el bar tenía que cerrar.

El 2 de mayo de 2000, Galimberti nos presentó a Xavier Capdevielle en la cafetería. Era un francés bien educado, unos diez años más joven que él. Empezaron a recordar historias de Oriente Próximo, la guerra entre israelíes y palestinos, los negocios de venta de armas. Capdevielle hablaba pausado, con un español muy simpático. Javier le alcanzó un sobre a Galimberti: había sido elegido como presidente de mesa para la elección de jefe de Gobierno de Buenos Aires. Justo estaba hablando de cómo la violencia había marcado su vida.

—Vos fijate que hoy que desarrollamos actividades legales, que comerciamos... somos muy parecidos a ayer. No cambiamos más. Renunciamos a la violencia, tenemos prácticas sociales distintas, pero de la forma en que te marca en la adolescencia y la juventud... no salís más.

—Es como cruzar una línea roja —dijo Capdevielle—. Una cosa muy especial. Es lo mismo que encontremos a un poli por la calle. Con el poli nunca vamos a ir a matar. Con vos sí. Nuestros amigos son más como vos. Nos podemos entender.

Galimberti recordó el día que fue a recoger a Capdevielle a un aeropuerto.

—Había llegado con un cargamento de armas, entre ellas, un par de armas de regalo para mí que compró en Estados Unidos. Se tomó un avión y vino para Buenos Aires. Por supuesto a los dos minutos estaba preso adentro del avión. Bueno, lo voy a ver, dos años hace de esto, imaginate, el policía en el aeropuerto, los servicios de inteligencia, un francés detenido con armas. Llego y digo, déjenmelo ver...

Capdevielle se reía. Llevábamos tres horas juntos. Parecía contento. En un momento le preguntó a Galimberti quiénes éramos.

—Escriben cosas en contra nuestra en la revista *Noticias* —le explicó Galimberti y le pidió a su asistente que abriera otra botellita.

—Queremos Johnnie Walker etiqueta negra. Como el que tomaba Jorge Born en Hard... —reclamamos.

—Noooo... Eso Jorge lo desmintió —aclaró Galimberti, fiel a su socio.

—Desmintió el color de la etiqueta... —especificamos.

Después Galimberti empezó a hablar de su hermano.

—¿Qué pasó con tu hermano? —se interesó Capdevielle.

—Se pegó un tiro en la cabeza. ¿Nunca lo supiste?

—Una vez me contaste pero no te presté atención... —dijo, y siguió cortando su Cohiba con una navaja de combate.

El 4 de mayo de 2000 volvimos a llamarlo. «Mañana es mi cumpleaños. Quiero tomar una copa con ustedes», nos pidió Galimberti. Cumplía cincuenta y tres. Al día siguiente no había espacio en el buzón de mensajes de su teléfono móvil. El 7 le tomamos una foto con su pipa en el colegio León XIII, anotando los documentos de los votantes. El 8 lo encontramos sentado en la confitería Donney, a las cinco y cuarto. Esta vez sí, nos pidió, tenía sólo cuarenta y cinco minutos. Estaba solo. Nos había traído un sobre con sesenta páginas. Eran sus memorias.

—Se las dicté a un escritor amigo. Fíjense qué pueden usar...

Las revisamos unos minutos en silencio.

—No nos van a servir...

—Sí, ya sé... —admitió con algo de culpa—. Es que yo creía que con ustedes no había manera. No podían entenderme. Era una lucha espantosa. Le pedí al tipo que me grabara y después me desgrabara todo, y el tarado se puso a escribir. Viste la cosa de los escritores... Fue un infierno. Le pagué cinco lucas y le dije que era suficiente...

A las siete de la tarde pidió una picada completa. Se distrajo con una morocha de veinte años que se instaló en una mesa, sola. «Ese es mi sueño de mujer. Tiene una cosa de barrio... Y nosotros acá, hablando de huevadas que pasaron hace cuarenta años en vez de estar disfrazados de cualquier cosa para que esa mina nos dé bola...», se lamentó.

Avanzamos en la entrevista. Sonó el teléfono. Era Javier, su asistente. «Cómo te va. En una hora levanto acá. Deciles a los tipos que me esperen», le aseguró. Le pedimos que cuando habláramos de cuestiones históricas no nos mintiera.

—Cuando me callo la boca es por las causas judiciales y por los tipos que están vivos. Es por la única razón. Hay un pedazo que ustedes no conocen. Qué lástima que no les pueda contar todo... —dijo.

Se levantó a buscar un cigarro de su coche. Le pedimos que se quedara.

—No sean boludos, no me voy a escapar. Esa es la boludez psicoanalítica de ustedes. «El anormal sale afuera, toma aire y dice, estoy entregándome...». Voy a fumar un cigarro porque éste es mi lujo. Ustedes son unos estúpidos. Yo disfruto con ustedes. No saben el dolor mío de ayer, de ver a los pibes de la izquierda. Eran iguales a nosotros. Ver sus caras, sus gestos, sus mochilitas... contando votos. Unos pendejitos maravillosos, equivocados en general, con la cabeza derruida por el marxismo, pero llenos de pureza. Y cuando ustedes llegaron para hacerme la foto me dio una alegría... Porque dije «mirá cómo estaremos terminados que ni estos

gilipollas aparecen...». Yo les tengo afecto a ustedes, giles de goma. Les creo, les creo. Son tipos comprometidos con lo que están haciendo, que quieren seguir viviendo. ¿Ustedes entienden cómo ve la historia un tipo como yo? ¿Tienen idea de la sangre que yo vi? Las cabezas que corté. No es una metáfora. Nosotros jugábamos al fútbol con la cabeza de los adversarios en el Líbano. Ustedes no tienen idea de lo que es el horror. No hay límites para el horror. Cuando vos viviste eso no te importa más nada. Cuando yo veo el cuerpo de una mina lo veo descuartizado. Los miro a ustedes y veo un pedazo de carne. Lo único que puedo rescatar de ustedes es el espíritu.

Se acercó un chico de la calle a pedirle una limosna. Tendría cinco años.

—Este animalito de Dios que está acá, ¿cuánto vale? —preguntó y le acarició la cabeza. Le dio diez pesos y le advirtió—: Ahora, si vienen tu mamá o tu hermano a pedir los saco de una patada en el culo.

Volvió hacia nosotros.

—Ustedes no entienden cómo veo yo la vida. El drama de nuestra generación es que no les cuentan a las generaciones futuras cómo fue la historia.

Empezó a recordar con ternura sus años de combate. Le preguntamos qué les diría a sus compañeros de ayer. Miró la grabadora: «Queridos compañeros... que estuvieron en la Columna Norte entre 1974 y 1977: sería un aporte valioso para la historia dar testimonio de la lucha que libramos, más allá de las diferencias que mantenemos hoy. Firmado, Rodolfo Galimberti», dijo.

Después aseguró que la alianza con los Estados Unidos era el único futuro para la Argentina, y empezó a defender el capitalismo desenfrenado, la teoría económica del derrame, la dolarización. Dijo que la opción de este país era capitalismo o socialismo. Le preguntamos cuándo había comenzado a coincidir con el neoliberal Álvaro Alsogaray. «No coincido con Alsogaray. En mi reputa vida voy a coincidir con la burguesía mezquina, comisionista, miserable, que odia a los humildes. No tienen nada que ver conmigo», remarcó.

Parecía un discurso violento. Se lo advertimos. Lo rechazó con violencia. Sacó un arma y la colocó sobre la mesa. Era una Glock negra, 40 de pulgada. El equivalente a una 10 milímetros. En la otra mesa había cinco mujeres bien burguesas, que seguían tomando el té.

—Poneme la «pipa» en la cabeza ahora. No estoy borracho —dijo Galimberti.

Siguió con un discurso duro por cinco minutos. Empezó a insultar a ex guerrilleros que forman parte de la izquierda argentina.

—No les crean. No están dispuestos a morirse por lo que dicen. Les tirás una bomba de talco y no queda ninguno. Van a morir de artritis. Son unos payasos. Lo juro por los muertos que tenemos. En una revolución verdadera se muere o se

triunfa. Nosotros pudimos estar equivocados, pero les juro que éramos sinceros. Amartillame una «pipa» en la cabeza y te voy a decir lo mismo, y así me muero tranquilo. A esta altura de la vida en la que estoy, con la situación que tengo, lo único que me importa es que digan la verdad. Aunque me den con un caño. Entiéndanlo. Yo no tengo miedo. Yo no me quiero salvar.

Nos invitó a jugar a la ruleta rusa para dirimir la cuestión.

—Les muestro las balas de la recámara para que vean...

Rechazamos la oferta.

—Siempre tuvimos mala suerte en el juego, Rodolfo.

Estábamos en una situación incómoda. En el local sonaba «Un extraño de pelo largo», versión Ataque 77. Debía de estar sintonizada La Mega: la radio de Hadad.

—Guardemos el arma, Rodolfo —le sugerimos.

No reaccionaba.

—Ahí viene el mozo... —le mentimos, como si estuviera por llegar la directora de su colegio.

—Me chupa un huevo. Lo mato ahora, acá en la mesa, y ustedes se hacen un pic-nic.

En el medio de su discurso, recordó un relato de Jack London: «Es de un tipo que discute con un ballenero sobre la existencia de Dios... y el tipo con el que discutía agarra una papa, la aprieta y la revienta en la mano. Y le dice... si usted cree en Dios, por qué no discute conmigo que yo lo voy a matar ahora... Esa es la realidad de los seres humanos».

Ahí entró la policía... dijimos. Esta vez era en serio. Se acercaron a la caja. La Glock seguía frente a nosotros. En la mesa de al lado seguían comiendo pastas. El coche patrulla estaba en la calle. «O se llevan la pizza o nos detienen... o empiezan los tiros», pensamos. Galimberti se dio vuelta.

—Dos patos de la Federal... —comentó—. Esto es lo bueno del país actual, antes entraban esos tipos y nos hacían pomada.

—Vamos a tener problemas en serio, Rodolfo. Guardá el arma. No jodamos. Y lo peor es que todo esto no lo va a poder contar ninguno de nosotros.

—¿Tienen los originales del libro guardados para que sobrevivan, por lo menos...? —preguntó.

A fines de mayo realizamos la última entrevista en su casa. Fue corta —de tres horas— y sin brillo. Galimberti hablaba del peronista Vicente Saadi, ya fallecido, como si todavía estuviera en la clandestinidad.

—Nos querés adormecer... —le dijimos.

Esa noche dijo que estaba feliz por la recuperación del sur del Líbano por parte de los palestinos. No lo podía creer. Nos pidió que brindáramos juntos.

—Un hombre de negocios...

—Qué hombre de negocios, ésas son boludeces.

Levantamos la copa y nos fuimos.

PARTE I

TRAGEDIA

Capítulo I

La historia del guerrero

Rodolfo Galimberti y Jorge Luis Borges son parientes. Uno de sus antepasados en común fue el guerrero de la Independencia Manuel Isidoro Suárez. Nació en 1799. A los quince años fue cadete del Regimiento Granaderos a Caballo. Cruzó los Andes en el Ejército del general San Martín, se batió en las batallas de Chacabuco y Maipú y sobrevivió a la derrota de Cancha Rayada. A pesar de su juventud, lo comisionaron para perseguir al presidente de Chile, a quien arrestó al tomar por asalto el bergantín español *Águila.* Por esa hazaña lo ascendieron a teniente. Su carrera militar siguió en el Alto Perú. En 1824 estuvo bajo las órdenes de Simón Bolívar. Al cabo de dos años, acusado de una conspiración, fue desterrado a Chile, donde vivió durante un año. Luego, la guerra contra el Brasil lo llevó otra vez al combate.

A estas conclusiones llegó don Ernesto Enrique Galimberti Merlo, en 1983, después de años de trabajo y de estudio[1]. Luego de alcanzar su jubilación en el Banco de Londres, al que sirvió durante casi medio siglo, dedicó el resto de su vida a reconstruir la genealogía de su apellido por vía materna, Merlo. Buscaba cumplir con una petición de su tía abuela, María Paula Merlo de Hidalgo, que deseaba probar ante el Ministerio de Marina que era nieta del almirante Hipólito Bouchard y que por lo tanto le correspondía percibir la pensión como familiar de un guerrero de la Independencia.

Ernesto Galimberti se internó en archivos nacionales, eclesiásticos y parroquiales. Indagó en las bibliotecas de la Marina, el Centro Naval, el Jockey Club y distintas universidades. Se contactó con historiadores, leyó libros de heráldica,

---

[1] Ernesto Galimberti empezó la reconstrucción genealógica a partir del titular de la progenie, don Francisco Merlo y Barbosa, nacido en Sevilla en 1693 y arribado a la ciudad de la Santísima Trinidad en 1712. En 1716, como escribano público y de Gobernación, don Francisco Merlo y Barbosa dio fe del tratado de Utrecht, por el cual la Corona española devolvió esa plaza a la Corona de Portugal. En 1738, peticionó al Cabildo de Buenos Aires para la fundación de la Villa de San Antonio del Camino, hoy conocida como ciudad de Merlo, en la provincia de Buenos Aires. Según probó su padre Ernesto, Rodolfo Gabriel Galimberti es hijo de chozno —nieto por sexta generación— de don Francisco Merlo y Barbosa. Jorge Luis Borges fue bisnieto del coronel Manuel Isidoro Suárez y chozno de Merlo y Barbosa.

estudió la grafía de la época colonial. Exploró testamentos, sucesiones, partidas de nacimiento, casamiento y defunción de cada una de las ramas de su árbol genealógico y viajó a Montevideo y Colonia del Sacramento para revisar archivos municipales.

Los ataques cardíacos y los recurrentes accesos de epilepsia fueron demorando su tarea, pero apenas volvía a sentirse con fuerzas, proseguía. Al final, llegó a cumplir con su objetivo, aunque su tía abuela falleció a mitad de la búsqueda y no llegó a recibir su pensión. Toda la información reunida la volcó en un libro titulado *Crónicas de las Familias Merlo y Gámiz y Cuevas,* en el que narró los avatares de la investigación y también sus conclusiones. Desde entonces, las *Crónicas...* permanecen inéditas. Don Ernesto repartió la obra entre los pocos familiares y amigos que aún seguía viendo. En 1985, entregó un original mecanografiado y con notas manuscritas al pie a la Biblioteca de la Academia Nacional de Historia.

A los setenta y tres años, Ernesto Galimberti subsistía con el dinero de su jubilación y los cuidados de su hija Liliana. Vivía en un complejo de viviendas de Villa Celina, al borde de la ciudad de Buenos Aires. A su hijo menor, Rodolfo, lo había visto por última vez en 1975, en un encuentro casi sin palabras en una confitería del barrio de Belgrano. Desde entonces, y aunque no lo mencionara, buscaba noticias suyas a través de los diarios y vivía pendiente de una llamada telefónica. Murió el 18 de julio de 1987, sin llegar a despedirse.

Don Ernesto Galimberti había sido el primer instructor de su hijo Rodolfo. A las siete de la mañana de los domingos, entraba a su habitación y levantaba las persianas al grito de «Diana, diana». Después, en el fondo de la casa, le acomodaba entre las manos una pistolita belga FN pavonada para que hiciera blanco sobre una chapa oxidada que colgaba de un árbol. Probaban puntería desde distintas posiciones. A los cinco años, Rodolfo aprendió a mantener el cuerpo rígido para soportar la presión del disparo, a cargar y descargar el arma, y luego a limpiarla y guardarla hasta la clase siguiente.

La madre de Rodolfo Galimberti se llamaba Arminda Castellucci.

Don Ernesto la conoció a principios de la década de los treinta en la misa de los domingos de la iglesia Santa María Goretti del barrio Mihanovich, en Flores Sur. El noviazgo fue inmediato. Él ya era cadete de la Escuela Naval Militar. Ella estudiaba piano y francés. Sus familias de origen habían ido perdiendo posición económica durante la Depresión de aquellos años. El padre de Ernesto, Enrique Galimberti, fue dibujante de arquitectura y tenía coche. Murió de cáncer en 1933, a los cuarenta y cinco años. El padre de Arminda, Antonio Castellucci, era italiano pero fue criado en Munich y llegó a la Argentina a los dieciocho. Se asentó en Olivos, donde abrió un negocio de importación de cueros y hebillas de strass para

zapatos que le compraba la aristocracia porteña de fines del siglo XIX. Murió en 1926 dejando una fortuna que sus descendientes fueron dilapidando.

En su adolescencia, Ernesto Galimberti vivió bajo la protección de su madre, doña Carmen Merlo Rojas. De ella tomó el gusto por la lectura, el aprecio por los abonos al palco del teatro Colón, la fascinación por las conferencias de filósofos italianos que visitaban la Argentina. A ella le anunció, de un día para otro, su decisión de abandonar la carrera en la Armada —estaba en cuarto año— para casarse con Arminda.

Su madre no podía creerlo. Arrastraba a la futura nuera a rezar novenas a la iglesia para que su hijo continuara los estudios en la Escuela Naval. Dios no le hizo caso. La voluntad de Ernesto fue tan indeclinable entonces como lo sería luego su deseo de escarbar en la genealogía familiar. El 13 de noviembre de 1937, a los veintitrés años, se casó con Arminda Castellucci, de veintidós, en la capilla del «Santo Cristo» de la abadía de San Benito de Luis María Campos, en Belgrano, y dejó la Armada. A la semana, por la intermediación de una familia amiga de su madre, ya había conseguido empleo en la casa central del Banco de Londres. En mérito a su afinidad con las matemáticas, lo derivaron a la sección de Cuentas Corrientes.

Durante los primeros años, el matrimonio Galimberti-Castellucci vivió en una casa de dos plantas situada en Cuba y Republiquetas. Al hogar se habían sumado la madre de Arminda y también sus hijos Clotilde, Dori y Mario. En la creencia de que implicaría un mejor entendimiento en la vida familiar, Ernesto inició una constante búsqueda de viviendas más espaciosas. A lo largo de diez años, se mudó de un lado al otro, siempre alrededor de Belgrano. Del primer domicilio pasaron a un amplio piso de avenida del Libertador y Olleros, frente a la estación de trenes del Golf, hoy Lisandro de la Torre. Allí nacieron los primeros hijos del matrimonio: Hugo Guido, el 14 de abril de 1941, y Liliana, un año y medio más tarde. Pero las mudanzas no terminaron. Después vivieron en una casa ubicada en la calle Vuelta de Obligado, hasta que por fin Ernesto consiguió un piso en el 270 de la avenida Cabildo, frente a la iglesia castrense. Lo dividió en dos y ganó mayor privacidad para su esposa y sus hijos. En el Hospital Rivadavia, el 5 de mayo de 1947, nació Rodolfo Gabriel Galimberti, el último hijo de la familia.

Cinco años después, Ernesto compró una casa en la calle Esmeralda 573 de San Antonio de Padua. La idea de mudarse hacia el conurbano bonaerense, esta vez, tenía un objetivo definido: el asma de Hugo. «Tiene que respirar aire más sano», murmuraba Arminda.

Por ese tiempo, Juan Domingo Perón asumía la segunda presidencia. Evita participó de la ceremonia como pudo. El cáncer la estaba destruyendo. Llevaba

muletas debajo de su abrigo, para saludar de pie al pueblo desde un Packard convertible negro. Agonizaba.

Cuando empezó primer grado inferior en el colegio San Antonio, Rodolfo Galimberti ya era un experto en el manejo de la pistola. Un tiempo después su padre lo hizo practicar con un rifle calibre 22. En el colegio, que pertenecía a la Iglesia, Galimberti sólo pudo cursar dos años, primer grado inferior y superior. El padre Antonio Arroyo, oriundo de Catamarca, director de la escuela, rechazó la inscripción a segundo. Fue por una pelea, una de las tantas en las que se involucró Rodolfo durante el año escolar, pero hubo un factor determinante: fue el propio cura quien recibió sus golpes.

Todo empezó en el aula, casi en la hora de salida, con una tiza que golpeó el pizarrón. La maestra preguntó quién había sido. Ningún alumno asumió la responsabilidad. Llegó el padre Antonio y pidió conversar a solas con el autor del hecho. Nadie levantó la mano. A la espera de la confesión, el sacerdote decidió que todo el curso permaneciera fuera de horario. Al mediodía, las panzas hacían ruido. «Dale, hablá, así nos vamos todos...», le susurró Galimberti al que tiró la tiza. El chico se mantuvo en silencio y apenas le devolvió la mirada. Los compañeritos prometían venganza a la salida. Después de un largo rato, el padre liberó la puerta. Los alumnos fueron saliendo poco a poco para marchar a sus casas, pero Galimberti mantuvo su ánimo justiciero. Creyó que el otro no podía llevársela gratis y empezó a pegarle. Cuando apareció el cura a zamarrearlos y poner orden, Galimberti le estrelló un puño en la cara.

En la escuela, Rodolfo era un niño violento. Su hermana Liliana, que por la mañana le lavaba la cara, lo peinaba con gomina y se ocupaba de recogerlo al mediodía, siempre lo encontraba en medio de alguna pelea. Nunca intentaba separarlo, para no resultar lastimada. Dejaba que luchara hasta agotar su furia. Después le acomodaba el uniforme y lo llevaba a casa.

Por la noche, Rodolfo, Hugo y Liliana debían rendirle cuentas a su padre. Don Ernesto, que volvía a última hora de la tarde en el Ferrocarril Sarmiento, pasaba revista de la jornada. Los formaba de mayor a menor, revisaba la higiene de las uñas y empezaba a preguntarles por la evolución de sus estudios y las dificultades que presentaban las asignaturas. Controlaba que hubieran completado los deberes para el día siguiente. Si Arminda informaba de un mal comportamiento, don Ernesto mandaba al responsable al cuarto en señal de castigo. Rodolfo siempre llevaba la peor parte, porque discutía.

Pocas veces doña Arminda se animaba a contradecir o atenuar las órdenes de su marido. Cumplía con las tareas de la casa casi siempre en silencio, como si siguiera a distancia la vida cotidiana de la familia. Aunque gentil y cariñosa en el trato con sus hijos, mantenía a resguardo sus sentimientos. Era lo más parecido a

una institutriz extranjera. Pasaba buena parte de la tarde leyendo literatura clásica en su dormitorio de cortinas de terciopelo dorado, bajo un retrato del general Perón. Sus ojos celestes tenían una profundidad insondable.

Mientras las clases medias progresaban con el gobierno peronista, los Galimberti no habían podido mantenerse en la posición de origen. Ernesto no tuvo sino hasta bien avanzada la década de los sesenta. Para las pocas vacaciones que pudieron disfrutar en Córdoba o Mar del Plata, debían trasladarse en autocar.

Ernesto Galimberti no pudo parar su leve pero irremediable descenso social durante la década de los cincuenta, pero no por eso dejó de inculcar una educación rigurosa a cada uno de sus hijos. Si bien las mayores expectativas estaban depositadas en el primogénito Hugo, que estaba dotado de una inteligencia que consideraban por encima de la media, no descuidaba la atención del menor. Cuando Rodolfo fue elegido como escolta de bandera en el colegio estatal número 9 de la localidad de Merlo, pasaron varias horas juntos ensayando el paso militar para el desfile del día siguiente. Don Ernesto le hacía inflar el pecho, levantar las piernas bien alto en cada paso y le mostraba las baldosas donde debía pisar la suela de sus zapatos.

El padre de Rodolfo Galimberti era un peronista nacionalista. Entendía que la línea histórica de la Nación que se forjó con el gobierno de Juan Manuel de Rosas, se había interrumpido en la batalla de Caseros en 1852. Consideraba a los presidentes Domingo Faustino Sarmiento y Bartolomé Mitre como personajes nefastos para el destino de la Patria, y sentía que las mismas críticas que la historiografía liberal hizo pesar sobre Rosas, las sufría en carne propia el general Perón de parte de la oposición política de su gobierno, «la contra». Por eso aspiraba a que con la completa literatura que acumulaba en su biblioteca (Rosas, los caudillos y las montoneras del siglo XIX) sus hijos alcanzaran una reconstrucción integral del pasado histórico.

Perón era un tema habitual en las conversaciones diarias y no pocas veces fue motivo de discusiones, en especial con Arminda, que se reconocía peronista, pero que también era católica practicante. A fines de 1954, el enfrentamiento de Perón con la comunidad eclesiástica la puso frente a un dilema. El gobierno promulgó la Ley de Divorcio, reconoció los derechos de los hijos ilegítimos, legalizó la prostitución y prohibió los actos religiosos públicos. En las concentraciones de la CGT y el movimiento justicialista se leían carteles con la inscripción «Ni curas, ni marxistas, peronistas». En mayo de 1955, el Congreso aprobó la ley que abolía la enseñanza religiosa en las escuelas públicas —que la jerarquía eclesiástica consideraba vital para su misión espiritual—, y decidió anular la exención de impuestos a la propiedad de la Iglesia, que la afectaba desde un sentido material. El conflicto se profundizó al punto que la procesión de Corpus Christi del 11 de

junio, se transformó en una movilización antiperonista de más de cien mil manifestantes. Durante toda esa semana se investigó si habían sido los fieles católicos quienes quemaron una bandera argentina. El gobierno deportó dos obispos a Roma acusándolos por «actividades subversivas». El Vaticano reaccionó con un decreto que excomulgaba a quienes ordenaron la medida. La mañana del 16 de junio de 1955, el ambiente político estaba convulsionado. Se intentaba dilucidar si la orden de excomunión alcanzaba al propio Presidente cuando cayeron las bombas: la Armada, que desde hacía meses tramaba un golpe de Estado, se propuso asesinar al general Perón y tornar la Casa Rosada con comandos civiles e infantes de Marina. Durante varias horas fue bombardeada la Plaza de Mayo y sus alrededores. Un trolebús que avanzaba por la avenida Paseo Colón recibió un impacto y estalló en llamas. Los pasajeros murieron carbonizados.

Ese mediodía, Ernesto Galimberti escuchó el ruido de las explosiones desde el Banco de Londres, ubicado en Bartolomé Mitre y Reconquista, a poco menos de ciento cincuenta metros del epicentro del bombardeo. Se fue a todo correr para San Antonio de Padua en las primeras horas de la tarde. Su esposa y sus hijos Liliana y Rodolfo estaban conmovidos escuchando las noticias por una radio RCA Víctor que funcionaba a válvula. Pero Hugo no estaba. Tenía catorce años y estudiaba en el Colegio Marista de Morón, una institución católica. Ernesto fue a buscarlo. Le contaron que después del mediodía, la ultraderechista Alianza Libertadora Nacionalista había cargado estudiantes en camionetas para ir a Plaza de Mayo a defender al gobierno. Hugo se había subido a una de ellas.

Ernesto volvió al centro de Buenos Aires para buscarlo. La plaza estaba arrasada. Había centenares de muertos dispersos sobre el asfalto y, bajo una lluvia fina y persistente, buscó entre los cuerpos a su hijo, pero no lo encontró[2]. Las columnas obreras aparecían en la Plaza por sobre las estelas de humo de las últimas bombas. Al atardecer, Perón anunció que el levantamiento había sido sofocado. Más tarde, un grupo empezó a incendiar la Catedral. Saquearon los altares y sacristías. Un párroco octogenario trató de impedirlo y lo mataron de un golpe. Hacia el fin de la noche, más de una docena de iglesias de Buenos Aires habían sido arrasadas por el fuego, sin que la policía ni los bomberos hicieran nada para evitarlo.

Ernesto y su hijo Hugo llegaron a San Antonio de Padua, cada uno por su lado, de madrugada. Unas horas después, Arminda se despertó indignada con su marido. Lo acusó de complicidad con Perón, a quien tenía por el máximo responsable de los incendios y le recordó el antecedente de la quema del Jockey

---

[2] En el primer recuento del ataque aéreo se contabilizaron trescientos cincuenta y cinco muertos más seiscientos heridos. Ver *La Nación,* 17 de junio de 1955.

Club. Ahora encontraba profética la frase que el General formulara hacía dos años: «Cuando haya que quemar, voy a ir yo a la cabeza de ustedes; pero entonces, si fuera necesario, la historia recordará la más grande hoguera que haya encendido la humanidad hasta nuestros días»3.

Durante tres meses, Arminda no le dirigió la palabra a su marido. Las cenas se desarrollaban en un silencio casi absoluto, matizadas por comentarios incómodos. El gobierno de Perón se fue descomponiendo poco a poco, a pesar de sus amenazas de que respondería a la violencia con una violencia mayor. El matrimonio Galimberti empezó a dormir en camas separadas. El 16 de septiembre de 1955 el general Eduardo Lonardi asumió la presidencia con un golpe de Estado y Perón se exilió en una cañonera paraguaya que estaba anclada en el puerto de Buenos Aires. El peronismo fue proscrito. Casi un año después, un grupo de militares y civiles que se organizaban para una sublevación contra la Revolución Libertadora, fueron fusilados en un basural de José León Suárez. La masacre fue supervisada por el jefe de la policía de la provincia de Buenos Aires, el coronel Desiderio Fernández Suárez, y ordenada por el general Pedro Eugenio Aramburu, que había desplazado a Lonardi.

Para la familia Galimberti fue otra conmoción. El basural de José León Suárez se convirtió en el espejo de la Nación robada y perseguida. Después de que el doctor Arturo Frondizi ganara las elecciones de 1958, Ernesto tomó como un deber de buen peronista hacerle conocer a sus hijos el lugar donde sucedieron los hechos. Para llegar, se guió con un croquis que se publicó en la revista quincenal *Mayoría.* Primero cargó a Hugo en su moto Puma negra con filetes, modelo 37, y quince días después llevó a su hijo menor.

En 1958 Rodolfo Galimberti estudiaba en la escuela pública número 9 de Merlo. A sus compañeros de grado les impresionaba su presencia. Llegaba a clase con el pelo engominado, vestía un pulcro y rígido delantal blanco a tablitas y un moñito de tela azul al cuello. Pero después era el primero en saltar el alambre de púa que dividía el patio colegial del baldío para ir a remontar cometas con papel de diario, a jugar al voley, al tejo, la bolita, o al hoyo pelota. Por la tarde, Rodolfo y sus amigos solían preparar un fueguito y comer papas a la parrilla, o se escondían en los pozos que los obreros dejaban abiertos para colocar los caños de las cloacas, y se quedaban conversando durante horas.

Galimberti tenía dificultades para dominar la pelota cuando jugaban al fútbol. Lo mandaban a la portería. También le tocaba contar a la hora de jugar al escondite. Pero eso no implicaba que tuviera alguna debilidad de carácter: se peleaba por cualquier motivo contra quien fuera. Sus amigos debían frenarlo

---

[3] Ver *Perón, una biografía,* Joseph Page, página 371.

cuando, a modo de aviso, imitaba el gruñido de un perro y se lanzaba al ataque. No percibía el peligro de enfrentarse a la trompada de su circunstancial adversario. A lo sumo, si se veía en inferioridad de condiciones, agarraba un palo y se lo partía en el lomo. Pero no temía. Si resultaba muy castigado por los golpes, se levantaba del suelo y se marchaba a su casa, como si nada hubiera sucedido.

A fines de los años cincuenta la revolución de San Antonio de Padua era el cine. Cuando se inauguró el Sarmiento, cada función dejaba afuera de la sala a cerca de doscientos vecinos. En el cine de la iglesia, la proyección era al aire libre. Galimberti y sus amigos también iban al San Martín de Merlo, a ver películas prohibidas para menores de catorce. Chiflaron con ganas la tarde en que Isabel Sarli se les apareció por primera vez desnuda. Se conmovían con la llegada del circo de los Hermanos Rivero, que acampó durante varias semanas en la esquina de Noguera y Chaco, y nada los emocionaba tanto como acomodarse en el comedor de la casa de Luis Grancella, el primero que tuvo televisor, para ver *El Cisco Kid* y *El Llanero Solitario,* mientras la mamá les preparaba la leche. Y hacían turno para subirse a la Harley Davidson del hermano de Tito Mojica, que los llevaba en el sidecar por todo San Antonio de Padua.

En Navidad, la gente bailaba en las calles y los chicos se disfrazaban y salían a cantar casa por casa, y llenaban sus bolsillos de monedas para comprar caramelos. Para las fogatas de San Pedro y San Pablo, cada barrio se esmeraba por presentar el mejor muñeco. La competencia era feroz. Para mejorar las posibilidades del vecindario, la noche previa, Rodolfo y su amigo Aníbal Gallipoli salían a incendiar muñecos de los otros barrios para arruinarles la fiesta.

Les gustaba escapar de la misa para fumar cigarrillos Winston en las copas de los árboles de la iglesia, mientras decenas de familias hacían turno para confesarse ante los padres Almada y Lafuente, que también eran confesores de Rodolfo. Pero era el padre Antonio Arroyo, aquel que no quiso tenerlo más en la escuela, el que menos soportaba las travesuras. El párroco esperaba que Galimberti, Jorge Corizzo o Rubén Pantano se subieran a los naranjos para dispararles con un rifle calibre nueve. Los llenaba con sal en vez de balines, para que sus pecados les picaran en la piel.

La iglesia representaba un lugar de encuentro social para los vecinos de San Antonio de Padua. Hacia fines de la década de los cincuenta, Hugo Galimberti fundó con un grupo de amigos el Padua Rugby Club, en un terreno del costado de la iglesia, ubicado sobre Centenera y Garibaldi. Un domingo lo utilizaban para jugar al fútbol y otro para el rugby. Los rituales religiosos y las actividades deportivas se integraron casi en un mismo ámbito.

Hugo no era un jugador destacado, pero aun con los límites físicos que le imponía el asma, llegó a jugar en la cuarta división. Su tarea más importante fue

inscribir al club en la Unión Argentina de Rugby (UAR) y lograr que participara de los torneos oficiales. Los árbitros que visitaban la cancha se valían del enorme reloj del frente de la iglesia para controlar el tiempo de juego.

Por entonces, Rodolfo ya tenía con su hermano una pésima convivencia. Despertaban en la misma habitación a golpes y no congeniaban en nada. Hugo intentaba ignorar cada uno de los laberintos por los que circulaba la vida del menor, y lo consideraba insoportable. Pero lo que más detestaba era su desenfado: Rodolfo le caía en gracia a sus amistades. Un día sucedió lo inevitable: un amigo de Hugo invitó a practicar a Rodolfo en las divisiones infantiles del club, confiado en su altura y en su físico fornido, algo excedido en peso. Por sus antecedentes en peleas callejeras, imaginaba que podía ser eficiente en el *scrum.* Para disgusto de Hugo, Rodolfo empezó a entrenar dos veces a la semana en el Padua Rugby Club. Era lento en sus desplazamientos e incurría en faltas elementales, que ponían en evidencia su desconocimiento de las reglas de juego.

Un jugador que a menudo lo arrastraba por el suelo era «El Vasco» Raúl Othacehé. A Rodolfo le impresionaba verlo correr aferrando la pelota con sus manos peludas. Era como un armario de roble que se le venía encima, empujado por la fuerza de un toro. Un íntimo amigo de «El Vasco», que también incursionó en el club, fue Dippi Hafford, «El Irlandés», alto y también brusco aunque, de los tres, era el que poseía la técnica más depurada. Rodolfo hizo amistad con Othacehé y Hafford en la práctica deportiva. Solían incursionar por las canchas de Los Matreros de Morón o Deportiva Francesa, con resultados dispares.

A comienzos de la década de los sesenta, la casa de los Galimberti ya se había convertido en un polo social del barrio de San Antonio de Padua. Las visitas de parientes y vecinos eran obligadas cada fin de semana. Don Ernesto recibía a los invitados como un caballero inglés, vestido con chaqueta y corbata, como si formara parte de un club de hombres distinguidos. Llegaban historiadores, escritores diletantes o gente de amplios intereses culturales, con los que intercambiaba ideas y comentarios. Si bien mantenía los modales de un príncipe, el anfitrión nunca se alejaba del universo compuesto por Perón, Rosas, el nacionalismo y los militares. A través de los años, Ernesto se mantuvo fiel a su pasión por la instrucción de tiro y a cada visitante que aceptara su oferta, le entregaba el rifle y acomodaba una chapa para que practicara. Arminda conversaba con algunas vecinas del barrio, Hugo llevaba a sus amigos del rugby y sus nuevos compañeros de la Facultad de Medicina, cuyos estudios apenas había comenzado. Rodolfo invitaba a los suyos del barrio o del colegio.

En el año 1960, Rodolfo Galimberti continuó su educación media en el Instituto Domingo Faustino Sarmiento, ubicado a una cuadra de la estación de San Antonio de Padua y a siete de su casa. A los pocos meses de clase, se formó a su

alrededor un grupo de estudiantes, chicos de trece y catorce años, que se unieron por la certeza de saberse por encima del resto. Heredaban el compromiso político de sus familias, y tenían un fuerte impulso por conocer la historia real del país. Desconfiaban de los manuales. Las discusiones de Rodolfo con su profesor de historia, Grinberg, pronto se convirtieron en un debate historiográfico tan ríspido y abstruso, que pocos alumnos lograban desentrañarlo.

Galimberti evitaba el contacto con los compañeros que no consideraba a su altura. A veces, en los recreos, se lo veía solo y en silencio en el medio del patio, dando cortos pasos circulares, como un general que medita la estrategia de su próxima batalla. Por esa clase de actitudes, era considerado un gordito arrogante.

La primera de sus amistades fue María Cristina Álvarez Noble, que escribía poesías y se había formado en el seno de una familia peronista. También Andrés Dimitriu, hijo de un rumano que en la Segunda Guerra Mundial peleó para los nazis. Con el correr de los meses, se sumarían al grupo «El Vasco» Héctor Mauriño, que se mudó al lado de su casa, y «Coco» Omar Estela, unos años menor. El grupo odiaba el tedio de las horas de siesta y la chatura intelectual de sus compañeros.

Pero todo su entusiasmo por las discusiones, las líneas de continuidad entre Rosas y Perón, las lecturas de la *Divina Comedia* de Dante Alighieri y el mundo que tenía en su cabeza a los catorce años, Galimberti necesitaba ponerlo en acción. Por intermedio de un amigo de su hermano, Augusto Pérez Lindo, que había militado en la Unión Nacional de Estudiantes Secundarios (UNES), tuvo su primer contacto con el Movimiento Nacional Tacuara (MNT) de la zona Oeste. Su primer jefe fue «El Gordo» Naya, de cuarenta años, ex candidato a intendente de Morón, que manejaba un grupo que vinculaba el pensamiento con la acción directa. En nada se parecía a aquellos tacuaristas de colegios católicos que en 1958 desafiaron la enseñanza laica. Parecía un hombre con algún contacto en el servicio de inteligencia del Ejército, pero era en esencia un nacionalista activo. El ámbito de actividad era su casa de subastas. Allí coordinaba un grupo de choque de diez o quince personas de edades e ideas heterogéneas. Una alquimia donde se juntaban quienes peleaban por la imposición de un orden nazi-fascista, la reivindicación de la protesta sindical, y también algunos militares retirados que proponían el golpe de Estado para legalizar el peronismo.

Galimberti se sumó al grupo con Othacehé y Dippi Hafford. Eran los tres duros del rugby de Padua.

Para tres adolescentes como ellos, que empezaban a vivir con resentimiento la proscripción del peronismo y buscaban referencias más allá de la formación familiar prusiana o las misas del padre Arroyo, ir a una cita al ámbito de Naya significaba encontrar la posibilidad de pelear contra algo. El mundo no era sólo el que mostraban en la escuela. A los catorce años, Galimberti se armó de

cachiporras y manopla. Empezó a seguir al grupo de Naya por donde fuera. En 1961, pisó por primera vez un sindicato: el que lideraba el metalúrgico Abdala Baluch, en el partido de La Matanza, que se oponía a la línea de su par Augusto Vandor. Aunque a los adolescentes como él les tocaba cebar mate, podían ver un espectáculo único: debates de obreros peronistas, mimeógrafos propios, publicaciones, y también algunas pistolas.

A los catorce años Galimberti tuvo su primera acción política. Las huestes lideradas por Naya se sumaron a una huelga promovida por las 62 Organizaciones Peronistas contra el gobierno de Frondizi. Compuso una tropa de agitadores, y estrelló un cóctel molotov contra un autocar de La Lujanera estacionado en un playón de Ituzaingo. Le produjo un incendio parcial.

Hasta ese día la presencia de Galimberti en el ámbito de Naya había sido intrascendente. Sólo algunos militantes nacionalistas ligados al lonardismo reparaban en él apenas lo suficiente como para tararearle la marcha peronista, a modo de burla. Después del ataque incendiario, ganó cierta consideración porque había demostrado más arrojo que otros que se declamaban fascistas de vanguardia. Logró el aprecio de Hertz, hijo de un oficial de las SS alemanas que encontró refugio en el Gran Buenos Aires y decía atesorar jabones fabricados con sebo humano de judíos. Hertz empezó a elegirlo para sus incursiones. Una tarde pasó a buscarlo por San Antonio de Padua, junto a sus inseparables Othaceché y Hafford. Tenía un objetivo preciso: ir a provocar a un grupo de jóvenes de la Federación Juvenil Comunista (FJC), que solía reunirse en Belgrano.

Esa tarde, el cuerpo de milicias acampó en una plaza y marchó con paso agitado al bar del fondo de la Galería del Río de la Plata. Hubo un cruce de palabras, una silla voló por el aire y luego los grupos se enfrentaron en medio del estupor de las vecinas del barrio. A un comunista que se le abalanzaba, Galimberti le clavó una sevillana en la barriga y lo dejó sangrando en el suelo.

Fue su primera detención. Marchó esposado a la seccional 33 de la calle Mendoza. En el calabozo, se sintió un perseguido político. Como los trabajadores en huelga que iban presos por enfrentar el Plan Conintes de Frondizi. Como un peronista castigado por la partidocracia que lo excluía. Utilizó el discurso de la marginación política frente al subcomisario y la asistente social.

La noticia estalló como una bomba en su casa de San Antonio de Padua. Hugo, que fue el primero que llegó a la seccional, lo trató de idiota y lo insultó por hacer sufrir a la familia con sus actitudes infantiles. Rodolfo se sintió incomprendido por su hermano mayor. Confiaba en que su padre, en cambio, estaría orgulloso de su conducta. No fue así. Don Ernesto también lo reprendió, y a pesar del dolor que le produjo, no intentó ninguna gestión que impidiera que la primera causa penal contra su hijo siguiera su recorrido.

Por decisión del juez de Menores, Rodolfo Galimberti fue internado en el Instituto Luis Agote de la calle Charcas. Era conocido como «el reformatorio», un lugar de readaptación social de niños huérfanos y pobres, adolescentes más o menos salvajes que debutaban en el delito, y tacuaristas aprehendidos en peleas callejeras contra judíos y comunistas.

En el Instituto, Galimberti se peleaba todos los días, aunque también vivió experiencias de solidaridad y afecto. Los dramas familiares y el padecimiento del resto eran mucho peores que los suyos. Se sintió avergonzado por no tener nada terrible para contar de su vida. Escuchó historias protagonizadas por adolescentes que parecían mitad monstruos y mitad humanos. Pero no entendió por qué uno que había quemado vivo a su hermano, lloró cuando le arrancó una uña de cuajo en una pelea.

Capítulo II

Primeras armas

En 1961, Rodolfo Galimberti vivió durante tres meses en el Instituto Agote. Esa internación marcó la primera ruptura con su familia. Se sentía defraudado por su padre, quien, a su juicio, había mantenido una actitud ambigua frente a su primera rebeldía social. Consideraba que la acción en Belgrano por la que había sido arrestado no era otra cosa que la continuidad de las enseñanzas hogareñas de don Ernesto. Un fin de semana en que recibió su visita en el Instituto, trató de explicárselo.

—Si hablamos todo lo que hablamos sobre la proscripción del peronismo, si estamos todo el día puteando este sistema de mierda, ¿por qué no hacemos algo, papá? —le dijo.

Cuando salió del reformatorio, Rodolfo ya no volvió a vivir con él. Esta era la segunda decepción grave que le provocaba. La primera había sido cuando escuchó que hablaba en inglés con su superior del banco. Don Ernesto se sonrojó al advertir que su hijo era imprevisto testigo del diálogo. Algunos meses atrás, le había negado su ayuda para una prueba argumentando que no conocía el idioma.

—Vos tenés que entenderlo, Rodolfo. Tu papá no puede enseñarte inglés porque la considera una lengua cipaya, pero está obligado a hablarla porque trabaja en el Banco de Londres —intentó consolarlo Augusto Pérez Lindo, que era seis años mayor y oficiaba como su consejero.

Su mamá Arminda y su hermana Liliana le pidieron a la tía Clotilde que aceptara a Rodolfo en su casa. La tía vivía en Merlo y le cedió el sofá cama del cuarto de estar. A través de Liliana, Arminda le pasaba dinero para los gastos. Don Ernesto pagaba la cuota del colegio privado.

En el verano de 1962, el presidente Frondizi pensó que si levantaba la proscripción del peronismo y le permitía participar en las elecciones conseguiría un adecuado marco de legitimidad para su gobierno. Y prefería integrar al PJ dentro del sistema antes de que buscara una salida en la guerrilla de izquierda. Frondizi creía que, sin Perón presente, le podía ganar. Para los comicios a la gobernación de

Buenos Aires, el voto peronista se expresó a través del partido Unión Popular. La candidatura tenía un perfil obrero: el sindicalista textil Andrés Framini. Y el 18 de marzo, Framini ganó. Forzado por el Ejército, Frondizi tuvo que anular las elecciones. Diez días después, los militares lo depusieron y lo confinaron a la isla Marín García. Lo sucedió el presidente del Senado, José María Guido, según resolución de la Corte Suprema.

El cambio del escenario político modificó los planes de Antonio Salonia, un docente mendocino de treinta y tres años que ocupaba la subsecretaría del Ministerio de Educación en el gobierno de Frondizi, y que por el golpe se sintió obligado a alejarse del cargo. Al poco tiempo, consiguió un empleo: el rectorado del Instituto Domingo Faustino Sarmiento de San Antonio de Padua.

El 20 de junio de 1962, en su segundo día de trabajo, golpearon a la puerta de su despacho. Era un alumno de tercer año, que le pedía una entrevista.

—Dígame, alumno, ¿qué necesita?

—Profesor, yo soy Rodolfo Galimberti.

—Mucho gusto en conocerte —dijo el rector y le tendió la mano.

—Vengo a decirle que yo soy de Tacuara —Galimberti intentaba escandalizarlo.

—Bueno, si ya definiste tus convicciones, me parece bien. Yo soy hincha del River. ¿Qué más?

—Soy rosista.

—Está bien. La escuela es abierta, pluralista —dijo Salonia—. Pero seguí con Tacuara en la calle. Acá adentro, no. Yo voy a respetar tu rosismo, pero también voy a lograr que respetes el sarmientismo que seguramente distingue a gran parte de los profesores y alumnos de esta escuela, que casualmente se llama «Sarmiento».

Galimberti aceptó las reglas de juego. A pesar de que la militancia en Tacuara implicaba la fascinación por la acción directa, en el colegio su postura era sólo declamativa. Y tampoco lograba mover a sus compañeros de aula de su condición de indiferentes espectadores.

Esa misma anemia participativa la percibió Salonia, y para estimularla aconsejó a estudiantes que formaran un Centro. También les propuso actividades recreativas, fuera del currículo; esforzándose, inventó el Club Colegial. Los alumnos organizaron partidas de ajedrez, torneos de fútbol, certámenes de cuento y poesía, y un ciclo de charlas sobre política y cultura.

Esta última actividad interesó a Galimberti. Fue nombrado Presidente de Conferencias del Club Colegial. La primera charla que propuso fue sobre la vida, la obra y el martirologio del Chacho Peñaloza. Salonia carraspeó un poco ante la sugerencia.

—Profesor, usted es un hombre abierto y plural. Supongo que no va a tener inconveniente... —lo desafió Galimberti.

El primer domingo llevó al historiador rosista Norberto D'atri, que era amigo de su padre y compartía las tertulias políticas en su casa, para que disertara sobre el caudillo de las montoneras del siglo XIX. Fue un fracaso parcial: apenas lograron convocar a una decena de estudiantes. Galimberti no perdió entusiasmo. Después invitó al historiador peronista Juan Unamuno, y luego al profesor ultranacionalista Luis Sevasco. Pero la rutina, domingo a domingo, iba perdiendo interés en la comunidad escolar. Finalmente, el ciclo de conferencias concluyó por falta de público.

Antonio Salonia constituyó una referencia importante en la adolescencia de Galimberti. En cierta oportunidad, cuando le expresó sus dificultades para entender a Hegel, el rector le recomendó que se iniciara con la lectura de *Principios de Filosofía* de García Morente. Y le regaló el libro. Tenían pensamientos incompatibles, pero Galimberti buscaba cualquier argumento para visitarlo en su despacho y debatir acerca de la actualidad política. A menudo, la dueña del colegio, Gogó Meschiorre, los interrumpía y mandaba al alumno a su clase.

Por esos meses, Salonia llevó a Galimberti y a un grupo de alumnos a conocer a Frondizi, que ahora estaba recluido en una quinta de Castelar.

—Yo soy peronista, doctor, y conspiré contra su gobierno —se presentó Galimberti. Su audacia generaba en los adultos una simpatía inmediata.

Por voluntad de Salonia, los alumnos del Instituto Sarmiento crearon una revista escolar que denominaron *Vertical XXI.* La dirección periodística estaba ideológicamente compensada: el director era Diego Orsali, que estaba en sintonía con las ideas desarrollistas del rector. Galimberti era el secretario de redacción (escribía proclamas nacionalistas con seudónimo). Y el tercer hombre era Pocoví, mucho más a la izquierda que los dos precedentes. Uno de los artículos de mayor repercusión de la revista fue un reportaje al entonces director de la Biblioteca Nacional, Jorge Luis Borges[1].

Por entonces, en el aula del colegio, la broma de todas las mañanas era cuando mencionaban la palabra «Perón». Según el decreto 4161, quien lo nombrara en público podía ir preso. La Revolución Libertadora se había propuesto borrar su recuerdo. Pero en el curso de Galimberti, citar al «tirano prófugo» era una rutina obligada: Edgardo Perón, que no tenía nada que ver con el asunto, portaba su apellido como una herida. A él iban todas las miradas. Y era tímido. Cuando

[1] La entrevista la realizaron las alumnas Cristina Álvarez Noble y Silvia Ponce de León. Gracias a la buena recepción del escritor se animaron a formularle una propuesta más atrevida: lo invitaron a compartir un asado en San Antonio de Padua. Borges aceptó gustoso. Pasó la tarde con un grupo de estudiantes comiendo *carne* asada y hablando de literatura. En cuanto a la participación o no de Galimberti en el encuentro, las fuentes son contradictorias.

llegaba su turno, se alzaba de su banco, sonrojado, y decía «presente». El listado de alumnos parecía la síntesis del drama ideológico argentino: además, incluía a «Rosas, Ricardo» y «Sarmiento, Antonio».

Fuera de la clase, Galimberti era un adolescente fanatizado, disponible a los fervores de cualquier idea. Compartía su voluntad justiciera con su cofradía del barrio y el colegio. En ese tiempo solía leer poesías o completar las tareas en la casa de María Cristina. Un día Galimberti encontró a su amiga al borde del llanto. Le dijo que el médico Cohen, al que había recurrido para una revisión, había intentado pasarse de vivo con ella. Antes que nada, Galimberti le pidió una reconstrucción verbal de los hechos para confirmar que no se trataba de una clásica exageración femenina. Cuando tuvo la absoluta certeza de lo ocurrido, propuso una venganza reparadora.

—Vamos a ponerle una bomba en el consultorio.

No era una broma. Pero la parte instrumental del operativo ya era un asunto que competía a «Coco» Estela, que era el experto en el desarrollo de explosivos. «Coco» siempre había demostrado un especial interés por las clases de Aldo Capecce, el profesor de química del colegio. Una noche de esa misma semana, con una mecha de retardo perfeccionada, que le daba a la creación un sello propio, Galimberti y los suyos hicieron estallar el cóctel molotov contra la ventana del consultorio. Quedó calcinada. A partir de ese hecho, y en mérito a su pericia técnica, las bombas de «Coco» Estela fueron bautizadas «Cocof».

En 1962 Galimberti tuvo su primera novia: Virginia Trimarco. Le decían «Moni». Siete años más tarde la llevaría al altar de la iglesia de Santo Domingo. Era la prima de «El Vasco» Mauriño, que por entonces ya se había convertido en su fiel amigo. Los dos abandonaron las casas de sus familias y empezaron a vivir juntos en un galpón, junto al criadero de pollos de un vecino de Padua, el señor Nachón.

Virginia visitaba el barrio en ciertas ocasiones porque vivía en Belgrano. Su padre era psiquiatra y su madre profesora de geografía. Para Galimberti, que no había conocido otras mujeres más que su madre y su hermana, se convirtió en su novia mágica. El elástico de su bombacha era mucho más firme que la democracia. Pero compartía con ella un mundo mucho menos turbulento que el de las manoplas y las cachiporras, y más excitante que el de su colegio. La veía sólo los fines de semana. Por la tarde se entretenían en bares o cines de Belgrano o del centro. Por la noche, cenaba en casa de sus padres; Galimberti aparentaba más edad que la de sus quince años. Sus sueños se parecían en poco a los de los adolescentes promedio. Obligaba a sus futuros suegros a soportar las razones de su ideario político y en cambio debía escuchar la jerga del padre de «Moni» y las críticas a Evita de su madre. En una de esas reuniones familiares, conoció a los tíos de Virginia. Eran militares en activo. Uno se llamaba Domingo Trimarco, entonces

coronel, que a fines de 1963 se pondría a las órdenes del director de Gendarmería Nacional, Julio Alsogaray, para reprimir a la guerrilla castrista en Salta. Juan Carlos Trimarco, en cambio, era teniente coronel con asiento en el Regimiento Blindado de Azul. Galimberti les resultaba un adolescente gracioso, a veces demasiado audaz. Lo invitaban a navegar al Tigre los fines de semana. Se fascinaba cuando le mostraban las armas. Unos años más tarde Juan Carlos Trimarco lo llevaría a probar puntería en el campo de tiro de su regimiento. Fue el primer hombre que le regaló un arma de importancia: una Malincher 7.63.

Galimberti vivía su adolescencia partida en pedazos. El galpón de Nachón, el Instituto Sarmiento, la cofradía del colegio, la acción directa en el grupo de Naya y la vida civilizada junto a Virginia y su familia militar. Ya había perdido el ámbito del rugby: provocó una trifulca cuando distribuyó una publicación de Tacuara. Pero el detonante se generó cuando pintó su símbolo con un tizón de carbón en las paredes del vestuario. El técnico del equipo decidió expulsarlo. Y el padre Arroyo estuvo de acuerdo.

Por entonces, a comienzos de la década de los sesenta, la fiebre tacuarista desbordaba los colegios de la Capital Federal. Los jefes, que se habían educado en colegios católicos y militaban en la ultranacionalista UNES, solían agitar a sus tropas en las inmediaciones. Las entradas y salidas eran traumáticas. Los adolescentes tacuaristas, hijos de la clase patricia en descenso, que vivían en los conventos de Barrio Norte, formaban un corredor de doble fila en el Colegio Nacional Sarmiento para cargar a golpes sobre los judíos y los que portaban apellidos de tradición liberal. Vestían camisas grises, corbatas oscuras, se peinaban con la cola de caballo a la gomina, y los más pudientes lucían en sus blazers azules la estrella federal o la Cruz de Malta de los caballeros templarios. Los tacuaras tenían una ideología imprecisa y a veces contradictoria, que les permitía vociferar contra el «capitalismo judío internacional» o contra «los hijos de los que entregaron la Patria al imperialismo inglés»[2].

Para ingresar en la organización se requería la aceptación y realización de ciertos actos rituales. Había uno imprescindible: la jura de fidelidad frente a la tumba de Darwin Passaponti, en el cementerio de Chacarita. Passaponti fue el único muerto de la movilización del 17 de octubre de 1945, a favor del coronel Perón. Cuando un tacuara desconocía la autoridad de su jefe o lo expulsaban de la

---

[2] Una muestra de esto ocurrió en el acto del 11 de septiembre de 1962, el día de la Civilización Sarmientina. Doscientos jóvenes decidieron homenajear al caudillo Facundo Quiroga en el cementerio de la Recoleta. La policía los disgregó con gases lacrimógenos. «Esto no es un acto. No hay discursos. Somos argentinos reunidos en la tumba de un argentino», se defendieron, y empezaron a rezar a viva voz el Padrenuestro. Después escaparon rompiendo escaparates por avenida Quintana y más tarde desfilaron con el brazo en alto, al estilo fascista, por la calle Florida, al grito de «Patria Sí, Colonia No», y apedrearon la oficina del diario *La Nación,* en cuya cartelera se leían las noticias del día.

agrupación, en cambio, era pasible de ritos menos emotivos: les hacían purgar sus culpas tragando aceite de ricino[3].

A principios de la década de los sesenta, Galimberti conoció a Alberto Ezcurra Uriburu, jefe del Movimiento Nacional Tacuara (MNT). Augusto Pérez Lindo se lo presentó en la sede de Tucumán 415. Un intercambio de palabras, un saludo apenas, era la mejor bienvenida que podía recibir un adolescente que se sentía marginado de la Nación oficial.

Ezcurra Uriburu era un ex seminarista, de veinticinco años, que se definía «mitad monje, mitad soldado». Dormía en el suelo del local como muestra de su estoicismo. Sus seguidores lo admiraban. Había recibido una herencia sin propiedades del patriciado porteño y soñaba con reverdecer la trilogía «Dios, Patria y Hogar». Su corpus ideológico se limitaba a lecturas del sacerdote Julio Meinvielle y del sociólogo francés, colaboracionista del gobierno de Vichy, Jaime María de Mahie. También admiraba a José Antonio Primo de Rivera. El secretario de formación del MNT, Horacio Domínguez, en cambio, tenía una prolija formación fascista.

Sin embargo, las fuentes ideológicas de los jefes tacuaras dieron un vuelco imprevisto a partir de la toma del frigorífico estatal Lisandro de la Torre, del barrio de Mataderos, en enero de 1959. El gobierno de Frondizi había decidido privatizarlo. Los tacuaras resistieron junto a los obreros. Fue el primer contacto con el peronismo, un movimiento al que sentían menos ordenado que las formaciones romanas de Benito Mussolini, pero también más cercano emocionalmente. Empezaron a sumar a sus lecturas textos de Arturo Jauretche, José María Rosa y los hermanos Irazusta, entre otros autores, y reivindicaban la acción de las masas. Se integraron en las sedes de los sindicatos más combativos, como el del caucho, textiles o los farmacéuticos. La popular manopla alcanzó una etapa superadora. Los gremialistas que reclamaban el regreso de Perón les dieron acceso a un ámbito que permitía la discusión política, y también los beneficiaba con la instrucción armada. Deseosas de acción, las huestes tacuaristas actuaban como fuerzas de choque para la ocupación de fábricas y conflictos gremiales durante el gobierno del radical Arturo Illia. En pocos años, los que antes reclamaban la vuelta de un nacionalismo reaccionario y una sociedad jerarquizada por el orden cristiano, empezaron a luchar junto a los gremialistas de las 62 Organizaciones Peronistas. Ezcurra adquirió tanta significación que Juan Perón, desde su exilio madrileño, intentó captarlo bajo su ala

---

[3] Al aspirante que deseaba ingresar le preguntaban: «Juráis con el corazón y el brazo señalando el testimonio de Dios defender con vuestra vida y vuestra muerte los valores permanentes de la Cristiandad y de la Patria? Juráis permanecer leales a los principios del movimiento, respetar sus jerarquías y hacerlas respetar por amigos y enemigos?».

para conducir la entonces dispersa Juventud Peronista. Pero el ex seminarista no aceptó[4].

La irrupción de Tacuara en el escenario político-gremial amplió la base social del movimiento pero también provocó rupturas internas. Con el correr de los meses se alejaron muchos de los estudiantes de clase alta, que habían luchado contra la enseñanza laica. Ni los hijos más selectos de la oligarquía nacional, ni mucho menos su mentor espiritual —el presbítero Meinvielle—, aceptaron que se vincularan al peronismo. Ellos habían conspirado contra «el régimen» en 1955. En cambio, empezaron a llegar a Tacuara hijos de obreros y nietos de inmigrantes españoles o italianos, asentados en barrios periféricos de Capital o del suburbio bonaerense. También fue una fuente de trabajo de personal de distintos servicios de inteligencia que se infiltraban en busca de informaciones o para promover operaciones[5].

La última facción que prohijó Tacuara fue el Movimiento Nacional Revolucionario Tacuara (MNRT), a fines de 1962. Lo lideraba un dandi del nacionalismo, el irlandés Joe Baxter, que con el apoyo de algunos comandos se rebeló contra la jefatura nacional de Ezcurra. El MNRT de Baxter mudó su eje ideológico: dejó de inspirarse en José Antonio Primo de Rivera y redujo su prédica antisemita. Rescató a la clase trabajadora como depositaria histórica de la nacionalidad, y también recogió enseñanzas del leninismo. Pero cuando se separó de los «tacuaras originales», el MNRT perdió fuentes de financiación y cierta protección policial en algunas comisarías. La autonomía ideológica los obligó a buscar la independencia económica: salieron a robar coches, farmacias, terminales de autobuses, reducir guardias armados, incursionar en el Tiro Federal y en fábricas de armas, a fin de pertrecharse. La dinámica de la acción clandestina tomó fuerza organizativa. Durante varios meses el MNRT planificó su golpe maestro. Se consumó el 29 de agosto de 1963, con el asalto al transporte de caudales que llevaba el dinero de los sueldos del Policlínico Bancario de la Capital Federal. En el operativo, liderado por Baxter y José Luis Nell, dos empleados murieron por una

---

4 A fines de 1963, Ezcurra delegó la jefatura de la organización a Juan Collins, de la provincia de Santa Fe, e intentó volver al seminario. No logró hacerlo en Buenos Aires, porque luego de que predicara tirar bombas de alquitrán contra las sinagogas, hubiese sido demasiado desprolijo para la Iglesia reabrirle sus puertas: al tiempo, consiguió retomar su antigua vocación sacerdotal en un convento en Paraná, Entre Ríos. Murió en 1994.

5 En septiembre de 1960, Augusto Moscoso, considerado un longevo por sus treinta y ocho años, y sospechado de tener vínculos con el Servicio de Inteligencia de la Aeronáutica (SIA), se separó de Tacuara y creó la Guardia Restauradora Nacionalista (GRN). Reivindicaba a una Tacuara de «extrema derecha, defensora de la pureza de la nacionalidad». Acusó a Ezcurra de haber dado un vuelco «fidelista» y «chinófilo». En julio de 1961, seis militantes conformaron el Movimiento Nueva Argentina (MNA), para acercarse al sindicalismo peronista —en especial al metalúrgico—, y luchar por el retorno del «Líder en el exilio». Algunos de ellos participarían en el desembarco en las islas Malvinas en 1966.

ráfaga de ametralladora. El MNRT obtuvo 14 millones de pesos. Durante algunos meses la policía creyó que el asalto había sido obra de delincuentes comunes[6].

A los dieciséis años Galimberti no participaba en las acciones de ninguna de las facciones de Tacuara de Capital. Y quien no participara en acciones era considerado un «perejil». Pero visitaba los comandos en busca de vinculaciones o para ganarse la atención de algún jefe. También se interesaba por los debates cívicos que organizaba el doctor Carlos Fayt en el Parque Centenario o la Plaza Italia, y al que concurrían nacionalistas, tacuaristas y comunistas.

Toda su acción sucedía en la calle. Cumplía con su promesa de que las acciones de Tacuara no interfirieran con la actividad estudiantil. Sin embargo, en su último año en el Instituto Sarmiento, no pudo evitar mostrarse con una pistola en la cintura durante las horas de clase. El día que el doctor Salonia lo sorprendió, le advirtió que si reincidía lo expulsaría del colegio. A pesar de que en los ambientes de militancia tacuarista sentía cierto prestigio al decir que había sido echado de las aulas por «rosista», Galimberti se recibió de bachiller nacional con orientación comercial como abanderado. En el promedio de los tres trimestres tuvo una calificación de 10 puntos en Higiene, 9,02 en Historia, 9 en Instrucción Cívica, 8,55 en Literatura y 8,50 en Filosofía. A comienzos de 1965 decidió estudiar la carrera de Derecho. Durante un año realizó un curso en el colegio Juan José Paso, de Merlo, que le convalidaba el ingreso en la Universidad de Buenos Aires.

Durante ese tiempo la relación con sus padres continuó a distancia. Su familia volvió a mudarse en 1964[7]. Don Ernesto tomó un crédito del Instituto de Previsión Social para comprar un terreno de mil quinientos metros y construir un chalet sin tejas, en una zona despoblada de San Antonio de Padua. Lo llamaban «la quinta». Para su madre Arminda significó una aventura. El tendido de cables de luz no llegó al barrio durante varios meses, pero vivía esa carencia como una bendición: sentía un especial placer cuando llevaba lámparas de querosén o faroles para iluminar los ambientes, mientras preparaba la cena. Los domingos, don Ernesto se levantaba temprano y desandaba calles de tierra con chaqueta y corbata, en busca del diario, que encontraba en la estación de trenes. A mediados de la década de los sesenta, Liliana había dejado de estudiar. Sólo lo hizo hasta el fin del secundario. Don Ernesto le había desaconsejado continuar una carrera universitaria porque iba a desatender las tareas de la casa. Y ella, en los años

---

[6] Luego de nueve meses de investigación, una prostituta de un cabaret de Lyon, Francia, aportó la pista definitiva para la detención del grupo que asaltó el Policlínico. Fue cuando quiso cambiar los billetes argentinos en el banco. La numeración de los billetes estaba denunciada por Interpol.

[7] La familia Carrizo, que le compró la propiedad de Esmeralda, recibió en tres oportunidades a una comisión policial que buscaba a Rodolfo Galimberti, pero no pudo encontrarlo. Una fuente consultada indicó que lo buscaban por el robo a una farmacia que habría efectuado junto al «Vasco» Mauriño. Esta información no pudo ser confirmada por los autores.

posteriores, siempre se lo recriminó. La estimuló, en cambio, para que se volcara en la pintura, como su madre. El primogénito Hugo se recibió de médico con calificaciones brillantes. La familia estaba orgullosa. Era un joven serio, muy culto y disciplinado. El líder de su grupo de amigos. Pasaba horas debatiendo ideas. Por entonces, a esa altura de su vida —veintitrés años— ya era decididamente nazi. No sólo porque había colgado un retrato de Adolf Hitler en su habitación, sino porque fundaba sus creencias en base a la lectura de los filósofos e intelectuales del espíritu nacional alemán. Vibraba con Schopenhauer y Nietzsche y se quemaba las pestañas estudiando alemán en el Instituto Goethe: quería leer sus escritos en el idioma original. Hugo hizo público su desprecio por «las democracias decadentes». Empezó a interpretar el peronismo nacionalista de su padre y su hermano Rodolfo como un fenómeno folclórico. Se puso cada vez más aristocrático. Lo fascinaba la idea del dominio del destino, de la sangre y el espíritu. Leía *Mi Lucha* de Hitler o a Oswald Spengler. El alma era su fuerza motriz. También leía a Buda.

En 1964, Perón intentó regresar al país. Se decía que volvía porque se estaba muriendo. En Buenos Aires, cientos de pintadas con carbón clamaban sobre los muros: «Perón vuelve este año». El país continuaba dividido en torno a su figura. Era tal la devoción de Galimberti por el General que su cofradía se sumó a la procesión hasta Lujan que, para rezar por su vuelta, había organizado el Comando de Organización de la Juventud Peronista (CdeO). Perón vivía en Puerta de Hierro, Madrid, luego de haber migrado en su exilio por Paraguay, Panamá, Venezuela y República Dominicana. Se había casado con Isabel Martínez, una bailarina que conoció en un cabaret centroamericano. En su residencia, cuidaba a sus tres caniches y recibía visitas de políticos y gremialistas para quienes tenía siempre instrucciones contradictorias. Ellos salían de su residencia con cierto barullo en la cabeza, pero emocionados, portando un mensaje para el pueblo peronista. En el tiempo que llevaba de destierro, Perón había adoptado la intriga y la confusión como la mejor estrategia para conducir el movimiento a distancia. Temía que su poder se desmembrara. Augusto Vandor, que lideraba la Unión Obrera Metalúrgica, era un fuerte contendiente. Se había propuesto superar la impotencia institucional del Partido Justicialista con el desarrollo de «un peronismo sin Perón». Su objetivo fue integrar a las masas en el proceso electoral, sin el mandato de su líder.

A fines de 1964 el General fracasó en su intento de volver al país[8]. Y en sintonía, sus devotos vivían la lucha por el regreso con una gran impotencia: se planificaban acciones que luego no se realizaban; se urdían insurrecciones que

---

[8] El 1 de diciembre, el «Operativo Retorno» se puso en marcha. Con la ayuda del empresario Jorge Antonio, que lo escondió en el maletero de un Seat 1500, Perón llegó hasta el aeropuerto de Barajas y abordó un DC8 de la línea Iberia, luego de doce horas de vuelo, hizo escala en Río de Janeiro. Ahí, Perón fue retenido y reenviado a Madrid por las autoridades brasileñas, por petición del gobierno argentino.

resultaban infiltradas por servicios de inteligencia... De alguna manera, la imagen de Perón regresando a Madrid era el resumen de las frustraciones.

Por ese tiempo Galimberti sufrió en carne propia la desdicha política. Empezó a frecuentar como espectador atento las convocatorias del «Comando de la Juventud Peronista para el Retomo de Perón», un grupo con base en Morón que integraban Jorge Rulli, Luis Torreta, Gustavo Rearte, Envar «Cacho» El Kadri y Alberto Brito Lima, jóvenes que a los veinte años ya tenían tiroteos y varios meses de cárcel encima. Entre ellos también participaba una célula de suboficiales del COR, la Central de Operaciones de la Resistencia, que ya había intentado un golpe contra Frondizi en diciembre de 1960, con la toma de un Regimiento en Rosario. Uno de los suboficiales propuso una operación armada que reivindicara la memoria de los fusilados de José León Suárez: atentar contra la vida de Desiderio Fernández Suárez, el jefe de policía de la provincia de Buenos Aires que cumplió la orden de fusilar a los militares peronistas.

El ahora general vivía en un edificio de las Barrancas de Belgrano. Le encomendaron a Galimberti que hiciera inteligencia y vigilara los movimientos a fin de elaborar un plan: horarios de entrada y salida, oficiales de guardia, calles para la retirada. El primer domingo que Galimberti fue a inspeccionar la zona, Fernández Suárez estaba lavando su Ford Falcon en la calle. Ese rasgo de cotidianeidad lo dejó paralizado. Llevó su informe a un suboficial del COR. Al domingo siguiente, fueron con un grupo a certificar los datos y planificar la operación. Pero esta vez el general no apareció. Galimberti ya había tomado el hábito de vigilar sus movimientos cada domingo por la mañana, antes de ir a almorzar a la casa de la familia Trimarco. Pero con el paso de las semanas, el grupo fue sufriendo escisiones internas. La operación no se consumó.

Galimberti la vivió con gran impotencia. Buscaba participar en algo. Cualquier cosa, y donde fuera. Por acercarse al palco en un acto, se metía en la lucha de las huestes de los sindicalistas José Alonso contra Vandor. Iba a la manifestación de repudio contra la invasión norteamericana en Santo Domingo, donde se enfrentaron los comunistas y el CdeO, que dejó un muerto por cada lado. En su afán por incorporarse a la agitación política, también se integró en las charlas de la Escuela de Conducción Superior Peronista, que estaba a cargo de Héctor Flores, un militar de la Resistencia. Flores era el secretario del mayor Bernardo Alberte, el delegado de Perón. Galimberti les hizo saber que era un experto en temas militares y empezó a dar clases de adiestramiento técnico, con la instrucción que había recibido de su padre y luego de los hermanos Trimarco.

En 1965, junto al «Vasco» Mauriño y a su novia Virginia, había empezado a cursar algunas materias de la Facultad de Derecho. Pero el estudio le apasionaba mucho menos que la militancia. Hizo un contacto con el nacionalismo de derecha

que se aglutinaba en el Sindicato Universitario de Derecho (SUD), que manejaba el Centro de Estudiantes. El líder era Antonio Valiño. Galimberti buscaba interceptarlo por las escaleras para hablar con él, pero no lograba que se detuviera. Para hacer valer su historia y despertar el interés de la militancia decía que era un activista del MNRT del Comando General Belgrano, junto a Jorge Caffati y Amílcar Fidanza, del grupo que asaltó el Policlínico. Al tiempo, Galimberti se convirtió en un seguidor «periférico» del SUD. Trataba de involucrarse en cualquier pelea contra los comunistas, participar en la rotura de escaparates, sentarse en primera fila en las conferencias de Emilio Berra Aleman, uno de los últimos jefes del Tacuara original, que tenía la «trompada prohibida», por su ferocidad.

A mitad de 1966, el general Juan Carlos Onganía desplazó el débil gobierno de Arturo Illia y tomó el control del país. Galimberti saludó su llegada con expectativa. Lo imaginaba «un golpe nacionalista». El mismo general Perón recomendó desde Madrid: «Hay que desensillar hasta que aclare». Los sindicalistas vandoristas se pusieron la chaqueta y la corbata para la asunción del nuevo presidente y fueron a la Casa Rosada. Uno de los pocos peronistas que alzó la voz contra el golpe fue el ex diputado John William Cooke, referente de la «izquierda» peronista, que apoyaba la revolución cubana.

Galimberti ya tenía diecinueve años. Después de un lustro de militancia constante pero dispersa, en ámbitos nacionalistas, de la Resistencia Peronista, de tacuaristas o fascistas, era poco lo que había acumulado. Comprendió que tendría un mejor destino en la política desde un ámbito propio. Un lugar donde pudiera reclutar a sus amigos del barrio, de la iglesia, del rugby, del colegio, de la facultad y también con aquellos que creyeran que la bomba «Cocof» podía ayudar a romper el sistema de prohibiciones que los agobiaba. Decidió fundar su propia agrupación.

Capítulo III

El mundo entre mis manos

JAEN se fundó en el bar La Perla, a media cuadra de la Plaza de Once, en marzo de 1967. El nombre original que Galimberti había llevado a la mesa era «JAIN». Significaba «Juventudes Argentinas por la Independencia Nacional». Augusto Pérez Lindo se opuso. Dijo que sonaba demasiado árabe.

—Pongámosle JAEN. Juventudes Argentinas por la Emancipación Nacional. «Emancipación» tiene más que ver con la idea de independencia de Raúl Scalabrini Ortiz —completó.

Todos estuvieron de acuerdo. La mesa fundacional la integraron Rodolfo Galimberti, María Cristina Álvarez Noble, «Coco» Estela y «El Vasco» Mauriño, ex alumnos del Instituto Sarmiento; «Dippi» Hafford, y «El Vasco» Othacehé, del grupo Tacuara de Castelar y el club de rugby; Mario Izzola, primo de «Moni» Trimarco, y los profesores Pérez Lindo y Norberto D'atri. Eran ocho.

La Perla estaba abierto las veinticuatro horas. Era un amplio salón al que llegaban estudiantes con libros, jóvenes con pelo largo y guitarras, y también ex tacuaristas con la estrella federal y militantes juveniles comunistas. En La Perla se podía pasar una tarde o una noche entera con un solo café. Si se acomodaban algunas sillas contra la pared, también podían dormir. Nadie los echaba. Pero lo que tenían prohibido era tocar la guitarra dentro del local. Era usual que la música sonara desde el baño[1].

Para los integrantes de JAEN, esos muchachos que luego se revelarían fundadores del rock nacional, vivían como zombies. Dilapidaban un tiempo y una energía que ellos en cambio preferían volcar en la política.

Distintos adolescentes empezaron a formar parte de JAEN, incluso desde la diversidad ideológica.

Hugo Galimberti, que entonces era ayudante de la cátedra de Microbiología, conoció a «La Negra» Martha Roldán, una morocha muy sensual que

[1] En el año 1966, José Iglesias, «Tanguito», compuso «La Balsa» en el baño de La Perla de *Once.*

venía del interior. Estaba formando un grupo peronista en la Facultad de Medicina. En la tarea la acompañaba su novio, Ernesto Jauretche, el sobrino de don Arturo, el historiador. Ernesto hacía el mantenimiento de una máquina en una fábrica y colaboraba con el diario *El Economista.* Militaban en un local del barrio de Colegiales. Por ahí pasó Hugo, una tarde. Pero declinó la oferta de integrarse en el grupo.

—Yo no tengo interés, pero el que les puede servir es mi hermano Rodolfo, que está más loco que un plumero. Es insoportable. Anda boludeando por todos lados.

En 1967, Rodolfo Galimberti obtuvo un empleo como miembro de la comisión de reestructuración académica de la Universidad del Salvador, por gestión de su amigo Augusto Pérez Lindo, que era profesor de Introducción a las Ciencias Políticas. Galimberti leía y analizaba monografías y ensayos sobre políticas universitarias y participaba en la elección de la bibliografía de distintas disciplinas. Pero no le interesaba trabajar. Lo consideraba una pérdida de tiempo. Tenía una frase predilecta que siempre repetía: «Para hacer política, hay que vivir, pensar y dormir políticamente, poner toda la vida en función de un proyecto político». Pero el empleo significaba una ayuda económica.

Martha Roldán y Ernesto Jauretche se sumaron a JAEN. Con ellos lo hicieron Daniel Golberg, estudiante de Medicina, y Juan Carlos Sánchez, empleado de ordenanza de la Comisión Nacional de Energía Atómica. Unos meses después llegaría otro empleado de la CNEA, Roberto «Beto» Ahumada, que era químico industrial y ocuparía un papel vital en la agrupación.

La Universidad del Salvador hizo otro aporte importante en JAEN. Un ex seminarista jesuita, licenciado en Letras que dictaba Literatura. Se llamaba Carlos Grosso y tenía veinticuatro años. Grosso fumigaba bares por las madrugadas y acompañaba su sacrificio diario con una frase de León Trotsky: «Cuando la vida de las naciones es normal, cada cual puede realizar las actividades que elige individualmente. En una sociedad revolucionaria, en cambio, todos deben comprometerse con este proceso y ser militantes».

Grosso empezó a trabajar junto a Pérez Lindo, Norberto D'atri y Galimberti en el «grupo científico» de JAEN. Lo denominaron GRULA: Grupo de Estudios Latinoamericanos. Funcionaba como un espacio de reflexión intelectual, con marcada preocupación por el tema de la pobreza y la marginalidad. Al discurso nacional y peronista, sumaban las lecturas teológicas y del cristianismo social. D'atri, que entonces tenía cuarenta años, se ocupaba de administrar esa diversidad.

El GRULA se reunía una vez a la semana en un local de la UCRI de la avenida Belgrano, con la autorización del ex gobernador de Buenos Aires, Óscar Alende. En cada encuentro se incorporaba gente nueva. Avanzado el año 1967,

«Coco» Estela, que cursaba el primer año de Bellas Artes, logró reclutar a dos chicos de su curso. Uno se llamaba Emilio del Guercio. El otro, de pelo rizado hasta pasados los hombros, era Luis Alberto Spinetta. Los dos tenían diecisiete años[2].

Del Guercio y Spinetta eran amigos del barrio y se sentaban en el mismo banco del Instituto San Román. Habían egresado en 1966. A los dos les interesaba el arte y la música. Spinetta formaba parte del coro de la iglesia y su papá cantaba tangos en audiciones de radio. Le gustaban Piazzola, Los Beatles, Waldo de los Ríos, Bill Haley. También amaba la literatura. Andaba siempre con *Rayuela* bajo el brazo. En ese tiempo, quien no tenía una teoría sobre cómo armar el libro de Julio Cortázar era considerado un marciano. Por eso se entusiasmaba cuando conversaba con Grosso de literatura.

Del Guercio estaba más politizado. Su padre era peronista. Pero tanto él como Spinetta estaban influidos por lecturas cristianas. Iban a los retiros espirituales del padre Jorge Adur, que era una autoridad del Instituto. También les encantaba componer música. Spinetta tenía un stock de canciones desde el colegio primario. En los últimos años del secundario Spinetta cantaba con Los Larkings. Emilio del Guercio, en cambio, estaba en Los Sbirros con Edelmiro Molinari. Sin embargo, en 1967, la banda de Spinetta se paralizó porque a Rodolfo García, el batería, le tocó la mili. Entonces Los Larkings y Los Sbirros se fusionaron. Armaron una banda a la que todavía no le habían puesto el nombre.

Del Guercio y Spinetta llevaron a JAEN a dos amigos que egresaron del San Román. Ricardo Mitre, «El Turco», que buscaba un lugar para canalizar sus inquietudes políticas, y Luis Alberto Vuistaz, «Lucho», hijo de una familia acomodada del norte argentino, que también quería participar.

Después de algunas charlas en el GRULA, «El Turco» y «Lucho», que estudiaban abogacía, pasaron a integrar el «Frente 17 de octubre» de JAEN en la Facultad. El líder era Galimberti y «El Vasco» Mauriño lo secundaba. En ese tiempo al «Vasco» le decían «Sombra». JAEN fue una de las primeras agrupaciones que reivindicó al peronismo en Derecho en los años sesenta. A pesar de que Galimberti era sólo dos años mayor que los egresados del San Román, la diferencia entre ellos era marcada. Tenía un mayor conocimiento de la realidad política. Discutía y negociaba la firma de documentos con dirigentes de otras agrupaciones. Impactaba por la rapidez para ofrecer respuestas. Pero, sobre todo, era su actitud actoral, cuando daba un discurso en el bar de la Facultad, lo que terminaba de cautivarlos.

---

[2] El GRULA corrió serio riesgo de perder su sede el día en que un ordenanza de la UCRI descubrió en un armario los componentes de la bomba «Cocof». El médico Chequini, que había gestionado para ellos el lugar, consultó a Alende si debían echarlos. El dirigente de la UCRI ya intuía que los jóvenes marchaban por caminos distintos al suyo, pero imaginaba que eran inofensivos. La actividad prosiguió.

Galimberti reivindicaba en JAEN la línea del revisionismo histórico: San Martín, Rosas y Perón. Pero cuando al Che Guevara lo fusilaron en una escuela rancho de Bolivia lo sumó al santoral. Además la fecha de su muerte —8 de octubre— coincidía con el cumpleaños de Perón. Un acto de homenaje podía incluir a los dos.

Cada día de su vida Galimberti salía en búsqueda de su oráculo. Solía ir al bar Castelar, en Córdoba y Esmeralda, para sentarse a conversar en la mesa de Arturo Jauretche y preguntarle por su militancia en FORJA, pero a los pocos minutos don Arturo se desprendía de su presencia.

—Bueno, pibe, correte que estoy esperando gente y tengo que hablar de cosas importantes.

También visitaba a Juan José Hernández Arregui en el bar de Santa Fe y Guise. Era un poco más flexible con el tiempo que le dispensaba, pero igual de determinado para finalizar la conversación.

En 1967, su etapa embrionaria, JAEN no tenía un afincamiento real: se reunían en bares, apartamentos de amigos o casas prestadas para discutir tareas organizativas. En la primera reunión que participó en la casa de Mario Izzola, en Coghlan, Spinetta intentó precisar la identidad política de la agrupación. En medio de un debate, preguntó:

—¿Debemos llamarnos compañeros o camaradas?

La confusión era lógica. JAEN era un ámbito de interacción de ideas, recogía voluntades de distintos orígenes, que se definían como peronistas, nacionalistas, revolucionarios, cristianos, y hasta desarrollistas. Pensaban que de esa conjunción iba a nacer un movimiento social y político, «el Movimiento Nacional», que superaría —pero no excluiría— al peronismo. Ese movimiento terminaría con la represión, las injusticias y la exclusión social.

María Cristina Álvarez Noble, que estudiaba Filosofía y Letras, trajo un aporte novedoso para la agrupación: Jorge Raventos, su novio. Tenía un discurso cercano al marxismo nacional. Se había formado con Jorge Abelardo Ramos en el Partido Revolucionario de la Izquierda Nacional —PRIN—, pero luego algunas diferencias políticas los separaron y formó el PSIN —Partido Socialista de la Izquierda Nacional[3]—.

A Galimberti su incorporación le pareció muy valiosa.

—Es bastante trotskista y todo trotskista es un buen anticomunista. Nos va a ser muy útil —concluyó.

[3] Al momento de ingresar en JAEN, Raventos editaba Patria Grande. Luchaba «por un nacionalismo popular, una izquierda nacional y una democracia revolucionaria». Era la bajada de la portada de la revista.

Galimberti tenía respeto y admiración por aquellos que generaban ideas porque le permitía discutirlas, reelaborarlas y apropiarse de ellas. Grosso y Raventos, que provenían de matrices ideológicas diferentes, enriquecían su discurso político. Él no era un cuadro con gran formación teórica. Lo consideraba una carencia personal. Tenía en cambio una fuerte confianza en su destino histórico como líder e imaginaba que su lucha podía costarle la vida. Sentía que no había nada más bello y heroico que una muerte joven. Lo analizaba desde una perspectiva estética, pero se preocupaba por lo que dirían de él después de muerto.

—Si mi biografía la escriben los intelectuales me van a hacer mierda. Se van a aprovechar de mis debilidades teóricas —decía.

Hacia fines de 1967, después de casi seis años de ausencia, Galimberti volvió a vivir con su familia. Dormía en una habitación separada de la de su hermano Hugo, pero ninguno de los dos hacía esfuerzos por disimular sus rencores. Rodolfo presentó a sus padres a su novia «Moni». Los domingos empezó a invitar a sus amigos de JAEN: Grosso, Spinetta, Del Guercio, Jauretche, Raventos, entre otros. Los iba a buscar a la estación de San Antonio de Padua: era un líder suburbano guiándolos por calles de tierra. Hablaba de su barrio, recordaba aventuras con amigos de la infancia. Era una caminata de casi veinte cuadras. Preferían ahorrarse las monedas del autobús. Cuando llegaba a «la quinta» los presentaba a sus padres y hacía una corta alocución sobre cada uno. También compartían esos encuentros los «nativos» del barrio: «El Vasco» Othacehé, Dippi Hafford, «Coco» Estela, María Cristina, y «El Vasco» Mauriño, que era considerado como uno de la familia.

Con tanta gente reunida, los domingos, «la quinta» de los Galimberti brillaba. Sus padres eran anfitriones exquisitos. Don Ernesto continuaba con la transmisión de saberes históricos y seguía ofreciendo el rifle a quien lo deseara. Arminda, siempre agradable, servía aperitivos mientras, en el fondo, la carne se asaba en la parrilla. Eran días de sol pleno. Galimberti pergeñaba el futuro de JAEN como un horizonte ilimitado. Con Grosso como su referente peronista social-cristiano, Raventos como su respaldo intelectual marxista, Jauretche como un intérprete de la coyuntura desde la perspectiva histórico-ideológica, Othacehé-Hafford-Mauriño-Estela, el bloque de primera línea en la acción directa, y Del Guercio-Spinetta, algo surrealistas y hippies, pero con una sensibilidad artística que también los integraba. Después, al atardecer, acompañaba al grupo capitalino de jaenes hasta la estación de trenes.

El retorno de Galimberti a la vida familiar duró menos de un año. El fin de su participación lo marcó una pelea con su hermano mayor, justo un domingo.

—Vos tenés arena en la cabeza. Sos un ganso. Tenés la chapa volada —le gritó Rodolfo a Hugo, en el fragor de una discusión espontánea.

Se liaron a golpes en el jardín, a la vista de todos. Cayeron y se levantaron, y siguieron pegándose por largo rato. Los dos tenían sangre en la cara cuando Othacehé y Mauriño intentaron separarlos. De repente, Hugo se incorporó y marchó hacia su habitación con paso decidido. Alguien gritó:

—¡¡¡Va a buscar un rifle!!!

Pero lograron detenerlo en la puerta y evitaron una tragedia familiar. Hubiera sido una muerte menos heroica que la que Rodolfo imaginaba. Esa noche preparó una bolsa y en la puerta de su casa anunció a sus padres que no volvería. Pérez Lindo le consiguió una pensión en la calle México. Empezó a alternar su tarea política con un trabajo nocturno como lavaplatos en la pizzería Banchero.

Por entonces, su visión trascendía JAEN. Esa fue una constante que mantuvo en toda la historia de la agrupación. Siempre buscaba otras relaciones, otras experiencias. El contexto histórico lo permitía: la efervescencia social y política sacudía a la universidad, los sindicatos, las parroquias y las organizaciones barriales. En ese sentido, el estudio jurídico de Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde, ubicado en el 200 de Rodríguez Peña, se había convertido en un polo nacionalista revolucionario y también oficiaba como centro de formación política. Circulaban hombres de distintas tendencias, unidos por su oposición al régimen de Onganía. Era un mercado persa de la política porteña. Cualquier visitante ocasional podía encontrarse al filósofo callejero Facundo Cabral, al cantante italiano Gianfranco Pagliaro o a Fernando Abal Medina, que estudiaba Ciencias Económicas y por entonces pensaba armar un grupo que luego denominaría «Montoneros».

Galimberti conoció a Duhalde no en su estudio sino en una conferencia del sociólogo Roberto Carri, que había abandonado el Partido Comunista para acercarse al peronismo. Respaldado por Ortega Peña y Duhalde, empezaba a estudiar la conformación de los sindicatos desde una perspectiva académica. El día de la conferencia temían un atentado contra Carri. Duhalde, que estaba a cargo de la seguridad, tuvo que reprender a un jovencito a quien encontró en el local impartiendo órdenes cuando ninguno de los organizadores lo conocía. Era Galimberti. A partir de ese contacto, se incorporó a las tertulias del estudio jurídico.

Por su verba graciosa y sus poses actorales, alguien lo había bautizado el «Alberto Sordi» del peronismo, y ese apodo lo volvía más simpático, incluso. Se malhumoraba un poco cuando le escondían la pipa, pero se mostraba bastante agudo para las discusiones prácticas. Tenía un discurso exaltado.

La participación de Galimberti en el ámbito de Ortega Peña y Duhalde quedó sellada con una anécdota risueña, que trascendió en el tiempo:

Un día, sintiéndose necesitado de zapatos, decidió robarse un par que había marcado en un escaparate de la zapatería Grimoldi, en Flores. Invitó a cuatro

de su confianza a que lo acompañaran: Luis Torres Calderón —amigo de Hugo, ex Tacuara, estudiante de Derecho—, y los inseparables Mauriño, Othacehé y Hafford.

Galimberti entró en la tienda y señaló a la vendedora el par que le interesaba, en tanto el grupo se mantenía a la espera, cerca de la puerta. Era un par de zapatos bicolor, de cuero fino, que le calzaba muy bien. En un descuido de la vendedora, Galimberti salió corriendo. Cuando el personal de la casa atinó a reaccionar, sus cuatro amigos compusieron una formación estilo *scrum* que cerró el paso a sus perseguidores y le facilitó la fuga.

Esa misma noche, Galimberti vio a Raventos. Después de horas de conversación, a las tres de la madrugada, decidieron tomar un café en el bar La Giralda, de la calle Corrientes. Abelardo Ramos estaba en charla política con un grupo de jóvenes[4]. Apenas incorporados a la mesa, alguien le hizo un comentario a Ramos.

—No oigo —reclamó «El Colorado» Ramos.

—Que Galimberti estrena zapatos esta noche —le insistieron.

—A ver, muéstremelos —le pidió Ramos.

Galimberti levantó la pierna.

—Estos zapatos... —dijo alargando los segundos—, la única reflexión que puedo hacerle, Galimberti, es que si Gaeta viviera usaría esos zapatos.

Todos se rieron de la ocurrencia, pero el único que se quedó sin el chiste fue el propio interesado, que le tuvo que preguntar a Raventos quién era Gaeta[5].

Al día siguiente, Galimberti, que ya había pedido que el hecho no trascendiera, tuvo que padecer la broma de Ortega Peña. Acomodado en su sillón, se mostró sorprendido con la lectura de la sexta edición del diario *La Razón.*

—Miren esta noticia: «Dirigente de la Juventud Peronista huye con un par de zapatos de una zapatería».

Galimberti, inquieto, preguntó:

—¿Dice el nombre?

Y todos se rieron de su inocencia.

El régimen de Onganía había prohibido el funcionamiento de los partidos políticos. El movimiento peronista estaba fragmentado en una infinidad de tendencias internas que Perón no podía articular. Pero a pesar de la desintegración, los estudiantes y los militantes marginados de la política redescubrían al peronismo. El punto de contacto eran los sindicatos combativos, que se mantenían activos y en lucha contra la política de Adalberto Krieger Vasena, el ministro de Economía.

---

[4] A pesar de la escisión del año 1964, Raventos lo consideraba su padre espiritual y compartía la lectura de sus escritos con muchos jaenes de su departamento de la calle Doblas.

[5] Gaeta era un bailarín que tenía una Academia de Tangos.

La CGT se fracturó en marzo de 1968. En una reunión del Comité Central Confederal, eligió a Raimundo Ongaro como secretario general. Se convirtió en el líder de la CGT de los Argentinos (CGTA). Vandor, que desconoció la elección, formó la CGT Azopardo.

JAEN participó en la primera agitación callejera de la CGTA en repudio a los dos años de gobierno de Onganía, el viernes 28 de junio de 1968 en Plaza Once. La marcha estaba prohibida. En los días previos, el gobierno anunció que grupos guerrilleros habían repartido armas para utilizar en la concentración y organizó un dispositivo de seguridad con carros de asalto. La Policía Montada fue a las puertas de las fábricas y universidades para impedir que obreros y estudiantes marcharan hacia Once. Galimberti propuso a sus cuadros —que entonces no sumaban más de veinte— un sistema organizativo de «formaciones reagrupables», que debían intentar el ingreso en la plaza desde distintas esquinas y reunirse una vez superado el cerco policial. Los manifestantes se juntaron en bares cercanos, presentándose indiferentes a la convocatoria obrera. Esperaban la orden de los sindicalistas de la CGTA para entrar a la Plaza en forma sorpresiva.

Spinetta y Del Guercio se metieron en la cola de una parada de autobuses. Debido a su excesiva longitud, la cola empezó a ser requisada por la policía. Los oficiales iban escudriñando uno a uno, a corta distancia, hasta que se detuvieron en Spinetta. Su pelo largo era un indicio de rebeldía contra la autoridad. Le pidieron sus documentos.

—¿Qué mierda estás haciendo acá? —le preguntó el policía mientras revisaba su carnet de identidad.

Spinetta dijo que esperaba el autobús para ir a la casa de un amigo.

—Abrí la valija —ordenó el oficial.

En ese momento empezó la revuelta. Una cinta explosiva lanzó una llamarada de quince metros. La Plaza se llenó de gases lacrimógenos. La gente corría. Semitapado por un pañuelo, Galimberti empezó a tirarle piedras a los carros de policía. Jauretche intentó recuperar a su novia Martha Roldán y quedó atrapado en el suelo. Empezaron a patearlo. Spinetta y Del Guercio seguían cercados contra la pared.

—Abrí la valija —le repitió el policía.

Spinetta la abrió y sacó un dibujo algo naif, pero de innegable influencia surrealista. El oficial interpretó el ardid: abajo escondería el material explosivo.

—No te hagás el vivo. Sacá todo que vos viniste a poner bombas —le gritó.

—Le juro que no, señor. Tengo sólo dibujos. Yo estudio Bellas Artes —imploró.

La Caballería empezó a arremeter contra la gente apiñada bajo los arcos de la Recova. Un cóctel molotov explotó debajo de un coche patrulla. Spinetta empezó

a mostrar las hojas. En una de ellas se veía el dibujo de la cara de un hombre con expresión triste, y una lágrima que se derramaba sobre su mejilla. Era un bosquejo de la idea de cubierta del primer disco de la banda. Ya habían definido el nombre: «Almendra».

Esa noche Spinetta y Del Guercio fueron trasladados a la comisaría por averiguación de antecedentes. Cientos de manifestantes fueron detenidos en calles y bares. Perón le envió una carta de felicitación a Ongaro por su combatividad.

A fin de junio de 1968, JAEN ya estaba advertido del progreso artístico de quienes componían, precisamente, el «Frente Artístico» de la agrupación. Lo demostraron en el cumpleaños de Nela Mélega, la mujer de Carlos Grosso. Estaban recién casados y vivían en un piso de la calle Pacheco de Melo. Los dos eran muy cálidos para recibir visitas. Algunos fines de semana la jefatura de JAEN —Galimberti, Jauretche, Raventos y Grosso, el anfitrión—, se juntaba en su casa con sus novias y otros militantes. Nela era muy práctica en la cocina y preparaba la comida. La noche de su cumpleaños, el 11 de junio, organizó un pequeño festejo, y Spinetta y Del Guercio llegaron con dos guitarras y una quena. Tomaron cerveza, canapés y se acomodaron en un costado del cuarto de estar. Había mucho interés por escucharlos. Grosso había invitado a dos oficiales del Ejército argentino, Julián Licastro y José Luis Fernández Valoni, que eran peronistas y estaban descubriendo la política a través de un espinel de relaciones. Buscaban tener contactos con la sociedad civil.

Spinetta empezó a cantar una canción, bastante tímidamente. Era la que más le gustaba. Había escrito la letra el día que le avisaron que un amigo del colegio había muerto en un accidente. La noticia era falsa. Pero cuando lo supo, la canción ya estaba hecha. La llamaba «El tema de Pototo», y tenía un agregado: «Para saber lo que es la soledad». Después tocaron otra, «Muchacha» (ojos de papel) y «El mundo entre mis manos».

Spinetta, Del Guercio, Molinari y García, la composición definitiva de Almendra, grabaron un disco simple con dos temas en la primavera de 1968. La primera presentación del grupo se hizo en el Instituto Di Tella. «Lucho» Vuistaz y «El Turco» Mitre fueron los únicos jaenes que asistieron al concierto. La agrupación estaba en pleno debate. A pocos les interesaban las modas de los hippies o las canciones rockeras cantadas en español; preferían ocuparse de otros asuntos: en septiembre, habían detenido a un grupo en Taco Ralo. Algunos de ellos habían asaltado el Banco de Hurlingham a cara descubierta y después tomaron un tren hacia Tucumán para instalar un campamento guerrillero. En total eran doce: una maestra, un ex cura, también estaba «Cacho» El Kadri. Los guerrilleros acamparon en un monte y después de algunas semanas de guardias nocturnas, caminatas diarias y prácticas de tiro, planeaban tomar un destacamento rutero de la policía

provincial y distribuir octavillas con su proclama entre los trabajadores. El día elegido era el 17 de octubre. Ahí se lanzarían las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP). Pero no pasaron desapercibidos por la policía y los detuvieron en el monte.

Para JAEN fue un impacto. La jefatura se reunió de urgencia para tomar posición.

—Tenemos que reivindicarlos —propuso Grosso—. Este es un grupo de guerrilleros peronistas que se la jugó. Pelean por lo mismo que nosotros: la vuelta de Perón. Son peronchos de barrio. No son intelectuales apoyados por Cuba. Hagamos un comunicado de solidaridad por los presos de Taco Ralo.

—Ni en pedo —retrucó Galimberti—. Tenemos datos de que Amanda Peralta, la maestra, es trotskista... Vos te fascinás con ellos porque encontraste un curita con un fusil. Querés hacer solidaridad con el seminarismo, no con el peronismo. El foquismo rural no conduce a ningún lado. Es una boludez. En la Argentina no hay campesinos.

Solidario con Galimberti, Raventos agregó:

—La tuya es una actitud guerrillerista grave, Carlos. Tenés posturas foquistas que JAEN nunca va a reivindicar. Y todos esos grupos cristianos con los que te relacionás, van a teminar siendo tragados por el marxismo.

—Raventos... —ironizó Grosso—, un marxista nacionalizado bajo influjo de Jorge Abelardo Ramos, que intenta descubrir al peronismo, le da lecciones de doctrina a un peronista nacional como yo... pero por favor.

Pasaban horas enteras debatiendo posturas ideológicas. Galimberti iba articulando las líneas de pensamiento, tomando de uno y de otro costado, para armar su propio discurso. Pero era evidente que sus dos soportes teóricos estaban enfrentados. Los dos querían ponerle el contenido a la acción de JAEN.

Grosso ya había escrito el primer documento de la agrupación. Se llamaba «La Iglesia y el Movimiento Nacional». Eran las conclusiones del trabajo intelectual del GRULA, impresas con un mimeógrafo por gentileza del estudio de Ortega Peña, y lo habían presentado en un seminario con distintos expositores. Pero a lo largo de 1968, sus viajes semanales hacia Rosario, para dar clases de Literatura Hispanoamericana en la universidad, le hicieron perder influencia sobre Galimberti.

Ese espacio lo fue ocupando Raventos. Tenía la ventaja que le otorgaba el trato casi diario con el líder de JAEN. Sus novias eran amigas y salían en pareja. Cuando Grosso volvía los fines de semana, las decisiones ya estaban tomadas.

—Yo sé que el *sex-appeal* de Jorge, con sus discursos pausados en el café La Paz, ejerce una seducción demoledora sobre vos, y es mucho más atractivo que mi peronismo católico —protestó Grosso.

Era cierto. Pero por las mismas razones que Galimberti admiraba a Raventos, también le temía. Tenía mucha más práctica de partido que él, un gran

bagaje teórico, y revista propia, *Patria Grande.* De su rol de ideólogo incisivo podía pasar naturalmente al de líder de JAEN. A Galimberti lo atormentaba pensar que en el futuro podía quedar reducido a ser su instrumento para la acción.

Hacia septiembre de 1968, JAEN había sufrido las bajas de dos de sus miembros fundadores. «El Vasco» Othacehé se retiró porque había perdido el interés por la militancia política. Prefería continuar su carrera y recibirse de abogado. También se fue Dippi Hafford. Una tarde, en la casa de Mario Izzola, se hartó de una discusión interminable.

—Acá hay mucha teoría, hermano. Se pierde mucho tiempo. Si queremos voltear a Onganía, hay que salir a pegar —dijo, y abandonó la militancia[6].

En su caso, también gravitó en su decisión un entredicho que mantuvo con Galimberti. Decidieron organizar una pelea para saldar las posiciones. «El Vasco» Othacehé ofició de árbitro. En el balance de la contienda, Galimberti llevó la peor parte.

Otra pérdida más significativa para la agrupación fue la de Pérez Lindo, que quería realizar su doctorado en la Universidad jesuítica de Lovaina, Bélgica. Él también mantenía con Grosso una pugna ideológica dentro del GRULA. Pero era una «disputa católica», mucho menos estridente que la de Grosso con Raventos. Pérez Lindo se había convertido en un referente humano y político en la adolescencia de Galimberti. Había sido muy amigo de Hugo y pensaba que se iba a transformar en un líder social. A Rodolfo lo veía como el chico de la casa, rebelde e inquieto. Con el correr de los años, sin embargo, quedó sorprendido por su crecimiento en JAEN y le aconsejaba cómo desarrollar su potencialidad política. Ya sentía más afecto por él que por Hugo.

Una quincena de militantes de JAEN despidieron a Pérez Lindo en el aeropuerto de Ezeiza. Se sacaron fotos, hicieron bromas. Entre abrazos, Galimberti le dijo:

—Quizá ahora pienses que somos pocos. Pero cuando vuelvas te prometo que voy a movilizar a cientos de miles[7].

En ese tiempo, la agrupación sufrió otra baja. Sensible, si se tienen en cuenta sus cualidades artísticas y humanas: Luis Alberto Spinetta. Su interés por la política estaba fundado desde una perspectiva generacional. Los jaenes percibían la política como fórmula para romper el sistema. Había otras diferencias: la vida bohemia en torno a las guitarras acústicas o la moda psicodélica, los jaenes las

---

[6] «El Vasco» Othacehé retomó la militancia en los años ochenta, Fue intendente de Merlo durante ocho años. Nombró a la dueña del Instituto Sarmiento, Gogó Meschiorre, como «ciudadana ilustre». En 1999 Carlos Ruckauf lo nombró ministro de Gobierno de la provincia de Buenos Aires. Consultado por los autores, respondió a través de su secretario que no conoció a Galimberti durante su adolescencia.

[7] Pérez Lindo regresó a fines de 1972 con el doctorado en Filosofía. En la actualidad es ensayista y profesor universitario.

despreciaban. Las consideraban tendencias modernas creadas por el capitalismo para distraer a los pueblos de su lucha. Pero con las sustancias prohibidas, la posición del grupo era mucho más rigurosa. En un plenario se debatió sobre el tema y se decidió que los cuadros de JAEN no debían consumirlas. Spinetta rompió ahí mismo con ese discurso. Se levantó, encendió un porro y se puso a fumar marihuana.

El responsable le ordenó que se fuera.

Spinetta no hizo caso. Se acercó a la ventana y se puso a mirar la ciudad. Alargaba cada pitada.

—Consumir drogas no es una actitud contestataria contra el sistema. Es una condición de debilidad frente al sistema —sentenció el responsable, irritado.

Spinetta no contestó. El ambiente se tensó. Alguien salió en su defensa.

—Dejalo, che, Luis Alberto está más volcado en la música que en la política. No jode a nadie. Y está trabajando bien en el ámbito de Cultura. Es un cuadro valioso.

—Será valioso, pero vos no tomás conciencia del riesgo que corremos si sigue con nosotros. Un tipo que hoy fuma un porro, mañana te vende por un porro. Propongo expulsarlo, compañeros.

Spinetta ya se había ido[8].

---

[8] Spinetta es una leyenda del rock argentino. Y su banda Almendra fue una de las más populares de la historia. El grupo se separó en 1971. Después, Spinetta inició su carrera solista que continúa hasta la actualidad. Grabó más de 30 discos. Su militancia política fue revelada por primera vez en este libro.

Capítulo IV

El 69

A fines de 1968, Rodolfo Galimberti volvió a la casa de sus padres, pero no a San Antonio de Padua. Su padre había alquilado un piso en Maza 1296, Boedo. Los motivos reales de la decisión fueron un enigma, aunque a la familia le quedó la impresión de que con la venta de «la quinta» ayudarían a Hugo, que había decidido casarse. Su novia se llamaba Martha Novak.

Gracias a una gestión de Raventos, Rodolfo Galimberti empezó a trabajar como empleado de la Organización Veraz. La empresa se dedicaba a averiguar cuáles eran los comercios que cumplían a tiempo el pago a sus proveedores, y cuáles eran aquellos que incursionaban en los distintos niveles del infierno del deudor. De esa información se elaboraba un *dossier* que Veraz vendía por suscripción.

La misión de Galimberti era visitar firmas de distintos rubros y convencerlos para que se adhirieran al sistema.

—Si lo hace, usted va a saber si sus clientes son responsables o no, y esa información le va a permitir ahorrar mucho dinero —argumentaba.

El empleo le permitía acceder a algunos beneficios. Antes que nada, se hacía de un dinero líquido. Además le permitía conocer empresarios que podrían financiar los gastos de JAEN, y los suyos propios, como líder de la agrupación.

A cada uno de ellos, Galimberti le presentaba las bondades del servicio de Veraz, a la vez que intentaba seducirlos con su discurso político. Sin embargo, el frenillo de la lengua le continuaba complicando la pronunciación de la «erre». Algunos amigos consideraban que el arrastre de la consonante iba a representar una desventaja en el futuro.

—Vas a desperdiciar tu potencialidad como orador público. En la percepción de la gente, va a tener más significación la «erre» que tu propio mensaje, Rrrodolfo —le decían, y estiraban la pronunciación de la letra para demostrárselo.

Galimberti decidió operarse. Mirtha Grosso, que había entrado en JAEN a través de su hermano Carlos y se había puesto de novia con «Coco» Estela, le

recomendó el Hospital de Clínicas. Ella era profesora de sordomudos, manejaba muy bien la voz y sabía las posibilidades de la fonoaudiología.

—Te operás y se acaba el problema. Pero después tenés que seguir el tratamiento —le dijo.

Galimberti pasó una semana en el Hospital de Clínicas consumiendo líquidos a través de una pajita de plástico. Sin embargo, la intervención quirúrgica no pudo solucionarle el rotacismo en ese momento ni a lo largo de su vida.

En el ciclo lectivo de 1969, JAEN continuó la militancia en el Frente de Derecho, siempre desde una posición minoritaria. La agrupación mantenía algunos niveles de acuerdo con el Movimiento Nueva Argentina, que ya había asumido posiciones de derecha, y también con el Movimiento 29 de Mayo que lideraban Jorge Castro y Jorge Bolívar. Pero para la mayoría de los estudiantes de abogacía, el discurso peronista de JAEN era un anacronismo. Su fervor nacionalista ya era sustentado por la mayoría de las agrupaciones. La reivindicación del Che Guevara tampoco resultaba novedosa. El SUD, que lideraba el centro de estudiantes, tenía un póster con su imagen en la cartelera, aunque glorificaba su lucha en el monte boliviano con citas de sus héroes propios, los falangistas españoles.

En tanto, el perfil social cristiano de JAEN crecía en la Universidad del Salvador. Había sumado a Jorge Sevilla y Cristina Foix y a un grupo del colegio Maximun de San Miguel —que dependía de la Universidad—, en el que se destacaban el seminarista jesuita Carlos Dartiguelongue y su discípulo Miguel Ángel Toma.

Ese año, Galimberti decidió reforzar su militancia personal en la Facultad de Filosofía y Letras, uno de los centros de estudios más politizados y sensibles a las luchas gremiales y sociales. La política estudiantil estaba dominada por una izquierda impactada por la revolución cubana, y que era optimista respecto de sus posibles efectos liberadores sobre los pueblos latinoamericanos[1].

En el *hall* de la Facultad, frente a las agrupaciones de izquierda, con una mesa desplegada en medio del bullicio estudiantil, Galimberti hacía su presentación escénica diferenciada: hablaba con la pipa en la boca, al estilo de los filósofos sartreanos; se engominaba el pelo y vestía camisa y chaqueta de cuero negro como los *squadristi* italianos. También calzaba su par de zapatos bicolor robado en

---

[1] La izquierda tenía matices ideológicos: el Partido Comunista (PC), de línea pro soviética; y su desprendimiento —primero guevarista, luego insurreccionalista, más tarde maoísta—, el Partido Comunista Revolucionario (PCR) y el Frente de Estudiantes Nacionales (FEN), marxista-leninista en sus análisis pero asediado desde sus bases para que revalorizara el significado del peronismo. El líder del FEN era Roberto Grabois, una promesa política de innegables virtudes como orador. En el año 1964, cuando se supo que el presidente del centro de estudiantes de Sociología, Marcos Schlajter, había formado parte del Ejército Guerrillero del Pueblo y murió de inanición en la selva salteña, Grabois convocó a los estudiantes a una asamblea. Desde las escalinatas y en medio de un discurso encendido gritó: «¡Muera el Ejército Argentino!» Algunos días más tarde el diario *La Nación* repudió esa proclama en su página editorial y alertó sobre el riesgo institucional que implicaba.

Grimoldi, que le daban cierto aire de dandi nacional. En Filosofía y Letras, Galimberti y «La Negra» Roldán formaron el Comando General Juan José Valle. Lograron la adhesión de no pocos estudiantes, hijos de una clase media proscrita, que se encontraban políticamente vacantes y en proceso de reagrupamiento.

La militancia estudiantil fue un importante núcleo de apoyo a la rebelión callejera del Cordobazo. El 29 de mayo de 1969, las luchas de los sindicalistas, los sectores medios cautivos del radicalismo, los estudiantes y organizaciones de izquierda, confluyeron en la ciudad de Córdoba e hicieron estallar la aparente paz social del gobierno de Onganía. Las manifestaciones desbordaron la represión policial —que dejó catorce muertos— y se expandieron hacia otros puntos del país. Fue la señal más acabada de que la rebelión social podía abrir un nuevo camino en la Argentina.

Ese 29 de mayo, un grupo de estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras se reunió en la casa del matrimonio de Jorge Carpio y Susana Checa. Eran profesores de las «cátedras nacionales». La televisión en blanco y negro les traía las imágenes del Cordobazo. La policía retrocedía ante las piedras de los manifestantes. Se vivía un clima de sublevación. El periodista Sergio Villarruel relataba detrás de las barricadas y lo seguía «Pancho» Rivas, el cámara del Reporter Esso. Todo el grupo se sentía emocionado. Discutieron la organización de un acto relámpago al día siguiente, en solidaridad con la movilización.

—Esperemos un rato que va a venir un tipo interesante que nos quiere hablar de esto —pidió alguien.

Al rato, Galimberti tocó el timbre. Después de los saludos de rigor se sentó en la cabecera de la mesa. Tenía veintidós años apenas cumplidos y el rostro muy serio.

—Hay militantes de JAEN que están dirigiendo la rebelión social en Córdoba —anticipó.

Siguió con un largo discurso.

—Hay que apoyar este movimiento. Nosotros, como juventud, tenemos que luchar contra Onganía y acorralarlo hasta su caída. Tenemos que luchar contra los que nos colonizan y venden nuestras riquezas. Terminar con la explotación imperialista. Y el único camino es la acción directa.

El grupo lo seguía atento. Alguno distraía la vista hacia el televisor. La misma lucha de los cordobeses ahora estaba al alcance de los estudiantes.

—Yo estoy a cargo del Plan de Operaciones de JAEN en Buenos Aires —continuó Galimberti— y estamos convocando gente para participar de una acción callejera en el día de mañana.

—¿En qué consiste? —preguntó una chica.

—En primer lugar, castigar al capital transnacional: vamos a atacar a Harrods y Gath & Chaves.

—¿Pero cómo?

—Le ponemos una bomba.

—¿Qué? ¿Pasamos y la tiramos?

—No. Es más sencillo y menos riesgoso, incluso. Dejamos las «Cocof» en el vestidor de damas y nos retiramos como clientes burgueses insospechados de cometer algún daño.

—¿Las qué?

—Las «Cocof».

Se hizo un silencio. Algunos pensaron que era un concepto leninista incluido en la teoría para la toma del poder, cuya lectura ignoraban. Prefirieron no preguntar hasta que Galimberti lo aclarase.

—...«Cocof» es una bomba incendiaria que desarrolló el técnico en explosivos de nuestra agrupación. Se llama «Coco» —dijo.

Todos se rieron. Galimberti continuó, sin perturbarse:

—...La situación es grave y exige una respuesta seria. Hay pueblos hambrientos en el norte argentino que son reprimidos salvajemente. Los villeros son racionalizados por el gran capital. Si queremos una Patria libre, tenemos que devolver cinco por uno. Entonces, llevamos las «Cocof», las encendemos y les aseguro que en cinco minutos el fuego se propaga por todo el local. Tienen un efecto desvastador. Las venimos utilizando desde los tiempos de Frondizi.

—¿Y cómo se arma una «Cocof»?

El tema fue creando interés.

—Buena pregunta —contestó Galimberti—. Mañana lo va a responder «Coco». Pero la elaboración es muy sencilla. Hay que conseguir algunos componentes. Potasio...

Galimberti siguió con su explicación. Tenía un discurso crispado que desafiaba a cada uno. Los enfrentaba con sus propios límites: las dudas, el miedo. La acción permitía conjurarlo. A algunos la propuesta les parecía una locura. A otros no. Podía unir la teoría con la práctica, realizar todo lo que declamaban en los bares. Las imágenes de la tele les daba valor. Por algunos minutos cambiaron ideas, ajustaron detalles. Al final, se organizaron dos grupos. Se los veía bastante convencidos. Algunas chicas se anotaron para comprar los componentes en una farmacia, otras en una droguería. Al mediodía vendría «Coco» Estela para explicar todo. Por la tarde, el ataque a la firma inglesa.

Al día siguiente, toda la estrategia de Galimberti se derrumbó. La CGT lanzó un paro general en adhesión al Cordobazo. Harrods y Gath & Chaves prefirieron no abrir sus puertas.

Ese viernes 30 de mayo Galimberti junto a decenas de militantes fueron a la Facultad. Una asamblea en el *hall* votó por la ocupación. Pero la mayoría de los profesores y estudiantes continuaron con las clases previstas. En algunas aulas estaban tomando exámenes parciales. Un tropel de agitadores empezó a recorrer, piso por piso, para llamarlos a la reflexión.

—Compañeros, no podemos seguir indiferentes. Hay un pueblo que lucha. Y tienen que saber que quien no se rebela contra un régimen opresor e inmoral, es un cobarde o un traidor —gritaba Galimberti.

La mayoría de los claustros se mantuvo imperturbable ante la convocatoria. Los militantes más exaltados hicieron estallar los vidrios lanzando bancos de madera y amenazaron con incendiar las aulas.

Después del Cordobazo, JAEN quedó instalada en la Facultad como una agrupación de acción directa más allá de toda expresión doctrinaria que irrumpía en la escena para hacer uso de un derecho que consideraba legítimo y le estaba vedado.

La vida académica en la Facultad de Filosofía y Letras enfrentaba una situación paradójica. Con el golpe de Onganía, la intervención separó a los profesores de la universidad posperonista, que no aspiraban a una proyección política y confiaban en las ciencias sociales como herramienta de la investigación científica. Asumieron las cátedras profesores relacionados con los cursos de cristiandad de la Iglesia tradicional y el nacionalismo de derecha católica. Los estudiantes empezaron a hacerles la vida imposible. Aunque la práctica política estaba prohibida, entraban a sus clases a proclamar discursos, pintaban paredes, lanzaban octavillas y hacían circular ensayos críticos a la gestión del rector[2].

Sin embargo, dos directores de carrera de la Facultad, Gonzalo Cárdenas y Justino O'Farrell, se diferenciaron de la misión original. Cárdenas era un economista cristiano. O'Farrell era un sacerdote de la iglesia de San Cayetano, especializado en la sociología funcionalista. Alrededor de ellos se formaron las «cátedras nacionales», una escisión en la enseñanza oficial, que impulsaba un estudio menos elitista y más profundo de los nuevos actores sociales de la realidad argentina. Buscaban reconstruir —a través de bibliografías novedosas o abandonadas— una nueva imagen del peronismo, que pusiera fin a su caracterización de «movimiento fascista» o de «populismo latinoamericano», y se rescatara el proyecto anticapitalista y antiimperialista del general Perón.

---

[2] Una elección para el Centro de Estudiantes se realizó en la iglesia San Martín de Tours, en la avenida Libertador. Una iglesia luterana de Flores, en la calle Camacuá, sirvió de marco para una asamblea en la que los estudiantes de una agrupación votaron para decidir si saludaban o no al peronismo, el 17 de octubre.

Las «cátedras nacionales» buscaban instalarse como un movimiento popular y cultural dentro del mundo académico. Recusaban a los que en el pasado convirtieron «las cátedras en feudos personales con pretensiones aristocratizantes» y también a los que aspiraban a «una universidad confesional, que tenga como única razón de ser, "el conocimiento de Dios"»[3].

Uno de los profesores más reputados era el sociólogo Fernando Álvarez, que alcanzaría su consagración académica por su libro *Peronismo: Antecedentes y Gobierno,* en coautoría con Juan Pablo Franco. El libro representó un manual de lectura obligada para los que intentaban entender al peronismo desde posturas de izquierda[4].

Otro docente de atracción era el sociólogo Roberto Carri, que era jefe de trabajos prácticos. Había publicado *Isidoro Velázquez, formas prerrevolucionarias de la violencia,* la apología de un bandolero que robaba a los ricos y repartía el dinero en las villas miserias del Chaco. Estaba escrito bajo la no oculta influencia de *El Rebelde Primitivo* de Eric Hobsbawm.

Carri fue la más sorpresiva y lograda incorporación para el frente de JAEN. Subido a la ola de la efervescencia estudiantil, pronto se convirtió en el «corazón político» de las «cátedras nacionales». Por su personalidad activa y prestigio personal, Carri significó un poder magnético que arrastró a por lo menos una docena de cuadros a la militancia en la agrupación: las hermanas Cubiló, Patricia Schneider, Lidia Saralegui, etcétera.

Para fascinación de Galimberti, Carri intentó sumar a Fernando Álvarez en la agrupación. Pero no lo logró. Estaba más ligado al Movimiento Revolucionario Peronista (MRP). Tuvieron que conformarse con la adhesión de su hermano Carlos, cuatro años menor. Todos sabían que el Álvarez más valioso era el profesor. Sin embargo, algunos recordaban a Carlos por un discurso espontáneo, posterior a la disertación del pedagogo brasileño Darcy Ribeiro: repitió lo mismo pero con un tono mucho más vibrante. Se mostraba muy activo.

Carlos Álvarez era hijo de un obrero gráfico, que estudiaba Historia y trabajaba en una librería. Tenía veinte años y un lenguaje adornado de modismos porteños. Parecía un personaje escapado de la tira «De Pompeya al Centro», del autor de historietas Calé: usaba el pelo engominado a los costados, y rizos en la parte de arriba.

En el primer plenario interfrentes de JAEN, «La Negra» Roldán lo llevó a un costado y le dijo que debía rebautizarse. Álvarez recibió la idea algo perplejo.

—¿Para qué? —preguntó.

---

[3] Ver *La formación de la conciencia nacional,* de Juan José Hernández Arregui.

[4] En la actualidad, el sociólogo Fernando Álvarez es ejecutivo de Coca-Cola para Latinoamérica.

—Imaginate si la policía te busca por algo. Con otro nombre podrías resguardar tu verdadera identidad... —le explicó «La Negra».

—…

—Bueno, ¿cómo te gustaría llamarte?

—No sé. Tendría que pensarlo —respondió Álvarez.

—Bueno, con nosotros te vas a llamar «Chacho». Como Peñaloza, «Chacho», Chacho Álvarez.

El Cordobazo abrió una brecha dentro del poder militar. El general Onganía le recriminó al Comandante en Jefe del Ejército su ineficiencia en la represión de los disturbios. También le resultó sospechosa la conducta del jefe de Inteligencia del III Cuerpo de Ejército, general Sánchez Diana, que minimizó los alcances de la protesta. El Presidente entrevió una conspiración desde su propia arma para socavar su poder: entonces decidió remover a Lanusse. Pero Lanusse no dudó en invocar su fe católica para permanecer en el cargo. Le pidió otra oportunidad. Onganía despidió al ministro de Economía Krieger Vasena, y todo su gabinete, pero no reformuló las líneas básicas de su gobierno. Mantuvo a Lanusse como Comandante en Jefe.

La situación política no se descomprimió. A pesar del grito de alerta, los partidos continuaron en la ilegalidad. En el interior del país, las bases sociales del descontento se ensancharon. El frente obrero-estudiantil entre la CGT de los Argentinos y las agrupaciones universitarias continuaron su enfrentamiento contra el régimen. Y Raimundo Ongaro anunció un paro general para el 1 de julio, justo en la semana que Perón había ordenado una tregua. Desde el exilio, seguía consecuente con su política: «Pegar, para después negociar». Y en tanto el vandorismo buscaba ganar espacios de poder en el diálogo con el gobierno, distintos grupos de jóvenes empezaban a percibir la violencia como el único instrumento político para terminar «con la violencia que se engendra desde arriba».

La preparación para la acción guerrillera suponía el comienzo de una doble vida. Incluso aquellos que se aferraban a un pacto público con la política y militaban a la vista de todos, iniciaban un recorrido subterráneo en otras organizaciones, con objetivos que mantenían secretos. La mayoría de los grupos guerrilleros tenía un militante en una agrupación de superficie. Podía ser un estudiante universitario, un profesor, un empleado bancario. Del mismo modo que la política empezaba a clandestinizarse, los servicios de inteligencia de las fuerzas de seguridad reforzaban su tarea de infiltración entre las agrupaciones[5].

---

[5] La propia guerrilla castrista que marchó a Salta en 1963 llevó dos agentes de fuerzas de seguridad infiltrados.

El miércoles 25 de junio de 1969 Galimberti fue detenido por la policía. Esa noche, alrededor de 500 de los 6.000 inscritos en la Facultad se reunieron para decidir la toma del establecimiento, en repudio de Nelson Rockefeller, vicepresidente de Estados Unidos, enviado al país por Richard Nixon. La policía intentó impedir la ocupación y lanzó gases lacrimógenos para dispersarlos. Los estudiantes quemaron los muebles para contrarrestar los gases y trancaron las puertas de acceso de la Facultad para que nadie entrara ni saliera. La Guardia de Infantería, que estaba alertada de la toma, logró acceder al *hall,* pero los líderes de la revuelta se hicieron fuertes en los pisos superiores, donde retuvieron como rehén al secretario académico de la Facultad, al profesor Moreno. Enseguida llegaron dos dotaciones de bomberos para acabar con el fuego, y lograron abrir un resquicio por el que pudieron avanzar los oficiales de Infantería. Muchos estudiantes aprovecharon para escapar, pero a la salida la policía los reducía y los cargaba a los carros de asalto. Arriba, los estudiantes aprovecharon para quemar la oficina donde se guardaban los informes y las fichas con sus antecedentes policiales.

Después de media hora, la Infantería logró quebrar la resistencia y subió por las escaleras. En el recorrido por los pisos empezaron las detenciones. Fueron más de cien. Ernesto Jauretche fue neutralizado en una carrera y la situación en la comisaría se complicó porque detectaron que tenía una libreta universitaria falsa. No era estudiante. También fueron detenidos los profesores de las «cátedras nacionales» Fernando Álvarez y Horacio González.

Galimberti y Carri lograron escapar de la Facultad por techos vecinos, pero en la madrugada la suerte del líder de JAEN se acabaría. Fue detenido por la policía a la salida de la sede de la CGT de los Argentinos, en la calle Paseo Colón. Estaba junto a «Moni», Cristina Álvarez Noble, Jorge Raventos y el sociólogo Juan Carlos Villarreal. Los cinco fueron llevados a la comisaría. Raventos y Álvarez Noble ya se habían casado. Ella estaba a punto de parir y pidió permiso para ir a la clínica Anchorena porque sintió contracciones. Dos días después, su hija nació con una guardia de vigilancia policial en la puerta de la sala de parto. «Moni» fue liberada. Sus tíos eran generales. Galimberti, Raventos y Villarreal fueron trasladados a un calabozo de Coordinación Federal, en la calle Moreno. Comenzaron a pegarle dos o tres cachetazos a cada uno para que se aflojaran, antes del interrogatorio. Raventos quiso convencer a la División de Asuntos Políticos de la Policía sobre la incidencia del azar en la ideología peronista:

—Perón apoyaba la Tercera Posición porque se llamaba Perón. Si se hubiera llamado Raimundo hubiera apoyado al Tercer Mundo. Esto es obvio. Y si hubiera sido así, nosotros en vez de cantar «Perón, Perón, Tercera Posición», hoy cantaríamos «Raimundo, Raimundo, Tercer Mundo» —dijo.

Le pegaron bastante. A Galimberti le mostraron las fotos de la toma de la Facultad. Se lo veía nítido junto a Carri, el líder de la asamblea. Lo golpearon durante algunas horas para que delatara toda la estructura de la organización. Tenía bastantes moretones al final del día y prefirieron no enviarlo a la cárcel de Villa Devoto. Los cuatro días que estuvo detenido en Coordinación Federal fueron los más estremecedores de la década de los sesenta, pero apenas representaron un simple anticipo de los años que vendrían.

En la madrugada del jueves 26, al cabo de dos horas, catorce sucursales de los supermercados Minimax fueron atacadas con bombas incendiarias que detonaron contrarreloj. Seis de ellos quedaron reducidos a cenizas. La cadena era propiedad de Rockefeller, que estaba a punto de aterrizar en Buenos Aires. En la noche del viernes 28, en Anchorena y Tucumán un agente policial, secundado por un Rambler con cuatro hombres de civil, acorraló y mató a Emilio Jáuregui. Por entonces la muerte de un militante no era un hecho habitual. El día de su multitudinario cortejo en Recoleta —Jáuregui era hijo de una familia patricia—, Onganía cumplía tres años en el gobierno[6].

El mediodía del lunes 30, Rockefeller era recibido con honores en la Casa Rosada, y Galimberti recuperaba su libertad bajo un cielo sin nubes. En tanto, un grupo comando con cuatro personas ingresaba en el primer piso de la sede de la Unión Obrera Metalúrgica. Estaban dispuestos a asesinar a Vandor. Y lo hicieron. Dos de ellos mantuvieron bajo las armas a una treintena de personas en la planta baja y los otros dos subieron las escaleras hasta el primer piso. Ni siquiera sabían cuál era el despacho del sindicalista. Vandor acababa de conversar por teléfono con el economista Antonio Cafiero. De golpe, le abrieron la puerta, le pegaron cinco tiros y dejaron una bomba para que explotara. Se marcharon sin bajas del edificio y escaparon en el mismo coche que habían dejado en marcha a la vuelta de la manzana, tres minutos antes.

Galimberti y Raventos recibieron la noticia apenas salieron del calabozo. La calle estaba conmocionada. Decidieron ir al estudio del abogado Mariani, que tenía buenos contactos en el Ministerio del Interior de Onganía.

—Vamos a ver qué carajo pasa —se dijeron.

En el estudio había una reunión política. Se percibía un clima de conspiración.

—Muchachos, esta noche va a haber un golpe. El gobierno va a declarar el estado de sitio —les anunciaron.

—¿Quién está detrás del golpe? —preguntó Galimberti, inquisidor.

---

[6] Emilio Jáuregui era periodista. Había trabajado en *La Nación* y Canal 9. Tenía participación gremial. Luego se convirtió en un teórico del marxismo. Militaba en Vanguardia Comunista.

—Está Labanca.

—Entonces es un golpe reaccionario —dijo Raventos, con firmeza.

—¿Por qué decís eso?

Raventos no dudó:

—Porque la banca internacional siempre traicionó al peronismo y a los intereses de nuestro país.

—No, boludo. Labanca. El general Labanca va a encabezar el golpe. Se van a unir «El Bocha» Uriburu y otros generales más. Es un golpe nacionalista contra Onganía.

Esa noche, a las nueve, el ministro del Interior Francisco Imaz iba a declarar el estado de sitio. A partir de entonces, la policía procedería a la detención de todos los que promovían el paro para el día siguiente: sindicalistas, dirigentes estudiantiles, intelectuales, políticos. Galimberti —según le dijeron en el estudio jurídico— también estaba en la lista.

—No vuelvas a tu casa porque a la noche te enchironan otra vez —le aconsejaron.

Acordó reencontrarse con Raventos por la tarde. Raventos aprovecharía para conocer a su hija. Galimberti fue a la casa de sus padres a preparar la bolsa. Buenos Aires no salía del estupor causado por el asesinato de Vandor. A la noche estaba previsto el alzamiento militar, después el paro de la CGT de los Argentinos. Era un día electrizante. Galimberti aprobaba cualquier golpe que tuviera como objetivo terminar con la proscripción del peronismo.

En su casa, comenzó a demorarse. Les contó algunos detalles de su detención a los padres, avisó por teléfono a «Moni» de su libertad y le dijo que volvería a irse. Empezó a distenderse. «Cuatro días de calabozo bien valen un rato de siesta», pensó. Después comió, se bañó, se afeitó, se engominó el pelo, preparó la ropa... Cuando se decidió a salir, la policía, que se había adelantado a la orden de estado de sitio, volvió a detenerlo.

Esa noche cientos de opositores a Onganía fueron encarcelados. La CGT fue allanada y se clausuraron las asociaciones gremiales. Galimberti fue enviado a Villa Devoto. A los veintidós años se sentía un perseguido político, preso por sus ideas. Estaba orgulloso. Durante su detención, compartió un largo pabellón con capacidad para sesenta personas, junto a Sebastián Borro —aquél de la huelga de los frigoríficos de Mataderos—, los sindicalistas Jorge di Pasquale; José Pedraza; el abogado Ricardo Rojo, que relataba historias sobre su amigo el Che Guevara; Marcelo Sánchez Sorondo, un aristócrata del nacionalismo que dirigía el periódico *Azul y Blanco;* Roberto Grabois y otros abogados e intelectuales. Frente a todos ellos, Galimberti era casi un ignoto. La prisión le servía para relacionarse con militantes de otras experiencias políticas. Realizó tareas de limpieza, participó en

charlas, y defendió la portería, cuando fue requerido, en algunos partidos de fútbol que jugaron en el patio interior del pabellón.

Como ocurriera en el Instituto Agote hacía ocho años, don Ernesto fue a visitarlo un par de veces.

—Papá, si estás con un cuadro depresivo por mí, no vengas más —le pidió Rodolfo.

Al mes salió de la cárcel. Su familia, y en especial sus suegros, lo convencieron de que debía ordenar su vida y buscarse un trabajo estable. Era una manera delicada de sugerirle que se casara con Virginia y sentara cabeza. Llevaban cinco años de noviazgo.

Fue a pedirle un empleo al neurocirujano peronista Raúl Matera, que tenía un Ateneo de Investigación Médica, y se llevó una recomendación para el Laboratorio Armstrong, en la Paternal. Lo tomaron como visitador médico. Durante los tres meses que mediaron hasta su boda, Galimberti recorrió buena parte de los consultorios de Buenos Aires. Cada noche, en las reuniones de JAEN, expresaba su malestar.

La decisión de casarse no lo impulsó a interrumpir sus relaciones íntimas con algunas de las chicas que militaban en su agrupación, y nunca le preocupó que ellas estuvieran de novias o casadas con un amigo o un conocido. Era un hecho público que intimaba con otras mujeres.

El 20 de septiembre de 1969, Galimberti se casó sin una motivación definida con Virginia Trimarco, pero estaba convencido de que no era el amor ni la pasión lo que lo unía a ella. Los dos tenían depositados frente al matrimonio otros intereses y expectativas. En el caso de Galimberti, su indiferencia frente al nuevo compromiso era tan significativa que eligió a Patricia, su amante más recurrente en Filosofía y Letras, como testigo de su boda.

En el Registro Civil, los militantes de JAEN le tiraron arroz y cantaron eufóricos la marcha peronista. En la iglesia de Santo Domingo, en la avenida Belgrano y Defensa, la boda reunió a todo el grupo de los «originales» de San Antonio de Padua, menos «El Vasco» Mauriño, que estaba en Europa. También había ex tacuaristas, nacionalistas de la Facultad de Derecho, y otros que en un clima de chanza hacían el saludo fascista, se sacaba fotos junto a los generales Domingo y Juan Carlos Trimarco y vitoreaban junto a los novios con proclamas políticas. Fue una verdadera fiesta.

El sábado por la noche se organizó una recepción en la casa de los padres de Virginia, en el 1200 de Forest. Ahí se encontraron los miembros de la mesa nacional de JAEN —Jauretche, Grosso, Raventos— con sus respectivas mujeres, Roberto Carri, «El Turco» Mitre, «Chacho» Álvarez, Ortega Peña y Duhalde —a

quienes apodaban «Felipe y Varela»—, y también distintos coroneles y generales allegados a la familia de la novia.

Galimberti no se sentía del todo cómodo. La fiesta le parecía un hecho inverosímil, como si todo le estuviera sucediendo a otro. Para animarse, se inventó un personaje que observaba la situación desde afuera, y empezó a satirizar al novio con juicios sarcásticos. Algunos invitados de JAEN se divirtieron con sus ocurrencias y las de Ortega Peña. Pero se fueron con la sensación de que la llegada de Galimberti al seno de una familia acomodada como la de los Trimarco, más que la adopción de un hijo, era la voluntaria compra de un problema.

Capítulo V

Vida de matrimonio

Después de una corta luna de miel en Córdoba, la flamante pareja fue a vivir a un piso de dos habitaciones ubicado en Álvarez Thomas y Forest, que compraron los Trimarco. Con el matrimonio, Galimberti no desarrollaría «una vida más normal», como pretendían sus suegros. No sólo no modificó ninguno de sus hábitos sino que los trasladó a la convivencia familiar. Su piso fue invadido por libros, revistas de armas y perros, manuales de instrucción para fusionar los componentes de explosivos y pistolas de distinto calibre. Además, los fines de semana, transformaba su casa en uno de los ámbitos de discusión política de JAEN. Su esposa Virginia, que no soportaba el desorden doméstico, menos iba a tolerar las reuniones. Bastaba que una densa humareda se elevara en el cuarto de estar —Particulares 20 y 43/70 eran los cigarrillos de moda— para que ella decidiera irse a la casa de sus padres. A veces, para no complicar más la relación, Galimberti trasladaba al grupo al bar de la esquina, que denominaron «El Vómito», o los llevaba a la terraza del edificio, donde también aprovechaban para tomar sol mientras leían.

El grupo de lectura funcionaba así: cada militante se encargaba de leer y sintetizar un libro para luego exponerlo y presentar los puntos de debate del texto. En algún momento, profundizaron la lectura de los clásicos de la filosofía y la política. Leían a Hegel, a Kant, a Engels, Marx y sobre todo a Lenin. No olvidaban *Mi lucha,* de Hitler, ni a los fundadores del falangismo español, con quienes Galimberti más identificaba su ideario político. Repasaban textos de Abelardo Ramos, Arturo Jauretche y otros de la vieja FORJA. A veces viajaban hasta un bar de La Lucila para visitar a «Ignacio», un célebre y ya viejo trotskista con el que debatían la teoría de la «revolución permanente».

Pensaban que con ese universo de autores e ideas, con las experiencias recogidas de las organizaciones políticas de cualquier ideología y lugar del mundo, JAEN iba a elaborar una síntesis que le permitiera conducir un cambio en el pensamiento del campo popular y revolucionario de la Argentina.

Sobre la década de los setenta, la agrupación se apoyaba sobre dos certezas. Una, que el movimiento de protesta se iba a encauzar dentro del peronismo, aunque no tenían claro hacia dónde iba a derivar. Y la otra, que el enemigo único era el imperialismo, que actuaba a través de sus «agentes locales del liberalismo».

JAEN propiciaba la conformación de un polo de oposición que enfrentase en bloque al régimen de Onganía, hasta lograr su destrucción. Ese bloque debía construirse a través de las escisiones: sobre la Iglesia, de la que se desprendían sacerdotes tercermundistas comprometidos con los conflictos sociales. Sobre las Fuerzas Armadas, para horadar en su crisis interna y rescatar oficiales y suboficiales nacionalistas que lucharan para «recuperar a la Patria». Y también sobre sectores golpeados de la burguesía, el movimiento obrero huérfano de conducción, los estudiantes y el empresariado nacional.

—Tenemos que hacer una revolución con nuestras propias ideas —se entusiasmaba Galimberti.

No les preocupaba tanto la diferencia ideológica respecto del modelo social que impulsarían en la toma de poder. Lo prioritario, para ellos, era lograr un nivel de acuerdo. Un funcionamiento doctrinario que compitiera con la izquierda, y organizara un Movimiento Nacional que condujera «por el camino de la emancipación a todo el pueblo sometido»[1].

Para que se les reconociera un lugar en el liderazgo social, JAEN buscaba formar cuadros homogéneos en distintos frentes barriales, obreros y universitarios, y proyectarlos a la lucha política. Y a pesar de que algunos miembros desconfiaran de que la agrupación giraba en torno suyo, Galimberti tenía el consenso de ser «el mejor de los nuestros». Era la figura más adecuada para llevar adelante los planes del conjunto. Su postura rebelde ya se advertía en los comunicados:

«¡¡¡BUENOS PERO NO BOLUDOS!!!»

«Desde 1955, el pueblo ha pagado con su sangre la persistencia del privilegio, la profundización de la entrega de nuestro patrimonio a los monopolios internacionales. Nosotros hemos puesto el sudor y los mártires mientras ellos (los bacanes [adinerados], los políticos gorilas, los generales vendepatrias) llenaban el bolsillo con el salario de la vergüenza».

«¡¡¡BASTA DE ENTREGA!!!»

[1] Ver la publicación oficial *Emancipación,* editada por la Secretaría de Prensa y Propaganda de JAEN. En mimeógrafo.

«¡¡¡BASTA DE MUERTOS DEL PUEBLO!!!»
«¡¡¡BASTA DE PRIVILEGIOS!!!»
«¡CINCO POR UNO es la consigna!»
«¡¡¡VIVA LA REVOLUCIÓN NACIONAL!!!»

Después del Cordobazo, todos coincidieron en que una organización que se reivindicaba «nacionalista, revolucionaria y peronista» como la de ellos, debía demostrarlo en la acción. Y la acción era violencia.

Los cuadros de JAEN debían prepararse para organizar la violencia popular que enfrentara «la violencia injusta del régimen». Continuar con la lectura de los documentos teóricos pero trasladar ese impulso a la agitación.

Todos los cuadros participaban en alguna tarea. Hasta «Moni» Trimarco, el 9 de junio de 1969, en homenaje a los fusilados de José León Suárez, dejó una bomba de humo bajo la cartelera de un cine de la calle Lavalle, como se le había asignado. Fue un sábado por la noche. Después, un policía asediado por los transeúntes para que «hiciera algo», les pidió a las mujeres presentes que se dieran vuelta e intentó apagarla con su orín.

Para JAEN, la búsqueda de armas fue una misión cada vez más relevante. Podían discutir la noche entera sobre el significado de *El séptimo sello* de Ingmar Bergman en el café Tortoni de la Avenida de Mayo, pero también debatían cómo robarle el arma a un policía.

En el último trimestre de 1969, Galimberti definió una apuesta mayor: reducir a un guarda de la embajada siria, en la avenida Callao, y sustraerle su ametralladora. A «Coco» Estela y Roberto Carri les pareció una buena idea.

—Sí, pero necesitamos un coche para poder escapar —dijo Galimberti, con el plan de fuga ya elaborado.

Nadie tenía un coche. Se dispusieron a robarlo. Redujeron con una pistola a un conductor que llevaba un modelo bastante moderno y lo sentaron en el asiento trasero. Pensaban desprenderse de él al cabo de unas cuadras. «Coco» Estela se puso al volante e intentó ponerlo en marcha. Pero se demoraba. Carri se revolvía inquieto a su lado, sin perder de vista al propietario. Galimberti, desde el asiento de atrás, se impacientó.

—Dale, Coco. ¿Qué carajo te pasa?

—Lo que pasa es que a este coche no le conozco los cambios. No, con éste va a ser imposible... —concluyó.

Dejaron el vehículo y a su atribulado dueño y se alejaron en medio de rápidas disculpas. Un par de calles más adelante, juntaron monedas para un taxi y los tres se alejaron del centro, sumidos en una profunda frustración.

Ese tipo de situaciones no los desanimaba por completo porque sabían que las tareas revolucionarias requerían experiencia práctica. Era una búsqueda constante. En ese tiempo, Carri consiguió un manual cubano para armar explosivos, confiado en que podía llegar a superar la eficiencia de las bombas «Cocof». Un sábado al mediodía llevaron distintos componentes a la casa de Carlos Grosso que tenía un jardín en el fondo, bastante amplio. Y empezaron a mezclarlos. Ninguno de los tres tenía conocimientos de química. A los cinco minutos una masa de humo se elevó hacia el cielo. Los vecinos empezaron a asomarse por los balcones internos y a gritos preguntaron qué pasaba. Grosso, Galimberti y Carri tuvieron que enterrar el artefacto en el cuadro del costado para que no echara más humo. Grosso salió a la puerta a dar explicaciones a sus vecinos. Galimberti y Carri se fueron desalentados, pero esta vez, con la certeza de que Nela Mélega, la esposa de Grosso, que siempre se mostraba curiosa por las actividades de agitación de JAEN, no prestaría jamás su piso para experimentos explosivos.

Durante el tiempo que Galimberti estuvo detenido en la cárcel de Villa Devoto, los cuadros de JAEN prefirieron paralizar las tareas de agitación y alejarse de sus domicilios ante la posibilidad de que fuesen allanados. El único frente que se mantuvo activo fue el obrero-barrial, que estaba a cargo de «La Negra» Roldán. Hacia el último trimestre de 1969, los pocos obreros sindicalizados que adherían a JAEN trabajaban en una planta de FIAT de Caseros. Llegaron a la agrupación a través de una red de relaciones. Junto a Ernesto Jauretche militaba su hermano Osvaldo, que a su vez estaba de novio con una bailarina, Isabel Tapia, morocha, bien bonita, que había actuado en Cuba. El hermano de la bailarina se llamaba Ángel. Era boxeador, y junto a él se habían incorporado a la agrupación algunos obreros de la fábrica de automóviles italiana. Eran hombres alejados de veleidades intelectuales, bastante frontales y peronistas.

Después de su salida de la cárcel, mientras trabajaba como visitador médico, Galimberti requirió la presencia de los militantes obreros para vengar lo que consideraba un agravio. Fue un impacto terrible. Todos los carteles de JAEN de las inmediaciones de Filosofía y Letras aparecieron tachados con la inscripción «PF», es decir, Policía Federal, y otras en que los acusaban de «nazis» y «fascistas». Pero la que más lo indignó fue la que estaba dirigida a él: «Galimberti soplón», una sospecha que se había desparramado entre los militantes de izquierda por ser uno de los primeros liberados de la cárcel de Devoto. Lo acusaban de ser «de los servicios».

El líder de JAEN tenía un particular resentimiento con la Federación Juvenil Comunista (FJC) y el FEN de Grabois.

Galimberti quiso demostrarles que eran cobardes. Requirió un pedido de disculpas. Como no obtuvo respuesta, envió un mensaje intimidatorio, «van a sufrir

un castigo», y distribuyó las fotocopias en la Facultad. Se empeñó en reclutar fuerzas para el ataque.

—Tenemos que romper las elecciones del centro de estudiantes, romperles las urnas y romperles la cara —dijo a los suyos.

Esa era su propuesta. El primer invitado a participar fue Roberto Carri. En su caso, se originaba una situación compleja porque era un profesor reconocido y no resultaba prolijo que se le viera pegándole a los alumnos. Pero Carri no iba a negarse. Compartía con Galimberti el gusto por la aventura, la fascinación por la irrupción repentina, el asalto a la escena. A Ernesto Jauretche no era necesario explicarle nada porque iba a ponerse en la primera fila para pegar o recibir.

Raventos, en cambio, tomó la propuesta con una risa nerviosa. La acción no era un rol que le sentara cómodo.

—Me parece una cosa brutal, Rodolfo... —le dijo.

A pesar de que el líder de JAEN solía relevar a sus cuadros cuando percibía que no estaban convencidos en la realización de una misión, prescindir de Raventos le molestaba.

—Tenés que venir. Deshonraron a toda la agrupación. Hay que hacerlos mierda.

—Dale, dejate de joder...

Era habitual que Galimberti se dejara ganar con facilidad por amores y odios exagerados, y también que Raventos intentara la búsqueda de una posición más equilibrada. Pero esta vez no podía aplacar su furia ni probando con alguna broma. Se sentía muy presionado.

—... entonces tengo que entender que lo tuyo es teoría pero también cobardía —le disparó Galimberti.

Raventos reflexionó sobre esa frase por un momento, en silencio. Tomó un toscano de su saco, era un Avanti, lo encendió y empezó a dar pitadas. Se sintió más animado.

—Vamos —dijo.

Y fueron.

Esa noche sumaron treinta cuadros y entraron en la Facultad cantando la marcha peronista. Había un militante de la FJC sobre una tarima, y más de un centenar de estudiantes que lo escuchaban en el *hall.* Galimberti se aproximó, lo interrumpió con un insulto y le pegó un golpe que dejó al orador acostado. Fue la declaración de guerra. De inmediato se desató una batahola. «El Turco» Mitre y «Chacho» Álvarez agarraron una tabla del respaldo de un banco y empezaron a revolearla. En cada vuelta, cada uno tumbaba a cuatro o cinco. El hermano de la bailarina, y sus amigos, subieron por las escaleras y tiraron un cóctel molotov en las aulas. Incendiaron las urnas y la oficina del decanato. Al rato llegó la policía y

empezó a castigar a todos los que encontró a su vista. Cuando llegaron los bomberos, la confusión ya era completa. Los cuadros de JAEN aprovecharon para escaparse. De todos, «El Turco» Mitre se llevó la peor parte: fue internado en un hospital con conmoción cerebral. Ernesto Jauretche recibió un golpe que le rompió para siempre el tabique de la nariz.

Si bien la izquierda lo veía como un provocador fascistoide, que se apoyaba en gestos o actitudes pedantes, sea por la repulsa o la admiración —lo mismo daba—, a Galimberti le alcanzaba para ir ganando la atención de los estudiantes. Pero fue el respaldo a las «cátedras nacionales» lo que le permitió lograr una mayor adhesión política del claustro. En diciembre de 1969, cuando muchos profesores, ayudantes y adjuntos fueron echados de la Facultad y las cátedras de Gonzalo Cárdenas y Justino O'Farrell resultaron intervenidas, JAEN promovió una declaración de apoyo al Bloque de Docentes Peronistas de Sociología, que luego publicó Juan José Hernández Arregui en su libro *La Formación de la Conciencia Nacional*[2].

En ese tiempo, Galimberti tuvo su primer discurso entre las masas. Fue una comida que convocó alrededor de trescientos invitados, organizada en el Sindicato de los Plásticos, como cierre político del año 1969.

A lo largo de los meses, el liderazgo de Galimberti entre los suyos se había retroalimentado en las asambleas o los plenarios interfrentes. Su llegada al público formaba parte inseparable de su concepción de la política. La puesta en escena lo fascinaba. Siempre había dicho que su primer discurso iba a realizarse en la Federación de Box de Buenos Aires, con perindones negros y rojos donde estuviera escrito el nombre «JAEN».

Esta vez tenía la oportunidad de sacar a relucir su efervescencia frente a dirigentes que se habían separado de la Democracia Cristiana, gente de la UCRI de Alende, del grupo Agitación y Lucha del radicalismo, empresarios y hombres allegados al Ejército. La sociedad política estaba dispuesta a escucharlo.

Al cierre del acto, el propio Galimberti quedó muy decepcionado por su labor. Su discurso versó sobre la organización de los cuadros y no despertó grandes aplausos.

—Era el momento de hablar de política y no de organización —le dijo Raventos, a modo de reproche. Esa afirmación terminó por derrumbarlo.

Por entonces Galimberti quería dedicarse a la política a tiempo completo, y no trabajar nunca más. Para eso era indispensable que JAEN profesionalizara sus mejores cuadros. Es decir, que alcanzara el estatus de «cuadro rentado» y los

---

[2] Los docentes firmantes eran Roberto Carri, Juan Pablo Franco, Jorge Carpió, Susana Checa, Alcira Argumedo, Gunnar Olsson, Pedro Krotsch, Eduardo Jorge, María Ernestina Cubiló, Fernando Álvarez, Ricardo Sidicaro, Ernesto Villanueva, Alejandro Peyrou, Horacio González y Daniel Portela.

ingresos del militante no dependieran de un empleo. Su actividad tenía que ser financiada por colaboradores o empresarios.

Uno de los primeros que lo ayudó fue el salteño César Cao Saravia, que se deleitaba contando su niñez pobre, de tal pobreza, explicaba, que en algún momento su hermana mayor había debido prostituirse para mantener a su familia.

Al comienzo de la década de los setenta, Cao Saravia era un nacionalista paternal que tenía una empresa metalúrgica radicada en Chascomús, y múltiples empresas en todo el país. Sus empleados lo adoraban porque pagaba el salario por adelantado. Galimberti lo visitaba habitualmente para compartir alguna charla y en busca de su donación. Cao aflojaba el bolsillo y además le entregaba su libro Trabajo más Justicia Social, gesto que repetía con todos los que le pedían dinero para mantener su agrupación.

Lo mismo hacían el empresario petrolero «Tito» Darracht, bien relacionado con sectores militares, y también Juan Carlos «Cololo» Neyra, un estanciero amigo de Arturo Jauretche y Manuel de Anchorena, que les recordaba anécdotas de Juan Manuel de Rosas y luego pagaba la cuenta en los restaurantes. En el caso de Matera, el neurocirujano prefería hacer el ocasional aporte voluntario antes de que lo obligaran.

La manutención de «cuadros rentados» exigía un ingreso estable para los gastos de JAEN, que no siempre se obtenía con donaciones. Cuando el dinero escaseaba, los empresarios «colaboradores» pasaban a ser considerados «falsos financistas», y obligaban a algunos miembros de la agrupación a buscar dinero por otras fuentes. Se corrían riesgos: debían salir a robar.

Ideaban acciones sencillas, en las que no buscaban más de lo que necesitaban para sus gastos, y nunca las firmaron como una operación política. La policía confundía sus robos con delitos comunes. En estas acciones «económico-militares», nunca tuvieron una baja ni tampoco detenidos.

En el verano de 1970, ya profesionalizado en su actividad política, Galimberti abandonó su empleo de visitador médico y cedió esa tarea a «Chacho» Álvarez, que entonces necesitaba plata para casarse con su novia Martha Chojo Ortiz. Ella también había empezado a militar en JAEN de Filosofía y Letras.

El 24 de febrero de 1970, con veintidós años, Galimberti apareció por primera vez en una revista política: Panorama. Tenía el rostro serio y el pelo engominado, y posaba con una bandera negra de fondo, con un cardo y una estrella federal adentro: el símbolo de JAEN[3]. Su declaración aparecía en un recuadro de un artículo de ocho páginas, con el título «Entre Perón y El "Che",

---

[3] La explicación del logo de JAEN era el siguiente: «El fondo negro, al tiempo que reivindica el estandarte del bárbaro Facundo, representa el luto por todos los mártires caídos en defensa de la causa nacional; el cardo, simiente arisca que florece espontánea y rebelde en toda América».

adónde va el nacionalismo». Presentado como presidente de JAEN, Galimberti decía:

«El nacionalismo no es, para nosotros, una secta más o menos ilustrada, sino una gran misión histórica que debe abarcar a la mayoría de los argentinos. No tenemos prejuicios ideológicos: leemos a Primo de Rivera y Lenin. Sin embargo, sabemos que ninguno de ellos nos hablará de nuestro propio país si no los leemos con ojos críticos [...].

»Creemos que la revolución nacional sólo puede nacer de la acción unida del pueblo y en especial de los trabajadores. Y que la forma política que asumirá es imprevisible. Aspiramos a que se realice con la menor violencia posible y para ello pensamos que es indispensable la unión de las masas, el Ejército y la política del nacionalismo revolucionario».

Su inclusión en el artículo no fue casual. En la redacción de la revista había empezado a trabajar Jorge Raventos. Para JAEN resultó un beneficio porque difundía el ideario del grupo. Además aprovechaba las coberturas periodísticas en el interior, que costeaba Panorama, para dar a conocer la agrupación y estrechar contactos políticos. Con el fin de que ambas tareas no se confundieran, Raventos adoptó un seudónimo para la agrupación: «Martín Barrientos»[4].

El intercambio de ideas en torno a la construcción de un Movimiento Nacional fue parte de la estrategia de JAEN para ganarse un lugar en la política. La Mesa Nacional —Galimberti, Jauretche, Raventos, Grosso, pero con la ausencia de este último— participó la última semana de marzo en un encuentro de nacionalistas y cristianos en Quebrada Honda, Córdoba, un reducto salesiano apto para retiros espirituales. La convocatoria la realizaron el presbítero Milán Viscovich —un cura posconciliar de la línea de Helder Cámara— y el ensayista peronista Norberto Ceresole, y sumó a los líderes de distintas agrupaciones[5]. Según la edición del 7 de abril de Panorama, el encuentro que se había propuesto un programa en común en oposición a Onganía, fracasó porque «dos adláteres de Viscovich propusieron que la unidad se hiciera en torno del humanismo cristiano». Y citó la posición de «Barrientos» y Galimberti: «Viajamos a Córdoba para hablar de política y no de religión. El cristianismo debe ser tributario del nacionalismo emancipador y no a la inversa».

---

[4] En el artículo sobre el nacionalismo que Raventos escribió en *Panorama,* «Barrientos» fue presentado como «secretario político de JAEN, una agresiva organización juvenil».

[5] Por Guardia de Hierro participaron Alejandro «El Gallego» Álvarez y Favio Bellomo. Por el FEN viajó Grabois. También concurrieron los abogados Ortega Peña y Duhalde. Por el Integralismo cordobés estaba el peronista ortodoxo Julio «El Turco» Antún.

Esa era, en síntesis, la pugna ideológica que se había instalado en la etapa embrionaria de JAEN entre Raventos y Grosso, y que perduró hasta los primeros meses de 1970.

En el caso de Raventos, la desconfianza hacia Grosso se había fundado en que pudiera captar a grupos dispersos del peronismo para incorporarlos a un proyecto socialcristiano.

—Nos van a llevar a un golpe guerrillero. Son basistas, están alejados del Movimiento Nacional —insistía.

Además, el hecho de que Grosso continuara sumando estudiantes y seminaristas de la Universidad del Salvador y prosiguiera en su acercamiento a los ex tenientes Licastro y Fernández Valoni —que acababan de ser expulsados del Ejército «por peronistas»—, sin trasladar esas relaciones a JAEN, le generaba recelos y consideraciones negativas.

Grosso, en cambio, acusaba a Raventos de aprovechar su ausencia en Rosario para apoderarse del control ideológico de la agrupación e influir sobre el discurso de Galimberti.

Este conflicto interno, que se prolongó durante casi dos años, se zanjó definitivamente a favor de Raventos en marzo de 1970: solicitó la expulsión de Grosso. La Junta Política Nacional de JAEN aceptó la moción. Por intermedio de su órgano de prensa Emancipación, fundamentó la resolución.

> «Considerando:
> las reiteradas desviaciones de la línea nacionalista revolucionaria peronista del movimiento, las repetidas deslealtades y la incorporación a la provocación cipaya de Carlos Grosso y María Elena Mélega.
> La Junta Política Nacional resuelve:
> 1) Expulsar de JAEN a Carlos Grosso y María Elena Mélega.
> 2) Comunicar la medida y sus antecedentes a todos los sectores del movimiento nacional a fin de evitar que la provocación cipaya se extienda».

Grosso recibió la resolución de JAEN en un sobre que lanzaron por debajo de la puerta de su casa, durante su ausencia. Pensó que el método de comunicación tenía poco valor revolucionario. Era evidente que JAEN había intentado manchar su corta trayectoria política y dar una señal de alerta hacia otras agrupaciones a las que pudiera incorporarse.

Pero lo sustancial, el incidente que determinó su expulsión, *Emancipación* no lo publicó. Fue un dato confuso que trascendió y del que Raventos sacó provecho. Esa semana habían robado la ametralladora de un guarda de la embajada siria. Raventos le atribuyó el hecho a Licastro, y por ende Grosso, como

parte de un plan guerrillero, que JAEN rechazaba. Se basaba en un indicio. Dijo que Licastro le había comentado sobre la efectividad de unas esposas de cables de cobre para reducir guardas, el mismo material que se utilizó en la acción de la embajada siria. Al fin y al cabo, el robo de esa ametralladora había sido un objetivo de Galimberti, que se frustró por las dificultades de «Coco» Estela por hacer avanzar el coche robado.

Galimberti, que aprobó la expulsión, sólo lamentó sus consecuencias: la pérdida de la relación política con Licastro y Fernández Valoni, que podían aportar contactos con oficiales y suboficiales del Ejército. Grosso también se llevó de JAEN a Miguel Ángel Toma y buena parte del grupo de la Universidad del Salvador[6].

En la semana de la expulsión de Grosso, Buenos Aires estaba convulsionada. JAEN también sufrió su propia conmoción interna.

El martes 24 de marzo de 1970, las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL) —que el año anterior habían tomado la guardia de un vivac en Campo de Mayo—, secuestraron en Buenos Aires a Waldemar Sánchez, el cónsul paraguayo en Corrientes, y lo liberaron cinco días más tarde. Uno de los secuestradores fue detenido y el otro no aparecía[7]. El domingo 29 por la noche, el agregado comercial de la embajada rusa Yuri Pivovarov, acusado de ser el jefe de la KGB en la Argentina, sufrió un intento de secuestro por parte de tres encapuchados. Tres días después, cuando la sospecha de la participación de la SIDE en el caso de cónsul ruso estaba conduciendo a una crisis en el gobierno del Onganía, explotó una casa en Floresta que un grupo de estudiantes de Filosofía y Letras había alquilado «para estudiar tranquilo», según le explicaron a la arrendataria: estaban experimentando en la fabricación de bombas caseras.

Pero el hecho que más afectó a JAEN fue la publicación de una noticia del sábado 28, en el diario *La Prensa.* La crónica hacía referencia al desvío de un avión de Austral hacia Cuba. Un recuadro daba cuenta de la identidad de los secuestradores. Decía:

«Habríase identificado a la muchacha».

«Trascendió, entre los pasajeros interrogados por Coordinación Federal, que habría sido identificada una joven llamada María Cristina Álvarez Noble, la que registraría antecedentes por actividades políticas de izquierda».

---

[6] Carlos Grosso formaría luego los «Comandos Tecnológicos» con Julián Licastro. En 1991, el presidente Carlos Menem lo designaría intendente de la ciudad de Buenos Aires y al poco tiempo debió renunciar a su cargo en medio de fuertes sospechas de corrupción. Luego de casi diez años de ostracismo político, fue convocado a fines del 2001 como asesor gubernamental del presidente Rodríguez Saá, pero una fuerte protesta social lo obligó a renunciar. Grosso duró sólo cuatro días en su cargo. Rodríguez Saá, siete.

[7] Alejandro Baldú nunca más aparecería. Carlos «Cacho» La Nave sería liberado. Luego ingresaría en Montoneros.

Cuando María Cristina lo leyó, no supo qué hacer. Su marido estaba recluido en el convento de Córdoba. Llamó a don Arturo Jauretche para que la aconsejara.

—Don Arturo, el diario dice que secuestré el avión y lo llevé a Cuba. La policía está buscando fotos mías, revisando antecedentes.

—Pero usted no lo secuestró, m'hijita.

—Claro que no lo secuestré. Si estoy acá en Buenos Aires. ¿Le parece que me presente en una comisaría para desmentir todo?

—No, m'hija. Si se presenta a la policía lo primero que van a hacer es meterla en el calabozo. Mejor escóndase hasta que se aclare todo.

Era el fin de marzo. Todavía faltaban dos meses para que cambiara la historia de todas las organizaciones, que empezaban a confiar en los fusiles como la mejor política para derrocar al régimen militar. Entre ellas no había un liderazgo ni una ideología definida. Hasta que los Montoneros secuestraron al general Pedro Eugenio Aramburu. Fue el 29 de mayo de 1970. El mismo día que dos militantes de JAEN que ya pensaban romper con la agrupación —Carlos «Chacho» Álvarez y Martha Chojo Ortiz— eligieron para su boda.

Galimberti se enteró del secuestro en la tarde, con la lectura de la sexta edición de *La Razón* en el estudio de Ortega Peña y Duhalde. Desconocía la existencia de Montoneros.

En mayo de 1970, la organización Montoneros contaba con doce miembros fundadores, formados en la militancia católica, y con base en Córdoba y Buenos Aires. Emilio Mazza, ex liceísta y estudiante de quinto año de Medicina, lideraba el grupo que componían Carlos Capuano Martínez e Ignacio Vélez. En 1969 se habían mostrado activos en operaciones militares, con una incursión en el Tiro Federal de Córdoba y el asalto a bancos y comisarías a fin de recolectar dinero y armas para pertrechar a la fuerza. Preferían que las autoridades provinciales los confundieran con delincuentes comunes. No firmaban sus acciones. En Buenos Aires, el grupo era liderado por Fernando Abal Medina, un adolescente de San Telmo que había militado en la Guardia Nacionalista Restauradora (GNR). Estudiaba en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Sus compañeros eran Carlos Ramus y Mario Firmenich. A partir de 1964, los tres participaron en la Juventud Estudiantil Católica (JEC), con la guía espiritual del padre Carlos Mugica. En 1966, junto a otros quince estudiantes, partieron como misioneros evangélicos hacia la pequeña localidad de Tartagal, en el Chaco santafecino, a predicar y trabajar junto a los pobres en una zona diezmada por la acción de la empresa La Forestal, que había talado el quebracho y dejado sin nada a cientos de hacheros. Un año más tarde, el trío se separaría del sacerdote porque éste no estaba dispuesto a promover la acción armada. La consideraba incompatible con el ejemplo de Jesucristo. «Estoy dispuesto a morir, pero no a

matar», decía Mugica. Entonces, los adolescentes confluyeron en el «comando Camilo Torres», para honrar al cura que había muerto en combate contra los militares colombianos en honor a lo que predicaba: «El deber de todo católico es el de ser revolucionario. El deber de todo revolucionario es hacer la revolución». El comando editaba la revista tercermundista *Cristianismo y Revolución,* dirigida por Juan García Elorrio, que luego moriría en un accidente de tráfico. A ellos se había sumado Norma Arrostito, de treinta años, que vivía en el barrio de Villa Urquiza, en la casa de su hermana Nora, casada con un empleado de Canal 11, Carlos Maguid. Norma pronto se convertiría en la novia de Fernando Abal Medina. Un tiempo antes se habían enfrentado cuando ella militaba en el PC y él en una fracción de Tacuara. Norma le llevaba siete años. Trabajaba de secretaria en un instituto educativo. Antes de secuestrar a Aramburu, Abal y Capuano Martínez practicaban yudo y taekwondo en un gimnasio de Belgrano. Firmenich cursaba Botánica en la Facultad. Empezaron a vigilar los movimientos del general desde la biblioteca del Colegio Champagnat, que quedaba enfrente de su casa, en Montevideo 1053. El 29 de mayo de 1970, Emilio Mazza y Fernando Abal Medina, vestidos con un uniforme militar, lo pasaron a buscar por su casa, ofreciéndole su escolta en el Día del Ejército. La mujer del general los convidó con un café mientras su marido salía del baño. Los jóvenes se negaron y esperaron de pie en el comedor. Luego ella se fue. Fernando Abal Medina tenía una ametralladora debajo del impermeable.

—General, usted viene con nosotros —le dijeron a Aramburu después de una presentación de cortesía.

Bajaron los ocho pisos por el ascensor y subieron a un Peugeot 504 blanco, que conducía Carlos Capuano Martínez. Mario Firmenich estaba en la esquina, haciendo de campana.

El secuestro de Aramburu conmocionó el ambiente político. Galimberti pensó que estaba relacionado con una disputa entre sectores del Ejército. No sabía que ese hecho estaba destinado a cambiar su vida.

Capítulo VI

El fin de la inocencia

Esa tarde, el impacto de la desaparición de Aramburu fue tan devastador que una multiplicidad de hipótesis estalló en torno a su sentido. En el repaso de los hechos resultaba increíble que un general que salía del brazo con dos militares, en una actitud firme pero amistosa —según declararon las empleadas de la boutique Matisse— fuera víctima de un secuestro.

—¿Por qué su esposa hizo pasar a los presuntos secuestradores a su casa, les ofreció café y después se fue a hacer las compras? ¿Por qué Aramburu no se resistió y se fue a la vista de todos? —remarcaban los que ponían en duda la autenticidad del secuestro[1].

Durante los últimos meses Aramburu había mantenido casi a diario reuniones con el *stablishment* liberal de la política y el Ejército y con los dirigentes peronistas más conciliadores. Se presentaba como la carta de recambio del régimen de Onganía, que no había podido reacomodarse luego del cimbronazo que produjo el Cordobazo. Aramburu pensaba que una salida electoral iba a desalentar el desarrollo de los grupos armados e impedir el progresivo corrimiento de la sociedad hacia la izquierda. Pero era improbable que ese tablero institucional que se esculpía en las sombras de Onganía, reservara un lugar para el retorno de Perón. Sin embargo, ambos intercambiaron dos cartas por intermedio de Ricardo Rojo en 1969. El diálogo continuaba: en la mañana de su secuestro, a las once, Aramburu había citado a Rojo en su casa[2].

Para los allegados de Aramburu, esa tarde, el primer responsable de su desaparición era el ministro del Interior, general Francisco Imaz. Sara Herrera, su esposa, se negó a recibirlo cuando quiso conocer datos más precisos del caso. A su vez, desde el Ministerio del Interior, dejaban trascender que Aramburu había

---

1 Ver revista *Primera Plana,* 3 de junio de 1970.

2 Ver reportaje a Ricardo Rojo, publicado en revista *Siete Días,* 30 de diciembre de 1970.

fingido un secuestro para crear una conmoción en el país y luego ponerse a la cabeza de un golpe cívico-militar.

Ese mismo viernes apareció el Peugeot 504 blanco con el que se llevaron al General. Fue a las tres de la tarde, cerca de la Facultad de Derecho. Había sido robado en un garaje de Floresta, junto a una camioneta roja, dos días antes. Por la noche, la policía decía que había dispuesto veinte mil hombres y varios helicópteros en busca del militar secuestrado. Las líneas de investigación se abrieron en todas las direcciones. Decenas de militantes de las más contradictorias ideologías fueron apresados. Entre ellos, Susana Valle, la hija del general fusilado por Aramburu, que había dejado una corona mortuoria en el frente de su edificio en 1969. Licastro y Fernández Valoni resultaron los primeros sospechosos, pero fueron liberados tras un careo con la esposa del general raptado.

La inspección policial obligó a dispersarse a los cuadros de JAEN. Pero Galimberti tenía intenciones de presentarse a Coordinación Federal antes de que lo detuvieran. Creía que ese acto proclamaba su inocencia. Arturo Jauretche lo detuvo:

—Usted está loco —le dijo—. Nunca hay que presentarse.

—Pero si nosotros no tenemos nada que ver, don Arturo.

—No importa. Se lo van a encajar a usted y lo van a meter preso. Tiene que fugarse. Hágame caso.

—¿Adonde? —inquirió Galimberti.

—A cualquier lado menos el campo. Ahí, lo primero que hacen cuando ven a un forastero es delatarlo. Escóndase en la ciudad hasta que el caso se aclare.

En la noche del viernes 29, por gestión de Patricia Schneider, Galimberti consiguió refugiarse en el piso de Emilia Denot. Las dos amigas militaban en JAEN y provenían de familias acomodadas. Patricia ofrecía su quinta de San Isidro para las reuniones, y a veces conseguía el piso de Once de su tío, el director de teatro Cecilio Madanes. La familia Denot tenía campos en Bahía Blanca, pero ella ubicó al líder de JAEN en su piso de Juncal y Montevideo, justo al lado del edificio donde vivía el ministro Imaz.

El sábado 30 de mayo el Comando Militar Generación Tacuara dejó una carta en la sacristía de San Ignacio: ofrecía el trueque de Aramburu «por los detenidos del brote guerrillero de Taco Ralo y el Policlínico Bancario». Eugenio Aramburu, el hijo del General, le pidió al Comandante en Jefe del Ejército, Alejandro Lanusse, que permitiera «liberar a los terroristas encarcelados a cambio de mi padre».

Lanusse se sorprendió con la propuesta.

—Tu papá no hubiera actuado así. No me pidas que le lleve esa proposición a Onganía —lo reprendió.

El país vivía un gran desconcierto. De modo que cuando el comunicado del «Comando Juan José Valle» de Montoneros apareció detrás del espejo del bar Albor II de Belgrano, todos pensaron que era un intento de capitalizar una acción que no les pertenecía. Decía:

PERÓN VUELVE
Buenos Aires, 29 de mayo de 1970
COMUNICADO Nro. 1
AL PUEBLO DE LA NACIÓN

Nuestro Comando a las 9.30 detuvo al teniente general Pedro Eugenio Aramburu a fines de someterlo a juicio revolucionario; oportunamente se darán a conocer las alternativas del juicio y la sentencia dictada.

PERÓN O MUERTE
VIVA LA PATRIA
Comando Juan José Valle

MONTONEROS

Para los servicios de Inteligencia, en 1970 Tacuara ya no existía, Y bajo el nombre de «Montoneros» no tenían a ninguna persona fichada.

En la Casa de Gobierno corrían las versiones. Una indicaba que Aramburu estaba secuestrado en una casa de Avellaneda, cerca de la avenida Pavón. Onganía recibía el dato de un asesor de Presidencia y lo comunicó al Servicio de Informaciones del Ejército (SIE). No les pareció una pista muy creíble. Pero después de algunas reuniones se montó un operativo en esa dirección. Según testigos presenciales, los secuestradores abandonaron la casa media hora antes de que llegara el Ejército. Esta versión alimentó las sospechas del Presidente sobre la responsabilidad de Lanusse en el secuestro[3].

Onganía fue revelando su impotencia para resolver el caso, y pagó el costo político: después de diez días de detenciones, intrigas y pistas falsas, Lanusse promovió un golpe. Sin embargo, no consiguió el apoyo de la totalidad de los mandos del Ejército para tomar el poder, y no tuvo más remedio que llamar al general Roberto Marcelo Levingston, que estaba destinado como agregado militar en Washington, y ofrecerle la Presidencia. Para los medios de prensa, la

[3] Entrevista de los autores a un ex funcionario de Presidencia.

convocatoria del ignoto general fue un problema: Levingston era un ex oficial de la SIE y no existían fotos suyas en el archivo.

El 13 de junio, cuando Levingston asumió la Presidencia, Aramburu continuaba desaparecido.

Por intermedio de Raventos, Galimberti logró sentar su opinión sobre el camino de Gobierno desde su refugio, en *Panorama:* «No es más que la lucha por el poder de distintos personeros del régimen. A los jóvenes argentinos comprometidos con la causa de la emancipación nacional y la liberación social, el cambio no nos afecta. Sabemos que —rota la careta "comunitarista"— el imperialismo se apresta a mostrarnos ahora a sus figurones liberales. ¡Si los conoceremos! Son los viejos masones».

A esa altura de 1970, la visión política de Galimberti ya trascendía su propia agrupación. Siempre se mantenía atento al contacto de otros ambientes sociales. Así conoció a Diego Muniz Barreto. Fue el hombre que mejor financió su carrera política y que le facilitó todos los caminos para que conociera al general Perón en Puerta de Hierro. Fue una relación que lo encandiló.

Muniz Barreto era un clásico exponente de la oligarquía antiperonista. Con una particularidad: odiaba a su clase porque decía conocerle sus vicios y miserias. En los años cincuenta, vivía en una mansión de casi una manzana de Zabala y Arribeños, en Belgrano. Tenía nueve criados polacos a su servicio. Su padre, Antonio Muniz Barreto, era dueño de una de las tres colecciones de arte colonial más importantes del país. La fue atesorando con viajes a mula por municipios, museos e iglesias del altiplano latinoamericano, en un tiempo en que las clases pudientes se desprendían de sus reliquias.

En la década de los cincuenta, a Diego Muniz Barreto no le interesaba tanto el arte. Estaba obsesionado con la idea de derribar a Perón. Trabajó a tiempo completo contra «la tiranía». Colocaba una barrita de gelignita en un tubo de desagüe y lograba crispar los nervios del ambiente político. Cuando la policía lo buscaba, se exiliaba en Uruguay, junto a otros civiles conspiradores. Una vez, cuando tenía veinte años, en 1955, cruzó el Río de la Plata con un bote a remo; desde Colonia hasta la zona norte de Buenos Aires. Llevaba 20 kilos de gelignita. Tenía un objetivo específico: volar la Escuela Superior de Conducción Peronista. Armó un plan. Dado que la entrada del edificio estaba custodiada por un agente de policía, empezó a frecuentarlo. Cuando sintió que se había ganado su confianza, lo invitó a tomar una cerveza en el bar de la esquina de Corrientes y San Martín. En tanto, su grupo operativo ingresaba en el edificio. En medio de la charla amable entre Muniz Barreto y el policía, explotó la bomba. Más de doscientos bustos de Perón se despedazaron y entre los escombros encontraron un mechón de pelo que

había pertenecido a Evita. Cuando lo contaba, Muniz juraba que, antes de escaparse, había pagado la cuenta[4].

El primer contacto de Muniz Barreto con JAEN lo consiguió Ernesto Jauretche en 1969, cuando colaboraba en *El Economista.* Entonces Muniz trabajaba junto a su amigo Roberto «Bobby» Roth, el Subsecretario Legal y Técnico de la Presidencia de Onganía. Tenían un bunker en la Casa Rosada desde donde operaban contra el ministro de Economía Krieger Vasena. Se oponían a la desnacionalización de la economía[5].

Un caso emblemático fue su lucha contra la empresa Swift-Deltec, que con las compras de pequeños frigoríficos locales conformó un «pool» que controlaba la exportación de carnes y que gozaba de los subsidios del Estado. A través de sus contactos en el SIE, Muniz Barreto y Roth recibieron el dato de que el propio Krieger Vasena integraba el directorio de Deltec, así como también un primo del general Lanusse: el teniente coronel (RE) Enrique Holmberg Lanusse. Esa información se la pasaron a Ernesto Jauretche, que la publicó en *El Economista.* Luego del escándalo que generó el artículo, lo despidieron.

El contacto con Muniz Barreto lo reactivó Raventos, en 1970, luego de entrevistarlo para *Panorama.* Le pasó la novedad del encuentro a Galimberti.

—Te va a interesar conocerlo. Es un tipo de guita, muy refinado. Tiene una mujer hermosísima. Enganchémoslo que nos puede ayudar.

Muniz Barreto ya no estaba en la Secretaría. Lo había echado Lanusse antes de que cayera Onganía, pero mantenía una fuerte influencia sobre las corrientes nacionalistas del Ejército. Su peor enemigo era el sector liberal que precisamente encabezaba Lanusse.

Para esa época, Muniz Barreto ya disponía de su herencia familiar: la colección de arte, campos de más de 2.000 hectáreas en La Carlota, Córdoba, empresas agropecuarias y pesqueras y acciones en el Banco Tornquist, cuyo presidente del directorio era su tío Benjamín. Todo ese capital económico, y su influencia militar y política, estaba dispuesto a utilizarlos contra Lanusse.

Fue tan riguroso en su plan de batalla que empezó a alentar el regreso de Perón. Sabía que era el único que podía enfrentar las aspiraciones presidenciales de Lanusse.

El día que conoció al líder de JAEN, Muniz Barreto quedó muy conforme con el hallazgo.

---

[4] Entrevista de los autores con un ex conspirador contra Perón en la década de los cincuenta.

[5] También se opusieron a la política de préstamos internacionales. Promovieron 56 modificaciones al contrato del Gobierno con el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y 12 al del Banco Mundial, porque decían que ahogaban el desarrollo industrial de la Nación.

—Encontré un italianito con inquietudes. A todo le pone el eslogan de «emancipación nacional». Está con otros muchachos. Tienen buenos sentimientos pero no saben un carajo de nada. Son doce zaparrastrosos. Tenemos que darle contenido —le explicó a «Bobby» Roth.

Para Galimberti, que caminaba las calles lindando la pobreza, que alguien con tanto dinero se ocupara de él le parecía una fantasía. Durante algunas noches Muniz Barreto lo invitó a cenar en su piso de la calle Basavilbaso 1219, en Retiro. Se permitía cocinarle gruesos bistecs de lomo a la pimienta, rociados con vinos portugueses que sacaba de una bodega. Conversaban hasta la madrugada. Al poco tiempo, Muniz Barreto le compró un sobretodo en James Smart y le alquiló una oficina en Tucumán y Florida, plena city porteña. Fue la primera sede nacional de JAEN. Nadie, nunca, había hecho tanto por ellos.

Dieciocho días después de la asunción de Levingston, Montoneros ofrecía la segunda señal pública de su existencia: la toma de La Calera, a veintitrés kilómetros al norte de la capital cordobesa. Con cuatro comandos de alrededor de veinticinco militantes, coparon y destruyeron los equipos de comunicación del Correo, redujeron y encarcelaron a los policías de la comisaría, se introdujeron a tiros en la sucursal del Banco de Córdoba, se llevaron 26.000 dólares y pintaron el edificio municipal con la consigna «Perón o muerte». El agente Manuel Arguello fue el único herido. Por una infeliz coincidencia, era el mismo al que Montoneros había disparado en un asalto al mismo banco en diciembre de 1969[6].

La operación militar de La Calera duró una hora y media. Los cuatro comandos se fueron en un móvil policial conducido por Capuano Martínez que les abría el camino con el ulular de la sirena. Del último de los coches que emprendió la retirada tiraban clavos «miguelitos» mientras por los altavoces se pasaba la marcha peronista. Fueron hacia Villa Allende. Un desperfecto mecánico frenó la fuga del Rambler de Luis Losada Caeiro y José Antonio Fierro, dos montoneros nacidos en familias de alcurnia cordobesa. Estaban con una bolsa llena de armas. Un policía que había salido en su búsqueda los detuvo y por el testimonio de uno de ellos obtuvo un dato vital: la ubicación de la casa que alquilaba el líder de Montoneros, «El Gordo» Mazza, en Los Naranjos. Había participado en el operativo por la mañana y justo salía a comprar cigarrillos. Lo balearon. Estuvo un mes convaleciente en el hospital antes de morir. Ignacio Vélez, «Nacho», fue herido en el estómago. Sobrevivió.

[6] La célula porteña de Montoneros también había participado en el asalto al Banco en La Calera. En esa oportunidad Firmenich, Arrostito y Fernando Abal Medina escaparon en el Rambler oficial del ministro de gobierno de Santa Fe. Su sobrino Alberto Molina era montonero. (Testimonio de un ex montonero que participó en la operación).

A partir de ese momento, todos los nombres de los miembros y colaboradores de la organización que Mazza había fichado en clave en unas tarjetas, fueron descifrados. Hubo ciento cuarenta detenciones. Una semana más tarde, se revelarían los integrantes de la célula porteña de Montoneros: las fotos de Arrostito, Firmenich, Abal Medina y Ramus fueron pegadas en la vía pública con orden de captura[7].

Después de La Calera, los militantes montoneros tuvieron que escapar como pudieron. Parte del grupo de Córdoba se refugió en la zona de Reconquista, Santa Fe, aprovechando los contactos del abogado Roberto Perdía, que trabajaba con los hacheros de la selva chaqueña. La célula porteña se alojó en una casa que ofrecieron las FAP en Buenos Aires. En forma accidental, Fernando Abal Medina hirió a uno de sus anfitriones en una práctica de tiro.

Montoneros también consiguió una infraestructura de reserva en Buenos Aires. Existía un grupo con el que mantenían conversaciones desde los tiempos de Cristianismo y Revolución. Lo lideraba José Sabino Navarro, de la Juventud Obrera Católica (JOC), que había sido delegado de SMATA en la fábrica Deutz Cantábrica hasta que el dirigente José Rodríguez lo echó del gremio. Junto a Sabino militaba Carlos Hobert, «Pingulis», que estudiaba en la Universidad del Salvador y hacía trabajo político en las villas; Gustavo Lafleur, de la Juventud Revolucionaria Peronista (JRP) y «El Petiso» Amorín, un médico de La Plata. El principal sostén económico del grupo fue un ex seminarista, el abogado Juan Carlos Falaschi. Solían utilizar su quinta en González Catán para reuniones políticas, mientras sus siete hijos jugaban en el jardín. Luego del alzamiento en La Calera, Montoneros refugió al cuñado de Norma Arrostito, Carlos Maguid, en González Catán. Pero al cabo de una semana, el redactor del noticiero de Canal 11 —y poeta— desoyó la alerta y volvió a su empleo. Fue detenido en la puerta del canal[8].

Enterado de la detención, Sabino Navarro, que había resguardado a Firmenich, propuso recuperar sus pertrechos de la quinta, ante el temor de que Maguid la delatara. Al amanecer, el grupo se aproximó por un baldío trasero. Firmenich iba último, demorando el paso. Cuando lo vieron a treinta metros de distancia le chistaron para que avanzara. No pensaron que tuviera miedo, pero por algunas actitudes extrañas, a sus espaldas, lo llamaban el «gordito boludo» de los

---

[7] Uno de los primeros detenidos fue el padre Alberto Carbone, asesor espiritual de la Juventud Estudiantil Católica, a quien su ex discípulo Mario Firmenich visitó dos días después del copamiento de La Calera: «Me dijo que venía a requerir mis servicios sacerdotales porque estaba afligido, pero que tenía apuro porque una persona lo esperaba en un auto mal estacionado. Me dejó un maletín y una máquina de escribir y prometió regresar por la noche. Pero no volvió». Con esa Olivetti se habían escrito los comunicados del secuestro y muerte de Aramburu. Testimonio del padre Carbone a la Justicia. Ver *La Prensa,* 10 de diciembre de 1970.

[8] El abogado Mario Hernández asumió la defensa de Maguid. El estudio de Ortega Peña y Duhalde representó a Ignacio Vélez por una petición que les hizo llegar Fernando Abal Medina.

Montoneros. Cuando llegaron, la guardia policial estaba en la puerta y tuvieron que escapar por el lugar por el que habían llegado[9].

En el allanamiento a la quinta, la policía detectó a la célula de Sabino Navarro; cayeron todas sus relaciones. Hobert fue descubierto porque había sido su garante en el crédito de una nevera. El grupo entró en la clandestinidad y decidió su ingreso en Montoneros. Hasta unos meses antes estaban por militar en la FAP.

De ahí a encontrar a Aramburu, a la policía le bastó un paso. El 16 de julio, halló su cadáver enterrado bajo la casa de campo de los padres de Carlos Ramus, en Timote, provincia de Buenos Aires[10].

Galimberti mantuvo su primer contacto con Montoneros a través de Carlos Hobert, aunque éste le aseguró que pertenecía a la Juventud Revolucionaria Peronista (JRP). Iglesias, un activista de la Asociación Cristiana de Jóvenes, se contactó con la socióloga María Ernestina Cubiló, que militaba en JAEN. Ella le trasladó el mensaje a Galimberti. Alguien quería verlo. Acordaron la cita en el bar Toulón de Coronel Díaz y Santa Fe. Hobert ya estaba clandestino. Debió abandonar su militancia pública en el Salvador y Filosofía y Letras. Llegó con una persona de escolta, que se mantuvo alejada en otra mesa. Después de algunos minutos de conversación, le preguntó a Galimberti si JAEN podía ofrecer la cobertura política de sus acciones y cederles armas cortas, porque las estaban necesitando. Galimberti salió confundido del bar por el nivel de organización que aparentaba su interlocutor. Hobert le reclamó reserva absoluta del encuentro. Lo volvería a llamar.

A pesar de la conmoción que generó el conocimiento de la muerte de Aramburu, Levingston presentó el hallazgo del cadáver como un logro de su gobierno. Pero los grupos armados empezaron a perturbarlo. También el nuevo Presidente se negó a levantar la proscripción política. El peronismo cumplía quince años de prohibición.

El 30 de julio de 1970, las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) tomaron durante una hora la comisaría, el banco y la central telefónica de Garín, un pueblo ubicado a 40 kilómetros de Buenos Aires. Se llevaron armas, uniformes y 700.000 pesos moneda nacional. El cabo de policía Fernando Sulling resultó muerto de un balazo en el estómago[11]. En la mañana del 27 de agosto, el grupo Ejército Nacional Revolucionario (ENR), que luego se identificaría como brazo armado de

---

[9] Testimonio de un ex montonero en entrevista con los autores.

[10] El crimen de Aramburu dejó algunas sombras que no fueron disipadas ni siquiera por la posterior «versión oficial» de los ejecutores. El enigma que persiste treinta y un años después de los hechos, es saber si Montoneros recibió ayuda de sectores de inteligencia militar para la planificación del secuestro y posterior fusilamiento del general de la Revolución Libertadora.

[11] La operación la lideró Carlos Olmedo, de veintiséis años. Era hijo de paraguayos. Había egresado del Colegio Nacional de Buenos Aires. Después se licenció en Filosofía, hizo un posgrado en la Universidad de la Sorbona, Francia. Hasta poco antes de la toma tenía un cargo de directivo en la empresa Gillette. En ese carácter, fue uno de los primeros invitados a los almuerzos de la actriz Mirtha Legrand. *Ver Los del 73. Memoria Montonera* de Horacio Chaves y Jorge Lewinger. Editorial Campana de Palo.

Descamisados, liquidó de catorce disparos al sindicalista José Alonso, a la salida de su casa en Belgrano. La operación duró cincuenta y cinco segundos. Lo consideraban un instrumento del imperialismo que «quería integrar la clase trabajadora peronista a ese proyecto. El mismo objetivo del "Lobo" Vandor», según el comunicado del ENR.

Aunque todos sus cuadros se mantenían en la militancia pública, JAEN también se prepara para la insurgencia. En agosto de 1970 empezaron a viajar en autocar hasta el campo de «Cololo» Neyra, en Bahía Blanca, que recibía a la muchachada con simpatía. Comían asado, se divertían y después discutían la actualidad política hasta bien entrada la madrugada, con algún coronel del Ejército de la zona que invitaba Neyra. Al otro día, cuando amanecían, «Cololo» ya les había preparado las armas y municiones para practicar tiro en el campo, en tanto él se ocupaba de escribir poemas gauchescos en la casa de campo. A lo lejos sonaban los estampidos.

JAEN avanzó en su relación con la prensa. En agosto de 1970 la revista *Análisis* les publicó dos tercios de página, con una pequeña foto de Galimberti y otra de Jauretche. El sobrino de don Arturo empezó a ganar espacio en la conducción porque se mostraba más dispuesto que Raventos a participar en tareas de insurrección. Además, el secretario de JAEN, «Barrientos», no podía mostrar su cara. En el artículo, Galimberti y Jauretche presumían de liderar el grupo más numeroso de la Juventud Peronista en la Capital Federal. Sus adversarios juveniles decían que la agrupación tenía más letras que militantes. Galimberti hizo una apocalíptica advertencia sobre los rencores que generaba la prohibición política:

«El problema es si las Fuerzas Armadas van a entregar o no el poder a quien venza en una limpia contienda electoral. Es fundamental que en este punto los militares no se equivoquen. Tenemos una experiencia que no olvidaremos, la anulación de las elecciones del 18 de marzo de 1962. Por eso, al cretino ajedrez de las proscripciones le seguirá ineluctablemente la guerra popular».

Seducido por el vértigo que tomaban las acciones armadas, y los contactos clandestinos, Galimberti descuidó el desarrollo interno de su agrupación. No previó que «Chacho» Álvarez, que creció en la Facultad a la sombra de Carri, iba a sorprenderlo con una conspiración interna.

En los primeros meses de 1970, Álvarez había empezado a conversar con algunos cuadros que se sentían disconformes con la conducción de Galimberti.

—Ya no tenemos espacio para la discusión política. Todas las decisiones importantes se toman al margen de la estructura. Y él hace relaciones públicas con todo el mundo para su crecimiento personal —criticaba «Chacho».

Además de su personalismo, le cuestionaba que enredara a JAEN con sectores nacionalistas y radicales para la construcción del movimiento nacional.

Álvarez pensaba que JAEN debía definir una posición peronista más ortodoxa y de izquierda. Además le preocupaba que Galimberti tomara contacto con Montoneros de manera personal, como había trascendido. Temía que involucrara a la agrupación en la violencia armada.

Con reuniones en su piso de recién casado —que alquiló con la ayuda de sus suegros, en Palermo—, Álvarez consiguió reclutar para la ruptura interna al «Turco» Mitre, «Lucho» Vuistaz y Alberto Iribarne, del Frente de Derecho; a «Coco» Estela y su esposa, Mirtha Grosso; Patricia Schneider, Claudia Prince, Lidia Saralegui y otros cuadros de Filosofía y Letras.

Con la rebelión en marcha, «Chacho» Álvarez y su grupo pidieron una cita con el líder de JAEN: querían comunicarle su decisión de irse. Galimberti fijó el encuentro en el piso de Ernesto Jauretche y «La Negra» Roldán, en Avellaneda y Artigas, Flores. Algunos fueron con ciertos temores. No sabían cómo iba a reaccionar Galimberti. En las reuniones, siempre dejaba entrever su arma. «Chacho» Álvarez también fue armado. En ese tiempo, los militantes más comprometidos nunca abandonaban su pistola.

Galimberti se desayunó ahí mismo de la ruptura. «Chacho» Álvarez dijo que su decisión de separarse era irrenunciable y que iba a conformar una agrupación alternativa con el grupo rebelde. Llevaba dos años militando en JAEN, y si bien elaboraba documentos y aportaba ideas en los plenarios, su rol no tenía ningún peso a la hora de las decisiones.

En un momento la discusión abandonó los trazos generales. Se hizo más exhaustiva. «Chacho» Álvarez le criticó a Galimberti sus relaciones con la alta burguesía.

—Una organización tiene que construir poder popular —le dijo en tono de reproche.

Galimberti respondió, enojado:

—Vos sos un fraccionista. Y todo lo que nace con mentalidad de fracción muere fragmentado. La política no es así, si vos querés construir poder, tenés que construir alianzas.

«Chacho» Álvarez se fue con casi una docena de militantes, más de un tercio de JAEN, y lideró su propia agrupación, la Fuerza para la Organización Revolucionaria Peronista (FORPE), con base en la Facultad y dos frentes barriales, en Saavedra y Munro[12].

---

[12] «Chacho» Álvarez se recibió de licenciado en Historia y alcanzó la vicepresidencia en 1999 en una alianza con el radicalismo. Renunció a su cargo el 7 de octubre de 2000. Ricardo Mitre, «El Turco» fue secretario administrativo del Senado, pero se alejó con Álvarez. Omar Estela, «Coco», es escultor. Lidia Saralegui es diputada de la Legislatura porteña. Claudia Prince es funcionaria del área de Salud en el municipio de Luján. Luis Vuistaz, «Lucho», después de militar en FORPE, ingresó en Montoneros. Estuvo detenido-desaparecido durante la dictadura militar. Sus restos fueron identificados por el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF). El 23 de marzo de 2000 fue enterrado en el cementerio de

Al poco tiempo, Montoneros continuó el contacto con Galimberti. Fue a través de Jesús María Luján, «El Gallego Willy», un estudiante universitario cordobés que había participado en La Calera pero que se mantenía en la superficie. Le dijo que «Pingulis» quería verlo otra vez. La cita no era en el Toulón sino en un bar de Wilde. Montoneros quería profundizar la relación con el líder de JAEN. Galimberti le pidió a Ernesto Jauretche que lo acompañara. A pesar de que al sobrino de don Arturo a veces le criticaban algunas carencias en su capacidad de trabajo, Galimberti lo respaldaba en nombre de la unidad del grupo. Cuando llegaron al bar de Wilde tuvieron que cumplir una serie de pasos para dar con la cita clandestina. Tomaron un papel detrás del espejo que indicaba «tres cuadras a la izquierda, dos a la derecha». En la esquina, una persona, que leía el diario a la espera de un autobús, les avisó: «Sigan hasta la lechería, doblen y caminen que van a recibir un nuevo aviso». Galimberti y Jauretche respetaron la orden. Iban por una acera, a mano derecha, cuando desde una camioneta Peugeot 404 roja les gritaron: «Suban a la cabina de atrás». El vehículo casi no detuvo su marcha. Galimberti y Jauretche se metieron bajo la lona, la camioneta dio vueltas durante veinte minutos hasta que aparcó en el garaje de una casa. Apenas corrieron la lona y bajaron, Galimberti sintió que entraba de perdedor a la reunión. Confiaba que era una cita real y no una trampa de los servicios de Inteligencia, pero por el grado de compartimentación con el que lo llevaron, comprendió que iba a conocer a los miembros de una agrupación muy diferente a la que él comandaba. Entraron en el cuarto de estar y se toparon con dos de las personas más buscadas del país. Norma Arrostito, entonces apodada «La Flaca», «Irma» o «Gaby», de pelo corto y negro, menudita, pero capaz de perforar a balazos a cualquiera después de un gesto amable; Carlos Capuano Martínez, «Luis», un morocho delgado con dejo cordobés, y «Pingulis» Hobert. En ese momento Galimberti fingió no conocerlo. En cambio, cuando lo saludó, Jauretche se sintió un imbécil. Había hablado varias veces con él y lo despreciaba. Le parecía un «zurdito pajero», socialcristiano, un petardista engreído con posturas inaceptables. Era su cobertura pública. Ahí se enteró de que «Pingulis» formaba parte de la agrupación que en nombre de la justicia popular había fusilado a Aramburu, el hombre más odiado del peronismo. En la casa de Wilde, Galimberti recordó cuando Fernando Abal Medina, que vendía libros nacionalistas en la editorial Pleamar, le preguntó en el estudio de Ortega Peña cuánta gente tenían. En ese momento pensó que respondía a algún servicio de Inteligencia. Ahora comprendía que era un sondeo para incorporarlo a su

---

Embarcación, Salta, y su cortejo fue seguido por una caravana de ex militantes que lo acompañó desde Buenos Aires.

organización guerrillera. Se arrepentiría durante mucho tiempo de su vida por no haber sido parte del grupo fundacional.

El encuentro duró dos días, pero a las pocas horas Galimberti y Jauretche se sentían encerrados. Montoneros necesitaba que hicieran la cobertura política de sus acciones. JAEN era una agrupación pública, bien o mal, reconocida en distintos ámbitos. Montoneros era un grupo clandestino. En la Facultad no los conocía nadie. No tenían diálogo con dirigentes de agrupaciones peronistas. Después de lo de Aramburu, toda la policía y las Fuerzas Armadas les estaban encima. Podían caer en cualquier momento. Los iban a matar a todos. Pero ahora los tenían frente a ellos, y les proponían un acuerdo a largo plazo a cambio de algo urgente: que los ayudaran a sobrevivir.

Galimberti y Jauretche se quedaron solos conversando en voz baja en una habitación. Algunas personas entraban y salían con la cabeza tapada con toallas.

—Si estos tipos sobreviven a lo de Aramburu, nos pasan por arriba, Ernesto —dijo Galimberti—. Y nos piden que nosotros les regalemos nuestro espacio político, para que no los maten a ellos, y después nos cojan a nosotros...

Jauretche seguía en silencio.

—Además, si nosotros los apoyamos públicamente, perdemos todo. Tendríamos que pasar a la clandestinidad... Nos quieren cagar —concluyó.

—Pensemos qué pasa si decimos que no —dijo Jauretche—, ¿Podemos decir que no? Y si decimos que no, quién sabe si salimos con vida de acá adentro...

—Pará, Ernesto, nosotros somos dirigentes públicos conocidos. No nos van a tocar...

—Estos mataron a Aramburu, boludo. ¿Vos pensás que van a preocuparse por bajarnos a nosotros dos? Déjate de joder. Si no aceptamos lo que nos proponen, de acá no salimos. Si nos vamos sin un acuerdo, van a sospechar que queremos delatarlos.

—Hay que armar algo —dijo Galimberti.

—...Ya nos tienen acá adentro, ya nos cagaron. Pero además si no los ayudamos nosotros, algún otro grupo los va a ayudar. Van a conseguir otros aliados.

—Estos quieren ser la vanguardia revolucionaria. Tienen otros métodos, otra organización. No andan con «cocof» ni boludeces. Deben de tener élites de combate. Se deben de entrenar en Cuba —supuso Jauretche, amargado.

Galimberti y Jauretche se fueron aturdidos de la casa, con un acuerdo inmediato y otro a largo plazo. JAEN no descalificaba sus acciones en público y empezaban a construir juntos una relación clandestina. Además, como una manera

de solidarizarse, JAEN les haría llegar algunas armas de puño y una de las dos ametralladoras PAM con que contaban[13].

Pocos días después de esa reunión, Montoneros recibió otro fuerte golpe. El lunes 7 de septiembre de 1970, Fernando Abal Medina y Carlos Gustavo Ramus cayeron en William Morris, a dos cuadras de la estación. Habían establecido una cita en la pizzería La Rueda con el cordobés Luis Rodeiro para reorganizar los contactos en su provincia. También estaba Sabino Navarro. Un vecino alertó a la policía, denunciando movimientos sospechosos. Una comisión policial entró en la pizzería. Abal Medina cayó bajo las balas mientras respondía al fuego con una ametralladora UZI. Se la había robado al guarda del Banco Galicia de Ramos Mejía, una semana antes. Ramus hacía fuego desde uno de los dos coches que vigilaban la cita. Murió con el estallido de su granada. Rodeiro, que estaba desarmado, fue detenido. Sabino Navarro y Capuano Martínez lograron escapar. Cuatro policías resultaron heridos[14].

El 11 de septiembre, los sacerdotes Carlos Mugica y Hernán Benítez, ex confesor de Evita, rezaron un responso en la Chacarita por las almas de los militantes montoneros. En su discurso, Benítez dijo: «Nacieron y crecieron oyendo pestes del peronismo. ¿Qué los lleva a reaccionar contra el medio social en que se acunaron? [...] la convicción de que sólo la violencia barrerá la injusticia social [...]. Fueron asesinados por la Nación, que no supo comprenderlos, darles un camino, calmar su sed de justicia...». También habló el hermano de Fernando, Juan Manuel Abal Medina. Ahí lo conoció Galimberti. El general Perón envió una corona desde Madrid. Casi un centenar de sindicalistas y dirigentes peronistas y de izquierda acompañaron los féretros.

En forma casi simultánea, el escritor Jorge Luis Borges habló en el homenaje a Pedro Eugenio Aramburu en el cementerio de la Recoleta, invitado por la Agrupación Democrática Argentina (ADA). «Dos veces conversé con Aramburu —dijo— y en esos pocos minutos me formé una impresión que no podré olvidar: caballero formal, hombre firme y suave a la vez, de extremada cortesía y gran voluntad. Luego ocurrió ese hecho atroz que integra la parte negativa de nuestra historia, junto a la primera tiranía y la Mazorca, y los horrores de la segunda tiranía, con sus persecuciones, la prensa amordazada y las proscripciones», dijo antes de hincarse y depositar flores en la tumba del General muerto.

---

[13] Las dos organizaciones entablaron una relación de desconfianza mutua. JAEN aspiraba a subordinar a Montoneros a la insurrección armada, dentro de su «política de masas». Montoneros quería subordinar a JAEN y al resto de las organizaciones a su proyecto de tomar el poder por las armas.

[14] Ver el libro *De la guerrilla peronista al gobierno popular (1970-1973),* página 86, de Roberto Baschetti.

Después de la caída de sus cuadros fundadores, Sabino Navarro pasó a ser «el número uno» de la organización. Era el más peronista de los Montoneros. Lo seguían en la jerarquía Firmenich, Capuano Martínez, Hobert y Arrostito. Estaban casi aislados y con pocos recursos. El asalto al Banco de Galicia les había permitido alzarse con 36.000 dólares para alquilar algunas casas operativas. Sabino dormía en un piso de una habitación de la calle Billinghurst, en Barrio Norte, junto a otros militantes con sus parejas. Propuso movilizar los pocos cuadros que quedaban hacia el interior del país, como única forma de supervivencia, antes de que los exterminaran. Salió a buscar nuevos militantes y combatientes. «Yo soy montonero, vengo a organizar la Juventud Peronista a este pueblo...», se presentaba ante viejos militantes de la Resistencia. La referencia de Aramburu era su mejor carta de presentación. El crimen había sido festejado en los barrios pobres.

Al tiempo que estrechaba su vinculación clandestina con Montoneros, Galimberti se ganaba la simpatía de la alta sociedad. Muniz Barreto, que lo había adoptado como su hijo político, lo invitaba a las cenas sociales junto a su esposa María Teresa Escalante Duhau. Le presentaba a militares de la SIDE o el SIE —entre ellos generales Ibérico Saint Jean y Hugo Miatello—, dirigentes agropecuarios del movimiento Campo Unido, empresarios nacionales, y otras personalidades ilustres de la clase patricia. Galimberti los saludaba sonriente y cenaba junto a ellos. A veces el mismo presidente Levingston, quien gozaba de la amistad del matrimonio, llamaba por teléfono a su piso. Muniz Barreto estaba al tanto de sus movimientos porque el edecán Palacios le pasaba la información diaria desde la Casa Rosada. Pero en la relación social con el Presidente había un interés adicional: Levingston se sentía atraído por la belleza de la señora Duhau.

Algunas noches, Galimberti presenciaba algunas discusiones caseras del matrimonio durante la cena. Ella le recriminaba a su marido que sus ancestros portugueses hubiesen poseído plantaciones esclavistas en Bahía, Brasil, y él le retrucaba que su bisabuelo había instalado el almacén de ramos generales en los campos de su familia. Por entonces Muniz Barreto, que estaba a la pesca de militantes para conspirar contra Lanusse, también promovía la formación teórica. A fines de 1960, el mejor lugar para adentrarse en el estudio del marxismo era en una casa en Cangallo, casi esquina Callao, donde Raúl Sciarreta daba clases a sus grupos de estudio y apuraba una traducción propia de *El Capital.* En el piso de Muniz Barreto, en cambio, se estudiaba la filosofía de Hegel. Las clases las impartía Raúl Panunzio, un profesor de Filosofía y Letras, que también abordaba la Fenomenología del Espíritu. Sus cursos eran casi obligatorios para los estudiantes que, con dedicación y esmero, deseaban ganarse un lugar en el mundillo intelectual. Galimberti no quería perderse las clases. En una de ellas conoció a

María Julia Alsogaray, la sobrina del general Julio Alsogaray, que había desalojado a Illia de la Casa Rosada. Entablaron una breve amistad. A Galimberti no le gustó porque la veía un poco gordita y apagada. Le resultaría mucho más interesante cuando retomaron el contacto, veinte años más tarde.

Sin embargo, para Galimberti fue mucho más favorable a sus deseos la relación con Maxime Molyneaux. Era una universitaria inglesa, de izquierda, rubia y muy delgada, de veintidós años, que apareció una noche junto a su novio en el piso de Muniz Barreto. Ella estaba preparando un reportaje sobre la Argentina para el *Daily Telegraph.* Muniz le presentó a Galimberti para que tuviera una visión política más completa. La joven trotskista quedó cautivada con el líder de JAEN. El coronel (RE) Luis César Perlinger, entonces le ofreció un programa de viajes por el interior de la Argentina[15].

También con el apoyo de Muniz Barreto, hacia fines de 1970, Galimberti promovió ciclos de charlas, con la impronta del Club Colegial del Instituto Sarmiento, pero bajo el nombre de «Aportes para la Emancipación Nacional». Se desarrollaban en la sede de JAEN, dos veces a la semana. Galimberti se reservó el cierre del ciclo. Expuso acerca de «La necesidad de una organización revolucionaria de masas en la lucha por la Emancipación Nacional»[16].

Hacia los últimos días de 1970, la violencia iba creciendo, pero todavía ocupaba las páginas policiales de los diarios. El 7 de diciembre el Ejército de Liberación Nacional entró a punta de pistola en una empresa constructora de Martínez, mientras se ensobraba el dinero para el pago de la quincena: «Esto es un asalto. Pero no somos ladrones. La plata es para Perón»[17].

Los militantes de agrupaciones armadas reducían a los policías de calle, robaban ametralladoras y uniformes en los destacamentos, las guardias de la Prefectura o de Campo de Mayo. El sábado 20 de diciembre desapareció el doctor Néstor Martins, de la Gremial de Abogados Peronistas, junto a su cliente Nildo Zenteno Delgadillo. Fue una conmoción política que hizo tambalear al ministro del Interior Eduardo Mc Loughlin. Nunca más serían hallados. Unos días después de conocidas las sentencias por el «caso Aramburu», dos bombas estallaron en los domicilios de la familia Abal Medina y del padre de Juan Carlos Falaschi[18].

---

[15] Perlinger fomentaba «el turismo revolucionario». Había logrado un acuerdo con la Marina de Guerra para que transportaran contingentes juveniles en el buque Bahía Tetis. También hizo campañas a favor de los mochileros. Ver *Siete Días,* diciembre de 1970.

[16] En el programa de conferencias disertaron Rodolfo Ortega Peña («Masas y caudillos en la lucha por la Emancipación»), José María Rosa («En torno al revisionismo histórico»), Mario Hernández («El desarrollismo y la penetración de los monopolios extranjeros»), Arturo Jauretche («La Cultura según el Régimen»), Miguel Gazzera («El sindicalismo como instrumento político en la lucha por la Emancipación»), Jorge Raventos («Elementos para una teoría del nacionalismo revolucionario»), y Juan José Hernández Arregui («Diálogo con los jóvenes nacionales»).

[17] Ver *Clarín,* 8 de diciembre de 1970.

[18] Por el crimen de Aramburu, Carlos Maguid fue condenado a dieciocho años de reclusión, Ignacio Vélez a dos años y ocho meses de prisión en suspenso y el padre Alberto Carbone a dos años. Nora Arrostito

El 28 de diciembre, uno de los prófugos de la Justicia, Mario Firmenich, que vivía en una casa alquilada en La Lucila, recibió un tiro en un dedo. Montoneros se había propuesto reducir a un guarda de la quinta presidencial de Olivos, robarle su ametralladora y tirar un molotov al centro de comunicaciones de la residencia, cuya antena sobresalía desde la calle. Durante algunos días una militante recorrió la zona para hacer inteligencia previa. Recomendó realizar la operación sólo cuando estuviera un policía rubiecito en la garita de la esquina de la avenida Maipú y Malaver, porque siempre lo veía algo distraído. En cambio, advirtió el peligro que representaba un vigilante moreno, que parecía más nervioso y despierto. La mañana que se decidieron a actuar, la operación presentó dos fallas: la posta sanitaria —el coche al que debían acudir en caso de sufrir heridas— había faltado a la cita, y el policía que estaba de guardia en la garita era el moreno. Era el cabo Inocencio Barrientos, de cuarenta y dos años. La célula guerrillera evaluó los peligros y, como había dos mociones en pugna, se sometieron a una votación. Ganó la que proponía la acción inmediata.

Un militante montonero se largó a caminar por la acera de la residencia presidencial. Estaba vestido de cafetero y llevaba un bolso con dos termos, donde guardaba dos cócteles molotov. Por la misma acera, camino a su encuentro, venía Firmenich, con barba y kipá, simulando ser un rabino. El plan era distraer al vigilante con un café, y luego reducirlo con la intervención de Firmenich. Pero en el momento preciso en que los guerrilleros se acercaban al policía, dos señoras cruzaron la calle para preguntarle una dirección. Al verse rodeado de golpe por cuatro personas, el policía sospechó una trampa, corrió a las mujeres de la línea de fuego y le apuntó al cafetero. Firmenich sacó su arma. El policía, más rápido, giró y le disparó, pegándole un tiro en la mano izquierda. El cafetero aprovechó para tirársele encima, le bajó la ametralladora y le pegó un tiro. Cuando Firmenich iba a rematarlo se le salió el cargador de su 9 mm y la pistola no disparó. Las señoras gritaban. El cafetero le quitó la ametralladora al policía herido, lo baleó, y cuando iba a arrojar el molotov a la antena de la quinta presidencial, apareció un camión que transportaba caudales. Los guardas, sospechando que se trataba de un intento de asalto, empezaron a dispararles. El cafetero lanzó una bomba al centro de comunicación y otra al blindado. La segunda estalló cerca de una rueda del vehículo. En la confusión, los dos montoneros escaparon y lograron meterse en el Ford Falcon color crema de Sabino Navarro, que estaba en marcha, a media cuadra, y aceleró en dirección a la Avenida Libertador. El cabo Barrientos murió acribillado por diez disparos.

---

fue absuelta. Su hermana Norma continuó prófuga junto a Firmenich, Sabino Navarro, Carlos Capuano Martínez y Juan Carlos Falaschi. Maguid fue amnistiado el 25 de mayo de 1973. Permanece detenido-desaparecido. Vélez es asesor de la Cámara de Diputados. Falaschi vive en el sur argentino.

Después de los primeros contactos, Galimberti empezó a hacer uso de su relación con Montoneros. Estaba convencido de que un liderazgo necesitaba de la construcción cotidiana, pero que también se acrecentaba en la percepción que los otros tenían de su práctica política. Por eso el líder de JAEN siempre sugería más representación que la que tenía. Cuando Montoneros hizo su aparición pública, él dejó entrever que debajo de su militancia existía algo más, un vínculo subterráneo y todavía difuso con la violencia política y en especial con la muerte de Aramburu. Entonces Montoneros no tenía una cara visible ni podía tenerla. Su política era clandestina. Galimberti intentó aprovechar ese espacio. Empezó a sugerir que era un elemento de una trama para todos desconocida y sobreactuaba el rol del misterioso. Era una realidad que él mismo inventaba. Pensaba que ésa era la mejor manera de capitalizar la valorización positiva que produjo el crimen dentro del peronismo y ser protagonista en un escenario social cada vez más turbulento.

El otro elemento de esa trama incierta era el general Perón. Galimberti se propuso conocerlo, como ya lo habían hecho muchos militantes dispersos de la Juventud Peronista, que escuchaban su discurso sobre la guerra revolucionaria en su escritorio de Puerta de Hierro y luego le preguntaban si debían entrenarse en Cuba o en Argelia para poner en marcha la insurrección en la Argentina.

Los dirigentes históricos del peronismo, que mantuvieron una dudosa lealtad con el Líder en el exilio, conservaban la relación con Perón a través de cartas, o lo visitaban en Madrid, incluso cuando dialogar con él era considerado una pérdida de tiempo[19]. Ellos representaban una puerta de acceso para los que quisieran conocer al General. Galimberti buscó acercarse a Pedro Michelini, a través del Movimiento de Afirmación Peronista (MAP) que componían el general Miguel Iñiguez, el propio Michelini y Vigueira. Eran la cabecera de playa del empresario Jorge Antonio, el hombre que mejor acompañaba a Perón en su exilio madrileño. En la mirada de los peronistas históricos, Galimberti no era más que un joven dinámico y emotivo, un emergente entre miles de una nueva generación cada vez más dispuesta a romper la proscripción con fusiles y bombas incendiarias. No tuvieron inconvenientes en redactarle una carta de recomendación personal para Jorge Antonio.

Un pasaje a Europa era algo inalcanzable para Galimberti. Muniz Barreto aceptó financiar su aventura con gusto. Y decidió presentarlo como un potencial interlocutor entre Perón y los sectores nacionalistas del gobierno de Levingston. Para ello, una noche de primavera de 1970, convocó a su «jefe político». Era el subsecretario de Asuntos Políticos Hugo Taboada. Había sido intendente de la ciudad de Córdoba. Llegó a su piso con un Ford Fairlane negro, junto a un joven

---

[19] Ver *Las Memorias del General* de Tomás Eloy Martínez, página 9.

asesor de la cartera, Leónidas Walger. Habían pasado las doce. Después de las presentaciones de rigor, Taboada sacó de su portafolio algo parecido a un ladrillo. Estaba cubierto por un marco de madera lustrado.

—¿Qué es esto? —preguntó a Galimberti, con tono enfático.

Galimberti lo levantó con cuidado.

—Un explosivo no es... —dijo.

—No —reafirmó Taboada.

—A mí me parece un ladrillo...

—Sí, es un ladrillo, pero es un ladrillo de la Jabonería de Vieytes. Es lo que tenemos que reconstruir en la Argentina: la Jabonería de Vieytes[20].

Raventos no le creyó que Muniz Barreto le fuera a costear el viaje a Madrid. Sospechó que se lo pagaban los Montoneros. Galimberti le juró que no. «Me reuní dos o tres veces con ellos. Hacen reuniones con todo el mundo», se justificó. Se encontraron en el Bar o Bar para debatirlo. Raventos le advirtió de los riesgos de continuar esos contactos. No le molestaba que viera a Perón. JAEN había alcanzado su candidatura presidencial en caso de una posible apertura política. Y habían establecido un contacto[21].

En el bar, Galimberti le insistió que viajaba sin una entrevista organizada.

—Sólo llevo una carta para Jorge Antonio.

Después le reconoció que llevaría una carta de Montoneros para entregársela a Perón. Raventos se indignó.

—Vas a perder la representación pública. Te van a arrastrar a la clandestinidad. Te van a chupar —le dijo.

A Galimberti, el contacto con Montoneros empezaba a entusiasmarlo tanto como la cita con Perón. También quería aprovechar el viaje para reencontrarse con Maxime Molyneaux, con la que intimó en Buenos Aires aprovechando una distracción de su novio, que estaba muy interesado en el plan turístico. Galimberti la llamaba a Londres desde la casa de Muniz Barreto. Pero la mejor ayuda de Muniz para concretar el viaje no fueron ni el dinero ni el teléfono, sino la gestión que hizo en la SIDE para conseguirle un pasaporte: Galimberti tenía un proceso abierto por la toma de Filosofía y Letras.

Unas horas antes de que partiera su vuelo por Lan Chile, desde Aeroparque y hacia Santiago de Chile, Galimberti fue con su maleta al bar de Callao y Libertador. Se sentó a esperar. Era el mismo bar que frecuentaba con «El Vasco»

---

[20] La Jabonería de Vieytes era un espacio social de la élite de vecinos de Buenos Aires para conspirar contra la Corona española, en tiempos de la Revolución de Mayo de 1810.

[21] En 1967 Raventos, por una invitación del juez Urien, se había convertido en imprevisto orador en una cena de la logia Anahel. En esa noche, un colaborador del grupo le anunció que tenían un «compañero tipógrafo» que estaba al lado del General en Madrid. Se llamaba José López Rega. Raventos no participó más de Anahel porque le disgustaba su tono profético.

Mauriño cuando militaban en Derecho. Se acordó del día en que consiguieron una cita con un liceísta de la agrupación Juan José Valle, del Ejército, y le pidieron granadas para tirarle al Banco de Boston. A los pocos días recibieron granadas de entrenamiento, sin carcaza, con la que llenaron la acera de humo. Maxime le había comentado que después de Londres, tenía ganas de que pasaran el fin de año en París. En ese momento, entró «Pingulis» Hobert. Le trajo una carta cerrada de Montoneros para que se la entregara a Perón. Querían explicarle el sentido de una operación que habían realizado hacía apenas siete meses. Y Galimberti la llevó.

Capítulo VII

Mi General

Londres era la capital de la vanguardia europea en 1970. Era el lugar del cambio político y la innovación artística. El tráfico obligado de las nuevas tendencias. «Swinging London», era el lema. La izquierda estaba de moda. A Galimberti no le entraba en la cabeza: una manifestación comunista avanzaba por las calles con la protección de un cordón policial. Le pidió explicaciones a Maxime Molyneaux.

—No entiendo. Acá a los que protestan contra el sistema los protegen. En Argentina nos cagan a palos...

Durante casi un mes, Galimberti durmió en su casa. Ella le presentó sus amigos trotskistas de la universidad, salían de noche por los pubs de la ciudad. Después cruzaron el Canal de la Mancha y llegaron a París. Pasearon unos días. Hasta que se despidieron: Galimberti tenía una cita en Madrid. Llevaba la dirección anotada: «Caballero de Gracia 20, cuarto a la derecha». Era la pensión «Doña Matilde». Golpeó. El que abrió la puerta fue «El Vasco» Mauriño. Estaba mucho más flaco que cuando lo despidió en el puerto de Buenos Aires. «El Vasco» se embarcaba rumbo a nuevos horizontes. Galimberti tampoco tenía mucha plata: empezaron a compartir sándwiches de jamón y huevo duro. Al cabo de unos días, se presentaron juntos en las oficinas de Jorge Antonio en el Paseo de la Castellana. Galimberti le pidió una cita con el general Perón. «El Vasco» aprovechó para pedirle trabajo.

Sólo bastó una referencia para que Perón aceptara la visita del líder de JAEN en su residencia de Puerta de Hierro.

—No es montonero, pero trae una carta de Montoneros —le explicó Antonio.

A las nueve de la mañana, Galimberti franqueó el control de la Guardia Civil española apostada en la puerta de acceso, sobre la calle Navalmanzano. Perón fue muy cordial. Se acercó hasta la mitad del jardín para recibirlo y le estrechó las manos. Perón era más alto de lo que imaginaba. Lo invitó a sentarse en el comedor

principal, en la planta baja. Con un gesto, le pidió a «Lopecito», su asistente, que le trajera dos cafés.

Quedaron a solas: Perón y Galimberti.

Galimberti tenía el pelo engominado y la cara blanca por el rigor del invierno europeo. Sus ojos celestes no pestañeaban ni un instante. Parecía una muñeca endurecida. López Rega trajo el café. El General se lo acercó. Galimberti empezó a contarle la historia del peronismo a través de su padre y su madre. Recordó su infancia en San Antonio de Padua, la visita a los basurales de José León Suárez. La impotencia que sufría el pueblo por sus quince años de ausencia. Y cómo anhelaba su retorno. Después le habló de la juventud.

—Los hijos de la clase media gorila se están incorporando al peronismo, General —le dijo—. Pero sólo el uno por ciento está organizado.

—Usted tiene que organizar el noventa y nueve por ciento que falta —le respondió Perón.

—También está la guerrilla, mi General, que es cada vez más popular y eficiente —le comentó Galimberti.

Perón le preguntó si a Aramburu lo había matado la CIA.

—No, a mí me parece que fueron los Montoneros, General.

—Sin embargo, el delegado Paladino me dijo que pensaba que los Montoneros eran de los servicios —acotó Perón.

—Bueno, sí... por ahí lo fue. Pero me parece que eso es secundario ahora. Los montoneros son los guerrilleros mejor preparados. Andan con toda esa cosa medio catolicona, es cierto, pero es una organización peronista que se subordina al movimiento. Ellos se definen como el brazo armado del movimiento peronista. No son clasistas ni vanguardistas como los de las FAP. Creo que de todos los grupos guerrilleros que hay, los que piensan más parecido a nosotros, mi General, son los montoneros. Le traje una carta de ellos para usted.

Perón empezó a leerla en silencio.

Montoneros le explicaba que con Aramburu habían ejecutado una sentencia que el pueblo ya había dictaminado. Pero la razón fundamental era «el rol de válvula de escape que este señor pretendía jugar como carta de recambio del sistema».

Después le preguntaba si con este hecho habían «estropeado» sus planes políticos inmediatos. La misma pregunta se extendía a la ejecución de José Alonso, aunque, en este caso, decían desconocer a sus autores.

Sobre las negociaciones que comenzaba el justicialismo para una salida electoral, a pesar de que lo consideraban «tácticamente acertadas», Montoneros descreía del resultado final: «... mientras el enemigo siga manteniendo en sus manos los resortes fundamentales de la economía y el poder de las armas, a

nosotros no nos significará ninguna garantía ganar una elección, porque no hay duda de que la ganamos, pero tampoco hay duda de que no van a tolerar un gobierno justicialista, porque justicialismo es socialismo nacional, y esto al capital no le agrada porque va en contra de sus intereses».

Para el final, Montoneros le dejaba saber sus planes futuros:

«Tenemos clara una doctrina y clara una teoría de la cual extraemos como conclusión una estrategia también clara: el único camino posible para que el pueblo tome el poder e instaure el socialismo nacional, es la guerra revolucionaria total, nacional y prolongada, que tiene como eje fundamental y motor al peronismo.

»El método a seguir es la guerra de guerrillas urbana y rural. Esto no es un capricho, es una necesidad: a carencia de potencia recurrimos a la movilidad; en fin, no es nada nuevo pero no por ello deja de ser eficaz.

»Lo cierto es que no somos un tiro al aire. No somos ni tantos ni tan pocos, pero no estamos para hacer mucho ruido y ofrecer pocas nueces. La concepción es clara y la decisión es total, como lo prueban nuestros compañeros muertos en combate y los muertos en la trinchera de enfrente.

»Es para nosotros de fundamental importancia conocer sus opiniones sobre esas consideraciones. Usted ordenará si su respuesta debe hacerse pública o si es de carácter confidencial y secreto. Tenemos entendido que el compañero portador de la presente se va a entrevistar con usted en más de una oportunidad. Naturalmente, tenemos en él la máxima confianza y pensamos que él mismo puede ser el canal para hacernos llegar su carta.

»General, sus muchachos peronistas saben que ésta es la hora del pueblo argentino. Sabemos que sobre nosotros, su juventud peronista, recae el peso de la responsabilidad y que no tenemos derecho a recostarnos en nadie. No lo defraudaremos.

¡Perón o Muerte! ¡Viva la Patria!

Montoneros».

Perón dobló las hojas con delicadeza.

—¿A usted qué le pareció? —le preguntó a Galimberti.

—No la leí, mi General.

—Léala y me cuenta.

Aprovechó para ir al baño. Galimberti tomó las hojas con la fingida intención de iniciar la lectura. En ese momento, apareció López Rega. Se detuvo unos segundos y luego se abalanzó sobre el sillón de Perón. Galimberti lo miró sorprendido. López sonrió.

—Yo me siento acá porque este lugar me inspira. El General me transmite todas sus energías —dijo.

Perón y Galimberti salieron a caminar por el jardín. Tinola y Puchi, los perritos caniches, empezaron a dar vueltas alrededor de ellos. Se detuvieron a observar el algarrobo cubierto de hiedra. De toda la residencia, era el lugar que Perón sentía como más propio. Después se sentaron en la mesa del porche, debajo del alero, y empezaron a hablar de literatura. Por la rapidez de sus respuestas y cierta ironía callejera, Galimberti le resultaba mucho más entretenido e inteligente que sus visitantes, que lo irritaban por el solo hecho de quedarse sin palabras frente a su presencia. Lo llamó a «Lopecito» para que le alcanzara la agenda y marcaron otro encuentro. El General, que lo imaginaba sin plata, tuvo la deferencia de ordenarle a la guardia que lo alcanzara en el Jeep hasta el centro de Madrid.

La segunda vez que Galimberti entró a Puerta de Hierro lo hizo junto al abogado Mario Hernández, que recién había llegado de Buenos Aires. Hernández traía otro mensaje de parte de Montoneros: las cintas en las que habían registrado el «juicio revolucionario» a Aramburu. Se las entregó a Perón. La copia era la mejor garantía que podían ofrecerle. No querían que le quedara dudas de quiénes eran los verdaderos autores del fusilamiento.

Perón se tomó una semana para escribir la carta de respuesta a Galimberti. «Por mano y amabilidad de don Rodolfo Galimberti...», iniciaba el primer párrafo. De inmediato, el líder de JAEN le pidió autorización para borrar su nombre. En su lugar quedó un espacio blanco.

El General decía acordar en la mayoría de los conceptos.

La ejecución de Aramburu no estropeó sus planes. Fue «una acción deseada por todos los peronistas», justificó. Sobre el asesinato del sindicalista José Alonso no tenía objeciones. Tampoco creía en la opción electoral, aunque prefería no «despreciar la oportunidad de forzar también este factor a fin de hostigar permanentemente desde las organizaciones de superficie que, frente a la opinión pública, también tienen su importancia...».

Sobre la «guerra revolucionaria», Perón prefería que se organizaran según sus objetivos y se movieran con absoluta independencia de la conducción del Movimiento.

«No se trata de hacer una conducción centralizada en todo el complejo orgánico de la lucha porque eso no es posible, dadas las condiciones de la lucha misma, pero sí que se alcance por un modo u otro la indispensable coordinación de esfuerzos, porque los esfuerzos divergentes, aun con la mejor intención, no pueden ser sino factores de debilidad en la lucha en su conjunto».

El General aconsejaba el método para lograr el desgaste progresivo del gobierno militar:

«... lanzar operaciones para "pegar cuando duele y donde duele", es la regla. [...] Por sobre todas las cosas han de comprender los que realizan la guerra revolucionaria que en esa "guerra" todo es lícito si la finalidad es conveniente».

Antes de despedirlo de Madrid, el General grabó un discurso en su grabadora. Le fascinaban los avances tecnológicos. Le entregó la cinta para que la difundiera entre la juventud[1].

Cuando regresó a Buenos Aires, Galimberti se sentía un joven llamado a realizar un destino trascendente en la política. Había alcanzado aquello que desde hacía tres meses había estado imaginando. Ser una figura pública que mediaba entre los guerrilleros clandestinos y el Conductor Estratégico en el exilio. Su autoprofecía se estaba cumpliendo.

Los Montoneros estaban ansiosos por verlo. Les interesaba conocer de primera mano qué decisión iba a tomar el General: si emprendería el retorno a la Argentina o se quedaría a morir en Madrid. Era la intriga política del año. Organizaron una cita en el piso de Jauretche y «La Negra» Roldán, que llevaban cinco meses de matrimonio. «Pingulis» Hobert llegó con el abogado santafecino Roberto Perdía.

—¿Ustedes quieren saber si va a volver o no? —preguntó Galimberti—. Bueno, yo creo que Perón va a volver... Pero en una silla de ruedas y con una mantita escocesa sobre las piernas. Una manija la va a conducir Isabel y la otra su asistente, López Rega.

El viaje de Galimberti a Puerta de Hierro había generado algunos recelos entre los grupos juveniles. En FORPE, «Chacho» Álvarez se quejó: «Es un oportunista. Ahora se presenta como un hombre de Perón. Nosotros éramos mucho más peronistas que él».

Raventos desconfiaba de que pudiera mantener por mucho tiempo contactos con los guerrilleros y a la vez continuar en la superficie.

---

[1] El «Mensaje a los compañeros de la Juventud» fue publicado por JAEN a fines de febrero de 1971. Se reproduce un extracto: «(...) Ha bastado lo ocurrido entre 1955 y 1970 para que los muchachos abrieran los ojos y percibieran la verdad de lo que está ocurriendo como consecuencia de la famosa "Revolución Libertadora" que, en poco tiempo ha reducido el país a una colonia vergonzante del neocolonialismo imperialista (...) Tenemos una juventud maravillosa, que todos los días está dando muestras inequívocas de su capacidad y su grandeza. (...) Yo tengo una fe absoluta en nuestros muchachos que han aprendido a morir por sus ideales y, cuando una juventud ha aprendido y ha alcanzado esto, ya sabe todo lo que una juventud esclarecida debe saber (...) No sabemos hasta dónde nos llevará la violencia de la dictadura militar. Por eso debemos prepararnos y actuar frente a todo evento. El Movimiento Peronista ha de estar organizado apropiadamente para ello, en forma que permita la lucha orgánica de superficie y pueda hacer frente también a las formas cruentas que suelen ser impuestas por las dictaduras como la que azota al país en nuestros días. Las Formaciones Especiales, encargadas de lo último, han de tener características especiales y originales, como especiales y originales son las funciones que deben cumplir. Ellas actúan tanto dentro de nuestro dispositivo, como autodefensas, como fuera de él en la lucha directa de todos los días, dentro de las formas impuestas por la guerra revolucionaria».

—Sos un boludo. Si entrás a Montoneros vas a terminar enroscado en una secta. Vas a ser un clandestino. No vas a poder hacer política. Vas a desperdiciar todo tu esfuerzo de estos años. Te van a chupar, Rodolfo —le anticipó.

Galimberti respondió con dureza:

—Es probable que yo quede pegado a los Montoneros. Pero vos vas a volver con Abelardo Ramos. Vas a quedar fuera de la historia. No sé que es peor.

En marzo de 1971, a los veintinueve años, Raventos abandonó JAEN[2].

Galimberti se sintió afectado: era un cuadro de experiencia, el de mayor capacidad teórica. Pero después de conocer a los Montoneros sus prevenciones le parecían anticuadas.

En los hechos, la pérdida de Raventos no significó el final de su relación con *Panorama.* Jorge Luis Bernetti, un periodista que se había acercado a JAEN, lo reemplazó en su función de operador en la revista. Presentó a Galimberti en la redacción.

—Viene a organizar a la Juventud con el mandato de Perón —anunció Bernetti, algo pomposo.

El líder de JAEN saludó al director Tomás Eloy Martínez y luego se desplazó escritorio por escritorio para estrechar su diestra a toda la línea de redactores: Juan Gelman, Hugo Gambini, Ernesto Schoo, Osvaldo Soriano. Raventos miró la escena desde el fondo y le dirigió a Bernetti una sonrisa irónica.

Por entonces Galimberti podía blandir una carta del general Perón para organizar la Juventud. Y además sentía que ya tenía un mensaje bastante sólido. Sólo necesitaba mecanismos para reproducirlo. JAEN se propuso reclutar periodistas de diarios y revistas politizadas y mantener con ellos una actitud de diálogo franco y abierto para lograr coincidencias políticas. A lo largo de 1971 establecieron una buena relación con Rodolfo Terragno; sumaron a Mario Herrera, militante cristiano y periodista de *Análisis,* a Luis Guagnini, de *La Opinión,* pero despreciaban a Miguel Bonasso, redactor de ese diario, porque lo consideraban «un dandi de la General Motors»[3].

Pero a pesar de que intentaba seducirlos con su discurso, Galimberti era temible cuando consideraba que un periodista rompía un trato o no traducía correctamente su ideario político. Se sentía víctima de la peor de las traiciones. Con

---

[2] Jorge Raventos continuó su carrera periodística en la revista *Panorama.* Su esposa María Cristina Álvarez Noble se recibió de licenciada en Letras. Durante la dictadura militar se exiliaron en Suecia. Cuando regresaron en la década de los ochenta, continuaron ejerciendo el periodismo. En 1991 Raventos fue nombrado portavoz del canciller Guido Di Tella. Trabajó en el Ministerio de Relaciones Exteriores hacia el fin del segundo gobierno de Menem. En la actualidad dirige una consultora de imagen y comunicación para empresas y partidos políticos. Volvió a reencontrarse con Galimberti veintinueve años después de su separación de JAEN.

[3] Durante seis años Bonasso fue jefe de prensa de la multinacional americana. Los jaenes la veían como el modelo de empresa capitalista que explotaba a los obreros.

un grupo que lo secundaba y alentaba para vindicar su ideal de justicia, entraba como una marea en las redacciones. Entre cinco o seis, rodeaban al periodista en su escritorio y le gritaban:

—A ver, hijo de puta, explicale a todos por qué escribiste esta canallada sobre nosotros. ¡Basura!

Ese derecho a réplica espontáneo que JAEN exigía, incluía la publicación de una aclaración inmediata. Con el avance de la violencia política, la apuesta periodística se hizo cada vez más fuerte. Una vez, en 1971, Galimberti y varios de sus muchachos pidieron un encuentro con un jefe de la revista *Confirmado.* La cita fue concedida. Superaron varias puertas hasta que llegaron a la oficina de Horacio Agulla.

El periodista cordobés, en mangas de camisa, le preguntó con gentileza en qué podía ayudarlos. Galimberti tomó la delantera.

—La próxima vez que me menciones en tu revista, vengo acá y te pego un balazo. Agulla lo miraba perplejo.

—... Pero entendeme. Sólo que me menciones. No me importa si hablás bien o mal. Es sencillo: aparece mi nombre en esta revista, vengo, golpeo la puerta, entro y te pego un balazo —prometió Galimberti.

En marzo de ese año, el líder de JAEN fue avanzando en sus relaciones con los Montoneros. Después de un primer contacto con Hobert en Buenos Aires, Galimberti conoció al número «dos» de la organización. En ese tiempo, Mario Firmenich vivía en la casa del padre del «Gallego Willy», en Río Ceballos, Córdoba. Era un suboficial de Gendarmería retirado que colaboraba con la agrupación. Galimberti llegó a esa ciudad en autocar. En la terminal se subió a un taxi. El chófer era montonero. Le pidió que viajara acostado en el asiento trasero porque tenía órdenes de llevarlo «cerrado» hasta la sierra. Galimberti le transmitió sus impresiones sobre la estrategia de Perón y su idea de organizar y movilizar a la Juventud Peronista. A Firmenich le interesaban las tareas que estaba desarrollando el líder de JAEN. Quería que las agrupaciones de superficie respaldaran las acciones armadas de Montoneros.

Pero Firmenich le negaba que fuera el Firmenich que se mantenía prófugo por el crimen de Aramburu. Tenía el pelo corto, cuello ancho y barba. Después de dos horas de conversación, Galimberti no se contuvo.

—Dale... vos sos Firmenich. Admitilo.

—No, no soy Firmenich.

—Tenés el mismo mentón que el pibe que aparece en las fotos. Por más que te lo tapes con la barba se te nota.

Casi al final del día, Firmenich reconoció que era Firmenich.

En un momento, para aliviar la conversación, le hizo mención sobre la relación que mantenía con Norma Arrostito. Ella también estaba prófuga. Para Galimberti, «La Flaca» o «La Viuda» —como la llamaban después de la muerte de Fernando Abal Medina— se había convertido en una guerrillera mítica. Habían compartido muchos encuentros después de aquella primera cita en la casa de Wilde. Mientras las fuerzas de seguridad la buscaban por todo el país, ella lo recogía en la calle con su coche, hacía algunas maniobras de antiseguimiento y se encerraban en una casa clandestina.

—Sé que varias veces tuviste relaciones con «La Flaca». Te digo porque entre nosotros sabemos todo. Tené cuidado con lo que vas a hacer —lo alertó Firmenich con tono de confidencial reproche.

—Bueno, ella me contó que en los últimos meses también se acostó con vos —respondió Galimberti.

—Sí, pero son situaciones distintas. Es un problema de seguridad. Yo soy clandestino y vos no. Con una relación así, ponés a riesgo la vida de ella y la de toda la organización. Y también te estás jodiendo a vos mismo. Nosotros te necesitamos en la legalidad para que difundas nuestro mensaje al pueblo peronista.

A Norma Arrostito no le disgustaba mantener relaciones íntimas con Galimberti, pero era muy crítica respecto de su personalidad.

—Vos sos un burgués individualista devenido en revolucionario. No tenés moral de grupo. Lo único que te importa es tu figuración personal —le decía.

A pesar de la descalificación, Galimberti la miraba deslumbrado. Se acostaba con ella porque tenía la sensación de que era el único modo de acceder a los secretos de la organización más clandestina del país. Y quería saber todo, detalle por detalle, sobre el origen de Montoneros, Fernando Abal Medina, y la planificación de la «Operación Pindapoy» que terminó con la vida de Aramburu.

A Galimberti, la guerrilla lo fascinaba. Representaba la superación de todas sus impotencias juveniles. Sus más fervientes deseos políticos, todos los sueños que no pudo realizar a lo largo de una década por falta de estructura o coraje, Montoneros lo había resuelto de un solo golpe. El golpe maestro. Los admiraba. La iniciación armada, con toda la excitación y el misterio que implicaba, empezaba a encandilar a cientos de militantes, deseosos de protagonizar un cambio revolucionario en la Argentina.

En 1971, la inclusión de Galimberti como figura pública relacionada con Montoneros generó un debate interno en la agrupación clandestina. La Tendencia Revolucionaria Peronista —el grupo de los cordobeses que fundaron Montoneros—, lo rechazaba por sus ideas y modales políticos.

—Es un matoncito de la derecha de la Facultad de Filosofía. Nosotros lo tenemos bien conocido. Dejémoslo que reivindique a Montoneros pero no lo

tengamos como cuadro de enlace. No permitamos que se meta adentro de nuestra organización —alertaron.

Sin embargo, Firmenich no los escuchaba. Tenía por Galimberti el suficiente respeto político, y algún aprecio personal, que le bastaban para respaldarlo.

Después del acuerdo de Río Ceballos, Galimberti se ocupó de llevar la primera cinta de Montoneros en un acto público. Fue en abril de 1971, en un plenario peronista que organizó «El Turco» Julio Antún en un galpón de Santa Rosa de Calamuchita. Ese fin de semana, cientos de militantes peronistas de todo el país llegaron a la ciudad. Por JAEN participaron Jauretche, «La Negra» Roldán, Mario Herrera y Galimberti. Llevaron un cartel titulado «Esta es tu lista», en el que publicaron la nómina de los muertos por la represión política de los últimos quince años. Pero no fue ese póster testimonial el que los puso en boca de todo el plenario sino una gentileza que tuvo «El Turco» Antún: les ordenó a los suyos pintar los muros de la ciudad con la frase «De la Resistencia a la Ofensiva», y la firma de «JAEN». Era la consigna de la agrupación plasmada en el último documento político. Las pintadas permitían suponer que Galimberti tenía una estructura montada en Córdoba. Pero era una fantasía: no contaba siquiera con un cuadro.

El plenario de Santa Rosa de Calamuchita proclamó el derecho de Perón a ser candidato a Presidente, siempre que el General considerara que estuvieran dadas las condiciones para su retorno. También alentó el desarrollo de las «formaciones especiales» y homenajeó a los montoneros presos. Pero al margen del apoyo que recibieron, que fuera justo Antún el anfitrión de la primera proclama de Montoneros en un acto público, generó una polémica interna. Antún era miembro del «Integralismo Cordobés», un desgajamiento provincial del Movimiento de Integración y Desarrollo (MID), y tenía bastante influencia sobre grupos juveniles de la ortodoxia peronista. Pero lo que le preocupaba a Montoneros era la sospecha de que mantuviera vinculaciones con la Inteligencia del III Cuerpo de Ejército.

Al final de las deliberaciones del fin de semana, Antún reclamó silencio para pasar la cinta de Montoneros. Habían cifrado muchas expectativas en el mensaje. Era la agrupación clandestina de mayor prestigio. Todos los militantes peronistas buscaban tomar contacto con algún enlace montonero. Aunque nadie pudo hacer funcionar la grabadora, la lectura del texto a viva voz, en medio de petardos y gritos de euforia, emocionó a los asistentes.

Con el documento de JAEN, «De la Resistencia a la Ofensiva», el Mensaje de Perón a la Juventud y el discurso de Montoneros con la voz de Firmenich en su bolsa, Galimberti recorrió el interior del país a lo largo de 1971. Buscaba tomar contactos regionales. Organizar a los dispersos grupos juveniles del peronismo.

Durante ese año pocas veces durmió con su esposa «Moni». Siempre encontraba una pensión, una casa de familia, o una compañera peronista dispuesta a compartir la noche. Vivía de gira, tomando autocares de pueblo en pueblo, comiendo de prestado, disertando con su pipa en locales y sindicatos, y distribuyendo tareas y periplos con Jauretche, «La Negra» Roldán, Beto Ahumada o Mario Herrera, miembros de la Junta Política Nacional de JAEN.

El panorama político había variado en apenas dos meses. En febrero de 1971, un nuevo levantamiento de los sindicatos clasistas en Córdoba acorraló al gobierno militar. Levingston destituyó al gobernador Bas, y colocó al conservador Camilo Uriburu, que, apenas juró, se comprometió a «cortar la cabeza a la víbora comunista». La torpeza discursiva sensibilizó a las masas, que impulsaron una revuelta llamada «El viborazo». Fue un movimiento de menor voltaje que el Cordobazo pero de similares consecuencias políticas: la Junta de Comandantes se vio obligada a desalojar a Levingston de la Casa Rosada y lo reemplazó por Alejandro Agustín Lanusse. El nuevo presidente asumió el 26 de marzo de 1971.

Lanusse propuso una repentina apertura política en el marco del Gran Acuerdo Nacional (GAN). Colocó al radical Arturo Mor Roig de ministro del Interior, rehabilitó a los partidos políticos, les devolvió sus bienes, decretó las «jubilaciones de privilegio» para beneficiar a ex funcionarios peronistas y radicales, y levantó las sanciones a los sindicatos. A Perón le ofreció cerrar sus causas judiciales y restituirle el cadáver de Evita. Le envió al coronel Francisco Cornichelli a Madrid para persuadirlo.

Perón se burló del enviado[4]. No fue dócil para encuadrarse en las negociaciones. Entonces, empezó a vislumbrar la figura de su delegado personal, Jorge Paladino, como la del encargado de establecer lazos con el gobierno militar y el resto de las fuerzas políticas. Mientras respaldaba sus tareas, Perón iba armando un ejército con distintos frentes, para forzar la retirada del gobierno militar. Tenía un discurso para cada uno de ellos: a los jóvenes militantes que buscaban su «bendición», los seducía con la idea del «trasvasamiento generacional»; a los guerrilleros les hacía un guiño cuando daba el apoyo a las «formaciones especiales» y la «guerra revolucionaria»[5]. A esa altura, los hijos del antiperonismo de 1955, que crecieron reprimidos con el gobierno de Onganía, se convirtieron en peronistas fanáticos. Perón los conmovía.

---

[4] Lo llamaba «Coronel Vermichelli» y lo tuvo varios días dando vueltas por Madrid antes de atenderlo en su residencia.

[5] En una entrevista, Perón declaró: «La vía de la lucha armada es imprescindible. Cada vez que los muchachos dan un golpe, patean para nuestro lado la mesa de las negociaciones y fortalecen la posición de los que buscan una salida electoral limpia y clara». Ver *Panorama,* 29 de junio de 1971.

En el nuevo escenario, Galimberti empezó a abrirse un camino entre «los duros». Su objetivo era el de ir deteriorando a Paladino. Quería impedir que la imagen conciliadora del Delegado fuera el rumbo que guiara la apertura política prometida por Lanusse. Para diferenciarse de los dirigentes tradicionales, el líder de JAEN se inflamó con un discurso cada vez más comprometido con el «socialismo nacional». Empezó a reivindicar un costado del peronismo que hacía vibrar a los sectores juveniles.

—Hay que convencerse de que el cambio sólo ocurrirá en la Argentina cuando se produzca la nacionalización sin indemnización de las empresas de capital extranjero y la desarticulación del aparato de la oligarquía ganadera —dictaminaba.

Pero también, consecuente con las instrucciones de Perón, buscaba excluir a la izquierda del movimiento revolucionario: «Debemos ser los sectores nacionalistas revolucionarios los que encabecemos la movilización popular y no el Partido Comunista que ha descubierto ahora las ventajas de la revolución democrático-burguesa»[6].

Su discurso era el correlato público del avance clandestino de la guerrilla. Buena parte de la clase política y de la sociedad justificaba las acciones armadas como una fórmula inevitable para la salida electoral[7]. Pero la consentía como táctica para desgastar a Lanusse. Se mantenía como el Conductor Estratégico, fuera del escenario de la batalla, a la espera que sus instrucciones crearan las condiciones necesarias para su regreso.

A pesar de que a mediados de 1971 no sumaban más de cincuenta cuadros, JAEN quería conmover a la sociedad. Despertarla. No creían que desde la guerrilla foquista se pudiera tomar el poder. Su proyecto político incluía la rebelión contra el sistema, la suspensión de la producción, el sabotaje y las movilizaciones populares. Galimberti y su grupo se ponían al frente de cualquier manifestación barrial, se sumaban a la huelga de cualquier fábrica y hasta difundían su prédica en las representaciones callejeras del grupo de actores dirigidos por Norman Briski, que alternaba la dramatización del conflicto social con funciones en el teatro Maipo de la calle Corrientes.

---

[6] Ver revista *Análisis* número 525, página 16.

[7] Ver Liliana De Riz, *La política en suspenso 1966/1976,* página 77. En un párrafo indica: «La audacia de los grupos guerrilleros fue creciendo en relación directa con la tolerancia que encontró en la clase política y la benevolencia de una opinión pública que terminó por acostumbrarse a una acción política que si bien no era totalmente nueva, nunca se había empleado para dirimir los conflictos sociales en la historia reciente. El ex presidente Frondizi fue el primero en avalar públicamente la violencia popular. El diario *Clarín,* el 3 de junio de 1969, publicó una declaración de Frondizi en la que afirmaba que «la violencia popular es la respuesta que procede de la violencia de arriba: salarios cada vez más insuficientes, enorme presión impositiva, desnacionalización de la economía, agresión a la universidad. Por eso no hay pacificación posible que no se funde en el cese de la violencia que engendra la actual política económico-social».

Con el paso de los meses, la agitación fue desarrollando técnicas cada vez más sofisticadas. Después de la bomba incendiaria «Cocof», se elaboraron una serie de explosivos no tradicionales, cuyo desarrollo quedó en manos de «Beto» Ahumada, el reemplazante de «Coco» Estela, quien partió con «Chacho» Álvarez.

La más popular de las invenciones de Ahumada fueron las «pelotitas de ping pong», que se rellenaban de ácido sulfúrico y clorhidrato de potasio. En esas capsulitas, el ácido se encendía en dos minutos. Su manipulador debía prepararlas y desprenderse rápidamente de ellas, antes de que absorbieran el plástico y tomaran contacto con el potasio. En ese momento, se transformaban en una bola de fuego expansiva. Cuando querían detener el transporte público, los jaenes merodeaban por las terminales y las colocaban en los depósitos de gasolina de los autobuses estacionados. Provocaban un cóctel explosivo.

Si bien en los plenarios se priorizaba la discusión política, los mismos cuadros, más temprano que tarde, eran convocados al plan de agitación. En una habitación del entrepiso del local de Tucumán, cuaderno en mano, Ahumada explicaba cómo se preparaba un cóctel molotov y se disminuían riesgos en el armado de las cápsulas. También distribuía las zonas donde se debía operar. La esquina de Corrientes y Callao era una de las favoritas. Si querían llevar el escándalo a la oligarquía porteña, actuaban desde Santa Fe hacia el Norte. El plan solía prepararse en la misma oficina o en las mesas del fondo de la pizzería Santa Genoveva de la city porteña. A veces Leónidas Walger ofrecía el cuarto de la criada de la casa de su mamá, la jueza María Luisa Anastasi de Walger, en barrio Parque, para los experimentos técnicos. En 1971, Leónidas se había convertido en aliado personal de Galimberti. Lo conducía por Buenos Aires con el automóvil de su madre o el de la Casa de Gobierno. Eran coches con matrícula judicial y oficial, y les garantizaba ciertas prerrogativas a la hora de pergeñar cualquier travesura[8].

Una opción más tradicional para la insurrección de JAEN era el «caño», galvanizado, de 4 pulgadas, con dos roscas en las puntas que se rellenaban con pólvora casera, papel metálico de cigarrillos —podía ser Saratoga—, ácido sulfúrico de la farmacia y carbonato de potasio molido, que venía en pastillas redondas y blancas. Las compraban simulando su utilización para tratar un dolor de garganta. Para que la detonación fuera más efectiva, le agregaban tuercas y tornillos. Lo llevaban en el autobús, en un portafolio, o lo ocultaban en la bolsa de la feria, entre el azúcar, el paquete de yerba y el pan de jabón Federal.

Poner un «caño» era un bautismo doloroso. Había que vencer una resistencia interior. Además del riesgo personal que implicaba la preparación y el

---

[8] Unos años más tarde Leónidas Walger se convertiría en piloto de carreras en Perú.

traslado, después venía el tormento de pensar que podía matar a alguien. A muchos les bastaba colocar uno para no volver nunca más a las reuniones de militancia.

Pero a JAEN le interesaban las innovaciones. Ahumada también inventó un gel, que era una especie de «napalm», que se envasaba en botellas: no había modo de pararlo cuando ardía. Otro explosivo eran «las termitas», que producían hasta mil quinientos grados de calor y que agujereaban hasta el cemento de hormigón. Ahumada inventó además las bombitas de humo con gamexane, que obstruían la visión más allá de dos metros. Fueron útiles para las protestas módicas en la calle Florida, cuando todavía no había sido inaugurada como espacio peatonal.

Con la variedad de explosivos, JAEN no buscaba otro objetivo que el de generar el caos. Tenían expertos en interrumpir la secuencia de los semáforos con cortocircuitos en la caja interna, o hacían desalojar con bombas de humo en una estación de metro en horarios clave, como modo de incentivar a la gente a sumarse a la protesta callejera. La confusión también los divertía mucho. Si tenían tiempo pintaban con aerosol una frase de Eva Perón: «La Patria dejará de ser colonia o la bandera flameará sobre sus ruinas». Su falta de síntesis llevó a la seccional policial a muchos militantes.

La relación con Diego Muniz Barreto permitió a Galimberti el acceso a explosivos y armas cortas de distintos calibres. No eran sólo para él. En su deseo de conspirar contra Lanusse, Muniz también le hizo llegar a Norma Arrostito un revólver simil Smith Wesson de aluminio con un cargador con tambor de cinco balas. En ese tiempo, Muniz colaboraba con dinero y explosivos: extraía gelignita, amonal y gelamón de las minas de su estancia de La Carlota y despreocupado de cualquier riesgo, las transportaba en vuelos de Austral para entregársela a los jaenes en Buenos Aires. De ese modo, pudieron olvidarse de los experimentos con pólvora negra y empezaron a preparar «caños» con amonal, que calentaban en el horno de la cocina para sacarles la humedad.

El entrenamiento para la insurgencia luego continuaba en los campos del sur de «Cololo» Neyra, o en un descampado cercano a los talleres ferroviarios de Midland, partido de Merlo, en los fondos de la casa de un pariente de Jauretche. El viaje se vivía como una aventura, pero tenía una fuerte impronta pedagógica. La idea era que los militantes, en grupos de cinco a seis, aprendieran a fabricar y detonar explosivos con el menor riesgo posible. Buscaban que cualquier cuadro o agrupación supiera utilizarlos. JAEN no quería apropiarse de los derechos de propiedad intelectual de las herramientas de guerra, sino difundirlas entre todos los que creyeran que el gobierno de Lanusse debía terminar. Y pronto.

Capítulo VIII

El delegado

En agosto de 1971 Montoneros perdió a su miembro más valioso: José Sabino Navarro. En marzo de 1969, antes del Cordobazo, había sido el primer delegado de SMATA en liderar una asamblea en puerta de fábrica, en la Renault de Córdoba, frente a cuatro mil obreros. La policía reprimió y Sabino fue detenido. Era miembro de la Juventud Obrera Católica (JOC) y el obispo Enrique Angelelli hizo gestiones para liberarlo[1]. Un año después, desde la clandestinidad, Sabino fue el artífice de la reconstrucción de Montoneros. Sin embargo, perdió la jefatura de la organización por un «juicio revolucionario». Se lo juzgó por poner en riesgo la vida de sus compañeros con una actitud «liberal y burguesa».

Una noche de junio de 1971, Sabino estaba en un Peugeot 504, estacionado en Villa Ballester, con una mujer. Por la mañana un grupo montonero había asaltado el Banco de Boulogne, en la misma zona. Sabino no lo sabía. Dos policías bajaron de un coche patrulla y quisieron identificarlo. Sabino dijo que tenía los documentos en su portafolio, que estaba en el maletero; fingió que iba a buscarlos, tomó su pistola 38, baleó a los policías y luego les robó la ametralladora y escapó. Mario Firmenich, que había impulsado su degradación, pasó a ser el jefe montonero y decidió enviarlo a Córdoba[2].

---

[1] Ver: *Los del '73. Memoria montonera,* de Chaves y Lewinger, página 131.

[2] Los policías muertos por Sabino fueron el cabo Domingo Moreno y el agente Fernando Cidraque. Según *La Nación* del 28 de agosto de 1971, lo acompañaba Mirta Silvia Silecki, de veinticinco años, que «desconocía sus actividades ilegales» y fue liberada veinte días después por la Cámara Federal. En Río Cuarto, Córdoba, la madrugada del 22 de julio, a cargo de un grupo comando, Sabino asaltó un garaje y robó tres coches que necesitaba para una operación. El sereno logró desatarse de las sogas y avisó a la policía, que montó un cerco en la ruta. Sabino la enfrentó a tiros; los coches patrulla empezaron a perseguirlo. Fue herido en la pierna y en el hombro. Se desangraba. En la fuga, robaron un autobús pero no pudieron dominarlo y en una curva chocaron contra la montaña. Se internaron en el monte. La huida duró varios días. El grupo se fue dispersando. Sabino quedó acompañado por un estudiante, Jorge Cottone. Acorralados por la policía, Sabino decidió quedarse solo: «Yo soy el jefe y ordeno: usted se salva. Yo no puedo caer vivo», dijo. Al día siguiente Cottone fue detenido pero ni con su ayuda la policía pudo localizar a Sabino. Durante varias semanas un helicóptero lo rastreó sin suerte, empezó a buscarlo el Ejército, hasta que un baqueano, el 27 de agosto, encontró su cadáver entre las piedras de una cueva, con su pistola 38 amartillada. La policía le cortó las manos y lo sepultó en el cementerio de San Vicente como NN, debajo de otro féretro. En 1974, los montoneros lo desenterraron. Le escribieron una poesía: «Los engañamos hermanos, ellos creen que te tienen y sólo guardan tu cuerpo, sin las manos que siguen armadas en brazos de tu pueblo». Ver *La Causa Peronista* número 5.

Entonces, a mediados de 1971, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), Montoneros, FAP, FAR y FAL eran las organizaciones guerrilleras más importantes. En los últimos cuatro meses habían realizado 316 acciones y empezaban a operar juntos[3].

Las FAR ya habían provocado la primera baja del Ejército cuando asaltaron a un camión militar cargado de armas en Pilar, el 29 de abril, y mataron al teniente Marcos Azúa, de veinticinco años. En julio, esa organización guerrillera sufriría una serie de caídas que afectarían su estructura. Según una versión recogida años más tarde, fue a consecuencia de la delación de un jefe de inteligencia cubano radicado en París, que empezó a prestar servicios en la CIA y entregó los nombres de los militantes que habían recibido adiestramiento militar en la isla. Después, la CIA transmitió la nómina de viajeros a los gobiernos sudamericanos. Muchos de ellos eran cuadros de las FAR.

La primera caída empezó en la provincia de San Juan con la desaparición del matrimonio de Marcelo Verd y Susana Palacio. Él era dentista, ella médica. Los secuestraron en su casa y nunca más aparecieron. Unos días después, un escuadrón paramilitar secuestró en Belgrano a Juan Pablo Maestre y a su esposa Mirta Misetich. Él intentó escapar y fue baleado. Al otro día, su cuerpo apareció en Escobar. Dos mil personas participaron en su entierro en Chacarita y repudiaron a Lanusse. De su esposa nunca más se supo. Maestre, al igual que Carlos Olmedo, había sido cuadro fundador de las FAR y ejecutivo de la empresa Gillette. En forma simultánea, una comisión policial secuestró al abogado Roberto Quieto. Se creyó que también lo alcanzaría la muerte. Su esposa Alicia Beatriz Testai presentó un habeas corpus en Tribunales. Dijo que su marido estaba siendo torturado. La policía comunicó que desconocía su paradero.

Esa semana, un cuadro de las FAR se acercó a Galimberti para que activara sus contactos: «Necesitamos que el gobierno legalice a Quieto», le pidió. La misma solidaridad reclamaron a las organizaciones guerrilleras. Dirigentes políticos, periodistas e intelectuales firmaron solicitudes en los diarios para que apareciera con vida. Galimberti le pidió ayuda a Muniz Barreto.

—Si esto es asunto de la CIA, tenés que hablar con «Bobby» Roth, que tiene un pariente metido ahí adentro —le respondió.

---

[3] Sobre 316 acciones, 120 habían sido realizadas por el ERP, 26 por las FAL, 16 por Montoneros, 4 por las FAP y 137 sin autores identificados o firmados por pequeños grupos, la mayoría del peronismo. Ver *Tiempo de violencia y utopía,* de Oscar Anzorena, página 121. Ya se habían conformado las OAP (Organizaciones Armadas Peronistas). En una de las operaciones, FAP-FAR y Montoneros ingresaron en la Cárcel de Asilo de Buen Pastor para rescatar a cuatro prisioneras, entre ellas Amanda Peralta, detenida en Taco Ralo. En esa operación participó Firmenich, que escapó por la acera, entre los árboles, con un coche que conducía Carlos Capuano Martínez. Su padre «Chichi» Capuano era piloto de TC en las sierras cordobesas y de él había heredado su destreza al volante.

Galimberti se sorprendió con la revelación. Después lo supo: la mamá de «Bobby» Roth había sido secretaria del presidente norteamericano Eisenhower. «Bobby» se lo admitió una noche en que barrieron con dos botellas de whisky.

—Mi cuñado tiene contacto con la CIA en la Argentina, le voy a preguntar si puede hacer algo —comentó.

La gestión fue efectiva. Después de la petición de la Inteligencia americana, el Poder Ejecutivo reconoció a la Justicia que Quieto estaba a su disposición, y aunque continuó detenido pudo salvar su vida. Un comisario de Inteligencia policial le echaría en cara a Galimberti su zigzag ideológico:

—Usted, que se dice nacionalista y antiimperialista, se solidariza con esos guerrilleros comunistas y le pide precisamente a la CIA que los ayude, que son los que lo acaban de delatar...

A mitad de 1971 la producción de cine testimonial y revolucionario crecía. Fernando Solanas (hijo del general Solanas Pacheco) y Osvaldo Gettino filmaron un largo monólogo de Perón sobre su vida, su gobierno, las luchas por la liberación, el imperialismo y la Patria Grande latinoamericana, intercaladas con frases de Clausewitz, Mao y del *Martín Fierro,* que titularon *Actualización Política y Doctrinaria para la Toma del Poder.*

Diego Muniz Barreto empezaba a corporizar el sueño de llevar a la pantalla la vida de Juan Manuel de Rosas, un proyecto que él financiaba y que tenía a Manuel Antín como director, a Rodolfo Bebán en la figura de El Restaurador, y a María Teresa Escalante Duhau, la esposa de Muniz, en el papel de Manuelita.

Casi en forma simultánea, Jorge «El Tigre» Cedrón terminaba de editar *Operación Masacre,* basada en la investigación de Rodolfo Walsh sobre los fusilamientos de la Revolución Libertadora. Fue una filmación clandestina.

En ese tiempo, el sindicalismo ortodoxo también movilizaba a sus gremios por el regreso de Perón. José Ignacio Rucci, secretario de la CGT, que buscaba heredar el poder del vandorismo, y José Rodríguez, titular del SMATA, se disputaban los grupos juveniles del peronismo. Galimberti, como líder de JAEN, recibió la oferta de Rodríguez, que ponía a su disposición una estructura de coches, armas y dinero a condición de que se instalaran en su sindicato como fuerza de choque. Si bien JAEN no tenía preconceptos a la hora de formalizar la unidad de la JP, era reticente a integrar su agrupación en otra estructura por temor a perder la autonomía de sus acciones.

En esos meses, todas las agrupaciones del peronismo «duro» buscaban la unidad, como había ordenado Perón. «La unidad del campo popular es anterior a la unidad ideológica. Para ganarle a la dictadura, tenemos que juntarnos todos», se decían. JAEN mantenía diálogo con el MR17 del mayor retirado Bernardo Alberte y Gustavo Rearte, con la Guardia de Hierro del «Gallego» Álvarez, el FEN y el CdeO

de Alberto Brito Lima, entre otros. Pero a los esfuerzos por alcanzar acuerdos, le sumaban una despiadada competencia interna por ganar espacios políticos.

La estrategia de Galimberti era la de reclutar nuevos cuadros de donde fuera y, en lo posible, captarlos de otras agrupaciones a fin de debilitarlas y fortalecer la suya. Esta política de seducción sistemática provocó algunos entredichos en su relación con Brito Lima, líder del CdeO, con el que mantenía una mesa de trabajo político en un bar de Caballito, frente a la estación de metro, y al que llegaba con «La Negra» Roldán, que ya tenía un embarazo de varios meses[4].

Galimberti ya le había sacado un grupo de militantes pampeanos, pero lo que más disgustó a Brito Lima fue la captación de los hermanos Bustos, que manejaban el sindicato de la construcción, la UOCRA, en Bahía Blanca. Los Bustos abandonaron el CdeO y pusieron a disposición de JAEN la estructura gremial. Mario Medina, cuñado de los Bustos, ofició de contacto con Galimberti para disponer el traspaso.

Los Bustos eran cuatro hermanos, obreros y albañiles, oriundos de la localidad de Puán. El líder era «El Negro» Roberto, un ex boxeador que se pavoneaba al mando de un Torino rojo. René Bustos era tan rústico que le molestaba dormir en la cama. Prefería hacerlo en el suelo, donde se encontraba más cómodo. El grupo manejaba una red que incluía sindicalistas y estudiantes. Estaban a la búsqueda de sumar cuadros de la JP con el propósito de descabezar la cúpula de la UOCRA, en manos de Rogelio Coria. Eran ingobernables. Se decía que habían rechazado la llegada de tres interventores de la Capital Federal, lanzándolos al mar. Representarían una ayuda política y económica clave para el líder de JAEN.

En la primavera de 1971, a tan sólo siete meses de su primera visita a Madrid, Galimberti ya podía presentarle a Perón un mapa de los «duros» del peronismo de todo el país, con los que había construido algún tipo de alianza[5]. Era uno de los jóvenes más activos y sin duda de los más brillantes de entre todos los que el General había bendecido durante el año. De golpe, Galimberti recibió una llamada telefónica de López Rega. Perón lo convocaba de urgencia. Antes de partir, Norma Arrostito le escribió una carta con instrucciones.

La primera mañana en Puerta de Hierro, Perón invitó a Galimberti a una galería de la residencia a ver el cadáver de Evita. Hacía pocos días que el General había recibido el ataúd de manos del brigadier Jorge Rojas Silveyra, embajador

---

[4] A esa altura, Brito Lima, que ya había ganado el apodo de «cadenero» de La Matanza —en virtud de sus armas de combate en los choques sindicales—, también buscaba captar policías para hacer los operativos o impulsaba a los suyos a ingresar en la Escuela Juan Vucetich. Había sido uno de los fundadores de la Juventud Peronista en 1960.

[5] Había construido alianzas con los dirigentes Julio Antún (Córdoba), Juan Carlos Laprovita (Formosa), José Venturino (Entre Ríos), Juan Carlos Baluzzi (Mendoza), sindicalistas como Miguel Gazzera, Julio Guillán y Avelino Fernández, Lorenzo Pepe, de Buenos Aires, y el Ateneo Universitario de Santa Fe, entre otros sectores.

argentino en Madrid. Los dirigentes metalúrgicos, entre ellos su ex delegado Alberto Campos, se ocuparon de armarle una vitrina de vidrio y hierro. Evita estaba muy deteriorada. Tenía la nariz deformada por un golpe y las rodillas quebradas por el tiempo que el féretro había permanecido en posición vertical. Isabel le lavó el cuerpo y los cabellos, y sus hermanas le cosieron una nueva mortaja. Después de mirarla en silencio durante media hora, Perón y Galimberti salieron a caminar juntos por el jardín. El General no lo había convocado para que venerara a la muerta sino para que impulsara un «careo» con el delegado Paladino, que había volado a Madrid sin ser convocado, para dar la novedad de un posible alzamiento militar que gestaban las Brigadas de Azul y Olavarría[6]. Perón lo recibió en su estudio, con Galimberti a su lado. Les propuso que cambiaran ideas sobre la táctica y estrategia que debía elegir el Movimiento para la actual coyuntura y la toma del poder, y durante tres horas y media los escuchó casi sin interrumpirlos.

—Mi posición es que el Delegado pone su esfuerzo en la actividad superestructural con Lanusse, pero no engancha con el Movimiento, mi General —arrancó Galimberti—. No moviliza a nadie, no organiza, no está en los barrios, no da indicaciones, no hace nada... Por eso el PJ hoy está en cualquier lado menos con los humildes. Estamos en una posición de debilidad. Yo creo que si no generamos un movimiento de masas, si no sacamos la gente a la calle, si no salimos a golpear, no se van a crear las condiciones para que usted pueda retornar al país, mi General...

Perón comentó que le parecían muy interesantes las apreciaciones de Galimberti. Paladino lo miraba absorto. Era evidente que su jefe utilizaba el desenfado de un joven de veinticuatro años para hostigarlo.

—Yo estoy cumpliendo con lo que usted me pidió, General —intentó aclarar Paladino.

Pero Galimberti seguía con su discurso implacable.

—... ¿Usted lo imagina al señor Paladino buscando afiliaciones, movilizando al pueblo, mi General? ¿Usted cree que con su estilo le vamos a arrancar las elecciones a Lanusse? ¿Usted cree que si los burócratas del Partido siguen negociando, nosotros vamos a llegar al poder, General?

Al día siguiente, López Rega se ocupó de movilizar sus contactos periodísticos en las agencias EFE y AFP. Empezaron a llegar novedades a Buenos

---

[6] El alzamiento nacionalista para derrocar a Lanusse fue apoyado por Diego Muniz Barreto. Participaron los coroneles Fernando Amadeo De Baldrich y Manuel García. Más tarde Galimberti comentaría en *Panorama* que «si el Che Guevara hubiera tenido los tanques de ellos, habría llegado hasta el Pentágono. Hablan de no derramar sangre de hermanos. ¿Y la que se vertió desde 1955 hasta la fecha? ¿Y los once secuestros y los muertos diarios del peronismo no son nada? La gente de Azul no peleó porque no tiene ideas claras, no supo por qué salía de los cuarteles». Ver edición del 15 de junio de 1972.

Aires. Luego de someterlo a un duro debate con Galimberti, uno de los líderes juveniles de los «duros», Perón estaba evaluando la conveniencia de recortar el poder a Paladino. Incluso, el General meditaba acerca de su posible reemplazo.

Después del «careo», Perón ordenó a Paladino que viajara a Barcelona a buscarle el Torino que le había regalado Rucci para su septuagésimo sexto cumpleaños. Los cumplía el 8 de octubre. Galimberti continuó en Madrid. Aprovechó para dar su versión de los hechos en una entrevista por télex con *Panorama.* Del otro lado de la línea Jorge Raventos formulaba las preguntas[7].

Perón se estaba encariñando con Galimberti. Le había resultado útil como espada para demoler a Paladino, a quien creía más ocupado en buscar un acuerdo institucional con Lanusse que en imponer su estrategia de desgaste para el retorno. (Perón quería que, al llegar al aeropuerto de Ezeiza, Lanusse cayera por sí solo, ese mismo día). En cambio, además de listo e irreverente como ninguno de sus visitantes, el líder de JAEN le resultaba eficiente en tareas de inteligencia sobre Lanusse. Galimberti había empezado a sacar provecho de una aceitada red de contactos que conspiraba contra los afanes dialoguistas de Paladino: Juan Manuel Abal Medina le había presentado a su jefe de inteligencia militar, el conservador salteño Rodolfo Urtubey, quien le pasaba el informe de todo lo que Lanusse conversaba en su mesa.

Galimberti tuvo su premio. Perón lo nombró Delegado de la Juventud en el Consejo Superior Justicialista, el órgano consultivo del Partido, sin siquiera pedirle que se afiliara. Fue el primer nombramiento de la recién creada Cuarta Rama del Movimiento, junto al del teniente Julián Licastro, que había sufrido el retiro forzoso del Ejército después del Cordobazo. El General apostaba por los «duros» para enfrentar a Lanusse. Su estrategia fue que Galimberti organizara y movilizara a la juventud y Licastro se dedicara al desarrollo doctrinario de los cuadros de la JP.

---

7 En un extracto de la entrevista de *Panorama* se lee:
Raventos: Otra información que llegó a Buenos Aires habla de agresivas discusiones entre usted y Jorge Daniel Paladino.
Galimberti: Yo diría que agresión no es el término indicado aunque, por supuesto, no nos pusimos de acuerdo. Estas discusiones ocurrieron en una reunión que promovió el general y en su presencia.
R: ¿Perón tomó partido por alguna de las dos posiciones?
G: El papel que Perón como líder del movimiento se reserva es el de la conducción. Él tiene que dirigir a todo el movimiento y, claro está, no tomó posición: se limitó a escuchar. Puedo decir, sin embargo, que en dos oportunidades interrumpió el debate para avalar mis posturas y en una ocasión le dio la razón al Delegado.
R: Puede decirse, entonces, que usted ganó por dos a uno. En otro orden, ¿hasta cuándo permanecerá en Puerta de Hierro?
G: Yo he quedado a las órdenes de Perón. Él ha sugerido una metodología muy exhaustiva para el análisis de la situación argentina.
R: ¿Pasará el cumpleaños con Perón?
G: Justamente hoy estuvimos charlando con el general sobre ese punto. Desde el momento en que Paladino no está invitado a la fiesta, lo más prudente es que yo no participe.
R: ¿Perón decidió alguna reorganización de la rama juvenil?
G: Se intentará marchar hacia un proceso de unidad en torno de un programa revolucionario cuyos ejes son el socialismo nacional y el retorno del general Perón al poder».

Cumplía con su promesa del «transvasamiento generacional». Pero el General se reservaba un espacio de la ambigüedad: para la conducción táctica, en reemplazo de Paladino nombró a un dócil y leal Héctor Cámpora, y para contrapesar el empuje hacia la izquierda de jóvenes peronistas en la rama Política colocó al teniente coronel retirado Jorge Osinde. El día en que Perón le confirmó su designación por teléfono —había llamado a Puerta de Hierro desde la casa de Muniz Barreto—, Galimberti le dijo a su esposa «Moni» Trimarco que a partir de entonces corría riesgo de muerte; no volvió a dormir en su casa.

El FEN de Grabois y la Guardia de Hierro del «Gallego» Álvarez lideraron la resistencia al mandato de Galimberti. Les parecía insensato que al frente de la organización de la Juventud Peronista quedara alguien a quien veían como un histrión que entendía la política como el arte de la acción y la notoriedad, alguien que comandaba una estructura mucho menos significativa que la de ellos, y que tenía menos trabajo de base barrial y estudiantil.

Galimberti los convocó en el local de la JP, en la calle Chile 1486, a fin de iniciar su tarea en el cargo consultivo. Hizo valer el mandato que le había delegado Perón. Sabía que si se asentaba en la superestructura del Partido iba a ser inamovible.

—Está bien, a vos te nombró Perón, pero nosotros no te reconocemos como Delegado. No te damos bola —le dijeron a dúo Grabois y Álvarez.

Además de la profunda antipatía personal que les provocaba, había una diferencia específica: el FEN y Guardia de Hierro no apoyaban a las organizaciones armadas ni siquiera como táctica de desgaste a Lanusse.

Galimberti concluyó que debía sumar apoyos para afianzar su liderazgo en la JP. Ese verano hizo del local de la calle Chile un ámbito de discusión, abrió las puertas a grupos peronistas de cualquier tendencia, recorrió pueblos de la provincia de Buenos Aires a la caza de nuevos compañeros, viajó a Córdoba y Santa Fe en autocar, ofreció conferencias y entrevistas y explicó la estrategia «dura» de Perón para la toma del poder y la construcción del «socialismo nacional». Su grupo de leales de JAEN lo respaldaba: Jauretche, «Beto» Ahumada, Mario Herrera, el periodista Jorge Bernetti y el nacionalista peronizado Andrés Castillo, que se habían sumado a la cruzada, también salieron hacia distintas provincias en búsqueda de apoyos. Muniz Barreto se ocupaba de financiar la epopeya.

En diciembre de 1971, Isabel y su secretario López Rega llegaron al país para restablecer la verticalidad del Partido Justicialista. En Ezeiza, una multitud se movilizó para recibirlos, y los sectores juveniles se disputaron a golpes la escolta de la señora de Perón.

—¡Ganamos, Rodolfo! —le gritó «Lopecito» a Galimberti, eufórico, desde la ventanilla del automóvil. Lo había considerado una pieza vital para defenestrar a Paladino.

En virtud de sus dificultades para liderar a la Juventud, Galimberti propuso un acuerdo al CdeO de Alberto Brito Lima: constituir un «Consejo Provisorio de la JP» hasta tanto quedara establecido el liderazgo. Contaron con el apoyo de los «Gremios Combativos» y decidieron organizar un acto en la cancha de Defensores de Cambaceres, en Ensenada, como lanzamiento. Excluyeron al FEN y a Guardia, pero invitaron a Isabel Perón, al Peronismo Revolucionario, al MRP, a delegaciones juveniles del interior. También se sumaron espontáneamente a la convocatoria las organizaciones armadas, que gritaban «FAP, FAR y Montoneros son nuestros compañeros», y «Si Evita viviera, sería Montonera». Casi ocho mil participantes vitorearon la lucha armada. La concurrencia triplicaba el número esperado. Isabel, «con treinta y nueve de fiebre», mandó su mensaje de adhesión. En su discurso, Galimberti señaló a los «enemigos internos» del peronismo, los vandoristas que habían presentado reparos al «transvasamiento generacional» y a la nominación de los «duros» en el Consejo Superior.

—Aceptamos que hay que dejar pasar algunos tránsfugas menores, pero los traidores no pasarán... —dijo el delegado de Juventud—. Si quieren guerra, la tendrán; los vamos a aplastar como cucarachas y no va a quedar ni uno solo de los pistoleros a sueldo que defienden a sus dirigentes sindicales corrompidos... Déjennos tomar la conducción del movimiento, porque la vamos a tomar de todas maneras.

Era su primer acto en la JP e hizo su presentación como el «niño terrible» del peronismo. Esa noche en Ensenada desató el primer escándalo en el Consejo Superior. La UOM de Lorenzo Miguel pidió echarlo de inmediato, pero Isabelita no quiso condenarlo porque el conflicto «escapaba a su jurisdicción». En realidad, Galimberti golpeaba porque necesitaba instalarse dentro de las estructuras del peronismo. Utilizaba un ardid básico de la política: provocar a los sindicalistas para obligarlos a una réplica y luego colocarse en una mejor posición a la hora de negociar. Había un elemento a su favor: en 1972 nadie dudaba de que el poder estaba más cerca que nunca y que lo único que faltaba definir era si llegaría por las armas o las urnas. Galimberti no descartaba ninguna de las dos alternativas. Era Perón o Guerra. El General había concedido una tregua para conversar con los emisarios de Lanusse. Pero había una fecha tope para las negociaciones: el 30 de junio.

La alianza de Galimberti con Brito Lima terminó pronto. El CdeO estaba lejos de respaldar a los Montoneros, pero el factor determinante fue que, luego del impacto inicial, Galimberti adoptaría una posición crítica pero menos frontal con el

vandorismo. Se lo había aconsejado Perón: «Presione pero no rompa, Rodolfo». Brito, en cambio, quería mantener la línea de ataque contundente. Se sentía un peronista ortodoxo y no aceptaba negociar con quienes menos habían luchado por el retorno del Líder. Organizó una conferencia de prensa para anunciar la renuncia del CdeO al Consejo Provisorio de la JP. Galimberti y «El Negro» Bustos llegaron con una fila de aguerridos militantes para romperle el acto. Había bastantes periodistas esperando. Pero cuando Brito vio llegar al «Negro», no ocultó su enojo. Galimberti intentó interceder entre ambos.

Brito lo apartó:

—Correte, con vos no es la cosa —le soltó, y siguió mirando fijo al «Negro».

—Matame si querés, pero a mí no me apretás, Alberto —le dijo Bustos.

El sindicalista de la UOCRA representaba un apoyo insoslayable. Una tarde en que Galimberti dijo que necesitaba algún millón para gastos de organización, Bustos lo llevó a ver al secretario general del gremio, Segundino Palma, en la sede de Caballito.

—Quiero tres millones para los muchachos —se presentó Bustos.

—Bueno, déjeme ver... esta semana no porque la situación del gremio...

—¡Ahora! —dijo Bustos.

Y se fueron en el Torino rojo con la plata que habían exigido[8].

En ese tiempo, Galimberti seguía recibiendo instrucciones de Perón y de Montoneros, y las subía a los órganos del partido. Su irrupción en las reuniones del Consejo Superior creaba un enfrentamiento insoluble con los veteranos dirigentes peronistas, en especial con el secretario general del PJ, el jubilado bancario Jorge Gianola, que desconfiaba de toda persona que no tuviera al menos sesenta años[9].

La violencia en la Argentina no se detenía. Habían secuestrado y aplicado picana eléctrica en la vagina a la maestra católica Norma Morello. Se sospechaba que eran bandas del III Cuerpo de Ejército. Las FAR mataron al general Juan Carlos Sánchez, que revistaba en ese Cuerpo, en Rosario. Y el ERP secuestró y mató a Oberdán Sallustro, director de la FIAT. Cuando murió el montonero Jorge Rossi, en marzo de 1972, Galimberti pidió al Consejo Superior del PJ que recuperara el cuerpo y, además, que participara en el velatorio y corriera con sus gastos. El gesto

---

[8] A Galimberti, Bustos solía ayudarlo a conseguir recursos económicos. Los días de cobro de quincena bajaba en una avioneta alquilada en una ruta, cerca de los obradores, y después de saludar a los obreros, entraba en la oficina de pagos, reducía a un policía si era necesario, y anunciaba: «Nos vamos a llevar la plata porque la necesitamos para los muchachos de la JP», y cargaba el dinero en un portafolio y emprendía una pulcra retirada con la avioneta. Bustos siempre se preocupaba de que el capital que robaba tuviera una póliza de seguro y los obreros no tardaran muchos días en cobrar la quincena. Con este tipo de acciones, financió una parte de la campaña electoral del Frejuli en 1973. Ese año, Bustos fue elegido diputado peronista.

[9] Ver *El Presidente que no fue,* de Miguel Bonasso, página 207.

político los incomodaba porque antes de ser abatido, Rossi había intentado secuestrar al dirigente de Nueva Fuerza, doctor Roberto Uzal, y como éste se resistió, lo había matado. Gianola rechazó la propuesta porque el montonero muerto no estaba afiliado al PJ. Galimberti lo repudió: «No se puede pedir carnet de afiliación a los que dan la vida por Perón». Gianola se excusó para terminar con el entredicho: «No podemos resolver nada sin la presencia de Cámpora».

La defensa del montonero Rossi le valió a Galimberti una ríspida discusión con Víctor Alderete, representante de Nueva Fuerza —que años más tarde se volvería célebre por su función en el PAMI, la obra social de los jubilados—, en una mesa redonda organizada por *Panorama* para que los políticos tomaran posición frente a la violencia[10].

Sin embargo, en el extenso mapa de la guerrilla, Galimberti hacía distinciones. En el mes de abril citó a un cuadro de JAEN que militaba en la

---

10 Los periodistas que organizaron la mesa fueron Jorge Lozano, Jorge Raventos, Jorge Bernetti y Marcos Diskin. Los once participantes fueron Blas Alberti (del Frente de Izquierda Popular), Víctor Alderete (de Nueva Fuerza), Óscar Alende (UCRI), Alfredo Allende (MID), Guillermo de la Torre (Partido Renovador), Ariel Dulevich Uzal (de Nueva Fuerza), Fernando Nadra (Partido Comunista), Jorge Selser (Socialismo Argentino), Horacio Sueldo (Democracia Cristiana), Luis Pan (Socialismo Democrático) y Rodolfo Galimberti (consejero superior del Partido Justicialista). En un tramo del debate, Galimberti fijó postura y le respondió a Alderete.
Galimberti: En primer término, tenemos que ubicar a la Argentina como lo que es: una Nación no realizada, semi-colonial. Un país que sufre la doble opresión del imperialismo y de una minoría al servicio de aquél. Comparto en líneas generales las afirmaciones de Alberti que habló de la violencia únicamente a los hechos que se han producido en los últimos días: violencia es también un sueldo que no alcanza par vivir dignamente. En cuanto al enjundioso discurso del señor de Nueva Fuerza, quisiera recordarle que el fundador del partido donde milita...
Alderete: No sé a quién se refiere.
Galimberti: Al ingeniero Alsogaray,
Alderete: No es fundador de Nueva Fuerza.
Panorama: Concordemos en estimarlo como afiliado a la Nueva Fuerza.
Galimberti: Los postulados de la Nueva Fuerza están inspirados por Alsogaray y ya conocimos en función de gobierno la violencia que hizo padecer al pueblo argentino. Debemos discriminar entre la violencia de los oprimidos y la de los opresores; la violencia de abajo y de arriba. Consideramos que el nuestro es un país irrealizado nacionalmente. Desde este punto de vista debo decirle al doctor Óscar Alende que los compañeros que ejercen la violencia desde la perspectiva del Movimiento Peronista no están inspirados en el mito de la revolución mundial. Quería recordar especialmente que nuestro gobierno, como dice el general Perón, fue un gobierno legal y constitucional depuesto en septiembre de 1955 por un acto de fuerza, por un hecho de violencia. No fuimos los peronistas quienes inauguramos los fusilamientos, sino los gorilas en 1956 con el general Valle. Nosotros queremos llevar a cabo el proceso de toma del poder con el menor costo social posible. A nadie, ni aun a los combatientes de nuestras formaciones especiales, le gusta la violencia. Es decir, aquí no hay un ejercicio de la violencia por una vocación satánica, sino el empleo sistemático y racional de la violencia revolucionaria para oponer a la violencia reaccionaria y pro imperialista de la dictadura militar que nos oprime. En relación con la distinción que estableció Alberti entre la violencia de masas —revelada por el Cordobazo o el Mendozazo— y la violencia de lo que llamó grupos políticos reducidos, tal distinción no existe. Es indudable que la violencia de los pronunciamientos populares tiene características diferentes a la violencia que ejercitan los compañeros de las formaciones especiales de nuestro movimiento, pero es de la misma naturaleza.
Alderete: ¿El asesinato del doctor Uzal es también un acto contra el imperialismo y la dictadura militar que nos gobierna?
Galimberti: La fuerza política a la que pertenecía el doctor Uzal ha pregonado en diversas oportunidades su admiración por el régimen impuesto en el Brasil, que ha sido caracterizado, no por nosotros, sino por portavoces del centro del mundo, como un régimen dictatorial y violento, que emplea las peores formas para manifestarse en el poder.
Alderete: Eso que acaba de decir es completamente falso. Jamás ha sido reflejado en ningún documento de la Nueva Fuerza.
Galimberti: Cuando uno propone un régimen de violencia debe estar preparado a que se le opongan violentamente».

Agrupación de Abogados Peronistas para prohibirle que asumiera la defensa legal de un médico del ERP, Norberto Rey, que había sido detenido por el operativo que terminó con la vida del empresario Sallustro, de la FIAT.

—Cuando cae un compañero yo no me fijo a qué organización pertenece — se defendió Alicia Pierini. Galimberti fue terminante.

—Nosotros tenemos un proyecto peronista que es distinto al de ellos. Cuando ganemos, el ERP se va a poner en nuestra contra. No tenemos que quedar pegados —le ordenó[11].

A los pocos meses de actividad como Delegado, Galimberti ya había caído en desgracia frente al resto de los miembros del Consejo Superior del PJ. Osinde prometió no volver a las reuniones hasta que «no se le hiciera una reparación» por sus ataques. El vandorismo no soportaba sus descalificaciones; a Lorenzo Miguel sólo le había caído simpático mientras ayudó a bajar a Paladino. El general Lanusse lo consideraba un provocador y amenazaba con ponerlo preso por «apología de la violencia». Sus adversarios de la Juventud confiaban en que Perón terminaría por echarlo. Se creó cierta expectativa en torno a su final cuando Cámpora aterrizó en Ezeiza el 22 de abril de 1972, luego de compartir quince días con el General en Puerta de Hierro. En el aeropuerto lo esperaban cientos de militantes de la JP con sus bombos, y también las huestes de la dirigencia sindical. Galimberti y Lorenzo Miguel cruzaron el *hall* sin saludarse. Había decenas de periodistas, fotógrafos, cámaras de televisión. Cuando Cámpora vio al Delegado de Juventud, le colocó la mano en el hombro a la vista de todos. Perón lo seguía respaldando.

—Paremos un poco, Rodolfo. Tampoco podemos joder tanto... —le reclamó el textil Casildo Herrera.

Ese mediodía la familia Galimberti había llegado hasta Ezeiza con la intención de verlo. Pero no pudieron acercársele. Lo siguieron con la caravana peronista que fue hasta el centro. Los dirigentes se reunieron en el piso de Cámpora. La gente, abajo, los aclamaba. Galimberti se asomó al balcón y entre la muchedumbre divisó a sus padres que agitaban los brazos. Bajó hasta la calle, superó el cordón policial y fue a su encuentro. Ernesto y Arminda lo miraban orgullosos. Su hermana Liliana le presentó a Alejandro, su sobrino. Era un bebé de pocos meses. Ella ya se había separado. Galimberti le tocó la cara pero casi al momento tuvo que irse: los militantes lo abrazaban y le pedían autógrafos y la situación se estaba desbordando por tanta euforia.

---

[11] A partir de entonces, Pierini renunció a esa y otras defensas del ERP. Sus colegas de la Gremial de Abogados Peronistas la criticaron por «sectaria». «Yo soy un cuadro político y debo responder a JAEN», se defendió. Avanzados los años setenta Pierini ingresó en Montoneros, integró organismos de defensa de derechos humanos durante la dictadura militar. En la década de los noventa fue subsecretaria de Derechos Humanos del gobierno de Carlos Menem. Fue reelegida diputada por la ciudad de Buenos Aires en las elecciones del 7 de mayo de 2000.

El primero de mayo de 1972, en la plaza de Merlo, la JP juntó seis mil personas de las barriadas más humildes. La gente marchaba con las manos enlazadas, cantando la Marcha Peronista, cuando se escucharon algunos disparos de ametralladora a la altura de la comisaría. Empezaron las carreras, las piedras y cócteles molotov contra la policía, que pidió refuerzos. Se había producido el «Merlazo». El Delegado de Juventud le pidió al Consejo Superior que repudiara la represión del acto.

Entonces, Perón le había ordenado a Galimberti que en treinta días resolviera el problema de la unidad de la JP. Un aluvión de jóvenes que se acercaba a la militancia, desafiaba a la Guardia de Infantería y a los Falcon sin patentes que merodeaban las manifestaciones, y en cada barrio emergía un líder dispuesto a dar su vida por Perón. El General consideraba insostenible que esa «juventud maravillosa» no terminara de organizarse.

A lo largo de los años se habían sucedido cruces tan extraños en las huestes juveniles que quizá ni el propio General, a la distancia, los comprendía: Galimberti, que provenía de Tacuara y que se había sumado al nacionalismo peronista, quería liderar la izquierda peronista con la proclama del «socialismo nacional». El otro líder con el que competía, Roberto Grabois, tenía mayor ascendencia nacional y era un teórico ilustrado del marxismo leninismo. Pero primero dudó en incorporarse al peronismo y luego se resistió a arengar a favor del «socialismo nacional», porque no quería respaldar a las organizaciones armadas.

En oposición al Consejo Provisorio de Galimberti, el FEN y Guardia de Hierro habían formado la Mesa del Transvasamiento Generacional. De su lado estaban los «Los Demetrios», un grupo de «Descamisados» de zona oeste que lideraban Norberto Habegger y Óscar «El Sordo» De Gregorio, la Agrupación Peronista 17 de Octubre del ex MNA Dardo Cabo y el minúsculo FORPE de «Chacho» Álvarez, entre otros. Se reunieron con Galimberti para organizar un acto conjunto por la Unidad de la JP en la Federación de Box y definir la lista de oradores. Iba a realizarse el 9 de junio. A último momento, Galimberti pergeñó una jugada pícara. Se reunió con un orador de una agrupación que el FEN y la Guardia consideraban «propio», y lo convenció para que se pusiera de su lado.

La noche del 9 de junio de 1972 el estadio de la Federación desbordaba. Había cerca de diez mil personas. La militancia del FEN y de Guardia de Hierro había llegado primero para ocupar las tribunas. En el palco de honor estaban Héctor Cámpora y Juanita Larrauri, de la rama femenina, los sindicalistas Andrés Framini y Sebastián Borro y el escritor Dalmiro Sáenz. Se escuchaban dos consignas. De un lado «Perón, Evita, la Patria Peronista». Del otro lado, «Perón, Evita, la Patria Socialista». El primer orador fue Dardo Cabo. Su consigna fue sorpresiva: «Nosotros, los que tenemos más de treinta años, tenemos que renunciar a la

Juventud Peronista». La militancia lo aplaudió. El «Gallego» Álvarez y Roberto Grabois quedaron descolocados. Superaban esa edad. La picardía de Galimberti para librarse de ellos había sido exitosa. La temperatura del acto subió. Al «Gallego» Álvarez le reclamaban que apoyara la lucha armada, lo interrumpían con chiflidos. «Si no hablo yo, acá no habla nadie», vociferaba. Roberto Grabois, un notable orador, casi no pudo decir palabra. «Hay que dejar hablar a los compañeros», reclamaba histriónico Galimberti. Cuando el delegado de Juventud se aprestaba a comenzar su discurso, las huestes del «Gallego» Álvarez reclamaron venganza: «matémoslo a este hijo de mil puta». La guerra de consignas estallaba. Era el escenario que había soñado en los tiempos que armaba JAEN. Pero no podía controlar a las masas. Cuando logró hablar, Galimberti dijo: «Las dos consignas son lo mismo. La patria peronista es la patria socialista» y la gente empezó a cantar al unísono: «¡La Patria Peronista, la Patria Socialista!». Todo el estadio reclamó el apoyo a las organizaciones armadas. «FAP, FAR y Montoneros son nuestros compañeros». Cerró el acto la voz de Perón que salía de un magnetófono.

A la semana, la cara de Galimberti apareció en la portada de *Panorama.* Era un reportaje con el título «La hora de los profetas armados». Lo firmaba Bernetti.

El 9 de julio se constituyó en todo el país la Juventud Peronista Regionales que cubría toda la Argentina. Juan Carlos Dante Gullo, «El Canca», quedó a cargo de la Regional I, que abarcaba Capital Federal, Buenos Aires y La Pampa. La mayoría de los grupos dispersos del peronismo confluyeron en la JP, que creció vertiginosamente. Galimberti siguió recorriendo el interior. Bajaba en las estaciones de trenes, se le acercaban los viejos militantes de la Resistencia, las madres con sus hijas, los obreros; él soltaba discursos y firmaba autógrafos. Cuando se iba, atrás llegaban los montoneros para encuadrar a la militancia dentro del aparato. La JP Regionales, por su impulso y motor, se convirtió en el correlato de superficie de la organización armada. Galimberti ya era el referente de los Montoneros.

Capítulo IX

Un verano en Madrid

En junio de 1972 Galimberti viajó a Puerta de Hierro y puso su cargo de Delegado a disposición de Perón. Era una cortesía, una forma educada de dar por cumplida la misión que el General le encomendara en su primera visita.

En menos de un año y medio había organizado todos los grupos de la Juventud Peronista en una estructura nacional y bajo su dirección. Se había instalado en la superestructura del Partido Justicialista sin abandonar JAEN y consiguió mandar a retiro —o «transvasado», en el sentido generacional del término»— a los dirigentes de la JP mayores de treinta años con los que competía.

El tenía veinticinco y era más popular que nunca.

Cuando entró en Puerta de Hierro pidió audiencia para un dirigente de su confianza.

—General, tengo un tipo con el que venimos conspirando contra Lanusse desde hace dos años. Es el hermano de Fernando Abal Medina. Tiene la enorme ventaja de tener un apellido montonero y no ser zurdo. Es nacionalista. Es medio facho, bah... Yo lo conozco de la banda del Círculo del Plata. Es un tipo serio. Anda bien con los metalúrgicos, anda bien con la Iglesia, anda bien con los milicos. Le va a encantar, General.

—Bueno, tráigamelo —respondió Perón.

A los veintisiete años, Juan Manuel Abal Medina era abogado, estaba casado y tenía cuatro hijos. Como su hermano Fernando, se había formado en el nacionalismo católico: en 1955, en el enfrentamiento entre Perón y la Iglesia, su padre había defendido la Catedral. Juan Manuel era secretario de redacción *de Azul y Blanco,* la revista de Sánchez Sorondo, el *dandy* del nacionalismo. Por su relación profesional con el contador Antonio Cafiero, se había granjeado la simpatía de José Rucci y Lorenzo Miguel; de su hermano Fernando heredó la amistad de su cuñada Norma Arrostito, Carlos Ramus y Fernando Vaca Narvaja. Había sido el celador de Firmenich en el curso del Nacional de Buenos Aires. Abal Medina también conocía a muchos militares nacionalistas —los generales Labanca, Carlos Augusto Caro, Rosa

Molina... —, pero a pesar de sus variadas y cotizadas relaciones, todavía no conocía al General.

Después de algunas horas de charla, Perón le encargó una misión:

—Usted debe darle organicidad a los oficiales. Es lo que siempre le pido a Osinde. Siempre me promete que me va a traer a alguien importante y después resulta que trae a uno que ya está retirado... Mire, para retirados, conmigo ya estamos llenos —y lanzó la carcajada.

Antes de despedirlo, Perón le preguntó si era peronista. Abal se sorprendió un poco.

—Soy peronista desde que mataron a mi hermano —le contestó.

—Bueno, entonces está integrado —respondió el General.

Por gestión de Galimberti, en Puerta de Hierro también entró Diego Muniz Barreto. Había tomado la precaución de llevarle cincuenta dólares a López Rega y portó consigo un discreto paquetito con una ración de pedazos de pollo prolijamente troceados, para darle en la boca a los caniches. Entre los dirigentes peronistas que hacían fila para ser recibidos en Madrid, había trascendido que Envar «Cacho» El Kadri, de las FAP, los había apartado de una patada cuando mordían su botamanga y el General se enojó mucho y casi lo echa de la residencia.

A Muniz Barreto, Perón lo recibió feliz.

—Yo siempre juzgo a la gente por como la tratan los perros. Y si a los perros les gusta la gente que entra en esta casa, ¡ésa es buena gente! —se entusiasmó el General.

Después, Muniz se acercó a la señora y le entregó un crucifijo colonial de plata.

—General, él fue comando civil. Conspiró contra usted en el año cincuenta y cinco... —intercedió Galimberti, que se aburría con las presentaciones formales.

—Qué bueno conocer viejos opositores... —se alegró Perón.

—Es que yo no soportaba ese costado popular de su gobierno, General. Pero ahora lo he comprendido... —se sinceró Muniz.

—Pero muy bien. Ahora ese empeño hay que ponerlo en la guerra que estamos librando contra Lanusse... Qué gusto decirle «compañero»... —y le estrechó las manos.

Muniz también tenía una serie de presentes para el General: le llevó un documento que demostraba «las relaciones de la penetración del capitalismo extranjero con la camarilla militar y sus equipos económicos», una cinta de la película de Rosas, que apenas se había estrenado en Buenos Aires y también la filmación del acto de Ensenada. Había puesto un equipo de cine para registrarlo. Esa noche, por primera vez, Perón vio un discurso de Galimberti. Muniz, que

manejaba el proyector, avanzaba y retrocedía, y cuando terminó, todos se pusieron de pie y aplaudieron.

Para la prensa era el «niño mimado». Galimberti estaba en el punto más alto de su vida política.

«El portavoz de la juventud ante el Consejo Superior del Movimiento Justicialista franquea casi diariamente la "sagrada puerta", un tratamiento que el ex presidente otorga sólo a contadas personas. Es la hora más gloriosa de Galimberti, la hora que Perón ha reservado a la juventud para jaquear al Gobierno», escribía el corresponsal de *Panorama,* Armando Puente.

El enviado Tomás Eloy Martínez también analizaba el momento del líder juvenil «... cuyo prestigio en Puerta de Hierro pudo medirse, la semana pasada, por el hecho de que las principales entrevistas del ex presidente lo contaron como testigo. A través de las treinta y una horas de conversación con Cámpora, en la última semana de junio, y de las veinte horas con Galimberti, Perón puso al descubierto las claves de su táctica: en el coraje y la aptitud de lucha del dirigente juvenil deposita sus mejores armas para una eventual movilización popular»[1].

En Madrid, Galimberti seguía en compañía del «Vasco» Mauriño, que se había convertido en un pulcro secretario de los negocios de Jorge Antonio. Mauriño utilizaba el seudónimo de «Héctor Lazarte». Galimberti lo señalaba ante la prensa como «el hombre de JAEN» en Madrid. En el período en que Isabel prohibió la entrada a Antonio en Puerta de Hierro, «El Vasco» se dio el gusto de recibir a Perón en su estudio de Paseo de la Castellana 22[2].

En Madrid, Galimberti ya no dormía en la pensión Doña Francisca, ni tampoco en el hotel Mayorazgo. Muniz Barreto le había alquilado un apartamento con dos dormitorios, uno en suite, en el barrio Salamanca. En ese viaje llevaron a Madrid al abogado Luis Sobrino Aranda, de cuarenta y tres años, que en el año cincuenta y seis se había plegado a la «revolución de Valle» y fue detenido por la Libertadora cuando quiso tomar LT2 Radio Splendid de Rosario. Estuvo seis meses incomunicado. Sobrino había estudiado en la Facultad de Parapsicología y era un experto en astrología política. Tenía la teoría, confirmada por el yugoslavo Boris Kristov, de que el noventa por ciento de los generales y los guerreros tenían a Marte en su horizonte; incluía a Perón en la estadística.

Galimberti quería instalarlo en Puerta de Hierro.

---

[1] Ver *Panorama* del 6 de julio de 1972, páginas 14 y 15.

[2] Según una versión recogida por los autores, la enemistad entre Isabel y Jorge Antonio comenzó el día que el empresario pescó a la señora de Perón en una escapada por Madrid con el coronel González. Indignado, Antonio le pegó una cachetada al Coronel y lo llevó de las pestañas ante el General, para que le explicara lo ocurrido. Isabel no se lo perdonó.

—Vos tenés que conversar con el General de todas esas cuestiones y pelearle el espacio a López Rega desde adentro —lo alentaba.

En virtud de sus contactos militares con el II Cuerpo de Ejército, Galimberti lo había nombrado «asesor militar de JAEN» y en su trato diario lo llamaba «coronel». Su asesor lo acompañaba a buscar camperas de cuero por la Gran Vía y una vez fueron juntos al Valle de los Caídos. Frente a la tumba de José Antonio Primo de Rivera, Galimberti cayó de rodillas, emocionado.

En ese verano europeo de 1972 el Delegado de la JP se enamoró. El mismo Sobrino le presentó a una modelo rosarina, Cristina Suriani, de veinticuatro años, la hija de «Mamá Suriani», la amiga que le prestaba una habitación de su piso madrileño. Cristina Suriani era actriz y se estaba ganando un lugar en el cine y el teatro local con su participación en *Querida Señorita* del cómico Fernández Fernández. Su primer impulso a la fama se lo había dado el fotógrafo Carlos Saldi, que la publicó en la portada de *Betty Boom* y que también ganó premios internacionales con el retrato de la *femme fatale* rosarina.

En un año y medio de estadía española, Cristina Suriani ya había filmado seis películas —*Experiencias extramatrimoniales* y *El seductor,* entre otras— y ensayaba en teatro la tragedia de Esquilo *Prometeo encadenado.* Galimberti la invitaba a cenar o la llevaba al cine y también la acompañaba a los sets de filmación y a los lugares de esparcimiento de la comunidad artística. En una residencia en las afueras de Madrid, Cristina le presentó a una actriz de diecisiete años, de ojos indescriptibles, que se llamaba Ornella Muti y tenía un novio que después cayó preso por consumo de heroína. Galimberti quiso hacerse el listo frente a la italiana, y para ganar su atención se lanzó a la piscina y casi se hunde[3].

En una de sus entradas a Puerta de Hierro, Galimberti llevó a Cristina Suriani a conocer al General, y sumó a la visita a la hermana de ésta, Ana Karina, que también era modelo y se había ganado el aprecio de Muniz Barreto. Sin embargo, enterado de que la chica no era la esposa de Galimberti, y creyendo que le había presentado a su amante, López Rega aprovechó para criticarlo por esa conducta frente al General. Al secretario ya no le caía en gracia la simpatía que desplegaba el líder juvenil, y menos cuando llegaba dos horas tarde a la residencia y se cuadraba ante Perón con la frase «... se reporta el soldado recluta Galimberti», logrando desarmar toda la batería de insultos que el Líder había preparado durante el tiempo de su demora.

Pero López Rega se equivocaba. Cristina Suriani no era su novia. A pesar de que ponía en movimiento todas sus dotes de seductor, Galimberti no lograba

---

[3] Galimberti quedó tan impresionado con la belleza de Ornella Muti, que ese mismo día decidió intimar con su madre, una rumana de cuarenta años, y lo logró.

acostarse con ella. Cuando creía que había llegado el momento, porque Cristina también parecía enamorada, imprevistamente, ella, verticalista, se resistía a trasladar la relación a un plano horizontal.

El líder juvenil debía luchar contra los factores que le jugaban en contra. El primero era Mamá Suriani, que le prestaba su Seat para las salidas nocturnas pero no estaba dispuesta a casar a su hija con «un aventurero que podía caer preso en cualquier momento». La otra barrera era la confusión sentimental de Cristina. En forma simultánea a la avanzada de Galimberti, la modelo y actriz rosarina vivía el cortejo de un cantante catalán de veintinueve años, Joan Manuel Serrat, que la visitaba en su piso de la quinta planta de la avenida del General Perón y también pasaba buen rato conversando con la madre para ganar su estima. Pero a Mamá Suriani tampoco la convencía. «Es agradable pero un poco bohemio...».

Esa competencia despiadada por el corazón de la Suriani, a Galimberti lo atormentaba. Una de esas noches de rechazos volvió al apartamento de Salamanca al borde de las lágrimas. Muniz Barreto, que lo escuchó murmurar, salió del baño con un largo kimono color celeste y un cepillo de dientes en la mano, para preguntarle de qué se lamentaba. Galimberti le confió su frustración. Muniz quiso levantarle el ánimo:

—¿Pero tenés conciencia de quién sos vos? ¿De lo que significás para la juventud argentina...? —le gritó—. ¡No tenés derecho a ponerte así...! ¿Por qué de una vez por todas no tomás conciencia de tu liderazgo en el pueblo, de tu compromiso revolucionario...? ¡Mañana nos espera el General en Puerta de Hierro... y vos hecho una piltrafa... llorando por una tilinga...!

Sobrino Aranda se levantó del sillón y aplaudió la proclama[4].

En ese verano madrileño, la competencia de Galimberti también continuaba en el plano político: a fines de junio de 1972 llegaron los veteranos dirigentes juveniles Roberto Grabois y «El Gallego» Álvarez para entrevistarse con Perón. López Rega armó un salomónico programa de reuniones para que no se cruzaran con Galimberti, con el que seguían enfrentados.

En esos días había casi cincuenta dirigentes peronistas merodeando por Madrid a la espera de ser recibidos en Puerta de Hierro. Grabois y Álvarez ingresaron con sólo una semana de espera, pero lo cierto es que a Perón, Grabois lo aburría. La tarde en que lo recibió, le interrumpió su serie de opiniones sobre el marxismo y lo sacó del estudio para caminar por el jardín. «¿Ve este pajarito en

[4] La madre de las hermanas Suriani no se dejaba impresionar ni con la fama del militante ni con la del cantor. Buscaba seguridad para el futuro de sus hijas. Cristina Suriani se casó con Álvaro Santamarina, gerente de Iberia. Ana Karina formó matrimonio con un médico, propietario de un importante laboratorio.

esta jaula...? Bueno: éste ahora raciona acá, pero antes racionaba en otro lado» —le comentó enigmático a Grabois, a quien casualmente todos apodaban «Pajarito».

El «Gallego» Álvarez, en cambio, solía desplegar sus dotes de charlista y eso al General lo entretenía, pero siempre dejaba flotando en el aire la teoría de que había una gran conspiración montada desde distintos sectores.

Galimberti pergeñó un plan para que el dúo dejara de visitar la residencia. Le dijo a Perón que Álvarez y Grabois estaban en la «teoría del último tramo».

—¿Y qué es eso? —se interesó Perón.

Galimberti le explicó:

—La teoría del último tramo es que a usted le pasa algo y ellos se quedan con su herencia política. Están esperando que usted se muera, mi General —le dijo con cara apesadumbrada.

Era exactamente la preocupación de Montoneros: cómo conducir la revolución después de Perón. A partir de ese día, el General le pidió a López que raleara de la agenda a los «veteranos juveniles» y constantemente los eludía. «El Gallego» Álvarez denunció que había una conspiración en marcha de Galimberti, López Rega y Montoneros para rodear a Perón y adueñarse del Movimiento Nacional[5].

En el mes de julio, y gracias a los oficios de Jorge Antonio, Galimberti y Muniz Barreto viajaron a Libia a entrevistarse con el coronel Mohammar el Gaddafi. Antonio era concesionario de la firma de automóviles Mercedes Benz en África y había provisto al mandatario árabe de la flota de coches oficiales. Galimberti llevó una carta de recomendación de Perón. En ese tiempo, Siria y Libia estaban alineados contra Israel. No era la primera vez que Galimberti se contactaba con los árabes. En 1971, el líder de JAEN había firmado un manifiesto en el diario *Clarín* a favor de «los derechos del pueblo palestino» y se comprometió con Saad Chedid, presidente del Centro de Estudios Árabes, a buscar más adhesiones en el seno del movimiento peronista. En reciprocidad, Chedid concurrió a dar conferencias sobre la problemática de Oriente Próximo a la sede de JAEN. Mantenían una coincidencia básica: la visión del «tercerismo» de Perón y el «tercermundismo» de la OLP A partir de entonces, por las excelentes referencias que dejaba Chedid en Damasco ante el segundo de Yasser Arafat, Abu Yihad, responsable del aparato militar de Al

---

[5] Los dirigentes de Guardia de Hierro y del FEN se quedaron casi dos meses en Madrid. Un día antes de que partieran a Buenos Aires, a las siete de la mañana, López Rega llamó al «Gallego» Álvarez al hotel. «El General quiere verlos cuanto antes». Fueron cinco en dos taxis hasta Puerta de Hierro. Cuando tocaron el timbre, López llegó corriendo por el parque y les abrió la puerta. Tenía un Commander 7.65 en la cintura. «Tememos un atentado y no sabemos de quién», les dijo. Cuando el grupo superó la loma vieron a dos tipos cuerpo a tierra con fusiles. El grupo entró en la casa y sobre la mesa había una ametralladora. López le dio a Álvarez una pistola. Al rato bajó Perón, lo saludaron y tomaron mate cocido hasta las once y media de la mañana. Antes de despedirse se sacaron fotos con el General en el portón. «Fue una cosa muy rara, muy rara...», le explicó el «Gallego» Álvarez a sus amigos, años más tarde.

Fatah, los palestinos empezaron a preocuparse por la suerte de Galimberti, a quien consideraban destinado a desempeñar un lugar protagónico en el futuro «gobierno popular»»

En su viaje a Libia, Galimberti se interesó por hacer llegar a la Argentina los proyectiles autodirigidos Sam 7 y entregárselos a Montoneros: aunque todos elogiaban su brillantez en la tarea política, él soñaba con ser el jefe militar de la futura revolución peronista.

Cuando Galimberti regresó al país, a fines de julio de 1972, lo esperaba el acto en la cancha de Nueva Chicago. Perón continuaba con el manejo de la intriga en un escenario cada vez más violento. Agobiado por la presión de la guerrilla, Lanusse se decidió a enfrentarlo. Emplazó al Líder a presentarse en la Argentina antes del 25 de agosto, si quería ser candidato a Presidente en las próximas elecciones.

Lo dijo en un discurso en el Colegio Militar: «Si Perón necesita fondos para venir, el Presidente de la República se los va a dar. Pero aquí no me corren más a mí, ni voy a admitir que corran más a ningún argentino, diciendo que Perón no viene porque no puede. Permitiré que digan: porque no quiere. Pero en mi fuero interno diré: porque no le da el cuero para venir».

La JP le respondió con tizones desde los muros: «Perón vuelve cuando se le cantan las pelotas». El General rompió relaciones con sus interlocutores e hizo públicas las cintas grabadas donde Cornichelli, Rojas Silveyra y el neuquino Elías Sapag le ofrecían cuatro millones de dólares para que renunciara a su candidatura.

En el acto de Nueva Chicago el peronismo lanzó el «Luche y Vuelve». Ya estaba en marcha el «Operativo Retorno». Esa noche del 28 de julio había dieciocho mil personas al grito de «Acá están, éstos son, los fusiles de Perón» y «La Patria Socialista es la Patria Peronista». Hacía mucho frío. Los organizadores insultaban al empresario Tito Lectoure, que se había negado a alquilarles el estadio cerrado Luna Park. «Beto» Ahumada leyó las adhesiones de los presos peronistas alojados en el Buque Granaderos. Por el escenario desfilaron, entre otros, Rodolfo Ortega Peña, Mario Hernández, Norma Kennedy y Héctor Cámpora. Cuando llegó su turno, Galimberti elogió a las «formaciones armadas»[6]. En el ingreso, Lorenzo Miguel había sufrido algunas dificultades con un grupo de militantes de la JP, pero el propio Galimberti intercedió para que lo dejaran entrar. Pese a que los seguía criticando por los medios de prensa («las conducciones burocratizadas conducen inexorablemente al fracaso, es una estructura dentro del sistema capitalista que va perdiendo todo poder», dijo a *Primera Plana* el 1 de agosto), Galimberti tenía un

[6] Su apoyo público era cada vez más ostensible. «... Son las primeras columnas militares que el pueblo ha sido capaz de crear, son el peronismo en armas», decía. Ver *Primera Plana,* 20 de junio de 1972.

ámbito de contacto con los gremialistas: el piso de Antonio Cafiero, ubicado sobre la Ferretería Francesa. Con Abal Medina, Lorenzo Miguel, Rucci y el propio anfitrión, mientras Galimberti preparaba las pastas, discutían cómo resolver los aspectos más tormentosos del futuro gobierno peronista. ¿Había espacio para la unidad entre la Patria Socialista y la Patria Metalúrgica? A veces, conociendo el pasado de boxeador de Miguel, Galimberti hacía fintas frente a él, pegaba saltitos y lanzaba las manos. Entre los gremialistas, aunque simpático, el líder juvenil no generaba confianza. Por su parte, Galimberti centralizaba su rencor contra la «burocracia» sindical en la figura de Rogelio Coria, a quien se dirigía en términos despectivos[7].

Ese mismo mes de agosto Galimberti volvió a Madrid llevando las cintas del acto de Nueva Chicago. Un domingo al mediodía, en el restaurante Moroso, almorzó con Perón, Isabel, López Rega, Cámpora, Osinde, Sobrino Aranda, Abal Medina, Gianola y su nuevo secretario, Raúl Lastiri, casado con una hija de López Rega. Esa semana, el General había convocado a una cumbre con las 62 Organizaciones y el ala «dura» para la replanificación de las líneas de acción del Comando Táctico, con vistas al retorno. Los dirigentes de los gremios «combativos», Julio Guillán y Roberto Digón, hicieron fuerza y también fueron recibidos. Pero España fue la escala de una misión más importante para Galimberti. De allí partió al Líbano, por primera vez.

Perón intuía que si no había elecciones en la Argentina, se iba a disparar una violencia incontrolable y consideraba que lo más conveniente en ese caso era mantener buenas relaciones con los árabes. Galimberti fue al sur del Líbano para recibir adiestramiento militar.

—¿Qué llevo, mi General? —le preguntó.

—Lleve gente suya, no Montoneros. Capacítelos, forme como oficiales a sus hombres de confianza.

Junto al salteño Rodolfo Urtubey —que ofició de traductor en la etapa política del viaje y luego regresó— Galimberti llegó al pueblo de Jalina. También estaban Mario Herrera y «Beto» Ahumada, de gran vocación militar y a la vez uno de los cuadros de mayor talento político, a pesar de su silencio. En base a las recomendaciones que había hecho llegar el embajador argelino en Buenos Aires, Mostefá Lascheraf, Galimberti fue recibido con honores en los campamentos de la OLP. Se adiestró con armas automáticas y tiros con lanzacohetes, y conoció a Abu Yihad, el jefe militar de Al Fatah.

Durante la ausencia de Galimberti en Argentina, Montoneros había sufrido la baja de uno de los «originales» de Córdoba: el 16 de agosto Carlos Capuano

---

[7] En un acto lo llamó «el putito de Coria». La militancia de la JP le coreaba «Coria, traidor, a vos te va a pasar lo mismo que a Vandor». Fue premonitorio: Coria fue asesinado por Montoneros en 1974.

Martínez, «Luisito», fue herido de muerte. Tenía veintitrés años y en un bar de Montes de Oca y Martín García, en Barracas, estaba discutiendo con dos militantes un documento por la fuga de la cárcel de Rawson de los guerrilleros Roberto Quieto, Marcos Osatinsky, Mario Santucho, Enrique Gorriarán Merlo y Fernando Vaca Narvaja, ocurrida el día anterior. Los cafés humeaban en la mesa cuando tres policías de civil se acercaron para identificarlos. Capuano respondió a tiros, facilitó la fuga de sus compañeros que estaban desarmados, pero cayó herido de muerte frente a su Fiat 1500 azul, estacionado a una cuadra. Dejó en estado desesperante al oficial José Fungueiro. Su cuerpo fue velado en una Unidad Básica del Partido Justicialista. Una semana más tarde, dieciséis de los guerrilleros recapturados de la fuga del penal de Rawson fueron fusilados en la base naval Almirante Zar. Tres de ellos, Ricardo Haidar, Alberto Camps y María Antonia Berger, que suponían heridos de muerte, sobrevivieron y dieron testimonio de la masacre.

Faltaban apenas tres días para que diera término el emplazamiento, pero los sucesos de Trelew desmoronaron el propósito de Lanusse de imponer las condiciones para la convocatoria de elecciones. El presidente mantuvo el diálogo con los partidos políticos, pero no había logrado encauzar a Perón en el Gran Acuerdo nacional y menos había podido neutralizar las acciones guerrilleras. Después de algunas resistencias internas, el Partido Justicialista aceptó velar en su sede de avenida La Plata a los fusilados de las FAR y el ERP. Pero cuando se desarrollaba el sepelio, el comisario Alberto Villar, al frente de la Policía Federal, lanzó las tanquetas, la caballería montada, los gases lacrimógenos y los perros contra las puertas de hierro de la casa. Los familiares protegieron los ataúdes pero fueron obligados a trasladarlos en coches fúnebres a los cementerios. A través de Galimberti y Juan Manuel Abal Medina, Perón envió un mensaje a la JP: «Esa juventud que ha aprendido a morir por sus ideales es lo único que puede salvar al país de un futuro preñado de asechanzas y peligros».

El viaje de Galimberti al Líbano repercutió como un enigma entre los corresponsales madrileños. Un cable de AFP, que publicó *La Razón* el 23 de agosto, tituló «Un viaje misterioso», dando por supuesto que su destino había girado alrededor de distintos países europeos. Al día siguiente *La Opinión* consignó una presunta detención suya en el aeropuerto de Lisboa. En Buenos Aires empezaron a correr versiones de su inminente captura cuando llegara al país. «Volveremos separados y por distintas vías», anunció Galimberti[8].

---

[8] El artículo de *La Opinión* del 24 de agosto indica: «En núcleos de la juventud peronista aún se comentan las características de la prisión transitoria a la que fue sometido el dirigente juvenil Rodolfo Galimberti cuando regresaba de España. Como se recuerda, al descender en la escala natural del vuelo, en Lisboa, Galimberti fue detenido por la policía portuguesa y trasladado al departamento central de esa fuerza de seguridad. Allí, según la versión que se conoce, fue interrogado durante treinta y seis horas. Galimberti era sospechoso de ser un colaborador del líder opositor de Mozambique, una de las colonias portuguesas del África, cuyo nombre de guerra es Roberto. De acuerdo con la misma versión, durante el

En septiembre de 1972, JAEN realizó su última operación insurreccional antes de su traumática disolución: una docena de cuadros divididos en seis parejas, que simulaban ser consumidores ocasionales, provocaron el incendio parcial de algunos supermercados de Buenos Aires. Habían dejado sobre los escaparates las «pelotitas de ping-pong». Un cuadro de conducción de JAEN resultó con quemaduras en su estómago porque el plástico se incendió encima suyo. Fue detenido e internado en el Instituto del Quemado. Otro, al que le encontraron el carnet en la cartera de su «novia», tuvo que pasar a la clandestinidad. Al día siguiente, por primera vez, el Departamento Central de Policía informó a la prensa acreditada sobre las bombas incendiarias[9].

La acción tuvo dos objetivos: presionar a Lanusse y lograr una valorización de Montoneros; querían ser considerados como «cuadros duros». Entonces JAEN sufría la incertidumbre propia del resto de las agrupaciones, que recibían la tentadora oferta de integrarse en la organización armada. En los plenarios debatían si debían incorporarse en forma individual, cuadro por cuadro, o integrar a JAEN como un bloque dentro de Montoneros. En medio de ese debate, Galimberti, Herrera y Ahumada expulsaron a Ernesto Jauretche acusándolo de tener intenciones de sumarse a Descamisados. Jauretche —que mantenía diferencias políticas con la organización— se resistía a entrar en Montoneros a pesar de las sugerencias de su contacto, «Pingulis» Hobert.

—Definite rápido porque todos tus compañeros ya están entrando... te vas a quedar solo.

Era cierto. Montoneros estaba absorbiendo a la militancia de todas las agrupaciones. Cuando se decidió, en enero de 1973, Jauretche, que era miembro de la rama juvenil del Consejo Nacional del Partido Justicialista, tenía un apellido ilustre y llevaba muchos años de construcción política, tuvo que ingresar como «aspirante».

---

interrogatorio estuvo presente un ciudadano norteamericano, presunto miembro de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) o de un organismo de seguridad militar, pero contrariamente a los primeros rumores sobre el episodio, se afirma ahora que este personaje no intervino activamente en la requisitoria policial, limitándose a observar el procedimiento y a sopesar en silencio las respuestas de Galimberti. Es obvio que el propósito del interrogatorio no puede tener relación con la situación en Mozambique. Las explicaciones varían desde un interés por tomar contacto con el dirigente juvenil hasta —lo que se estima probable— un intento de intimidación». Para su presunta orden de captura en Buenos Aires ver *Primera Plana,* 29 de agosto de 1972. Esa semana fue encarcelado por el gobierno el ex teniente Julián Licastro, consejero superior del Justicialismo.

[9] «... Se trata de una nueva preparación explosiva con pelo titas de ping-pong abiertas en dos mitades y rellenas con una mezcla de potasio, azufre, ácido sulfúrico y recortes con celuloide y luego cerrada con tela adhesiva. Lanzada la pelotita contra la pared, por ejemplo, produce una explosión y llamaradas con el mismo efecto de las bombas molotov». Ver *La Nación* del 23 de septiembre de 1972, página 4. En el operativo resultaron afectadas las sucursales de los supermercados Minimax, Casa Tía, Disco y SADOS, que pertenecía a la Marina.

—Vos sabés que en esta organización todo el mundo empieza desde abajo. Y además es bueno que desarrolles un poco de experiencia en la lucha armada... —le explicó Hobert[10].

A esa altura la mayoría de los cuadros de JAEN ya eran cuadros montoneros.

Galimberti, en cambio, no necesitaba subordinarse a otra persona que no fuera Perón para validar su poder interno. Tenía una fuerte representación en las masas y había sido el hombre elegido por el General para «azuzar a Lanusse».

En octubre, viajó a Madrid para participar en las reuniones del «Operativo Retorno», que tenía la misión de devolver a Perón al país, después de diecisiete años de ausencia. Pero en última instancia, la decisión final la seguía manteniendo el Conductor Estratégico. En ese tiempo, Galimberti ya salía del país en forma clandestina. Utilizaba la avioneta particular de un banquero en Aeroparque, o una lancha en el Tigre que lo trasladaba a Colonia o a Montevideo. Desde allí abordaba un vuelo de línea[11].

El domingo 8 de octubre de 1972 fue el último cumpleaños de Perón en Madrid. Lo festejaron en un restaurante cercano a Puerta de Hierro. Había más de veinte invitados: López Rega, Isabel, Osinde, Cámpora, Abal Medina, Lorenzo Miguel, Rucci, Muniz Barreto. Cuando el sindicalista Coria llegó a la mesa, Galimberti amenazó con levantarse.

—Si este sapo me lo trago yo, se lo tragan todos... —le ordenó Perón.

Y todos se rieron. A los postres, el General, que era bastante austero con los gastos cuando salía de su casa, dio su última directiva:

—Ahora Sobrino va a levantar la mesa por levitación... y Coria la va a pagar.

A esa altura, Perón había logrado el apoyo definitivo de las 62 Organizaciones, luego de las actitudes contradictorias de algunos de sus dirigentes. Su máximo interés estaba centrado en lograr la unidad de todo el Movimiento para conducir el amplio espectro de sus aliados. Ese mes, en Madrid, se especulaba con que Galimberti podía ser designado secretario general del Movimiento Justicialista, en reemplazo de Jorge Gianola. A las 62 Organizaciones esa posibilidad los atormentaba. En una reunión con Perón en Puerta de Hierro, le sugirieron que ellos preferían a Juan Manuel Abal Medina para ese cargo, porque reunía mayor consenso.

---

[10] En 1973, Jauretche fue subsecretario de Asuntos Municipales del Ministerio de Gobierno de la provincia de Buenos Aires. En 1974, fue secretario de bloque legislativo de la JP. Luego apareció en las listas de la Triple A y entró en la clandestinidad. En 1980, rompió con Montoneros junto a Miguel Bonasso. En la actualidad es militante peronista en la provincia de Buenos Aires.

[11] El banquero era Umberto Ortolani, relacionado con miembros de la P-2 que frecuentaban a Perón.

—Juan Manuel es equilibrado y no va a hostigar a nadie. Galimberti, en cambio, puede resultar demasiado irritante —deslizaron.

Desde los distintos sectores comentaron a Perón que la elección del líder juvenil podía ser tomada como un factor de provocación hacia el movimiento sindical... y Abal Medina, además, tenía un apellido que, como decía Cámpora, «despierta un eco emocionado en el Movimiento».

En una de esas tardes, en una confitería de la Gran Vía, Lorenzo Miguel, Rucci, Muniz Barreto, el aceitero Estanislao Rosales, Coria y López Rega comentaban que el General iba a inclinarse por Abal Medina para ser el «número 3» del Partido Justicialista. Muniz Barreto ensayó una defensa de Galimberti, porque había resultado decisivo para promover el retorno del General. Pero López Rega le negó chance alguna.

—Galimberti es un hombre destructivo. Juan Manuel, en cambio, es la reencarnación de un príncipe...

Capítulo X

Piedras y algo más

—La movilización popular debe garantizar la seguridad física del general Perón. Los que tengan piedras, que lleven piedras, y los que tengan algo más, que lleven algo más. Y los que no vayan al aeropuerto, deben tomar las fábricas, las facultades, los barrios…

Ese jueves 9 de noviembre de 1972, en la Ciudad Universitaria, Galimberti relanzaba la estrategia de la «colisión directa» y ochocientos estudiantes lo ovacionaron, saludando los mensajes de adhesión de las organizaciones armadas y reclamando venganza, «cinco por uno...», por los fusilados de Trelew. La juventud se preparaba para recibir al General.

La convocatoria de Galimberti se transmitió por los teletipos de la agencia oficial Telam y llegó a todos los diarios del país. Para el secretario general del Movimiento Nacional Justicialista, Juan Manuel Abal Medina —tenía una semana en el cargo— fue un dolor de cabeza.

—Dudo que Galimberti pronunciara ese discurso. Si lo hizo, fue a título personal —tuvo que decir.

El presidente Lanusse ordenó el procesamiento del líder juvenil por «incitación a la violencia y apología del delito». Ese fin de semana la policía allanó Gaspar Campos 1065, en Vicente López. Era la casa que el PJ y la JP habían comprado para albergar a Perón. La prensa informó de que la escolta tenía dos ametralladoras, pistolas y municiones.

El sábado 11, Galimberti estaba en Santa Fe. Había viajado para presidir el Congreso Nacional de la Juventud Peronista. La CGT Regional repudió su presencia: en el acto de la Facultad de Arquitectura había calificado de «traidores» a los ya asesinados gremialistas Vandor y Alonso. El secretario de las 62 Organizaciones, Rogelio Coria, pidió su expulsión del Consejo Superior Justicialista.

Ese fin de semana, un plenario de setenta delegados de la JP de todo el país deliberó a puertas cerradas y planificó la movilización del 17 de noviembre: había que formar columnas compactas para evitar detenciones y concentrarse en el

aeropuerto para custodiar la seguridad del General. Se juraron llegar de cualquier forma: «romper con los candados, saltar las tranqueras, hay que llegar a Ezeiza...». Si se impedía el retorno del Líder, tenían previsto promover una insurrección armada. Hicieron cálculos: entre las siete Regionales del país podían mover ochenta y cinco mil militantes encuadrados. Como cierre pasaron una cinta con el último mensaje de Perón a la Juventud.

A la salida del plenario, la prensa asedió a Galimberti. Le preguntaron por el discurso en que llamó a llevar piedras y «algo más». El líder juvenil lo desmintió.

—Es una demostración de cómo maneja cierta prensa las informaciones para intentar crear el caos dentro del movimiento peronista. Es una maniobra confusionista del régimen.

—¿Cómo se va a preparar la JP para el retorno de Perón?

—De acuerdo con las decisiones y responsabilidades tomadas por el Comando Táctico encargado de planear el «Operativo Retorno», nuestra movilización va a estar imbuida de un espíritu de fiesta popular, de júbilo y de alegría.

—Se dice que transmitió la orden de tomar la ciudad de Santa Fe.

—Nosotros no vamos a tomar nada, excepto cerveza.

El sábado 11, a la noche, el estadio de Unión estaba colmado de militantes peronistas de todo el país. Abrió el acto el jefe de la Regional Litoral, «El Turco» Jorge Obeid. El delegado Héctor Cámpora no concurrió por «problemas de agenda». Galimberti tuvo que irse a todo correr del escenario porque la policía estaba a punto de detenerlo.

El lunes 13 lo esperaban en un local de la Unión Ferroviaria de Mercedes. Pero Galimberti no fue. De ese modo, evitó ser apresado.

En un radiograma del SIPBA —Servicio de Inteligencia de la Provincia de Buenos Aires, División de Investigación de la Información— fechado a las 21.30hs. del mismo día se indica:

> «Relacionado con Secc. "A" 382.-
>
> Acto debía llevarse a cabo, 20.00hs. Local Unión Ferroviaria sito calle 31 Nro. 572 localidad de Mercedes, por "CENTRO ESTUDIOS SOCIALES PARA UNA NUEVA ARGENTINA", tómese conocimiento Delegación Policía Federal —Mercedes—. Recibió radiograma dice: Orden Presidente de la Nación deberá proceder detención inmediata de RODOLFO GALIMBERTI, una vez arribe a ésa. —Al no acerse *[sic]* presente el mencionado, acto de mención fue suspendido.

DISTRIBUIDOR; S.I.P.B.A. -U. R. N-1 LA PLATA
TRANS: BARCHESI
-RECIB: ORTEGA»

El viernes 17 de noviembre de 1972, el Batallón 601 de Inteligencia del Ejército libró otro teleparte:

MENSAJE Nro 35634 161620 NOV 72
RESERVADO

De B.ICIA601 (PLANA MAYOR)
PARA: SEG. FEDERAL —SIPBA

«Salta:
»Se tiene conocimiento que RODOLFO GALIMBERTI, en reciente Congreso Juventud Peronista en Santa Fe, habría recomendado iniciar escalada terrorista a partir del 17 del cte. Alcanzando máxima expresión día 23 nov.
Valorización: B-3».

Ese día a las 11.08 a.m., el general Perón aterrizó en un DC 8 de Alitalia alquilado por la FIAT de Gianni Agnelli, junto a ciento veinticinco personalidades que habían volado hasta Roma para acompañarlo en su regreso, más otros veinticinco pasajeros de su entorno madrileño. Cuando el General bajó las escalerillas, llovía. José Ignacio Rucci lo cubrió con el paraguas. «El Tío» Cámpora, leal servidor, sonreía. Perón alzó los brazos en la pista de aterrizaje. Centenares de miles de militantes rodeaban el aeropuerto. Galimberti estaba entre ellos, con la JP. Su ausencia en el Comité Oficial de Recepción, que integraron más de trescientos dirigentes y allegados peronistas, fue la nota más sorpresiva. Era evidente que había sido apartado del «Operativo Retorno» por la decisión del Comando Estratégico —Perón, Isabel y López Rega— y los sindicalistas del Comando Táctico. Había un motivo: aunque a esa altura, como jefe de la Juventud, Galimberti era más influyente que los Montoneros, su vinculación con la dirigencia guerrillera era cada vez más estrecha. A partir de la creación de las Regionales, cada militante que se incorporaba a la JP bajo su influjo se encuadraba obligadamente en «La Orga». Para miles de jóvenes, el liderazgo de Galimberti fue la puerta de entrada a Montoneros. El mismo, en su afán de colocarse en la superestructura para liderar el fenómeno social de la guerrilla, iba quedando atrapado en sus estructuras orgánicas.

La mañana del retorno, las tropas policiales y militares arrojaron gases lacrimógenos para impedir que la multitud se acercara. Había 35.000 efectivos. Un grupo de oficiales y suboficiales de la ESMA intentó una sublevación en apoyo del General, pero el Servicio de Inteligencia Naval (SIN) desbarató el plan y detuvo a los marinos peronistas. El consejero superior Licastro y el ex teniente Fernández Valoni fueron arrestados por creérselos vinculados a la rebelión, y luego liberados. Perón fue encerrado en la habitación 113 del Hotel Internacional del Aeropuerto. Estaba armado. Se corrió la voz de que había sido detenido por orden de Lanusse. Se suspendió la programada conferencia de prensa, y sólo mantuvo un breve diálogo con Sergio Villarruel, de Canal 13. Había un clima de euforia e incertidumbre, de tensión y de entusiasmo. Se temía un atentado. Fueron diecinueve horas de gran confusión, hasta que el sábado 18 a las 6 de la mañana, Perón fue trasladado a Vicente López. Después de diecisiete años, había regresado.

El primer fin de semana, diez mil personas se acercaron a la casa de la calle Gaspar Campos. La guarda de Perón fue una batalla que libró el grupo de Osinde, su asesor militar, con las huestes de la JP de Galimberti. Dardo Cabo y «Beto» Ahumada se ocuparon de organizar la seguridad de la puerta y las inmediaciones. Un dispositivo juvenil mantuvo el control del tránsito. Se decía que también estaba controlado el corredor aéreo. En los hechos, toda la zona Norte fue tomada las veinticuatro horas del día. Perón, a ratos, aparecía por la ventana para saludar a la militancia. En una de las pocas salidas que efectuó durante los veintiocho días de estadía en la Argentina, visitó la Villa 31 y a los curas tercermundistas, dio una conferencia de prensa a corresponsales extranjeros y se reunió con casi todo el espectro político argentino en el restaurante Nino. «No tengo odios ni rencores. No es tiempo de revanchas, retorno como pacificador de los espíritus», era su mensaje. Se mostró a la búsqueda de un frente nacional para las elecciones, pero su candidatura a Presidente le estaba vedada: había vulnerado la «cláusula de residencia» que vencía el 25 de agosto.

Esa semana, un grupo de dirigentes de las organizaciones armadas ingresó en Gaspar Campos. Vázquez, un médico muy proclive a los devaneos ideológicos, empezó a discutir con Perón acerca de las teorías de Louis Althusser y el conflicto entre China y la URSS. El anfitrión sintió que le estaban tomando examen y se irritó. Los caniches se impacientaron.

Afuera había miles de personas cantando. Fue una reunión desastrosa. La única coincidencia que lograron con el General fue el reclamo conjunto por la derogación de la «proscriptiva» cláusula de residencia.

Durante un fin de semana Galimberti se sumó en forma breve a la tertulia con el General. Escaló por la pared trasera de la casa con la aquiescencia del comisario Carnerero. A los pocos días, en una conferencia de prensa en la sede del

Justicialismo, anunció un plan de movilizaciones en todo el país que incluía la participación del General en un acto en la cancha de San Lorenzo. Se reinstaló como el líder de los «duros», lanzando el lema «Perón presidente, única solución» y deslizó que «sin la candidatura del General no habría participación del justicialismo en los comicios», pero delegó en el Líder la decisión final.

A partir del 3 de diciembre de 1972, Galimberti fue más buscado que nunca. Ese domingo por la mañana lideró una marcha de dos mil militantes frente a la pizzería La Rueda de William Morris, donde habían muerto los fundadores de Montoneros, Carlos Gustavo Ramus y Fernando Abal Medina. La policía dispuso ocho carros de asalto, cuatro jeeps, un camión de bomberos y alrededor de doscientos efectivos para impedir el acto. «Venimos a depositar una ofrenda floral donde cayeron nuestros mártires», reclamó ante el cerco policial. Quería que le abrieran paso. La multitud empezó a tirar piedras. La policía respondió con gases y balas de goma. Los manifestantes sacaron maderas de una carpintería y les prendieron fuego en la calle. Se levantaron barricadas. Un grupo quemó un vagón de tren y dos autocares. Al mediodía llegaron los refuerzos policiales y del Ejército. Se escucharon disparos de armas de fuego. Un fotógrafo capturó la imagen que irritaría a Lanusse al día siguiente: Galimberti, con el rostro semitapado por un pañuelo, encabezando una columna, desafiaba a la policía, secundado por su escolta Andrés Castillo, Diego Muniz Barreto y el abogado Eduardo Duhalde. Al mediodía, la policía mató a un estudiante del Colegio Nacional de Buenos Aires, de dieciocho años: Ramón de Césaris. Lo arrinconaron contra el alambrado de la vía del tren y desde una distancia de metro y medio le dispararon una granada de gas que le perforó el abdomen. Hubo catorce heridos. Muniz Barreto fue detenido en su domicilio por personal de la Superintendencia de Seguridad (ex Coordinación Federal). Luego acusó al Gobierno de que había sido encarcelado en Villa Devoto para evitar que formalizara una denuncia judicial contra los ex funcionarios Adalberto Krieger Vasena y Álvaro Alsogaray, entre otros, por asociación ilícita, cohecho, malversación de fondos públicos, y otros cargos. En resumen, por estafar al erario nacional en 25 millones de dólares.

La tarde de William Morris, Galimberti escapó con su esposa «Moni» Trimarco en un automóvil. Ella usaba pelucas de distintos colores para no ser reconocida. En su desesperación, Galimberti cruzó los semáforos en rojo, frenó, aceleró, retrocedió y cambió diez veces su itinerario alrededor de la ciudad: sentía que lo estaban persiguiendo. Al final de la tarde estacionó el auto en la avenida 9 de Julio y se sentó en la terraza de una confitería a tomar un café y descansar un poco.

Al día siguiente, convocó a una conferencia de prensa junto a Abal Medina en la sede del PJ de la avenida La Plata para denunciar el crimen de De Césaris,

pero se fue de golpe porque le advirtieron que estaba a punto de llegar una comisión policial. Sobre él pesaron dos causas penales y una orden de captura de la Cámara Federal. Y otra, muy especial, de Lanusse, que se había propuesto sacarlo de la actividad política.

—No puedo disimular las ganas de que esté detenido... si correspondiere —admitió. El Presidente quería mostrar imagen de dureza y control de la situación. Y agregó—: No tenemos las armas de adorno.

Luego Perón le respondería:

—Lo que tienen de adorno es la cabeza.

A pesar de que su esposa «Moni» Trimarco intentaba acompañarlo donde fuera, en 1972, Galimberti ya había iniciado un romance con una actriz y cantante con cara de niña, que se había acercado después de un acto de la JP. Los unía la juventud, la popularidad y el calor de la militancia. Ella también era peronista, cantaba gratis en las villas y actuaba en funciones de teatro a beneficio de los presos políticos. Abal Medina la había invitado a ocupar una butaca en el «avión del retorno» junto al General. Sin embargo, no era Marilina Ross la mujer que más lo entusiasmaba. En ese tiempo de clandestinidad, de furor por Perón y la guerrilla, Galimberti vivía desvelado por el amor de una alumna de quinto año del colegio Bayard, cuya madre, Julieta Luro Pueyrredón de Bullrich, era su amiga. La había conocido en una agencia de publicidad junto a Miguel Coronato Paz, el hijo del libretista de radio, que militaba en JAEN, y a Luis Pico Estrada. En esa época Julieta Luro Pueyrredón se había separado del doctor Bullrich y estaba «en conversaciones» con Diego Muniz Barreto. Tenían algo en común: los dos renegaban de su clase y detestaban sus vicios e hipocresías, y como tantas familias de tradición patricia que habían apoyado la Revolución Libertadora, en los años setenta se volcaron de lleno en el discurso transformador que irradiaban el peronismo y la guerrilla.

Una tarde, Julieta Luro Pueyrredón invitó a Galimberti a tomar un té a su piso de la calle Mansilla. A las seis, apareció «Julie» con su trajecito de uniforme color verde. Llegaba del colegio. Tenía diecisiete años. Era hermosa. Él le clavó la mirada.

—Ni se te ocurra... —advirtió la madre.

Ya era tarde. Se inició un noviazgo fulminante. A partir de ese día en el «mundo del galimbertismo», «Julie» pasó a ser Julieta. Y la mayor se convirtió en «Julieta madre».

Julieta tenía tres hermanos. Entre ellos se trataban de usted. Era un mandato familiar. Uno estudiaba arquitectura, otro economía, y Patricia, de quince, que estaba en el tercer año del Bayard y empezaba a militar en un local de la Jotapé del Abasto junto a los changarines.

Julieta, que era mucho más femenina que su hermana, pasaba los veranos en Los Toldos, en el campo de su abuela Totó Luro Pueyrredón. Era la hija de Honorio Pueyrredón, el canciller del gobierno radical de Hipólito Yrigoyen, que había ganado las elecciones para la Gobernación de Buenos Aires, anulada por los conservadores. En la estancia «Granja Grande», Galimberti se encontraba con todas las primas de su novia. Entre ellas estaba Dolores Pueyrredón Larguía y había otra chica de quince, Fabiana, la hija de Silvina Luro Pueyrredón, que se había casado con un Cantilo. Fabiana ya empezaba a cantar canciones de rock.

El día que Julieta le presentó su novio a la abuela, Totó se indignó:

—¿Líder de la Juventud Peronista...? ¡Qué desastre...! si al menos hubiese sido del ERP.

Galimberti tenía una personalidad muy atractiva, que le permitía ser aceptado en el seno de las familias acomodadas. En el tiempo que lo perseguía Lanusse, Leónidas Walger lo refugió en la casa de su madre María Luisa Anastasi, en Barrio Parque. María Luisa fue la primera jueza mujer de la Argentina, y el líder de la JP pasaba horas hablando con ella y su marido. Leónidas también le había presentado a su hermana Sylvina, que tenía treinta años, estudiaba Sociología y era ayudante de trabajos prácticos de la cátedra de Juan Carlos Portantiero. Sylvina Walger vivía en Ugarteche y Las Heras. Galimberti empezó a visitarla en su casa. Para una estudiante ganada por la «ola nacional y popular», en un tiempo que Argentina prometía convertirse en una potencia socialista, encontrarse con el líder de la JP, que tenía la bendición del General y era una de las figuras de superficie de Montoneros, era lo mejor que podía sucederle. Lo tenía mucho tiempo adentro de su casa. Se había producido una circunstancia especial: «El Vasco» Mauriño había abandonado la oficina madrileña de Jorge Antonio, volvió con Perón en 1972 y se puso de novio con Sylvina Walger. Además, a la salida del colegio, Julieta pasaba por su casa y se quedaba sentada y callada esperando a Galimberti. Empezaba a vivir para él. Por la tarde también aparecía «Moni» en condición de esposa o como prima de «El Vasco». Era todo una gran mezcla.

Lo mejor en el piso de Ugarteche y Las Heras eran las fiestas. Sylvina invitaba a sus amigas de Facultad y otras que eran elegantísimas, y las chicas llegaban en minishort, saludaban a Pepe Aguilar, un español que había sido amigo del Che y era un espía cubano, y bailaban con las canciones de Caetano Veloso. En ese tiempo, en Palermo o Barrio Norte, una fiesta no alcanzaba real prestigio si no había al menos un guerrillero o alguien que simulara estar ligado a la lucha armada. Galimberti aparecía con el pelo achatado, tomaba un trago y al rato se iba, dejando entrever que estaba en algo importante, poner una bomba en la Catedral o matar a un policía, y las chicas lo miraban fascinadas. Su cara aparecía todos los días en la televisión. Lo presentaban como un «peligroso extremista» que debía ser

apresado de cualquier manera. La policía armó distintos operativos con resultado negativo. El líder juvenil estaba en fuga permanente, pero no esquivaba las reuniones sociales. Cenaba en la casa de Miguel Coronato Paz junto al filósofo Juan José Sebreli, el escritor Manuel Puig o el periodista Ernesto Schoo, entre otras personalidades, y guardaba sus armas debajo del sillón. Puig hacía de señora y contaba chistes con modales femeninos. Una noche Galimberti y Sebreli se enfrentaron.

—Usted comete un gran error en defender a la guerrilla. Lo que viene es una ola de sangre en la Argentina.

El jefe de la JP defendió con énfasis el «socialismo nacional» y el futuro gobierno revolucionario. Al final de la cena lo acompañó al ascensor y le abrió la puerta. Sebreli pensó que intentaba seducirlo con su juventud y cortesía.

—Cómo es posible que usted, que fue el precursor de estas ideas, ahora esté en contra —le recriminó Galimberti.

—Yo no fui precursor de nada. Lo único que quiero decirle es que ni bien suba el peronismo al poder, antes de matar a los comunistas o a los antiperonistas, a los primeros que van a matar va a ser a ustedes los guerrilleros.

Antes de abandonar el país, Perón eligió a Cámpora como candidato a Presidente. Los gremialistas se enfurecieron. Rucci quería alquilar un avión privado para perseguirlo a Paraguay a fin de torcer su decisión. El candidato del sindicalismo era el ex titular de la Caja de Ahorro Postal Antonio Cafiero, pero al General no le cayó bien que se reuniera en secreto con Lanusse en la residencia de Olivos. Necesitaba un candidato de probada lealtad. Abal Medina tuvo que pilotear el Congreso Justicialista en el hotel Crillón para que aceptara la nominación de «El Tío» Cámpora y fue perseguido a tiros cuando bajó la candidatura a gobernador de Buenos Aires al estanciero Manuel de Anchorena, que recibió el apoyo de los metalúrgicos de Luis Guerrero, segundo en la fórmula. Perón aprobó a Óscar Bidegain, ligado a la Tendencia Revolucionaria.

El 15 de diciembre Muniz Barreto recuperó su libertad y se recluyó en su nuevo domicilio, en el séptimo piso de Posadas 1262. Tenía suelos de ladrillo lustrado, escupideras de plata, ojos de buey y el mobiliario de los tiempos de Rosas. Era una «casa abierta» del movimiento social. Lo visitaban artistas, guerrilleros, políticos e intelectuales. Cualquiera que llegara podía encontrarse con la actriz Chunchuna Villafañe, el guerrillero Roberto Perdía, el cantante Joan Manuel Serrat o el peronista ortodoxo Alberto Brito Lima. Muniz seguía sosteniendo a la estructura. A veces les tiraba un dardo a Galimberti y Abal Medina. «Me salen más caros que las bailarinas del cabaret Pigalle», decía, pero se sentía feliz porque estaba venciendo a Lanusse y a los liberales «que habían entregado el país al capital extranjero». Se reía.

En su casa, ese mes de diciembre, empezaron a discutirse las candidaturas. Una tarde Abal Medina intentó convencer a Galimberti de que se presentara como candidato a diputado. Era una petición de Perón. Pero Galimberti se opuso.

—No... yo no hice todo este quilombo para ser un diputado —respondió ofendido.

En cambio propuso la candidatura a legislador de Mario Herrera, pero éste también se negó porque le resultaba mucho más apasionante la militancia que la labor parlamentaria. Galimberti empezó a llevar listas repletas de candidatos de distintas provincias. Le insistiría a Abal Medina para que los aceptara. Eran todos montoneros.

—¿Pero vos conocés a estos tipos? —le preguntaba el secretario, en rápida ojeada.

—No, a ninguno. Pero es toda la gente de los muchachos...

A fines de 1972 Galimberti ya respondía a la estrategia guerrillera y tenía la certeza de que iban a matarlo. Pensaba que, antes de las elecciones, el Gobierno iba a intentar librarse de la figura pública más disidente y que su cuerpo baleado sería presentado como muestra del endurecimiento de la política oficial. El Consejo Superior del Justicialismo denunció que se estaba preparando un atentado contra el jefe de la JP y Julián Licastro «bajo el usual pretexto de un intento de resistencia al momento de su captura». Héctor Gómez Machado, un ex diputado rosarino del MID, denunció que había un plan del II Cuerpo de Ejército para eliminar a Galimberti.

En enero, Licastro vivió en la casa de Miguel Saiegh, que lo secundaba junto a Carlos Grosso en los Comandos Tecnológicos. Galimberti seguía conduciendo la JP en la clandestinidad. Nadie lo reemplazó. «Beto» Ahumada recibió sus instrucciones y pasaba la cinta con sus discursos en los actos de la juventud. La voz grabada de Galimberti advertía que «la sangre derramada no será negociada». Llenaron la cancha de Atlanta y de Argentinos Juniors. En enero, Galimberti fue portada de *Nueva Plana,* la revista que sucedió a *Primera Plana* y dirigía Felix Borgonovo[1].

A pesar de su clandestinidad, Galimberti quería mantenerse en el centro del escenario político, pero lo cierto era que Abal Medina le había hecho sombra. En tres meses, quien era candidato a reemplazarlo como delegado de Juventud, se

---

[1] «La clave de la toma del poder en toda revolución es la síntesis entre las masas y las armas —declaró—. La JP ya ha planteado una estrategia que tiende a explicar de qué forma se obtendrá esa síntesis que, a nuestro juicio, es inexorable para hacer la revolución. Las elecciones no nos darán esa conjunción, pero nos permitirán modificar cualitativamente la relación de fuerzas entre el movimiento popular y el régimen colonial, aproximándonos a la toma del poder».

había convertido en el verdadero Conductor táctico del candidato a presidente, «El Tío» Cámpora.

Sufriendo su exclusión, sintiéndose olvidado por el Movimiento, Galimberti empezó a pelearse con Miguel Bonasso, flamante secretario de prensa de «El Tío». Lo acusaba de «burócrata y reformista» y le reclamó que le diera publicidad y organizara entrevistas con los periodistas. «Me estás dejando afuera», le decía. Ese verano de 1973, su padre pasó por el Comando del FREJULI, en Oro y Santa Fe, para saber de su vida.

—No quiero saber dónde está. Sólo quiero saber si está bien —preguntó.

Bonasso intentó tranquilizarlo. Don Ernesto se fue murmurando:

—Yo sé que algún día lo van a matar...

Hasta que a Rodolfo Galimberti un día lo mataron. Su muerte fue anunciada por los informativos radiofónicos durante toda la tarde del 20 de febrero de 1973. Había aparecido con un balazo en la cabeza en un baldío de la avenida Ricchieri y Lacarra. Abal Medina fue a reconocer su cuerpo en la sala de guardia del Hospital Piñeiro, y en el noticiario de las ocho el periodista Sergio Villarruel hizo durante veinte minutos una prolija y respetuosa necrológica del líder juvenil. Galimberti vio la nota desde un piso en la bajada de la 9 de Julio, que le había conseguido Leónidas Walger. El cuerpo baleado era en realidad de Santos Pintos, de treinta y siete años, de notable parecido. Lo secuestraron, le metieron un tiro en la cabeza y lo tiraron a un baldío. Pero no era.

Ese mismo día Muniz Barreto recibió una bomba en su casa. Venía disimulada en una caja de zapatos y envuelta en papel de regalo. Se activaba al levantar la tapa. A Muniz el obsequio le pareció sospechoso. Cortó una de las caras laterales con una hoja de afeitar y espió el interior: observó los cables y un pedazo de caño. Eran 400 gramos de gelignita rodeados con trozos de hierro. La desactivó la Brigada de Explosivos.

En su deseo de demostrar que Galimberti no había sido abandonado por el Movimiento Justicialista, Abal Medina decidió llevar a su esposa «Moni» Trimarco a Puerta de Hierro y presentarla ante el General, en el último viaje antes de las elecciones. Abal sabía que «Moni» había sido una compañera fiel, a pesar de la conducta de su marido.

—Pero es una boludez. Nosotros estamos prácticamente separados —se interpuso Galimberti.

—Pero no podés romper tu matrimonio. «Moni» es una piba de primera. Son una pareja joven, se llevan bien... Tenés que buscar la manera de reconciliarte.

—Juan Manuel, yo te quiero mucho, pero lo que me estás planteando es de un catolicismo vulgar y pelotudo.

En Madrid, se enteraron de que Perón acababa de tratarse los pólipos de la próstata. Su salud se había deteriorado. «No es conveniente que viaje para las elecciones. Está bastante delicado», aconsejó López Rega, al que ya nadie llamaba «Lopecito». Por primera vez, empezó a criticar a Cámpora.

—Llega al gobierno por nosotros y no vamos a permitir que actúe por su cuenta —advirtió.

El 9 de marzo la foto de Abal Medina junto a «Moni» Trimarco llegando desde Madrid se publicó en todos los diarios. «El Tío» cerró la campaña en la cancha de Independiente. El domingo 11 superó el 49% de los votos. El radical Balbín alcanzó el 21%. Volvía el peronismo de la victoria. Cámpora salió al balcón de Oro y Santa Fe escoltado por Galimberti y Abal Medina y les alzó los brazos y la multitud en la calle, emocionada, los ovacionó. Muniz Barreto, con sus treinta y ocho años, fue electo diputado nacional por la JP. Galimberti volvió a la actividad pública. Declaró en el Fuero Antisubversivo de la Cámara Federal. En uno de los procesos fue sobreseído y en el otro se le dictó prisión preventiva, pero fue «excarcelado» bajo caución juratoria. Antes de que volviera a la legalidad, mostró su 38 corto en cámara. Mientras era entrevistado por un canal de televisión, antes de un acto, un grupo de sindicalistas lo rodeó y le gritó «infiltrado hijo de puta». Galimberti sacó un revólver y les apuntó. La imagen se difundió por todo Mendoza. Pese a que Rogelio Coria fue «sacrificado» en la campaña y se había alejado de la secretaría de las 62 Organizaciones, el conflicto entre la Tendencia Revolucionaria y el poder gremial preveía un futuro tormentoso. Abal Medina intentaba fórmulas de entendimiento entre dos mundos tan disímiles.

En la noche del 16 de abril de 1973, Galimberti organizó una reunión entre Cámpora y los jefes guerrilleros Firmenich y Perdía en la casa de su novia, Julieta Bullrich. Como al presidente electo lo seguía un coche de escolta que Lanusse le había asignado en forma permanente, el líder de la JP planeó con su grupo una encerrona en plena calle y el coche de «El Tío» pudo ingresar limpio en el garaje del edificio de Pueyrredón y Mansilla sin que nadie lo advirtiera. Era una reunión secreta entre un presidente electo y uno de los prófugos por el crimen de Aramburu. No debía trascender. «El Vasco» Mauriño y «Beto» Ahumada hicieron la cobertura de seguridad.

Los Montoneros entregaron a Cámpora la lista de ministros de su preferencia para el futuro gabinete. Le explicaron que ellos habían tenido un rol protagónico en la campaña, que habían puesto la sangre de los caídos para el retorno de Perón e impulsaron las movilizaciones populares para asegurar la victoria. «El Tío» tenía el papel en la mano y no podía creerlo.

—Creo que se están sobrestimando, muchachos; el crecimiento masivo fue por toda la Tendencia, no por ustedes solos... —acotó—. Pero yo igual le voy a llevar la propuesta al General porque es mi deber. Soy su soldado.

Montoneros también planteó el tema de los presos.

—A nosotros nos importa un carajo que salgan por indulto o amnistía. Lo que nos importa es que salgan.

—Ese es un compromiso político que asumí y no lo voy a olvidar —dijo Cámpora, solemne.

—Nosotros tampoco, doctor —respondieron los guerrilleros.

El 18 de abril Galimberti lanzó el discurso de las «milicias armadas» en el Sindicato del Calzado. Ya se lo venía anticipando a Abal Medina.

—Los milicos dan un paso atrás pero después toman envión y van a querer volver. La derecha está armada. La contrarrevolución ya está en marcha. Nosotros no tenemos que entregar las armas. Tenemos que crear un poder popular para defender nuestro gobierno.

Galimberti había alcanzado una unidad de criterio con el análisis de la coyuntura que hacían los Montoneros. Pero en una reunión de la calle Chile sintió que lo acorralaban.

—Si no lo largás vos, el discurso lo largamos nosotros... —le dijeron.

La noche del 18 de abril, la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) presentaba su constitución en el Sindicato del Calzado. El local de la calle Yatay estaba colmado. Uno de los oradores fue Mario Montoto, de la filoderechista Alianza de la Juventud Peronista de La Plata. Después habló Cristian Caretti, «El Gringo». Era jefe de la UES y poeta. Había aferrado el concepto de la proletarización de los cuadros revolucionarios. Reunía a los estudiantes en una pizzería de Santa Fe y Salguero y los mandaba a trabajar a las fábricas del suburbio. Tenía un carisma arrollador. Después habló Abal Medina, que en cada adolescente veía la cara de su hermano Fernando.

—El 25 de mayo van a estar en libertad todos los compañeros presos, y vamos a terminar en serio con el imperialismo yanqui, con el capitalismo y con la oligarquía que le sirve de sostén, y vamos a construir la patria socialista —prometió.

A Galimberti le tocaba cerrar el acto. Se sacó de la sobaquera sus dos pistolas, las entregó a un asistente y tomó el micrófono. Los chicos gritaban «Con Cámpora y con Lima, la lucha no termina».

—... en 1955 se instaló la violencia del régimen, a la que las masas contestaron con su propia violencia. Pero ahora debemos ejercer esta violencia en forma orgánica, porque no podemos pensar que el gobierno popular va a poder sostenerse y llevar adelante su programa de liberación nacional y social en el

camino al socialismo si no tiene fuerzas que lo apoyen. Entre esas fuerzas, compañeros, es necesaria la existencia de aquello que ya intentó organizar la compañera Evita, compañeros: ¡las milicias populares peronistas!

—Aquí están / éstos son / los fusiles de Perón —respondió la juventud enfervorizada.

El discurso de Galimberti a favor de las milicias conmovió todos los estamentos políticos. El poder gremial anunció la creación de la Juventud Sindical Peronista (JSP), una fuerza de choque que reclamaba «ritos o ideologías foráneas» desde su declaración de principios. El Ejército salió a repudiar al jefe de la JP. El general Alcides López Aufranc especificó que las Fuerzas Armadas eran las únicas instituciones armadas que la Nación necesitaba. Cámpora no lo criticó en público pero se reunió con la CGT y le explicó que sus «excesos juveniles» serían sofocados. Perdía quedó preocupado.

—Loco, nos armaste un quilombo bárbaro. Lo de las piedras y algo más lo graneaste de una manera perfecta, pero ahora te fuiste un poco de boca. Tenías que haber remarcado que las milicias era la posición de Evita a partir del levantamiento del general Menéndez en 1951...

En cambio, el sociólogo Portantiero lo respaldó a través de *La Opinión:* «No habló de milicias armadas sino de promover formas de organización —milicias, brigadas o como se llamen— tendientes a encuadrar una movilización generalizada de la juventud a favor de determinados objetivos políticos. Eso no viola ninguna norma legal existente».

Con el río revuelto, Galimberti partió en fuga hacia delante. Salió a recorrer el interior del país para explicar las milicias. En la provincia de San Luis, la primera escala táctica, intentó bajarle el tono: «Los milicianos tendrán un trabajo vastísimo. Podrán ocuparse del control de precios o apoyar o criticar la gestión de gobierno según las medidas sean justas o impopulares». Dijo que Cámpora iba a anunciarlo oficialmente el 25 de abril. Luego siguió por San Juan y Mendoza. Reclamó el 25% del gabinete para la Juventud, y aseguró que la JP iba a ejercer el control de la conducta revolucionaria de los funcionarios elegidos. «Vamos a dársela por la cabeza a los que se aparten de la senda revolucionaria y no nos preocupa mucho si ese control irrita o no a las Fuerzas Armadas».

A esa altura de la semana, Galimberti ya había recibido el mensaje de Perón. Debía volar urgente a Madrid. Viajó con Abal Medina y Obeid. En el aeropuerto casi no hizo declaraciones. «Ha habido un mal entendido», explicó. Perón lo dejó un día en espera en Madrid, que el líder juvenil aprovechó para intimar con una azafata que había conocido en el avión. El cónclave estaba fijado para el sábado 28 de abril a las seis de la tarde en Puerta de Hierro. Pero a esa hora la silla de Galimberti estaba vacía. «Este chiquilín que no llega...», se lamentó

Perón. Una hora y media más tarde el líder juvenil se cuadró ante el General con un taconazo y se inclinó gentilmente ante Isabel. En el comedor había un tribunal de aspecto inquisitorial, dispuesto a «carear» a Galimberti y a Abal Medina. Lo componían la consejera justicialista Norma Kennedy, ex compañera de Brito Lima; los sindicalistas Alberto Campos y Víctor Damiano; el coronel Osinde; Juan Carlos Ortiz y Pascual Breglam, dos ignotos dirigentes juveniles; Héctor Cámpora, que miraba todo con expresión de tristeza, y López Rega.

Abal Medina recibió los primeros reproches por las derrotas electorales en segunda vuelta del FREJULI en Santiago del Estero y Capital Federal, donde Sánchez Sorondo perdió la senaduría a manos del abogado cordobés Fernando de la Rúa. Kennedy, desencajada, le echó en cara que armara reuniones en la casa de Muniz Barreto para elegir los candidatos, algunos de los cuales no tenían antecedentes peronistas.

—... Incluso habían sido gorilas, empezando por el propio anfitrión.

Campos le criticó la performance electoral de su ex jefe Marcelo Sánchez Sorondo:

—... hace veinte años que el General viene avisando que es un piantavotos [persona impopular que ahuyenta votos].

Abal Medina se defendió con energía y Campos se puso de pie, dispuesto a agredirlo, pero el General lo hizo sentar con un gesto. Galimberti permanecía en silencio. Recordó cuando había defenestrado a Paladino hacía un año y medio atrás, en el mismo lugar. Ahora le tocaba a él. Primero avanzó el juvenil Ortiz:

—El anuncio de las milicias del compañero Galimberti compromete a la Juventud y constituye un desacato a las instrucciones del jefe del movimiento.

Perón asintió.

—Esas declaraciones son una inoportunidad que pone en peligro la pacificación y la unidad nacional por la que venimos trabajando. Es una amenaza a las Fuerzas Armadas. El general Sánchez de Bustamante me requirió explicaciones por télex.

Campos echó leña al fuego:

—Se llegó a decir que contaban con su consentimiento, General.

—Eso es falso —respondió Perón, irritado—. Galimberti desoyó mis precisas instrucciones de no innovar en materia de organización hasta que regrese al país.

Se quedó pensando que era la primera vez que le gritaba. Alguien murmuró que con su discurso había creado el pánico entre los inversionistas europeos que estaban negociando con Perón un gigantesco plan de obras públicas para reactivar la economía.

—Y usted habla de milicias... —agregó Campos, con desprecio.

Galimberti intentó aclarar el significado de las milicias, aunque sabía que lo que dijera ya no importaba. Pero ni siquiera tuvo esa chance. El metalúrgico tomó una cinta que contenía su discurso en el acto de la UES y la colocó en un aparato y media y Perón puso punto final al juicio político. Seguía enojado.

—Yo siempre quise promocionar y estimular a la juventud, en cuyas manos está el futuro, y en forma paulatina deben tomar el relevo de las filas del Justicialismo, pero el presente corresponde a los hombres que lucharon contra la dictadura a lo largo de estos dieciocho años. La juventud tiene que empezar de abajo, como siempre ha sido, y no pretender ministerios. A los que creen eso habría que mandarlos a plantar zanahorias.

Al final del cónclave, Galimberti fue destituido como Delegado Juvenil. Abal Medina se mantuvo en su cargo pero en una situación muy debilitada. López Rega anunció a la prensa que «la de Rodolfo Galimberti es la primera cabeza que cae en pos de la gran pacificación nacional argentina».

Al día siguiente, la JP Regionales que él mismo conducía enviaron un télex en el que comunicaban su subordinación a todas las decisiones del Líder. Perón consultó a Abal Medina si el reemplazante en la JP debía ser Obeid. El todavía secretario del Movimiento Justicialista frunció el ceño.

—Ese es más loco que Rodolfo. En un acto de campaña en Rosario le tuve que sacar el micrófono porque si seguía un minuto más íbamos a terminar todos presos. Y era un acto importante...[2].

El jueves 3 de mayo el General invitó a cenar a Galimberti a solas en Puerta de Hierro. Fue una manera cortés de atenuar lo irremediable. Montoneros eligió a Juan Carlos Dante Gullo, «El Canca», en reemplazo del destituido. Si bien no tenía el carisma y la representación de Galimberti, era un cuadro propio y contaba con el beneficio de liderar la Regional Capital.

A su regreso a Buenos Aires, Galimberti reagrupó a parte de su tropa en la casa de Jorge Bernetti, en la avenida Belgrano. Estaban «El Vasco» Mauriño, «Beto» Ahumada, Andrés Castillo, entre otros. Sylvina Walger se demoró en llegar. «La compañera es muy liberal y se presenta media hora más tarde», comentó el anfitrión. Galimberti intentó resumir el cuadro de situación:

—«El Viejo» entiende la guerrilla como la entiende Clausewitz. Una formación, que él llama «formación especial», que atraviese la línea enemiga, haga el operativo, vuelva y se repliegue con su jefe. Se lo comenté a los muchachos pero ellos no lo entienden. Se creen que «El Viejo» me bajó a mí solo y se equivocan. Perón nos bajó a todos.

---

[2] Obeid fue gobernador de Santa Fe en el período 1995-1999. En la actualidad es diputado nacional por el PJ.

Capítulo XI

James Dean a la clandestinidad

El pueblo peronista todavía vibraba por la epopeya del 25 de mayo de 1973: los militantes con el brazalete de la JP garantizando la seguridad de la ceremonia de asunción y forcejeando con los militares, el discurso de «El Tío» (que llegó en helicóptero) en el balcón de la Casa Rosada. «Se van, se van y nunca volverán». La visita de la Patria Socialista, con los presidentes de Chile y Cuba, Salvador Allende y Osvaldo Dorticós. Y por la noche, la movilización para asegurar la liberación de los «presos políticos». En una visión retrospectiva, para muchos militantes ése sería el día más feliz de sus vidas.

Pero ahora que el peronismo volvía al poder después de dieciocho años de proscripción y resistencia, Galimberti significaba muy poco. Su ascenso, que durante años había parecido indetenible, encontró su límite en la destitución como delegado de la juventud. Estaba con un pie fuera de la política y todavía no había cumplido los veintiséis años. En medio de la euforia y de la pelea por colocar hombres ligados a la Tendencia en el gabinete, Montoneros decidió sacrificarlo para no deteriorar la relación con el General. Lo mandaron a realizar el camino orgánico, como cualquier anónimo que se inicia en la militancia.

Galimberti eligió Rosario como lugar de retiro. En viaje por la ruta 9, todavía le retumbaban en la cabeza los argumentos de Firmenich y Perdía para que aceptara la decisión.

—«Loco», vos tenés prestigio, la gente te adora. Pero para ser un cuadro integral de Montoneros, tenés que formarte en la vida interna de la organización. Hacer la escuelita.

—Pero ¿qué escuelita? Yo me gané la representación de la gente antes de que ustedes armaran el aparato. Lo fui a ver a Perón, lo volteé a Paladino, movilicé las masas, me cagué en la burocracia sindical. Mirá la escuelita que hice.

—No, «Loco». La escuelita no es dar conferencias de prensa. La escuelita es tener un grupo de cinco villeros y resolver sus problemas de la vida cotidiana. Luchar al lado de ellos. Estar siempre al servicio del conjunto y saber conducir los

conflictos. Si viene uno y te dice «mi mujer se acostó con aquel compañero», tenés que darle una respuesta. Es la práctica de un cuadro montonero.

Tenía que empezar de cero. Viajó a Rosario a principios de junio con la Ford roja que compró con plata de Tito Darracht, aquel mecenas de JAEN. Catorce mil dólares había pagado. «El Vasco» Mauriño conducía en silencio. A veces le parecía que su cara era la copia fiel del autorretrato de Modigliani. Galimberti miraba las vacas por la ventanilla. Pensaba en su novia, Julieta. Le dolía separarse de ella. Por momentos recordaba la cena en Puerta de Hierro, esa deferencia que tuvo Perón al recibirlo después de que terminara defenestrado frente a Alberto Campos y Norma Kennedy. Galimberti imitaba sus explicaciones: «Rodolfo, no piense nada raro... Después de unos meses de impasse, usted va a ser promovido dentro del Movimiento». «No esperaba otra cosa de usted, mi General...». «El Vasco» sonrió, sin salir de la resignación.

—Estamos peor que cuando vivíamos en el criadero de pollo de Nachón —comentó, nostálgico.

—Te voy a contar algo que nunca te conté —continuó Galimberti, en tren de confesiones—. Una vez, en Padua, tendría nueve o diez años yo, estaba en el primario, íbamos caminando por Esmeralda con Gallipoli, un pibe del barrio, y vemos que a una mujer, delante nuestro, se le cae el monedero. Una mujer bien vestida, llevaba un perrito en brazos, me acuerdo. Y nosotros agarramos el monedero y entre que lo revisamos y todo, no vimos más a la señora.

—¿Había mucha guita? —preguntó «El Vasco», curioso.

—Era un montón de guita. Qué sé yo, viste que cuando sos pibe...

—¿Y qué hicieron?

—Nos dio un canguelo bárbaro. No sabíamos qué hacer, y Gallipoli, que era un santo, pobre, un día cacé un pajarito y me hizo un quilombo, me dice «hay que ir a la comisaría», así, todo serio. Y fuimos a devolver el monedero. No sacamos un mango.

—¡Qué boludos...! —se indignó «El Vasco».

En la ciudad hicieron un contacto para ver a «Gustavo» Fernando Vaca Narvaja, el hijo de un ministro de gobierno de Córdoba durante la presidencia de Frondizi. Después de abandonar el Liceo Militar, «Gustavo» había caído preso en Tucumán y en 1972 se escapó de la cárcel de Rawson y se asiló en Cuba. Pero la proeza le había dejado una herida que se traslucía en los ojos: su mujer Susana Lesgart, una montonera de las «originales», que enseñaba a leer y escribir a los cañeros, también presa en Rawson, no pudo llegar al avión de la fuga. La Marina la fusiló en la Base de Trelew a los veintitrés años. Gustavo se enojó cuando Galimberti bajó su equipaje. Traía una Magnum 357, un arma larga y otras personales.

—¿Vos sos loco o te hacés? ¿Para qué trajiste todos esos fierros? Esto es una exageración. Acá está todo tranquilo.

La relación con su responsable fue tirante al principio. La Conducción Nacional le había aconsejado tratarlo con la mayor dureza. «Gustavo» le dijo que no se iba a encuadrar en Rosario.

—Vas a ir a treinta kilómetros. Hay una agrupación nuestra en la construcción que está en conflicto con la patronal. A ese conflicto hay que ir todos los días a las cinco y media de la mañana y empezar a volantear y hablar con los compañeros.

Galimberti pensó que era un mal chiste.

—¿En serio me mandás a volantear? —dijo.

—Esa es la práctica de todo el mundo. Acá no hay Gardel ni Lepera. Esta función es tan importante como todas.

Gustavo corrió la vista hacia «El Vasco» Mauriño, que se mantenía dos pasos atrás, en silencio.

—¿A éste para qué lo trajiste?

—Va a estar conmigo.

—No, Loco, vos sos soldado raso. No necesitás secretario para trabajar acá. Mandalo a Buenos Aires. Te van a acompañar dos compañeros de la JP que van a laburar con vos.

«Gustavo» le puso dos militantes de confianza, de guardia. Galimberti se sintió impotente. Pero al final aceptó. Frente a un montonero de nivel superior, debía cuadrarse. Les debía respeto, pero sobreactuaba su obediencia hasta llevar la situación a un territorio grotesco.

Después de algunas mañanas de otoño y de convivir en una casa con «Gustavo» en permanente estado de alerta, Galimberti fue a militar con los obreros de la JTP de Rosario. Empezó a vivir con Lisandro Brebbia. Era un abogado de veinticuatro años, montonero y asesor legal de la JTP. Lo había conocido en el invierno de 1972 en Buenos Aires, en una reunión «cerrada» con gente del interior del país. Hacia la noche, cuando Brebbia se disponía a tomar el autocar en la estación de Retiro, Galimberti, muy pródigo, sacó un fajo de billetes para que se quedara a dormir en un hotel. Eran gestos que lo distinguían y los actuaba de una manera histriónica y a la vez seductora.

En el otoño de 1973, Brebbia estaba recién casado. Su mujer, Adriana Altieri, tenía veintidós años y estudiaba psicología. Vivían en un apartamento en pleno centro de la ciudad. Galimberti se instaló junto a ellos. «La orga me pidió que eligiera un destino. Y en el primer tipo que pensé fue en vos», le dijo.

La convivencia dentro de los ajustados límites del inmueble fue un poco extraña. Galimberti estaba clandestino y cuando la pareja recibía visitas de

familiares, debía retirarse a fumar a la terraza del edificio hasta que la situación se hubiera normalizado. Si llegaban amigos montoneros, Brebbia lo presentaba como «Alejandro Wilkinson».

En Rosario, Galimberti tenía bastante tiempo disponible y ganas de hacer algo. Empezó a practicar taekwondo en el club Huracán. Quería aprender el arte de la defensa personal por si alguna circunstancia lo encontraba desarmado. Ensayó técnicas básicas durante algunas semanas hasta que, en el vestuario, el hijo de un camarista federal le comentó que se parecía mucho al líder de la JP. Ese día abandonó las clases y nunca más pisó el gimnasio.

Sin embargo, a pesar de que había aparecido en mil fotos, eran pocos los que lograban reconocerlo. Ya no usaba el pelo estirado a la gomina. Dejaba caer sobre su frente un simpático flequillito estilo «beatle». Durante el día se movía en las calles como un gato, cruzando veredas a mitad de cuadra y cambiando el rumbo de improviso para detectar si alguien lo seguía; andaba siempre de un lado para el otro en nombre de la revolución. Visitaba bares, tomaba cerveza, intimaba con alguna que otra chica, pero su novia local era una jueza. Por las noches se reunía con militantes de la Unidad Básica de Resistencia (UBR), a los que encandilaba con sus análisis de la coyuntura política. Mantenía el rito de limpiar su arma tranquilo, de madrugada, y después dormía hasta el mediodía y empezaba su trabajo militante entrada la tarde. Estaba feliz porque el peronismo estaba en el gobierno y él se sentía partícipe de esa victoria.

Pero aquellos días de euforia se terminaron el 20 de junio de 1973 en la masacre de Ezeiza, que puso fin a la primavera camporista. La mayor movilización de la historia argentina, cerca de un millón de personas para recibir a Perón, quedó expuesta a las balas: fue la primera vez que la derecha peronista esgrimió sus armas contra Montoneros. La semana anterior, el Ministerio de Bienestar Social a cargo de José López Rega había publicado un aviso en el órgano montonero *El Descamisado:* «Instrucciones para el 20». Aconsejaba a la gente evitar los apretujones, no traer elementos cortantes, cinturones que enganchen o pinchen, y sugería llevar tiritas, aspirinas y papel higiénico y tener las vacunas al día. «El pueblo peronista debe mostrarse ordenado, organizado, prudente y tranquilo, ejerciendo su derecho soberano en este Glorioso 20 de junio», cerraba el aviso.

Matones contratados por la recién creada JSP, fuerzas de choque del CdeO, y otras bandas armadas reclutadas por el secretario de Deportes, el general Osinde, se hicieron cargo de la seguridad de la autopista Richieri, la ruta 205 y el palco desde el que Perón le hablaría al pueblo, en su segundo y definitivo retorno. Leonardo Favio era el locutor oficial del acto. Entre las fundas de los instrumentos de la Sinfónica se desparramaban las armas largas. La seguridad tenía la orden de impedir que las columnas montoneras se acercaran al palco. Decían que tenían

plan: asesinar a Perón y llevar a Cámpora a la Plaza de Mayo para proclamar la Patria Socialista[1]. Más modesta, la Conducción Nacional de Montoneros sólo quería impresionar al General con su capacidad de movilización y demostrarle quiénes eran los que habían puesto la sangre para permitir su regreso. Galimberti estaba junto a ellos en un autocar oscuro de la Universidad de Buenos Aires, que avanzaba en dirección hacia el palco. Ya tenía alguna certeza de lo que podía ocurrir: la derecha iba a reprimir a la izquierda del peronismo, para provocar una masacre y debilitar a Cámpora[2]. Ese día, la gente cantaba: «Yo te daré, te daré Patria hermosa, te daré una cosa que empieza con P...». El grito de «Perón» estallaba. Hasta que empezaron a sonar los primeros disparos. Favio quiso transmitir tranquilidad: «No se preocupen, son cohetes, fuegos artificiales. No pierdan la calma, compañeros»[3]. En medio de las carreras, decenas de francotiradores disparaban desde las copas de los árboles. Los pistoleros cruzaban el bosque a la caza de montoneros. Un militante cayó herido en el pecho junto al ómnibus de la Conducción y debieron asistirlo. Murió ahí mismo. El cuerpo orgánico del peronismo estallaba en pedazos, y tanto los que disparaban o escapaban, sentían que actuaban en defensa de Perón. La descomposición encontraba a los militantes de los años sesenta en distintos lugares: Bevilacqua, que secundaba a Brito Lima en las reuniones con JAEN, apuntaba desde el palco[4]. A su lado, Emilio Berra Aleman, tacuarista de Derecho. José Luis Nell, de izquierda, que había asaltado con el MNRT el Policlínico en 1963, era baleado en el bosque[5].

La derecha estaba librando una batalla para impedir que «los infiltrados coparan el gobierno». Ezeiza fue su primera victoria. Apenas asumió Cámpora, tomaron radios y canales de televisión para frenar el «avance de los zurdos, los bolches y los que quieren la Patria Socialista». Buscaban provocar un vacío de poder y arrancarle a «El Tío» una renuncia indecorosa. Montoneros ocupó reparticiones públicas para evitar «el continuismo de la dictadura militar». Su líder, Firmenich, advirtió en una conferencia de prensa que iban a fiscalizar al nuevo gobierno: «Quienes incurran en desviaciones o traiciones serán pasibles de las medidas punitivas que establezca la justicia popular»[6].

---

[1] Testimonio de un miembro del CdeO a los autores.

[2] La información de Galimberti provenía de Juan Manuel Abal Medina, que mantenía diálogo con la UOM y Montoneros. Había integrado la Comisión del Regreso pero sin poder de decisión. El 19 de junio un coche lo atropelló en la calle y le quebró una pierna. Ver *Clarín,* 20 de junio de 1993; *No dejes que te la cuenten,* de Ernesto Jauretche, página 198 y «El Testimonio de Rodolfo Galimberti», de Jorge Bernetti, citado en *El Peronismo de la Victoria,* del mismo autor, página 160.

[3] Favio tuvo que correr hasta el Hogar Escuela, a quinientos metros, para frenar la tortura de casi una decena de personas que fueron a buscar refugio al centro de operaciones de Osinde. «¡Paren acá, larguen a estos muchachos y yo me olvido para siempre de sus caras!», pidió a gritos.

[4] Ver *Ezeiza,* de Horacio Verbitsky, página 91.

[5] Nell quedaría parapléjico. Después de un año de sufrir en una silla de ruedas, dos amigos lo llevaron a una calle sin salida en Martínez y le dieron una pistola con la que Nell se suicidó.

[6] Ver *Clarín,* 8 de junio de 1973.

Perón aterrizó en Morón y al otro día le habló al país desde la televisión. Ya no estimulaba ni justificaba la violencia política. Pensaba que las organizaciones armadas ya habían cumplido con su rol para acorralar a Lanusse y ahora debían pasar a un segundo plano. «Tenemos una revolución que realizar, pero para que sea válida ha de ser una reconstrucción pacífica y sin que cueste la vida de un solo argentino», dijo. Sugirió que Montoneros y la izquierda peronista querían arrastrar al país hacia otro camino que el pueblo no había elegido. «Los que ingenuamente piensan que pueden copar nuestro Movimiento o tomar el poder que el pueblo ha reconquistado, se equivocan. (...) Nosotros somos justicialistas, levantamos una bandera tan distante de uno como de otro de los imperialismos dominantes. Somos lo que las veinte verdades peronistas dicen».

Cámpora renunció el 13 de julio, víctima de un golpe de palacio. Durante cuarenta y nueve días una fuerza guerrillera, con fuerte respaldo popular, había ocupado el mayor espacio de poder en un gobierno argentino. Raúl Lastiri, presidente de la Cámara de Diputados y yerno del ministro de Bienestar Social, se hizo cargo de la Presidencia en forma provisional. La Juventud Peronista sintió que la voluntad popular había sido estafada, denunció que el General había quedado preso de López Rega y la derecha peronista, que lo aislaban de las masas, y se propuso romper el cerco con una movilización hacia su residencia de Gaspar Campos. Asistieron más de cien mil personas. Pero el que les dio la bienvenida a los líderes de la JP fue el mismo López Rega[7].

Perón llamó a elecciones y hubo sondeos para que Ricardo Balbín lo secundara en la fórmula. Pero ante la evidencia de que el General iba a delegar el mando por su debilitada salud, los sectores políticos y sindicales del Justicialismo prefirieron no entregar la vicepresidencia a la UCR. La izquierda peronista tuvo que digerir otro sapo: la elegida fue Isabel.

En septiembre, Perón convocó a los montoneros para normalizar la Juventud, pero les interpuso un sinfín de dirigentes de la derecha, de poca o nula representación. A la salida, Firmenich advirtió sobre el país que vendría: «El poder político brota de la boca de un fusil», dijo parafraseando a Mao, y siguió: «Si llegamos hasta aquí ha sido en gran medida porque tuvimos fusiles y los usamos. Si abandonáramos las armas, retrocederíamos en posiciones políticas. En la guerra hay momentos de enfrentamiento, como los que hemos pasado, y momentos de tregua en los que cada fuerza se prepara para el próximo enfrentamiento»[8].

---

[7] En el encuentro, Perón, López Rega y la JP se tomaron una fotografía. En la posterior edición de *El Descamisado,* el ministro de Bienestar Social fue excluido de la foto.

[8] Además de las dificultades que Perón tenía para subordinar a aquella «juventud maravillosa» de 1972, Muniz Barreto también le hizo padecer un dolor de cabeza. Apenas llegó a su banca con los votos del peronismo, la puso al servicio de una escisión del ERP, «el ERP 22 de Agosto». El 7 de septiembre, su agrupación secuestró al apoderado de **Clarín** Bernardo Sofovich y a cambio de su liberación exigió la publicación de tres manifiestos. El diario accedió a la petición dos días más tarde. En represalia, ese

Aunque mantenía su carisma como líder de la JP de 1972, Galimberti no ejercía ninguna influencia en la Conducción Nacional de Montoneros. Sin embargo, algunos fines de semana frecuentaba a sus jefes en un local semipúblico de Callao al 100 o se acercaba al piso de Roberto Perdía, en Avenida de Mayo y Salta. Inventaba algún relato pintoresco sobre la militancia barrial o les mostraba sus manos encallecidas de sus tareas de albañil. Así los entretenía en su ronda de mate, después de alguna reunión de importancia.

En ese tiempo, Galimberti tuvo la primera oportunidad de alejarse de la línea de Conducción. Juan Manuel Abal Medina y Roberto Bustos impulsaron la corriente «leales a Perón», que se subordinaba al General, con la idea de reducir el nivel de conflicto con el sindicalismo ortodoxo. Tenían el apoyo implícito de Lorenzo Miguel. Convocaron a Galimberti con la intención de sumarlo, pero después de discutirlo toda una tarde, decidió no romper. «Yo sabía que vos te ibas a quedar con los muchachos», le dijo Bustos, decepcionado[9].

Montoneros seguía movilizando a cientos de miles de argentinos que soñaban con la Revolución. Pero la lucha con el sindicalismo ortodoxo y el aparato lopezreguista se profundizaba y había cada vez menos espacio para posturas intermedias. Después de la matanza de Ezeiza, el enfrentamiento se presumía inevitable. La derecha peronista y la Tendencia habían confluido para levantar las banderas del retorno del General, pero ahora, en las vísperas de su elección presidencial, unos y otros formaban parte de bandos enemigos. En un manifiesto, las 62 Organizaciones advirtió a las organizaciones armadas: «Los argentinos no sabemos arrugarnos a la hora de la verdad, aceptamos el desafío. A pesar de su disfraz de mascaritas iremos a buscarlos uno a uno, porque los conocemos. Han rebasado la copa y ahora tendrán que atenerse a las consecuencias».

Galimberti extremó sus condiciones de seguridad respecto de sus viejos y conocidos compañeros de militancia de los años sesenta. Sospechaba que cualquiera de ellos podía delatarlo o matarlo. En ese mes de septiembre de 1973, sentado en un bar de Callao y Bartolomé Mitre, vio entrar a un amigo del colegio

---

mismo día, cerca de cuarenta militantes de la UOM de Lorenzo Miguel entraron en la redacción a tiros y lanzaron granadas y bombas incendiarias durante diez minutos. Luego escaparon. Seis personas resultaron heridas. En el Congreso, Muniz impulsó al diputado Sobrino Aranda para que repudiara el ataque. «Hacete un piripipi que yo después te respaldo», le dijo. El astrólogo santafecino cumplió con la petición en la Cámara, pero enseguida sufrió la reprimenda de Raúl Lastiri: «¿Vos estás en pedo? ¿No sabés que el quilombo lo hicieron los metalúrgicos? ¿Cómo los vas a condenar?». Afligido y perplejo, Sobrino reclamó una explicación a Muniz. «Quedate tranquilo. Yo soy el ERP 22, y el ERP 22 respalda tu postura». Perón prefirió atenuar la condena al ataque: «El que procede mal suele sucumbir por su mal procedimiento. *Clarín* tuvo un mal procedimiento y alguien que se sintió herido, le metió otro mal procedimiento».

[9] En junio de 1973, se había conformado la corriente «Sabino Navarro», disidente de la línea oficial de Montoneros. En agosto de ese año Juan Manuel Abal Medina abandonó la secretaría general del Movimiento Justicialista. En enero de 1974, Roberto Bustos ya estaba alistado en la Juventud Sindical Peronista (JSP).

primario de Merlo. Hacía más de diez años que no lo veía. Cuando se le acercó a saludar, con la sonrisa ancha, Galimberti fingió no conocerlo. Desilusionado, su amigo fue a sentarse solo a una mesa. «Agrandado de mierda», pensó. Al rato, sin que lo advirtiera, Galimberti apareció por su espalda, y lo llamó por su nombre, pero simulaba hablar por el teléfono público con otra persona.

—Qué alegría, Rodolfo. Creí que no me habías reconocido —le sonrió su amigo, dándose vuelta.

—Te reconocí enseguida, boludo. No te saludé porque no sé de qué lado estás —le dijo Galimberti.

—Yo soy el mismo de siempre, Rodolfo. Ahora estoy trabajando en un banco... El gerente me mandó a buscar el traje a la sastrería y como todavía no estaba listo vine a hacer tiempo acá. A mí nunca me interesó la política. Vos seguís siendo mi amigo. ¿Por qué no juntamos a toda la panda y comemos un asado en casa?

—Está bien, qué boludo... Si hubiera sabido me habría ido a refugiar ahí. Disculpame, hermanito, es que todo está para el culo. Nos recagó el traidor hijo de remil puta de José Ignacio Rucci.

El 23 de septiembre Perón y su esposa Isabel ganaron las elecciones con el 62% de los votos. Balbín-De la Rúa fueron segundos con el 24,4%. Dos días después, Montoneros mató al sindicalista Rucci. Fue un golpe al corazón del presidente electo. Rucci había movilizado las bases peronistas para la campaña electoral y comprometió a los gremialistas a firmar el Pacto Social con los empresarios, como habían alentado Perón y el ministro de Economía José Gelbard[10]. Si bien con el fusilamiento de Aramburu, Montoneros había conquistado la simpatía de los peronistas históricos, la muerte de Rucci empezó a alejarlos del Movimiento. Dante Gullo, que se enteró del hecho mientras departía con Perón en Gaspar Campos, culpó a la CIA. Galimberti pensó que se trataba de una operación del ERP y fue al local de la JP de la calle Chile en busca de información, como casi un centenar de desconcertados militantes juveniles. Se escucharon las versiones más conspirativas y disparatadas. «Pingulis» Hobert lo apartó a Galimberti a un costado. Quería que llevara un mensaje de Montoneros a Perón. Galimberti visitó por la noche a un jefe de Inteligencia del Estado para que se lo trasladara al General. La organización quería informarle sobre las razones del atentado.

—Usted tiene noción de lo que me está diciendo —se indignó el espía.

—Yo sólo vengo a informar —dijo Galimberti, y se fue.

---

[10] El Pacto Social consistía en un aumento general de salarios del 15% y, como contrapartida, el congelamiento de precios. Se suspendían las negociaciones partidarias. Gelbard apuntaba a la «inflación cero». Ver *El burgués maldito, la historia secreta de José Ber Gelbard,* de María Seoane, páginas 257-258.

El general Perón no incluyó en su gabinete a ningún allegado a la Tendencia. Sólo quedaba Jorge Taiana, en Educación. El 12 de octubre, FAR y Montoneros se unieron bajo el nombre de Montoneros y Firmenich quedó a la cabeza de la Conducción Nacional (CN), seguido por Roberto Quieto, Roberto Perdía, Fernando Vaca Narvaja y Marcos Osatinsky.

A pesar de que en Rosario Galimberti había sabido entablar relaciones con el sindicalismo ortodoxo, el nuevo escenario de violencia dentro del peronismo le acotaba las posibilidades de diálogo. En un encuentro en la CGT local, el dirigente del gremio de la carne Luis Rubeo trató de ganarle una discusión disparándole las seis balas del cargador de su pistola. Galimberti respondió, pero tampoco logró clavar un solo proyectil en el cuerpo de su adversario.

En noviembre de ese año realizaría su acción gremial más memorable. Fue cuando intercedió en un conflicto con la empresa constructora Dorset. Hacía un mes que los obreros habían tomado el obrador ubicado en el sur de Rosario, casi a la orilla del arroyo Saladillo. Estaban construyendo un barrio de viviendas y pararon la obra en reclamo de la reincorporación de cuatro compañeros despedidos. También les debían la segunda quincena de octubre y asignaciones familiares pendientes. Por eso se apoyaban en la comisión interna, dominada por la JTP y el PRT-ERP, pero no lograban mover a la empresa de sus posiciones. Dorset se sentía más cómoda negociando con la dirección de la UOCRA local y así el conflicto se prolongaba. Pesaba el calor cuando los asesores legales de la JTP y el PRT-ERP entablaron un ríspido diálogo con el gerente de la empresa. No había acuerdo posible hasta que llegó Galimberti con algunos muchachos. Se propuso arreglar el tema en cinco minutos: saludó al gerente, lo apartó de la reunión y le puso un revólver a un costado de la frente:

—Si no reincorporás a los obreros y les pagás los sueldos, te vuelo la tapa de los sesos. Ahora.

El gerente, ataviado con un traje príncipe de Gales, regresó pálido a la mesa de negociaciones y firmó todos los papeles que le acercaron. Los obreros festejaron la conquista, pero el convenio debía homologarse en la delegación regional del Ministerio de Trabajo para que resultara válido. En ese lapso, la empresa se contactó con la UOCRA. Los sindicalistas no querían que Montoneros y la izquierda se llevaran las palmas por la victoria gremial y decidieron impedir que el acuerdo tomara carácter legal. Armados hasta los dientes, un grupo liderado por el panadero Hugo Ortolans y Alfonso Galván, secretario de la CGT, entraron en el primer piso de la delegación saltando los escalones a tiros, y se parapetaron en la entrada. «Pocho», un montonero amnistiado el 25 de mayo, respondió con un revólver desde adentro, mientras los abogados, que tenían la estilográfica lista para la firma, se echaron cuerpo a tierra, debajo de los escritorios. Las balas empezaron

a rebotar entre las paredes. Un momento después, con el acuerdo roto, los sindicalistas iniciaron la retirada. Pero cuando pisaron la calle, volvieron a crujir los disparos. Desde la acera de enfrente, Galimberti, que quería garantizar la seguridad del acuerdo, empezó a balearlos con su Magnum 357. Finalmente, el convenio no se homologó y la conquista de los obreros no pudo ser refrendada.

Ese diciembre de 1973, Perón convocaría a Galimberti por última vez en su vida. Fue una reunión privada que organizó López Rega en la residencia de Olivos. También fue convocado Juan Manuel Abal Medina. A los setenta y ocho años, Perón mantenía su cerebro político en actividad durante un par de horas. Pero se decía que a las seis de la tarde ya no recordaba las conversaciones que sostuvo durante el día. En las reuniones de gabinete, López Rega anunciaba que el espíritu de Evita ya se había encarnado en el cuerpo de Isabel[11].

Hacía apenas dos años que el General había nombrado a Galimberti en el Consejo Superior del Justicialismo, con la idea de que su discurso de corte revolucionario incorporara a la izquierda, armada o no, al peronismo. Ahora el presidente Perón le pedía otra misión: neutralizar las acciones del ERP. Lo consideraba un enemigo, guiado por «objetivos foráneos», al que quería exterminar[12]. Eran días violentos. La Triple A empezó a amenazar de muerte a militantes, artistas, periodistas y políticos. También le voló el pie al senador radical Hipólito Solari Yrigoyen, con una bomba colocada en su automóvil.

El 17 de diciembre, a Galimberti le avisaron que su hermano Hugo se había pegado un tiro en la cabeza. Cayó en el patio interno del edificio donde atendía a sus pacientes. No podía escapar de su propia depresión. Se había separado de su esposa y convivió un tiempo con la doctora Blanca Garma, sobrina de un famoso psicoanalista, pero sufría porque ella no terminaba de convertirse en su pareja. Don Ernesto se jubilaba del Banco de Londres, después de cuarenta y nueve años de servicio. Rodolfo quiso reunirse con su padre para conocer precisiones sobre la muerte de Hugo. Andrés Castillo, que le seguía fiel, preparó la cita. Recogieron a don Ernesto en un coche cargado de ametralladoras. Galimberti estaba convencido de que su hermano no se había suicidado: lo había matado alguna banda del peronismo. Era una venganza contra él. Su padre pensaba que había sido decisión voluntaria. En los últimos meses Hugo estaba muy mal de ánimo y había dejado de visitar a su familia.

El cuerpo de Hugo permaneció varios días depositado en la morgue del cementerio de Chacarita, mientras se ultimaban las instancias judiciales para

---

[11] Comentarios de un ministro ya fallecido a su familia, entrevistada por los autores.

[12] Ver testimonio de Juan Manuel Abal Medina en *No dejes que te la cuenten,* de Ernesto Jauretche, página 229.

enterrarlo. Galimberti quiso conocer la causa, calificada como «muerte dudosa» y la jueza Anastasi de Walger le permitió que accediera al expediente. Observó las fotos y leyó las investigaciones judiciales, pero nada modificó su idea de que se trataba de una conspiración en su contra. Para resguardar su seguridad, no fue al entierro. Esa misma noche, en la casa de la doctora Walger en Barrio Parque, junto a sus hijos Leónidas y Sylvina, «El Vasco» Mauriño, y el actor Emilio Alfaro, que estaba de visita, estalló de impotencia.

—¿Qué se creen, que porque me llamo Galimberti y tengo un apellido de sardinero van a asesinar a mi hermano?

Todos hicieron silencio. Era mejor no contradecirlo cuando se desesperaba. Una fuerza interior lo impulsaba a luchar hasta el final contra aquel grupo o persona que sentía que lo había perjudicado o difamado. No los perdonaba.

Ernesto y su hija Liliana no quisieron poner al tanto a Arminda de la muerte de su hijo. Ella empezaba a perder la salud y recordaba con nostalgia la época en que sus hijos jugaban en la quinta. Hicieron todos los trámites del entierro llorando a escondidas y para justificar su ausencia le dijeron que de un día para otro había viajado a Alemania para realizar su postgrado. Ernesto empezó a buscar postales y sellos de correo en la embajada alemana y a escribir cartas en nombre de Hugo, que luego leería a su esposa. Su hijo decía sentirse feliz, y eso la reconfortaba. En tanto, seguía rezando por la seguridad de su otro hijo, Rodolfo, y buscaba en los diarios alguna declaración suya para saber al menos dónde estaba.

Capítulo XII

El secuestro de los Born

En el verano de 1974, Montoneros decidió levantar el perfil de Galimberti. Su relación con Abal Medina y Lorenzo Miguel hacía presagiar que podía encontrar un espacio político más protagónico fuera de la organización. Para conservarlo como fuerza propia, la Conducción quiso recuperar su mística revolucionaria y lo presentó entre los oradores del acto de Atlanta, organizado con el propósito de celebrar el primer aniversario del triunfo de Cámpora[1].

Era mucho lo que había cambiado en poco tiempo. Durante los primeros tres meses de su presidencia, Perón había dado señales claras del rumbo elegido: ya consideraba a Montoneros como un cuerpo infiltrado en el Movimiento. En enero de 1974 forzó la renuncia del gobernador más cercano a la Tendencia, Óscar Bidegain, luego de que el ERP atacara el Regimiento de Caballería Blindada de Azul. También envió al Congreso un proyecto de reforma del Código Penal con penas más duras que las que había aplicado Lanusse contra la acción guerrillera. Los ocho diputados de la JP —entre ellos Muniz Barreto, que volvió a enfrentar al General— renunciaron a sus escaños para expresar su desacuerdo[2].

Aunque la brecha entre el Perón revolucionario que soñaban y el que había llegado a gobernar era cada vez más desconcertante, Montoneros seguía levantando su figura como bandera de conducción y combate. La ruptura significaba alejarse del Movimiento y en consecuencia de las masas peronistas.

El 11 de marzo, en Atlanta, apareció por primera vez en público Norma Arrostito. Llevaba su pelo largo y negro, y parecía mucho más sensual que en la

---

[1] Como muestra de su buena relación, Lorenzo Miguel le había regalado a Galimberti el blindaje de su Peugeot 404 en el taller mecánico «Borges», de Caballito. En ese tiempo, la escolta de Lorenzo Miguel se movilizaba en una flota de 14 automóviles blindados.

[2] En enero de 1974, los ocho diputados habían pedido una audiencia privada con Perón en Olivos para intentar persuadirlo, pero el Presidente los esperó con las cámaras de televisión, que transmitieron la reunión en vivo. Casi no les permitió hablar. «El que no está contento, se va», dijo e hizo un discurso contra el ERP. Unos días más tarde, en una conferencia de prensa en la casa de Gobierno, la periodista Ana Guzzetti le preguntó qué medidas pensaba tomar para frenar la escalada de ataques de las bandas fascistas. Perón le preguntó su nombre y apellido, y prometió llevarla a la justicia por sus afirmaciones.

foto de «buscada» por el crimen de Aramburu. Esa noche, una multitud de cincuenta mil personas ovacionó a Galimberti. Su magnetismo con la militancia continuaba vigente. Desde el arranque de su discurso quiso demostrarle a los montoneros de qué lado estaba: «Al otro día del 20 de junio, cuando todavía estaba fresca la sangre de peronistas asesinados por la burocracia, comenzó una pesadilla imaginada por un loco».

En la Semana Santa de 1974 Galimberti se incorporó al área de Inteligencia de la Secretaría Militar de Montoneros. Su responsable era el ex oficial Carlos Federico Lebrón, «Pancho», que había intentado levantar a sus camaradas de la ESMA en el primer retorno de Perón. El presidente no lo restituyó a la Marina. Junto a Galimberti militaban los ex marinos Mario Galli, «José», y «El Boina» Julio Urien, hijo del juez César Urien.

El ámbito de la Secretaría Militar funcionaba en la terraza de una casa del barrio Parque Avellaneda, en Capital Federal, bajo la cobertura de una empresa de informática. Allí se reunían para producir información de inteligencia sobre las Fuerzas Armadas. Tenían un cada vez más voluminoso *dossier* sobre contactos y perspectivas políticas que les proveían oficiales, suboficiales y conscriptos de esas fuerzas, que luego trasladaban al Área Federal de Montoneros. El contacto de Galimberti dentro del Ejército era el general nacionalista Carlos dalla Tea, que había ejercido como agregado militar de la embajada argentina, cuando Perón estaba exiliado. En Madrid se lo había presentado Jorge Antonio. Mantendría esa relación por más de 20 años.

Galimberti dejaba su coche estacionado a dos cuadras de la casa, vestía traje y portaba maletín. Parecía un empleado, o un proveedor que visitaba la empresa. Y quedaba encerrado buena parte del día. Hacia el mediodía, suspendían las tareas de inteligencia para comer puchero o alguna comida liviana que preparaba «La Chona», la dueña de casa. «Pancho» sufría un poco del hígado. Pero cuando veía que le daban un plato diferenciado del resto, lo rechazaba.

—«Chona», acá todos somos iguales y no hay razones para que coma algo distinto.

Aunque le parecían insensatas, Galimberti envidiaba ese tipo de actitudes porque con ellas Lebrón demostraba una rectitud y compromiso con la organización que él deseaba como nadie, pero que no tendría nunca. Incluso en los detalles más insignificantes, «Pancho» se revelaba serio y reservado. Galimberti, en cambio, era gracioso. Entraba a la casa anunciando que durante el día sólo bebería líquido para cumplir con su dieta y antes del mediodía bajaba de la terraza para reclamar comida. Durante el almuerzo, por su ánimo extrovertido dejaba trascender informaciones o planes a largo plazo que Lebrón neutralizaba con un gesto.

En los primeros meses de trabajo, «Pancho» lo sancionó por conducta «liberal y burguesa» y lo obligó a encerrarse en la pieza de la terraza para que realizara su autocrítica. La primera noche lo picó una araña. Por la mañana bajó a la casa con la cara hinchada y roja como un tomate. Se negó a ir a un hospital por cuestiones de seguridad. Y entonces la chica de la limpieza, que en su deseo de recibirse de enfermera practicaba inyecciones en una naranja, aprovechó la oportunidad para aplicarle una jeringa con una dosis de decadrón en una nalga. Galimberti permaneció el fin de semana insultando a la Conducción y esperando que le bajara la fiebre.

En la casa, «Pancho» Lebrón elaboró un manual de instrucción militar para montoneros y hacia fines de mayo organizó un campamento, al estilo de las escuelas guerrilleras cubanas, en un paraje de San Luis, donde llevó a algunos miembros de la CN y otros milicianos para mejorarles el estado atlético y enseñarles tácticas de combate[3]. A Galimberti le tocó ir a un campo de La Pampa con un grupo de montoneros. Tuvo a cargo el diseño de la instrucción: tiros desde posición en firme, con la rodilla a media y baja altura, o desde cuerpo a tierra, con armas largas y de puño.

Para entonces, Montoneros ya sabía que el enfrentamiento armado se les venía encima. La relación con Perón fue irrecuperable después del primero de mayo de 1974. Detrás de un vidrio a prueba de balas, su Líder los trató de «imberbes, estúpidos e infiltrados». Las referencias por omisión a su esposa Isabel —«no rompan más las bolas, Evita hay una sola»— o la crítica a quienes lo acompañaban en el balcón —«Qué pasa, qué pasa, General, está lleno de gorilas el gobierno popular»— subían como un bramido desde la Plaza de Mayo. Esa juventud que él había estimulado hacia la insurrección, ahora lo asediaba. En su discurso, por encima del murmullo, Perón apoyó «a esos dirigentes sabios y prudentes que han mantenido su fuerza orgánica, y han visto caer a sus dirigentes asesinados sin que todavía haya tronado el escarmiento». Y de inmediato Montoneros golpeaba sobre sus heridas: «Rucci, traidor, saludos a Vandor». En el otro costado de la Plaza, las huestes sindicales respondían: «Duro, duro, duro, la patria socialista se la meten en el culo». El ambiente era cada vez más tenso. De golpe, después de las descalificaciones de Perón y sin que mediara orden de sus responsables, los montoneros empezaron a marcharse de la Plaza. La alianza con Perón se había roto.

Entonces, Galimberti empezaba a alternar su trabajo en la Secretaría Militar con el encuadramiento en la Columna Norte[4]. El responsable en 1974 era

[3] Ver *La Voluntad,* Tomo II, de Eduardo Anguita y Martín Caparrós, editorial Norma, 1998.

[4] La organización había dividido la Regional Buenos Aires en cuatro columnas: Norte, Oeste, Sur, y La Plata. La base territorial de Norte comprendía los municipios de Vicente López, San Isidro, Tigre, General San Martín y General Sarmiento.

«Pancho» Rivas, el antiguo cámara que acompañó al periodista Sergio Villarruel y luego afianzó su militancia en las FAR. La zona Norte era un cordón industrial de astilleros, frigoríficos, laboratorios, metalúrgicas y constructoras. Cada fábrica podía ocupar a mil quinientos trabajadores. Sólo la UOM de Norte tenía dieciocho mil obreros sindicalizados. En la zona se había forjado una generación de sindicalistas jóvenes, más ligados al clasismo de René Salamanca que a los peronistas de la Resistencia. La expresión de Montoneros era la JTP, que dominaba muchas comisiones internas de fábricas, pero que no podía acceder a la dirección de los sindicatos, ocupada por la burocracia, que tenía su base política en los municipios. Su poder lo custodiaban fuerzas de choque compuestas de guardaespaldas y matones a sueldo.

Montoneros también estaba asentado en los barrios pobres y las villas de Norte. Luchaban por reivindicaciones prácticas: la petición de un semáforo o la construcción de un aula para apoyo escolar. Para el Día del Niño organizaban carreras de sortijas y kermeses en villas de La Cava, El Sauce y La Uruguay. También ayudaban a las prostitutas a nuclearse en un sindicato, se relacionaban con la colonia de paraguayos y bolivianos, y buscaban incorporar a los delincuentes comunes a la militancia. La simpatía por Montoneros cruzaba las clases sociales. Muchos hijos de la burguesía industrial que vivían en el incipiente barrio La Horqueta ofrecían sus casas para reuniones y empezaban a despreciar a sus padres por sus costumbres burguesas. La JP promovía la creación de centros culturales en las playas de Vicente López y San Isidro con la dirección de milicianos voluntarios y el Frente de Villas.

A veces la misma catedral de San Isidro funcionaba como ámbito de militancia. Los jóvenes se inscribían en los cursos prematrimoniales y luego utilizaban ese espacio para las discusiones políticas. En varias ocasiones, el vicario del obispado Justo Laguna, un poco reticente a las reuniones tumultuosas, los instó a que buscaran otro sitio. Una generación de curas de treinta a cuarenta años acompañaba a sus feligreses en sus reivindicaciones sociales. Muchos seminaristas se integraron en la izquierda revolucionaria. El cura Jorge Adur, aquel guía espiritual de Luis Spinetta del Instituto San Román, daba refugio a militantes montoneros clandestinos en la parroquia de la calle Paraná. Más tarde, se convertiría en el capellán de la conducción montonera.

El primer asentamiento de Galimberti fue la Unidad Básica de Combate (UBC) de San Martín, que era la expresión de la Resistencia peronista de Columna Norte. Era el territorio de la familia Lizaso. Pedro, el padre, fue intendente en 1947. Su hijo Carlos murió fusilado en los basurales de José León Suárez en 1956. Del mismo destino se salvó el menor, «El Gordo» Miguel Lizaso, que entonces tenía dieciséis años y continuó su militancia en el peronismo junto a su hermano, «El

Nono» Jorge. La Coordinadora de la Unidad se reunía en un local en la calle Mitre y Malaver, en Munro. A fines de los años sesenta había funcionado como burdel, pero cuando su dueño fue enviado a la cárcel cedió el local a la JP para combatir a Lanusse. Una pieza del fondo de la inmobiliaria de Teodoro Barbieri, sobre la avenida Maipú, en Florida, también servía como reunión de ámbito[5].

Galimberti no hacía trabajo de base en San Martín. Participaba en el diseño y desarrollo de las estructuras de funcionamiento, en especial el área de Logística e Inteligencia. Creía que la información sobre los enemigos era imprescindible para delinear las estrategias de cada Unidad de Combate. Su actividad seguía siendo clandestina. Si aparecía por algún barrio decía llamarse «Alejandro Fleming». En realidad, toda su fuerza se expresaba en los plenarios. Su figura era el recuerdo de la «gloriosa JP» de 1972. En sus exposiciones los militantes admiraban la lucidez para analizar la dinámica de los conflictos en el territorio y caracterizar la etapa política. Galimberti reconocía que alrededor de Perón había dos proyectos y que «El Viejo» había venido a refundar la Comunidad Organizada y no el socialismo nacional. Pero todavía confiaba en la continuidad de la alianza de Montoneros con sectores de la burguesía y decía que los empresarios nacionales que tenían sus intereses atados a la suerte del país, querían que el consumo popular ampliara el mercado interno.

Galimberti se sentía a gusto con los «históricos» del peronismo[6]. A veces se sonreía cuando «El Gordo» Sánchez, un cuadro casi silvestre del Movimiento Villero Peronista, en medio de los debates, alzaba las piernas hacia el escritorio, se quitaba los zapatos y empezaba a cortarse las uñas de los pies con las manos. A los chicos y chicas de Vicente López y San Isidro que militaban en San Martín, ese tipo de actitudes les causaba mala impresión. Galimberti les explicaba que esos gestos representaban la historia profunda del peronismo, como lo fueron las patas sobre la fuente en la Plaza de Mayo el 17 de octubre de 1945.

Con algunos militantes más jóvenes que él, en pocos meses, Galimberti armó una red de apoyo con distintos grados de complicidades: su «banda horizontal». A pesar de que siempre funcionaría dentro de las estructuras de Montoneros, en tiempos de fuego cruzado contra la burocracia sindical o durante la dictadura militar, actuaría «por la libre», con políticas y operaciones que nacían de sus propias evaluaciones y necesidades. Fuera de la estructura oficial.

En esa época, uno de los mejores aliados de Galimberti era «Tomás», Carlos Goldemberg, de la Unidad Básica de Combate de General Sarmiento. Era hijo

---

[5] Barbieri murió de un infarto mientras era torturado por los militares en 1976.

[6] Entre los «históricos» militaban el canillita Miguel Garaycoechea, uno de los fundadores del MRP, y «El Gordo» Repetto, que luego de participar de la Alianza Libertadora Nacionalista en los años cincuenta, ingresó al peronismo combativo.

de un reconocido psiquiatra. En su adolescencia, mientras hacía saltos de equitación en clubes hípicos y jugaba al rugby, Tomás empezó a militar en las FAR. Su cuñado era Carlos Olmedo. A los veintitrés años ya cargaba con completo bagaje guerrillero: había participado en los atentados a los Minimax en 1969 y en la toma de Garín en 1970, y en 1972 realizó el apoyo externo en la fuga de Rawson y trasladó a las cúpulas guerrilleras al aeropuerto de Trelew. Como en determinado momento se encontró él mismo dentro del avión, viajó a Cuba, aunque no estaba previsto en el plan de fuga[7]. Otro de sus aliados era Sergio Paz Berlín, «Oaky», hijo del dueño de Odol. Oaky tenía veintidós años. A los veinte lo habían detenido por tenencia de armas. Militaba en las FAR. Estuvo preso en el buque-cárcel Granaderos y salió en libertad por la amnistía de mayo de 1973.

La primera mujer que compuso la «banda» de Galimberti fue «Inés», Graciela Iturraspe, una rubia de 23 años que trabajaba en el Automóvil Club y estudiaba Relaciones Públicas en la UADE mientras militaba en Descamisados. Se había casado con Jorge Taiana, el hijo del ministro de Educación. También Sergio Puiggrós, «Federico», tenía buena información de gobierno porque era el hijo de Rodolfo Puiggrós, el rector de la Universidad de Buenos Aires. Federico era considerado un cerebro político, pero sufría de neumotórax y a menudo el reposo lo alejaba de la militancia.

Otro de los cuadros de San Martín que tenía tanto prestigio como Galimberti era «Tonio», un tipo callado. Pocos sabían bien quién era. Los que lo conocían, lo tenían como ejemplo del «cuadro integral», alguien que contenía a sus militantes y daba la vida por ellos. «Tonio» era Pablo González Langarica, original de las FAR. En los años sesenta estudiaba sociología en los bares con Horacio González y Sylvina Walger. Fue detenido durante «la quema» de la Facultad, en la visita de Rockefeller en 1969 y en 1970 desapareció de las aulas. Su foto apareció dos años más tarde en la televisión: la policía lo capturó cuando escapaba por las chacras en el Valle de Río Negro, después de que hiciera apoyo externo al plan de fuga de la cárcel de Rawson. Esa segunda detención fue más dura: lo cargaron en un helicóptero y lo lanzaron al aire, atado a una soga. «Tonio» oscilaba de un lado al otro. Lo torturaron para que entregara a su organización. Pero esa vez mantuvo silencio. Quedó preso en Rawson junto a «Josecito» Lewinger, que se sentía culpable del parcial fracaso de la fuga[8], y salió amnistiado por Cámpora en 1973. Un año después «Tonio» llegó a Columna Norte. A Galimberti lo conocía de los

---

[7] En la isla, Tomás fumaba puros y metía morenas por izquierda en una casa que le había asignado Fidel Castro para el asilo político. Roberto Quieto tuvo que ordenarle que terminara con esa conducta porque «los cubanos van a creer que estamos de joda». Ver *La Voluntad,* de Anguita y Caparrós, Tomo I, página 605.

[8] Ver *Los del '73. Memoria Montonera,* de Chaves y Lewinger.

tiempos de Facultad de Filosofía y Letras: le había robado un miembro de conducción de JAEN y lo encuadró en las FAR sin que éste lo supiera nunca.

En 1974 los militantes montoneros vivían a un ritmo de locura. Un día cualquiera podía incluir citas en la Capital, un recorrido por las villas de San Martín, la supervisión de actividades de agitación y propaganda armada y la concurrencia nocturna a reuniones con ingreso «cerrado». Casi nadie volvía a su casa antes de medianoche. Un cuadro integral debía tener un compromiso total con la organización. El sentido de su vida estaba ligado al proyecto revolucionario. Las madres primerizas, como el caso de Inés, daban la teta en el autobús con un arma corta en la cintura, dispuestas a presentar batalla si la policía las detenía en una «pinza». Los hijos de los militantes clandestinos recordaban de memoria la historia falsa de sus padres, los perdían de vista durante uno o tres meses hasta que volvían o alguien les avisaba que habían muerto, y escuchaban un relato áspero, tierno y siempre heroico de sus vidas.

Entonces, en 1974, Galimberti acababa de cumplir veintiséis años. En él había siempre un rasgo de imprevisión e intriga aunque no alcanzaba a fundar una sospecha. Parte de su atracción era también su misterio. Nunca integraba sus relaciones políticas y militares previas a la Columna. Toda información sobre su vida estaba partida en pedazos. Sus aliados sólo podían acceder a una parte, y nadie le requería más datos de los imprescindibles. Esa vida sesgada, impenetrable, también alcanzaba a Julieta. La veía en citas insólitas, cuando él lo disponía, o la encontraba en el apartamento de veintiocho metros de Cabildo y Monroe que compartían una o dos veces a la semana. Galimberti saltaba de un lado al otro y no vivía en ningún lado. Ella no sabía dónde dormía el resto de los días. Eran las reglas de la clandestinidad, una coartada que le permitía hacer lo que quisiera y contar sólo lo que consideraba necesario.

Si bien sus «desapariciones» momentáneas de las dos estructuras donde actuaba eran frecuentes y después las justificaba con gracia, hubo una tarde lluviosa en que su asistencia era obligada: ese día, justo ese día, no podía faltar. Pero Galimberti no estaba.

«Algo le tiene que pasar, no puede ser que justo hoy no venga», decía Oaky, que quería iniciar una campaña de pintadas reclamando por su vida. Isabel Perón daba su discurso por televisión con un maquillaje pálido y decenas de militantes barriales, obreros y villeros lo esperaban para que liderara la Columna Norte para emprender viaje al centro. Pero no llegaba ni lo haría en toda la tarde. Hacía varios días que estaba refugiado en la estancia de Julieta Bullrich, en Los Toldos, adiestrándose en los preparativos para un secuestro[9]. Esa misma tarde, en

[9] Luego lo sabría: sería el secuestro del empresario Jorge Born.

su regreso a Buenos Aires, Galimberti percibió un gran movimiento policial en la ruta y poca gente en la calle. Se detuvo a echar gasolina en una YPF de avenida Libertador y Juan B. Justo.

—¿Qué pasa que la calle está tan vacía? —le preguntó al empleado de la estación de servicio.

—¿Usted vive en la Luna, compañero?

—¿Por qué?

—Hoy murió el General.

Ese primero de julio de 1974, miles de peregrinos llegaron desde cualquier lugar del país a llorarlo en silencio. En su último y casi agónico discurso del 12 de junio, Perón dejaba al pueblo «como único heredero». Y a Isabel, López Rega y la Triple A, en el control del gobierno. Ante el féretro del Líder en el Congreso, la conducción montonera rindió homenaje con los rostros ensombrecidos. Era el único factor de unidad que podía evitar o demorar el enfrentamiento entre la izquierda y la derecha del Movimiento. Su muerte era el anuncio de otras muertes que sobrevendrían.

Cuando asumió Isabel, los conflictos en Columna Norte se agudizaron. Los delegados de las comisiones internas empezaron a morir asesinados por matones de la burocracia sindical y bandas parapoliciales. El mismo Galimberti salía a responder con su grupo de milicianos: ametrallaban locales de los sindicatos enemigos en operaciones relámpago, o reducían policías para robar sus armas y mejorar el nivel militar de sus subordinados. Una vez, con Tomás, se parapetaron en el puente de Ugarte y Panamericana y empezaron a disparar a la confitería de enfrente porque había una reunión de sindicalistas. Doce años después, en un encuentro con el represor de la ESMA, Jorge Rádice, se levantaría de la mesa para buscar los agujeros de aquellas balas. Y estaban.

A partir del segundo semestre de 1974, la vida se hizo más agobiante para la militancia y las armas de combate se fueron perfeccionando. Ya había pasado el tiempo en que los aspirantes montoneros ingresaban en la lucha armada con unas pintadas de «escrache» en la casa de los gerentes que despedían delegados de fábrica. El método de persuasión era ahora el ametrallamiento de su vivienda. Pero todavía los militantes aprendían a robar coches, bajando con las manos la ventanilla y enganchando con un alambre el seguro de la puerta. El «escruche» [robo con violencia] era un recurso útil y autónomo que «El Nono» Lizaso recomendaba cuando debían escapar de algún peligro. Lo había aprendido de los delincuentes comunes. Si en cambio necesitaban reducir un conductor para conseguir su coche, los militantes tomaban mayores recaudos. Llegaban de cuatro con un coche de apoyo, el acompañante del conductor bajaba y apuntaba a la víctima a distancia con un arma larga, mientras sus dos compañeros del asiento de

atrás corrían a encañonarlo, y partían con su automóvil. Luego le cambiaban las placas de la matrícula y lo guardaban hasta el momento de usarlo en una operación.

La noche del 31 de julio, casi a un mes de la muerte de Perón, la Triple A mató a Rodolfo Ortega Peña cuando bajaba de un taxi en el centro. Tres hombres con las caras cubiertas por medias de nailon lo pusieron de rodillas y le dispararon. A su mujer Helena Villagra, una bala le rozó la mejilla. Un minuto después pasó «Bobby» Roth por el lugar. Pensó que era un accidente hasta que vio al diputado tendido en el asfalto. Dos años atrás le había salvado la vida.

—Nosotros tenemos diferencias ideológicas pero hay cosas que son intolerables —le dijo entonces en su estudio—. Hoy en el despacho del jefe de policía, escuché casualmente que esta noche habrá un operativo para matarte a vos y a Duhalde.

El operativo se efectuó pero los abogados se salvaron por esa advertencia.

Ahora Ortega Peña estaba muerto. Su cuerpo fue llevado a la comisaría 15. Un grupo de amigos se acercó a la seccional. Estaban apesadumbrados observando el cadáver cuando a la medianoche, con una sonrisa franca, apareció el comisario Alberto Villar, designado por Perón en la jefatura de Policía Federal. Muniz Barreto se le acercó y le dijo en la cara:

—No te rías tanto, hijo de puta, que la próxima boleta es la tuya.

No mentía.

En agosto, Galimberti fue vuelto a rescatar por la Conducción y lo colocó como director de *La Causa Peronista,* luego de que Isabel Perón prohibiera *El Descamisado* y *El Peronista.* Galimberti tuvo una sensación ambivalente. En un primer momento festejó que Firmenich hubiera intercedido para su reaparición pública. Creía que la revista era el lugar ideal para comunicarse con las masas, como lo había hecho como orador desde las tribunas en 1972. Pero se puso furioso cuando supo que no iba a poder escribir siquiera una línea de las editoriales a doble página que se publicaban bajo su firma. Para la CN, la mención de Galimberti como director era sólo una referencia legal para algún trámite en Tribunales, pero no interfería de modo alguno en su contenido. Ni siquiera tendría la suerte de Dardo Cabo, que en *El Descamisado* podía preparar los borradores de las editoriales y luego Firmenich o Perdía se los corregían y aprobaban su publicación.

En cada uno de los ocho números que se publicaron de *La Causa Peronista,* Montoneros fue intensificando la ruptura con Isabel y con la verticalidad del Movimiento Justicialista. Caracterizaban al gobierno de «antiperonista, promonopólico y represivo» y lo responsabilizaban de los asesinatos de militantes populares. También contaron las operaciones en que fueron muertos los sindicalistas Augusto Vandor y José Alonso. El 20 de agosto de 1974, *La Causa*

Peronista se preguntó en portada: «¿Llegó la hora de la guerrilla?». En el texto convalidó el ataque del ERP a un regimiento militar en Catamarca porque «este gobierno está creando las condiciones para la violencia. Está generando la violencia de abajo, como decía el general Perón»[10].

El 3 de septiembre Montoneros quiso cerrar la revista con la versión del hecho histórico más importante de la organización: publicaron un detallado relato de Firmenich y Arrostito sobre cómo y por qué mataron a Aramburu en el que intentaron poner luz sobre algunas sombras todavía no disipadas del crimen. También publicaron la carta del General que lo convalidaba.

Antes de que el gobierno de Isabel decidiera su proscripción —como lo había hecho Perón con el ERP, casi un año atrás— Montoneros pasó a la clandestinidad. Firmenich lo anunció en una conferencia de prensa. Ya tenía veintiséis años y se mostraba mucho más consolidado en sus convicciones que las que demostraba al final de su adolescencia, cuando nadie se atrevía a augurarle un destino protagónico en la organización. El jefe montonero dijo que ingresaban en una etapa de lucha «frontal y violenta contra la ofensiva imperialista y oligárquica que copó posiciones en el gobierno». Admitió con fina ironía que en dieciséis meses de gobierno peronista «tuvimos alrededor de ochenta muertos y cincuenta detenidos. Más bajas que en la dictadura de Lanusse»[11]. Todos ellos habían luchado para que Perón regresara y liderara una revolución. El 6 de septiembre, Montoneros pasó a la resistencia activa[12].

Al otro día, sin que fueran consultados, los locales públicos de las organizaciones de masas debieron cerrar. Miles de militantes que recorrían barrios, villas y fábricas en nombre de Montoneros —los llamados «perejiles» y las «caras públicas» de la organización—, afrontaron nuevas misiones en forma clandestina.

---

[10] En agosto de 1974 el ERP marchó hacia Tucumán con 40 guerrilleros con la intención de crear una zona liberada e iniciar insurrecciones parciales. «En esta situación», decía su líder Roberto Santucho, «eludir los golpes del enemigo y contragolpear con la movilización de masas y el accionar guerrillero debe ser la táctica del campo popular». El ERP asaltó una fábrica militar de pólvora y explosivos en Córdoba. Tuvo tres bajas en el combate. En la fuga, secuestró a dos militares. A uno de ellos, como estaba herido, lo dejó en la puerta de un hospital. El otro, el mayor Larrabure, al que pensaban canjear por presos políticos, apareció ahorcado tres meses después. A dos días del ataque en Córdoba, una incursión de 50 milicianos en el Regimiento 17 de Infantería de Catamarca, terminó con 13 detenidos y 14 guerrilleros fusilados luego de pactar la rendición. Entonces, el ERP volvió a asentarse en Tucumán, donde eran rastreados desde mayo por las fuerzas policiales del comisario Villar.

[11] Hasta el mes de agosto de 1974 se calculaba que el accionar de la Triple A había perpetrado doscientos muertos entre el sector político de la Tendencia, el peronismo de izquierda y otros militantes populares.

[12] Diez días después del pase a la clandestinidad, las unidades de combate y milicianas montoneras mostraron su poder de fuego: atacaron ochenta objetivos en Capital Federal y provincia de Buenos Aires del «capitalismo monopolista, la oligarquía, las Fuerzas Armadas y represivas y la burocracia traidora». Es decir, bancos, concesionarios de automóviles, droguerías, clubes de golf, una galería comercial de Alvear y Callao, una boite, destacamentos policiales, la Escuela y el Museo Naval, y el taller mecánico «Borges». Además fusilaron a un suboficial de policía y un médico policial, a este último, según la prensa, por la espalda. Un peatón y un sereno murieron por efecto de las explosiones. Ver *Evita Montonera* número 1 y *La Nación,* 17 de septiembre de 1974.

Sin embargo, pocos de ellos contaban con una infraestructura para refugiarse. Aquellos que en los últimos dos años se habían acercado a las organizaciones de superficie para trabajar en cooperativas o planes de autoconstrucción de viviendas, ya habían sido identificados por las bandas parapoliciales o las fuerzas de seguridad. La mayoría de los «perejiles» siguieron durmiendo en sus mismas casas y se convirtieron en blancos fáciles para la represión. Lo mismo sucedió en las facultades. Perón había dejado su manejo en manos de la Tendencia, pero cuando Óscar Ivanisevich reemplazó a Taiana en el ministerio de Educación, los comandos ultraderechistas del CNU empezaron a individualizar a los montoneros y a los militantes de izquierda para que la Triple A o los parapoliciales se ocuparan de ellos.

En el momento de entrar en la clandestinidad, Montoneros ya había despilfarrado buena parte de la adhesión de la clase media que en 1972 los alentó en la batalla contra Lanusse, y que también acompañó a Cámpora y a Perón con su voto. La Conducción Nacional había perdido márgenes de negociación política con la UCR, la izquierda «no peronista» y la burguesía nacional. Algunas operaciones —específicamente el crimen del radical Arturo Mor Roig, ministro del Interior de Lanusse durante los fusilamientos de Trelew— ya no respondían a «criterios políticos» sino a la venganza contra los ataques de la Triple A. Lo mismo sucedió con la profanación de la tumba de Aramburu en Recoleta, cuyo cuerpo fue secuestrado como reaseguro de la promesa de López Rega de repatriar el cadáver de Eva Perón[13].

Además, ya en 1974 Montoneros tenía bastantes dificultades para mantener su estructura político-militar. Debía afrontar los gastos de los cuadros clandestinos, de los frentes de masas y del diario *Noticias.* En ese tiempo, la organización pagaba un precio muy alto para recaudar dinero. Los secuestros implicaban un no despreciable costo operativo y el rédito económico que se obtenía era escaso porque sus víctimas eran pequeños y medianos empresarios. Esta estrategia, además, colocaba a la Conducción en el dilema de secuestrar y a la vez reclamar el apoyo político de quienes eran sus propias víctimas, la burguesía nacional.

La Secretaría de Finanzas blanqueaba el dinero de los secuestros y las colaboraciones forzadas con operaciones económicas a través de distintas empresas[14]. Las primeras inversiones en el exterior fueron muy precarias. Fernando

---

[13] Montoneros mató a Mor Roig el 15 de julio de 1974 en un restaurante de San Justo. En entrevista con los autores, un ex jefe montonero indicó que el secuestro del cuerpo de Aramburu fue una operación desautorizada por la Conducción Nacional. El cuerpo de Evita llegó al país el 17 de noviembre de 1974 y fue canjeado por el de Aramburu.

[14] Una de las primeras inversiones fue la adquisición de la bodega Calise S.A. y «Cerro Largo» en las Chacras de Coria, en Mendoza. También compraron la quiebra de la casa de pianos Breyer y Porfirio, y propiedades y terrenos en distintas zonas del país. Algunas operaciones se canalizaban a través de

Vaca Narvaja recomendó la compra de obras de arte en Europa. La Secretaría le encargó el asunto al galerista español Paco Revés, que también era representante del cantante Joan Manuel Serrat, pero las relaciones se deterioraron por el permanente apuro financiero de Montoneros.

Revés vivió una situación controvertida cuando la Secretaría de Finanzas perdió noticias suyas justo en una semana en que necesitaba un dinero que estaba bajo su custodia. Las gestiones telefónicas desde Buenos Aires se revelaron negativas. Un cuadro de Finanzas voló a Madrid. Cuando lo ubicaron por teléfono, Revés fue tratado de mal modo. «No juegues al escondite con nosotros», escuchó. El galerista se sintió ofendido y decidió terminar su colaboración con Montoneros, a los que juzgaba ingratos. El cuadro de Finanzas recibió el dinero en un sobre de manos del cantante Serrat una noche, después de un concierto, en el camerino del Teatro Liceo de Madrid. En 1974, Montoneros contaba con el ingeniero agrónomo español Herrero Torreles, que vivía en Europa y le resolvía algunas gestiones bancarias de limitada importancia.

El funcionamiento de la Secretaría se complicaba porque debía disponer siempre de dinero líquido para garantizar la ejecución de las operaciones militares que decidiera la Conducción. También debía responder el reclamo de las Regionales, que siempre discutían el presupuesto que se les asignaba y pedían adelantos para sostener a sus cuadros clandestinos o para comprar «cárceles del pueblo». El monto de las remesas podía discutirse pero nada se aprobaba hasta que mediara una orden de Firmenich. En cada decisión presupuestaria, el jefe montonero debía optar entre las estrategias militares y políticas de la organización. Tenía un control muy férreo sobre el dinero. Había sido educado con cristiana austeridad y esa era su concepción en el manejo de las finanzas. Si un frente de masas reclamaba una partida de 10.000 dólares para afrontar distintos gastos, autorizaba la mitad. También tenía la facultad de respaldar o vetar el salario de un cuadro clandestino.

Para terminar con la incertidumbre y mejorar la planificación de su economía, Montoneros se propuso secuestrar a un directivo de una empresa cuyo rescate solventara por mucho tiempo los gastos de la organización. Alguien pensó que el complejo industrial Bunge & Born podía responder a esas expectativas: era la tercera empresa privada más importante de Latinoamérica.

El empresario Jorge Born ya había sido un objetivo de las organizaciones guerrilleras en 1972: Descamisados había registrado su residencia y el recorrido para trasladarse a la sede de su empresa en Lavalle y 25 de Mayo. En 1974, esa

---

Louvier S.A. que funcionaba en Paraguay y Ayacucho bajo la cobertura de una empresa de importación. Graciela «Vicki» Daleo era la secretaria y Federico «Plomo» Ibáñez, uno de los contadores. Los dos habían militado con Firmenich en la Juventud Estudiantil Católica (JEC), a mediados de los sesenta.

información fue actualizada y la responsabilidad de la inteligencia le correspondió en buena medida a Rodolfo Walsh.

La realización de una operación dependía del diseño de la inteligencia previa. El primer paso consistía en requerir datos sobre el objetivo y, sobre esa base, decidir el mejor lugar para el ataque. Para secuestrar a Born fueron seleccionados milicianos de distintas unidades de combate, la mayoría de Columna Norte. A unos se les pidió detalles sobre la cantidad de efectivos de la zona. A otros, se les requería verificar el flujo de tráfico, las vías de acceso, el horario de los trenes. Un miliciano nunca conocía todos los aspectos de una operación ni su objetivo, aunque pudiera sospecharlo. Su misión posterior era redactar un informe a su responsable que lo trasladaba al jefe de la operación. Con la suma de la información reunida, más algunas precisiones que le remitían por escrito, ya había elementos para elaborar una planificación preliminar del secuestro. Luego se discutía la factibilidad de la operación, se completaba un trazado alternativo ante las emergencias y comenzaban a seleccionarse los cuadros que iban a formar parte de los pelotones de ataque y de protección, se especificaban las responsabilidades de cada jefe, la ubicación de la posta sanitaria con el grupo sanguíneo de los participantes, el automóvil donde se recogerían las armas para la operación y los que facilitarían la retirada. Entre los cinco pelotones, con cinco milicianos cada uno y los equipos de tareas accesorias, el secuestro de Born demandó el concurso de cuarenta personas.

La inteligencia tuvo varios riesgos, y uno de ellos se suscitó cuando la escolta del empresario detuvo a un montonero que controlaba desde su Citroen los movimientos en la residencia de Florencio Varela 672, Beccar. Después de que lo interrogaran durante varias horas en la comisaría, fue liberado.

Un mes antes de llevar a cabo el secuestro, su responsable, Roberto Quieto, decidió ensayarlo en un campo de Tandil. Al aire libre, con los pelotones completos, los coches y las armas de la operación y su cronómetro, supervisó la acción y el escenario. Lo imaginó así: la avenida Libertador iba a ser cortada por un equipo de «operarios de ENTel» un minuto antes de que llegaran los coches de Born. Serían obligados a desviarse a la derecha por la calle San Lorenzo. Al llegar a la esquina, otro giro obligado a la izquierda, en dirección a Capital, y cuando llegaran al cruce de la primera esquina, dos camionetas que vendrían por la calle Acassuso, embestirían a los dos automóviles. Cada integrante del pelotón bajaría de su vehículo y reduciría al coche que había chocado. Los escoltas serían esposados y Born sería llevado en una tercera camioneta, que esperaría estacionada en la calle Elflein. En ese instante, un grupo encañonaría al guarda y mantendría abierta la barrera de la calle Roma, permitiendo la dispersión de los pelotones.

El esquema funcionaba como un mecanismo de relojería. Pero en la imperfecta realidad, la acción debió suspenderse en dos oportunidades, con los cuadros ya ubicados en sus posiciones: las dos veces Born salió de su residencia fuera del horario previsto, y los montoneros no podían esperar mucho tiempo en la calle.

El tercer intento fue el decisivo.

Además de las postergaciones, hubo algunos imprevistos que incidieron sobre el trazado original. El primero se produjo cuando Alberto Bosch, primo de Jorge Born y director de Molinos Río de la Plata, pasó a buscarlo por su residencia de Beccar. Vivía en Victoria. Y el segundo fue que Juan Born, el hermano de Jorge, también subió a ese automóvil. Su secuestro estaba fuera del programa.

Esa mañana del jueves 19 de septiembre de 1974, el equipo que cortó Libertador colocó un semáforo con dos luces intermitentes que funcionaba con una batería portátil y un miliciano con uniforme de policía, parado en la esquina. Un coche que tenía la misión de seguir a los Born desde atrás durante su recorrido por la avenida, en un momento tomó la delantera y pasó frente al equipo montonero apostado en la calle San Lorenzo. Era la señal de que el plan se cumplía correctamente. Entonces colocaron una valla y cortaron el tráfico. El coche de Born respetó la orden de desvío y dobló a la derecha. Era un Ford Falcon De Luxe gris metalizado con doble faro, matrícula C614832, conducido por Juan Carlos Pérez, chófer de la empresa desde hacía 12 años. A su lado viajaba Bosch, y en el asiento trasero, los hermanos Born. Atrás venía el coche de la escolta, un Ford Falcon también, ocupado por dos policías. En la calle Elflein los montoneros habían colocado un cartel de «peligro» y abajo uno de «Gas del Estado». Una vecina preguntó a los «operarios» si iban a romper la acera. Había otros dos colgados de un poste, que simulaban arreglar los cables del teléfono. Mientras el Falcon De Luxe de los Born avanzaba por Elflein, una camioneta Chevrolet 10 Posi-trac, color natural, lo esperaba estacionada en la calle Acassuso. Estaba casi en la esquina. Tenía una lona verde que cubría la caja, y un cartel que decía «Al servicio de ENTel» a los costados. Galimberti era uno de sus ocupantes. Con él estaban «Chacho» Pietragalla, un cuadro de San Martín, y «El Gordo» Lizaso. Cuando el Falcon se asomó, la camioneta tomó velocidad y se clavó con violencia sobre el guardabarro delantero izquierdo y lo tiró hacia la acera. Los tres montoneros de la camioneta bajaron de un salto. Pérez, el chófer, hizo algún movimiento, y «Chacho», con una escopeta recortada, disparó una ráfaga de tiros que reventaron su ventanilla y el parabrisas delantero. Galimberti también disparó. Los Born se tiraron al suelo. El coche de la escolta, que venía atrás, fue embestido por la otra camioneta, una Dodge. Ahí estaban Román y Tomás. Los escoltas se quedaron quietos. Galimberti y un grupo rodeó a los Born y los sacó del automóvil. «El

Gordo» Lizaso metió a los dos hermanos en una bolsa marinera de lona y los tiró en otra camioneta que esperaba estacionada en Elflein. La puerta trasera del Falcon De Luxe quedó abierta, con los vidrios astillados. Tomás y Víctor empezaron a desarmar y maniatar a los escoltas. Uno era tan gordo que no le podían cerrar las esposas. La situación empezaba a complicarse. «¿Los matamos?», preguntó Galimberti. Había orden de matar a todos si empezaban los tiros. Tomás los miró y dijo «dejalos...». Los guardaron en el suelo del automóvil. Quieto, parado en la esquina de Elflein y Acassuso, con su cronómetro en mano, gritó «tiempo». Ya iban tres minutos. Los cuadros montoneros empezaron a dispersarse. Unos abordaron un Ford Taunus, en dirección a Libertador. La camioneta que llevaba embolsados a los Born cruzó la barrera por la calle Roma y tomó la avenida Maipú en dirección a Provincia. Los dos montoneros que tenían encañonado al guarda lo obligaron a parar el tráfico y escaparon corriendo hasta meterse en un coche. Uno de los escoltas, tendido en el suelo, empezó a pedir una ambulancia. Unas señoras se asomaron a la calle, pero desconfiaron de él. «Yo soy policía», gritó, «los que se fueron eran los delincuentes». Un vecino trajo una tenaza para abrirle la esposa. Bosch pudo salir del coche, caminó unos metros, y cayó sobre la acera. Pérez quedó muerto junto al volante.

Capítulo XIII

Los lagos de Ginebra

El día más feliz de la Columna Norte fue cuando mataron a Villar. Muchos montoneros creyeron que la Triple A no se recuperaría de ese golpe; imaginaron que la historia iba a dar un vuelco. La operación fue diseñada por la Conducción Nacional, pero uno de los encargados de hacer volar al jefe de la Policía Federal fue Tomás. A esa altura era uno de los dos montoneros mejor preparados para operar bajo el agua. El otro era Alfredo Nicoletti[1]. Dos días antes de que Villar decidiera aprovechar el feriado administrativo para dar un paseo en su crucero de 7,75 metros de eslora, Tomás se había sumergido por un riacho del Tigre y calzó una bomba de gelamón sobre la carcaza. El primero de noviembre de 1974, a las once menos cuarto, el comisario ya estaba al timón y con una gorra en su cabeza, mientras su mujer saludaba a los diez escoltas que los observaban desde el muelle. Era un día soleado. Cuando el crucero apareció ante su vista, por el riacho Rosquetes, Tomás accionó el detonador. Una llamarada de fuego se alzó quince metros sobre el agua y el barco se partió en pedazos. Tomás escapó en moto. Isabel Perón declaró el estado de sitio y López Rega dijo que Villar era otro soldado «que caía en la lucha por alcanzar los objetivos de liberación del Gobierno Nacional»[2].

Ese día Galimberti tenía cita con «Clara» en una estación de servicio de Martínez. Clara era su responsable en la Unidad San Martín. Era bancaria, tenía unos años más que él, y militó en Descamisados antes de entrar en Montoneros.

Se movía siempre con un Citroen 2CV amarillo. La cita era a las 12 y Galimberti no estaba. Ella volvió a buscarlo una hora más tarde, para cumplir con «la recita». Si hubiera fallado otra vez habría tenido que levantar las reuniones y

---

[1] Carlos Goldemberg, «Tomás», había hecho un curso de buzo táctico y explosivos en Cuba en 1972. Alfredo Nicoletti era remero del Club Náutico de Mar del Plata. Había diseñado una operación para hacer volar todos los submarinos de la Base Naval de esa ciudad. El plan se frustró por la caída de uno de los que iban a participar. Distintas fuentes montoneras dan por sentado que Nicoletti fue el otro buzo que participó en el atentado a Villar. Él lo negó en una entrevista. Ver revista *La Primera,* 29 de julio de 2000.

[2] Ver *La Opinión,* 2 de noviembre de 1974.

las casas clandestinas. Pero Galimberti estaba en la estación y temblaba de alegría. Se subió al Citroen, tomaron la autopista Panamericana y en un momento se detuvieron en el arcén. Habían pactado una reunión de grupo. Una docena de cuadros montoneros los esperaba eufóricos, pegados a la radio portátil. Clara propuso un brindis rápido y Galimberti pidió que suspendieran la actividad: «Levantemos que ya debe haber pinzas por todos lados».

Galimberti vivía escapando. No se sentía cómodo ni seguro en los bares o pizzerías de San Martín, en parte porque la policía ya conocía la militancia de los parroquianos. Prefería pactar las citas en el bar Bodensee de la avenida Cramer o en un restaurante de Belgrano y hasta allí se trasladaba «El Nono» Lizaso en su Rastrojera. Era su coche histórico. Decía que la clandestinidad no debía menoscabar la dignidad de sus costumbres. Galimberti le pedía un whisky apenas se sentaba a la mesa. Él también tenía sus hábitos. Después de un ametrallamiento o un combate, si se quedaba en zona Norte, le gustaba ir a La Caleta de Martínez. Allí los militantes montoneros se mezclaban entre las mesas de los *rugbiers* del SIC o el CASI o las chicas que jugaban hockey, y hacían una evaluación relajada de la operación, con bromas por la actuación de cada uno, mientras tomaban té con tarta. Nada los ponía tan felices como haber salido vivos. Al otro día, en una reunión de grupo se hacía una crítica más rigurosa y se redactaba un parte para la jefatura de la Columna.

Otro punto de encuentro de «la banda» era la confitería Jockey Club, o la pizzería La Pampa, frente a la estación de San Isidro. Pero Galimberti nunca se quedaba tranquilo por mucho tiempo. Decía que alguien lo miraba, que había sido reconocido y que la policía le caería encima dentro de cinco minutos. Nadie podía hacerlo cambiar de idea. «Volvió a mirarme», advertía y se iba al baño, acomodaba sus armas y salía con una orden urgente: «nos tenemos que ir ya». A veces aducía seguir las normas de seguridad, y otras montaba una escena de peligro inminente cuando una conversación lo aburría. Sus militantes y aliados nunca podían distinguir una actitud de la otra.

Pero lo cierto es que lo buscaban. Una mañana de calor de febrero de 1975 se armó un comando que tenía orden de ejecutarlo. Uno de los que iban a participar en la operación era Bautista Mangussi. Tenía 36 años, diez más que Galimberti. Había sacado un coche del estacionamiento del Ministerio de Bienestar Social, en Alsina y Defensa, y tenía previsto reclutar a su banda en Caballito para ir de caza. El coche era robado y su situación se complicó: un agente le ordenó detenerse cuando conducía por la calle Moreno, frente a la Superintendencia de Seguridad Federal. «Me lo prestó un amigo», dijo Mangussi. El policía no le creyó. Le abrieron una causa y el expediente cayó en el Juzgado número 18 de Tribunales.

Apenas empezó su declaración le dijo al funcionario judicial que le iba a contar la verdad si dejaba de teclear en la máquina.

—Yo soy guardaespalda de la UOM y trabajo con gente de Bienestar Social —dijo—. Íbamos a levantar a Galimberti. Ya teníamos detectados sus movimientos con los montos de zona Norte. Le teníamos en la lista, entiende?[3]

Por entonces, la Conducción Nacional hacía su primer intento por desmembrar la Columna Norte con promociones y traslados[4]. «Pancho» Rivas fue relegado a la Secretaría Política de la Columna, y la jefatura quedó para la «Gorda Amalia», Elida d'Ippolito. Clara tomó el mando de la Unidad San Martín. Tonio pasó al ámbito del Área Federal con la misión de comprar armas en el exterior. Federico fue trasladado al servicio de Inteligencia de Montoneros, junto a Rodolfo Walsh. «El Nono» Lizaso pasó a la Regional Capital. Galimberti entró a funcionar en la Unidad San Isidro junto a Tomás, Oaky y su novia Mercedes.

Si bien la Conducción, con los traslados, quiso impedir que Galimberti consolidara una «banda interna» que se rebelara contra la verticalidad, la dispersión de los cuadros le permitió obtener una visión más completa de lo que ocurría en Montoneros en otros territorios: Galimberti siguió encontrándose con sus aliados, en citas por fuera de las nuevas estructuras, a pesar de que la organización había prohibido los contactos «horizontales».

Su nueva jefa, Amalia, de 27 años, era un cuadro de confianza de la Conducción. En los años sesenta se había entrenado en Cuba con el grupo de los fundadores de las FAR, y junto a Norma Arrostito, que ya estaba asentada en la Columna Sur, fue una de las mujeres que alcanzó mayor nivel de mando en la historia de Montoneros. Su esposo «Román» —Roberto Pampillo— tenía incluso un grado inferior al suyo. Además de la responsabilidad que implicaba conducir los conflictos de fábrica, el trabajo político en las villas, los cuadros sindicales y las operaciones armadas, Amalia cargaba con una tarea adicional: conducir a Galimberti.

El ex líder de la JP nunca estaba conforme con el lugar que ocupaba en la organización. Pensaba que por su experiencia política y capacidad militar le correspondía un nivel de decisiones más importantes que las que se le asignaban como oficial segundo. «Acá se bastardea mi trayectoria. Hay una política para cagarme», protestaba[5].

---

[3] Testimonio de un ex funcionario judicial. Según se desprende de la lectura del expediente, en febrero de 1975 Mangussi cargaba con dos condenas penales.

[4] Las promociones se realizaban cada seis meses. Existía un triple mecanismo de evaluación. El informe de los subordinados sobre su responsable, la evaluación propia del responsable y por último la opinión de la Conducción Nacional.

[5] En términos generales, la Organización no refrendaba la historia política de sus cuadros previa a Montoneros. Debían empezar de nuevo. Le sucedió a los hermanos Lizaso, que tenían un fuerte ascendiente en los barrios peronistas antes de que Firmenich empezara a ir de campamento con los curas, y nunca lograron ser promovidos a mayor nivel que el de oficial. O a Miguel Garaycoechea, que

Además de la disconformidad por su grado, los reclamos de Galimberti eran políticos. Criticaba a los jefes montoneros porque se encerraban en el aparato y perdían de vista el trabajo territorial. Decía que no se podía pensar la política de la organización detrás de un escritorio sino desde las bases, que con estructuras rígidas se perdía el potencial creativo de la militancia, que había que aprovechar la riqueza de las discusiones, profundizar los debates, convocar a plenarios.

Amalia estaba de acuerdo con muchas de las posturas de Galimberti, pero intentaba diferenciar sus ideas del ánimo perturbador con que las transmitía. Después de escuchar sus monólogos, Amalia no sabía si reclamaba debates internos o promovía una situación anárquica. Si planteaba agilizar el funcionamiento de las estructuras o buscaba desplazarla y llevar él mismo sus protestas a la Conducción Nacional. La estrategia de Galimberti era presentarle los hechos consumados. Organizaba una reunión, decía «se aprobó tal postura» y le exigía una respuesta rápida, en virtud de las demandas de la coyuntura. Era una operación incesante: empujar con su grupo de leales, ridiculizar las estructuras, presionar hacia arriba.

Muchas veces, cuando Amalia no soportaba más sus embestidas, daba un paso al costado. «A mí ya me rompe las pelotas, me supera. Manejalo vos porque es incontrolable», le decía a Firmenich en las reuniones de la CN con los jefes de las Columnas, y se lo derivaba.

De todos los miembros de Conducción, Firmenich era el que le tenía mayor tolerancia. Pero a veces sus excentricidades lo desquiciaban. Una vez, en una cita, Galimberti le regaló una corbata de seda italiana como presente. A Firmenich el gesto le pareció propio de un representante de la moral burguesa, en todo caso ajeno a la concepción del sacrificio cristiano que debía prevalecer en un montonero cabal.

Por entonces, los cuadros formados en la línea más ortodoxa de la organización acusaban a la «banda» de Galimberti de ser «liberales y manejarse con códigos propios». Amalia le decía que con ese tipo de actitudes arruinaban el trabajo revolucionario de mucha gente. Un ejemplo de estas «licencias» sucedió después de que Inés y Tomás pusieron una bomba en el hotel California de General Pacheco, en el verano de 1975. Tomás estaba hinchado de orgullo porque Amalia había autorizado pagarle las botitas Kickers, que consideraba indispensables para la operación. Entonces los conflictos obreros en la planta de la Ford eran permanentes y una bomba en el hotel donde se alojaban los ejecutivos americanos de la

---

había sido un referente sindical de la CGT de los Argentinos, y debía ponerse a la orden de montoneros recién formados.

empresa podía expresar la posición de la Columna. Además, ese día llegaba al país el secretario de Estado norteamericano Henry Kissinger: querían repudiar su visita.

Según el diseño de la operación, Inés y Tomás debían imitar a una pareja joven que, después de un fin de semana en el campo, decidía descansar unas horas en el hotel de Pacheco, antes de llegar a Buenos Aires. Tomás estacionó un Falcon embarrado en la entrada, apoyó un juego de bolsas de cuero de carpincho en la alfombra de la recepción y se anotó bajo nombre falso. Antes de subir a la suite del primer piso, Inés pidió que los despertaran temprano. Todavía no había amanecido cuando acomodaron una carga de explosivos contra una pared —Tomás era un experto— y marcaron una hora tope: cuarenta minutos. Prefirieron no desayunar, pagaron lo que correspondía, saludaron y echaron a andar por la Panamericana. Después de unos kilómetros de marcha, Inés bajó en un teléfono público, llamó al hotel y transmitió la novedad al conserje. No hubo víctimas, pero el primer piso del hotel voló.

Al día siguiente, Tomás se encontró con Galimberti en un bar de Martínez y le contó los detalles. Estaba orgulloso de su obra. Todavía tenía puestas las Kickers. De golpe le dijo:

—Vayamos a ver cómo quedó.

—No hagamos locuras, Tomás —comentó Galimberti.

La más elemental norma de seguridad recomendaba la inconveniencia del regreso al lugar de una acción. Sin embargo, Tomás no paraba de insistirle.

—Te imaginás los escombros...

Planteaba sus deseos con una sonrisa ladina. A la media hora, Galimberti dijo:

—Vamos.

Iban por la Panamericana, con el Fiat 128 Iava azul, en dirección a Pacheco, cuando a la altura de La Horqueta divisaron una pinza. El aire se cortó por un instante y Tomás palpó su nueve milímetros para sostenerse. Galimberti se dio cuenta de que se había metido en un problema por una boludez. Fue avanzando lento, dos rancheras de la policía estaban apostadas a ambos lados de la ruta. Un agente les hizo señas de que se adelantaran. Galimberti afirmó sus manos al volante y aceleró a fondo. A los treinta metros de carrera escucharon los disparos. Un coche patrulla salió a perseguirlos. Bajaron en la primera salida y emprendieron la fuga hacia San Martín, donde conocían el territorio mejor que la policía.

Ese verano de 1975 los hermanos Born todavía estaban en el pozo, pero Juan ya no soportaba la presencia de «El Gordo» Lizaso. El pozo era una carpintería que un colaborador de Montoneros abrió en marzo de 1974 para ir construyendo la «cárcel de pueblo». Día a día se fue ganando la confianza del barrio. Hacía las compras en la tienda, conversaba con los vecinos, era un señor libre de toda

sospecha. La carpintería estaba ubicada sobre Armenia casi esquina Antonio García, en Carapachay, y abría al público de ocho a diecisiete. A veces algún chico pedía un corte de madera para llevar al colegio, pero también se reciclaban muebles que compraban en subastas, se diseñaban a medida y luego se instalaban a domicilio. El ritmo de producción era intenso. Había seis empleados. Uno de ellos era Román, el responsable de todo lo que ocurría abajo.

En el sótano estaban los Born. La «cárcel» tenía un salón amplio, tipo comedor, con un catre para que descansara la guardia. También un baño, una cocina pequeña, un armario y dos habitaciones de cuatro por tres, con cama, separadas por quince metros una de la otra. Las paredes tenían aislación acústica, con placas de telgopor y paneles de caucho, y arriba, una losa de hormigón. En la cocina había un sistema de comunicación lumínica conectado con la carpintería. Si se encendía una luz roja, intermitente, significaba alerta. Si se encendían dos luces, estaban en emergencia.

Los hermanos Born tenían guardia permanente, organizada por turnos. Cada turno de guardias cumplía veinticuatro horas de vigilancia y tenía cuarenta y ocho horas de descanso. La responsabilidad de la selección de cuadros era de Amalia. Tenían que ser de absoluta confianza. Ninguno de ellos sabía dónde quedaba «la cárcel» porque entraban y salían en un Rastrojera, con la cara cubierta por una lona, con ropas de obreros y en los mismos horarios que los empleados de la carpintería. Sin embargo, nadie se sentía honrado cuando ella los convocaba a encerrarse un día en el pozo. Galimberti no era la excepción.

La organización había recomendado un trato cordial con los hermanos Born pero sólo limitado a sus requerimientos básicos: bajarles algún suplemento financiero de un diario, libros de economía política o novelas. Las comidas eran sencillas y se preparaban en el momento. A veces Jorge Born pedía castañas de cajú o un whisky. Para un menú más sofisticado, la guardia requería tres o cuatro días de anticipación porque no podía cambiar los hábitos de consumo frente al tendero del barrio.

El empresario tenía una actitud liviana con sus carceleros. Se había creado una convivencia sin mayores sobresaltos, excepto la tarde en que un militante cayó preso. La Conducción, que estaba en Córdoba, temió que la caída pusiera en riesgo la seguridad del pozo y ordenó que lo evacuaran de urgencia. Fue una decisión tomada apresuradamente, y no hubo tiempo de preparar nada: Jorge Born fue trasladado a la casa de una colaboradora, cuyos hijos tuvieron que liberar el cuarto en el que estaban jugando para alojarlo por unos días.

Galimberti odiaba a Born porque lo veía como un exponente de la oligarquía ligada al imperio británico, la clase social que había viajado con la vaca atada en los transatlánticos y que tiró manteca al techo en los restaurantes de

París, en vez de aprovechar la mejor oportunidad histórica que tuvo el país para desarrollar su economía. Una clase que había conspirado para derribar a Perón en el año 55 y que luego había apoyado la proscripción del peronismo. Y además, en su caso particular, su antipatía era más intensa aún porque pensaba que el empresario era judío.

Sin embargo, las contadas oportunidades en que Galimberti tuvo que cumplir con su turno en la guardia, vulneró las reglas que había impuesto la organización y jugó a las cartas con Born y le sirvió whisky para matar las horas de su propio aburrimiento.

Galimberti y Born nunca estuvieron solos en el pozo y el empresario tampoco sabía con quién hablaba porque todos sus interlocutores tenían la cara tapada por una capucha. Sólo veía sus ojos.

Pero estaba muy interesado en tomar contacto con sus carceleros en el salón comedor. Incluso, cuando uno de ellos le leyó sus poemas y otros relatos de contenido revolucionario, los escuchó con atención, y le dio su opinión. Buscaba entenderlos. Jorge Born consideraba a Montoneros un factor de poder importante y quería saber qué pensaban hacer con la economía si llegaban al gobierno, si se socializarían los medios de producción y hasta dónde habría márgenes de negociación con las multinacionales. Se mostraba muy interesado. No era el caso de su hermano Juan, que prefería seguir encerrado en su habitación. Pero las conversaciones sobre ideología y estrategias de poder, Born no las mantenía con Galimberti. Hablaba con Firmenich o Perdía cuando bajaban al pozo. Cuando la Conducción quiso profundizar su conocimiento sobre Bunge & Born, le envió a un oficial de Inteligencia, el cuadro que manejaba mejor información sobre los grupos económicos en la Argentina: era el escritor y periodista Rodolfo Walsh, conocido como «Esteban» o «Neurus».

Walsh bajaba al pozo por la tarde con un maletín pequeño y tomaba unos mates con la guardia, que luego se corría hacia la cocina y le dejaba el salón libre para que comenzara a interrogar por separado a los hermanos, siempre con la asistencia de una grabadora. Su misión era indagar sobre las relaciones que sostenía el holding en los últimos 20 años con los gobiernos, los militares, los sindicalistas, los empresarios y la prensa. Después de varias horas de conversaciones, los Born volvían a sus habitaciones y Walsh a la cocina, donde probaba el último mate y se iba.

En un suplemento especial de *Evita Montonera,* editado después de la liberación de los Born, Montoneros publicó la información recogida en cautiverio. En el curso de esos interrogatorios, Jorge Born había confesado que la empresa tenía partidas fijas para sobornar a los funcionarios («Es lo normal en las relaciones entre los empresarios y el gobierno», dijo), que cuando empezaban a recibir críticas de la

prensa, les pautaban publicidad «y se acababan las campañas en contra»; aseguró que el gobierno de Onganía lo consultaba para tomar decisiones económicas; que tenían en su staff a militares retirados que negociaban con las Fuerzas Armadas la compra de tierras; que los directores y gerentes del holding mantenían relación con los dirigentes sindicales de primer nivel, pero que éstos estaban tan desprestigiados que a veces no podían controlar las comisiones internas y entonces la empresa debía negociar con los delegados de fábrica. «Son representativos y exigen cambios que tenemos que aceptar. Tuvimos que otorgar aumentos al margen del Pacto Social», admitió. En cambio, cuando tenían de su lado a un sindicalista que controlaba a su gremio, lograban pagar salarios más bajos[6].

Hacia fines del verano de 1975, la vida en el pozo se complicó. Juan Born decidió profundizar su resistencia a sus carceleros y se negó a salir de su habitación. Rechazó las revistas y la comida. Pasaba las horas de encierro acurrucado en la cama, en posición fetal. La guardia no sabía cómo abordar el problema. Enterada de lo delicado de la situación, la Conducción decidió enviarle un médico psiquiatra. No les resultaba sencillo matarlo o dejarlo morir, porque Juan representaba un factor importante en la negociación. Jorge, en cambio, estaba en perfectas condiciones de salud. El psiquiatra realizó dos visitas y luego elaboró un diagnóstico rápido: «Yo puedo dar una medicación para que le baje el nivel de ansiedad y angustia. Puede llegar a tranquilizarse. Pero van a tener que largarlo porque no va a haber manera de tenerlo mucho tiempo ahí adentro».

Día a día, la convivencia se volvía cada vez más tensa. Juan Born empezó rechazar los sedantes. El empresario focalizaba todo el problema de su encierro en la figura de «El Gordo» Lizaso, que era su guardia permanente. Decía que era una presencia maldita que le robaba el pensamiento. En su deseo de normalizar la relación con su secuestrado, Montoneros apartó a Lizaso de la custodia. Pero cuando lo hizo, a los dos días, Juan Born dijo a sus nuevos carceleros que Lizaso había dejado una lámpara que le seguía robando el pensamiento, y si corrían la lámpara de su vista, decía que su maldad se había transferido al enchufe de la pared de su cuarto, y si lo tapaban con una cinta adhesiva, el mal pasaba al armario.

La organización decidió comunicar la gravedad de la situación a Jorge Born:

—Su hermano ya no aguanta más. Queremos liberarlo.

Le pidieron que intercediera para destrabar las negociaciones económicas y financieras sobre su rescate. El empresario no creyó que los Montoneros fueran piadosos con la salud de su hermano. Pensó que era una excusa para cobrar el

---

[6] Ver «Operación Mellizas», de *Evita Montonera,* agosto 1975.

dinero. Para demostrarle que esto no era así, Montoneros decidió mostrárselo. A pesar de que hacía seis meses que estaban viviendo a quince metros de distancia, ninguno sabía nada de la presencia del otro.

El día del reencuentro, Jorge Born vio a su hermano flaco y demacrado, con las defensas anímicas bajas, pero muy lejos del dramático cuadro de salud que le habían pintado. A la semana siguiente, la organización provocó una representación que consideraba necesaria a sus intereses: cuando Juan y Jorge Born volvieron a juntarse, «El Gordo» Lizaso bajó al comedor. Apenas lo vio, Juan empezó a sufrir convulsiones y pidió a gritos que se fuera.

A partir de ese incidente, Jorge Born tomó el comando de las negociaciones y le hizo llegar a su padre, Jorge Born II, una cinta grabada desde su habitación, donde detallaba un plan de ingeniería financiera para pagar sesenta millones sin afectar el circulante de las empresas del grupo.

Después del secuestro, las primeras negociaciones con Bunge & Born las había establecido Óscar «El Sordo» De Gregorio y en el primer contacto hubo entusiasmo de ambas partes. Pero fue un malentendido. Montoneros dijo que para liberar a los hermanos iban a tener que desembolsar cien. «Pero muchachos, hubieran empezado por ahí. Digan cuándo quieren que se los entreguemos y dónde», respondió, ejecutivo, un miembro de la firma. Cuando De Gregorio le especificó que se trataba de cien millones de dólares, la alegría inicial se desvaneció[7].

En los meses que siguieron Jorge Born II aceptó pagar diez millones de dólares por el rescate de sus dos hijos, pero era tanta la diferencia en juego que el diálogo con los secuestradores se estancó. Durante el verano de 1975, Montoneros ametralló los frentes de algunas de sus fábricas e incendió casas de gerentes para sumar un elemento de presión a la mesa de negociaciones. Sin embargo, no pudo mover a Born II del tope que había fijado.

Finalmente, en marzo de 1975, fue Jorge Born el que, desde su celda, logró acercar a las partes y posibilitó la liberación de su hermano Juan: Bunge & Born acordó desprenderse de treinta millones en varios pagos y aceptó abonar una cifra similar por la futura liberación de Jorge.

Hubo varios operativos para formalizar el pago. El primero se efectuó el 23 de marzo de 1975. La mecánica era la siguiente: la empresa enviaba a un empleado jerárquico en una camioneta que debía cumplir con las órdenes que le

---

[7] Según una entrevista con un ex jefe montonero, la organización, luego del secuestro, pidió asesoramiento a un economista «del sistema» para saber qué cantidad de dinero podía pagar Bunge & Born. Les dijo que «hasta 200 millones» y entonces Montoneros decidió pedir la mitad. Hasta ese momento, el mayor rescate lo había pagado la Esso por un directivo de su empresa, Víctor Samuelson. El ERP recibió 14 millones de dólares.

dejaban en diferentes lugares preestablecidos. La organización, en tanto, interfería las frecuencias policiales para verificar que nadie lo siguiera. Sólo ellos lo vigilaban con dos coches a distancia.

Uno de los operativos lo condujo Vaca Narvaja, y Galimberti y «la banda» de Columna Norte lo secundó para abordar la camioneta, retener al empleado de Bunge & Born y repartir las sacas de dinero hacia destinos diferentes.

Para contar y resguardar el dinero que había pagado la empresa, a «la banda» le tocó encerrarse en una casa en Villa Ballester. La tarea era pesada pero les confería una absoluta sensación de triunfo. Con el dinero repartido en fajos sobre la mesa, mientras bromeaban, pensaban en la cantidad de mimeógrafos, armas y casas clandestinas que la Organización podría comprar para continuar la lucha revolucionaria. Después, cuando la Conducción centralizó el dinero, liberó al empleado de la empresa que tenía bajo custodia[8].

Veinte millones del primer pago del rescate, Montoneros los envió a Cuba. El operativo para el traslado del dinero fue diseñado de la siguiente forma: un miembro de la secretaría de Finanzas cargó las valijas en el baúl de un Falcon color crema y techo vinílico negro y fue en dirección a la embajada cubana, seguido por dos coches de escolta. Una vez en el lugar, subió al primer piso, a conversar con el agregado comercial de ese país, y cuando regresó al aparcamiento, el dinero ya no estaba. El embajador fue el que garantizó que ese dinero sería trasladado a la isla en valija diplomática, previa escala en Perú. Y cumplió. Pero lo que nunca imaginó la conducción montonera es que ese dinero jamás volvería a las arcas de la Organización, aunque pudo usufructuar de sus intereses durante doce años.

El pago de más de la mitad del dinero del rescate de Jorge Born, en cambio, se efectuó en Ginebra, a través de una audaz y accidentada transferencia bancada que diseñó David Graiver. Hacia 1975, «Dudi» se había convertido en el principal operador económico y financiero de Montoneros, luego de que empezara a sostener la economía del diario *Noticias* —que estaba en la ruina—, sin pedir nada a cambio: apostaba a convertirse en el banquero de la revolución o ser el ministro de Economía de un futuro gobierno montonero[9]. El diseño de «Dudi» para blanquear el dinero de Bunge & Born resultó muy seductor para la Conducción. Prometió asumir los riesgos de colocar en el mercado internacional un dinero ilícito y además pagar el 12% anual por los intereses, cuatro puntos más arriba de lo que pagaban las

---

[8] Dante Gullo y Emiliano Costa fueron detenidos en una parrilla de Camino de Cintura y Don Bosco, San Justo, cuando se disponían a participar en el cobro del rescate. Montoneros acusó de complicidad al dueño del local. Primero le ametrallaron la parrilla y luego la incendiaron. Ver *Evita Montonera* número 8, octubre 1975.

[9] «Dudi» Graiver era propietario del Banco Comercial de La Plata y del Banco de Hurlingham antes de expandir sus dominios financieros en Israel, Bélgica y Estados Unidos. Sus excelentes lazos con el gobierno de Lanusse le permitieron acceder a licitaciones de obra pública. Su hermano había sido secuestrado y liberado, previo rescate, por las FAL en 1972.

entidades bancarias[10]. La originalidad del plan de «Dudi» consistía en que Bunge & Born debía entregar el dinero en Ginebra, que luego sería depositado en un banco de esa ciudad y luego transferido a la Banque pour l'Amérique du Sud (BAS), un banco de su propiedad.

El responsable del operativo en Ginebra era Raúl Yaguer, un cuadro de la Conducción que tres meses más tarde comandaría el ataque al Regimiento militar de Formosa. Yaguer comisionó a Raúl Magario, jefe de la secretaría de Finanzas, y a Tonio, para que se ocuparan de las transferencias. Viajaron separados en el mes de mayo. A Magario lo acompañó «El Goyo» Gregorio Levenson, que pasaba los sesenta años. Simulaban ser dos empresarios medios, algo pintorescos, que llegaban a Suiza para sondear algún tipo de negocios para sus empresas. Un matrimonio argentino que les recomendó «Dudi», les alquiló un piso y les presentó a los gerentes de la Banca Nazionale del Lavoro (BNL) y de la Unión de Bancos Suizos (UBS), donde Magario abrió siete cuentas como promesa de futuros negocios. Sin la asistencia del matrimonio no hubieran podido hacer nada: no tenían residencia, no hablaban idiomas y no conocían a nadie.

La tarea de Tonio, en tanto, era recibir el dinero de Bunge & Born y entregárselo a Magario para que lo depositara. Había llegado a Suiza después de hacer escalas en distintos aeropuertos europeos. Era su rutina. Tenía 30 años, ya estaba calvo, y su especialidad era pasar desapercibido por el mundo, mientras negociaba con traficantes internacionales la compra de armas para Montoneros. Una vez en Ginebra, Tonio cenó con el emisario de los Born para coordinar la entrega de diecisiete millones de dólares. Acordaron dos pagos. El traspaso se realizaría de coche a coche en el aparcamiento subterráneo de un hotel. Y así fue. Después Tonio realizó algunas maniobras antiseguimiento y cuando estaba detenido en un semáforo, Magario lo desplazó del volante y Tonio se fue a respirar aire puro por los lagos de Ginebra. Era un día de cielo abierto. Ya llegaba el verano europeo. El dinero siguió su ruta hasta el piso. Magario bajó las valijas, las subió al ascensor, las colocó en la mesa del comedor, las abrió y se dispuso a iniciar la contabilidad con la ayuda de «El Goyo» Levenson. Eran todos billetes de uno y dos dólares que Bunge & Born había recaudado de sus filiales en África y que habían llegado a Suiza a través de la empresa aseguradora del grupo, Zurfin.

Después de unas horas de trabajo, Magario se quedó sin gomitas. Bajó a una librería en busca de algunos paquetes, pero a la hora volvió y agotó el stock del comercio. No daban abasto con el recuento. Pasaron varios días encerrados ordenando los fajos y tomaron la precaución de certificar que el dinero no hubiera

[10] Sólo dos cuadros montoneros estaban autorizados a retirar el excedente financiero de las oficinas del piso 29 de Suipacha 1111 de Graiver: Graciela Daleo y Raúl Magario, de la secretaría de Finanzas. Cuando Magario fue trasladado a Columna Norte a fines de 1975, lo reemplazó Juan Gasparini.

sido delatado en el mercado bancario. Magario lo consultó con el gerente del banco que le había recomendado «Dudi»: el dinero era bueno.

Con la segunda entrega de valijas a Tonio en Ginebra, se repitió la misma operatoria: valija, coche, piso, recuento final. El holding cumplió con el trato pactado. Pero el problema ahora se trasladaba a los montoneros, porque no era el momento político más adecuado para depositar grandes sumas de dinero en el mercado bancario. En mayo de 1975, algunos parlamentarios suizos estaban denunciando la llegada de capitales ilícitos provenientes de Vietnam, donde acababa de terminar la guerra.

—Es muy probable que si depositan diecisiete millones, el dinero quede inmovilizado —le explicó a Magario el matrimonio amigo, que tenía buenos contactos.

Magario avisó a Yaguer en Buenos Aires, y Yaguer llamó a «Dudi» Graiver a Nueva York.

—Decime qué carajo hacemos con la guita —le preguntó.

«Dudi» pidió unos días de tranquilidad. Si era necesario viajaría a Suiza para ejecutar él mismo la operación. Levenson propuso hacer un viaje por Europa hasta que todo se resolviera. La estadía en la ciudad lo estaba aburriendo. Lo único que había hecho, hasta el momento, era contar plata. Quería conocer el Louvre de París. Magario estuvo de acuerdo. Tonio, en cambio, que ya había cumplido con su parte, volvió a Buenos Aires y aprovechó los días libres para participar en un secuestro con Galimberti. A Magario también le tocó volver. Hizo un detallado informe de lo sucedido en Suiza con Yaguer, que se mostraba muy escéptico sobre la elección de «Dudi» como financista de Montoneros.

—Si este tipo llega a quebrar los bancos que tiene en Estados Unidos, la plata no la recuperamos nunca más —decía.

Fue premonitorio.

Jorge Born era el más perjudicado con la demora. En tanto no se resolviera el destino de los diecisiete millones de dólares guardados en la caja de seguridad de un banco, no iba a salir del pozo, a pesar de que el grupo había pagado por su libertad.

Fue una semana de mucha tensión. Yaguer hizo responsable a «Dudi» de la suerte del dinero. Lo obligó a viajar a Ginebra. Magario voló a su encuentro y se hospedó en un hotel de cinco estrellas. En el *lobby,* «Dudi» encontró a Gianni Agnelli, presidente de la FIAT, y se lo presentó a Magario. «Dudi» tenía mucho roce social para los negocios y siempre lo rodeaban tres o cuatro escoltas israelíes. «Son del Mossad», decía. A su lado dejaba la sensación de que nada resultaba imposible.

Pero las cosas se complicaron después de que Magario hizo una prueba: depositó 175.000 dólares en una de las cuentas que había abierto y al día siguiente ordenó girarlas al BAS de Bélgica, propiedad de «Dudi».

La operación se trabó. El gerente hizo pasar a Magario a la oficina, y a través del matrimonio argentino le explicó que habían surgido algunas complicaciones. Magario no quiso saber más. El propio «Dudi» comenzó a inquietarse, aunque intentaba mantener la calma. «Dudi» sabía del riesgo de sus operaciones. Pero las ejecutaba convencido porque conocía las prácticas bancarias y tenía sus propios métodos para vulnerar el sistema. Sin embargo, cometer un error con dinero de los Born le preocupaba, no tanto por el riesgo económico sino por la manera en que Montoneros podía llegar a cobrárselo.

Al cabo de unos días de incertidumbre, «Dudi» dijo que había encontrado una solución. Se contactó con un banquero húngaro en Ginebra y decidió que los 16.825.000 dólares fueran depositados en las cajas de seguridad de su banco. Dio a entender que no iban a ser oficialmente declarados, pero que la seguridad era absoluta. Magario y los supuestos agentes de inteligencia israelí custodiaron el traslado de banco a banco.

—La vamos a dejar unos días ahí y después el banquero me la va a llevar en la bodega de un avión de línea para Estados Unidos. Parece disparatado, pero es la única manera de sacar la plata de acá —le explicó «Dudi» a Magario.

El 20 de junio Montoneros liberó a Jorge Born. Dos colaboradores de la organización alquilaron una casa en la calle Libertad 244, Martínez, donde llevaron al empresario. Había visto el sol por última vez hacía nueve meses y un día. Mario Firmenich ofreció una conferencia de prensa, donde explicó las condiciones del acuerdo. Born estaba a su lado, con los pómulos hundidos, perilla, gruesos anteojos negros. Detrás suyo estaba el cartel de Montoneros. Dos corresponsales extranjeros lo acompañaron hasta la estación, mientras esperaba que un automóvil de la empresa pasara a buscarlo para llevarlo a su casa[11].

Los sesenta millones representaban la tercera parte del presupuesto de 1975 de la Defensa Nacional. Era una suma jamás lograda por ninguna organización en el mundo por un rescate. Montoneros, además, obligaba a la empresa la entrega de tres millones en mercaderías para repartir en la población, la comprometía a resolver todos los conflictos gremiales y a publicar en los diarios extranjeros un manifiesto con las condiciones en que se efectuaba el acuerdo. Por último, la organización ordenó que en todas las fábricas del holding se colocaran dos bustos de Juan Domingo Perón y Evita, con las leyendas «Mi único heredero es

---

[11] Andrew Graham Yool, editor jefe del *Buenos Aires Herald,* fue uno de los que lo acompañó. Relató su experiencia en el capítulo 4 de *Memoria del miedo,* editado en 1999 por Editorial Belgrano.

el pueblo» y «La violencia en manos del Pueblo es justicia». Quince años después, el grupo Bunge & Born se haría cargo del Ministerio de Economía de un gobierno peronista.

Capítulo XIV

Por la libre

Unos días antes de que liberaran a Jorge Born, Galimberti organizó un secuestro express por afuera de las estructuras de Montoneros y sin que lo advirtiera Amalia, la jefa de Columna Norte. La noticia nunca se publicó en los diarios.

El dato lo había traído Tonio. Le pareció que sería una operación sencilla de realizar. La chica tenía 24 años y vivía en Punta Chica, un barrio residencial de Beccar. Todos los días iba al centro con su coche. Tenía una vida corriente: un novio, un trabajo en las oficinas del padre y, a la noche, cursos en la Facultad. Durante casi dos meses le hicieron inteligencia y diseñaron un operativo para secuestrarla.

La mañana elegida, en una esquina, chocaron contra su coche, la subieron a otro, y la llevaron a un baldío en los bajos de San Isidro: era un lugar tranquilo para envolverla dentro de una alfombra. Después la volvieron a cargar en el coche y fueron a una casa en restauración de Beccar. Galimberti la usaba a menudo para refugiarse.

—Esta es una base altamente tecnificada. Ahora entramos a un montacarga —relataba mientras la subían por las escaleras al primer piso.

Durante tres días la chica estuvo encerrada en un armario empotrado. Galimberti se ocupó de vigilarla. La llevó al baño cuando fue necesario, le cocinó al mediodía y a la noche, y si bien no se sacó la capucha, nunca dejó de hablarle de sus sueños revolucionarios para la Argentina.

El padre de la chica era un ejecutivo extranjero de una empresa multinacional. Era accesible, tenía buenos modales y nunca perdió la calma. La misma tarde del secuestro retiró del baño de la confitería Jockey Club de Martínez el reloj de su hija y una carta de su puño y letra, donde le explicaba los planes a seguir para pagar su rescate: debía ir con el dinero en una valija al baño de la estación Retiro, y buscar un sobre ubicado detrás del espejo. Cuando llegó al lugar, el hombre se dio cuenta de que el plan se complicaba, los secuestradores le habían

dejado un pasaje de tren con destino a Rosario, que debía abordar en ese mismo momento, y le ordenaron que en el primer paso a nivel después de la estación Malaver tirara la valija por la ventanilla.

El hombre quiso cumplir y en los carteles del *hall* central buscó el andén que le correspondía. Tonio lo vigiló a distancia para verificar que no estuviera en contacto con la policía, pero a cada minuto que pasaba tanto uno como otro se desesperaban. Los horarios del diseño operativo eran muy ajustados. Al cabo de un rato, el tren se marchó sin su pasajero.

El contratiempo era grave porque el plan no admitía demoras. Al día siguiente regresaban los dueños de casa y había que liberar el armario. Mover a la chica a otro refugio, además de los riesgos del traslado, tampoco resolvía el problema: todos debían volver a funcionar dentro de sus estructuras para continuar con las actividades oficiales de Montoneros.

Pero Galimberti tenía alternativas ante la emergencia. El padre de la chica estaba advertido de que ante cualquier fallo, debía volver a la casa de un vecino, donde había establecido su base. Allí le pasaron nuevas instrucciones por teléfono. Tenía que salir ya mismo con su valija y pararse en una calle lateral de una estación de la línea San Martín. Galimberti, cuidadoso, le pidió a Federico que trajera la consola móvil en su coche para interceptar las frecuencias policiales. El empresario llegó a la hora fijada y sin asesorarse por nadie. Imaginaba que iba a recibir alguna orden que estableciera sus pasos posteriores. Pero ya no había tiempo para organizar travesías. De golpe, alguien se le acercó, le dijo «largá la guita», le tomó la valija y desapareció de su vista.

Ya era casi de noche cuando liberaron a la chica. Otra vez con el mismo sistema: la colocaron en el suelo del asiento trasero del coche. Pensaban dejarla en cualquier lado y deshacerse de ella lo más pronto posible. Galimberti, en cambio, pidió mayor consideración.

—Dejémosla cerca de su casa. A ver si todavía le pasa algo.

La dejaron a una cuadra y media. Él la ayudó a bajar del coche, la tomó delicadamente de los brazos y la despidió con unas palabras. La chica le dijo que después de todo lo que había escuchado en su cautiverio, comprendía mejor a los guerrilleros, y hasta se había decidido a abandonar a su novio, con el que estaba comprometida. Antes de alejarse, se desprendió una medallita de oro que pendía de su cuello y se la regaló. Aunque no le había conocido la cara, no olvidaría a su carcelero en toda su vida[1].

Esa noche los integrantes de «la banda» fueron a comer a La Caleta y empezaron a repasar minuto a minuto todas las aventuras que habían vivido en

[1] En el año 2001, todavía lo buscaba.

tres días. Lo que había hecho uno y otro, la desesperación del padre en Retiro, el manotazo para agarrar la plata... se sentían felices. Esa noche, ninguno podía parar de reírse. La felicidad era un revólver ardiente. Como cantaban Los Beatles.

En pocos días, con el dinero recaudado, compraron mimeógrafos para el frente sindical, armas que nunca declararon a la Organización y resolvieron los problemas de gastos de cuadros que pasaron a la clandestinidad.

Dos semanas después, «la banda» de Galimberti recibiría una mala noticia. En la madrugada del viernes 27 de junio, una comisión policial detuvo a Inés y a Coco, su marido, en el piso de la calle Malabia. Les encontraron armas cortas y largas y municiones. Por entonces, Inés estaba agotada. La tensión de la militancia era muy fuerte: las reuniones en las villas, el trabajo político con delegados de fábrica, las carreras desde Palermo a San Martín cargando a su bebé y a su granada. En las últimas semanas casi no podía levantarse de la cama, y aunque sospechaba que el portero del edificio podía llegar a delatarla —había visto entrar a su marido con una 9 milímetros y le preguntó si era policía y ella dijo que no, que era hijo de un militar y a veces iban a tirar al campo—, no le llegaba la plata de la Organización para mudarse y tampoco tenía fuerzas para hacerlo. Cuando la policía entró en su casa esa madrugada, tenía un embarazo de tres meses y pesaba cuarenta y cinco kilos. La internaron en el hospital Fernández.

La primera consecuencia la sufrió Tonio, que recién llegaba de Ginebra. Para aprovechar los dos días libres que le quedaban antes de reengancharse en su ámbito del Área Federal, pasó a verla. Fue la mañana del sábado 28. Era el único miembro de «la banda» que conocía su casa. Tonio llamó por el portero automático. Cuando lo atendieron dijo: «¿Inés?», y una mujer le respondió que pasara. La voz parecía conocida, pero él empezó a dudar cuando ya estaba dentro del ascensor. Imaginó lo peor. La policía, con una mujer que fingía ser Inés esperándolo en la casa. Tomó su DNI con nombre falso, rompió su foto y la tiró por el hueco. No estaba dispuesto a caer por tercera vez. En el noveno piso, la puerta del ascensor estaba trabada. Escuchó una voz: «Bajá, pajarito...». Cuando abrieron salió corriendo hacia la izquierda, donde estaba la escalera. Un disparo le rozó la mano. Tonio siguió bajando hacia la calle y dobló a la izquierda por Malabia y sólo aflojó el paso cuando escuchó la sirena de dos coches patrulla que avanzaban. Cuando llegó hasta la avenida Las Heras, se subió al autobús 60 para ir al centro.

Los abogados del Servicio de Presos de Montoneros —«El Chancho» Caprioli, entre ellos— lograron que el gobierno de Isabel legalizara la detención de Inés. Y también la de su marido, luego de que lo torturaran durante el fin de semana. El primero de julio de 1975, *La Opinión* publicó la noticia. Pero Galimberti quería que Inés quedara en libertad. Fue con Tomás a una cita y se lo comentaron a Amalia.

—La queremos sacar —le dijeron.

El plan era entrar en el hospital en una operación comando. Amalia dudó. Columna Norte tenía prohibido operar en otro territorio que no fuera el suyo. Debía pedir autorización a la Regional Capital. En tanto, Tonio empezó a trabajar en la inteligencia del rescate. Una tarde entró en el hospital, pasó por el pasillo y vio a Inés acostada en la cama. Le guiñó el ojo. Tenía dos policías de custodia en el piso, pero en la calle, había un coche patrulla y un camión de la Infantería.

El operativo ya estaba armado. Federico también se alistó al grupo. Sumaban doce. Galimberti le mostró el diseño a Amalia para que lo aprobara. Pero ella no estaba convencida. Era una operación ilegal.

—Vamos a tener muchas bajas —dijo.

Galimberti citó una frase del Evangelio:

—No hay nada más dulce que dar la vida por los amigos.

Amalia lo miró a los ojos y decidió:

—Vamos.

Durante toda la semana prepararon el plan de rescate. Amalia se ocuparía de explicarle a Firmenich por qué operó en zona vedada. Pero no fue necesario. Dos días antes de que «la banda» irrumpiera en el hospital Fernández, Inés fue trasladada a la cárcel de Devoto. Los seis meses que vivió en prisión fueron un descanso. Logró una vida más ordenada, con una hora para desayunar y otra para ver el sol. También podía discutir de política con otras guerrilleras presas.

Hacía ya un año que había muerto Perón. Desde entonces López Rega se había convertido en el secretario privado de Isabel, mantenía una influencia hegemónica sobre el Gobierno y buscaba extenderla sobre los sindicatos y las Fuerzas Armadas[2]. Pero en la primera semana de julio, su poder no resistió un *dossier* elaborado por la «línea profesionalista» del Ejército que lideraban los generales Jorge Rafael Videla y Roberto Viola. En el informe, señalaba al ministro de Bienestar Social como el jefe político de la Triple A y a los comisarios Juan Ramón Morales y Rodolfo Almirón como sus principales operadores; involucraba a Felipe Romeo, director de la revista *El Caudillo,* como encubridor de la organización; y los responsabilizaban por los asesinatos de seiscientas personas.

«El Brujo» se había ganado demasiados enemigos en poco tiempo.

El 17 de julio, Celestino Rodrigo renunció a Economía y al otro día, López Rega se fue del país con la excusa de una misión diplomática. Le dejó una carta a

---

[2] En diciembre de 1974 López Rega controló los ascensos de los oficiales del Ejército a través del Senado. Seis meses después desplazó a Leandro Anaya como comandante general del Ejército y colocó al general Alberto Numa Laplane. En junio de 1975 quiso incorporar a su yerno Raúl Lastiri a la presidencia provisional del Senado a fin de que se agregara a la línea de sucesión presidencial. También intentó romper su débil pacto de convivencia con las 62 Organizaciones y amenazó con intervenir la CGT.

Isabel donde manifestaba que lo hacía como un «aporte patriótico tendiente a lograr la unificación de los espíritus perturbados». A pesar de que había sido un objetivo de Montoneros, nunca lo pudieron matar[3].

Una semana después, el 25 de julio, a Julieta Bullrich le explotó una bomba incendiaria en la cara. Había ido a operar cerca de una estación de trenes del Partido General Sarmiento, «La Siberia de Norte», como le decían, que dependía de la Unidad San Martín, y ya habían cortado la Ruta 8 con una quema de neumáticos cuando una bomba incendiaria que llevaba en sus manos le explotó antes de tiempo. La llevaron a un hospital. Hasta el día de su muerte a Julieta le quedó una marca de ácido pequeña pero muy profunda en su cara. Esa fue una operación nacional organizada por Montoneros en memoria de Evita y para «golpear a la oligarquía, el imperialismo y sus fuerzas represivas». Galimberti coordinó las acciones de Columna Norte. Fue una demostración de fuerza en todo el territorio. Las Unidades Básicas de Combate cortaron la avenida Libertador, los accesos ferroviarios, tomaron varios autobuses de línea y se pusieron al volante, destruyeron bancos, galerías comerciales, incendiaron más de cincuenta coches, cuatro concesionarias y dos coches patrulla. Cuando los policías de calle veían al tropel de milicianos que avanzaban detrás del fuego y las banderas, se corrían a un costado y luego escapaban. Los montoneros tiraban cócteles molotov, de alquitrán, de queroseno, cargas de trotyl. En un momento, entraron en la confitería Makakos, echaron a la gente y la destruyeron con una granada. Lo mismo sucedió con un restaurante. Empezaron a rociarlo con líquido inflamable. Los camareros estaban tendiendo los manteles de las mesas para la cena y les suplicaron que no lo hicieran: si incendiaban el local, ellos iban a perder el trabajo. Los montoneros se retiraron sin dejar daños. Pero para el puerto de lanchas «Reconquista», de Tigre, no habría contemplaciones. Retuvieron al sereno, ocuparon las dos manzanas del predio y colocaron un cartel en la entrada: «Zona dinamitada». A la media hora, casi mil embarcaciones volaron por el aire. Una de ellas era del boxeador Ringo Bonavena.

---

[3] Para un perfil de López Rega, ver *Memorias del General* de Tomás Eloy Martínez. El plan frustrado para matarlo lo detalla Roberto Perdía en *Clarín* del 28 de junio de 1998. Ramón Morales sobrevivió a un ataque de Inteligencia del Área Federal de Montoneros el 2 de abril de 1975. En una operación, le dispararon con un FAL y quedó herido en su coche. Fingió estar muerto. En el ataque murió el teniente coronel Colombo, que intentó repeler la acción guerrillera, y un escolta de Morales. En *Evita Montonera* número 5 se publicó una carta de condolencia a la viuda del militar. «Su esposo ha muerto como un soldado, combatiendo. Sin embargo, con profundo respeto por su dolor queremos señalarle que lamentamos que un oficial superior del Ejército Argentino caiga defendiendo a la expresión más degradada de este gobierno entreguista y gorila cuando, de acuerdo con la tradición sanmartiniana de la institución debería haber unido su arma a las nuestras para ayudarnos a ajusticiar a esa banda de asesinos. Ese canalla, manchado con la sangre de centenares de víctimas indefensas, no merecería de ninguna manera el sacrificio de su esposo. En nuestras filas se conoce muy bien la dignidad de morir por una idea, pero Señora: ¿Qué idea puede ser la defensa del comisario Morales? Perón o Muerte. Viva la Patria. Hasta la victoria, mi General». El texto de la carta fue atribuido a Galimberti.

Hasta la madrugada las cuatro dotaciones de bomberos no pudieron dominar el fuego. A la semana siguiente, *Gente* publicó seis páginas con el título «La noche que el país tuvo miedo».

Por entonces las diferencias entre Columna Norte y la Conducción Nacional se profundizaron. La creencia en la necesidad de los cambios que Galimberti le reclamaba a Amalia, fue ganando el ánimo de los cuadros de las Unidades de San Martín, Vicente López y San Isidro. En casi un año y medio de acción política, Galimberti ya tenía de su lado a un grupo de leales y una sólida vanguardia interna que no se subordinaba livianamente a la Conducción. Era un movimiento en constante disidencia, que confrontaba con «el aparato», rechazaba «los dogmas» y empujaba con sus exigencias hacia arriba. Galimberti también extendía su rebeldía hacia otros territorios en contactos «horizontales». «No puede ser que nosotros seamos los únicos chiflados que pidamos que se abra la discusión», decía. Y aunque muchas veces su prédica sonaba disparatada, generaba confianza frente a sus compañeros porque del mismo modo que confrontaba con la «línea oficial» en los plenarios, también ponía el cuerpo en las acciones armadas.

Con ese clima de disidencia, Columna Norte promovió la convocatoria a un Congreso Nacional Montonero donde los militantes pudieran discutir los métodos de participación interna y la toma de decisiones de la organización. En el fondo, lo que Norte buscaba era la descentralización del poder y una mayor autonomía para las Columnas y las Regionales. Acotarle el margen de decisión a la Conducción: Norte quería manejar sus finanzas, contar con armamento propio y definir sus propias acciones.

En agosto y septiembre de 1975, más allá de las cuestiones de método, también aparecieron disidencias ideológicas. Norte, y también Galimberti, consideraba que el trabajo político dentro del peronismo estaba casi agotado, pero apoyaba al Partido Auténtico como la última chance de construcción política de Montoneros[4]. Un sector de la Organización —las FAR— estaba en busca de una nueva identidad política: elaboró un documento que alentaba la utilización del marxismo como método de análisis para comprender las contradicciones sociales. Pero la línea más católica de la Conducción Nacional lo neutralizó y sólo se discutió en algunos ámbitos.

---

[4] El Partido Auténtico intentaba recuperar la identidad del Movimiento Peronista. Era una alianza entre Montoneros, con los sectores de la Tendencia Revolucionaria de 1973 y sindicalistas y dirigentes de la Resistencia Peronista de 1955. Quería presentarse como el partido de los legítimos herederos de Perón y como una alternativa electoral frente a la crisis del gobierno de Isabel. Recogió ochenta mil adhesiones en ocho meses para su legalización. Estaba instalado en todo el país. En las elecciones de gobernador en Misiones, logró el 4% de los votos. Su organización estaba dividida en cuatro ramas, a la manera del Movimiento Peronista. Galimberti fue nombrado consejero de Juventud. Isabel Perón prohibió el Partido Auténtico bajo el falso pretexto de que Montoneros había participado en el ataque al Regimiento de Monte Chingolo, en víspera de la Navidad de 1975.

En el aspecto militar, también hubo disenso. La Organización empezó a especializar cuadros de combate y a formar el Ejército Montonero. Sus miembros debían abandonar las tareas políticas y dedicarse sólo a las operaciones militares. A pesar de que la Columna Norte promovía la práctica armada hasta en los milicianos de más baja graduación, pretendía que los militantes continuaran desarrollando su condición de «cuadros integrales», manteniendo su trabajo en comisiones internas de fábricas y en villas, y que sólo accionaran las armas como una herramienta de presión política, ligada a una demanda popular, y sin alejarse de ésta. La línea oficial los acusó de «cobardes».

Amalia apoyaba muchas de las reclamaciones de Norte y sabía de la intransigencia con la que se aferraban en sus posiciones. A ella le correspondía intermediar entre la presión de sus subordinados y la «línea ortodoxa» de Montoneros.

—Yo no conduzco a «las Tres A», conduzco a «las Tres M»: los Montoneros Más Malos — le dijo a Firmenich.

La Conducción Nacional también se mantuvo inflexible. Aceptar las demandas implicaba perder el control político de la Organización. Para desactivar la disidencia, empezaron a trasladar las direcciones políticas de distintos frentes de la Columna, que provenían de las bases, y colocaron en su reemplazo a cuadros internos de probada lealtad. Su estrategia política fue la militarización. Se crearon los Pelotones de Combate. A esa altura, un cuadro armado debía abandonar su familia, su trabajo, pasar a la clandestinidad, especializarse y sumarse al combate militar.

Otra discusión interna de Norte se generó con la tortura. En un plenario se planteó: «¿Qué hacemos si capturamos a un tipo que tiene como rehenes a compañeros nuestros...? ¿Lo torturamos para que hable?». Finalmente, la propuesta fue rechazada: «No podemos violentar nuestra ética ni perder de vista la condición humana para lograr la sociedad que queremos», concluyeron. El debate estaba muy influido por la muerte del miembro de Conducción, Marcos Osatinsky, en Córdoba. Después de cuatro días de torturas, un militante, Fernando Haymal, había dado la información que permitió detenerlo. La policía lo ató con una cadena al parachoques trasero de un automóvil y lo arrastró por la ruta. Luego fue ultimado. Cuando su familia trasladaba su cuerpo a Tucumán, el ataúd fue robado y dinamitado junto al monolito de Facundo Quiroga, en Barranca Yaco. Haymal fue fusilado por Montoneros después de un «Juicio Revolucionario»[5].

[5] Entonces los secuestros y torturas a los militantes eran práctica cotidiana de los comandos parapoliciales. *Evita Montonera* publicó un artículo donde se afirmaba que la tortura era un combate que se podía ganar. «Aun en las peores condiciones es posible vencer al enemigo», decía. Consideraba que era un problema de seguridad ideológica más que de resistencia física, y aconsejaba estrategias para engañar a las fuerzas de seguridad y no brindar información.

En septiembre de 1975, Galimberti organizó una cita con sus padres. Los llamó para despedirse y se encontraron en una confitería de Belgrano. También estaba su hermana Liliana. Fue un encuentro corto, de pocas palabras. Galimberti estaba en una mesa del fondo, solo, aunque daba la sensación de que alguien lo acompañaba cerca suyo. El mozo trajo algunas bebidas. Todos estaban inquietos. Don Ernesto no le sacó la vista de encima. Rodolfo le dijo que no iban a volver a verse por mucho tiempo. «Si un día estás en peligro vení para casa. No lo pienses y vení», le dijo Arminda. Seguía orgullosa de que su hijo fuera montonero, pero después de aquella detención en la calle Maza, en 1969, apenas lo había visto cuatro o cinco veces. A los quince minutos se despidieron. Fue la última vez en su vida que Galimberti vio a sus padres.

Entonces Amalia ya estaba seleccionando cuadros para ir a Formosa. Eligió a Tomás, Tonio, Federico, el Gringo Caretti y Luli, Samuel Koblinsky. El jefe de la operación fue Raúl Yaguer. La Conducción había decidido atacar el Regimiento 29 de Infantería de Monte. Fue un cambio radical de la política de Montoneros con el Ejército. Hasta entonces sólo el ERP, entre todas las organizaciones guerrilleras, consideraba a las Fuerzas Armadas como un enemigo. Montoneros mantenía contactos periódicos con los generales Albano Harguindeguy y Roberto Viola a través de Norberto Habegger. Al primero de ellos, Habegger lo había conocido en el «Operativo Dorrego» cuando la Juventud Peronista trabajaba junto a los militares para mejorar la calidad de vida en las villas.

Galimberti no fue convocado a combatir en la provincia de Formosa. Lo más posible es que la Conducción no haya confiado en él por una circunstancia puntual: el general Carlos Dalla Tea, su vínculo político con el Ejército, era el jefe de la Séptima Brigada de Infantería de Corrientes y entre las unidades bajo su mando estaba el Regimiento 21 de Formosa, en el que irrumpieron la tarde del domingo 5 de octubre de 1975. Ninguno de sus amigos —en especial Tomás, Tonio y Federico—, le anticipó la operación.

Dos semanas antes del ataque, algunos montoneros llegaron a la ciudad para elaborar y vender artesanías en la calle. Otros vendían flores. Hasta hicieron una visita a la oficina del subsecretario de la Gobernación para reclamar una exención de impuestos. Los lugareños empezaron a notar mucha gente en tránsito por la zona[6].

Los pelotones debían realizar distintas misiones en forma simultánea: uno secuestraba un avión de línea en vuelo y lo dirigía a Formosa, otros tomaban el aeropuerto «El Pucú», de esa ciudad, y otros iniciaban el asalto al cuartel. Los dos primeros objetivos se cumplieron, mientras veintiocho cuadros montoneros

---

[6] Ver diario *La Mañana* de Formosa, 7 de octubre de 1999.

irrumpieron en seis camionetas F-350 por el puesto de guardia que custodiaba un soldado centinela.

En un primer momento, el uso intensivo de granadas les permitió tomar posiciones en lugares cerrados de la Unidad; incluso accedieron al depósito de Arsenales y capturaron fusiles FAL y una ametralladora fusil FAP. Pero, alertados por soldados, los oficiales y suboficiales que vivían en el barrio militar, al costado del Regimiento, fueron a defender la Unidad. Tomaron la ametralladora pesada MAG, ubicada casi sobre la entrada principal de la Unidad, al lado del mástil, y desde allí empezaron a poner fuera de combate a los montoneros que habían ocupado la Guardia de Prevención. El fuego fue devastador. Tras sufrir ocho muertos, los pelotones debieron huir en la única camioneta que quedó utilizable. Sumaban once en total. Cargaron la ametralladora FAP en el techo y se abrieron retirada a tiros. Otros cuatro combatientes escaparon del Regimiento a pie. Fue un repliegue desesperado. La camioneta tomó la ruta 11. Sus ocupantes tiraban clavos miguelitos y se batieron a tiros con una comisión policial a mitad de camino, pero pudieron llegar al aeropuerto. Todavía estaba tomado. Los pasajeros del Boeing 737 de Aerolíneas Argentinas secuestrado se mantenían cuerpo a tierra en el *hall.* A la fila de rehenes se sumó el interventor de la provincia, Juan Carlos Taparelli, que acababa de aterrizar el Piper Navajo oficial, después de clausurar la Semana del Agricultor en un pueblo del interior. En ese avión escaparon de la provincia cuatro montoneros y unas horas después apareció en un campo de Corrientes. Los otros montoneros cargaron en el Boeing a los heridos y el armamento capturado. El piloto, otro rehén, empezó a activar los controles para el despegue. Pero el Gringo Caretti no quería subir.

—Esperemos a Luli un minuto más. Tiene que estar por llegar. ¡Esperémoslo! —gritaba desesperado entre el ruido de los motores.

El equipo de sanidad empezó a aplicar suero y hacer transfusiones a los heridos en pleno vuelo. Después de un intento de aterrizaje en Puerto Iguazú, el avión descendió en un campo del Norte de Santa Fe, y los combatientes escaparon por rutas provinciales en diez coches que los esperaban.

Tonio volvió a Buenos Aires impactado por la ferocidad con que los conscriptos defendieron el cuartel. Pensaba que iba a toparse con provincianos adolescentes, más interesados en alzar los brazos que en responder con balas. Esa tarde comprobó que Montoneros estaba más lejos del pueblo de lo que suponía.

Caretti volvió dolorido. Nunca más encontró a Luli. Era su amigo íntimo. Militaban juntos en la Villa Malaver. Luli había quedado muerto en el Regimiento y lo enterraron en una fosa común junto a una docena de guerrilleros caídos en

combate. Algunos meses más tarde, cuando su cuerpo llegó a San Martín, trescientas personas acompañaron su entierro[7].

La Conducción Nacional hizo una lectura triunfal del ataque al Regimiento por el despliegue militar y las armas obtenidas: 18 FAL y una pistola 9 milímetros. En Columna Norte los ámbitos de la disidencia estaban indignados.

—¿Vale la pena entregar un combatiente por cada fusil que nos llevamos?

Las Fuerzas Armadas magnificaron la capacidad operativa de la guerrilla y, el día posterior al ataque, Jorge Rafael Videla visitó el Regimiento. Las fotos de los soldados muertos en defensa del deber generó temor y rechazo hacia Montoneros. Fue una condena unánime. Ítalo Argentino Luder, el presidente interino —Isabel estaba de licencia— incorporó a las Fuerzas Armadas al Consejo de Seguridad Interna para participar en la lucha antisubversiva. Quince días después Videla declaró que «si es preciso, en la Argentina deberán morir todas las personas necesarias para lograr la paz del país»[8]. En noviembre, por decisión del Poder Ejecutivo, las Fuerzas Armadas convertían al país en un teatro de operaciones para luchar contra la guerrilla.

Por entonces, más allá de las concesiones que hacía el poder civil, ya tenían decidido el golpe de Estado. El plan estaba elaborado en el «Orden de Batalla del 24 de marzo», que fue comunicado a todos los generales, almirantes y brigadieres en actividad con mando de tropa, seis meses antes de la fecha elegida. Ese documento llegó a manos de la Conducción Nacional, a través de Rodolfo Walsh, «Esteban», y dada su importancia, fue guardado en una caja fuerte. También llegó a la Secretaría Militar de Montoneros —entonces a cargo de Domingo Campiglia, «Petrus»—, el Plan de Operaciones de las Fuerzas Armadas, donde se detallaba la partición de los Comandos de Zonas y Subzonas para instrumentar el exterminio a la guerrilla[9].

Montoneros omitió el alerta sobre el golpe de Estado porque empezó a buscarlo. Creía que con los militares en el poder, el pueblo iba a desenmascarar a

---

[7] En una hora y media de combate en Formosa murieron trece montoneros, diez conscriptos, un sargento primero y un subteniente, Ricardo Massaferro. Su padre era militar y había participado en la sublevación peronista de junio de 1956 junto al general Valle.

[8] Ver discurso en la XI Conferencia de Ejércitos Americanos, el 23 de octubre de 1975.

[9] El «Orden de Batalla» fue elaborado por el entonces comandante general del Ejército Jorge Videla, y los generales Carlos Suárez Mason, Jáuregui, Luciano B. Menéndez, Diego Urricarriet, Osvaldo Azpirarte, Óscar Gallino y Santiago Riveros y redactado por el director de la Escuela Superior de Guerra, Cesáreo Cardozo, según publica *Siete Días,* número 827, de abril de 1983. Según distintas fuentes montoneras, el «Orden de Batalla» llegó a la CN a través de Rodolfo Walsh, que lo consiguió de manos del hijo del general Numa Laplane. Otra versión no confirmada, en cambio, indica que el «Plan de Operaciones» fue entregado por el general Dalla Tea a Galimberti y éste lo trasladó a la Secretaría militar. «Tomá esto, ustedes no tienen ni idea de lo que va a pasar. Los van a destruir», le habría dicho. Sobre la apuesta de Montoneros por el golpe de Estado, ver *La Sangre derramada* de José Pablo Feinman. Para una detallada reconstrucción de cómo las Fuerzas Armadas se prepararon para el golpe de Estado, ver *«Los militares, del escarnio al poder 1973-1976* de Rosendo Fraga. El autor fue asesor político del dictador Roberto Viola. En la actualidad dirige el Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría.

su verdadero enemigo. Y cuanto más intensa fuera la violencia hacia el pueblo, mayor sería la conciencia de éste para combatirlo. El golpe iba a acelerar la estrategia de guerra revolucionaria. Cuanto peor, mejor. La tesis del filósofo Franz Fanon.

En sintonía con esa política, la Conducción decidió golpear a las fuerzas de seguridad para sacarlas de la calle. Si hasta mayo de 1975 sólo estaban dispuestos a matar a aquellos policías que hubieran secuestrado, torturado o fusilado a militantes populares, o a aquellos que se resistían a entregar su arma «al pueblo», un semestre después cualquier policía, por su sola condición, pasó a ser un blanco de la Organización[10].

Cuando Montoneros decidió iniciar la guerra contra todo el aparato de seguridad del Estado, en el último trimestre de 1975, todavía no tenía resuelto el debate interno sobre la distribución de armas. Por entonces, un miliciano sólo podía tener su arma corta y el Área de Logística de las Columnas le prestaba las armas largas únicamente en caso de operaciones militares. Luego debía devolverlas. Con la centralización del dinero y las armas, la Conducción mantenía el control de sus estructuras internas.

Por su permanente grado de conflictividad, Columna Norte tuvo el acceso más restringido a las armas largas. De las doscientas diez ametralladoras y fusiles que la Organización capturó de la fábrica Halcón de Banfield, el 28 de julio de 1975, sólo cinco o seis bajaron a Norte; una ametralladora se la llevó Tomás a Formosa, luego de que Canzonetta, el montonero que se había infiltrado como jefe de producción de la fábrica, le explicara el funcionamiento.

La falta de armas para el combate fue una demanda constante de Galimberti. Quería que todos los milicianos tuvieran su «largo» en forma permanente. Conseguir armas se convirtió en una obsesión. Además de su pistola 9 milímetros y la Magnum 357, contaba con otras que no había declarado en la Columna: una escopeta calibre 12/70, que prestaba a su «banda» para las operaciones, y una ametralladora UZI que guardaba dentro de un estuche y con la que viajaba en autobús. Pero Galimberti soñaba con un arsenal.

---

[10] El cambio de postura se advierte en *Evita Montonera*. En mayo de 1975, página 46, publica: «No hemos atacado ni atacaremos a los policías que se limitan a cumplir sus funciones en el marco legal vigente. Sabemos que hay miles de agentes policiales peronistas, que no se han complicado, ni están dispuestos a complicarse, en crímenes contra el pueblo. De ellos reclamamos la más amplia colaboración para seguir identificando a los policías torturadores y asesinos para que sobre éstos caiga lo más pronto posible todo el peso de la Justicia». Esta posición varió con la creación del Ejército Montonero, que se propuso una guerra de desgaste. En *Evita Montonera* número 12 publica: «(...) Esto significa el ataque (indiscriminado) contra todo representante de las instituciones represivas. La actual etapa de enfrentamiento justifica esta decisión pero debemos encarar la propaganda masiva que permita demostrar a la población y a los mismos enemigos afectados que, desde el momento en que las Fuerzas Armadas tienen el mando operativo en todos los organismos de seguridad, cada hombre uniformado y armado —independientemente de su extracción de clase y de sus ideas— contribuye a la represión antipopular y es corresponsable de las atrocidades y asesinados que comete la represión».

—No podemos pertrechar al Ejército Montonero con pistolas que le afanamos al poli de la esquina. Para librar esta guerra necesitamos comunicaciones, ametralladoras, artillería pesada, un lanzagranada, morteros, armas explosivas —decía.

Por entonces, a fin de 1975, su esperanza estaba depositada en Tonio que, desde el Área Logística del Servicio Internacional y con la asistencia desde el exterior de «El Vasco» Mauriño, empezó a gestionar la compra de un cargamento de armas en el exterior. Si se distribuía de manera justa, prometía acabar con los padecimientos de la Columna Norte.

Hasta 1974 el abastecimiento logístico de la Organización dependía de compras en el mercado local o en el mercado negro de Paraguay. Por entonces la Organización había trabado relación con «Cacho» Otero, un piloto que en los años cincuenta sacaba a los militares opositores del peronismo al Uruguay y en los años setenta usaba su avioneta para el contrabando: en sus aterrizajes en pistas clandestinas traía whisky y paquetes de cigarrillos para su propio negocio, y armas y handys para los montoneros.

Pero ese verano de 1975 la apuesta de Tonio era mayor: había comprado un Super Constellation a hélice y contrató a un piloto polaco —que había volado para los nazis en la Segunda Guerra Mundial—, para trasladar el cargamento a la Argentina, apenas pudiera cerrar el acuerdo con los traficantes de armas.

En ese tiempo, con las promociones y los traslados que la organización implementaba cada seis meses, Galimberti fue ascendido a capitán con responsabilidad en la conducción de la Secretaría Militar de la Columna Norte. Tenía 28 años y un pequeño Ejército Montonero, con oficiales, aspirantes y soldados bajo su mando, dispuesto a operar sobre el territorio donde estaba asentado el enemigo. Aunque Galimberti aspiraba a ser el jefe de la Columna Norte, esa decisión hubiera implicado legitimar sus reclamos. Para la Conducción Nacional era un riesgo: con su ascendiente sobre la militancia y los cuadros armados, Galimberti contaría una fuerza propia, progresivamente autónoma, y llevaría los conflictos internos hasta el límite de la fractura. Una Columna que operara como reflejo de sí mismo: imposible de encuadrar.

La Conducción Nacional prefirió tener a Norte bajo control. En reemplazo de Amalia, que fue trasladada a la Columna Sur, llegó a la jefatura «Carlón», Eduardo Pereira Rossi, de 26 años, un emergente del aluvión montonero de 1973. A diferencia de Galimberti, Pereira Rossi era un cuadro formado y ordenado dentro de la organización.

El domingo 14 de diciembre de 1975, a las seis y media de la tarde, Columna Norte atentó contra el comandante general de la Armada, almirante Emilio Massera. Su barca «Itati» había sido utilizada para una navegación de prueba y

estaba próxima a amarrar en San Fernando, cuando detonó una carga subacuática con amonita, que había colocado Tomás con la asistencia de «El Gordo» Lizaso. Para facilitar la retirada, tomaron la precaución de ametrallar a un helicóptero de la Infantería Naval que se disponía a levantar vuelo para ir en su búsqueda. A pesar del estallido, la barca se mantuvo a flote y sólo resultaron heridos algunos marinos. El almirante Massera no estaba a bordo, como habían previsto.

Algunos años más tarde, Galimberti, aunque no participó en la operación, se lo contaría en persona al almirante. En el diálogo, Massera le reconoció que la Armada había intentado ocultar el atentado, y aceptó además que la barca había sufrido más daños de los que admitieron a la prensa. Cuando, en el tercer encuentro, Galimberti volvió a relatarle detalles de la operación, Massera lo detuvo: «Pero eso ya me lo había contado el otro día, Rodolfo...».

Tres días después del ataque a «Itati», Columna Norte atentaría contra la vida de Alberto Campos, el intendente de San Martín, y esta vez sí le correspondería a Galimberti ser el jefe de la operación. Fue una de las últimas acciones armadas que emprendió Montoneros en su enfrentamiento contra la derecha sindical del peronismo. La operación había sido debatida y aprobada seis meses antes de su ejecución, pero distintas circunstancias, entre ellas el ataque al Regimiento de Formosa, postergaron su planificación y ejecución final.

Campos era un enemigo emblemático de Montoneros en el partido de San Martín. Representaba tres vertientes: el enemigo político, porque era intendente; el enemigo sindical, porque era metalúrgico; y el enemigo militar, porque lo acusaban de prestar apoyo a matones a sueldo de la burocracia, el CNU y la Triple A para ametrallar locales de la JP y la JTP y secuestrar y matar delegados de fábrica y militantes obreros.

Montoneros había previsto atacarlo con una mina de fragmentación o «vietnamita», que cuando se instala en determinado lugar provoca una feroz onda expansiva.

Galimberti nunca ocultó su odio contra Campos, después de que llevara las cintas de su discurso de apoyo a «las milicias armadas» a oídos del general Perón. Esa tarde de abril de 1973 en Puerta de Hierro, el entonces líder de la JP intentaba minimizar la información publicada en los diarios a un error de contexto, hasta que el metalúrgico colocó la cinta en la grabadora. Entonces no quedaron dudas. En ese momento, Galimberti juró para sí: «algún día te voy a reventar»[11].

El mediodía del 17 de diciembre de 1975, a la 1.55pm, Campos viajaba en el coche oficial con su chófer Carlos Álvarez y el funcionario municipal Carlos Ferrín para almorzar en un restaurante de Villa Ballester. De golpe, una camioneta

---

[11] Ver *El presidente que no fue,* de Miguel Bonasso, página 432.

Chevrolet roja provista con bolsas de arena en la caja trasera, chocó contra su coche, y una decena de montoneros saltó de la camioneta y se desplegó en abanico, abriendo fuego. Campos murió con una granada en la mano, sin llegar a lanzarla. Sus dos colaboradores tampoco sobrevivieron.

Capítulo XV

El Gran Capitán

A muchos montoneros matar los angustiaba.

Un aspirante jamás pudo olvidar la muerte de un policía de San Martín, que se resistió a una operación de desarme. Al día siguiente se enteró por los diarios de que mientras el policía moría, su mujer estaba pariendo. Jamás pudo olvidar la noticia. De todos modos, los que ingresaban en una organización armada sabían que, en determinadas situaciones, la piedad debía dejarse de lado. Habían elegido un camino irreversible.

En el combate la muerte era más despersonalizada. En esos momentos nadie calculaba si era su bala o la de su compañero la que mataba a alguien. Las responsabilidades se repartían entre el que tira, el que remata y el que cubre la retirada. Todo sucedía muy rápido. Cada uno protegía su vida y la de los suyos, y la muerte del enemigo no los afectaba.

Para algunos montoneros un enfrentamiento armado significaba un trauma o un conflicto con la vida. Pero también el más alto grado de compromiso con la Organización. La noche previa escribían una carta de despedida a sus hijos para explicarles las razones por las que habían luchado. Si regresaban de la acción con vida, rompían la carta. O la guardaban hasta el próximo enfrentamiento. Para otros combatientes que estudiaron en colegios de curas o de monjas, y se habían formado en un catolicismo muy profundo, la lucha armada implicaba un dilema tormentoso. Algunos de ellos, en medio del fuego, intentaban mantenerse en una actitud pasiva y cuando su responsable les recriminaba haber puesto en riesgo la vida de sus compañeros, explicaban que la ametralladora se les había trabado. Sus creencias les impedían matar a sus enemigos.

Para Galimberti un combate era una misión. Y cada misión la vivía como una fiesta. Se sentía responsable de su vida y de la de sus compañeros, y trataba de anticiparse a todas las eventualidades. La primera vez que conoció a «Yuyo», un oficial de Columna Oeste que fue trasladado a la Secretaría Militar de Vicente López a fines de 1975, lo llevó con su coche para mostrarle el lugar donde se desarrollaría

la acción y la ruta posterior que debía recorrer para desconcentrarse. La conocía de memoria. Le recomendó ponerse anteojos oscuros porque iba a tener el sol de frente, le marcó el cartel de la farmacia como referencia para doblar a la izquierda y le pidió que recordara que en el agua estancada de la esquina había verdín, y que si lo pisaba a alta velocidad podía perder el control del auto. A «Yuyo», acostumbrado a militar con declamadores de la lucha armada que lanzaban a la calle a sus cuadros sin la mínima preparación, su nuevo responsable lo impresionó.

Galimberti exigía que sus compañeros pudieran correr cinco cuadras seguidas, hacer quince flexiones y tuvieran una gran seguridad ideológica para afrontar un combate.

—Un compañero que no tiene convicción política ni tiene conciencia del significado de la lucha en la que estamos comprometidos, te puede dejar en bolas en medio del fuego —aseguraba.

Nunca ordenaba nada que él no se sintiera capaz de hacer. Y si la noche previa a la operación percibía a alguien inquieto o inseguro, lo excluía de la acción o lo derivaba a una función secundaria.

Unos minutos antes de salir para la cita operativa a buscar las armas, Galimberti recomendaba ponerse *Poxiran* en las manos y rociarlo con talco para no dejar huellas digitales. No le convencían los guantes porque llamaban la atención. Y aconsejaba que el que sintiera ganas de ir al baño, lo hiciera. Decía que en caso de intervención quirúrgica, un intestino vacío evitaba las infecciones y facilitaba la labor de los médicos. Luego disponía una formación y explicaba el significado político de la operación. Se mostraba implacable con el cumplimiento de los deberes del combatiente:

—Cualquiera que intente huir —advertía—, que sepa que le está dando la espalda a un compañero. Que sepa también que nuca a la que yo vea escapar, nuca a la que le disparo.

Luego se rendía homenaje a los compañeros caídos y cerraba su arenga con el grito de «hasta la victoria».

Un combate duraba cuatro o cinco minutos e implicaba un gran desorden. Cuando Galimberti asumía el rol de la contención, era frío y determinado y nunca perdía el control del fuego. Miraba el escenario completo, los movimientos de cada uno y sentía que todo se desarrollaba en una imagen de cámara lenta en la que él debía tomar la decisión más acertada. Protegía la retirada de sus compañeros hasta el último disparo y combatía con una entrega y una solidaridad que le alcanzaban para probar su valor y ratificar su liderazgo en cada enfrentamiento. Lo hacía con placer: no sentía emoción más fuerte que la de cumplir con un objetivo militar.

Después dejaba a los muertos si había muertos, a los heridos los llevaba a la posta sanitaria, entregaba el coche operativo, volvía a una base, se cambiaba si

había combatido disfrazado, pasaba por la cita de control visual y luego se entrevistaba con su superior y daba el parte de lo sucedido. El resto de los combatientes se dispersaba por distintos lugares. El que permanecía en la legalidad, tomaba un autobús o el tren y volvía a su trabajo o a la Universidad[1]. O se reencontraban luego de unas horas en bares, se juntaban a comer una pizza u otros se iban a dormir a una cama medianamente segura.

La tarde en que mataron a Campos, Galimberti y Oaky fueron a una casa a pocos metros de la avenida Libertador, entre Vicente López y La Lucila. Oaky estaba excitado. Galimberti se mantuvo en silencio. Sólo pidió un vaso de agua y fue directo al baño. Quería tomar una ducha y descansar un poco.

Esa actitud suya derivó en un incidente. La casa era un ámbito de la conducción montonera y del Partido Auténtico[2]. No estaba desocupada: vivía una familia. El responsable era el sociólogo Alberto Mansilla. La había conseguido a través de un colaborador. Que Galimberti la «abriera» para descansar fue el detonante que lo decidió a redactar a la Conducción un informe crítico contra el secretario militar de Columna Norte.

Mansilla era un sociólogo brillante. Era uruguayo, tenía 29 años, y arrastraba una condena de su adolescencia en Tacuara: la Justicia lo había encontrado culpable de la muerte del militante judío Raúl Alterman en 1964[3]. Después de un pasado en prisión que intentaba ocultar, militó en Descamisados y desde allí entró en la Organización. En 1973 había trabajado en el Ministerio de Educación con el aval de Roberto Perdía, que era el responsable político de Montoneros con la estructura de Gobierno. Cuando el doctor Taiana se fue del Ministerio, Mansilla salió de circulación, perfeccionó sus estudios, y a fines de 1975 intentó militar en el Partido Auténtico con su nivel de entonces: oficial montonero. Pero la Conducción rechazó su propuesta y lo envió de aspirante a una subunidad militar de Columna Norte, que dependía de Galimberti. Mansilla impugnó la orden de traslado. Pidió incorporarse al trabajo barrial en San Martín. La Conducción lo sancionó y decidió suspender su funcionamiento orgánico. Galimberti también apoyó esa posición.

---

[1] Un ex montonero entrevistado por los autores contó que después de una operación militar fue a conocer a su hijo al hospital. Acababa de nacer.

[2] Entre 1974 y 1975 pasaban por la casa los hombres más buscados del país: Mario Firmenich, Roberto Perdía, Roberto Quieto, y también Norberto Habegger y Horacio Mendizábal, que acababa de fugarse de una detención en los Tribunales de Córdoba. Más de una noche, alguno de ellos se quedaba a dormir. También la utilizaban para reuniones las figuras públicas del Partido Auténtico: Óscar Bidegain, Jorge Cepernic o Andrés Framini.

[3] Alterman murió el 28 de marzo de 1964. Un supuesto cartero tocó el timbre de su piso y cuando Alterman se acercó a la mirilla de la puerta le asestó un balazo en el ojo. Alterman era un militante juvenil, que habría estado relacionado con la guerrilla castrista de Salta. Los servicios de inteligencia entregaron sus datos a Tacuara. Su muerte fue una confluencia de intereses: Tacuara quería vengar a sus tres militantes muertos en un sindicato de Rosario en medio de una refriega con los militantes de PC. Y los servicios de Inteligencia querían eliminarlo por su supuesta relación con la guerrilla de Salta.

—Un soldado nunca elige su destino —dijo, solemne.

Afectado por la sanción, Mansilla terminó de estallar cuando supo que habían «abierto» una casa que debía estar compartimentada y de la que era responsable. Escribió a lo largo de doce carillas una descripción general y particularizada, con puntos y hechos, y en triple copia —dirigida a Roberto Perdía, de la Conducción Nacional; a su responsable inmediato y al propio secretario militar de Columna Norte—, donde advertía que Galimberti era el líder de una «banda» que se había asociado para delinquir, que cobraba pagos «forzosos» a industriales cuyos beneficios nunca reportaba a la Organización, que realizaba operaciones paralelas para cubrir gastos de su grupo de leales; acusaba a «El Nono» Lizaso de robar coches para entregarlos en desguaces de la zona a cambio de dinero, criticaba a «Hernán» Mendizábal por su conducción militar, etcétera.

Era obvio que Galimberti y Mansilla no simpatizaban entre sí. El primero sospechaba que el otro era un «servicio» infiltrado en Montoneros. El segundo creía que utilizaba a Montoneros para delitos comunes. Y, sin embargo, sus amigos les reconocían a ambos las mismas virtudes: inteligencia, carisma y seducción.

Ese verano, Galimberti y Oaky continuaron utilizando la casa de La Lucila como refugio, y Mansilla, cada una o dos semanas, se presentaba a sus superiores inmediatos para las «citas de atención», en la que debía dar cuenta de lo que hacía. Cuatro meses después, cuando concurrió a una de ellas, Mansilla murió asesinado de un disparo.

Los últimos diez días de 1975 fueron convulsionantes para la Argentina.

Isabel Perón había llamado a elecciones para el 17 de octubre de 1976, pero pocos creían que se mantuviera en el Gobierno hasta esa fecha. Un sector de la Fuerza Aérea desconoció la autoridad del jefe aeronaval y exhortó al Ejército y a la Armada a tomar el poder para «acabar con este gobierno corrupto». Un día antes de Nochebuena, el ERP intentó copar el Arsenal del Batallón 601 en Monte Chingolo. Los militares esperaban el ataque. Un agente del Servicio de Inteligencia del Ejército infiltrado en la organización lo había anticipado. Se calcula que participaron más de trescientos guerrilleros y que por lo menos cien de ellos murieron. El Ejército también mató a los villeros que les dieron refugio en la retirada[4].

Las estructuras de Montoneros también se conmovieron: en la tarde del domingo 28 de diciembre detuvieron al «número 2» Roberto Quieto, sin resistir ni combatir, mientras tomaba mate con su familia, sentado en un balneario de

---

4 Para un relato sobre la infiltración militar del ataque del ERP al Regimiento, ver *Los Compañeros* de Rolo Diez, México, Leega Literaria, 1987, y *La Voluntad,* Tomo II, páginas 635-637, de Eduardo Anguita y Martín Caparrós, editorial Norma, 1998. El delator luego fue fusilado por el ERP en una casa de Floresta, tras un «juicio revolucionario».

Martínez. Una docena de policías de civil que escondía sus ametralladoras bajo lonas y toallas, lo rodeó y se lo llevó en un automóvil. Su esposa Alicia Beatriz Testai fue dejada en libertad.

El resto de los miembros de la Conducción se enteró de su desaparición al sintonizar radio Colonia, por la noche. Era una de las pocas emisoras que informaba sobre secuestros y detenciones, de modo más rápido y completo que los comunicados que las fuerzas de seguridad entregaban a la prensa. El alerta lo dio un militante: había presenciado el secuestro y llamó por teléfono a la emisora uruguaya para que lo difundiera. Al día siguiente, el lunes 30, estaba prevista una reunión de Conducción, y debía asistir Quieto. Ninguno de los jefes fue a la cita, a excepción de «Pingulis» Hobert, que no había escuchado la radio. Pero pudo salvarse. Cuando advirtió movimientos infrecuentes en las inmediaciones del local, volvió a irse.

De inmediato, Norberto Habegger se contactó con el general Harguindeguy para pedirle la legalización de la detención de Quieto. El jefe de Policía fue terminante: «No lo tenemos nosotros, y si lo tuviéramos, no se lo podríamos entregar».

Montoneros se movilizó por su libertad: pintó paredes, tiró molotov, incendió coches y recogió adhesiones de Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir y François Mitterrand, entre otros intelectuales y políticos europeos. Pero ni la Policía ni el Ejército reconoció nunca su secuestro. Sin embargo, los primeros días que reclamó por su vida, la CN ocultó lo más inesperado: que Quieto estaba hablando. A horas de su secuestro, empezaron a caer casas clandestinas de distintas estructuras y decenas de militantes de Norte, Capital y Córdoba. Cayó hasta el pozo donde pocos días antes había estado secuestrado Metz, el empresario de Mercedes Benz[5].

La situación en que fue detenido Quieto generó extrañeza: la propia Organización había recomendado no participar en reuniones familiares durante las fiestas de Navidad y Año Nuevo. Y era un miembro de Conducción, el más popular y respetado por la militancia, el que había relajado sus propias normas de seguridad.

Pero más duro fue el impacto de su delación. Hasta ese momento, la Conducción creía y difundía que la tortura era un combate que se podía ganar. A partir de su caída, la Organización recomendó a sus oficiales llevar una pastilla de

---

5 Enrique Metz fue secuestrado en la puerta de su edificio en El Palomar, provincia de Buenos Aires. Era un ejecutivo de Mercedes Benz. Por su libertad, Montoneros solicitó un rescate de cuatro millones de dólares, la reincorporación de más de cien despedidos y un aumento de salarios para los obreros. Metz fue liberado antes de cumplir dos meses en cautiverio. En 1999 un medio de prensa alemán inició una investigación para saber cuál fue la cifra real que se pagó por su libertad, porque Mercedes Benz había consignado una entrega de ocho millones de dólares. El ex miembro de Conducción Roberto Perdía fue consultado por una periodista de ese país para que confirmara la cifra del rescate. Luego de una averiguación con ex miembros de la secretaría de Finanzas, aseguró que se trató de cuatro millones.

cianuro junto a su arma personal, para no comprometer la vida de sus compañeros en caso de arresto. La orden fue no entregarse vivo.

En febrero de 1976, la CN bajó a los oficiales un documento autocrítico en el que daba cuenta de que el crecimiento de la militancia y la necesidad de conducir una mayor cantidad de frentes, los había aislado de su propia fuerza. Reconocía que esas circunstancias habían conducido a cometer «desviaciones burguesas» en algunas conductas cotidianas. Pero, enseguida, retiró la circulación del documento y cargó el peso de las culpas sobre la situación particular de Quieto. En un «juicio revolucionario» lo condenó a muerte por «deserción y delación». La pena no llegó a llevarse a efecto: el jefe montonero nunca apareció[6].

Ese verano de 1976, la estructura militar de Norte fue una de las más dinámicas de Montoneros. La práctica armada era casi cotidiana: se ametrallaron destacamentos policiales, se emboscaron coches patrulla y hasta un carro de asalto de la Policía Federal, y también se ejecutaron acciones contra gerentes o dueños de fábricas. Esas eran las misiones más difíciles de emprender porque el objetivo no era librar un combate sino dar muerte a un civil desarmado. Asumir esas operaciones requería un proceso de convencimiento previo: cada cuadro pensaba en cómo habían sido torturados los delegados de las comisiones internas, en sus cuerpos carbonizados, en que la empresa había cedido datos a la Policía o a matones de la derecha para que los secuestraran... y después de horas de meditación, tomaban la decisión de vengarlos. La primera acción era la que más costaba. En los años posteriores a la derrota, esos muertos los acompañarían.

Pero en contraste con la intensa actividad territorial, había un radio de diez cuadras cercanas a la General Paz, en Munro, en el que se prohibió operar. Hasta se había vedado la circulación. La zona estaba a cargo de una oficial que no concurría a las reuniones de la Secretaría Militar. Era María Elpidia Martínez Agüero, «Raquel» o «La Negra Inés». Y en la zona bajo su custodia vivía su marido, Mario Firmenich. Además, el jefe montonero tenía una guardia rotativa que componían algunos cuadros de Norte, y mantenía la suficiente confianza en Galimberti como para que conociera su refugio. El 28 de enero de 1976, el capitán de Columna Norte le llevó una cruz de plata como presente de cumpleaños, y Firmenich le sirvió pastel de papas, que era su plato favorito. Pero las invectivas que le dedicaba Galimberti al «número uno» de Montoneros eran incesantes. Tomaba cada orden suya como una calamidad natural y lo satirizaba por su falta de conocimientos militares.

---

[6] Se cree que Quieto fue visto en el centro clandestino «El Campito» de Campo de Mayo. Ver *Campo Santo. Los asesinatos del Ejército en Campo de Mayo,* de Fernando Almirón. La esposa y los hijos del jefe montonero sobrevivieron.

—Dice que en esta etapa tenemos que salir a operar con armas largas y montados en bicicletas de heladeros —comentaba entre los suyos[7].

La masacre se avecinaba. Galimberti buscaba información del nuevo escenario: a espaldas de la Conducción, entabló una entrevista con el jefe de la Policía Federal, el general Harguindeguy. El contacto lo había coordinado el general Dalla Tea. Le ofreció garantías de seguridad. «Hay códigos que se cumplen», le dijo. El encuentro se realizó dentro de un Falcon verde mientras se desplazaban por la zona Norte. Galimberti quiso saber si había margen para lograr algún acuerdo con las Fuerzas Armadas para frenar la represión que se precipitaría.

—No hay manera —le dijo Harguindeguy—. Les vamos a matar a tres mil tipos y después nos vamos a sentar a discutir otra vez.

—No. Nos van a matar a diez mil y no van a discutir nada —le respondió Galimberti.

El 24 de marzo de 1976 la Junta Militar derrocó a Isabel Perón y se hizo cargo del Gobierno. Fue un golpe esperado: los diarios lo anunciaban semana a semana. La clase política, desprestigiada y sin capacidad de respuesta, asumió el alzamiento como inevitable. Para buena parte de la sociedad civil, la misma que cuatro años antes había recibido con simpatía a los guerrilleros, el golpe de Estado supuso un alivio y una esperanza: la de que los militares pudieran imponer el orden y la paz sobre un territorio minado de cuerpos baleados y torturados, con bombas y secuestros cotidianos.

La tarde del 24 de marzo, Galimberti caminaba junto a Tonio. Por un momento se quedaron mirando el avance de un tanque de guerra por la avenida Cabildo. Pensaron que el combate iba a ser desigual.

La Conducción montonera tomó el golpe como «el último desatino de los militares». En Columna Norte tuvieron la certeza de que era un plan de exterminio sistemático que iba a terminar por barrerlos a todos. Frente a la superioridad de las fuerzas de seguridad, Galimberti propuso fraccionar el funcionamiento orgánico en células más pequeñas y replegar a sus cuadros más reconocidos al interior sobre la base de los recursos económicos de Montoneros. Pero a pesar de las agitadas discusiones internas, nada varió la decisión de la Conducción de continuar con el

---

7 En uno de los documentos internos, Montoneros consignaba que había que lograr una «superioridad táctica» frente al enemigo. Esto implicaba llevar fusiles para enfrentar las ametralladoras y escopetas de la Policía. Pero también proponían movilizarse «como lo hace el pueblo»: dejar de usar coches y trasladarse en bicicleta. Galimberti concluía que la única bicicleta que permitía ocultar los fusiles era la de los heladeros. En ese tiempo, la Conducción instaba a sus cuadros clandestinos a emplearse en el servicio doméstico o como obreros de fábrica y replegarse junto al pueblo, en los barrios y las villas. Pero esas disposiciones generaban rechazo en Norte porque implicaban un riesgo de la seguridad que consideraban innecesario.

enfrentamiento total, una «guerra de aparato a aparato» entre el Ejército Montonero y el Ejército argentino[8].

El nuevo gobierno centralizó la represión en los aparatos de seguridad del Estado e involucró a todas sus líneas de mando. A los pocos días, el Comando IV del Ejército, con sede en Campo de Mayo, más las brigadas policiales de Martínez, San Martín y Tigre empezaron a desbaratar las estructuras sindicales de la zona Norte. En abril ya había caído la comisión interna de la metalúrgica Del Carlo. Empezaron a desaparecer obreros de astilleros Astarsa. En Ford Motor, el Ejército y la Prefectura se movían como en su propio territorio[9]. Sucedió en las empresas del cordón industrial que tenían conflictos gremiales: tomaban el listado de personal y pedían a los gerentes que les marcaran a los activistas de izquierda, montoneros, trotskistas, lo que fuera. Sucedió en Laboratorios Squibb de Martínez, que era una base sindical de la JTP. Pero en ese caso, el director no sólo anticipó a sus empleados que los matarían sino que les ofreció dinero para que se fueran del país. Fue una excepción.

En la estructura militar de Columna Norte, cuando un oficial caía se convocaba a un pelotón de cuatro o cinco soldados —que provenían de villas o barrios muy humildes—, para comunicar la noticia. Se establecía una formación y el responsable les hablaba del valor del caído, luego nombraba a su reemplazante y leía una arenga para motivarlos a la continuación de la lucha. Cuando ya no tenían casas clandestinas, las formaciones empezaron a hacerse en público. En cualquier lugar. En la avenida Centenario de San Isidro o en la estación de Munro, a un costado de la vía, sobre un sendero. La gente que pasaba caminando los miraba como si estuvieran locos.

---

[8] En las reuniones de conducción de Columna participaban el jefe «Carlón» Pereira Rossi, el secretario político «Pancho» Rivas, el secretario de Organización Raúl Magario —que había sido trasladado por la CN de Finanzas a Norte para contrapesar el liderazgo de Galimberti, pero adhirió a sus posiciones frente al golpe de Estado— y el propio Galimberti, como secretario militar. Para defender las posiciones de la Conducción en las discusiones bajaban a las casas clandestinas Norberto Habegger y «El Sordo» De Gregorio. «Carlón», el jefe de la Columna Norte, intentaba mediar entre las dos posiciones. Según las resoluciones del «Consejo de Abril» de 1976, la Conducción había decidido alejarse del peronismo y establecer una alianza con el ERP para coordinar acciones armadas. Iba a denominarse OLA (Organización para la Liberación de Argentina). Roberto Santucho, jefe del ERP, fue abatido por el Ejército en un piso el 19 de julio de 1976, mientras un cuadro de enlace organizaba una reunión con Firmenich y Perdía, que hizo demorar su retirada a Cuba. Ver *Santucho, Todo o nada,* de María Seoane, páginas 307-310.

[9] En Ford desaparecieron 33 delegados de fábrica. Un día antes del golpe, la empresa desconoció la representatividad gremial de los delegados y les comunicó que a partir de entonces debían olvidarse de los reclamos. Cuando se levantó la reunión, los representantes de la empresa les dijeron a los de la comisión interna que mandaran «saludos a Camps». El general Ramón Camps era jefe de la Policía de la provincia de Buenos Aires. Según testimonios de sus familiares, la empresa enviaba a los detenidos-desaparecidos telegramas de despido por «abandono de tareas». La esposa de uno de ellos respondió: «Detenido dentro de la empresa, Comisaría Tigre, vuestro conocimiento». La empresa luego lo rechazó por «improcedente». Ver CD anexo al libro *Obediencia De Vida,* de José Luis D'Andrea Mohr y *Página/12* del 21 de marzo de 1998 y del 13 de junio de 2000.

En el mes de abril el grupo de «los Bustos» de Bahía Blanca cayó en manos del V Cuerpo de Ejército. La prensa lo presentó como una célula extremista, mostró armas y explosivos y las fotos de cada uno de ellos. Pero el ex diputado Bustos se mantuvo dos años prófugo hasta que fue capturado por la ESMA en 1979. En mayo de 1976, Mario Herrera, el militante cristiano que acompañara a Galimberti en sus tiempos de JAEN, también fue secuestrado en su casa de San Telmo y muerto por el V Cuerpo del Ejército en Bahía Blanca.

Ese mes, también, «El Sordo» Lebrón, del Área de Inteligencia, viajó a Tucumán. Había presentado un documento crítico donde anticipaba que por la disparidad de fuerzas los militares iban a provocar el exterminio de los pelotones montoneros en esa provincia. Pero como respuesta recibió la orden de incorporarse él mismo al combate. Ahí había sido detenido y muerto a bayonetazos «El Hippie» Juan Carlos Alsogaray, primo de María Julia y sobrino del capitán ingeniero Álvaro Alsogaray. Lebrón imaginaba el mismo final. Fue a despedirse de Galimberti.

—Yo no vuelvo, Loco. Me matan —le dijo.

—¿Entonces para qué vas?

—Porque tengo que ir. Soy un soldado.

Fue la última vez que lo vio[10].

También murió Alberto Mansilla, el sociólogo.

Ese verano, en cada cita de «atención» a la que se informaba a la secretaría militar de Columna Norte, se sentía hostigado, inquieto por las consecuencias de su informe acerca de «la banda» de Galimberti, preocupado ante el silencio de la Conducción. Sus amigos temieron lo peor y le aconsejaron irse del país. Le consiguieron una beca académica en México.

Ya tenía reserva en avión para el día primero de mayo. Se iba a ir con Adela Quesada, su novia, asistente social, con la que también preveía casarse. Pero hay dos hechos todavía oscuros que sucedieron entre marzo y abril. El primero fue una detención momentánea de Mansilla. El otro, las circunstancias de su muerte.

Mansilla fue detenido unos días antes del golpe de Estado. Fue apresado cerca del Jardín Botánico, por la avenida Las Heras. Permaneció dos días en la comisaría 19. Aparentemente, por algunas gestiones familiares lo liberaron. Pero un cuadro montonero lo vio salir en un Falcon verde con tres hombres y esa situación disparó las sospechas que Galimberti siempre tenía sobre él. Que fuera un infiltrado. En una cita posterior, su responsable le requirió explicaciones. «Me detuvieron porque no tenía documentos y después me largaron», dijo. Su respuesta

10 Lebrón murió el 3 de julio de 1976 mientras caminaba hacia una cita en el centro de la ciudad de Tucumán. Cuando pasaba por la acera del hotel Coventry, la escolta del almirante Rojas, que estaba tomando un vermouth en el bar, lo reconoció. Lo persiguieron y lo mataron a tiros en un zaguán de la calle San Juan. Lebrón está enterrado en el cementerio de Flores.

no sonó convincente ni verosímil. Se decidió detenerlo para someterlo a un «juicio revolucionario».

Su último día, el 21 de abril, Mansilla debía encontrarse para cenar con su novia y una pareja amiga, en Canning y Corrientes, a las ocho de la noche. Pero en forma inesperada, fue convocado por la Organización, a última hora de la tarde. Hay dos versiones sobre esa cita. Una indica que Galimberti, Tomás y «El Gordo» Lizaso le dieron la orden de detención en el andén de la estación Cetrángolo, Mansilla la resisto, hirió a Tomás en la mano con un disparo y fue ultimado. La otra versión cambia unos metros el lugar de su muerte. Dice que fue en una plaza cercana a la estación, que Mansilla estaba sentado en el banco, y, sin que se advirtieran signos de resistencia —según la autopsia posterior—, recibió un tiro desde corta distancia. Hubo un solo testigo: un chico de nueve años que vio a una persona escapar luego del estampido.

Mansilla murió en el hospital Cetrángolo y su cuerpo fue enterrado el 22 de abril de 1976 en el cementerio de Chacarita.

La Conducción previó que ese año caería una sensible cantidad de cuadros, pero que luego, sumándose a la resistencia popular contra el nuevo gobierno, la Organización se regeneraría y volvería a golpear a la dictadura como en la presidencia de Lanusse, hasta derribarla. Montoneros tomó la decisión de realizar operaciones nacionales de alto impacto contra las fuerzas de seguridad, imposibles de ser silenciadas en la prensa. Pese a los cálculos de Firmenich, la sociedad ya no los acompañaba[11].

Ese otoño, el Ejército rastrillaba casa por casa la zona Norte. En las calles, los controles policiales detenían los automóviles, los requisaban y pedían documentos. Galimberti estuvo en riesgo por un accidente de tráfico sobre avenida Libertador. Su Peugeot 404 blanco —tapizado burdeos, palanca al volante y embutes para guardar armas— se estrelló contra un poste de luz, antes de chocar contra otro coche. Fue rápido para reparar la situación: bajó de un salto, se disculpó con el conductor, le mostró su carné de policía, dijo que estaba en un

---

[11] En una entrevista que concedió a Gabriel García Márquez en febrero de 1977, Firmenich declaró: «En octubre de 1975, cuando todavía estaba en el gobierno Isabel Perón, ya sabíamos que se daría el golpe dentro del año. No hicimos nada para impedirlo porque, en definitiva, también el golpe formaba parte de la lucha interna del movimiento peronista. Hicimos en cambio nuestros cálculos de guerra, y nos preparamos a soportar, en el primer año, un número de pérdidas humanas no inferior a 1.500 bajas. Nuestra previsión era ésta: si logramos no superar ese nivel de pérdidas podíamos tener la seguridad de que tarde o temprano venceríamos. ¿Qué sucedió? Sucedió que nuestras pérdidas han sido inferiores a lo previsto. En cambio, en el mismo período, la dictadura se ha desinflado, no tiene más vía de salida, mientras que nosotros gozamos de un gran prestigio entre las masas y somos en la Argentina la opción política más segura para el futuro inmediato». En un documento interno fechado el 1 1 de noviembre de 1976, que informa sobre el Consejo Nacional del mes de octubre, prevé que en el plano militar «la cantidad de bajas se mantendrá en los ritmos actuales pero su incidencia cualitativa será sustancialmente inferior por la capacidad de regeneración y el crecimiento político. El enemigo fracasará en su intento de cerco y aniquilamiento y nosotros avanzaremos en su desgaste y fractura».

operativo y desapareció del lugar al instante. El titular del Peugeot, que se mantenía en la legalidad, fue a retirarlo por la tarde.

Para los montoneros no resultaba sencillo conseguir un chapista de confianza. La policía pedía la documentación de los coches y detalles de la vida de sus dueños. Galimberti se asesoró con «El Gordo» Lizaso. Lo mandó a un taller de Boulogne.

—Es de un viejo compañero peronista. No va a haber ningún problema —le aseguró.

El chapista sufrió desde el día que apareció el Peugeot y hasta el momento en que lo retiraron.

—Por favor, sáqueme este coche que me va a meter en quilombos —rogó.

Entonces el sueño de Galimberti no era recuperar el Peugeot sino volver a tener una moto. Luego de algunas consultas en agencias de la zona, le interesó una Yamaha roja, motor 250 cc, y la fue a revisar con Tomás y Oaky. El local quedaba a una cuadra de la quinta presidencial de Olivos. A primera vista, la moto estaba impecable. Pero cuando la probaron por la avenida Maipú echaba aceite a lo loco. La compró igual, y se lanzó por las calles y avenidas de Columna Norte envuelto en un sobretodo color arena, anteojos, guantes de cuero y un echarpe rojo sobre el cuello que volvía su figura mucho más voluminosa. La moto tampoco se mantenía anónima: tenía un tubo de escape sonoro que anticipaba su paso por lo menos a cien metros, y dejaba una estela de humo blanco que permitía reconstruir su trazado a distancia.

A mitad de año, todas las estructuras de Columna Norte se fueron desintegrando a pedazos. El 6 de junio, un grupo de tareas apresó a José, un militante de base de Los Polvorines, y su caída arrastró a una docena de sus compañeros de la Parada Sordeaux, en Grand Bourg. Fueron trasladados a la Superintendencia de Seguridad de la Policía Federal de la calle Moreno. También empezaron a caer los hijos de la burguesía católica que se había acercado a Montoneros. La primera fue Adriana Landaburu, «Nana». Después mataron a dos seminaristas de la parroquia del barrio «La Manolita», del padre Adur. Y desapareció Juan Isla Casares, «Juan el Bueno», de la catedral de San Isidro. Su hermana era la secretaria del obispo Jorge Cassaretto.

Las Fuerzas Armadas continuaron con la metodología de la Triple A, que torturaba a los militantes populares y arrojaba sus cuerpos a la calle. Pero con una diferencia. Los capturados no iban a la cárcel: desaparecían. La modalidad represiva del Estado fue la muerte o el cautiverio. El método era el secuestro, la producción de información bajo tortura y luego la selección entre aquellos que eran drogados y arrojados al río desde un avión, y quienes permanecían engrillados.

Cada caída provocaba otra serie de caídas. Los grupos de tareas no daban abasto para cubrir los operativos. Los centros clandestinos empezaron a poblarse.

En junio, «la banda» de Galimberti sufrió su primera baja: Sergio Puiggrós, «Federico». Su padre Rodolfo le había ofrecido exiliarse en México junto a su hermana Adriana, pero sentía un compromiso moral con sus compañeros, los caídos y el camino que había elegido. No quiso moverse. Sólo aceptó mudarse de Vicente López a principios de 1976, cuando una patrulla secuestró a Violeta, su mujer, y a Sebastián, su bebé, que luego recuperaron sus suegros. Federico fue a vivir a un piso de la calle Sarmiento, el barrio de toda su vida. Su seguridad seguía siendo precaria (lo conocía hasta el quiosquero), y continuó trabajando junto a Rodolfo Walsh en la central de Inteligencia de Montoneros, que tenía base en un PH de dos plantas en Núñez, donde grababan escuchas de las bandas radiales y decodificaban las órdenes de los operativos de la Policía y el Ejército, con una antena que barría las frecuencias desde Capital hasta el Tigre.

Federico ya sabía cómo iba a morir. La pastilla de cianuro no lo convencía.

—En una situación de riesgo, le saco la chaveta a la granada, y empiezo a disparar.

Se lo dijo a Tonio, en un bar, la mañana del 21 de junio. Tonio le contestó que buscara un lugar para mudarse en vez de pensar cómo morir. Federico también soñaba con un lugar para estar con su hijo. Pero no hubo forma ni tiempo. A las tres de la madrugada del martes 22, la Policía y el Ejército rodearon la manzana y coparon el edificio de Sarmiento 1586. Federico vivía junto a otra pareja en el tercero «D». El tiroteo duró dos horas. El primer muerto fue el muchacho. La chica, alcanzada por una bala, se tiró por la ventana y cayó en el patio interno. Federico siguió disparando, solo. Con el último balazo que recibió, hizo explotar su granada para no caer vivo.

Había sido un día terrible para la banda: acababa de caer Clara, la ex jefa de la Unidad San Martín, que había sido trasladada a Capital. Hacía un mes que su marido Víctor había muerto desangrado en sus brazos, después de que fuera herido en un control policial. Le pidió a ella que no lo entregara en un hospital. Clara también murió combatiendo, perseguida por la Policía.

En esos días la muerte era tan natural que casi nadie podía registrar su significado. Ir a una cita significaba perder o conocer nuevas pérdidas. Ya no se decía «lo mataron». No se decía «mataron a Federico, mataron a Clara». Se decía «perdió». Morir era perder. Terminar con el juego. Y enseguida había que recomponer la estructura, nombrar un reemplazo, armar otra cita, comunicarlo al grupo, seguir el funcionamiento, hasta que otro volvía a perder, y el nivel de caídas era tan devastador que ya no había tiempo de entender nada ni de llorar a nadie.

Entonces Galimberti y su banda tuvieron el primer indicio acerca del lugar donde podían estar los desaparecidos: la ESMA. Lo supieron por una militante de la villa de Panamericana y Pelliza, que había sido apresada después de que la cantara su marido, que no era militante, y la llevaron al campo de concentración de la Armada. Fue una de las primeras prisioneras, en mayo de 1976, pero consiguió fugarse por una ventana, saltó la reja, cruzó Libertador y tocó timbre en un edificio de apartamentos. Pidió ropa: había escapado desnuda. La chica volvió a la villa, no tenía otro lugar donde ir, y contó que la torturaron y que había más gente secuestrada. Entonces lo supieron: los tres Falcon —uno de ellos era blanco con techo vinílico negro y los otros marrón dorado— que merodeaban por zona Norte en caravana eran grupos de tareas de la Armada, que operaban paralelos al Ejército y la Policía.

El 23 de junio secuestraron a Raquel, de 22 años. Estudiaba Arquitectura. Raquel era aspirante y la hermana de «Yuyo», uno de los oficiales que por entonces secundaba a Galimberti en la Secretaría Militar[12]. «Yuyo» sospechó que había sido trasladada a la ESMA y estableció una cita «horizontal» con «José», Mario Galli, que trabajaba en el ámbito de Inteligencia montonera. «El que está a cargo de la ESMA es "El Tigre" Acosta», le dijo. Se dio cuenta de que la Conducción acumulaba información de Inteligencia sobre el enemigo, pero no la bajaba a las Columnas para operar sobre ellos[13].

Las caídas eran incesantes. No había dinero para dar una cobertura clandestina a los militantes. Durante ese tiempo un equipo operativo de la Secretaría Militar, un día al mes, seguía los pasos de un vigilante que caminaba desde el Banco de Londres hasta una oficina del edificio de Florida 1 con una saca de dinero para pagar los sueldos. Aunque no disponían siquiera de silenciadores, iban a reducirlo dentro del ascensor. Ya estaban decididos. Sin embargo, cada mes, alguien del equipo operativo caía, y después de las permanentes postergaciones, se olvidaron de la idea.

Ese invierno, a la represión se sumó la tensión entre la Conducción y la Columna Norte: la Organización no bajaba los recursos —armas, dinero, documentos falsificados— y la militancia quedaba al descubierto. Esta desprotección se hizo ostensible en el caso de Sergio Gass, hijo de un senador radical. Su novia Ana María González había accedido al dormitorio del jefe de la Policía Federal y le

---

[12] En la Secretaría Militar de Galimberti también estaban encuadrados, entre otros, «Yuyo», «El Gordo» Lizaso, «El Gringo» Caretti, Tomás, Oaky, Bagual, Inés, Mercedes Depino, Pancho Langieri y «Cali», la hermana de Julieta Bullrich, que había sido detenida durante cinco meses en el «Rodrigazo» en la cárcel de Devoto. Luego, a los 18 años, reingresó en la organización como «aspirante».

[13] «Yuyo» pensó en secuestrar al «Tigre» Acosta para cambiarlo por la vida de su hermana. Hizo inteligencia y comprobaciones durante dos meses, y hasta consiguió un apartamento, frente al Hospital Militar, donde soñaba tenerlo prisionero. Pero las posteriores caídas le impidieron cualquier acción. Su hermana Raquel continúa detenida-desaparecida.

puso una bomba debajo de su cama. El general Cesáreo Cardozo murió al instante[14]. Sergio Gass y su novia empezaron a ser buscados. Sus fotos aparecieron en la portada de *Siete Días* y *Gente* y tapizaban los quioscos de revistas. La casa de los padres de González fue dinamitada a los pocos días. Sin embargo, en el caso de Gass, pese a su situación de riesgo, la Organización decidió no pasarle dinero para su cobertura, tampoco documentos y ni siquiera fue trasladado de zona. Por el nivel que tenía —«soldado montonero»—, no era considerado miembro de la estructura orgánica.

En la madrugada del primero de julio, el comando de Institutos Militares, a cargo del general Santiago Riveros, simuló un intento de «alzamiento subversivo» al Batallón «Esteban de Luca» de Boulogne y mató a diecisiete personas que mantenía secuestradas. Según el parte del Comando de Zona IV, doce murieron en combate y otros cinco en la fuga, en Bancalari. Entre ellos estaba María Oesterheld, hija del conocido guionista, a la que habían atrapado en la confitería Jockey Club de Martínez hacía once días.

El viernes 2 de julio al mediodía, Montoneros puso una bomba en la Superintendencia de Seguridad Federal. Provocó veintiún muertos y decenas de heridos. La respuesta fue implacable. El comisario Totti le propuso al general Arturo Corbetta, el nuevo jefe de policía, vengar los muertos uno a uno.

—Tengo treinta «chupados» [desaparecidos] en la Superintendencia. Tenemos que dinamitarlos a todos en el Obelisco para que estos tipos aprendan.

—Yo no tengo problemas en someterlos a un tribunal marcial, condenarlos a muerte y proceder a su ejecución si lo merecen. Pero yo no sé quiénes son ni qué tienen que ver con el atentado los presos que usted me dice —respondió Corbetta.

Mantuvo una posición legalista, pero a los pocos días el ministro del Interior Albano Harguindeguy lo relevó. Con la asunción del nuevo jefe, el general Edmundo Ojeda, la institución se sintió con las manos libres para vengarse. Algunos de los «chupados» de la Superintendencia eran los militantes de base de Grand Bourg. Llevaban un mes de cautiverio. Los llevaron al garaje «El Abuelo» en el 500 de Chacabuco y fusilaron a ocho, boca abajo en el piso y con un tiro a cada uno. Incluso murió una chica de 15 años. Al otro día tiraron siete cadáveres en Villa Soldati. Después, seis más. Buscaban igualar los muertos del atentado en el menor

---

[14] Ana María González tenía 18 años y era compañera de clase en el Normal 10 de Belgrano de María Graciela Cardozo, la hija del jefe de la Policía Federal. Comunicó el dato a sus superiores, que decidieron realizar la operación. González empezó a ganarse la confianza con la familia, iba a estudiar a la casa del jefe policial. A principios de junio, el plan casi se frustra porque fue detenida en una cita. Al ser maltratada por la policía, invocó al general Cardozo. Como no le creyeron les dio el teléfono que tenía en la agenda y apenas lo llamaron, el jefe de la Policía Federal ordenó que la liberaran. El 18 de junio de 1976 fue a la casa de su compañera de clase a estudiar y le pidió pasar al dormitorio de sus padres para hacer una llamada telefónica. En ese momento dejó la bomba, que estalló a la 1:35am, mientras el general dormía. Su esposa se salvó porque estaba en el comedor mirando televisión. Sus dos hijas tampoco resultaron heridas.

tiempo posible. A cada herido de la fuerza que moría, mataban a otro. De donde fuera. Tomaron de los archivos el nombre de dos militantes que habían sido detenidos en el velatorio de Ortega Peña y que seguían viviendo en el mismo domicilio. Los secuestraron. Eran hermanos. Los fusilaron en Parque Lezama. A otro lo prendieron en Banfield, lo trasladaron al Obelisco y lo fusilaron esa misma madrugada. En simultáneo, dos matrimonios sin militancia política conocida, que compartían una cena en el piso de uno de ellos, fueron arrancados y fusilados dentro de un Fiat 128 en la playa de estacionamiento de la Plaza Dos Congresos.

Por entonces las casas clandestinas se levantaban casi a diario. Galimberti buscaba lugares para refugiarse. Le pidió a «La Chona», una colaboradora que se mantenía en la legalidad, que comprara y escriturara una casa a su nombre. La Organización le iba a dar la plata. A ella la idea no la convencía y menos a su padre, cuando lo consultó.

—La plata prefiero dártela yo antes que los Montoneros. Pero esos tipos son tan fundamentalistas que no van a aceptar. Van a querer pagarla ellos y ponerla a tu nombre.

«La Chona» le transmitió su decisión y Galimberti la recibió con alegría.

—Mejor. Comprala vos y ponela a tu nombre. Nosotros usamos la guita para otras cosas.

Galimberti quería que la casa elegida estuviera en un barrio, preferentemente en Beccar, y cerca de la Panamericana, porque permitía mejores chances de fuga. «La Chona» empezó a recorrer la zona. Si le gustaba alguna, le marcaba la dirección y después Galimberti estudiaba el frente y recorría las arterias del barrio para evaluar si era el lugar adecuado. Se decidió por una ubicada en el 700 de Juan Navarro. Propuso pequeñas reformas para reforzar la seguridad: construir un garaje donde había una entrada para coches y levantar paredes sobre las medianeras del costado y del fondo, porque no le convencían los arbustos que dividían el lote.

Al poco tiempo, le preguntó a «La Chona» si le podía comprar un perro. Ella pensó que era una extravagancia pasajera. Pero Galimberti insistía cada vez que aparecía por la casa:

—Quiero tener un perro.

Y empezó a traerle revistas de canes, precisaba la raza y anotaba direcciones de criaderos. Una vez «La Chona» compró un cachorro en Témperley y se lo trajo, pero a él no le convenció y con un poco de pudor le pidió que lo devolviera. Por fin, después de varias semanas de búsqueda, compraron un gran danés negro en Manzanares, partido de Pilar. Galimberti lo bautizó con el nombre de «Fausto» y cuando llegaba a la tarde o noche, lo abrazaba y corría con él por el fondo de la casa. Era lo único que lo tranquilizaba. También fantaseaba:

—Mi gran sueño es poder pasear a Fausto, mañana mismo, por la calle Florida. Con la gabardina inglesa, la pipa, una correa y paseando por la peatonal. Con un perro elegante, nadie le presta atención al dueño.

En esos días Galimberti promovió al «Loco Nicolás» como oficial montonero en una formación militar, le entregó una medalla y le regaló una Magnum 357 para levantarle el ánimo. Había llegado a la Secretaría Militar un poco deprimido. Forzado por la circunstancia del combate, se vio obligado a matar a su mujer, embarazada de un hijo suyo. Montoneros valoró su actitud y le dedicó la contraportada de *Evita Montonera*[15].

También le consiguieron un lugar donde dormir: un taller de chapa y pintura de avenida San Martín y General Mosconi. Para distraerlo un poco, le enseñaron a soldar y hasta decían que se lo veía más animado. Pero el problema surgió cuando el peón de limpieza, barriendo debajo de su catre con la escoba, encontró una granada. No dudó: lo denunció en la comisaría. A la mañana el Ejército ocupó el taller. «El Loco Nicolás» dio un paso al frente:

—No toquen a nadie. Ellos no tienen nada que ver. Soy oficial montonero.

Se los llevaron a todos. A partir de ese momento, casi un mes después de su promoción a oficial, «El Loco Nicolás» empezó a patrullar en un Falcon junto a un grupo de tareas. Se quedaba horas estacionado en la confitería Jockey Club de Martínez, y a cada cara conocida, la señalaba. Provocó más de treinta caídas en menos de quince días. Fueron desapariciones en cadena. Se convirtió en un fantasma callejero que anticipaba la muerte: hubo que suspender citas, levantar ámbitos, abandonar casas clandestinas, esconder a gente, para preservar la Columna.

Una de las víctimas de su patrullaje fue Tomás. Se encontró en una cita callejera con «Raquel», la esposa de Firmenich. Estaba desarmado y de pronto la puerta de un Ford Falcon se abrió frente a ellos: recostado en el asiento, vieron el rostro barbado de «El Loco Nicolás», que los marcaba. Tomás y Raquel salieron

---

[15] «El Loco Nicolás» dividía opiniones en la Columna Norte. Algunos decían que era muy valiente, otros que era un inconsciente que arriesgaba la vida de sus subordinados innecesariamente. Un médico de la Organización que lo asistió por una herida de bala elevó un diagnóstico. Decía que su patología lo podía transformar en un enemigo peligroso si llegaba a «darse vuelta». El informe no fue tenido en cuenta. En mayo de 1976 una patrulla de la ESMA entró a la casa de «El Loco Nicolás» («aspirante») y su mujer Moni («soldado»), resultó herida y le pidió que la matara porque no quería entregarse viva. Cumplió con su petición y escapó. En el número 13 de *Evita Montonera* se publicó el hecho con su testimonio y algunas observaciones de la revista. «(...) Al tomar esta decisión el compañero demuestra no sólo amor al proyecto revolucionario y a la organización que lo encarna, sino una profunda y racional comprensión de la clase de enemigos que enfrentamos. Su ferocidad, su decisión de aniquilar a todo aquel que cuestione el poder de la explotación hacen que en este viaje no haya billete de vuelta. Las alternativas son la victoria o la muerte. El compañero N. fue promovido a oficial y condecorado por su acción destacada en el cumplimiento del deber revolucionario. La compañera Moni demostró con su actitud frente al enemigo suficiente comprensión política y solidez ideológica como para integrar nuestra organización como miembro pleno, como homenaje a su memoria».

corriendo. Raquel fue herida de un disparo y apresada[16]. Tomás apartó a una chica del volante de su Renault 4L cuando lo estaba metiendo en su garaje; el coche fue alcanzado por un impacto de FAL, pero él se salvó de milagro.

Al día siguiente, en una cita en The Embers de Martínez, Tomás contaba su fuga y parpadeaba más que nunca. Estaba indignado por los desastres que estaba provocando Nicolás, y odiaba a Raquel porque había informado a la CN que lo había visto con sus compañeros de ámbito tomando una cerveza en Cabildo y Juramento, una zona que le estaba vedada.

Eran sus últimos días de vida, y estaba lleno de impotencia.

—Esta es una historia absurda. Para conquistar a unos negros que son los obreros de la Ford y hacer pie en la comisión interna, salimos a matar otros negros de mierda que son los policías... Estamos metidos en una historia de mierda —concluyó.

La noche de su muerte, Tomás cenó con Galimberti y Oaky en un restaurante. Se fueron temprano, cerca de las diez. Galimberti lo llevó hasta la estación de La Lucila. Se arrepentiría durante años de no haberlo acercado a su casa. Tomás se subió un taxi. Algunas cuadras más adelante, por la calle Paraná, una camioneta Estanciera de la policía provincial detuvo el automóvil, y después de un serie de tiros, Carlos Goldemberg murió.

---

[16] La detención de «La Negra Raquel», María Elpidia Martínez Agüero, fue legalizada por la dictadura militar y luego liberada. Vive con su marido en las afueras de Barcelona, España.

Capítulo XVI

El último caño

En agosto de 1976, Columna Norte estaba a punto de ser aniquilada y no tenía recursos para resistir. Sus integrantes no conseguían dinero ni documentos falsos. Los pocos fusiles que quedaban pasaban de mano en mano por las unidades. Las caídas eran constantes. Ya no había tiempo ni forma de comunicar los relevos y en cada reunión de ámbito de la Secretaría Militar el organigrama se modificaba: borraban a los combatientes muertos y anotaban a los reemplazos. Era una ceremonia callada y dolorosa. Todo cambio tenía el signo de lo efímero. Los nombres de los recién ascendidos se escribían con lápiz en la cartulina. Sólo los cuadrados de los grados militares se mantenían en tinta. La militancia de superficie, que actuaba como brazo político de Montoneros en barrios y villas, quedó al descubierto. «Si son del movimiento, que se refugien en el seno del movimiento», fue la orden de la Conducción.

En la madrugada del 20 de agosto, el Ejército fusiló y dinamitó los cuerpos de treinta secuestrados en un descampado de Fátima, partido de Pilar. Los restos se dispersaron en un radio de cien metros. Algunos eran obreros de la fábrica Bendix; otros eran militantes de base de zona Norte. Estaban alojados en la Superintendencia de la Policía y en el centro clandestino de Campo de Mayo.

Un conscripto del Ejército vio cómo los cargaban en un camión, esa madrugada. La información de que existía un testigo llegó a un ámbito de la Secretaría Militar. Lo buscaron, le pidieron que desertara —el soldado lo hizo—, y después lo escondieron en una casa con la intención de sacarlo del país para que denunciara la masacre. Galimberti contactó al «Oveja» Carlos Valladares, del Servicio Internacional del Área Federal, para armar el operativo. «Va a tener impacto internacional. Será un golpe contra la dictadura», lo entusiasmó. «El Oveja» dijo que podía conseguir un Documento Nacional de Identidad (DNI) «por izquierda», pero lo entregaba a cambio de cédulas y DNI. «Yuyo» y «El Gringo» Caretti empezaron a robar los documentos de las cajas de «objetos perdidos» de las oficinas de las estaciones de trenes. Sin embargo, la acusación al gobierno

militar no pudo concretarse: cuando alcanzaron la cantidad requerida, la casa y el conscripto ya habían caído.

Los documentos eran de una necesidad desesperante. Sólo el Servicio de Documentación del Área Federal podía producir identidades falsas con cuidado profesional. Pero su distribución estaba prioritariamente destinada a los cuadros más alineados a la Conducción o a los que poseían alguna clase de interés especial[1].

En ese tiempo, Galimberti todavía intentaba mediar entre las determinaciones de la Organización y los continuos reclamos de descentralización y autonomía de la Columna Norte, pero era capaz de hacer cualquier cosa por sus subordinados. Antes del golpe de Estado, salía a robar por los comercios para entregar el botín en algún Juzgado Penal, o a la propia Policía, a fin de excarcelar militantes presos o mejorar su condición procesal. También resolvía los problemas personales o familiares que le planteaban. Cuando «Yuyo» debió pasar a la clandestinidad por la desaparición de su hermana, quiso resguardar a su ex mujer y sus hijos. Decidió mudarlos a Mar del Plata. No tenía plata para alquilar un piso. Entonces pidió a su responsable que le gestionara un dinero a través de la Organización.

—Si lo pedimos por derecha no nos van a pasar un mango —le respondió Galimberti—, pero yo la guita te la voy a conseguir como sea.

Y cumplió en pocos días[2].

A pesar de las carencias y dificultades, la actividad de la Secretaría Militar a cargo de Galimberti intentaba mantenerse como fuera. El 26 de agosto llevaron a cabo una de las operaciones más resonantes: en su piso de Belgrano, el francés Capdevielle, uno de los directores de Astilleros Astarsa, recibió de regalo, junto a una orquídea, un juego de estilográficas Mont Blanc. Sus guardaespaldas dejaron pasar el obsequio sin revisarlo porque entendieron que se trataba de un presente para su hijo Xavier, que ese día cumplía 20 años. Pero el padre, curioso, lo abrió: era una bomba. Le voló los brazos hasta la altura del codo y le arruinó la vida para siempre[3]. En 1980, Xavier, que entonces prestaba servicios en la Aeronáutica

---

[1] Mientras en Columna Norte la bajada de documentos se dilataba, Montoneros le ofreció un triple juego de DNI, dinero y mejores condiciones de seguridad para su vida en la ilegalidad a una ingeniera que militaba en San Isidro a cambio de fabricar equipos electrónicos en el Área Federal. Ella se negó. Testimonio de su marido, ex montonero, a los autores.

[2] En el invierno de 1976 Mario Hernández y Roberto Sinigaglia, de la Asociación Gremial de Abogados, permanecían secuestrados en la Superintendencia de la Policía. El abogado Eduardo Duhalde estableció un contacto con un subjefe policial y le ofreció dinero a cambio de que legalizaran las detenciones. El policía quedó en contestar. Frente a esa eventualidad, Duhalde hizo una cita con Galimberti y le preguntó si Columna Norte o Montoneros podían hacer el aporte económico. Galimberti se comprometió a conseguirlo. Pero a los pocos días, el policía le dijo a Duhalde que Hernández y Sinigaglia estaban en manos del Ejército y que no había chances de resolver su situación. Los abogados continúan desaparecidos. En la actualidad, Eduardo Duhalde es juez de la Nación.

[3] Capdevielle representaba al grupo francés Schneider en el directorio de Astarsa. Estaba vinculado con militares argentinos porque le vendió armas al Ejército a través del «Plan Europa» que tenía por objetivo

francesa, le salvaría la vida a Galimberti luego de que fuera herido en la guerra de Beirut.

Astarsa era un polo industrial que producía barcos, locomotoras y tractores de oruga. Ocupaba a 3.500 trabajadores. Fue uno de los frentes más activos del trabajo sindical de Montoneros. En 1975 habían secuestrado y torturado a dos delegados. La Unidad Regional de la Policía de Tigre hacía inteligencia y operaba contra ellos[4]. En la mañana del 24 de marzo de 1976, algunos miembros de la comisión interna fueron secuestrados por el Ejército. Todos los obreros que habían participado en los conflictos gremiales del astillero quedaron expuestos a la represión. Un par de años antes, Galimberti le había regalado un traje y una corbata roja al «Gordo La Fabiana» —Aldo Ramírez—, uno de los delegados más reconocidos, para que lo utilizara como cobertura en las calles de San Fernando y abandonara su mono. Pero los tiempos habían cambiado. En agosto de 1976, por su propio impulso, Columna Norte presentó un plan de emergencia para replegar a los obreros de Astarsa en el interior del país y solicitó que le entregaran mil dólares para la compra de viviendas económicas.

La Conducción rechazó la propuesta porque buscaban protección a costa de la economía del aparato montonero. Calificó a Columna Norte de «aparatistas» y reiteró la orden: «Los cuadros deben replegarse en el pueblo y resistir junto a éste». Su política presupuestaria se mantenía inflexible: era el pueblo el que debía sostener a la Organización, y no al revés. «No podemos transformarnos en el Banco Hipotecario Nacional y solucionar el déficit de viviendas en la Argentina», agregaron con ironía[5].

---

modernizar el equipamiento de la fuerza (Ver *Poder militar y sociedad política en la Argentina II 1943-1973,* página 279, de Alain Rouquié). También representaba a Renault e integraba el directorio de dieciocho empresas extranjeras. En ese tiempo, muchos ejecutivos extranjeros asentados en la Argentina emigraban a Brasil para no ser secuestrados o muertos por las organizaciones guerrilleras. Capdevielle se radicó en ese país, pero después del golpe de Estado, le aseguraron que podía retornar a la Argentina porque la situación estaba «dominada». Después del atentado, fue trasladado al Hospital Pirovano y luego a una clínica de Belgrano. Entonces, el ministro del Interior Albano Harguindeguy dio la orden de que lo llevaran al Hospital Militar. Luego, tras un acuerdo con Air France, fue enviado a París.

4 Un subinspector que trabajaba en esa Unidad era Luis Patti. Tenía 24 años y ya había sido acusado de usar el «gatillo fácil» cuando mató a tres jóvenes en Victoria que jugaban al metegol. Ver *Página/12,* 14 de septiembre de 1999. En la actualidad, es intendente del municipio de Escobar.

5 Ver la revista montonera *Vencer,* número 2/3 de 1979 y el documento «Reflexiones para la construcción de una alternativa peronista montonera auténtica». Gregorio «Goyo» Levenson, tesorero del Movimiento Peronista Montonero (MPM) refiere un diálogo con Roberto Perdía en su libro *De los bolcheviques a la gesta montonera,* página 209, Editorial Colihue, abril de 2000, cuando solicitó dinero a una familia de exiliados. «Mirá —me dijo, mientras masticaba una lapicera de fibra— cuando se resolvió pasar a la clandestinidad éramos conscientes de que quedaban muchísimos compañeros desprovistos de seguridad. Solicitamos a las columnas que organizaran sus nuevas coberturas, que nos enviaran una lista de presupuestos para los distintos traslados, nuevas casas, locales operativos, etcétera, que los hubieran puesto a cubierto de la represión desatada. Las listas que llegaron eran catastróficas, los presupuestos sumaban millones de pesos. Entonces dimos marcha atrás en nuestro proyecto, no financiamos nada. No podríamos destinar tanto dinero para ese proyecto, nos hubiera dejado sin fondos para hacer política, y por otro lado, hubiéramos tenido a muchos de esos cinco mil militantes que se hubieran trasladado al exterior "rompiendo las pelotas" en el exilio». Yo le contesté "¿cuántos de los que hoy figuran en las listas de muertos y desaparecidos estarían con vida entre nosotros?". Con esto terminó mi conversación con Perdía».

La pelea para que la Conducción liberara las armas y los fondos para afrontar la represión se convirtió en un debate cada vez más urgente y violento. Galimberti suplía la falta de recursos oficiales con sus relaciones con armeros locales. Pero la organización no autorizaba las compras autónomas. En una oportunidad, «El Pelado Diego» —Nelson Armando Latorre, responsable de la Regional Buenos Aires—, le negó dos mil dólares para que comprara un FAL.

—No es el precio de mercado —argumentó.

—¿De qué mercado hablás, hijo de re mil puta? —se indignó Galimberti—. ¿Del mercado del Abasto? Vos vivís en un mundo de fantasía porque hace diez años no tirás un tiro. Un FAL no tiene precio. Aunque valga un millón de dólares hay que tenerlo. Un FAL te salva la vida[6].

En ese tiempo, el jefe montonero Roberto Perdía bajó a una casa clandestina de Norte para enfrentar las posturas de Galimberti y un grupo de oficiales de la Columna. Luego de un breve homenaje a los caídos, se enzarzaron en una discusión muy fuerte, que duró más de cuatro horas. Perdía fijó su estrategia: «Nosotros aceptamos la circulación de ideas, pero no negociamos los reclamos de las partes. Vamos a articular una síntesis de todas las posiciones y conducir a través de esa síntesis».

La pelea de fondo era la realización del Congreso Montonero que iba a ratificar o no la legitimidad de la Conducción. Con su impronta sobreexcitada, Galimberti lideraba una fuerza cada vez más rebelde y desgarrada que peleaba por el cambio. «La Gorda» Amalia se había plegado a sus reclamos desde la jefatura de la Columna La Plata. También había sectores afines en la Columna Oeste y la Columna «Ramona Galarza», como denominaban a la zona de influencia de la cantante litoraleña.

En tanto, la conducción formal de Columna Norte continuaba en manos de «Carlón», que durante ese año asimiló muchas de las posturas disidentes de Galimberti y defendió la política clasista del sindicalismo de zona Norte. En el aspecto ideológico estaba a la izquierda de la Conducción. Con 26 años, «Carlón» estaba orgulloso del compromiso revolucionario que había asumido, era sensible a la poesía —escribía de madrugada— y vivía preocupado por la salud de su pequeño hijo: suspendía su participación en las reuniones para hacerle ejercicios de brazos y pies para que ganara motricidad y luego retornaba a la mesa, quizá para continuar el diseño de las operaciones militares más brutales. En septiembre de 1976, para

---

6 Nelson Armando Latorre había militado en Tacuara y luego se convirtió en uno de los cuadros más leales de la Conducción montonera. En mayo de 1977 fue secuestrado en la ESMA y participó en el Área de Inteligencia de la Marina. Según Alfredo Nicoletti, intervino en la frustrada «Operación Algeciras» en Gibraltar durante la guerra de Las Malvinas. (Ver revista *La Primera* ya citada). En la década de los ochenta se dedicó a la venta de muebles. Algunas fuentes indican que murió, otras que vive.

terminar con la avanzada de Galimberti y las deliberaciones internas, la Conducción Nacional suspendió sin fecha el Congreso Montonero y propuso a la oficialidad un complejo y acotado mecanismo de votación que debía servir para convalidar su hegemonía. También plegó a «Carlón» a la línea ortodoxa e intervino la Columna Norte.

Raúl Rossini, «Pedro» o «Nariz con Pelo», un médico sanjuanino, fue designado nuevo jefe. Era considerado un devoto de la Conducción y también el epítome del cuadro duro. Pero cuando llegó al territorio se encontró con una realidad impensada. En un restaurante de Belgrano, mientras un miembro del Servicio Internacional le daba cuenta, entusiasmado, del apoyo político que Montoneros recibía en el exterior, Pedro rompió en llanto.

—Cómo nos quiere el mundo... y acá me matan a mis muchachos en las esquinas. Todos los días matan a diez. Están cayendo todos. No tengo dónde guardarlos, y cuando me piden guita para casas les tengo que decir que no, que tienen que recostarse en el pueblo[7].

Entonces Oaky, Sergio Paz Berlín, ya estaba muerto. Conducía su Peugeot 404 color crema por avenida Maipú. Iba solo. Dos Falcon empezaron a seguirlo a distancia. La patrulla del Ejército, con el dedo insigne de «El Loco Nicolás», lo había reconocido. Empezaron a dispararle con FAL. Un tiro y otro. Un balazo en la cabeza le hizo perder el control del volante y se estrelló frente a la esquina de la quinta presidencial. Murió el 25 de agosto de 1976. En dos semanas, Galimberti perdió a sus dos confidentes más inmediatos de Columna Norte. Una de las últimas acciones que planearon y compartieron juntos fue el ametrallamiento del destacamento policial de Avenida Márquez y la Panamericana. Galimberti vivía todo el día en combate, pero se sentía más seguro en una acción guerrillera planificada que circulando por la calle con su pistola Halcón y la pastilla de cianuro. Ponía su cabeza en funcionamiento constante para detectar riesgos, y sólo él sabía por dónde se movía. Dormía en cuatro casas clandestinas distintas —una en Beccar, otra en Olivos y dos en Capital Federal—, pero nunca regresaba dos noches seguidas al mismo destino. Su coche y su moto, sólo Tomás y Oaky los conocían. Cuando ellos murieron, Galimberti fue todavía más riguroso con sus medidas de seguridad. Nunca utilizaba un teléfono público cercano a su casa y dejó de concurrir a citas cuando su instinto le advertía de algún peligro. Y si lo hacía, recorría desde un autobús la zona del encuentro para estudiar los movimientos por lo menos treinta minutos antes de la hora acordada.

Después de las caídas de Tomás y Oaky, Galimberti encontró un nuevo aliado, «Yuyo». Se propuso sacarlo de la depresión en que estaba: había perdido a

---

[7] Testimonio de un ex montonero a los autores.

Mecha, su compañera. Militaba en una villa de zona Norte y acababa de caer muerta de un balazo en una cita. Estaban a punto de empezar a vivir juntos en una casilla prefabricada sobre una calle de tierra de San Isidro, después de nueve meses de vivir de prestado. Se la había conseguido «El Gordo» Lizaso, y cuando visitaron el terreno descubrieron que tenía un duraznero totalmente florecido, entre juncos y arena pedregosa. Se emocionaron imaginando un jardín con el pasto corto, y con juegos para sus hijos.

Después de la muerte de Mecha, «Yuyo» quedó derrumbado por el dolor en la casa de «El Gordo» Lizaso. Entre su llanto, mencionaba al duraznero. Sus compañeros intentaban consolarlo. Cuando llegó Galimberti, hizo una formación y efectuó una larga arenga en recuerdo de Mecha. Y tuvo una conversación personal que «Yuyo» no olvidaría más en su vida. Por la tarde, «El Gringo» Caretti le escribió un poema[8].

Era el último de su vida. Al otro día Caretti moriría cuando iba a participar en una operación para matar a un ejecutivo norteamericano de Sudamtex. Esa mañana, en Paraná y Maipú, Martínez, hubo cuatro muertos. La única que sobrevivió fue Cali, la cuñada de Galimberti. La percepción previa del riesgo le sirvió para salvarle la vida.

La operación comenzó a complicarse la noche anterior: «Cacho» La Nave había pedido no participar mientras planificaban los últimos detalles en la casa de «El Gordo» Lizaso. Lo dejaron ir. A pesar de que demostraba ser un cuadro bien formado, «El Gordo» no le tenía confianza y rechazaba su promoción para que no supiera más de lo que ya sabía[9].

El día de la operación, a las ocho de la mañana del 14 de septiembre de 1976, Cali hizo una recorrida por el lugar de la cita antes de la hora establecida, y advirtió movimientos extraños. Estaba desarmada. Trató de pasar desapercibida pero desde un coche empezaron a seguirla. Corrió, dobló en una esquina, saltó al jardín de una casa y se zambulló en el pasto, rezando y mirando al cielo. Logró despistarlos. Pero a los dos minutos, escuchó los disparos: Ramón, un «soldado»

---

[8] El poema dice: «Quisiera que estos sueños que hoy me están habitando, quisiera que llegaran a iluminarte un día. Para ser casi idénticos en esta fortaleza, para quebrar la oscura crueldad de la muerte, y ganarle con la vida desde nuestra esperanza. Quisiera compañero llorar entre tu llanto, dolerme en tu dolor para que sientas que nosotros amamos diferente. Nuestro amor es el futuro que estalla victorioso. Nuestro amor es la tristeza del pasado cruel. Amamos plenamente como una cabalgata de potros en la sangre con ese incontenible aliento de la vida. Amamos sin reparos las cosas más pequeñas como ese duraznero que florece en primavera, como sabemos intentar seguir amando pese a todo. Quisiera que el oxígeno que llena mis pulmones fuera la luz que quiero darte, un aire colectivo que nos abarca a todos. Un aire de victoria donde Mecha será un motivo imperecedero, heroico, poblado de esperanzas y lucha por delante. «Tano», 13-9-76.

[9] «Cacho» La Nave militó en las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL) y organizó el secuestro del cónsul paraguayo en abril de 1970. Fue detenido por la Policía y luego liberado. Su compañero en la acción, que fue detenido junto a él, nunca más apareció. De La Nave luego ingresó en Montoneros. Algunas versiones indican que cayó la misma noche que se retiró de la reunión de ámbito de la Secretaría Militar el 13 de septiembre de 1976.

de San Isidro, fue baleado cuando llegó a la cita. Intentó escapar y, herido, le hizo señas desesperadas a «El Gordo» Lizaso y a «El Gringo» Caretti, que venían por Paraná en el Rastrojera con las armas de la operación. No tuvieron tiempo de reaccionar. Les dispararon y se llevaron sus cuerpos. Sergio Gass quedó muerto en el volante de un Peugeot.

La cita operativa había sido cantada.

Después de esas caídas poco quedaba de las estructuras de Columna Norte. Los militantes perdieron conexión con sus responsables de ámbito. Ya no se sabía quiénes quedaban. Las citas empezaron a espaciarse. Los bares dejaron de funcionar como puntos de encuentro. Los grupos de tareas ya conocían todos las contraseñas de los montoneros, la tira de bayaspirina en el bolsillo de la camisa, el atado de Parisiennes junto a la revista *Gente* doblada en la mesa.

Galimberti casi no circulaba por la calle. Reagrupaba a su tropa, se encerraba en una casa durante uno o dos días, y mantenía la costumbre de no parar de hablar. Intentaba animar al grupo con historias de militancia, atrapaba con su discurso y sabía escuchar e interpretar las ideas de cada uno. Pero insistía mil veces hasta conseguir el dato que necesitaba para cerrar su hipótesis sobre una caída o un operativo. Insultaba a «El Loco Nicolás», al que poco antes había promovido.

—Cuando cayó el Ejército al taller, tuvo la oportunidad de matarse y no se mató. Es un hijo de mil putas.

Después le gustaba desplegar su impostado arte en la cocina. Se ponía un delantal, tomaba una sartén y preparaba platos que recargaba de salsas picantes y mostaza. Cuando ya estaban prontos, acomodaba la mesa, se apartaban las armas, el soldado que se mantenía de guardia se sentaba, y mientras comían, empezaban a discutir cómo romper el doble cerco que los acorralaba: la represión militar de un lado, y del otro, la Conducción Nacional, que les asfixiaba los recursos y se había transformado en un enemigo. Básicamente, contemplaban dos líneas de acción:

1) renunciar a la Organización con un documento político y replegar los cuadros en el interior del país o en el exterior;

2) a pesar de las diferencias, continuar el combate contra la dictadura dentro de la Organización por un compromiso moral con los caídos en la lucha revolucionaria.

El otro punto de análisis era el más radical. Proponía dar un golpe interno en la Organización: matar a Firmenich y demás miembros de la Conducción y tomar el mando de Montoneros[10].

---

[10] Testimonio de ex montoneros de Columna Norte.

Las discusiones seguían hasta el amanecer. «Salir después de las diez de la noche es poner el cuerpo para que te maten», decía Galimberti. Cuando encendían la radio, los periodistas informaban de que el dólar se mantenía estable y que en la sociedad se percibía un clima de paz y tranquilidad, muy lejos del horror del último gobierno peronista.

El 20 de octubre, el almirante Emilio Massera logró afianzar su proyecto represivo autónomo del resto de la Junta Militar. Esa semana, fue a parar a la mesa de tortura de la ESMA una militante que en el doblez de su cartera tenía gran parte de «las citas nacionales» —los puntos de encuentro de todos los niveles montoneros en el país— y también «las citas federales», que llevaban directamente al Área Federal. Tal fue la cantidad de información obtenida, que los grupos de tareas de la Armada no dieron abasto para cubrir las citas. En zonas del interior, a pesar de algunas reticencias iniciales —querían mantener el control absoluto de la represión— delegaron al Ejército las tareas operativas. En dos días, Montoneros sufrió la caída de alrededor de un centenar de militantes. Fue un golpe del que nunca podría recuperarse. De inmediato cayeron la Secretaría Política, la Secretaría de Organización y la Secretaría de Propaganda y Adoctrinamiento. Las bajas llegaron hasta estructuras de Capital, que en los primeros seis meses se habían mantenido casi intactas. Para preservar la cúpula de la Organización, Montoneros optó por una retirada estratégica: el primero en irse fue Firmenich[11].

En octubre Pedro fue trasladado. La Organización lo había enviado a corregir las posturas disidentes de Columna Norte y en pocos días de trabajo territorial se sumó a la rebelión. Lo mandaron al Servicio de Informaciones. Bajó Marcelo Kurlat, «El Monra», como nuevo interventor. Su esposa «Lucy» (Inés Carazo) del Área Federal, acababa de caer en la ESMA. «Monra» fue a vivir a la casa de Federico «Plomo» Ibáñez, en Boulogne. Era el hombre de confianza de Firmenich en el manejo de las Finanzas. La primera tarea de «Monra» fue romper el frente opositor y trasladar a los perturbadores a otras Regionales del interior.

Galimberti recibió la orden de viajar a Rosario, pero no llegó a cumplirla: de un momento a otro, desapareció. No cubrió una cita y faltó a la segunda. Tampoco llamó al teléfono que lo mantenía en contacto con Raúl Magario y «Pancho» Rivas, de la conducción de la Columna. Dejó de ir a la casa de «La Chona», en Beccar. Tampoco fue al piso de «Pancho» Langieri, en Capital. Julieta no sabía dónde estaba. Su círculo más directo —«Yuyo», Inés, Mercedes, Bagual, Cali—, no se enteraron de nada. Su desaparición empezó a circular como una voz

[11] Firmenich se fue hacia fines de noviembre de 1976. «Pingulis» Hobert murió en un enfrentamiento en diciembre de 1976. Seis meses después, el 29 de mayo de 1977, otro miembro de la Conducción Nacional, «Lino», Julio Roque, cayó combatiendo contra un grupo de tareas de la ESMA en una casa de Haedo. Perdía se fue del país en abril de 1977.

desesperada por Columna Norte: «Cayó "El Loco"». Las pocas estructuras que quedaban en pie entraron en emergencia. Siempre había tenido el privilegio de tener todas las casas abiertas, pero ahora, por el nivel de información que reunía, su caída significaba una catástrofe inminente: tuvieron que abandonar casas, trasladar militantes a otros territorios, refugiar familias, suspender citas. Un grupo que estaba a punto de promover la ruptura con la Organización —Mercedes Depino, Jorge Todesca, «Lucas» Séjamo— apuró su salida del país. El resto quedó a la espera. «La Chona» no se movió de su casa de Beccar. «Yuyo» tampoco levantó el piso de Oaky, donde vivían.

—Si cayó, no nos va a cantar. Y si decidió guardarse, va a aparecer solo y nos contará su aventura.

Galimberti un día apareció. Julieta encontró a Pedro en una cita y le contó la novedad: su novio estaba recluido en una villa de Saavedra. Una bala le había rozado la cabeza y un compañero peronista lo refugió en su casa. Fueron pocos los que creyeron en su versión. Pedro fue uno de ellos.

—Ni en pedo es verdad, Pedro. Vos no lo conocés. Nosotros al «Loco» le decimos «Pichicuchi».

—¿«Pichicuchi»? —preguntó extrañado.

—Sí, como el personaje de Telecataplum, que sale para un lado, nunca llega y dice que pisó una cáscara de banana... —le explicaron.

Galimberti armó un dispositivo para reincorporarse a la Columna. Julieta condujo a «La Negra» Zunino, la esposa de Pedro, para que verificara su estado en la villa. El hombre que había desatado el pánico en Columna Norte estaba acostado en un sofá cama con aire de convaleciente. Tenía una gasita pegada al cuero cabelludo. Le explicó que esa mañana fue a buscar su coche por una calle de Saavedra, y cuando quiso abrirlo, escuchó una voz de alerta que pidió que se entregara. Empezó a escapar. Algunos disparos le erraron pero uno le rozó la cabeza. Corrió dos o tres cuadras, cruzó una vía y se internó por los pasillos de la villa. Golpeó una puerta, y el dueño, que era peronista, lo reconoció y lo refugió en su casa. A partir de ese instante, dijo, se desmayó. Por diez días no supo nada del mundo. Apenas retomó el conocimiento, hizo llamar a Julieta.

El relato con el que intentó justificar su ausencia era inverosímil. Pero, riguroso con su propia versión, Galimberti mantuvo la línea argumental durante toda su vida. El supuesto disparo que lo hirió, disparó versiones que lo hirieron mucho más[12].

---

[12] Una de las versiones que recogieron los autores indica que Galimberti empezó a colaborar con el Batallón 601 del Ejército. Otra, que fue arrestado por la Conducción en Columna Oeste; la última, que quiso resguardarse para preservar su vida. La más probable es que haya participado en una operación «por izquierda», fuera de las estructuras orgánicas, y que le haya tomado más tiempo del que había previsto. Cualquiera de estas informaciones es más creíble que la que él mismo dio sobre los hechos.

En diciembre de 1976, la Conducción decidió sacarlo del país. Galimberti perdió el contacto con sus subordinados de Columna Norte y quedó en relación con «El Oveja» Valladares, del Servicio Internacional, para que le proveyera la documentación oficial. Durante ese mes casi no se movió del piso de la calle Roca. Se quedó en la cama. Releía los dos tomos de *La Historia de la Revolución Rusa,* de León Trotsky, y jugaba al TEG (Táctica y Estrategia de la Guerra) con Julieta y Cali hasta la madrugada. Sentía que la guerra ya estaba perdida. «Yuyo» le propuso ir a combatir a Angola para defender la lucha del Movimiento de Liberación. Todavía tenía treinta soldados montoneros bajo su mando que no tenían plata ni lugar donde dormir. Bagual había hecho un contacto con la embajada cubana.

—Ellos dicen que nos pueden reclutar si llegamos desde Europa, pero que no pueden recibir combatientes desde América Latina. Tendríamos que salir como podamos de acá, afanar un banco en Brasil y llegar a Europa —intentó convencerlo.

A Galimberti la idea le pareció insensata:

—Si nos equivocamos en la Argentina, que es un territorio que conocemos, imaginate las cagadas que nos vamos a mandar en África —dijo.

Ese mes el diario le trajo noticias que demostraban que todo estaba perdido. Primero cayó «Amalia» en La Plata, y a la semana Norma Arrostito en Lomas de Zamora. Después perdió el nuevo interventor, «El Monra». Y casi de inmediato, terminaron con los nuevos responsables políticos de la estructura de Columna Norte, que acababan de asumir[13].

---

[13] «Amalia», Elida D'Ippolito, cayó en combate el 26 de noviembre de 1976 en una casa del barrio Gambier de La Plata. El Ejército había cercado la manzana donde estaba reunida la Conducción de la Columna. Norma Arrostito fue secuestrada el 2 de diciembre de 1976 en Castro y Larrea, Lomas de Zamora. Era secretaria de Organización de la Columna Sur. A pesar de que los diarios la dieron por muerta, fue guardada en la ESMA y la mataron el 15 de enero de 1978, posiblemente con una inyección venenosa. Para un relato de su cautiverio, ver *Montoneros, final de cuentas,* de Juan Gasparini, Buenos Aires 1999. «El Monra», Marcelo Kurlat, cayó en una casa de la calle Aráoz de Boulogne el 10 de diciembre de 1976. Unas horas antes había sido secuestrado por la ESMA Federico «Plomo» Ibáñez, quien entregó la dirección donde vivía «Monra». Desde su cautiverio, le permitieron llamar a su esposa. Le avisó que buscara cualquier pretexto para irse de su casa con sus hijas y no alertara nada a «El Monra». La mujer, que no pertenecía a Montoneros, cumplió con la petición de su marido. Al rato, llegó el grupo de tareas de la ESMA y «Monra» resistió su detención combatiendo. Por un megáfono los marinos le dijeron que venían de parte de «Lucy», Inés Carazo, su mujer, que pedía por la vida de su hija Mariana, de diez años. «Monra» para protegerla del combate, la había encerrado en un armario empotrado. «Monra» accedió y siguió combatiendo. Después de unas horas llegó herido a la ESMA, donde se reencontró con su mujer. Le dijo que moría de la forma más feliz, combatiendo. Ella tuvo un gesto de desesperación y el teniente de navío Antonio Pernías se acercó a consolarla y le explicó a «El Monra», moribundo, «Lucita quería tener a su hija». «Monra» se indignó con su esposa: «¿Desde cuándo te dice "Lucita" este hijo de puta...?». A los pocos minutos murió. (Ver *Recuerdo de la muerte* de Miguel Bonasso, páginas 267-269, Buenos Aires). La mujer de «Plomo» Ibáñez luego estableció un encuentro con «Vicki», Graciela Daleo, que era amiga de su marido, para entender qué había sucedido. Pero Montoneros no tuvo contemplaciones: la fusiló. Federico «Plomo» Ibáñez estuvo cautivo en la ESMA y luego fue liberado.
El sábado 11 de diciembre cayó la nueva Conducción de la Columna Norte. Apenas habían reemplazado a Magario y «Pancho» Rivas, que rompieron con la Organización con un documento de disidencia. El Ejército informó que fueron abatidos «Quique» Juárez, Marcelo Cervino, Luis María «Chicho» Delpeche, «La Negra» Raquel Zunino, «Ignacio», «Fermín» y «Bombón». Sus familiares nunca recuperaron sus cuerpos. Continúan desaparecidos.

Para salir de su confinamiento interno, Galimberti propuso realizar la última operación del año 1976. Ya no le quedaban explosivos. Pero Oaky había dejado un caño de gelamón que se estaba cristalizando. Lo limpiaron y decidieron ponérselo en la casa del intendente de San Isidro, el coronel José María Pedro Noguer. Le pidió prestado a Pedro el Fiat 128 rojo con el que se movía y acompañado por «Yuyo» y Cali fueron a poner el último «caño» del año a la casa del intendente, sobre la calle Eduardo Costa. La explosión no le ocasionó daños mayores, pero lo que más indignó a Galimberti fueron las declaraciones posteriores del coronel Noguer. Le dijo a la prensa que no se explicaba los motivos del atentado.

Al día siguiente, Galimberti tomó su número de la guía telefónica y llamó a su casa desde un teléfono público. Lo atendió la sirvienta.

—Me podría comunicar con el coronel —pidió.

—Sí, enseguida.

El coronel recibía muchos llamados de solidaridad. Pensaba que sería otro de los tantos.

—Hola.

—Coronel Noguer, habla el que le puso la bomba.

—…

—Usted anda diciendo que no se explica por qué le hicimos esto. Yo se lo digo: usted no es un coronel del Ejército de Salvación. Usted es un coronel de un Ejército asesino. Usted es un asesino, Noguer —dijo. Y colgó con la sensación de que había cumplido con un acto de justicia.

En la primera semana de enero de 1977, Tonio no cubrió una cita «horizontal» con Inés. Era un encuentro importante para ella. Tonio le iba a pasar plata para el abogado de su marido Jorge Taiana, que seguía preso. «Él no es capaz de fallar en una cita así», pensó Inés. Ella no sabía que Tonio había caído.

Hacía una semana que estaba en Buenos Aires, con el plan de compra de armas cerrado y a punto de volver al exterior. Hizo un contacto con un teléfono de ámbito de la Secretaría de Finanzas, que acababa de caer, y le devolvieron una cita envenenada: en consecuencia, cayó en manos de la ESMA. Era la tercera detención de su vida. Durante dos días los marinos estuvieron ensayando sobre el cuerpo de Tonio distintas técnicas y recursos: picana con distinta carga de voltaje, inmersión bajo agua, inmersión en seco. Fueron dos días de trabajo constante. Pero él no hablaba. Ya había soportado las torturas de Trelew y mantuvo la misma postura: el silencio. Los marinos hicieron una pausa para entablar un diálogo.

—Mirá, macho, tenemos dos noticias. Una es buena y otra es mala. La buena es que llegamos a la conclusión de que sos un cuadro duro. Te respetamos. Así que no te tocamos más porque es inútil: no vamos a lograr nada. ¿Es una buena noticia o no?

Tonio no respondió. Estaba tirado en una silla en un largo pasillo del subsuelo. Tenía el cuerpo morado. Le habían puesto un turbo para que el aire lo reanimara.

—Pero también tenemos una mala noticia —le dijeron—. Trajimos a tu hija para ver si ella te puede convencer.

Su hija tenía cinco años. Cuando escuchó su primer grito, Tonio pidió que la llevaran con su madre y preguntó qué querían saber. Entonces habló: contó el destino del dinero de los hermanos Born, las cuentas a su nombre en los bancos de Suiza, la operación de tráfico de armas, el avión montonero, el piloto nazi, las pistas del aterrizaje y cedió dos nombres clave de su ámbito, la Secretaría Internacional: «El Vasco» Vaca Narvaja y «Chacho», Martín Grass. A cada uno de ellos les tiró una cita, que la cubrió un grupo de tareas de la Marina[14].

A Galimberti no lo cantó. Y a Inés tampoco. Cuando ella supo de su caída, comprendió por qué había faltado a la cita acordada. Sintió que era un gesto de amor sin límites, que debería ser correspondido. Lo discutió con Galimberti toda una noche. Estaban frente a una encrucijada: ¿tenían que «limpiarle» su piso o ya estaría tomado por sus captores? La acción contemplaba un riesgo implícito por la zona operativa: Santiago del Estero casi esquina Belgrano, a una cuadra de la jefatura de Policía.

—Tonio nos conoce —dijo Galimberti—. Si él cayó, sabe que nosotros le vamos a levantar el piso antes que los milicos. Y si él sabe esto, no lo canta. Y si no lo canta, nos está pidiendo que se lo limpiemos. Tenemos que ir.

—Vamos... —dijo Inés.

Y fueron.

Entonces Galimberti había perdido su Peugeot 404 en el enigmático enfrentamiento de Saavedra. Se movía con una Ford F-100 blanca que le había

---

[14] A los pocos días, Martín Grass, que pensaba encontrarse con Tonio, cayó en la cita sobre una calle lindera al cementerio de Chacarita. Fue un operativo que dirigió el teniente de navío Rolón. Grass no tuvo tiempo de tomar la pastilla de cianuro. Estuvo en la ESMA hasta 1979 y fue liberado. Fue funcionario de Educación durante el segundo gobierno de Carlos Menem y también fue funcionario del gobierno de Fernando De la Rúa.
Fernando Vaca Narvaja concurrió a la cita con Tonio en una calle de Sarandí, provincia de Buenos Aires. El operativo de secuestro también lo dirigió Rolón. Dos montoneros secuestrados, «Coca» Bazán y «Caín» Lauletta, tenían que señalarlo, aunque sólo lo conocían por foto. Vaca Narvaja fue con su coche y aparcó dos cuadras antes, por prevención. Esperó diez minutos sin que Tonio apareciera y decidió irse. Cuando llegó a la esquina fue encerrado por una camioneta y recibió un tiro de Itaka en el omóplato, desde un techo. Por un instante dejaron de tirarle. Vaca llevaba una granada de exógeno en el bolsillo de su camisa. Al que viniera a rematarlo, pensaba arrastrarlo a la muerte. Pero nadie se acercó. Entonces encontró un hueco entre la camioneta y la acera, metió un cambio y logró avanzar con su coche. En su huida, paró en una fábrica metalúrgica de la avenida Belgrano y pidió una camisa y otro coche a los empleados. Le dieron una Citroneta y fue a la casa de Raúl Yaguer. Juan Carlos Rolón, el jefe operativo, luego tuvo que soportar las críticas del teniente de navío Miguel Ángel Benazzi por haber fracasado en el operativo. «Si tuviste dudas de si era o no era Vaca Narvaja, lo primero que tenías que haber hecho es tirar. Y si resulta que el tipo no era, pedís disculpas. Pero es preferible matarlo a que se te escape», le explicó.

prestado el abogado Juan Carlos Cerutti, un colaborador de Finanzas. Ese verano de 1977 Galimberti estaba gordo como una ballena y había tomado el hábito de vestirse con un traje blanco como cobertura. Le decían Moby Dick. El viernes 12, a media tarde, salieron de Vicente López para el piso de Tonio. Galimberti no quiso que «Yuyo» lo conociera.

—Andá para el Bodensee. En una hora nos vemos.

Inés tenía la llave. Había vivido unos días en la casa de Tonio después de salir de la cárcel. Dicky se quedó en la camioneta para cubrir la entrada. Inés y Galimberti subieron. El piso estaba intacto. Prepararon dos cajas, guardaron armas, documentos, cargaron un proyector de Super 8, y se fueron.

En el Bodensee lo esperaba una situación más complicada. «Yuyo» tuvo que salir a toda prisa de la cervecería alemana: mientras tomaba el té, pasaron los tres Falcon fantasmas que operaban contra ellos. Uno era de Columna Norte, lo había perdido «El Petiso Lucas» en un enfrentamiento. Fue caminando hasta la parada de autobuses de enfrente. Los Falcon aparcaron en la puerta y varios tipos entraron en el bar desplegando sus armas. Enseguida paró un autobús verde del Ejército y bajaron los soldados. «Yuyo» los veía desde la parada, impresionado. Llegaron más automóviles, un Peugeot 504 negro, incluso había unos tipos armados arriba de un techo. Era una ratonera para cazar a Galimberti. «Yuyo» pensó que la única solución posible para salvarlo era hacerse con un coche, tirar una granada a la puerta del bar, provocar un incendio y escapar. «Cuando "El Loco" vea el fuego, no va a querer entrar», se dijo.

Se decidió por robar un coche que esperaba en el semáforo de la esquina, pero cuando se acercaba, a lo lejos, sobre Cramer, vio venir la F-100 blanca. Levantó su brazo con la pistola en la mano y Galimberti le abrió la puerta. Tenía la ametralladora en el piso y la Browning amartillada en la entrepierna y los ojos celestes achicados por la tensión.

—Subí que está lleno de milicos. Creí que estabas adentro. Me quedé dando vueltas para ver cómo podía sacarte —murmuró.

—Yo también me quedé a esperarte —le contestó «Yuyo».

Para irse del país, Galimberti mantenía una dependencia orgánica con Montoneros. Pero a «Yuyo» y sus soldados los echaron en un bar de Munro. Después de la caída de «Monra», había llegado «El Gallego Willy» para cerrar el funcionamiento de la Columna. «Yuyo» criticó a la Conducción porque se habían ido del país mientras ellos seguían combatiendo sin nada.

—Vos también te vas a ir, pero de la Organización —le respondió «El Gallego Willy».

—¿Por qué?

—Porque no podemos tener gente con tantas diferencias ideológicas. Ustedes no son tipos políticamente fiables. Nos arman un quilombo a cada minuto.

—Yo no me voy a ir.

—Si no te vas, te matamos, boludo —dijo «El Gallego», e intentó sacar su arma.

«Yuyo» se le tiró encima y le apretó su pistola en la cabeza.

—¡Yo soy más montonero que vos, hijo de puta! —le gritó.

Los parroquianos del bar los miraban.

Ese mes de enero de 1977 sentían cada muerte como la más espantosa. La Secretaría Militar de Columna Norte tuvo quince bajas. Los militantes quedaron dispersos, mendigando plata y escapando de la represión. Algunos dormían en la línea de transportes La Lujanera —ida y vuelta, de Once a Lujan— y caían en las pinzas de la Policía. Otros cayeron mientras dormían en una obra en construcción; uno en una plaza, otro cuando volvió a su domicilio legal, otro cuando fue a despedirse de su madre.

El 28 de enero, el Ejército entró en el piso que ocupaba Galimberti. Con «Yuyo» y Pedro habían hecho un pacto de levantar la casa si alguno de los tres no llegaba antes de la medianoche. Pero no lo respetaban: Pedro volvió una madrugada y encontró a sus dos compañeros jugando a las cartas con una ametralladora Halcón en la mesa.

—Ustedes son dos boludos. Las reglas hay que cumplirlas. Yo estoy hecho mierda, y no sé qué puede pasar si me agarran... —avisó Pedro.

Hacía menos de dos meses que habían matado a Raquel Zunino, su mujer. Y el 28 de enero le tocaría a él. Ese mediodía caminaba solo por la calle Agustín Álvarez, en Vicente López, en busca de su hijo. Tenía dos años y lo había dejado al cuidado de una señora. Una patrulla del Ejército lo hirió de un disparo y lo llevó a Campo de Mayo para torturarlo. Raúl Alberto Rossini, «Pedro», murió a los pocos días.

Esa noche, Galimberti festejaba: Julieta cumplía 22 años y lo que quedaba de su «banda» se reunió en la casa de una amiga en Rodríguez Peña y Charcas para celebrarlo. Le habían dejado un papel a Pedro en el piso: «No nos esperes, tenemos noche de sexo, droga y rocanroll». Se quedaron a dormir. A la mañana siguiente, Galimberti se montó en su F-100 para volver a Vicente López. No leyó los diarios. Si lo hubiese hecho, se habría enterado de la muerte del pintor Quinquela Martín, y del comunicado del Comando de Zona IV en el que informaba que «fue abatido el delincuente subversivo apodado "Pedro" cabecilla de Informaciones a nivel nacional de Montoneros».

En la entrada del edificio, Galimberti percibió algo extraño: uno de los albañiles con el que siempre bromeaba y al que le regalaba cosas para tenerlo de

su lado, abandonó su trabajo y se fue para adentro apenas lo vio entrar. Cuando llegó al séptimo piso con el arma en la mano, metió la llave y la cerradura se le cayó. La puerta estaba abierta. Bajó corriendo por la escalera. En la planta baja el portero lo agarró del brazo. Era un suboficial polaco que había estado en un campo de concentración nazi.

—Vino el Ejército a buscarlo, váyase —le gritó, y en la desesperación, no lo soltaba.

En marzo de 1977, Diego Muniz Barreto apareció con el coche volcado en una zanja llena de agua, al costado de la Ruta 18, en Entre Ríos. Sus amigos habían montado un operativo para sacarlo a Brasil, pero a los dos meses volvió al país. Galimberti lo vio por última vez en la puerta de un cine de la Avenida Santa Fe. Estaba más gordo que nunca y con el pelo teñido de amarillo.

—Estos militares cache no me van a echar de mi país —vociferó indignado.

Muniz Barreto todavía mantenía buena relación con el subcomandante del Primer Cuerpo del Ejército, el general Jorge Olivera Rovere. Cada vez que le llegaba su nombre en la lista de secuestros, lo tachaba. Cuando Olivera Rovere pasó a la subjefatura del Estado mayor, Muniz Barreto perdió protección, y no se dio cuenta. Lo secuestraron el 16 de febrero cerca de la quinta de Escobar, junto a su secretario Juan José Fernández. Estuvo detenido en la comisaría de Tigre. Unos días después apareció muerto dentro de su coche. Fernández fue liberado.

En febrero Inés fue suspendida del funcionamiento orgánico de Montoneros «por seis meses», y no le devolvieron las armas que había dejado para inventariar.

—Esto es lo mismo que una sentencia a muerte —le dijo a «El Gallego Willy».

—Ustedes nos hicieron mucho quilombo — le respondió.

Inés ya no confiaba ni en los documentos que le había dado la Organización. Una madrugada comandó un grupo que entró en el Registro Civil de Martínez, y se llevaron pilas de DNI para falsificar. Preparó la retirada de muchos montoneros. Pero ella se quedó en el país. Durante dos años vivió sin ninguna sensación. Un día entró en una iglesia y no pudo parar de llorar a todos sus muertos[15].

A fin de febrero, Galimberti se fue de la Argentina con un juego de documentos completo que le proveyó la Organización. Tomó un barco en el puerto de Buenos Aires, solo. Llovía. Miraba el río y pensaba en todo lo que había sucedido en los últimos años. Sentía el peso de la derrota más absoluta, y que ya estaba muerto. En Colonia, un ómnibus lo llevó hasta Montevideo. Se hospedó en el hotel

---

[15] Inés es Graciela Iturraspe. En la actualidad es militante de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA).

Victoria Plaza, de cinco estrellas. Estaba tan angustiado que no pudo parar de comer chocolates en toda la noche.

Capítulo XVII

Un juicio menor

Brasil fue la primera escala de cientos de militantes montoneros que escaparon de Argentina. Eran sospechosos antes de cruzar cualquier frontera. Llegaron con hijos a la rastra y poco o nada de dinero. La mayoría se alojó en pensiones o en los fondos de las iglesias que les cedía el Obispado, mientras rogaban que el Alto Comisionado de las Naciones Unidas se apiadara de ellos y fueran aceptados en condición de refugiados políticos en Europa o México. En medio de la desesperación y la derrota, entre la colonia de exiliados empezó a circular una entrevista que Mario Firmenich concedió a Gabriel García Márquez a bordo de un avión. El líder montonero se mostraba convencido de que la dictadura ya no tenía salida y que en cambio su organización gozaba de un gran prestigio entre las masas. «Somos la opción política más segura para el futuro inmediato de la Argentina», decía.

A pesar de las críticas, para los militantes dispersos Montoneros representaba la última red a la que podían aferrarse. Nadie sabía quién había muerto o escapado en la represión militar, e incluso en Brasil continuaban en riesgo: cualquier «compañero» que buscara contactos con montoneros, también podía ser un infiltrado.

Galimberti cruzó la frontera en un autocar desde Montevideo para llegar a Brasil. Alquiló un apartamento en Río. A la semana llegó Julieta y reestableció el contacto con el jefe del Servicio Internacional, Fernando Vaca Narvaja, para sondear las posiciones de la Conducción. Al volver del encuentro le transmitió su impresión a su novio:

—No sé si te creen, pero me parece que no te van a matar —le dijo.

—¿El Vasco te dijo eso? —preguntó Galimberti.

—No me dijo eso, pero me di cuenta de que era lo que pensaba.

—¿De qué te diste cuenta? Si a este hijo de puta le bajaron la orden, me reduce y me fusila acá mismo.

—Basta, Rodolfo, ahora te toca verlo a vos. Yo ya fui dos veces y no creo que pase nada. Con los quilombos que tienen no pueden estar pensando en matar a nadie.

Galimberti estableció una cita con Vaca Narvaja. Le relató hasta los mínimos detalles la historia de su desaparición de noviembre de 1976.

—Está bien, Loco, te creo. Mostrame la cabeza y dejame ver la herida —le dijo «El Vasco».

—No es una herida. Me rozó un balazo de un calibre 45. Yo tenía la cabeza así, para abajo, y la bala debería estar cayendo porque si no me hubiera pegado en el ojo. Si hubiera sido un impacto directo, estaría muerto.

—Bueno, mostrame dónde te rozó entonces.

—Dejate de joder, Vasco. Ves que siempre desconfiás de mí.

—No, yo te creo pero quiero ver. Al menos una marca tenés que tener...

—Siempre la desconfianza conmigo, siempre fuiste igual —le recriminó Galimberti.

—Loco, vos desapareciste por quince días. Nosotros hicimos una denuncia pública con abogados, movimos toda la estructura y un día aparecés, decís que tuviste un enfrentamiento militar, que te metiste en una villa, que te protegió una familia peronista, que perdiste la noción... Mirá, yo tuve un enfrentamiento, me cagaron a tiros y te lo puedo mostrar...

«El Vasco» se levantó la camiseta y le dejó ver su omoplato. Tenía la herida infectada. Galimberti le echó una mirada rápida.

—Qué boludo. Vos también meterte en la playa... —comentó en tono amistoso.

—Bueno, pero mi herida está a la vista. Lo tuyo, en cambio, es siempre una zona gris. Lo hablamos con compañeros médicos de la Organización y no hay lógica en lo que decís. Si un proyectil te roza el cuero cabelludo no podés quedar inconsciente. Y menos quince días. Reconocé que te guardaste y dejate de joder —le dijo «El Vasco», y le guiñó el ojo.

Parecía cordial, pero Galimberti no quiso correrse ni un centímetro de su versión. Si lo hacía, podía utilizar su confesión para juzgarlo, con el código de justicia penal montonero por «deserción». Un sinceramiento podía ser fatal. No lo hizo.

En marzo de 1977, ya había llegado a Río lo que quedaba de su «banda» de Columna Norte: «Yuyo», «Bagual», su esposa «Jardilín», «Fatiga», Patricia Bullrich y «Pancho» Langieri, entre otros, que habían sido separados de Montoneros por sus críticas. «Yuyo» estaba desanimado. Los cuadros que pudo retirar del país estaban sin pasaporte ni plata, durmiendo por la calle. No veía perspectivas.

—Acá tenemos problemas hasta para pedir un flan. No creo que podamos afanar un banco —le dijo a Galimberti.

—Yuyito, yo me encargo de reengancharlos en la Orga y conseguimos guita y documentos para todos. Nos reagrupamos, sumamos más gente, nos posicionamos mejor, armamos bien la interna y damos pelea contra la Conducción desde adentro. Vayan todos para México que a mí me van a poner a cargo de la Juventud. Nos encontramos allá.

Ni Galimberti ni «Yuyo» conocían el Distrito Federal. Tomaron una guía turística del consulado mexicano y eligieron al azar un hotel de segunda clase. Acordaron una cita estanca en la confitería, a la que debían concurrir dos días a la semana a las cinco de la tarde... hasta volver a encontrarse.

En abril de 1977, Galimberti estaba al borde de los 30 años. De Brasil viajó a Italia para reincorporarse a la Organización en el exilio. En Roma se reencontró con su amigo de San Antonio de Padua, «El Vasco» Mauriño, que se mantenía como contacto en el exterior de la Secretaría Internacional. Le preparó una cita con el periodista Miguel Bonasso en un café del Trastevere. Bonasso llegó con un diario *Le Monde* de contraseña. Enigmático, «El Vasco» Mauriño lo invitó a subir al primer piso de un edificio cercano.

—Subí. Ahora va a venir una persona que te quiere saludar —le dijo.

Al rato apareció Galimberti imitando los movimientos de un perfecto turista americano en la primavera romana. Con un sombrerito tirolés, chaqueta sport y su tradicional pipa, se cuadró como un sargento ante el ex director del diario *Noticias*.

—¿Qué hacés? Siempre en misión conspirativa. Parecés James Bond con esa cobertura —se sorprendió Bonasso.

—No seas boludo, Miguel. Todos los servicios del mundo están detrás nuestro.

Galimberti lo miró un instante a los ojos. Hacía tres años que no lo veía.

—No puedo creer que vos estés vivo —le dijo.

En todo ese tiempo, a Bonasso le habían clausurado el diario, lo amenazaron de muerte y vivía esquivando «pinzas» policiales.

—Podría decir lo mismo de vos —le respondió.

Se abrazaron.

Esa tarde cambiaron noticias e impresiones de los años calientes: quiénes cayeron y quiénes no, quiénes quedaron presos y también qué acciones a futuro planeaba la Conducción. En Roma, se estaba preparando el lanzamiento del Movimiento Peronista Montonero (MPM), que mantenía sus objetivos revolucionarios pero prometía que, en esta nueva etapa, priorizaba la política sobre las armas. En la convocatoria, la Conducción recuperó en sus filas a dirigentes históricos del peronismo. Después de una sucesión de reuniones en París, montaron

una base de operaciones en una villa de Ostia, a 25 kilómetros de Roma. Allí prepararon los detalles para la presentación internacional del MPM. Se vivía un clima de camaradería. Algunas noches, Galimberti, que se presumía de buen cocinero, intentaba deleitarlos con platos sofisticados, aunque le criticaban el exceso de tocino. Con algunos gestos ambiguos, Firmenich se empeñaba en promover la competencia entre el poeta Juan Gelman y Bonasso por la jefatura de la secretaría de Prensa del Movimiento. Galimberti no ocultaba su predilección por este último.

—Tenemos que organizar bien la presentación, poner en uso toda la tecnología —lo alentaba.

Un sábado por la tarde fueron a Roma para proveerse de aparatos. Encontraron una tienda de electrodomésticos a punto de cerrar.

—Queremos llevarnos todas las grabadoras que tenga —dijo Galimberti, entrando en el local.

—No hinchés las bolas, Loco, ¿para qué queremos tantas? —lo reprendió Bonasso.

—Tenés razón... Queremos comprar diez o quince grabadoras —corrigió—. Muéstrenos todos los modelos. No se fije en los precios. Dénos lo mejor.

El romano sacó algunas del mostrador y luego empezó a retirar otras de lo alto de la vitrina ante la insistencia de sus clientes. Subía y bajaba la escalera de madera al tiempo que precisaba las bondades y particularidades de cada una. Galimberti las iba inspeccionando y las apartaba según marca y color. Bonasso se sonreía por su histrionismo.

—Bien —dijo en un momento Galimberti—. Ahora muéstrenos qué tipos de casetes tiene. Buscamos de altísima fidelidad. Necesitamos unos cuarenta —ordenó.

Cumplido su pedido, empezó a sacar fajos de dólares de su chaqueta y pagó la factura. Se fueron del local con una caja grande que cargaron arriba del techo de un taxi. El romano los despidió en la puerta, maravillado.

—Al tano se le paró la pija con la compra que hicimos. Ahora llega a su casa y le dice a su mujer «querida, no te puedo contar lo que me pasó hoy» y se la regarcha de la alegría que tiene —le comentó con sorna a Bonasso. Se reían.

Entrada la madrugada, Firmenich los recibió enfurecido.

—¿Dónde mierda se metieron? Los mandé a buscar por todos lados. Pensamos que los habían pillado. Son unos irresponsables, un par de pelotudos.

—Y bueno, estuvimos trabajando —comentó Galimberti, sonrojado.

—Sí me imagino... ¿No se habrán ido con las putas romanas, no?

A Firmenich lo enojaba la indisciplina, pero más se irritaba las noches que perdía al TEG. En esos meses, Táctica y Estrategia de la Guerra se había convertido

en el juego casi oficial de la Organización. Pasaban largas horas derramando el cubilete sobre el tablero de un mundo de cartón. Con su ejército de dados y de fichas, movilizaban las tropas y conquistaban imperios. El jefe montonero había elaborado una lúcida teoría sobre el juego que le permitía demostrar su relación con la guerra real. Pero en la práctica casi siempre perdía contra quien fuere. Y era mal perdedor: la derrota lo desvelaba y a la mañana siguiente no podía levantarse.

El 20 de abril, en un hotel de Roma, Firmenich anunció la constitución del MPM y de su Consejo Superior. Bonasso fue nombrado secretario general de Prensa y Gelman secretario adjunto. Galimberti fue elegido secretario general de Juventud. Volvía a entrar en el aparato montonero, pero continuaba ácido: «Teníamos que haber armado todo esto en Munro o San Miguel. Acá parece una farsa», comentaba junto al cortinado del salón principal.

En esos días del lanzamiento de Roma todos vivieron con el fantasma de Tonio. Después de su captura en la ESMA, había reaparecido en una conferencia de prensa «clandestina» en Madrid, bajo el nombre de «Ricardo». Seis periodistas lo entrevistaron. Uno de ellos, Francisco Cerecedo, de *Cambio 16*, lo recordaba porque Tonio ofició de enlace para la entrevista con Ana María González, luego de que ella le colocara la bomba bajo la cama al general Cardozo. La cita se llevó a cabo en un salón de fiestas en agosto de 1976. Pero esta vez, ante la prensa madrileña, Tonio se presentó como un montonero disidente. Dio cuenta de los motivos que lo impulsaron a romper con la Organización con dramática verosimilitud y reveló que tenía a su nombre cuentas en Suiza en una cifra millonaria en dólares destinada a la compra de armas y que la había puesto a disposición del nuevo gobierno.

Esa fue la primera sorpresa.

Después negó que las autoridades militares torturaran o asesinaran a los detenidos, como se los acusaba. «Sólo existe en la imaginación de los líderes montoneros que utilizan a la prensa mundial», dijo. Enseguida le dio el micrófono a otro «disidente» de la Organización, que estaba a su lado. Pidió disculpas por presentarse encapuchado pero temía una represalia. Cuando intentó un discurso político, en la primera frase se delató:

—Ingresé en la Organización subversiva para encauzar mis sentimientos nacionalistas sin dependencias foráneas y para lograr una mayor igualdad en la sociedad —arrancó.

No era el lenguaje de un montonero. Enseguida se desveló la farsa.

Lo cierto era que después de cuatro días de torturas en la ESMA en enero de 1977, Tonio se había quebrado. Junto a los tenientes de navío Benazzi y González Menotti y el subcomisario Whebber, apodado «220», había volado a Europa para retirar el dinero de las cuentas suizas. Sus captores le enyesaron una pierna para que no intentara una fuga. De ese modo, la Armada Argentina se

adueñó de una parte del botín montonero capturado en el secuestro de los hermanos Born. Tonio también entregó el demorado cargamento de armas que había comprado a los árabes. Y a los pocos meses, el abogado y contrabandista «Cacho» Otero fue torturado y muerto en la ESMA. El piloto polaco que había servido a los nazis en la Segunda Guerra, también: a pesar de que en «capucha» ensayaba el saludo hitleriano, no les pudo hacer creer a sus torturadores que él compartía la misma ideología. Lo tiraron al fondo del Río de la Plata[1].

Por entonces, Galimberti ya estaba ensimismado en su nueva misión: organizar y conducir a la Juventud Peronista Montonera en el exterior. Se estableció en México, junto a la Conducción Nacional y la abigarrada colonia de argentinos exiliados. La Organización había alquilado una mansión empobrecida sobre la calle Alabama, en un barrio acomodado del Distrito Federal. Tenía tres plantas, un toque andaluz en la fachada, un patio con parrilla para los asados y una amplia cantidad de salones que facilitaban el «reunionismo montonero» de los Grupos de Trabajo, las secretarías del MPM y el Consejo Superior.

Galimberti montó su espacio político en una descuidada pieza de la planta baja, al lado del comedor y la cocina. Llegaba fuera de cualquier previsión horaria, con blue jeans y camisa, el pelo suelto y un cinturón de cuero crudo que le ajustaba la cintura. Se movía con libertad por la casa para departir con Rodolfo Puiggrós, Bonasso u Obregón Cano y luego se encerraba con un aluvión de chicas y chicos, ocho o diez años más jóvenes que él, que habían escapado de la Argentina, y lo escuchaban subyugados. Lo veían lleno de vitalidad, con su verba desbordada, y más abierto a la discusión que otras figuras de los años setenta menos notables y más avinagradas. Galimberti se distinguía de ellos por su crítica sin desparpajo hacia la Conducción, martillaba sin eufemismos sobre sus errores y enumeraba planes de acción para la próxima etapa. Los emocionaba con sus gestos y posturas, porque lejos de reproducir el clima de la derrota y la muerte reciente, traía los ecos del año setenta y dos, cuando todo parecía posible; además, cuando él no estaba, siempre alguno comentaba que había participado en tal o cual operación militar y a su prestigio personal en la nueva militancia, sumaba algún festón de silencioso heroísmo.

Era una cincuentena de jóvenes que estaban bajo su mando. Para que no se sintieran inútiles ni se dejaran atrapar por la nostalgia que irradiaba la Casa Alabama, Galimberti se dispuso forjar en ellos una nueva moral: ordenó a un grupo de instructores que les enseñaran algún tipo de práctica militar. Los jóvenes peronistas montoneros empezaron a ensayar disparos en los Parques Nacionales mexicanos, o salían de campamento y tiraban tiros en lugares alejados durante

[1] Testimonio de un ex montonero secuestrado en la ESMA a los autores.

todo un fin de semana. A veces, aprovechaban un piso con comedor amplio que cedía la mamá de algún compañero para practicar cuerpo a tierra, marchas marciales y otros ejercicios de «orden cerrado». O preparaban formaciones en las que Galimberti llegaba para dar una arenga, mientras cruzaba entre la fila con las manos tomadas en la espalda.

En su voluntad por acumular una base de poder interno dentro del Movimiento, Galimberti forjó una JP rebelde de la línea oficial. Se mostraba como un líder exiliado en permanente actividad: participaba en reuniones con los dirigentes más encumbrados de la juventud del oficialista PRI o de la Universidad Autónoma de Guerrero, y visitaba las embajadas de distintos países para cumplir con misiones políticas que le asignaba la Conducción. «El Manco», Manuel Pedreira y Pablo Fernández Long, hijo del ex rector de la Universidad de Buenos Aires, empezaron a secundarlo en tareas organizativas. Y tenía siempre a su lado a «El Vasco» Mauriño, que se había instalado en México.

Pero su interés estaba cifrado en reincorporar a su «banda» de Columna Norte, que eran tratados como «desertores» por Montoneros: retomó contacto con «Yuyo». Durante varios meses había cubierto la cita en el hotel, dos veces a la semana, como habían estipulado, sin que Galimberti se acercara. El conserje se extrañaba del hábito del forastero: se sentaba durante diez minutos en el *hall*, se retiraba, regresaba a la hora y luego se marchaba de inmediato sin formular consulta alguna. «Yuyo» no estaba dispuesto a relajar los códigos de seguridad de la vida clandestina argentina ni siquiera en el exterior. En ese tiempo continuaba desanimado: sus cuadros seguían desperdigados en Río y sentía la responsabilidad de rescatarlos. Su única esperanza para torcer el destino era un plan de secuestro de un empresario mexicano de una papelera internacional. Lo había organizado con una pareja del ERP 22, un ex montonero y otro del PCR. Tenía la casa, el calabozo tapizado, los chequeos de inteligencia, el método de cobro y le había comprado una pistola calibre 38 a un gitano.

Cuando Galimberti se enteró puso el grito en el cielo.

—¡Es una locura!

—¿Por qué? —se extrañó «Yuyo».

—Porque los mexicanos tienen tecnología para seguir el recorrido de la guita. Hay que hacer algo más limpio y seguro.

Y ahí Galimberti expuso su teoría de cómo asaltar el casino de Niza. Había estudiado el método en una visita previa que hizo por Francia, antes de llegar a México. Estaba impresionado por la gesta de Albert Spaggiari, que después de más de un mes y medio de trabajo por las cloacas de Niza, excavó sobre la sala de caja fuerte del banco Société Générale. Y se conmovió con la leyenda que el ladrón

estampó en las paredes, antes de retirarse con un botín con cinco mil millones de francos: «sin odio, sin violencia y sin armas».

Galimberti presentaba a Spaggiari como un ejemplo.

—Esa es la manera de robar —remarcaba.

La idea de asaltar el casino de Niza le dio vueltas en la cabeza durante todo su exilio. Y recordó la leyenda de Spaggiari durante el resto de su vida.

En México tenía una vida bastante aburguesada: vivía en un amplio piso alquilado por su suegra Julieta Bullrich, junto a su novia Julieta, su cuñada Patricia, «Pancho» Langieri y «Yuyo». Con su cuñada, Galimberti era muy riguroso. Le había prohibido que pisara la Casa Alabama porque no quería que la reconocieran como la hermana de Julieta. Era una cuestión de seguridad, decía, y no admitía discusiones sobre ese punto. Y Patricia, para combatir el aburrimiento de su vida casi clandestina en el Distrito Federal, empezó a hacer un curso de obrera textil, con prácticas diarias sobre distintos telares.

En ese tiempo, Galimberti se movía con un Ford Fairmont color naranja y soñaba con una moto usada, de cuatro cilindros, que buscaba en los anuncios clasificados de los diarios. Mantenía algunos hábitos clásicos de su vida en la Argentina: la práctica del *full contact* y otras artes marciales, gastos diez veces superiores a la precaria asignación del Partido, y el consumo de media docena de zumos de naranja que ingería con voracidad cada vez que empezaba una nueva dieta. Y seguía consecuente con su política de no discriminar cuando intimaba con mujeres: podían ser mexicanas de culo chato o redondo, adolescentes de virginal pureza, experimentadas esposas de compañeros montoneros y la sirvienta de alguna casa que visitaba, si la encontraba distraída.

Por entonces la presa más deseada de todos los cuadros montoneros era «María», una mexicana de veintidós años de ascendencia nórdica, que vivía en las Lomas de Chapultepec. Había conocido a «Carlón» Pereira Rossi en la cola de un cine y se pusieron de novios. «Carlón» le escribía poemas y le componía canciones con su guitarra, por la noche. Era muy tierno cuando cantaba. Pero la Organización sospechó de ella e intentó separarlos hasta que diera muestras de su compromiso revolucionario y probara que podía ser la mujer de un jefe montonero: la obligaron a realizar contactos de prensa en la Argentina, a riesgo de perder su vida. Y «María» cumplió. A Galimberti la chica lo fascinaba. Pero sentía que ella no le correspondía con el mismo interés. Una vez intentó quebrarle su fidelidad a «Carlón» en la cocina de una casa, pero «María» lo rechazó. Galimberti tuvo que aceptarlo, un poco sonrojado.

En ese tiempo ocurrió el *affaire* sexual que escandalizó a toda la colonia de exiliados: la chica tenía quince años y era hija de una socióloga de La Plata. La Conducción se vio obligada a someterlo a juicio por inconducta partidaria. El caso

llegó a oídos del trío Firmenich-Perdía-Yaguer por una denuncia que acercó la psiquiatra Sylvia Bermann, secretaria de la Rama de Intelectuales, Profesionales y Artistas del MPM. Ella lo supo por el padrastro de la adolescente, que estaba furioso y contó que Galimberti había perseguido a su hijastra durante varios días hasta tener relaciones con ella. Los pasos de la seducción habían sido clásicos: le había regalado un vestido, un reloj de oro, y la llevaba a cenar a restaurantes de lujo. La denuncia indicaba que no había querido dejar rastro alguno: uno de sus adláteres mediatizaba la relación, llevando a la chica hacia Galimberti para cada encuentro.

El escándalo lo tuvo a maltraer durante varios días. Cada vez que entraba en la Casa Alabama sentía que todos los murmullos se dirigían a él. Julieta también se sumó a la sospecha. Una tarde, en el tercer piso de la Casa, el Consejo Superior le inició el juicio: un grupo de mujeres del MPM lo acusó de amoral. Galimberti negó su relación con la chica y también todo lo que se le imputaba:

—Esto es un ataque de la burguesía intelectual. Me está denunciando una psicoanalista judía, que viene de la izquierda. Esta es la venganza de los intelectuales contra los hombres de acción... —se defendió con vehemencia.

El consejero Rodolfo Puiggrós quiso quitarle dramatismo al caso:

—Dejémoslo en paz. Son cosas de muchachos.

Bonasso también creyó en su inocencia, y lo apoyó.

Después de una noche agitada, Galimberti fue absuelto. Se sentía aliviado después de tantas acusaciones. Aferró del brazo al secretario de Prensa:

—Te agradezco mucho, Miguel. Vos sabías que todo esto era una infamia...

Pero a pesar del fallo favorable, Julieta seguía sin creerle.

Galimberti insistía: «No es cierto, no es cierto». Enfurecido, empezó a romper los cuadros del piso y todo lo que encontró a su vista. En un determinado momento, sus amigos intervinieron y tuvieron que tranquilizarlo. Lo sacaron a dar una vuelta por el Distrito Federal para que se despejara. Pero Galimberti seguía:

—¡Pero cómo esta hija de puta puede dudar de mí, cómo puede ser, con lo que me conoce, con los años que llevamos juntos...!

El clima seguía tan denso como antes. «El Manco» intentó bajarlo a la realidad.

—Loco, dejate de joder, si yo te llevaba a la mina... —le dijo.

Galimberti quedó en silencio por unos segundos.

—Tenés razón. Qué boludo... me estaba creyendo mi propia mentira.

En enero de 1978 el general Leopoldo Galtieri organizó una misión secreta a México. El plan contaba con el respaldo del presidente Videla y el comandante Viola. La estrategia de Galtieri fue llevar al oficial montonero Tulio «Tucho» Valenzuela, que estaba secuestrado en el campo de concentración «La Quinta de Funes», en Rosario, para que marcara el refugio de la conducción montonera.

Dejaba de rehenes a su esposa, a punto de parir, y al hijo de ella. Viajaron con «Tucho» militares del II Cuerpo y agentes del servicio naval.

El responsable del grupo era el «Mayor Jorge», el alias en el centro clandestino del teniente coronel Pascual Guerrieri. Después de que se alojaron en el Hotel Mayaland, «Tucho» fingió cumplir con el plan de sus captores y fue a la Casa Alabama. Aunque daba algunas referencias de su pasado montonero, casi nadie lo conocía. Decía que traía un mensaje impostergable para la Conducción. Lo derivaron a Bonasso. Entonces se lo dijo:

—Vino una pandilla del Ejército para matar a Firmenich. Yo vine con ellos.

«Tucho» estaba atormentado. No quería ser un entregador, pero sabía que la represalia iba a tener una consecuencia irremediable: la muerte de su mujer. Sólo tenía dos dudas: si la matarían antes o después de que naciera su hijo. Y si al hijo de ella, Sebastián, lo entregarían a los abuelos como había pedido, o correría su mismo destino. Para que no se autoflagelara más con su decisión, Perdía le recomendaría que viera «el problema de su compañera y el de su hijo a la luz de los intereses del conjunto».

En la noche del 18 de enero de 1978, «Tucho» denunció la maniobra montada por Galtieri en una conferencia de prensa organizada por Galimberti y Bonasso. La noticia conmovió a México, pero fue censurada en la Argentina. Los servicios de Inteligencia locales detuvieron a los militares argentinos. Perdía estaba irritado con la actitud de «Tucho». La consideraba arriesgada: «Si cada secuestrado viene a desbaratar una operación de los milicos en la puerta de nuestra casa, estamos jodidos...». La Conducción desconfiaba de los detenidos—desaparecidos que se prestaban al diálogo o a mantener cualquier tipo de colaboración con sus captores, fuera fingida o no. Decidieron encerrar a «Tucho» y le delegaron la responsabilidad a Galimberti. Lo llevó a un piso alquilado con dos cuadros armados de su vieja «banda». «Tucho» no fue considerado un prisionero, pero estaba en condiciones de debilidad: cuando pidió una pistola 380 de pulgada —«un calibre femenino»— para protegerse de un hipotético imprevisto, se la dieron, pero antes le limaron la aguja percutora para que no disparara. En esos días, Galimberti decía a sus subordinados de la JP en el exilio que Firmenich le había encomendado disolver a «Tucho» en ácido para que no quedaran rastros de su existencia[2].

Apenas supo de su llegada a México, la cúpula montonera se refugió en el tercer subsuelo de la embajada cubana. Se pasaban papeles escritos para comunicarse entre ellos. Temían que los estuvieran grabando con micrófonos ocultos: enfrente estaba la sede de la embajada americana. La Conducción aceptó la oferta de Fidel Castro de replegarse en Cuba. Firmenich confió en Galimberti la

[2] Testimonio de una ex militante de la JP en el exilio en entrevista con los autores.

coordinación de la seguridad del traslado a la isla. Cuando lo supo, el líder mundial de la JP montonera en el exilio se desesperó.

—Es una locura, Pepe —protestó en el subsuelo de la embajada con voz baja—. Ellos ya tienen nuestra guita. Si ustedes se van a encerrar allá vamos a quedar encadenados a esa isla putrefacta. Nuestro Movimiento va a terminar dependiendo de un portaaviones soviético. No podemos entregarnos a estos tipos. ¿Entonces para qué nos metimos en el movimiento peronista? Nos hubiéramos hecho comunistas diez años atrás y ganábamos tiempo...

Firmenich trataba de serenarlo.

Pero Galimberti seguía con su susurro implacable.

—... Perón resistió el exilio durante dieciocho años en las condiciones más miserables y espantosas, pero mantuvo la noción de la independencia política. Cuando el genio idiota de John Cooke le propuso asilarse en Cuba, Perón lo sacó cagando...

—Está bien, Loco, ya vamos a zafar... —lo apaciguaba el comandante[3].

Firmenich, Perdía y Vaca Narvaja fueron al aeropuerto del Distrito Federal disfrazados con pelucas y dientes postizos, bajo la custodia de Galimberti y los servicios de inteligencia mexicanos, que respondían a la orden del licenciado Galindo. Un avión de línea Cubana dispuesto especialmente para la Conducción los transportó a la isla. Dos meses después, «Tucho» fue sometido a un «juicio revolucionario» bajo los cargos de «traición y delación». Le correspondía el fusilamiento pero por las atenuantes del caso, sólo fue degradado. Lo obligaron a escribir su autocrítica y para que reafirmara su lealtad con la Organización, lo enviaron de regreso a la Argentina[4]. Sus carceleros, después de algunas palizas de sus pares mexicanos, fueron liberados y también regresaron al país: la operación encomendada por el general Galtieri había fracasado.

Las diferencias con la Conducción siempre resultaron conflictivas para Galimberti. Sintió por ellos un odio irreductible cuando supo que el botín del secuestro de Born, del que él había participado y que había contado con sus propias manos, estaba resguardado en Cuba, mientras en Columna Norte escaseaban las armas y las casas clandestinas. Cada día se enfrentaba a un dilema de hierro: si debía seguir o no en la Organización. Lo retenían los muertos en combate y su

---

[3] La conducción de Montoneros confiaba en que el socialismo se impondría en el mundo. Mientras afianzaba su relación política con la socialdemocracia europea, sostenía en sus documentos internos que el capitalismo ya había llegado a una crisis terminal de la que no podría recuperarse. En su política de acercamiento con el socialismo, envió delegados montoneros a las cumbres y congresos de trabajadores en Europa del Este.

[4] Cuando desembarcó en el aeropuerto de Ezeiza, Tulio Valenzuela fue detenido y llegó a tomar su pastilla de cianuro. Murió de inmediato. Su compañera Raquel Negro nunca más apareció. Se cree que fue asesinada por quienes estaban a cargo de «La Quinta de Funes» de Rosario. Su hijo Sebastián fue entregado a sus abuelos.

propia historia como peronista y montonero, pero estaba lejos de acordar con la estrategia de la Conducción de preparar a sus milicianos para la «contraofensiva popular» con el propósito de derribar a la dictadura en la Argentina. La implementación de uniformes militares con estrellas, insignias, prendedores y escarapelas, que era de uso obligatorio en las reuniones o ceremonias del Partido o Ejército Montonero, los vivía con desazón y cruel ironía[5].

«Yuyo» intentó convencerlo de que la única solución posible para terminar con la Conducción era matarlos.

—Preparémonos para eso. El día que volvamos a la Argentina nos van a negar las armas y nos van a cagar otra vez. Hagamos buena letra ahora, busquemos acercarnos a ellos, que nos promuevan y después, cuando retomemos la confianza, los fusilamos —le dijo.

Galimberti descreía de la propuesta por una cuestión de oportunidad.

—Ya no podemos, Yuyito. Si hubiéramos sido verdaderos revolucionarios los tendríamos que haber matado en el setenta y seis, cuando nos intervinieron la Columna. Debimos enfrentarlos ahí, en nuestro propio territorio. Yo me opuse... fui un boludo. Acá, en cambio, ¿qué legitimidad podemos tener en el movimiento si los matamos? No podemos... nos van a decir que somos unos asesinos.

Al tiempo, para gusto y satisfacción de la Conducción, Galimberti elaboró su «autocrítica» personal: en un escrito de cuatro carillas, reflexionaba sobre sus errores y «desviaciones partidarias» en las que había incurrido, en especial en su período de Columna Norte. Pero a pesar de dar fe con su rúbrica, ya estaba decidido a romper con la Organización. En adelante, con la plata del aparato, Galimberti se preocupó por construir una base política sólida que le sirviera de sustento al momento de promover la ruptura. Su cargo de secretario de Juventud le permitía moverse con facilidad por cualquier frontera y viajaba con frecuencia entre México y Europa para atar lazos para su proyecto, en tanto cumplía con los mandatos que le ordenaba la Conducción. Continuaba siendo el «jetón», la figura pública de Montoneros en el exilio y se contactaba con la dirigencia de partidos y movimientos políticos europeos para recoger respaldo y solidaridades.

En marzo de 1978, en París, le tocó participar en un demorado intento de captura de un teniente de navío de la ESMA. Tenía cara de ángel y se presentó en el Comité Argentino de Información y Solidaridad (CAIS) como «Alberto Escudero». Su misión era infiltrarse. Dijo que vivía en Holanda y tenía un hermano montonero que había desaparecido. Su discurso era algo sospechoso y la historia un poco confusa, pero conversaba con los exiliados de manera animada. En el segundo

[5] En conversaciones con militantes en el exilio, Galimberti manifestó que se dio cuenta del ridículo en el que estaba embarcado cuando en un piso de París con vista a la torre Eiffel, se vio con el uniforme miliciano, el mate en la mesa, participando en las reuniones del Partido Montonero.

aniversario del golpe de Estado, los militantes marcharon hacia la embajada argentina para repudiarlos. «Escudero» también participó en el acto. Pero una militante recién llegada a París le vio cara conocida:

—Ese tipo es milico. Vendió a las Madres de Plaza de Mayo en una reunión de la Iglesia Santa Cruz.

Ella no sabía ni cómo se llamaba. Pero un grupo de militantes del CAIS que escuchó su relato, descreyó de su veracidad. Pensaron que era un delirio o una trama conspirativa. La falta de información y la distancia condenaba a cada historia turbia bajo el tamiz de la duda, e intentaban detectarle alguna supuesta incoherencia. Marcos Lohlé, «Pucho», un ex militante de la UES y de la Secretaría de Prensa y Propaganda de Columna Norte en 1976, pasó la novedad a Galimberti, que no pisaba los locales de superficie, en defensa de su clandestinidad.

Galimberti ordenó fotografiar y filmar al supuesto infiltrado, y seguir sus movimientos a corta distancia. La chica, finalmente, para ser creída, se decidió a denunciar a «Escudero» ante el Arzobispo de París, que rubricó su historia y sólo entonces obtuvo carácter de verdad ante la colonia de exiliados. El diario *Le Matin* publicó «La policía argentina opera en París» en su portada. Pero a esa altura, «Alberto Escudero», el seudónimo del teniente Alfredo Astiz, ya había cruzado la frontera hacia España.

En ese tiempo, Galimberti se opuso al boicot que promovían algunas organizaciones de exiliados e inició una gira política por Europa para convocar a los periodistas a concurrir al Mundial 78 en la Argentina.

—Les pedimos que vengan para que se den una idea del clima que reina en el país. Queremos que vengan a ver la opresión y la pauperización que vive nuestro pueblo. De nuestra parte, no habrá ningún recrudecimiento de la lucha armada. Sólo realizaremos acciones de propaganda para que conozcan la verdad —dijo Galimberti en la revista francesa L'Express, el 27 de abril. Dos semanas después se publicó ese mismo mensaje en *Cambio 16*, de Madrid. Por entonces estaba en el aeropuerto de Barajas, a punto de embarcarse, cuando un contacto se le acercó para transmitirle una mala noticia.

—Hablé por teléfono con un compañero en Buenos Aires y me dijo que murió uno de tus padres. No supo decir si era tu mamá o tu papá...

Galimberti intentó averiguar de cuál de los dos se trataba.

Capítulo XVIII

Anclao en París (la ruptura)

Cuando Galimberti hizo público su ingreso en Montoneros, su padre dejó de recibir las invitaciones para las cenas anuales de la Armada; los pocos amigos que le quedaban de su paso por la Escuela Naval dejaron de frecuentarlo. En 1976, don Ernesto temía una represalia: la represión también había alcanzado a los padres de varios jefes montoneros. Su apellido era muy conocido para los militares y policías que vivían en los apartamentos de Villa Celina. Todos sabían que el padre de un «notorio extremista» vivía en el barrio. Su familia —su esposa Arminda, su hija Liliana y su nieto Alejandro, de cinco años— eran rigurosos con las medidas de seguridad. Alejandro atendía los timbrazos en el piso con el cuerpo protegido por la pared: su madre le había enseñado que nunca debía pararse frente a la puerta.

Después del golpe de Estado los Galimberti decidieron irse de Villa Celina. Don Ernesto le dijo al portero que tomarían unos días de descanso en Mar del Plata y se refugiaron en distintas quintas del Gran Buenos Aires hasta que consiguieron alquilar una casa en La Tablada, donde nadie los conocía. Ernesto ya estaba jubilado del Banco de Londres y no necesitaba moverse del barrio. Pero a la semana de instalarse sufrió un paro cardíaco, que dejó por secuela sucesivas crisis epilépticas. Estuvo muy grave durante casi dos años. Su esposa Arminda recomendó que volvieran a Villa Celina incluso a riesgo de su seguridad, porque sentía que la vida en esa casa era imposible: los dos estaban enfermos y cada vez que llovía se inundaba. A fines de 1977 regresaron al complejo de Villa Celina. Estuvieron juntos sólo seis meses: el 28 de mayo de 1978, doña Arminda Castellucci de Galimberti murió de un paro cardíaco.

Don Ernesto publicó una esquela en el diario con la esperanza de que alguien la viera y le comunicara la noticia a su hijo. Rodolfo se enteró con una llamada telefónica desde el aeropuerto de Barajas. La muerte de su madre lo conmovió.

A esa altura del año, el Consejo Superior del MPM, el Partido y el Ejército Montonero estaban entregados de lleno a la campaña de denuncias contra la

dictadura militar. La prensa de todo el mundo tenía puestos sus ojos en el país, debido a la realización del Mundial de Fútbol. Juan Gelman regresó para una misión clandestina, cuando su foto figuraba en todas las fronteras como «delincuente terrorista buscado». Gelman era miembro de la secretaría de Relaciones Exteriores y por su prestigio de poeta y periodista, le abría a Montoneros las puertas de los dirigentes de la socialdemocracia europea como el alemán Willy Brandt, el francés François Mitterrand o el premier sueco Olof Palme. Cuando llegó a Buenos Aires, Gelman se contactó con la prensa extranjera y junto a Norberto Habegger dio detalles sobre la represión en el país.

En forma simultánea, el jefe del Ejército Montonero Horacio Mendizábal, «Hernán», puso en marcha la Campaña de Ofensiva Táctica con un balance de quince ataques con lanzagranadas RPG-7 a la ESMA, la Casa Rosada, la Escuela de Policía y el Batallón 601 de Inteligencia del Ejército, entre otros blancos. Mataron a un jefe de Gendarmería y no sufrieron ninguna baja propia. El Ejército Montonero seguía con la misma política de prioridades para el aprovisionamiento de armas: primero la fabricación, luego la «recuperación» de las empleadas por las fuerzas de seguridad y en tercer lugar, la compra. Los RPG-7 se los habían comprado a los árabes. Entonces, Montoneros ya había instalado una fábrica de explosivos plásticos —exógeno— en el sur del Líbano.

Como Gelman, «Yuyo» también tuvo una misión para el Mundial. En su exilio mexicano, no quería ser considerado sólo un cuadro militar. En su afán de superarse, hizo un curso de «radio liberación» y se ofreció a interferir el audio durante las transmisiones televisivas de los partidos. Confiaba en que si obtenía resultados positivos, iban a considerar su reincorporación a la Organización. En el debut de Argentina contra Hungría, con papel metálico, una antena plegadiza y la batería de un Ford Falcon, «Yuyo» transmitió un discurso de Firmenich por Canal 13, que se escuchó en la ciudad de La Plata y algunos barrios aledaños. Y para dar prueba de su combatividad, hizo dos tareas que no le habían encomendado. En una de ellas, dejó una cinta magnetofónica frente a la cartelera de noticias del diario *La Nación*, en la calle peatonal Florida. La voz del jefe montonero sorprendió a los ocasionales transeúntes. La policía los apartó, cercó la cuadra y llegaron expertos en explosivos porque pensaron que cuando terminara el discurso iba a estallar una bomba. En su otra misión, «Yuyo» publicó un anuncio que ofrecía puestos de trabajo con una paga que triplicaba al salario promedio. Los postulantes debían acercar fotos 4x4, curriculum completo y nombres de familiares en la recepción del hotel donde se hospedaba. A la semana de la publicación había recibido más de trescientos sobres conteniendo trescientas historias personales completas. Los llevó a México, orgulloso, y se los entregó a la Organización para que inventaran sosías para los montoneros clandestinos. Les concedió una nueva identidad, con nombres

y apellidos legales, domicilios, parientes, un pasado «verdadero» para presentar en cualquier frontera o ante cualquier autoridad. A su regreso, «Yuyo» encontró a Galimberti y Bonasso mirando los partidos que restaban del Mundial en el comedor de un hotel. Argentina jugaba contra Brasil[1]. Le preguntaron por el viaje, que lo contara de punta a punta, querían saber si la gente resistía, cómo estaba el país. «Yuyo» dijo que estaban todos enloquecidos con el Mundial. Él también se había sumado a una manifestación en 9 de Julio y Santa Fe, después de un partido. Al momento llegó «Carlón» Pereira Rossi, con el que había discutido mil veces en Columna Norte. Estaba muy conforme con su misión. Le comunicó oficialmente que volvía a ser miembro de la Organización.

—Es la tercera y última vez que te reengancho... no nos jodas más —le dijo con una sonrisa, y lo abrazó.

También estaba «El Gallego Willy». Se estrecharon la mano. «Éste es tu Stalin particular, "Yuyo", te va a perseguir toda tu vida», bromeó Bonasso, con su sonrisa pícara. «Yuyo» preguntó si lo iban a reincorporar con el grado de «oficial», el que tenía cuando lo echaron. Pero «Cartón» le explicó que las promociones en el exterior estaban prohibidas: empezaba de cero, como «aspirante» montonero.

En agosto de 1978 Galimberti viajó a Cuba para participar en el Congreso Mundial de la Juventud, al que asistieron delegaciones de todos los países. Siempre había criticado la estrategia montonera de adherirse a las asociaciones de trabajadores o movimientos juveniles o congresos internacionales organizados por la Unión Soviética, pero ahora le tocaba a él presentarse como jefe de la juventud del MPM ante el «mundo socialista». En los debates sobre la guerrilla latinoamericana, defendió la teoría de que «los verdaderos comunistas en la Argentina eran los montoneros», que resistían a la dictadura mientras el PC local no se sumó a la lucha armada y le había otorgado un «apoyo crítico» al general Videla, porque la Unión Soviética era el principal comprador de la producción argentina de trigo. En la recepción oficial del Congreso, presidida por Fidel Castro, Galimberti se enzarzó con el líder de la Federación Juvenil Comunista (FJC), Patricio Echegaray, que criticaba el «aventurerismo guerrillero» de los Montoneros y le gritaba «soplón de la Federal» cada vez que lo veía ataviado con el uniforme de la Organización, pantalón azul y camisa celeste y birrete. Firmenich estaba en el palco de honor con la estrella de Comandante. Todas las reuniones, debates, denuncias contra la dictadura y búsqueda de solidaridades en el resto de las delegaciones, a Galimberti lo aburrían. Prefería ir a tirar tiros con los instructores oficiales, que le acercaron un cajón de 3.000 municiones para su fusil, y escuchar historias de los cubanos que

[1] En algunos ámbitos del exilio ganados por el optimismo, decían que en la cancha se gritaba «Videla al paredón». La confusión estaba originada por el grito de «Argentina campeón».

habían combatido junto a la guerrilla angoleña. Sin embargo, para muchos dirigentes montoneros las actividades internacionales representaban un alivio frente a la monotonía del exilio.

—Ahora tenemos que ir a México a hacernos la paja con el Pepe —se lamentó Yaguer, cuando concluyó el Congreso.

En el último trimestre de 1978 Galimberti armó su base en París. Lo acompañó Julieta junto a su madre. Su cuñada Patricia Bullrich, a los veintiún años, se hizo responsable de la JP en Madrid. Galimberti empezó a trabajar sobre la disconformidad de los exiliados montoneros con la Conducción, buscando armar un grupo propio que les permitiese generar una ruptura, pero frente a ellos se convirtió, al mismo tiempo, en un perfecto «comisario político», investigando a los prisioneros liberados de la ESMA que llegaban a Europa.

—Mientras los compañeros fueron exterminados, ellos sobrevivieron. No podemos confiar en «los chupados» —era su posición.

Mantenía una ambigua relación de protección y amenaza con sus viejas relaciones. A la jueza Anastasi de Walger, cuando llegó a París le avisó que «la Orga» había decidido matarla. Si era cierto, o no, era difícil de dilucidar, pero parecía una muestra de solidaridad con quien lo había protegido cuando estuvo prófugo. Pero a su hija Silvina, exiliada en Madrid, le advirtió con una llamada telefónica.

—Así que guardás «chupadas» en tu casa... Tené cuidado —le dijo.

Walger había alojado a Lila Pastoriza, una ex compañera de Facultad y montonera, que había sido secuestrada en la ESMA. Galimberti empezó a hacer correr la versión de que ella había torturado a sus propios compañeros en el campo de concentración y que tenía una carta de su ex marido, Eduardo Jozami, que lo confirmaba. Pero nunca la mostró[2].

La Marina había montado un Centro Piloto en París desde donde perseguían y coordinaban atentados contra los montoneros. Galimberti decía que los liberados seguían controlados por los Servicios de Inteligencia Naval (SIN).

—Consiguieron la libertad a cambio de hacernos la guerra a nosotros. Están al servicio de la Marina... —sentenciaba.

Empezó a combatirlos como a un enemigo. Les negaba su condición de víctimas de la dictadura y minimizaba la magnitud de los tormentos que habían sufrido. Los trataba de «traidores», que habían salido a «marcar compañeros» para salvar su propia vida.

La Conducción montonera mantuvo una relación crítica y de desconfianza hacia los liberados, porque habían «establecido negociaciones con el enemigo»,

---

[2] Cuando Eduardo Jozami salió de prisión negó la veracidad de la versión sustentada por Galimberti.

pero quizá era menos intransigente que la de Galimberti. Perdía, que había comprado una casa en Puerta de Hierro, donde montó su base, encomendó a un sobreviviente de los fusilamientos de Trelew, «El Turco» René Haidar, que se contactara con ex prisioneros para evaluarlos. Querían saber quiénes se seguían sintiendo montoneros y a quiénes «les habían lavado la cabeza» en el tiempo de cautiverio. Buscaban diferenciar los que podían ser reincorporados a la Organización, de los que habían adoptado «la visión de la derrota» y eran «irrecuperables».

Haidar estableció contactos, entre otros, con «Merke» (Pilar Calveiro); «Laura» (Susana Burgos); «Pelado» (Jaime Dri), «Gabriel» (Juan Gasparini); «Mateo» (Alberto Girondo); «Victoria» (Graciela Daleo); «El Gordo» (Andrés Castillo); «La Cabra» (María Milia de Pirles), y transmitía sus impresiones a Perdía. La mayoría de los liberados fue crítico con la Conducción e intentó reconstruir su vida fuera de la organización[3].

El Comité Argentino de Derechos Humanos (CADHU), con sede en Madrid y que integraban los abogados Eduardo Duhalde y Rodolfo Matarollo, entre otros, recogió sus testimonios para elaborar un *dossier* sobre el genocidio argentino, pero la Conducción montonera prefería que las denuncias sobre derechos humanos se elaboraran en función de las estrategias de la Organización.

—Queremos que denuncien a los Tribunales internacionales la opresión en la ESMA; pero, para encontrar una explicación coherente que justifique por qué ustedes salieron en libertad, hay que decir que es una demostración de debilidad de los militares, que los largan como un intento de frenar la Campaña de la Contraofensiva —era el mensaje.

Hacia fines de 1978 Montoneros consideró que ya estaban dadas las condiciones para regresar a la Argentina y dar el combate con las armas para «terminar de derrotar a la dictadura». Durante ese año, distintos militantes habían recorrido la colonia de exiliados por México y Europa para reagrupar fuerzas dispersas. Presentaban sus deseos en forma de análisis políticos que pretendían demostrar que el Gobierno estaba en crisis, y que la Organización debía colocarse a la vanguardia del descontento social con operaciones militares sobre el poder económico. A los montoneros que decidían incorporarse a la Contraofensiva les daban cursos de Política, Economía y Estrategia Militar. Muchos viajaron a una base del sur del Líbano, donde se entrenaban pelotones del Ejército Montonero. Galimberti, que lideraba a los más jóvenes y más aptos para el combate, aceptó la línea oficial a pesar de sus divergencias. Parte de su grupo de JP de la Casa

---

[3] Entre los liberados estaba el ex cuadro de JAEN «Beto» Ahumada, secuestrado en 1976. Durante su cautiverio mantuvo un permanente silencio frente a los marinos. Cuando salió del país no volvió a contactarse con la militancia. Su posterior existencia se convirtió en un misterio.

Alabama se recluyó en una casa alquilada en las afueras de Cuernavaca para el adiestramiento militar. Del grado de oficial hacia arriba, la Conducción elegía a quienes debían integrar los pelotones de la Contraofensiva. De oficial hacia abajo, la aceptación era voluntaria. Galimberti estaba comprometido con el retorno.

La Contraofensiva se aprobó oficialmente en un plenario montonero realizado en enero de 1979 en un convento del norte de Italia. Las deliberaciones duraron un fin de semana. Había un clima de falso triunfalismo, nostalgia, incertidumbre y a la vez temor de hacer pública la disidencia a la estrategia de la Conducción. Galimberti intentó seducir a Bonasso para incorporarlo a la ruptura que venía madurando en su cabeza. «El Vasco» Mauriño, devenido secretario de Perdía en Madrid, que se ocupó de las tareas organizativas de la reunión, los anotó en la misma habitación. Galimberti y Bonasso conversaron durante toda la noche.

—Me parece que un general le está preguntando a un coronel si se va a levantar con los tanques o no... —comentó Bonasso, que intuía el afán conspirativo de su interlocutor.

—No, no jodas con eso, Miguel... —le respondió Galimberti, muy serio.

Al día siguiente, advertido de que el líder de la JP en el exilio azuzaba el malestar de los cuadros con ironías sarcásticas, Perdía lo apartó de un grupo en forma muy violenta, y le gritó:

—¡Vos sos un pelotudo... qué carajo andás diciendo...!

Al final de las deliberaciones, todos los montoneros presentes levantaron la mano en apoyo a la «Campaña de Contraofensiva Estratégica Comandante Carlos Hobert». Incluso Galimberti.

A partir de ese momento, empezó a interceptar a sus cuadros de mayor confianza para que resistieran la orden de la Organización.

—No vuelvas, te van a matar apenas llegues. Es una locura. La Conducción los está llevando al suicidio... hay que esperar. Confíen en mí —le dijo a una militante, a quien un año y medio después le propuso instalar una base de la JP en Israel.

Galimberti se transformó en un catalizador de montoneros asediados por la duda y el desamparo del exilio, pero que no sabían cómo romper con la Conducción porque temían romper con su propia historia de militantes. Con la idea de una reestructuración general de la JP montonera, los cuadros más leales del «galimbertismo» empezaron a sondear las posiciones de los que debían volver al combate de forma inmediata. Querían detectar a quiénes podían sumar a la ruptura, pero sin correr el riesgo de que le anticiparan a la Conducción el plan que estaba en marcha. A «Manuel», Abel Madariaga, lo ubicaron en Madrid. Estaba encuadrado con un grupo ligado a Perdía. Ya le habían sacado la foto para el pasaporte falso y se había comprado la camisa y el pantalón del uniforme

montonero en el Corte Inglés. Le faltaban sólo los zapatos negros. «Pucho» y «El Viejo» Arnaldo Lizaso lo invitaron a cenar a una casa. «Manuel» le dijo que no estaba muy convencido con el regreso.

—Me reuní con unos pibes de «la Orga» que tienen muy bajo nivel. Me empezaron a explicar las operaciones militares que había que hacer.... y lo deben haber leído todo en D'Artagnan o Fantasía porque tienen dieciocho o diecinueve años. La mayoría viene de la UES.

«Pucho» le mostró diarios de la Argentina.

—Si la dictadura estuviera arrinconada, algún indicio en la prensa tendría que haber.

«Manuel» se sintió más acompañado. Estaba sin plata y lleno de dudas. A la tarde se había metido en un cine para pensar qué hacer. Conversaron toda la noche con vino y empanadas. A la madrugada, en la casa, hubo una irrupción imprevista: Galimberti. «Manuel» lo conocía del año setenta y cinco. Habían pasado dos días encerrados en un ámbito de la Secretaría de Prensa y Propaganda, y hacía pocos meses lo había mandado a Yugoslavia para que representara a Montoneros en un Congreso Internacional Socialista.

—No vuelvas porque te van a matar —dijo Galimberti—. Los van a hacer mierda a todos apenas entren en el país. No tienen ni idea de dónde se están metiendo...

Discutieron alternativas hasta el amanecer. «Manuel» decidió romper con la Organización pero no sumarse a la ruptura.

—Me abro solo —dijo—. Me tomo un tren y me vuelvo a Suecia. Busco algún trabajo y reorganizo mi vida.

—Cómo te vas a ir en tren hasta Suecia, animal... yo te doy la guita para que te tomes un avión —le prometió Galimberti.

Día a día, su grupo operativo fue captando militantes para la disidencia. Julieta y «Pucho» organizaban reuniones en París. Patricia Bullrich en Madrid. «El Vasco» Mauriño seguía junto a Perdía pero respondía a su amigo de San Antonio de Padua. Juan Gelman iba sondeando sus contactos políticos en la socialdemocracia europea y contactando a periodistas franceses. Galimberti organizó una cita con una oficial montonera de la base del Líbano para que rompiera con la Conducción. La nombró como referente suyo en el mundo árabe. A través de su novio libanés, que era miembro de la escolta de Yasser Arafat, le pidió que le gestionara una entrevista con el jefe de la OLP para informarlo de su ruptura con Montoneros[4].

---

[4] La entrevista no pudo realizarse porque el libanés que iba a encontrarse con Galimberti en Madrid fue detenido en el aeropuerto de Barcelona y reenviado a Beirut.

Faltaba «Yuyo». Se había enrolado en la Contraofensiva. A principios de febrero de 1979, estaba en Río de Janeiro como responsable de un grupo de las Tropas Especiales de Agitación (TEA). Eran doce. Habían acordado entrar en el país por diferentes pasos fronterizos y reagrupar la célula en Buenos Aires. Galimberti le envió un emisario desde Europa para que lo interceptara en Brasil: «Pancho» Langieri. Le explicó que la ruptura era inminente y no debía entrar. «Yuyo», que llevaba tres meses sin tener noticias de su jefe, se indignó con la novedad.

—¿Cómo es el asunto? Cuando me toca a mí volver al país, hay que volver... pero cuando le toca entrar a él, decide que hay que romper. Decile que es un cobarde... —se enojó.

«Pancho» no podía moverlo de su postura. Lo llevó a un locutorio y lo puso al teléfono con Galimberti en París.

—No entrés porque te van a matar. Tomate un avión para acá y te cuento todo. Ya estamos por romper.

«Yuyo» le explicó que era imposible.

—No hay tiempo. Tengo gente que me está esperando y además la guita para los operativos la tengo yo. No los voy a dejar en la calle.

—Empezá a reenganchar a todos y paralos ya.

—No tengo idea de dónde están. Las citas están montadas en Buenos Aires.

—Entonces tomate el Concorde —reaccionó Galimberti—. Metete ya mismo en el vuelo Río-París que llega en tres horas, discutimos políticamente la ruptura en el aeropuerto y te tomás el mismo avión de vuelta para Río. Yo te pago el pasaje.

—No hay nada que discutir, Rodolfo. No voy —dijo «Yuyo», y decidió iniciar la Contraofensiva montonera por la frontera de Uruguayana, justo el día que empezaba el Carnaval brasileño.

Mientras intentaba parar el regreso de los cuadros a la Argentina, Galimberti buscaba apoderarse del dinero de Montoneros. Quería romper con la mayor cantidad de recursos económicos posibles. Tenía 28.500 dólares, que le habían confiado para su retorno. Pero había una chance de capturar algo más. «El Goyo» Gregorio Levenson, tesorero de la Organización, había recibido 40.000 dólares para afrontar los gastos del mes y no había podido depositarlos en el banco. Los tenía guardados en su dormitorio. Galimberti lo supo porque Pablo Fernández Long y su esposa Victoria Vaccaro vivían en la casa del tesorero, y los dos estaban embarcados en el proyecto de ruptura. De inmediato, Galimberti sacó a «El Goyo» Levenson de su casa. Lo invitó a cenar. En el restaurante le explicó por qué no coincidía con la línea de la Conducción, cuál era su proyecto político y le preguntó si existía alguna chance de sumarlo, porque representaba un ejemplo de lucha y compromiso para las nuevas generaciones de montoneros. «Goyo» estaba a

punto de cumplir setenta años: se había iniciado en la militancia con la movilización obrera en defensa de Sacco y Vanzetti, y había conocido a Carlos Gardel. Pero si bien compartía algunos de sus cuestionamientos, no quiso dejarle ninguna promesa de ruptura. Se despidieron como caballeros. Esa misma noche Fernández Long y su esposa le sustrajeron el dinero, desaparecieron de su casa y se lo dieron a Galimberti. «Goyo» avisó a Firmenich y Perdía del faltante. Los encontró al día siguiente. Se enfurecieron. Insultaron a Galimberti:

—Este hijo de puta nos quiere partir la Organización en dos —dijeron.

Pensaron que «Goyo» también estaba involucrado en la ruptura. En castigo, lo enviaron a Costa Rica a trabajar en la radio montonera.

Galimberti y su grupo habían concluido con los pasos previos.

El 22 de febrero de 1979 anunciaron su renuncia a Montoneros. Denunciaron el sectarismo maníaco de la Organización, la burocratización de todos los niveles de Conducción, la ausencia absoluta de democracia interna, el resurgimiento del militarismo de cuño foquista y el progresivo aislamiento de los cuadros con las masas entre otros fundamentos. Firmaron el documento Rodolfo Galimberti y Juan Gelman.

Capítulo XIX

Aires de Beirut

Galimberti aparcó su moto en el barrio de La Bastilla y fue caminando hacia la Tour d'Argent. Vivía con un ojo en la nuca. Sospechó de un hombre que lo estaba mirando y de inmediato cambió el recorrido. Se sentía cercado, sin vía de escape. El Consejo Superior había condenado al capitán Galimberti y al teniente Gelman a la «máxima pena prevista» en los Estatutos y Reglamentos del MPM por «deserción y deslealtad». Era una condena a muerte. Se podía ejecutar en cualquier momento. Pero pensaba que Montoneros no le pegaría un tiro en la calle porque perderían la protección de los gobiernos europeos. Se preocupaba más por los ex prisioneros de la ESMA. Cuando alguien le comentó que se había encontrado de forma casual con «Mateo» en las Galerías Lafayette y cruzó dos palabras con él, se enfureció.

—Escapale a los «chupados» que son dobles agentes. Están acá para «marcarnos» y entregarnos a la Marina...

Le decían que era un paranoico, pero creía que la sospecha era su mejor manera de protegerse.

A Gelman le había costado más que a Galimberti sumarse al proyecto de ruptura. Para fundamentar sus razones le escribió una carta a Rodolfo Puiggrós y continuó con su trabajo de traductor para organismos internacionales. Muchas veces se juntaba con Galimberti a tomar una copa de *bourbon* y a conversar sobre revolución y poesía. Una vez lo llevó a conocer a Julio Cortázar, con el afán de integrarlo en el privilegiado círculo de los que lo entraban en su casa.

—¿Qué te pareció? —le preguntó Gelman, luego de la visita.

—No nos va a servir de nada —respondió Galimberti—. Está muy preocupado por él mismo. Es un tipo que escribe bien pero es un farabute [presumido], un autoexiliado del peronismo. Se fue escribiendo cosas muy gorilas [antiperonistas]...

Galimberti criticaba sin piedad a los exiliados y a las prácticas exiliares. Al folclorista Atahualpa Yupanqui, porque era un obrero ferroviario que se puso un nombre indio y se instaló en París; al cineasta Pino Solanas, porque su pareja,

francesa, lo estaba «afrancesando»; al cantautor uruguayo Alfredo Zitarrosa, porque decía que era un borrachín. Se había peleado con él en la butaca de un avión cuando le preguntó si los Montoneros eran de la CIA. Casi termina a golpes en el vuelo La Habana-Praga. Galimberti despreciaba a los argentinos que se reunían los jueves por la noche en la tanguería Trotoir. Los llamaba «los soretes». Decía que nunca le habían puesto el cuerpo a la lucha armada y ahora formaban parte de «la alcahuetería del exilio».

En la Tour d'Argent se encontró con «Pucho», que vendía artesanías en la calle y dormía en un atelier. Sacó de su cazadora de cuero unas hojas dobladas.

—¿Sabés qué es esto? No tenés ni idea... Son los escritos de Rodolfo Walsh. Fijate con qué lucidez el tipo hace mierda a la Conducción... Me llegaron de la Argentina, «la Orga» los escondió para que no trascendieran.

Galimberti imprimió el documento en París. Fue el primer montonero que los hizo público entre los exiliados.

En abril de 1979 montó el primer «Operativo Retorno». «Pancho» y Patricia Bullrich entraron clandestinos en Argentina para reorganizar los cuadros que habían quedado diseminados en el país y difundir el proyecto del «Peronismo Montonero Auténtico». Galimberti les consiguió los pasaportes falsos. Patricia viajó con una panza de varios meses de embarazo. Cuando llegó, imprimió en Buenos Aires la revista Jotapé en mimeógrafo y la distribuyó entre los militantes y en las fábricas.

Al poco tiempo, «Pucho» también cruzó la frontera clandestino. Trajo planchas de stensiles electrónicos que simulaban ser simples papeles. Cuando llegó a Buenos Aires, las colocó en un mimeógrafo e imprimió «La Albóndiga», el documento que había escrito Galimberti con los argumentos de la ruptura. Difundió también los escritos de Walsh y trajo unas «becas de solidaridad», una ayuda económica de doscientos dólares mensuales para ex militantes. Galimberti la había conseguido de organizaciones de derechos humanos internacionales, con la promesa de que abandonarían para siempre la violencia política.

Las gestiones para las «becas» las hacía Claudia Peiró, «La Chuchi», de dieciocho años, que ya había padecido varios meses de cárcel por militar en las Ligas Agrarias del Chaco. Fue liberada por la presión de su padre, Ángel Peiró, un pastor protestante del Movimiento Ecuménico de Derechos Humanos (MEDH). Ángel, en Europa, tenía una «caja» abierta de dinero y donaciones destinadas al Tercer Mundo. Galimberti se acercó a él. En los restaurantes, lo sentaba en la cabecera de la mesa y lo presentaba como el ministro de Relaciones Exteriores y Culto del próximo gobierno peronista. «Chuchi» se convirtió en una hermética y eficiente secretaria de Galimberti. Su apartamento de La Bastilla era una base de reuniones de todos los exiliados que rompían con la Organización y se acercaban a

colaborar con los «Montoneros Auténticos». «Chuchi» era implacable en sus juicios. Le decían «la enfática».

Galimberti era una usina constante que generaba contactos por Europa. Viajaba clandestino y movía todas sus líneas de acción, con la promesa de organizar un retorno «político» a la Argentina.

En Ginebra visitó a «Bagual», ex combatiente de Columna Norte. Por dificultades del idioma, había pasado tres meses comiendo comida para perros y gatos, hasta que alguien lo advirtió del error. Hacía casi dos años que no se veían. Salieron a caminar por el boulevard, melancólicos.

—El exilio te condena a una vida muy serena, pero yo a la noche no puedo dormir —le confesó «Bagual».

—¿Qué te pasa?

—Sueño con todas las operaciones. Corrijo todos los errores que cometimos. Es un combate perfecto. La ametralladora no se traba, le pegamos al tipo, Fulano se salva, no chocamos el coche en la retirada... y después cuando me despierto, me dan ganas de llorar por todo lo que nos pasó...

—Tuvimos una guerra de mierda... —murmuró Galimberti.

— ¿A vos te pasa lo mismo?

—A veces... pero más sueño con mi hermano.

—Lo extrañas...

—No. Pero sueño cómo me hubiera gustado que fuera. Sueño que conversamos mucho, que me da bola. Le corrijo todos sus errores. Cuando sueño es otro tipo. Él nunca actuó como un hermano conmigo. Mi hermana lo defendía pero fue un hijo de puta. Tenía los cables cruzados. Por algo se pegó un tiro... pero yo lo quería mucho.

«Bagual» lo llevó a la casa de un grupo de exiliadas, que habían abandonado la Organización y militaban en COSOFAM, un organismo de derechos humanos. En la reunión, Galimberti empezó a explicar por qué Montoneros nunca había comprendido el fenómeno del peronismo y cómo ahora debían reinsertarse en el Movimiento y trabajar contra la dictadura. Hicieron varias reuniones en la que trabajaba a la par de todos, con un discurso coherente, que inspiraba confianza. Pero pensaban que estaba loco. Decía que había que acostumbrarse a hablar en voz baja porque desde una camioneta estacionada a tres cuadras podían estar escuchándolos, y a la noche, se quedaba a dormir sentado en el sillón, con el arma en la cintura, por razones de seguridad.

Galimberti llegó a Suecia con la consigna de terminar «el sacrificio de los compañeros para mejorar las condiciones de negociación de la Conducción de la dictadura». Convenció a un grupo de militantes que estaba por marchar al Líbano, como escala previa de la Contraofensiva. Entre ellos estaba «El Topo» Jorge

Devoto, que había sido aspirante montonero en Columna Norte. Aunque Galimberti no recordaba que hubieran participado juntos en operaciones, «Topo» le armó una estructura junto a los hermanos Fernández Long y Jacinto Gaibur para integrar a los exiliados bajo su liderazgo. En Londres Galimberti contaba con Christopher Roper, un ex teólogo y periodista inglés que dirigía el semanario *Latinoamerican News Letters*. Lo presentaba como su biógrafo. Roper había sido un referente de Montoneros en el exilio —quería editarles un diario—, pero después de la ruptura continuó su relación con el «galimbertismo». Era una base de información política de los distintos movimientos guerrilleros. De modo que cada vez que Galimberti lo visitaba, los servicios de inteligencia británicos lo vigilaban para saber si establecía contactos con el Ejército Republicano Irlandés (IRA)[1].

El 29 de mayo de 1979, en París, Galimberti presentó la Mesa Promotora del Peronismo Montonero Auténtico. Se asumían como una corriente interna del Movimiento Peronista, que buscaba el apoyo de nucleamientos políticos, agrupaciones de base sindical, la JP montonera y todos los sectores «revolucionarios y progresistas» que acompañaran la resistencia del pueblo a la dictadura. La Mesa la integraban Juan Gelman, Pablo Fernández Long, Carolina Serrano (seudónimo de Patricia Bullrich), Carlos Moreno («Pancho» Langieri), Arnaldo Lizaso, Héctor Mauriño, y la novedad fue la incorporación del ex secretario de Columna Norte, Raúl Magario.

Lo había captado «El Vasco» Mauriño en México, donde Magario había trabajaba de gerente de Volkswagen. Les había diseñado un plan de autoahorro. Cuando llegó a París discutieron las estrategias de reinserción en el peronismo y Galimberti le planteó el tema de los fondos depositados en Cuba.

—Tenemos que ir a rescatar esa guita, Raúl, explicarle a los cubanos que los hijos de puta de la Conducción no tienen representatividad y que los verdaderos montoneros somos nosotros. Esa guita es nuestra, nos pertenece. La hicimos nosotros en Columna Norte. Son nuestros bienes, y estos hijos de puta se la dieron a los cubanos...

Lo decía todos los días: la falta de recursos económicos iba a debilitar su proyecto político hasta extinguirlo. Le encomendó a Gelman que hiciera gestiones con el gobierno de Fidel Castro para recuperar el capital, o al menos una parte.

—Con una «caja» y sin política, no se puede hacer un carajo. Pero con una organización política bien estructurada y una buena «caja», podemos hacer de todo... —le explicaba.

---

[1] En 1982 Roper vendió su revista a un grupo de periodistas encabezado por Rodolfo Terragno, ex ministro de De la Rúa y senador nacional en el año 2002. En la actualidad Roper produce *software* educativo.

En ese tiempo estaba siempre a la búsqueda de casas donde convocar al «galimbertismo europeo». La mamá de Pablo Rojo los había echado de su piso en París porque en una reunión de ámbito le vaciaron la nevera. El arquitecto Carlos Cotet, que había sido reclutado en el grupo de forma accidental, les abrió las puertas de su piso, pero al cabo de un tiempo terminaron por complicarle su vida familiar.

Los problemas de liquidez del grupo eran cada vez más apremiantes. A Galimberti se le abrió otra posibilidad de generar recursos cuando conoció al economista Héctor Gambarotta, que había estado relacionado con Montoneros en los años setenta y buscaba un espacio académico en Europa. Gambarotta le propuso crear un centro de formación intelectual, que fuera respaldado por la socialdemocracia europea, y Galimberti sintió una suerte de «iluminación». Era un proyecto que podía mantener rentados a parte de su grupo y solventar la estructura política. Desde los tiempos en que lo secundaban Grosso y Raventos, tenía debilidad por los hombres dotados de una formación teórica superior a la suya. Gambarotta le explicaba que a la dictadura argentina la sostenían diez mil millones de dólares de reserva, «capitales golondrinas» pero que a más tardar, hacia mayo de 1980, iba a estallar la crisis y se generarían condiciones para el retorno. Gambarotta había reunido al economista Carlos Bruno, al físico nuclear Máximo Victoria, al dirigente socialista Didier Motchane, entre otros, pero el factor decisivo para crear un instituto era el economista Óscar Braun.

Braun dirigía un Instituto de Investigaciones Sociales en La Haya. Había sido profesor de Gambarotta en la Universidad de Bahía Blanca, y después del golpe de Estado, le había conseguido un trabajo en Senegal. Gambarotta viajó a Holanda para explicarle su idea a Braun. Fue directo al grano.

—Mirá, Óscar, nos conocemos desde hace tiempo. No te voy a andar con vueltas. Estoy con los montos de Galimberti. Queremos montar un Instituto, un centro de estudios en el que puedan trabajar exiliados. Vos sabés que hay mucha gente sin laburo dando vueltas por Europa. Está muy dura la cosa. Entonces pensamos que se podría crear una extensión de tu instituto en París o Bélgica y de esa manera...

Braun lo escuchó con atención.

—Está bien. Si sirve para ayudar, es buena idea. Traémelo a Galimberti que lo quiero conocer.

Al mes, llegó con Julieta. Rosalía Cortés, la mujer de Braun y socióloga del Instituto, había conocido a Galimberti en los tiempos en que se refugiaba en el departamento de Sylvina Walger. Pero le llamó la atención cómo estaba vestida Julieta. Tenía ropa lujosa, de casas europeas. Y durante la charla comentó algunas anécdotas de viajes aéreos. Cortés quiso sacarse la duda.

—¿Pero cómo es que ustedes, si están exiliados y no tienen dinero, viajan tanto en avión?

—Es la mejor forma de evitar la policía —respondió Galimberti.

—¿Y la ropa?

—Para disimular. Nosotros viajamos a todos lados sin equipaje. Así que cuando llegamos a algún lugar, compramos codo lo que necesitamos y de esa manera nos evitamos preguntas —contestó Julieta.

A Braun la respuesta le pareció natural. A su mujer, en cambio, Julieta le cayó antipática de entrada. Era una chica que no parecía tener más de veinticinco años, una belleza punk a la europea, pero casi maleducada. Durante la charla, Braun comentó al pasar que hacía muy poco tiempo había muerto su padre. A Galimberti ya se lo había anticipado Gambarotta, que le explicó la dimensión de la fortuna de la familia Braun. Eran propietarios de acciones del Banco de Galicia, vinculados a los Braun Menéndez Behety, que eran dueños de «media Patagonia».

A Cortés, el grupo de Galimberti le generaba sentimientos contradictorios. Como su marido, pensaba que había que ayudar a los exiliados, gente impedida de regresar a su país por causa de sus ideales. Pero el propio Galimberti no le gustaba. Cortés era amiga de Lila Pastoriza y estaba enterada de que él difundía por Europa que todos los ex prisioneros de la ESMA estaban al servicio de la Marina. Las continuas visitas del grupo empezaron a ponerla nerviosa. Sospechaba que para éstos la formación del Instituto carecía de contenido, salvo el de sentirlo como fuente de ingresos económicos. Eso la fastidiaba. Braun había aceptado montar el instituto, alquiló el local, pagaba viajes, los sueldos de los empleados...

Galimberti mantenía una relación pasional con Julieta, pero el exilio los fue separando. Julieta se contactaba con centros de refugiados, tenía una actividad militante, se había legalizado, estudiaba en la Universidad, visitaba a su madre en París, se movía en la superficie. Galimberti la prefería clandestina porque ponía menos en riesgo su propia seguridad. Empezaron a distanciarse. Él con su grupo. Ella con su gente y sus estudios. Dividieron los territorios.

Galimberti ya había conocido a Marie. Era una cuestión que también incidía. Marie-Pascal Chevance Bertin era una francesa, hija de un general de la Resistencia. En el año 1969, había conocido al actor Norman Briski y se habían casado en Senegal, donde estaba destinado su padre. Doce tribus festejaron el matrimonio. Briski había invitado a un médico amigo, Alberto Cormillot. Después vivieron y militaron en sectores de base en la Argentina, se exiliaron en Perú y Venezuela y al llegar a París, en 1978, se habían separado. Marie pasó a tener más complicidad con Galimberti que la propia Julieta y se convirtió en su amante «oficial» del exilio parisino. Era psicoanalista, con activa militancia por los derechos humanos y bien relacionada con el Partido Socialista Francés. Galimberti se hizo

amigo de su padre. Compartían la fascinación por los perros y las armas. Era un mundo atractivo: el general Chevance Bertin lo invitaba a cenar, le presentaba amigos y también lo respaldaba con infraestructura: dinero, coches y relaciones políticas. Galimberti lo llamaba «Mon General».

En el exilio vivía cada día en constante movimiento. Pero sentía que ni París, su grupo político, el Instituto CLADER que empezaba a presidir Gambarotta, ni ninguna de las mujeres con las que se acostaba, podían domesticarlo del todo. Temía convertirse en «un exiliado de café», condenado a una vida vulgar y mundana, lejos de la épica con la que había soñado. Intentó explicarle a Marie por qué había decidido enrolarse en el Líbano.

—Nietzsche dice que una buena causa justifica la guerra. Yo digo que una buena guerra justifica cualquier causa. Quiero ir a la guerra.

—¿Pero no hiciste la guerra en tu país? —le preguntó ella.

—No... Nosotros íbamos al combate sin armas. Lo máximo que tiramos en una operación fueron doscientos tiros, contados por los cargadores de cada uno... Eran combates policiales. Quiero vivir una guerra de verdad, Marie.

Ya tenía el contacto restablecido con el responsable de la OLP de París. Los palestinos sentían aprecio por Galimberti. Abu Yihad, el jefe militar de Al Fatah, la organización más poderosa de la OLP, aceptó la incorporación del ex montonero como jefe de un pelotón multinacional de voluntarios[2].

Beirut era una ruina cuando llegó Galimberti. Los barrios ricos estaban recostados sobre las laderas de las montañas. Algunas casas tenían un tanque de guerra en el garaje, al que engrasaban por la noche. Los edificios estaban destruidos, las calles tomadas por los distintos grupos y los secuestros eran permanentes.

---

[2] Abu Yihad fue asesinado en Túnez por un comando del Mossad, el 15 de abril de 1988. En el número 11 de la revista *Jotapé,* Galimberti mandó publicar una nota, «Hermano Abu Yihad, hasta la victoria», que decía: «El pasado 15 de abril cayó asesinado en Túnez el comandante Jhalil al Uasir, resistiendo pistola en mano contra un comando israelí. Abu Yihad —su nombre de guerra—, jefe militar de la OLP, nació en Ramleh el 10 de octubre de 1935, de donde fue obligado a partir en 1948 —a los trece años— por las fuerzas sionistas de ocupación. Se trasladó entonces a la franja de Gaza con su familia, donde se incorporó a la resistencia palestina a los 17 años de edad. Un año después organizó células de resistencia palestinas. Al producirse la revolución egipcia, encabezada por Gamal Abdel Nasser, Abu Yihad se trasladó a ese país, donde ingresó en la Universidad de Alejandría. En 1958 conoció a Yasser Arafat, con quien trabajó estrechamente desde entonces. Fue el encargado de abrir la primera oficina de la OLP en el exterior, ubicada en Argelia liberada. También fue el responsable de negociar con China socialista la provisión de armas para los combatientes palestinos y persuadió a los gobiernos de distintos países árabes de abrir las puertas de sus academias militares a los cuadros de combate de la OLP. No es casual que los servicios sionistas hayan montado un operativo tan arriesgado para abatir a un solo hombre. Abu Yihad era el responsable de la OLP para los territorios ocupados, por lo que se encargaba de apoyar el levantamiento de Gaza y Cisjordania. Por encima de las diferencias circunstanciales que alguna vez dividieron a la resistencia palestina, se eleva la figura del jefe revolucionario, del conductor militar, del combatiente antisionista, consecuente con sus ideales hasta el fin. El mejor homenaje para su vida y su lucha ejemplar será el seguro triunfo del pueblo palestino y la unidad de la nación árabe, balcanizada y fragmentada por la estrategia de los imperios, como lo fuera nuestra América criolla».

Galimberti era oficial de la OLP, a cargo de un puesto de control de la «línea verde», que dividía Beirut. Cierto día, sus subordinados le avisaron de que un grupo pro-iraní había secuestrado a un grupo de militares franceses. La OLP desconfiaba de las tendencias musulmanas proclives al terrorismo antioccidental. Ya habían secuestrado y matado a un general americano. Ellos peleaban por una nación palestina laica y multiconfesional y tenían una posición conciliadora con Occidente. Después de todo, sus principales cuadros se habían educado en Europa. Pero en la guerra del Líbano confluían varias facciones. Una de ellas, de extracción islámica, más tarde formaría el Partido de Dios (Hezbollá).

Los franceses habían caído en manos de esa facción, a la que la gente de Abu Yihad bautizó «los iraníes». La OLP no quería conflictos con ellos. Luego de una escaramuza, que incluyó tiroteos intermitentes, el pelotón de Al Fatah que comandaba Galimberti logró llevarse a un rehén francés a su campamento, donde fue retenido hasta que se decidiera qué hacer con él.

A las dos horas, el francés quiso hablar con «el jefe». Galimberti aceptó verlo. Tenía la absoluta certeza de que era un espía.

—Terminemos con esto. Dígame quién es y lo largo a su Embajada de una buena vez... —le dijo en francés.

—Soy periodista...

Galimberti se dio media vuelta. No valía la pena seguir el diálogo. El otro jugó su última bala:

—¿Usted habla español? —le preguntó en perfecto castellano.

Galimberti le contestó que sí.

—Yo viví en la Argentina... —dijo el detenido.

—Uy, flaco, decime quién sos, que me parece que somos del mismo barrio.

—Está bien. Te digo la verdad. Me llamo Xavier Capdevielle. Tengo veinticuatro años. Soy oficial de Inteligencia de la Fuerza Aérea francesa. Estoy en una misión especial.

—Hubiéramos empezado por ahí. ¿Cuándo estuviste en la Argentina?

—Hasta el año 1976. Mi padre hizo negocios con el Ejército de su país. Después la guerrilla comunista le voló las manos...

Galimberti quedó petrificado:

—¿Quién era tu padre?

—Capdevielle se llama. Era muy conocido allá en Buenos Aires.

—Bueno, dejá, olvidate.

Galimberti dio por finalizada la charla. Sabía quién era Capdevielle. Figuraba en el directorio de dieciocho empresas francesas. La Columna Norte le había volado las manos con una carta-bomba enviada a su piso de Belgrano. Esa noche hubo cerveza libre para todos. Xavier Capdevielle no entendía nada.

Al otro día, Galimberti lo mandó en un jeep con tres escoltas de la OLP oficial a la Embajada de Francia y pudo volver a su país.

Galimberti no podía dormir bien. Sentía que la pesadilla argentina lo perseguía incluso en una tierra tan lejana, en una guerra tan distinta. Una noche se levantó del catre de campaña para ir al baño. En la instrucción le habían dicho que siempre, por más tranquilo que estuviera el clima, debía agacharse al pasar por una ventana. Esta vez no lo hizo. Los cristales estallaron. Un balazo de calibre 5.56 milímetros hizo añicos la ventana. El proyectil se le incrustó en las costillas y le perforó el pulmón. Era su primera herida de guerra, más seria que «el raspón» que dijo haber recibido en Villa Adelina en 1976.

Quedó tirado en el piso, bañado en sangre. Fue trasladado de urgencia a un hospital precario montado por la OLP. Los médicos le extrajeron la bala y le diagnosticaron un neumotórax. Con el correr de las horas, fue empeorando. Se decidió que lo mejor era trasladarlo a algún centro asistencial de la República Popular Árabe Siria, que mantenía estrechos vínculos con la OLP de Yasser Arafat. El herido volaba de fiebre. Ningún antipirético surtía efecto. Deliraba. Se aferraba a un poema, escrito por Tawfig Azzayad, alcalde de Nazareth:

«Somos los guardas de las sombras
de los naranjos y de los olivos
sembramos las ideas como la levadura
en la pasta
nuestros nervios son de hielo
pero nuestros corazones despiden fuego.
Cuando tengamos sed
exprimiremos las piedras
comeríamos la tierra
si tuviéramos hambre
PERO NO NOS IREMOS
y no seremos avaros de nuestra sangre.
Aquí tenemos un pasado
un presente.
Aquí
Está nuestro futuro
PALESTINA».

En esas condiciones fue subido a un helicóptero, hasta Damasco. Se despertó con el pelo revuelto por las ráfagas de viento cruzado. Giró la cabeza y descubrió que el campo de batalla, visto desde el aire, semejaba un inmenso y

pacífico tapiz verde. El sonido monocorde de las hélices le dio sueño. Volvió a desvanecerse. Cuando abrió los ojos de nuevo, estaba tendido en la camilla de un hospital de Damasco. Un médico se le acercó para comprobar la dilatación de las pupilas. Luego llamó a una enfermera para que controlara la fiebre del paciente recién ingresado.

—¿Quién es? —preguntó la auxiliar.

—Un importante oficial de la OLP —le contestó el médico.

Al oír aquello, Galimberti se sintió reconfortado, pero otra vez cayó en un lapso de inconsciencia. Lograron estabilizarlo, pero siguió con «pronóstico reservado». Sólo despertó al otro día. Cuando recuperó la consciencia estaba ante un médico sirio.

—Díganle a los franceses que soy un voluntario extranjero —llegó a decir. Fue toda su gestión desde la cama.

En París, Xavier Capdevielle estaba disfrutando del milagro de su supervivencia. La OLP lo había salvado de un casi seguro fusilamiento a manos de los «iraníes». Su embajada había hecho el resto. Estaba tomándose días francos y ya había pedido la baja de la Fuerza Aérea, cuando sonó su teléfono. Desde el Ministerio de Aeronáutica le decían que había un asunto que sólo él podía resolver. Habían recibido una petición de protección de una persona de «especial interés» para el gobierno de Francia y sus jefes le ordenaban viajar a Damasco para que hiciera un reconocimiento positivo. Había llegado la información de que se estaba muriendo. Capdevielle no tuvo tiempo de protestar. Tomó sus cosas y voló a Damasco en el primer avión. El sujeto por el que tenía que preguntar estaba internado.

Cuando llegó, se entrevistó con el director del hospital. Le dijo que el paciente que buscaba era un oficial de la OLP, herido en un barrio de Beirut. Su estado no era bueno, cualquier traslado —le avisó el médico— podía agravar las condiciones de salud. Capdevielle pidió hablar con él. Lo llevaron a una habitación con dos camas. Una estaba desocupada. En la otra dormía el desconocido con la cara vuelta hacia la pared.

Se acercó y lo movió con el brazo. El paciente volvió la cara. La sorpresa fue de los dos.

—¿Vos sos...?

—¿Qué haces acá?

—Soy tu ángel de la guarda. Me mandó mi gobierno. Parece que les interesás...

Pero había problemas. Los sirios no querían desprenderse del «combatiente de la OLP»[3]. Decían que atenderlo era una obligación moral, que podían demostrar hospitalidad a sus mercenarios y que sus hospitales contaban con tecnología suficiente como para revivirlo. Capdevielle llamó a París. Desde allá explicaron que no podían sacar a su hombre por salvoconducto diplomático porque tenía un pedido de captura internacional. Debía sacarlo de Damasco clandestinamente e introducirlo en Francia del mismo modo.

El problema que se le presentaba era doble. Galimberti ahora tenía dificultades respiratorias.

—Me dijeron que tengo que sacarte por vía informal.

—No creo que los sirios quieran... —contestó Galimberti.

—Van a querer. Además, te debo la vida. Esto es sangre por sangre. Dejame ver qué puedo hacer...

Capdevielle estuvo cuatro días tratando de vencer la negativa de las autoridades del hospital y de los servicios de Inteligencia sirios. Terminó convenciendo a los médicos con un trueque. Les pidió que empeoraran el diagnóstico de Galimberti a cambio de cuatro cajas de whisky y cognac que traían en el avión militar. Los dos oficiales franceses que lo acompañaban se quejaron porque habían puesto el dinero de su bolsillo y no se lo iban a reconocer como gastos personales.

Entonces los médicos sirios doparon a Galimberti y empezaron a decir que se moría. Le bajaron las señales vitales al mínimo y las autoridades militares aceptaron entregarlo. Si se tenía que morir, que lo hiciera lejos de ahí.

Del hospital fueron hasta el aeropuerto, donde los esperaba un avión militar francés. Volaron a Marsella, Francia, donde quedó internado.

---

[3] Los sirios habían recibido una recomendación para tratar con especial deferencia a Galimberti de parte de los palestinos. La gente de Arafat tenía gran estima por el ex jefe montonero. En julio de 1988, el doctor Ahmad Sobeh, representante de la OLP en México, le envió una carta al ex combatiente: «Hace 20 años, algunos compañeros de la Juventud Peronista (Galimberti, Osatinsky, González Jansen, etc.) nos hicieron conocer al peronismo y establecieron una relación fraternal entre nuestro movimiento de liberación y los revolucionarios argentinos. También nuestro hermano Rodolfo Walsh contribuyó a ello de forma valiosa. Hoy, recibimos la revista *Jotapé* y vemos, con mucha emoción, que los jóvenes de la JP recogen las mejores banderas del peronismo y confirman su solidaridad con los pueblos y movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo. Felicitaciones por vuestra revista y gracias por esa solidaridad». La relación de Galimberti y la OLP fue puesta bajo la lupa del Mossad, el servicio de Inteligencia israelí, que colaboraba con el Batallón 601 del Ejército Argentino. Prueba de ello es un informe «confidencial y secreto», al que los autores tuvieron acceso. Dice: «La BDT (Banda de Delincuentes Terroristas) Montoneros mantiene principal relación con la organización Al Fatah, principal dentro de la OLP. El contacto entre ambas organizaciones terroristas se remonta a 1972, fecha en la (NL) RODOLFO GALIMBERTI, en aquella época jefe del grupo J.A.E.N. (Juventudes Argentinas para la Emancipación Nacional) (...) A fines de 1972 un grupo de J.A.E.N. hace instrucción militar en el Líbano, siendo encabezado por (NL) «BETO» AHUMADA (...) En 1974 viajan al Líbano (además de Argelia) los DD.TT. (Delincuentes Terroristas) HORACIO MENDIZÁBAL y GALIMBERTI, con un primer planteo de relaciones políticas y cooperación militar (entrenamiento y armamentos de parte de los palestinos)». El informe hace hincapié en una planta de exógeno, explosivo plástico, que los Montoneros montaron en el Líbano con la cobertura de la OLP.

Misión cumplida, pensó Capdevielle y regresó a su casa. Pero hubo otra llamada extraña. Sus jefes le pidieron que gestionara una cama en el Hospital Militar de París para el hombre que había rescatado de Siria. Capdevielle no entendía el por qué de tantas cortesías. Hizo la reserva y viajó a la clínica. Entró en la habitación y le comunicó la novedad al argentino. Se quiso sacar la duda:

—¿Quién sos vos, realmente?

Hasta ese momento, Galimberti le había dicho que era un mercenario, que se había alistado en la OLP sólo por recibir un salario. Pero el juego había llegado demasiado lejos.

—Me llamo Rodolfo Galimberti...

—Tu apellido italiano no me dice nada.

—Fui jefe montonero en la Argentina.

Capdevielle se quedó mudo. Le costó reaccionar.

—¿De la guerrilla comunista?

—Peronista. De la guerrilla peronista.

—¿Ustedes le volaron las manos a mi padre?

—Sí, nosotros le pusimos la bomba.

El diálogo se volvió glacial.

—Esto que me decís es terrible. Vos dejaste lisiado a mi padre...

—Yo no, la Organización.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Te lo quise decir pero estaba demasiado preocupado por sobrevivir. Ahora te pido perdón.

—Estamos a mano.

Capdevielle se fue del hospital consternado. Cuando le contó a su padre, pidió conocerlo. Apenas salió del Hospital Militar, Galimberti fue a su encuentro. Arrregló una cita para las tres de la tarde, pero se demoró hasta las nueve de la noche. Tenía miedo. Por fin entró en una mansión en un barrio parisino. La criada lo llevó hasta un amplio salón, en la semipenumbra. Tardó unos minutos en acostumbrar la vista.

—Buenas noches... —escuchó Galimberti. La voz venía desde atrás. Se dio vuelta. Alcanzó a adivinar una silueta. Capdevielle padre estaba sentado en una silla de ruedas.

—Hace seis horas que lo estoy esperando. Pero hace seis años que espero algo más importante todavía: una explicación.

La sombra se acercó en ademán de saludo. Galimberti estrechó su mano en un muñón. Se acomodó en un sillón, a la izquierda del dueño de casa. Hubo un largo silencio antes de que Capdevielle comenzara a hablar:

—Yo siempre fui un muy buen amigo de su país. Me porté muy bien con los militares y los distintos gobiernos. Trabajé como si estuviera en mi Patria. Siempre les vendí lo mejor. Le hablé bien de ustedes a todas mis amistades. Por eso no puedo entender por qué me hicieron esto —dijo el anciano, y se inclinó en el respaldo.

Galimberti le apoyó una mano sobre la pierna. Se quedó un momento en silencio. Después dijo:

—Mi país vivió una guerra. Yo provengo de un movimiento político que estuvo proscrito durante décadas. Fuimos perseguidos, torturados y fusilados en los basurales. Vivimos en las condiciones más espantosas. No podíamos decir siquiera el nombre de nuestro conductor. Estaba prohibido. Fuimos hijos de una violencia incomprensible. Y también es muy difícil explicar nuestra violencia. Usted fue blanco de una operación militar destinada a castigar a los que ayudaban a masacrarnos. Creo que fue una locura. Pero no puedo más que pedirle disculpas.

El padre de Xavier Capdevielle comenzó a lagrimear sin hacer ruido. Apenas balbuceó:

—Yo lo único que quería era una explicación...

El anciano salió a despedirlo en su silla hasta la puerta de calle.

—Lo perdono —le dijo—, pero no lo olvido.

Capítulo XX

Haussman 28

El hombre bajo, de pelo tan gris como su traje, era parco al hablar. Vivía encerrado en su despacho, casi lujoso, con moqueta beige, aunque eso no le impedía conocer todo lo que ocurría en las calles de la ciudad que Galimberti había elegido para refugiarse. El inspector Marcel Leclerc, a los 50 años, era el jefe de la Brigada de Represión del Bandidismo de París. En su hoja de servicio resaltaban las felicitaciones por anteriores trabajos: la pesquisa por el secuestro del Barón Empain, su lúcida investigación en el *affaire* Revelli-Beaumont y la persecución de Jacques Mesrine, el enemigo número uno de Francia.

El último expediente que llegó a sus manos, sin embargo, lo inquietaba. Era el secuestro, en pleno centro parisino, de Saturnino Montero Ruiz[1], un inversionista sudamericano, que había sido «lord mayor (intendente) de la ciudad de Buenos Aires», la capital de un país, Argentina, que al policía le sonaba tan exótico como lejano. El sumario revelaba que el 24 de mayo de 1980, «tres sujetos jóvenes, armados con revólveres, obligaron a la víctima a meterse en el maletero de su propio automóvil, estacionado cerca de su casa, en la *rue* Brocca. Al día siguiente, lo raptores se pusieron en contacto con su hija, la arquitecta Martha Montero, a la que exigieron el pago de un millón doscientos mil dólares por dejar en libertad a su padre. Uno de los delincuentes llegó a visitarla en su piso de la calle Fossés de Saint Marcel. Se presentó a cara descubierta, tenía una escarapela argentina y traía una carta firmada por el propio secuestrado y dos fotografías que lo mostraban encadenado. Sobre la mesa estaba la edición del día de *Le Matin*. El

[1] Durante siete años de gobierno militar —1966-1973—, Saturnino Montero Ruiz fue director del Banco Nación, estuvo al frente del Banco Nacional de Préstamos (hoy Banco Ciudad) y llegó a ser intendente de la ciudad de Buenos Aires. Era amigo personal del presidente Lanusse. Como empresario, comandó una fábrica de hilados de algodón. En 1975 se fue de la Argentina sospechando que había un plan de la Triple A o la guerrilla para secuestrarlo. Se exilió a Uruguay. En 1977, cuando su hija Martha Montero fue a vivir a París, se instaló cerca de ella. En la época de su secuestro vivía entre Miami y Francia. Y tenía negocios inmobiliarios.

piso quedaba a la vuelta del de su padre. Martha Montero vivía junto a su marido, el cineasta Jorge Cedrón»[2].

Al principio, la hija del secuestrado prefirió no dar cartas en el asunto a la *Sureté* (la policía francesa) ni a la embajada argentina en París. Viajó a Buenos Aires e intentó reunir la suma pedida como rescate entre banqueros amigos de la familia. Juntaron sólo doscientos mil pesos. La esposa de Montero Ruiz fue recibida por el general Lanusse, a quien su marido consideraba casi «un hermano». El militar le proporcionó el número de un agente de la SIDE asentado en París. De inmediato, la embajada argentina en Francia supo del secuestro. La *Sureté*, en cambio, tomó conocimiento el 30 de mayo.

Ese día el sumario llegó a manos de Leclerc. El inspector lo leyó con atención. No era frecuente que sacara conclusiones apresuradas, pero caía de maduro que el grupo captor debía tener motivaciones políticas. Había demasiados argentinos dando vueltas por las calles de París. Demasiados exiliados con experiencia en hechos de estas características. Muchos soñaban con volver, otros sólo pensaban en subsistir.

Leclerc anotó en su libreta algo que le llamó la atención: los captores conocían todos los movimientos del secuestrado. Por ejemplo, sabían que Montero Ruiz llegaría el mismo 24 a Francia desde los Estados Unidos. Incluso, la hora en que lo hizo. Llamó a un colaborador y le apuntó el detalle, A él sí le gustaba sacar conclusiones rápidas:

—En la instrucción hay un testimonio de un hijo de la víctima que dice tener indicios para involucrar a su cuñado por complicidad. Si es cierto o no, es evidente que alguien muy cercano a la familia tiene que haberle pasado el dato a los secuestradores... —sugirió.

Sobre el escritorio del inspector estaba la carpeta que le había acercado la embajada argentina con el nombre «Jorge Cedrón».

Jorge Cedrón se había educado en una familia amante de la música, la literatura y la pintura. Había estudiado cine en la Universidad de La Plata. Bajo la influencia del *cinema nuovo* se inició en Brasil como asistente de realización de cortometrajes. De vuelta en la Argentina, comenzó a dirigirlos. *La vereda de enfrente*, en 1961, y *El otro oficio*, en 1966, mostraron su tendencia al relato testimonial. En 1971, presentó su documental, *Por los senderos del Libertador*, basado en un libro del general Tomás Sánchez de Bustamante, que mereció elogiosos conceptos del general Lanusse, por entonces presidente de facto. Fue producido con fondos del Banco Municipal —su suegro era el intendente—, y

---

[2] Martha Montero se había casado con Jorge Cedrón en 1968. Trabajaba en Buenos Aires, en un importante estudio de arquitectura. Cuando su padre fue intendente, ella era su principal asesora.

estrenado en el teatro Coliseo. «Paco» Urondo había colaborado en el guión. De forma paralela, con el presupuesto asignado para esa película, filmó clandestinamente *Operación Masacre*, que pudo estrenarse en 1973, cuando las Fuerzas Armadas dejaron el poder. Era la versión cinematográfica del libro de Rodolfo Walsh sobre el levantamiento del general Juan José Valle; era el reflejo del fuerte compromiso revolucionario de Jorge, el mismo que habían asumido sus hermanos, fundadores del Cuarteto Cedrón, que musicalizó versos de Julio Cortázar. En *Un tal Lucas*, publicado en 1979, Cortázar los describió así: «Estos tres Cedrón consisten en el músico Tata (que en la partida de nacimiento se llama Juan, y de paso qué absurdo que estos documentos se llamen partida cuando son todo lo contrario), Jorge el cineasta y Alberto el pintor (...)».

Corrido por la dictadura, Jorge Cedrón se exilió en Francia, donde filmó el documental *Tango*. Cuando le faltaba trabajo, le manejaba el camión a su hermano «Tata» para llevar los equipos de sonido a sus conciertos. Mantenía una entrañable amistad con el poeta Juan Gelman y seguía colaborando con Montoneros. Cedrón filmó el documental *Resistir es vencer*, en el que el comandante Firmenich, sentado frente a una cámara fija, fundamentaba la Contraofensiva de 1979.

Cuando Gelman y Galimberti rompieron con la estructura oficial de la Organización, Cedrón continuó frecuentando al poeta y se relacionó con Galimberti, a quien le abrió la puerta de su casa. Mientras tanto, trabajaba en el guión de una película que se llamaría *Asilo*, que iba a reflejar las penurias de los exiliados. Un productor holandés le había prometido financiar el proyecto.

El 31 de mayo de 1980, Martha Montero regresó a París. Su marido, con gesto sombrío, fue a recibirla al aeropuerto. Cuando abandonaban el Charles De Gaulle, Leclerc les salió al cruce y les pidió que lo acompañaran hasta su despacho del *Quai des Orfevres*. Al llegar a la sede policial, estaban esperándolos el agente de la SIDE y dos hombres que se presentaron como funcionarios de la Embajada. Eran dos oficiales de Inteligencia que el gobierno militar argentino había enviado a París para investigar el caso. Martha fue revisada. Tal vez pensaban que traía el dinero para el rescate. Cedrón se impacientó y empezó a gritar. Estaba muy alterado. La semana en que su mujer viajó a la Argentina, quedó al cuidado de Lucía, la hija del matrimonio, de sólo cinco años. Los secuestradores le habían asegurado que si daba aviso a la policía, su pequeña hija sería ejecutada. En la *Sureté*, Cedrón fue requisado. Le descubrieron un cuchillo con mango de cuerno, típico del sur de Francia, donde se lo llama *L'Aguiole*, pero no se lo quitaron. Dijo que era para defensa personal.

Ya en el despacho principal del edificio, Leclerc le comunicó a la hija de Montero Ruiz que la policía se oponía al pago del rescate. Mientras, Cedrón aguardaba afuera, sentado en un sillón negro, en estado de shock. Un agente lo vio

y le dijo que, si se sentía mal, podía retirarse. El cineasta se negó. Quería esperar a que terminara el interrogatorio a su mujer. Cuando ella salió, cerca de las cuatro de la mañana, había tres colillas en el piso. Al preguntar por su marido, le contestaron que había ido a comprar cigarrillos. Lo esperó un largo rato. No apareció. Comenzaron a buscarlo por el edificio. Finalmente lo encontraron. Estaba tirado en el baño del tercer piso de la Brigada. Tenía cuatro puñaladas. En su mano derecha apretaba el *L'Aguiole*. La aorta había sido seccionada. Pero Cedrón era zurdo.

La historia oficial cuenta que fue un suicidio. Algunas estimaciones de los diarios franceses aludieron al estado depresivo de Cedrón, causado por las miserias del exilio. Otros sugirieron que estaba involucrado en el secuestro de su suegro, que se sintió cercado por la investigación y decidió matarse. A las pocas horas de la muerte de su yerno, Saturnino Montero Ruiz fue liberado sin que nadie hubiese pagado el rescate.

Uno de sus captores lo subió al maletero de un coche. Dio vueltas durante tres horas. Cuando se detuvo, bajó al secuestrado, que llevaba anteojos sellados con cinta adhesiva, y le advirtió:

—Tengo órdenes de matarte, pero no tengo ganas. A cambio de tu vida, te pedimos que durante ocho horas no te comuniques con la policía ni tampoco con tu familia. Necesitamos ocho horas.

Montero Ruiz fue abandonado en el bosque de Vincennes. Y cumplió el pacto: caminó a la deriva y luego se encerró en un cine. A las ocho se acercó hasta Port Royal y marcó el 336-42-79:

—Martita, soy yo, papá.

Del otro lado de la línea, su hija estalló en lágrimas. Cuando llegó al piso de la Rue de Fosses Saint Marcel, Montero Ruiz se enteró de la muerte de su yerno. Le avisaron que el sumario hablaba de suicidio. Un misterioso suicidio de cuatro puñaladas[3].

El cuerpo de Jorge Cedrón estuvo diez días en la morgue judicial. El 12 de junio fue enterrado en el cementerio de Montparnasse. La figura de Julio Cortázar

---

[3] En un reportaje de Mona Moncalvillo en la revista *Humor,* Saturnino Montero Ruiz quiso dejar a su yerno al margen del secuestro. Cuando Moncalvillo le preguntaba por él, el ex banquero responde. «No tuvo nada que ver. No podría precisar exactamente la índole del secuestro, porque cuando una persona está nueve días encapuchada, atada a la pata de una cama, escuchando sólo a una persona que hablaba todo el día, con música de fondo las 24 horas, es difícil que le quede tiempo para reflexionar sobre lo que sucedió. Pero quiero aclarar lo de mi yerno. Era un muchacho que vivía deprimido; no soportaba la idea de vivir fuera del país (...) Cuando se produjo mi secuestro, Jorge pensó que me iban a matar; y que si todo se daba a publicidad, a mi hija, a mi nieta y a él, también les iba a pasar algo (...). El primer día de mi secuestro, fueron a mi casa en París y le entregaron en mano a mi hija mi cigarrera, la llave de mi auto y mi carta; le dijeron que se viniera a Buenos Aires sin llamar por teléfono porque estaban intervenidos. Mi yerno se quedó con la nena. Cuando mi hija regresó se enteró de que mi mujer estaba decidida a hacer la denuncia (en contra de mi hija y de mi hijo). Luego mi hija viaja a París, donde Jorge le dice: "a tu padre lo matan, porque no se cumplió con lo pactado". Debe haber estado pensando en eso, estaba muy deprimido y no se controlaba».

sobresalía entre la de los concurrentes. También estaba Envar «Cacho» El Kadri. La ausencia de Juan Gelman fue la más notable. Sin que la familia lo tuviera previsto, «Pino» Solanas despidió a Cedrón con una cálida semblanza de su vida. La revista *Revolution* del Partido Comunista Francés publicó una crónica de la ceremonia. «Más de cien personas acudieron al entierro, separados en dos clanes muy definidos: de un lado Martha Montero y su padre. Del otro, el resto».

El enigma de su muerte, sumado al increíble secuestro de su suegro, despertó la curiosidad del periodismo. El inspector Leclerc recibió al periodista argentino Germán Sopeña, corresponsal del semanario *Siete Días*. Leclerc dijo que Cedrón le pareció un hombre muy extraño: «Me dio la sensación de que estaba muy incómodo mientras le hablamos». Sopeña le preguntó hacia dónde estaban orientadas las sospechas sobre el secuestro de Montero. Leclerc planteó sus dudas:

—Esto puede venir de cualquier lado... Revolucionarios en busca de dinero, delincuentes comunes. ¿Quién sabe?

Esa charla terminó ahí. El acertijo siguió. ¿Jorge Cedrón conocía a sus captores? ¿Estaba implicado en el secuestro? ¿Fue utilizado para realizar tareas de inteligencia por algún grupo «revolucionario en busca de dinero», como sugirió Leclerc?

Un detalle: para la misma época del «suicidio» del director de *Operación Masacre*, Rodolfo Galimberti abandonó París con urgencia. Se fue a Holanda. Parte de su grupo que lo frecuentaba también se dispersó.

Una amiga de los Cedrón, Martha Gavensky, se dedicó a escribir una novela basada en los misteriosos episodios que rodearon la muerte del cineasta. El libro se llamó *Blackjack o el juego de Marsella* y se publicó en 1984. Tres años después, la autora explicaría: «Durante el año anterior a su muerte, en mi propio exilio en París, me unió a Jorge Cedrón una entrañable amistad. Estábamos escribiendo juntos el guión de una película que nunca se llegó a filmar. En aquel tiempo me dio mucha información acerca de su vida y, tal vez, sobre su muerte futura. Jorge era un hombre impulsivo y un gran intuitivo. Aquella película no llegó a hacerse, pero el libro quedó como una promesa que yo confirmé sobre su tumba. El libro lo empecé a escribir en Buenos Aires. Está redactado sobre la estructura de una metáfora y, dado que la muerte de Cedrón fue y sigue siendo un enigma, elegí hacerlo a partir de los veintidós arcanos mayores del Tarot de Marsella. Ninguna de las críticas que aparecieron entonces —si bien generosas— llegaron a revelar la trama que encubría la historia. Ni yo misma lo hice, como que cambié los nombres para proteger la publicación del libro (y protegerme a mí misma), ya que no fueron pocas las veladas amenazas que recibí en París a la hora de la investigación. A siete años de los hechos se me hace imprescindible quitar las máscaras de los personajes. "El Africano" es Jorge Cedrón. "El viejo titiritero", el poeta trashumante

Javier Villafañe. "El capitán" y "El ruso", Rodolfo Walsh y Juan Gelman (...) Rodolfo Galimberti es el de la voz metálica. Su nombre en el libro, Haussman 28, lo inspiró una boutique masculina llamada "Galimberti", en boulevard Haussman número 28, justo al lado de donde naciera Marcel Proust. Otros personajes sospechosos (tanto en la novela como en la vida), son "La Clandesta" y "La Petaca" (Marie-Pascal y Fabienne)»[4].

En el libro de Gavensky, Jorge Cedrón aparece perdidamente enamorado de «La Clandesta», es decir, Marie Chevance Bertin, la hija del general Chevance Bertin, protector de Galimberti. La ex esposa de Norman Brisky es descrita por la autora —que en el texto adopta un seudónimo masculino, «Martín»— como «hermosa, pero inaccesible. Ni un solo sentimiento. Peligrosa... reservada, fría. Seductora en la distancia y en el secreto. Así vi yo a la Clandesta, aquella noche en Les Halles: enigmática, esperándonos en esa esquina como la boca misma de la más oscura garganta del diablo... Y lo presentí en la ausencia que me dejaba su presencia: ella nos miraba como a través, lejana, ausente. Tan ausente como estuve cuando entramos en una pizzería de la placita de Saint Eustache. Y ausente, cuando clavó las uñas en sus lindos dedos entre las aceitunas y la muzzarella de su porción. Ausente también, cuando un asomo de sonrisa gélida congeló las pecas de su bello rostro, y les dio un color ámbar azulado. Confieso que sentí un escalofrío... debí haberme preguntado: ¿para quién trabaja la Clandesta? Porque ésa era toda la esencia de la cuestión. Y cuando lo descubrí, fue cuando vi el peligro para "El Africano"».

«Resumiendo: la Clandesta había vivido en Buenos Aires. La Clandesta había participado en una militancia activa, aunque dudosa. La Clandesta era el refugio de la clandestinidad para muchos argentinos que venían a París. Argentinos que habían pactado —y pactarían aún— en dudosas alianzas militares. A la Clandesta le gustaba el poder, era evidente. Aunque fuera oscuro. Y éste era el punto más débil de "El Africano", y también el más contradictorio; aquel punto por el cual la seducción del abismo podía atraerlo profundamente...».

Todo el texto de Gavensky rezuma peligro. Cedrón habría sido captado por «malas compañías», según el relato ficcional: «... llegados a la calle, ella (la Clandesta) pidió permiso y se alejó una docena de metros. Un individuo la esperaba. En la oscuridad de la noche no alcancé a distinguir los rasgos, pero era un tipo joven, rubio, bastante grueso. Lo que no puedo olvidar era el tono de su

---

[4] Martha Gavensky fue muy amiga de los Cedrón. Formó parte del grupo de exiliados parisinos. Terminó su libro *Blackjack...* en julio de 1982. Dos años más tarde lo publicó en Editorial Celtia, pero sólo reveló la verdadera identidad de los protagonistas el 16 de abril de 1987. Fue en una nota aparecida en *El Informador Público,* bajo el título «Hace siete años que persiste el enigma del "caso Cedrón"». Ninguna de las fuentes consultadas le atribuyó a Gavensky vínculos con los servicios de Inteligencia, pese a haber escrito el artículo para el «periódico» que dirigía Jesús Iglesias Rouco. Gavensky murió de cáncer.

voz, que llegaba hasta nosotros en una especie de susurro forzado: metálica, dura, altisonante. Un tono de voz extraordinario, insoportable. A mi lado, "El Africano" estaba tieso, tocado en lo más profundo de su hombría. Pero, al mismo tiempo, se mantenía orgulloso, como si el acólito de la Clandesta —que había irrumpido tan inesperadamente aquella noche— fuera un personaje lleno de celebridad, triste o gloriosa, poco importaba: "Es Haussman 28", me dijo él entonces, bajando su voz al máximo. Tampoco voy a olvidarme jamás de ese nombre. Recordé entonces que Haussman 28 era el seudónimo de un conocido dirigente, ahora en plena clandestinidad. ¿Qué hacía en París? Yo sabía, muy vagamente, que Haussman 28 estaba en Europa desde hacía tiempo, reorganizando su partido en el exilio, con muchísimo apoyo financiero, y en conversaciones dudosas con oscuras alianzas, con personajes políticos tristemente célebres»[5].

«... Allí los veo —sordos— en una esquina de Les Halles, esa noche; pero ni la Clandesta, ni Haussman 28, ni un tercer personaje que se acerca ahora al grupo y que saluda a "El Africano" con su mano parecieron haber escuchado los gritos del Capitán llamando a su hija. Y pasaron sólo tres años... ¿Quién responderá en este mundo a la terrible obstinación del crimen, sino la terrible obstinación del testimonio?... Ese sórdido grupo que formaban la Clandesta, la Petaca y Haussman 28, esas sombras en la noche me lo estaban diciendo claramente».

¿Por qué define al grupo como «sórdido»? ¿Qué riesgos acechaban a Cedrón? ¿Acaso «alguien» lo indujo a hacer lo que no quería?

En la página 192, Gavensky alude a Marie Chevance en un diálogo con Jorge Cedrón:

«¿En qué momento la Clandesta te habla de tu suegro? No lo recordarás. Pero vino a caer en la conversación inoportunamente... Vos sabés que las relaciones (con Montero) son tirantes, le decís. Eso no le hace. Todo puede resultar de un acuerdo bien establecido».

¿A qué «acuerdo» se refiere la Clandesta?

Tal vez valga la pena seguir leyendo. Cedrón, un hombre de izquierda, le comenta que su suegro, «lanussista», no va a querer meter un peso en su película sobre exiliados. La Clandesta le responde:

«Siempre fue un hombre de los militares. ¿Qué mejor lugar que París? Nosotros tenemos que hacer un frente común. ¿Frente común? Estarías más protegido si el golpe fallara. ¿Protección? Vos no necesitás protección. Querés filmar una película y punto... Todos están en Marsella. Todos los que puedan colaborar en

---

5 Por esa época en París circulaba con fuerza la versión del contacto entre Galimberti y el almirante Massera. Algunas fuentes sugirieron que fue la Marina —¿a través de un ex prisionero de la ESMA?— quien le hizo llegar los escritos de Walsh donde se critica a la Conducción Montonera.

reunir rápido y pronto el dinero de la película. Te bebés la copa de vino de un trago. Te sirve más, pero con una condición, naturalmente».

¿Con quién debía hacer Cedrón un «frente común»? ¿A qué «golpe» se refiere la Clandesta? ¿Quiénes son «todos» los que van a colaborar con él? ¿Cuál es la «condición»? ¿Habrá sido conseguir una suma importante, parte para pagar la película y parte para pagar el alquiler de «un grupo revolucionario» que pudiera secuestrar a Montero, como dudaba Leclerc?

Una página después, la voz de la Clandesta retrotrae a Cedrón a la realidad. «Martín» relata:

«¿Estabas dispuesto a tener una reunión esa misma noche? Bueno, si habías hecho el viaje, naturalmente... irías hasta el final. Pero la decisión, cualquier decisión, le aclaras, vendría después, en París. Necesitabas bastante tiempo para reflexionar. Además, tu mujer estaba en los Estados Unidos. Ella no tiene por qué enterarse, te dice».

¿De qué no tenía «por qué enterarse» Martha Montero? ¿Con quién debía reunirse el cineasta «esa misma noche»?

El texto que sigue tal vez ayude a comprender:

«Pero esa misma noche una voz metálica, insoportable, de alto tono disonante suena en tus oídos (los de Cedrón, según el relato de «Martín») para asegurarte que la proposición de la Clandesta no es un mito. No esperaban encontrárselo en Marsella». ¿Era «Haussman 28»? ¿La proposición de la Clandesta sería el alquiler de un grupo operativo, capaz de hacer el trabajo? ¿Acaso su padre general, héroe de la Resistencia, de excelentes vínculos con el Ministerio de Defensa francés, podría garantizarle cierta «inmunidad» al supuesto golpe?

Ya liberado, Montero Ruiz le contaría a un familiar directo de Jorge Cedrón algunos detalles de su cautiverio. Su interlocutor registró la conversación en una grabadora oculta.

—Al primero de ellos que pude ver estaba con el pelo cortado al rape y hablaba en «argentino»... Creo que estuve en un cuartel militar porque pude ver un pabellón francés... En un momento perdieron las llaves de las esposas y me llevaron a un cuarto que tenía elementos de cerrajería —confió Montero, dos días después de su liberación.

Ni la policía, ni el periodismo parisino investigaron en profundidad el secuestro. Tampoco el «suicidio» de Cedrón en la *Sureté*. Sólo sus hermanos Alberto y Juan indagaron acerca de lo que pudo haber sucedido. El músico escribió día a día un informe sobre su investigación personal que jamás quiso hacer público. Avanzaba sobre dos hipótesis: 1) Lo mataron los militares argentinos en combinación con el gobierno francés o la policía francesa. 2) Su hermano se suicidó

porque lo presionaron los montoneros u otro grupo que quiso hacer el secuestro y metió a su hermano en el medio…

Cada vez que escribía sentía miedo. A Juan Cedrón le hicieron saber que si denunciaba o ejercía algún tipo de protesta ante las autoridades francesas, lo deportarían a la Argentina. Allí lo esperaba la dictadura y de su mano, la muerte. La *Sureté* excluyó el caso de Montero Ruiz del listado anual de delitos por secuestros.

Como último recuerdo de su hermano, a Juan le quedaron las fotos que se había sacado pocos días antes de su muerte con su sobrino Pablo, de diecisiete años, su predilecto. Pablo Cedrón luego se dedicó a la actuación. Además de la foto de su hermano, durante muchos años, Juan Cedrón conservó un fuerte resentimiento contra su amigo Gelman. Siempre sospechó que conocía el fondo de la historia y nunca se atrevía a contárselo[6].

Después de la muerte de Cedrón, Galimberti se alejó de Francia por algunos meses. A mediados de 1980, llegó a México con Julieta y alquiló un departamento en el barrio de Colonia Condesa. En ese tiempo estaba más delgado que nunca. Acababa de cumplir treinta y tres años. También llegaron «Pucho» y «La Chuchi». Galimberti volvió a reencontrarse con «El Vasco» Mauriño, que formaba parte del grupo disidente y había tenido su primera hija con su esposa Claudia. Montoneros estaba partido. Acababa de producirse la última ruptura, que lideró Miguel Bonasso con un grupo de «tenientes»[7]. Galimberti se reencontró con la colonia de exiliados argentinos. Decía que en París los ex prisioneros de la ESMA hacían trabajos de inteligencia sobre ex montoneros y temía que le pegaran un tiro. Los consideraba sus enemigos. Era tal su obsesión que empezó a sospechar de un liberado de la Marina que hacía frecuentes viajes entre Bolivia y México. En un momento, aprovechó su ausencia para entrar en su casa y buscar si tenía algún informe o indicio que probara su colaboración con la Armada. Pero no pudo encontrar nada. En ese tiempo Galimberti decidió afianzar su trabajo junto al CLADER. Organizó unas jornadas en un anfiteatro y trajo a México a Óscar Braun y Héctor Gambarotta, entre otras personalidades, para que expusieran su tesis. Fueron presentados como la expresión económica del «galimbertismo», y disertaron sobre la coyuntura argentina hacia el fin del período de Videla y Martínez de Hoz, y antes de la sucesión de Viola. Toda la colonia de argentinos se acercó a escucharlos. Él mismo, tal vez influido por los aires intelectuales de su entorno, empezó a preparar un estudio sobre «El Peronismo y la crisis de la dictadura».

---

[6] Testimonio de un miembro de la familia Cedrón con los autores. Contactado en forma personal y a través de una serie de mensajes, Juan Gelman no aceptó ser entrevistado para este libro.

[7] Miguel Bonasso se escindió de Montoneros en marzo de 1980. Su grupo estaba integrado, entre otros, por René Chaves, Ernesto Jauretche, Daniel Vaca Narvaja, Jaime Dri, Olimpia Díaz, Susana Sanz, Sylvia Bermann y Eduardo Astiz. Este último, primo de Alfredo Astiz.

Había mucha gente integrada en la labor del CLADER. Braun estaba cada vez más ligado al grupo. Él, que se había formado en la economía marxista y luego se ubicó a la «izquierda» de la CEPAL de Raúl Prebisch, pensaba la Argentina posmilitar liderada por un frente democrático integrado por el peronismo, ex montoneros, y los sectores renovadores del radicalismo. Galimberti le decía que él debía ser el ministro de Economía de ese nuevo país.

Hacia fines de 1980, Braun decidió hacer una fuerte inversión económica para que el Instituto abriera su sede en Bélgica. Habló con sus hermanos menores y les pidió un préstamo sobre determinada cantidad de acciones que le corresponderían por la herencia.

—Yo con eso voy a comprar futuro. Tengo un *broker* interesante y quiero aprovechar el alto interés de la tasa bancada. Cuando concreto la operación, devuelvo el dinero. La diferencia quiero invertirla en el Instituto.

El *broker* en cuestión lo había conseguido Galimberti. Era el papá de Marie Chevance Bertin. El militar le dio un cheque a cambio del depósito que hizo Braun en un banco de Alemania. Cobraba una parte del dinero en el momento, lo que alcanzaba para inaugurar el Instituto, y el resto en seis meses. Todo marchaba sobre ruedas. Pero luego de un viaje a Bruselas, Braun volvió a su casa de La Haya bastante decepcionado con el grupo de Galimberti. A su esposa, Rosalía Cortés, le confesó:

—Cometí el error de mi vida. Tenías razón. Estos tipos son unos hijos de puta, una máquina de pedir guita.

Le comentó que se había reunido con Galimberti, Gambarotta, Victoria y Bruno, entre otros, y que le dijeron que con el dinero que había acercado era mucho pero no alcanzaba. Le habían pedido 50.000 dólares más. Era el 28 de diciembre de 1980. Y no era una broma. Hablaban en serio.

—Nuestra gente tiene que sobrevivir, Óscar —le dijeron.

Según un testimonio familiar, Braun llamó a su hermano Pablo y le comentó que iba a deshacer la operación. Cortó y llamó a Chevance Bertin.

—Sé que pierdo el interés, pero prefiero cobrar el resto del dinero ahora.

El General le comentó que había una serie de dificultades que impedían volver todo para atrás de forma inmediata.

El 9 de enero de 1981, Braun tuvo un accidente automovilístico. Acababa de cenar con una traductora antillana, la había dejado en su casa e iba acompañado por su hijo Miguel, de siete años. El coche patinó en la nieve cuando cruzaba un puente de La Haya y se incrustó contra una columna. Miguel quedó en estado de shock y Braun fue internado en el hospital. Murió antes de la operación. Gambarotta llamó a Rosalía Cortés para informarse de lo sucedido.

—El nene me dijo que le pareció ver un coche antes del accidente...

Gambarotta le cortó. Al día siguiente Galimberti, sus compañeros del CLADER y los colaboradores del Instituto de La Haya participaron en el entierro de Braun. Galimberti pidió que lo envolvieran con un pabellón nacional y se cuadró ante el féretro. Dijo que lo consideraba un hombre de una calidad humana excepcional. La familia Braun estaba azorada. La madre, que acababa de llegar de la Argentina, miró a Galimberti y comentó:

—No puedo creer que mi hijo haya sido amigo de un tipo así.

Capítulo XXI

Adiós al amor

Un día después del entierro, Galimberti y Gambarotta le pidieron a Óscar, el otro hijo del financista muerto, de diecinueve años, que necesitaban las llaves de la oficina: debían retirar una documentación imprescindible para inaugurar el CLADER en Bélgica. Según Óscar Braun (h) le contó a Rosalía Cortés, el dúo se llevó el cheque de la discordia —de una cifra de doscientos mil dólares—, eurocheques, tarjetas de crédito y el pasaporte de su padre. Antes de retirarse, Galimberti le advirtió que Cortés se había quedado con un cheque y lo había depositado en Suiza.

Su enemistad con ella era manifiesta. Galimberti convocó a una reunión de exiliados en La Haya y les dijo:

—Tengan mucho cuidado con Rosalía... la vi con mis ojos entregar un *dossier* de nuestro grupo al embajador argentino. Es amiga de Lila Pastoriza y está trabajando con los «chupados» de la ESMA....

Óscar Braun (h) salió en defensa de su madrastra.

—¿Por qué haría una cosa así, si ella no estuvo presa ni nada?

—Es una «chupada» voluntaria. Toda la vida quiso trabajar con la Marina —le respondió.

Cortés empezó a reclamar por el cheque que debía cobrar su marido. Acusó a Galimberti de robárselo de la oficina. Él le contestó:

—Tu marido estaba con nosotros y la guita que dejó, la dejó para nosotros. ¿De qué cheque me hablás? Aparte vos no eras la mujer de Óscar. Ya estaban separados. Él salía con la traductora. ¡¿Qué mierda tenés que ver vos en toda esta película...?!

Cortés pasó a ser el blanco preferido de los ex montoneros y militantes de derechos humanos que se reunían en La Haya. La acusaban de «servicio» y la descalificaban por su condición social. Como indicaba Galimberti:

—Es una burguesa que se juntó con uno de los hijos de la oligarquía para sacar provecho.

Galimberti continuó visitando el Instituto de La Haya como si nada hubiese ocurrido. Braun lo había presentado como un revolucionario argentino. Tenía las puertas abiertas. En su *paper*, «El Peronismo y la crisis de la dictadura», Galimberti escribía:

«... hoy, mientras se precipita la debacle económica, una Argentina estupefacta e indignada, observa cómo Viola pretende desde el mismo modelo de dominación ideológica y política, pero privilegiando a otro sector de las clases dominantes, construir una base de sustentación que impida el hundimiento definitivo de la dictadura...».

Pero cada vez que lo veía en el Instituto, Cortés se sentía impotente y rompía la sagrada paz que debía sobrevolar los ámbitos académicos.

—¡A este hijo de puta, delincuente, no lo dejen entrar más...!

Galimberti intentaba mantenerse ajeno y concentrarse en la escritura...

«... Existen saludables manifestaciones de la reactivación del movimiento obrero, que está recreando, sin sectarismo, organizaciones con una larga tradición en la defensa de los trabajadores. Aquí debe estar puesto todo el esfuerzo político y organizativo de la militancia peronista, olvidando los estériles enfrentamientos del pasado y superando de conjunto los errores en que todos hemos incurrido. Hay que apoyar, sin vacilaciones, la reconstrucción desde las bases del movimiento obrero...».

Pero cuando Galimberti pensaba anexar una información en pie de página, volvió a escucharla.

—¡Hijo de puta, sinvergüenza... andate de acá!

Era su voz. No soportó más. Se levantó de la silla y la encontró rodeada de un grupo de amigos latinoamericanos. Le dijo, muy sereno:

—... Tené mucho cuidado con lo que decís. Si me seguís jodiendo, un día vas a querer encender tu coche y te va a explotar. ¡Pum...! Así va a hacer tu coche... Y a tu hermano Jorge, en Buenos Aires, lo mismo. Avisale.

El 9 de junio de 1981 Galimberti presentó su trabajo «El Peronismo y la crisis de la dictadura», y lo hizo circular entre su grupo europeo.

El socialismo ya había llegado al poder en Francia. François Mitterrand era presidente. Su esposa Danielle representaba un firme apoyo para los exiliados latinoamericanos. En su regreso a París, Galimberti continuaba fuera de la actividad pública, pero había construido una red de contactos políticos que le permitían cierta cobertura «legal». Tenía un pasaporte «falso» que conseguía en base a sus relaciones en el Ministerio del Interior francés. Cada tres meses, viajaba hasta la frontera de Suiza, para que le marcaran su entrada al país y renovaba su visado. El mapa de contactos era amplio. Como montonero, había conocido a Lionel Jospin, secretario de Relaciones Internacionales del Partido Socialista. Juan Gelman le

presentó a Antoine Blancá, que les abría un local del PS para reuniones políticas. Otro dirigente de apoyo era Didier Motchane. Hasta lo había apoyado para difundir el documento de ruptura. Publicaron un artículo en *Le Monde*. También mantenía contactos con un subsecretario de Estado, Jean Pierre Chevenement. De la derecha «gaullista», sus referentes eran Paul Dijoud y Philippe Lethier.

¿Cuál era el atractivo que podía representar Galimberti para que el Estado francés se interesara por él?

En principio, era un exiliado clandestino que fue delegado de Perón y dirigente montonero, pero sobre todo era miembro «voluntario» de la OLP. Los franceses mantenían una línea política pro-árabe en el conflicto del Líbano. Pero con Galimberti, además, la relación era a futuro. El Estado francés protegía a muchos refugiados políticos, que, terminado el ciclo de los gobiernos militares, en algún momento accederían al gobierno de sus países. Era una posibilidad cierta. Y en ese caso, los exiliados devenidos en funcionarios de Estado no olvidarían a sus protectores. Por lo tanto, oficiarían como buenos interlocutores en relaciones de Estado a Estado y cuestiones de negocios. En este último aspecto, la protección hacia Galimberti sería retribuida: algunos años más tarde, trabajaría como *lobbysta* de empresas francesas frente al Estado argentino. Sus dirigentes «amigos» de los años ochenta, también crecieron en su carrera política[1].

Pero a pesar de que tenía posibilidades para una vida de exilio más reflexiva y menos turbulenta, Galimberti no se sentía en paz si no se instalaba en un escenario de guerra. Volvió al sur del Líbano a cumplir su servicio trimestral con la OLP. Recibía una gratificación política y también económica por parte de los árabes en cada viaje.

Como paisaje, la geografía le recordaba a las sierras de Tandil, pero en constante estado de violencia. A veces, en las guardias nocturnas, se acomodaba en una piedra y trataba de pensar cómo y por qué había llegado hasta allí desde San Antonio de Padua. Pero el sueño le iba ganando la batalla minuto a minuto y se entredormía pensando que alguien iba a llegar para matarlo.

Las consecuencias de su experiencia en la guerra, las sufría en Occidente. No podía hablar de nada. Para su grupo político, sus ausencias eran parte de su misterio. Julieta continuaba su vida en la superficie parisina, con el apoyo de su madre, y sus estudios en el Departamento de Economía de la Universidad. Ella intentaba arrastrar a su novio hacia la «normalidad». Una vez, en compañía de una

---

[1] Lionel Jospin es primer ministro francés. Antoine Blanca fue embajador francés en la Argentina durante el gobierno de Alfonsín. En la actualidad cumple la misma función en Perú. En la década de los ochenta, Didier Motchane fue electo diputado. Realizó una gira por la Argentina en la que mantuvo contacto con Galimberti. Jean Pierre Chevenement fue ministro del Interior de Francia hasta el mes de agosto de 2000. Fue candidato a la presidencia en las elecciones de 2002. Paul Dijoud es actual embajador de Francia en la Argentina.

amiga bretona, decidió incluirlo en un plan turístico de fin de semana y llevarlo a descansar a Belle Isle. Pero ya sobre la costa y mientras esperaban la llegada del barco, Galimberti decidió salir a caminar. Vio unas construcciones de cemento. Eran las ruinas de *bunkers* que construyeron los alemanes para impedir el desembarco de los Aliados en la Segunda Guerra Mundial. Antes de perder el primer barco, Julieta salió a buscarlo. Lo encontró encerrado en las estructuras de cemento.

—Salí de ahí y vamos...

—No. Andate a Belle Isle y mañana me pasás a buscar por acá.

La bretona lo miraba y no entendía. El novio de su amiga era un loco. Julieta apeló a mil fórmulas para persuadirlo. La dulzura, la reflexión, la dureza. A veces lograba hacerlo cambiar de una postura irreductible con una mirada. Pero esta vez no podía. Perdieron un barco y otro. Perdieron las ganas de todo y retornaron a París. En el viaje de vuelta, él se durmió pensando que en ciertas situaciones sólo podía comprenderlo Marie-Pascal.

Después de la guerra de las Malvinas, Galimberti creyó que no tenía sentido seguir discutiendo las perspectivas políticas sin reinsertarse en la Argentina. Puso en marcha el «Operativo Retorno» para que reingresara su grupo de aliados de forma escalonada. Eran más de treinta. «Topo» Devoto era su referente en Suecia. «Bagual» en Ginebra. «El Vasco» Mauriño en México. Silvia Corral y el «Nabo» Epszteyn coordinaban el grupo en Madrid. El abogado rosarino Lisandro Brebbia y el ex UES Alberto Schprejer eran sus contactos en Barcelona. «Pucho» Lohlé, Patricia Bullrich y «Pancho» Langieri vivían en Brasil. Patricia intentó un regreso clandestino apenas terminó la guerra de las Malvinas pero fue apresada por el Batallón 601 del Ejército. Tenía en su bolso un casete con una entrevista que le había hecho a Antonio Cafiero. Libraron un recurso en su favor ante el juez Narváez, que consideró que su detención fue ilegal. Pudo regresar a Brasil. Ante la situación generada con su cuñada, Galimberti intentó conocer su propia situación y la de su grupo, a través de un abogado amigo de Brebbia. Se llamaba Rafael Bielsa, tenía 29 años y trabajaba en el Sistema Argentino de Informática Jurídica, del Ministerio de Justicia. Bielsa empezó a rastrear los antecedentes para saber quiénes podían llegar a Ezeiza sin problemas. El único que tenía una situación aliviada era Jacinto Gaibur. El Ejército sólo le reclamaba un par de borceguíes de su paso por la conscripción. Del resto, era preferible que nadie atravesara la frontera usando su nombre legal.

Pero el regreso ya estaba en mente de los exiliados. En septiembre de 1982, Galimberti organizó unas jornadas de discusión sobre la apertura democrática en Montreux, Suiza, que pagó Ángel Peiró, del Movimiento Ecuménico. El costo fue de ochenta mil dólares. Asistieron como invitados distintos dirigentes radicados en Europa y Argentina. Expusieron Gambarotta, el periodista inglés

Christopher Roper, el gremialista Ricardo Pérez y otros del grupo de «Los 25», la militante de derechos humanos Alicia Oliveira, el abogado Raúl Zaffaroni, y dirigentes del Partido Intransigente. Galimberti no se acercó a las jornadas públicas y mantuvo contactos clandestinos con los invitados en un hotel de cuatro estrellas de Ginebra. Los radicales Dante Caputo e Hipólito Solari Yrigoyen rechazaron formar parte del cónclave. Galimberti borró de la lista al profesor Alfredo Bravo porque lo consideraba un miembro «oscuro» del Partido Comunista.

Luego del encuentro, el «galimbertismo» hizo una evaluación del panorama político argentino a través de un «memorándum interno» que firmó Christopher Roper, fechado el 4 de octubre de 1982. Fuera cierta o no, Galimberti se preocupó por difundir la versión de un acuerdo entre Firmenich y Massera. En el texto advertía que Montoneros operaba libremente en la Argentina. Tampoco olvidaba su aversión al Partido Comunista. Un extracto indica:

«(...) La derrota de Argentina dejó la situación política tanto dentro como fuera de las Fuerzas Armadas en total confusión. A pesar de que Galtieri cayó casi de inmediato, muchos oficiales continuaron creyendo que Argentina debía seguir una estrategia radical, que debía incluir una alianza con la Unión Soviética y el desconocimiento de la mayoría de la deuda externa acumulada. Es evidente que sus aliados políticos en tal empresa serían el Partido Comunista y los Montoneros. Quienes encuentren extraña esta alianza deben recordar que Mario Firmenich, el líder de la fracción montonera que dejó Argentina en 1977 (y que controla el dinero que queda de los secuestros de los Born en 1974) ha estado negociando con sectores de los militares desde el comienzo de la década del 70 y que en 1978 pagó U$S 1 millón al almirante Emilio Massera para asistirlo en sus empresas políticas. Desde 1978 Firmenich ha estado basado en La Habana y trabaja en estrecho contacto con el Partido Comunista Argentino. Es interesante que un libro reciente publicado por la Academia de Ciencias Soviética en Moscú critique el aventurerismo de la guerrilla latinoamericana en la década del 70, mencionando al M-19 en Colombia, a los Tupamaros en Uruguay y al MIR en Chile, pero no a Montoneros. El Partido Comunista Argentino, que siempre fue duro en su crítica de la "subversión" y que culpó a la guerrilla por provocar el golpe de 1976, ahora no menciona más el asunto. La liberación de Juan Abal Medina (un prisionero virtual en la embajada mexicana en Buenos Aires desde 1976) en mayo de este año, fue asegurada a través de un acuerdo entre sectores de los militares, el Partido Comunista y los Montoneros. La conducción de Montoneros, aparte de Firmenich, ha retornado a la Argentina y opera libremente.

»Todos los ojos se dirigen ahora a las elecciones del año próximo y los posibles candidatos. (...) En el movimiento peronista hay pretendientes, pero pocos con reales posibilidades de elección. Admito que este juicio es personal, pero creo

que es bien improbable que cualquiera de las figuras que estuvieron asociadas con el gobierno de Isabel Perón (1974-1976) sea elegida para un puesto mucho más alto que cazador de perros en la perrera municipal. Esto es una ligera exageración, pero pienso que es bien poco probable que hombres como Ítalo Luder, Federico Robledo (los nombres más citados) o el almirante Massera puedan reunir suficientes votos peronistas para ser electos. Antonio Cafiero es una figura más creíble, con lazos con el movimiento sindical y con experiencia ministerial, pero la candidatura de Cafiero uniría decisivamente a la izquierda peronista contra él, y él también es posiblemente inelegible. En la izquierda del movimiento peronista, la posición es más compleja. El principal candidato visible actualmente es Vicente Saadi, que fue elegido como miembro más joven para el Senado en 1945. Ha lanzado recientemente el diario *La Voz*, con fondos de Montoneros y con un *staff* mayormente compuesto por miembros o simpatizantes del Partido Comunista Argentino. La posición de Saadi con las Fuerzas Armadas ha sido muy debilitada por la caída de Galtieri y la purga de algunos oficiales superiores pro-soviéticos. Las grandes fuerzas de Saadi actualmente son el dinero de los Montoneros y el apoyo infraestructural comunista. Su debilidad es el anticomunismo de la mayoría de la clase trabajadora argentina, la impopularidad de Montoneros entre muchos de sus seguidores de antaño, y la consecuente falta de una segura base en la masa.

»El otro polo de expansión en la izquierda peronista está representado por Rodolfo Galimberti, y un grupo de hombres más jóvenes que rompieron decisivamente con Montoneros en 1979 (después de un largo período de lucha interna). Su orientación internacional es antisoviética y favorable a la socialdemocracia europea. Su candidato presidencial podría ser alguien como Jorge Taiana, ex ministro de Educación, y uno de los hombres más respetados de la vieja generación de peronistas (...)»[2].

A fines de 1982, Galimberti centralizó a su tropa que había llegado desde distintos países a una reunión convocada en la sede del Partido Socialista francés. Bajó la orden de anudar acuerdos con sectores intelectuales para fundar un Centro de Estudios. Discutieron la posición a sostener acerca de los desaparecidos. Galimberti propuso militar en los organismos de Derechos Humanos, pero con un discurso diferenciado del resto.

—Hay que asumir la historia de las víctimas. Hay que decir que no eran boludos que sólo llevaban fideos a la villa. También eran combatientes. En el 70 estábamos en guerra por el poder.

---

[2] Durante los últimos meses de la dictadura argentina, en mayo de 1983, fueron asesinados los montoneros Raúl Yaguer y Eduardo «Carlón» Pereira Rossi. Este último junto a Eduardo Cambiasso.

Pasaron el fin de 1982 en Madrid. «Pancho» Langieri consiguió la casa de un pintor exiliado, que les dejó las llaves y se fue de viaje. Se reunieron a discutir cuestiones organizativas:

«Topo» Devoto y Lisandro Brebbia estaban a punto de regresar a la Argentina. Jacinto Gaibur se acababa de ir. Galimberti le había entregado un pasaporte con identidad falsa y dos mil dólares. Estaba en plena etapa de construcción política.

—Vos vas a ser nuestro candidato a diputado por la Capital Federal —le anticipó.

—Pero si a mí no me conoce nadie, Rodolfo... —se sinceró Gaibur.

Fue una semana de trabajo intenso. Galimberti nunca se acostaba antes de las 5 de la mañana, pero tampoco se levantaba antes de las tres de la tarde. Un día, aburrido, empezó a retirar las pinturas de los marcos, las arrumbó en un rincón y empezó a reemplazarlas por esquemas de la acción política, organizativa y logística de su grupo y también por fotos de mujeres desnudas y perros de raza que había recortado de Play-Boy y revistas caninas. Una mañana, mientras dormía, llegó el artista y se indignó tanto que tuvieron que abandonar la casa al día siguiente.

Frente a su grupo, aparecía como un líder protector, amenazante y a la vez generoso e impredecible. Era capaz de regalar una estilográfica Mont Blanc o un portafolio de pecarí en un gesto desprendido o invitar a una nueva relación a cenar jabalí ahumado con vino del Valle del Rin, pero si al día siguiente concluía que ya no le servía y encontraba a la misma persona varada, sin gasolina, en el medio de un campo, era probable que se detuviera, lo observara como a un desconocido y continuara con su camino. Galimberti se mostraba como un invitado exquisito para las reuniones sociales europeas. Era un ex líder guerrillero, educado y divertido, que sabía halagar a los miembros de la mesa con su caballerosidad y cautivarlos con su discurso y su lucidez. De un golpe de magia inventaba un momento agradable; y también, si encontraba la oportunidad y el espacio, era capaz de acostarse con la esposa de un invitado o del dueño de casa, esa misma noche. Cuando se fijaba un objetivo, no perdonaba. Pero en cambio, si advertía que cometía un exceso, intentaba buscar alguna forma de repararlo. A un concejal catalán que le prestó su casa un fin de semana, le dejó un jarrón maravilloso plantado en la mesa como presente, pero que no alcanzaba a compensar los miles de dólares que había acumulado en la cuenta telefónica.

Esa sensación de impredecibilidad también alcanzaba a su lado político. Actuaba por sorpresa. Buena parte de su grupo se indignó cuando leyeron un reportaje en *Siete Días* en abril de 1983, luego de años de silencio público. Entrevistado por Germán Sopeña, Galimberti se presentaba como un ex taxista,

dedicado a rebatir a la conducción montonera, pero nada mencionaba sobre el trabajo político de su grupo y la búsqueda de solidaridad y los reclamos por los desaparecidos en sus años de exilio. Intentó dar explicaciones del reportaje de la manera más sincera, argumentando que había sido sorprendido por las preguntas incisivas del periodista, que dijo que era taxista porque no supo especificar cómo se ganaba la vida y dio otra larga serie de justificaciones infantiles en las que nadie creía. Esa apuesta por desplegar su proyecto propio, se presentaba como un contrasentido frente a lo que él mismo lideraba: el retorno de decenas de exiliados con sus hijos, que garantizaba con dinero, una estructura de apoyo y pasaportes legales o falsos, según cada caso.

A esa altura de 1983, el Centro de Estudios para la Democracia Argentina (CENDA) funcionaba a pleno en una oficina de la calle Uruguay. Lo habían fundado «El Vasco» Mauriño, Patricia Bullrich y Daniel Llano, cuñado de «La Chuchi» Peiró, y contenía políticamente al «galimbertismo» que llegaba al país. Se integraron distintos referentes del peronismo, los sindicatos y el progresismo, entre ellos Alicia Oliveira, Zaffaroni, Roberto Digón y Pablo Unamuno, entre otros. También colaboraba con sus estudios el intelectual Guillermo O'Donnell. Una de sus actividades fue la organización de un evento en el que participaron magistrados italianos que explicaron cómo habían combatido la mafia sin desprenderse de las leyes. Participaron Graciela Fernández Meijide, Guillermo Estévez Boero, Antonio Cafiero y las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. Convocaron a más de doscientas personas.

A pesar del entusiasmo y las expectativas que generaba la llegada de la ansiada democracia, Galimberti estaba convencido de que el peronismo con Ítalo Luder de candidato perdería las elecciones. Le expresó sus temores a Alicia Oliveira, en una de las permanentes comunicaciones telefónicas que mantenía con el CENDA, y la abogada le pasó el teléfono a Herminio Iglesias, el candidato a gobernador de Buenos Aires que había llegado de visita, y se tenía una fe arrolladora[3].

—Vos, vos estás loco, nene... Ganamos por afano hasta con el león del circo.

Una tarde se acercó a la oficina un señor muy delgado y discreto, que llamaba la atención por sus ojos celestes. Dijo que era el padre de Rodolfo Galimberti. Hacía ocho años que don Ernesto no veía a su hijo y tampoco sabía nada de él.

—No les pido que me digan dónde está, lo único que quiero saber es si está bien y si necesita algo... —pidió.

---

[3] Herminio Iglesias perdió la elección por la Gobernación de la provincia de Buenos Aires. Buena parte de su suerte la dilapidó en el último acto partidario, en el que quemó un ataúd con el símbolo de sus contrincantes, la Unión Cívica Radical.

Daniel Llano intentó darle tranquilidad. «Yo sé que algún día me van a llamar para avisarme que lo encontraron muerto...», se fue murmurando.

En ese tiempo ocurrió una tragedia, pero no la que el padre temía. El 24 de agosto de 1983, cuando accedía a una ruta cerca de Rosad-en-Brie, en el departamento de Seine et Marne, en las afueras de París, su coche fue embestido por una camioneta del correo francés. Galimberti sufrió heridas en su omóplato. Julieta Bullrich Pueyrredón, en cambio, murió. Tenía veintiocho años y no había podido tener un hijo, como lo había soñado, a pesar de la resistencia de su pareja. Patricia llegó a París para hacerse cargo de las gestiones de la repatriación de los restos de su hermana. Galimberti quedó internado algunos días en un hospital de Provins. Sintió que le habían extirpado un órgano de su cuerpo: era Julieta. Recibió la visita de decenas de amigos y aliados políticos que viajaron desde distintas partes del mundo para condolerse con él. Nada podía atenuarle el dolor. Se sentía extraviado, impotente, desesperado. El único responsable de lo que había sucedido.

—Era yo el que conducía... —repetía.

Desde México, lo llamó «Yuyo», con el que estaba enemistado desde 1979, por la Contraofensiva. Le repitió las mismas palabras que él le dijera cuado perdió a Mecha, en septiembre de 1976, y se puso a su disposición para ayudarlo en lo que fuera. El 13 de septiembre Julieta fue enterrada en el cementerio privado Jardín de Paz.

Al poco tiempo, su ex esposa «Moni» Trimarco, que era funcionaria de las Naciones Unidas y vivía en Ginebra, lo alojó en su casa. Para despejarse, Galimberti salía a pasear por la ciudad en su coche con matrícula oficial. Lo reconfortaban sus conversaciones con una chica llamada Florance, hija de una familia francesa, a la que consideraba muy inteligente a pesar de su juventud. Pero sentía que su vida en el exterior había perdido sentido. Quería volver a la Argentina. Llevaba siete años de exilio y estaba sin Julieta. Llamó a «Yuyo» a México. Era el único que —pensaba— podía acompañarlo en el regreso. Y también quiso llevar a Florance. Antes, le pidió a sus padres que le firmaran una autorización para sacarla del país. Él sería su tutor. Florance tenía catorce años.

PARTE II

COMEDIA

Capítulo XXII

El retorno

Desde aquella comunicación telefónica, «Yuyo» se sentía en problemas. Durante un mes recorrió una decena de hoteles del Distrito Federal buscando alguno que aceptara a un amigo extravagante que pretendía alojarse con su perra. Tenía grabado el diálogo con Galimberti.

—Voy para México, ¿me podés esperar?

—Sí, por supuesto.

—Bueno, mirá... Va a llegar una amiga mía en un vuelo. Yo llego después, en el siguiente, con mi perra. Necesito un hotel para alojarme con Sunny.

—¿Tu amiga?

—No, Yuyo, la dóberman que viaja conmigo. Te doy las señas para que puedas reconocer a mi amiga, que llega en el primer vuelo. Se llama Florance...

«Florance», según la descripción de Galimberti, era una chica joven, espigada y de modales distinguidos. Con ella, pensó «Yuyo», no habría problemas de alojamiento. En dos horas le consiguió una suite en un hotel del barrio Polanco. El asunto de la perra se presentaba un tanto más complejo. Se le ocurrió llevarla a la boutique de cuero donde trabajaba. Se llamaba «Nina Laurenti». Era de propiedad de una pareja de argentinos y tenía una amplia terraza. Si le daban tiempo para acondicionar los altos del local, tenía resuelto el asunto de Sunny.

Según lo convenido, la primera en llegar fue «Florance». Cuando «Yuyo» la vio, maldijo a su antiguo jefe de Columna Norte. Era alta y distinguida, tal como le había dicho, pero parecía una nena, y encima no venía sola: traía a la dóberman atada a una correa. Había que esperar al siguiente vuelo, donde llegaba Galimberti. Para matizar la espera, «Yuyo» convenció a «Florance» de que lo mejor era sentarse a tomar algo en la confitería del aeropuerto. La chica le ordenó a Sunny que se echara debajo de la mesa. Todo iba bien hasta que un mozo la descubrió. Por cuestiones de higiene no estaba permitido el acceso de perros al salón. La dóberman, que hasta ese momento había mostrado un carácter dócil, se puso en

dos patas y sin un gruñido de aviso le saltó encima. «Yuyo» decidió que la zona de equipajes y bultos era el lugar más adecuado para aguardar al ex jefe montonero.

«Yuyo» no sabía cómo tratar a «Florance». Más tarde se enteraría de que los padres habían conocido a Galimberti en Ginebra y que, tras la muerte de Julieta Bullrich, la pequeña se convirtió en uno de sus principales sostenes anímicos. Cuando el ex guerrillero decidió regresar a México, «Florance» se sintió atraída por conocer tan exótico destino. Sus padres, hijos del Mayo Francés, le dieron el visto bueno. Con treinta y seis años de edad, Rodolfo Galimberti quedó como tutor de la niña. En la práctica, era su Lolita.

Cuando por fin llegó el avión, «Yuyo» no sabía si estrechar a Galimberti en un abrazo o largarle una puteada. Hizo las dos cosas a la vez. Galimberti y «Florance» se subieron al Volkswagen verde del anfitrión, que los llevó hasta Polanco. Las maletas las cargaron en un taxi que los siguió.

Dos horas después, «Yuyo» no podía dejar de reírse cuando el otro le explicaba que Sunny había viajado con «Florance» al solo efecto de montar una operación de distracción: «Si los teléfonos hubiesen estado pinchados cuando te llamé, los servicios iban a estar desesperados buscando a un loco abrazado a una perra, y no a una mina, ¿me entendés?». Era el Galimberti de siempre. El mismo que, sin darle siquiera tiempo para recuperarse de la emoción del reencuentro, cambió bruscamente el tono para preguntarle, entrecerrando los ojos y ladeando la boca:

—¿Vos estás contento con lo que hacés?

«Yuyo» iba a gritar que no. Que lo suyo era la acción, la aventura. Que por las noches soñaba con los viejos tiempos. Sin embargo, conociendo a su amigo, pensó que no debía mostrar todas las cartas en la primera vuelta. Le dio una respuesta de ocasión:

—Bueno, tengo un trabajo fijo. No es mucho lo que se gana, pero dentro de todo vivo bien. Además...

—¡Dejate de hinchar las pelotas! No te veo rodeado de mexicanas de culo chato, ni fabricando cinturones de cuero de por vida. Decí la verdad.

«Yuyo» advirtió que Galimberti también lo conocía bien. Hizo una risita a lo Patán, mirando primero hacia la calle, luego al pocillo de café y, por último, fijando la mirada en la de su amigo, explotó:

—Tenés razón. Ésta es una vida de mierda, Loco. Trabajar para nada...

—Te propongo que vuelvas conmigo a la Argentina. Viajé hasta acá para buscarte porque sos mi hombre de confianza. Armemos juntos la vuelta.

—Es una locura.

—Tengo grandes planes...

—Me estás proponiendo una aventura, Loco.

Se defendió «Yuyo», sabiendo que en su propio rechazo iba implícita una aceptación. Después de todo, hacía tiempo que estaba detrás de algo que lo arrancara del sopor de sus últimos días de exilio. Terminaron diseñando juntos el plan del retorno.

El recién llegado le pidió que lo dejara en un locutorio: «Tengo que llamar a Francia», le dijo. «Yuyo» se quedó esperando en el coche, feliz, pensando que su antiguo jefe estaba rematadamente loco, pero tenía el don de la oportunidad: había llegado justo cuando el aburrimiento estaba por matarlo. Y, además, parecía sincero.

Mientras marcaba un número local, y no uno internacional como le había dicho a «Yuyo» un minuto antes, Galimberti vigilaba todo lo que ocurría a su alrededor. Llevaba una cazadora de cuero crudo y tenía una cartera colgando del hombro izquierdo. Parecía un turista alemán. Del otro lado de la línea alguien respondió. Galimberti se alegró de reconocer esa voz.

—Hola, habla Wilkinson. ¿Cómo anda nuestro Malraux?

—¿Loco, sos vos? ¿Por dónde andás?

—Acabo de llegar a Kafkatitlán y quiero verte.

Miguel Bonasso no esperaba esa llamada. Hacía cinco años que no veía a Galimberti. Eran las cabezas visibles de los dos cismas que sufrió Montoneros. Habían estado mucho tiempo sin cruzarse, desconfiando uno del otro. Bonasso acusaba al recién llegado de haber provocado una ruptura «aparatista», manejada como una «conspiración», sin presentar debate hacia el interior de la «Orga», como lo había hecho él en 1980. Pero más lo había disgustado el reportaje que Galimberti dio a la revista *Siete Días*, donde dijo que trabajaba como taxista en París y habló pestes del peronista Vicente Saadi. Le había parecido una «actitud muy botona».

Galimberti, a su vez, creía que «Cogote» se había plegado a la condena a muerte que le había ordenado la Conducción de Montoneros contra los integrantes de su facción. Y le criticaba que hubiera convalidado la Contraofensiva. «Entre su ruptura y la mía, median doscientos muertos. Yo rompí en 1979. Bonasso se quedó para redactar las necrológicas», decía. Pese a las prevenciones mutuas, enseguida combinaron para verse.

«Yuyo» abrió la puerta del acompañante del Volkswagen. «¿Hablaste?», le preguntó. «Sí, los franceses querían saber cómo había llegado. Está todo bien», le respondió Galimberti. Y enfilaron juntos hacia la boutique, donde fueron recibidos por un aullido estremecedor que bajaba desde la terraza. Sunny estaba famélica.

«Yuyo» lo dejó esa noche con «Florance» y comenzó a ultimar los detalles del plan de retorno. Tenía que conseguir buena documentación y buscar un escondite en la Argentina. Galimberti le había dado un fajo de billetes, provisto por unos misteriosos «contactos franceses», para encarar las tareas. Llamó a «El

Manco», un militante cercano al espacio «galimbertista», y lo sumó a la organización. Más tarde ubicó a «Pancho» Langieri y acordaron para verse en Buenos Aires en menos de dos semanas. «Yuyo» se encargaría de conseguir los pasaportes y de hacer la inteligencia previa al ingreso, buscando un punto vulnerable en la frontera.

Al día siguiente, Galimberti le comentó, sorprendido, que había recibido una llamada de Miguel Bonasso: «Quiere hablar conmigo, che. Se enteró de la vuelta y parece que quiere engancharse». «Yuyo» lo dejó a media cuadra de la casa del ex jefe de prensa del Movimiento Peronista Montonero, que lo recibió con un abrazo en la puerta. El encuentro fue corto, duró lo suficiente para que Galimberti le pidiera un ejemplar de su libro *Recuerdo de la muerte*:

—Es que lo leí a toda prisa, en la casa de un compañero en París, pero ahora me gustaría releerlo más tranquilo, así lo comentamos.

—Pero no tengo ejemplares de más. Tengo uno solo, el mío...

—Lo leo en una noche, Miguel. Mañana te lo devuelvo.

Galimberti se marchó con el ejemplar. «Yuyo» lo trasladó a un nuevo destino: había alquilado una casa amueblada y con lugar para tener a Sunny.

Bonasso lamentó haberle prestado el libro. No le había mentido: era el único que tenía y había sido un triunfo que la editorial Planeta se lo hiciera llegar desde su casa central en España hasta su morada en el exilio.

Esa misma noche, Galimberti lo invitó a cenar junto a su mujer Silvia al restaurante más lujoso de México. A Bonasso le desagradó la elección:

—Dejate de romper las bolas, Loco. Hay un montón de lugares lindos y baratos para ir a comer en México, donde no van tipos cursis y pelotudos o funcionarios del PRI.

—No, yo los quiero agasajar, los quiero llevar al más caro. Lo único que te pido es que me guardes esto en algún lado.

Bonasso recogió la pistola, una calibre 38, y la puso lejos del alcance de los chicos. Al rato estaban en viaje hacia San Ángel Inn. Una vez en la mesa, Galimberti comenzó a impacientarse por la cercanía de los camareros. Esa noche comieron y bebieron, sin profundizar en ningún tema. A lo sumo, discutieron sobre el camino que estaba tomando la Revolución Sandinista. Al «Loco» se le antojaba que el comandante Tomás Borge, ministro del Interior de Nicaragua, era de lo más parecido a Roberto Perdía: «Los dos parecen monjes negros». A Bonasso le quedó la sensación de que el Galimberti que hablaba no era el que había conocido. Su discurso se parecía al de Edén Pastora, el comandante que abandonó el Frente Sandinista de Liberación Nacional para alistarse en «la contra». Fue una sensación, nomás. Luego de los postres, el «Loco» se despidió de la pareja. Quedó con Bonasso para juntarse a charlar sobre *Recuerdo...*

El próximo encuentro fue en Vip's, de San Antonio y Revolución, casi esquina Mariano Escobedo. A Bonasso le gustaba ese lugar, porque quedaba cerca de unos apartamentos donde Héctor «El Tío» Cámpora había pasado su exilio junto a su esposa y su perro «Frejuli». Galimberti pidió café. Bonasso, un zumo de naranja exprimido. Serían cerca de las diez de la noche.

—Acá te traje el libro. Me lo devoré. Está muy bueno, che...

—Bueno, gracias...

—Es que me pone muy contento que a un compañero le vaya bien. Me parece bárbaro que se esté vendiendo. Además, Miguel, está muy bien logrado el enfoque ético. Vos viste que es un tema difícil...

—Siempre es difícil hablar de lo que pasó...

—Y no me pegaste mucho. Esa descripción que hacés. A ver, esperá, cómo era lo del «condottiero». Esa frase es tal cual te la dije...

Galimberti tomó el libro de nuevo. Lo hojeó hasta llegar a la página doscientos nueve. Y leyó en voz alta: «Vos pensás que yo soy un condottiero, ¿no es cierto? No vas a confiar en mí hasta que me maten. Vos también sos víctima de la necrofilia nacional. El genio que está vivo se jode. No hay nada más sospechoso que respirar. El que certifica la gloria es Lázaro Costa. El nicho es el único lugar seguro de la honorabilidad de los argentinos. Y bueno, turro, voy a tener que morirme para que me creas».

Los dos rieron a carcajadas. En 1978, durante la Operación México, Galimberti le había soltado ese monólogo luego de dejar en una casa de seguridad a «Tucho» Valenzuela. Habían pasado seis años de aquella charla. Al «Loco» le gustó verse reflejado en el libro. A Bonasso lo seguía fascinando el chisporroteo verbal de Galimberti.

Pidieron más café y una jarra de zumo de naranja.

—Pero Miguel, también hay ciertas cosas... Como te digo... Está muy bien escrito, pero la sustancia es medio jodida.

—No te entiendo, Loco.

—Claro, es medio blanda la visión que tenés sobre ciertos compañeros. Dri no era un héroe. Además, vos sabés que todos los sobrevivientes siguieron trabajando para la Marina.

—No me consta lo que decís. Lo de Jaime es tal cual lo cuento en el libro.

En *Recuerdo de la muerte*, Bonasso se basó en los relatos de Jaime Dri, un militante montonero que en los años setenta llegó a ser diputado chaqueño, para narrar con lujo de detalles cómo la Armada Argentina vejó, mutiló y asesinó al grueso de los cinco mil cautivos que pasaron por la ESMA. Dri fue uno de los pocos que logró escapar de allí. Hasta la fuga, de poco le había servido la solitaria presión que su mujer ejerció sobre el gobierno de Panamá: Olimpia de Dri era ahijada del

general Torrijos, que había hecho cursos junto al dictador Emilio Massera en la Escuela de las Américas.

—Sí, Miguel, pero vos contás sólo una parte nada más. No decís otras, por ejemplo, que «La Negra» Olimpia era la amante de Torrijos. Yo entiendo lo de las licencias literarias, pero me parece que también hay que decir que la fuga del «Pelado» Dri fue arreglada entre Torrijos y Massera.

Bonasso dio un puñetazo en la mesa, despertando la curiosidad de la clientela. Había dejado de lado la sonrisa.

—Retirá lo que dijiste...

—No es para que te pongas así...

—Retirá lo que dijiste o te rompo la cara acá mismo.

Después de decirlo, Bonasso se dio cuenta de que llevaba las de perder: Galimberti practicaba artes marciales. Pero su reacción fue un acto casi reflejo. La tensión se prolongó durante varios minutos. Ninguno de los dos sabía cómo remontar el diálogo.

Galimberti despreciaba a los que habían salido con vida del macabro experimento «masserista». Los consideraba «servicios», a todos por igual. Casi dos décadas después, el periodista Mauro Viale, en su programa del canal estatal ATC, repetiría las mismas acusaciones contra Pastoriza, involucrando además a Liliana Chiernajowsky, ex detenida política y mujer de Carlos «Chacho» Álvarez, en las supuestas maniobras de colaboracionismo con el *staff* masserista[1].

Galimberti terminó cediendo. No porque le faltara coraje, sino por pragmatismo. No quería irritar a Bonasso. Tenía un ofrecimiento para él.

—Disculpame, Miguel, yo digo lo que me dijeron. Yo no sé si es cierto...

—No es cierto y me da por las pelotas que andes repitiendo boludeces. Sabés muy bien que «La Negra» Olimpia es amiga mía. Y lo que decís es una falsedad, una calumnia que la ofende.

—Ya te pedí disculpas, che... Al final sos un calentón como «El Vasquito» Mauriño, un malhumorado, yo no te lo dije con la intención que vos suponés. Digo que eso se pensó. Lo que pasa es que vos idealizás a ciertos compañeros. Yo creo que lo de la ESMA fue mucho más terrible de lo que pensamos. Hubo mucha mierda ahí...

—Loco, quiero que te quede en claro una cosa: creo más en el honor de Jaime Dri que en el tuyo.

---

[1] En México, a fines de 1980, la periodista Lila Pastoriza, que había estado detenida en la ESMA, asistió a una reunión de exiliados. Galimberti se acercó para saludarla afectuosamente. Al día siguiente, la mujer se enteró de que, a sus espaldas, Galimberti la había acusado de pertenecer al Servicio de Inteligencia Naval (SIN). Y además había dicho que contaba con pruebas, nunca divulgadas, de que habría operado junto a los represores en Venezuela, marcando viejos compañeros. Pastoriza lo buscó para recriminarle en la cara lo que consideraba una infamia.

—Lo que decís es insultante.

—Me importa un huevo. Y te digo más, te hago una profecía: si seguís pensando así, no me extrañaría que termines con un carnet de la SIDE en el bolsillo.

Galimberti largó una carcajada. Bonasso no sabía si reír con él o largarse a llorar. La verdad es que sentía afecto por su compañero de mesa. Le desconfiaba lo suficiente como para creer sólo la mitad de las cosas que le decía. Pero no tanto como para ponerlo en la larga lista de tipos a los que le negaría un café. No quería dejar de verlo como una figura extravagante. Una suerte de conspirador profesional. Un aventurero escapado de cualquier novela de Jean Larteguy. Cierta vez pensó, incluso, que Galimberti podía llegar a ser el personaje central de la obra de ficción que algún día, lejos de la tragedia que le había arrebatado a tantos compañeros, se sentaría a escribir para sacudirse toda la tristeza del mundo. Pero cuando le escuchaba decir barbaridades con tanta displicencia se deprimía. A veces pensaba que «Wilkinson» era un soberano hijo de puta.

Pidieron dos cafés más. Ya eran cerca de las cuatro de la mañana. Galimberti sondeaba a su interlocutor para ver si la furia lo había abandonado. Quería hacerle un planteo serio, aunque se daba cuenta de que había empezado mal. Otra vez maldijo ese mandato profundo, casi genético, de soltar las palabras como si fuesen patadas al riñón de un diabético.

—Vamos a los papeles, Miguel. Tengo una propuesta para hacerte. Y creo que te puede interesar.

En media hora, Galimberti lo puso al tanto de lo que su grupo venía «construyendo políticamente» en la Argentina. Le dijo que hegemonizaba un sector de la JP-Unificada. Que a través de Patricia Bullrich mantenía contacto con el ex ministro de Perón y dirigente justicialista Antonio Cafiero. Que venían trabajando para realizar el primer acto de masas de la Juventud Peronista, luego de la dictadura. Y que pensaba relanzar la revista *Jotapé*, la única que se estaba editando dentro del sector juvenil del Movimiento.

—Y estamos buscando un director, Miguel.

—¿Me estás ofreciendo el cargo?

—Sos el tipo indicado.

Bonasso se sorprendió. Un rato antes estaban por agarrarse a las piñas y ahora Galimberti le ofrecía un trabajo de periodista, que era lo suyo, con la posibilidad de regresar a la Argentina. La oferta era atractiva. Pero recordó lo que Galimberti le había dicho sobre Olimpia y le dio dolor de estómago:

—No, Loco, disculpame, pero paso.

—¿Por qué?

—Primero porque tengo diferencias políticas con vos, y segundo porque estoy ocupado con las traducciones del libro. Además quiero que se haga una película...

—¿Pero cuánto podés ganar con ese libro? Si lo que te interesa es escuchar una cifra, yo te ofrezco cinco lucas por mes.

—Mirá, Loco, yo no soy un ejecutivo de la General Motors, no se me puede contratar. Soy un militante político. Así que dejate de hinchar las pelotas, querés.

—Pero son cinco lucas, Miguel.

—Metete las cinco lucas en el ano.

—No te lo tomes así. No quiero ofenderte... Me pregunto cómo podría compensarte si dejás por un tiempo tu carrera literaria para meterte de cabeza a dirigir *Jotapé*.

—No es un problema personal, se trata de una cuestión política.

—Pero Miguel, es una buena propuesta...

—Ya te dije que no. Y decime una cosa: ¿de dónde pensás sacar la plata para financiar el proyecto?

—A vos te lo digo, en confianza: el retorno me lo financia el Partido Socialista Francés.

La revelación no sorprendió a Bonasso. Sospechaba que era otra ficción del personaje. Lo cierto es que no hubo acuerdo. Faltaba poco para que fuera mediodía. Galimberti se quedó fastidiado por la negativa. Bonasso no ocultaba su disgusto. Quedaron en volver a verse. Lo harían sólo en 1995.

Como parte del plan para el retorno, «Yuyo» viajó a la Argentina a fines de abril de 1984 y se encontró con «Pancho» Langieri. Lo puso al tanto de que Galimberti estaba planeando la vuelta y le encomendó una misión: conseguirle una casa segura. «Pancho» le dijo que no había problema. Ofrecía la suya, un piso en Flores. «Yuyo» viajó a Río de Janeiro. Desde allí llamó para comunicar las novedades a su jefe. Lo halló desolado.

—¿Quién habla?

—«Amargo Serrano».

—Yuyo, no sabés lo que pasó. El Manco, che...

—¿Qué pasó con El Manco?

—Manoteó la plata de mi billetera y se fue.

—¿Se largó? ¡Qué hijo de puta...! No lo puedo creer. Yo viajo esta misma noche para allá. Hablamos.

La traición de «El Manco» fue un duro golpe para Galimberti. Más aún, lo hizo dudar por unos días de la factibilidad del regreso. Cuando «Yuyo» llegó y le informó de los movimientos en la Argentina, recuperó algo de ánimo. Desde la casa

mexicana, Galimberti llamó al local que la Juventud Peronista-Unificada (JPU) tenía en el 800 de avenida de Mayo y pidió hablar con Daniel Llano.

—¿Daniel?

—Él habla.

—Rodolfo te saluda.

—¿Qué haces, compañerazo? ¿Cómo andás?

—Bien, bien... Che, te hablo cortito porque estoy en Francia y la llamada sale un fangote...

—Decime.

—Es por el tema de la revista. ¿Vos la registraste?

—No, jamás. Es un acuerdo del espacio, viste.

—Pero me dejó medio intranquilo algo que me dijo Patricia. Parece que hay mar de fondo ahí con la gente de los montoneros y con Gullo.

—Algo de eso hay, es cierto...

—Bueno, en virtud de lo que pudiese pasar, te pido que registres la revista a tu nombre: *Jotapé*, de Daniel Llano. Andate hasta el Registro de la Propiedad Intelectual, que creo que queda en la calle Talcahuano y empezá el trámite.

—¿Lo hablo con «Pancho»?

—No, él está ocupado en otra cosa. Así que del tema de la revista hacete cargo vos.

Llano era un antiguo militante correntino de la UES, que luego del triunfo de la Revolución Sandinista, se había ido a trabajar con los indios miskitos al norte de Nicaragua. A principios de 1982, fue reclutado en México por Galimberti. En marzo de 1984, era el jefe de la redacción de *Jotapé* y el gacetillero de la JP-U[2].

Tras hablar con Llano, Galimberti se comunicó otra vez con «Yuyo», quien le dijo que lo mejor era entrar por el norte, en autocar de línea, como simples turistas. Al parecer, los controles fronterizos estaban relajados. A Galimberti le gustó el plan, pero agregó su sello personal: «Antes me gustaría pasar por Brasil. Quedarme ahí unos días, que es un territorio conocido, para seguir de cerca los

---

[2] Luego de su experiencia con los indios miskitos en el norte de Nicaragua, Llano fue convocado a trabajar por la Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales, que tenía un convenio con la Universidad de Stanford para editar una revista de análisis de la realidad sociopolítica de toda la región de la cuenca del Caribe y Centroamérica. La publicación se llamó *Pensamiento Propio* y Llano fue el director. En abril de 1982, tuvo que viajar a México por problemas de salud de su hija. Allí, por amistades comunes, conoció a Héctor «El Vasco» Mauriño, amigo de Galimberti, quien lo convenció para volver a la Argentina: «Dejá ese paisito de mierda y volvamos al nuestro que por lo menos es un país en serio», le dijo. Otra de las instrucciones de Galimberti para Llano fue la de incorporarse al Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos (MEDH). Por esa organización, Llano integró el núcleo de redactores de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP). Simultáneamente hacía las veces de director de la revista *Jotapé,* que funcionaba como catalizador del espacio juvenil del PJ, en un equipo que también integraba Liliana Mazzure, la esposa del «Topo» Devoto, como diagramadora.

acontecimientos». «Yuyo» le avisó más tarde que viajarían con destino a Buzios, en un mes aproximadamente.

Antes de abandonar México, Galimberti fue a comer a la casa del periodista Jorge Bernetti. Terminaron tomando una botella de whisky en el Barón Rojo, un curioso bar cercano al aeropuerto que funcionaba dentro de un avión en desuso. Mientras bebían, Bernetti trató de convencerlo de que su plan implicaba un grave riesgo físico:

—No vayas, Rodolfo, te van a matar.

—¿Vos creés?

—Es lo que yo pienso. Alfonsín te quiere meter preso. ¿Y si te están haciendo una cama?

—Puede que tengas razón. Pero no me quiero quedar boyando hasta que se apiaden de mí. Estoy podrido de estar de un lado para el otro.

La decisión estaba tomada. Galimberti creía que tenía reservado un lugar en la joven democracia. No se lo habían prometido, pero estaba dispuesto a todo con tal de conseguirlo. El exilio ya se había tornado monótono. Después de romper con los Montoneros, de recorrer Europa en moto, de combatir en Oriente Próximo para sacarse las ganas de pelear una guerra «de verdad», de convencer a los franceses de que era un aliado confiable, de perder a Julieta en un accidente del que se sentía responsable, tenía la certeza de que la vuelta a la Argentina, aun en condiciones de clandestinidad, era la única aventura que justificaba su respiración.

Bernetti insistía en la inconveniencia del viaje:

—Por qué no esperás un poco más. No seas tan arrebatado.

—No, Jorge. Agradezco tu preocupación. Pero ya estoy embarcado.

—Me parece una locura.

Desde los tiempos de JAEN, una singular corriente de afecto los mantenía unidos. Galimberti consideraba que Bernetti era un gran periodista. Y Bernetti no dejaba de alabar el ímpetu del guerrillero. Tres años antes, también en México, habían mantenido largas conversaciones, luego reflejadas en un artículo publicado en la revista *Controversia*, titulado «El pensamiento vivo de Rodolfo Galimberti». Fue el embrión de un libro de Bernetti jamás editado.

El 5 de mayo de 1984, Galimberti festejó sus treinta y siete años. «Yuyo» le regaló un cinturón de cuero crudo, comprado en su viaje a la Argentina. Le calculó mal el talle: daba dos vueltas a la cintura del montonero clandestino. Dos semanas después estaban en Brasil. Galimberti alquiló una casa frente a las playas de Buzios y un «escarabajo» Volkswagen para recorrer la ciudad junto a «Florance» y Sunny, que allí conoció el mar. Sentía devoción por esa perra. Era una suerte de vínculo con Julieta. La única herencia que le había quedado de la relación.

«Yuyo» terminó de abrochar los detalles para cruzar la frontera y marchó con Galimberti hacia Foz de Iguazú.

Al llegar al límite tuvieron que bajarse del autocar para cruzar el río en una lanchita. Ya del lado argentino, fueron hasta la terminal de autocares y sacaron dos pasajes en la empresa Tigre-Iguazú. Galimberti aprovechó para hacerse lustrar las botas. Quería tener el calzado reluciente para pisar de nuevo Buenos Aires. Y pese a que llevaba el pelo tirado para adelante y anteojos de vidrio bien gruesos, fantaseaba con que iban a reconocerlo.

—Están sacándonos fotos, «Yuyo». Estos son de los servicios.

—¿De qué servicios me hablás...? Son turistas brasileños, Rodolfo.

—Imaginate si me sacan una foto y mañana aparece en los diarios, a cuatro columnas, con el título: «jefe guerrillero se hace lustrar las botas». Es un corte.

—Quedate tranquilo, no pasa nada.

—Yo estoy tranquilo pero mirá el lustrabotas, no me quita los ojos de encima. ¿Se habrá dado cuenta de quién soy?

Para bajar la paranoia de su compañero, «Yuyo» apeló a toda su crudeza:

—Loco, no estamos en los años setenta. De los que están por acá, nadie se acuerda de tu cara. Sos lo más parecido que hay a un dinosaurio. Y si te reconocen, lo más probable es que digan «ahí va el cuñado de Patricia Bullrich».

Galimberti hizo un mohín de desagrado. Tampoco le gustaba pasar tan inadvertido.

Fueron veinte minutos arriba del autocar desde Puerto Iguazú hasta la estación Retiro. «Yuyo» había llevado un juego de ajedrez, pero no logró convencer a su jefe de mover una pieza. Galimberti estaba excitadísimo. Hablaba todo el tiempo, atropellando las palabras. No había un dejo de melancolía o tristeza en lo que decía, sólo quejas por el estado de abandono de las rutas y los coches arruinados que usaba la gente. Cuando llegaron a Retiro, «Yuyo» lo paró en seco:

—Loco, sos realmente insoportable.

Galimberti se lo tomó con humor y se escabulló hasta un quiosco para comprar el diario.

—Deme *La Opinión*.

El quiosquero se lo quedó mirando fijo. Galimberti miró a «Yuyo» sin saber qué hacer. Esta vez sí —pensó— lo más probable es que lo hubieran reconocido. Tanteó para ver si llevaba el arma encima. No la tenía. El quiosquero rompió el hechizo:

—¿Gordo, cuánto tiempo estuviste adentro? Ese diario no sale hace un montón de tiempo...

—Eh... Disculpa. Me confundió el formato, viste. ¿Cómo se llama éste?

—*Tiempo Argentino*.

—Ese quiero.

Galimberti subió al taxi echando pestes al quiosquero. «Yuyo» tomó la iniciativa: «Hasta Rivadavia y Pasteur». Se bajaron en esa esquina, y aplicando una vieja regla de antiseguimiento, tomaron otro taxi, esta vez, hasta la casa de «Pancho», en el barrio de Flores. Tras seis años de exilio obligado, el «Operativo Retorno» había sido un éxito.

Capítulo XXIII

El hijo pródigo

Cuando llegaron a la casa de «Pancho» no había champán en la nevera. Ni siquiera una jarra de agua para brindar por la ansiada vuelta del jefe. Era un apartamento humilde, sin demasiadas comodidades, aunque cumplía con los requisitos de seguridad para albergar a Galimberti. Por lo pronto, su ubicación sólo era conocida por «Pancho» Langieri, «El Vasco» Mauriño, el inseparable «Yuyo» y Patricia Bullrich.

La situación legal seguía siendo densa. Los puentes de entendimiento con el alfonsinismo se habían quebrado luego de una charla amistosa con Hipólito Solari Yrigoyen en la embajada argentina en Francia. Los intentos por lograr algún tipo de cobertura del ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno, Dante Caputo, con quien Galimberti había anudado vínculos en el exilio, chocaron con la negativa del funcionario a vulnerar la legalidad constitucional.

Cuando Bullrich informó al grupo del fracaso de sus gestiones con el canciller, el ex guerrillero estalló, furioso: «¡Ese siempre fue una mierda!». Galimberti echaba pestes porque figuraba en un decreto de persecución junto a los mismos comandantes montoneros que lo habían mandado a fusilar[1]. Además, «Yuyo» se demoraba más de la cuenta en recuperar un puñado de armas que había dejado en un embute durante la Contraofensiva de 1979, y encima, la traición de «El Manco» lo había hecho llegar a la Argentina con el dinero justo.

Tan justo que a la semana de vivir en el apartamento llamó a su cuñada, desesperado:

—Mirá, Patricia, estamos en una situación económica complicada...

—¿Qué pasó?

—En unos días tengo que viajar a Brasil para buscar plata. Hay una nueva remesa de veinte mil dólares que mandan unos franceses. Pero hasta que vaya...

---

[1] El radical Raúl Alfonsín ganó las elecciones del 30 de octubre de 1983. Asumió la Presidencia el 10 de diciembre. Firmó un decreto ordenando tanto la persecución de los integrantes de las Juntas Militares como de los jefes montoneros, Galimberti incluido.

—No te alcanza. Me estás pidiendo plata...

—Exacto.

Patricia Bullrich le dijo que no disponía de efectivo, pero que esa misma tarde podía poner en venta su Citroen Ami 8. Galimberti agradeció el gesto conmovido y, por supuesto, aceptó la oferta. La relación entre ambos era la mejor. La Bullrich hablaba con Galimberti en un pie de igualdad. No se le cuadraba como los demás. Su carácter pétreo, reconcentrado, quebrado muy de vez en cuando por una rara sonrisa, provocaba admiración en su cuñado. A la inversa, ella actuaba como si Galimberti fuera un viejo hermano, un tanto desmesurado, pero al que había que respetar por ser el mayor de la familia.

Mientras Patricia vendía el coche, otro grupo clandestino comenzó a rastrear un «dato», como se conoce en la jerga al plan para asestar «un golpe de recuperación económica». Al poco tiempo, lo único que había conseguido era que Jorge «Topo» Devoto filtrara la información[2]. Para entonces, ya era un secreto a voces que «El Loco Galimba» estaba en el país y pensaba actuar militarmente para robustecer sus finanzas.

Molesto por la patinada, Galimberti levantó en peso a los suyos sin demasiados preámbulos ni exquisiteces:

—¡Son unos perfectos pelotudos!

—Rodolfo, la verdad... No pensamos que «El Topo» iba a cagarnos de esa manera. Se fue de boca...

—Tendrían que habérselo imaginado. Parecen principiantes, che... Ahora estamos en medio de un quilombo. Parece que no se hubieran dado cuenta de que yo no estoy de vacaciones acá. Estoy clan-des-ti-no... ¿Saben qué es eso? ¿O se los tengo que explicar? ¡Me la quieren dar, muchachos! Ayer vi un coche... Debía ser gente de la Federal... Me parece que me están siguiendo.

—¿Sabés que tenés razón? A mí también me siguieron —dijo «Yuyo».

Galimberti enmudeció. Su lugarteniente le preguntó:

—¿El que conducía era morocho?

—Morocho era, sí —respondió Galimberti.

—Entonces ya sé quién es.

—¿Quién?

—El lustrabotas de la frontera. Debe de ser agente de la CIA, nomás.

—¡Yuyo, andate a la reputa madre que te parió! Estoy hablando en serio.

---

[2] «El Topo» Devoto trabajaba en una inmobiliaria. Galimberti le envió dos emisarios para que le pasara un «dato»: día y hora en que se firmaría la próxima escritura para irrumpir con armas en el local. Pero Devoto difundió en la militancia que «El Loco» andaba buscando «guita». Luego recibiría el reproche de Patricia Bullrich: «Botón, sacate la gorra antes de saludarme», le dijo a Devoto en el cumpleaños del militante de JP, y cineasta, David Blaustein.

«Yuyo» festejó su propia broma con su típica media sonrisa. La charla, en adelante, fue más distendida.

—Rodolfo, vos siempre con la misma paranoia. Parece que el universo entero te estuviera apuntando.

—Justo vos me lo decís. Sabés bien que si zafamos fue por nuestra paranoia.

—La verdad es que no sé si zafamos por nuestra paranoia, o si nos hicimos paranoicos para zafar de tantos quilombos.

—Lo mismo da, Yuyito... Ahora déjense de joder. Denme bola. De acá en más, redoblamos las condiciones de seguridad, hay que aplicar las reglas de antiseguimiento y fijarse en todo. Por otro lado, tenemos que despejar las dudas sobre si vamos a actuar militarmente o no. Porque corremos el riesgo, después de lo que se filtró, de que muchos tipos ahora no nos quieran dar ni la hora. Hay que salir a decirle a todo el mundo que ni mamados vamos a operar contra un gobierno democrático. ¿Les queda claro?

A «Yuyo» lo asaltó una duda:

—¿Te parece que nos van a creer?

—Depende de que tan convencidos lo digamos.

Después de aquella reunión, Galimberti resolvió que era imperioso crear una malla de seguridad política alrededor de su figura. En medio de lo que consideraba una feroz campaña demonizadora del gobierno radical hacia el fenómeno armado de los años setenta, temía quedar aislado de todo. Habló a solas con la Bullrich, que era el cuadro más político de su estructura. Juntos estudiaron la posibilidad de concertar encuentros reservados con algunos dirigentes importantes del peronismo. Su cuñada le explicó que, a diferencia de Firmenich, Vaca Narvaja y Perdía, calificados como «piantavotos» por los veteranos del Movimiento, él conservaba cierta dosis de cariño porque en su momento el General lo había elegido como representante: «Tomando los recaudos del caso, no veo que tengan mayores inconvenientes en recibirte, aunque estés clandestino».

Eso reconfortó a Galimberti, que luego escuchó con atención los avances logrados por Patricia en el montaje del acto en el estadio Luna Park. Sería la superación —decía Patricia— de una experiencia fallida: la Mesa Coordinadora de la Juventud, paralizada por el *big-bang* que sobrevino a la derrota peronista de 1983. Para ella, al Luna iban a asistir multitudes de jóvenes no identificados con ninguna fracción interna.

Con los preparativos como fondo, ambos arreglaron una serie de citas. Galimberti se presentaría como el hijo pródigo del Movimiento, volviendo a lo suyo. El primero en recibirlo fue José Pedraza, en la propia sede de la Unión Ferroviaria. El sindicalista escuchó fascinado al ex guerrillero que repetía de memoria párrafos

enteros de su libro *La Revolución Peronista*, una suerte de panegírico del peronismo virginal que elevaba a los gremialistas al rango de celosos guardianes de la pureza doctrinaria. Pedraza le dio todo su apoyo.

Otra cita fue en un local de la avenida Callao, cerca del Congreso, donde el gobernador de La Rioja le concedió media hora de atención.

—Te tenés que cuidar, *Yodolfo*.

—Ya lo sé, Carlitos.

—El peronismo no abandona, *Yodolfo*. Nunca abandona.

—Lo estoy comprobando. Es increíble, nadie me pregunta nada raro. Esta es la solidaridad peronista.

—Venga un abrazo, compañero —le pidió Carlos Saúl Menem, antes de despedirlo con una palmada en la espalda y la promesa de un próximo encuentro. Galimberti se marchó llevándose una buena impresión del riojano.

De allí fue a buscar a «Yuyo» que lo esperaba para rescatar las armas del embute. Las encontraron envueltas en hojas de un diario *Clarín* amarillento. Eran dos pistolas y una ametralladora. «Son para defensa personal, Yuyo... Decile al resto que lo tenga claro».

La gira por el Movimiento le reportó algún dinero extra. Al poco tiempo, argumentando razones de seguridad, se compró un Peugeot 404, beige, con papeles falsos. «Yuyo» le hacía de chófer, aunque a veces Galimberti conducía por su cuenta. Así llegó al restaurante La Farola de San Isidro, una semana antes del acto del Luna Park, para reunirse con Patricia y un viejo conocido.

—¡Qué sorpresa verte, Antonio!

—Rodolfo, estás vivo, no lo puedo creer. Me enteré lo de Julieta... No sabés cuánto lo lamento.

Antonio Cafiero y Galimberti se habían visto por última vez en 1973, en la casa de los padres de Cafiero, cuando todavía los Montoneros y el sindicalista metalúrgico Lorenzo Miguel se reunían para debatir sus diferencias políticas, tallarines al fileto de por medio.

Once años después, el ex guerrillero le pidió al camarero un pollo a la portuguesa para homenajearlo. Cafiero no paraba de darle consejos:

—Rodolfo, esto es un proceso. Hay que ir avanzando, pedazo por pedazo. Tu situación ya se va a arreglar. Vos viste que la desesperación es muy mala consejera.

—No se trata de la desesperación, Antonio. Es otra cosa... Ya no puedo volver al exilio. Yo peleé por esta democracia, vos lo sabés. Lo hice con las armas en la mano, poniendo el pecho. Y ahora, los radicales me ponen de ejemplo de la antidemocracia, al lado de Videla y Firmenich. Yo no soy lo mismo. Me alejé de los Montoneros en 1979, lo sabe todo el mundo, por favor...

—Mirá, por ahora el Partido es un quilombo. Vos viste que lo de Alfonsín nos dejó un tanto... cómo decirlo sin sonrojar a Patricia... Con el traste mirando al norte. Pero ésta es una etapa. Aguantá, lo tuyo se va a arreglar.

Brindaron. Galimberti amagó con sacar la billetera. Terminó pagando Cafiero. Al salir del restaurante, Galimberti y su cuñada caminaron dos cuadras para llegar al lugar donde habían aparcado el Peugeot 404. Tuvieron que pasar por delante de la Comisaría primera de San Isidro, simulando que eran una pareja de enamorados. Nadie reconoció al ex jefe montonero, que llevaba los mismos anteojos que usó en Foz de Iguazú.

Mientras conducía, Galimberti sacaba conclusiones.

—Este Antonio, siempre igual.

—¿Por qué lo decís?

—Es un evolucionista, un predicador de la mansedumbre atemporal, un peronista gandhiano.

—Sí, pero hoy en día es uno de los pocos que pueden hablar sin que le emboquen un piedrazo en la cabeza.

Galimberti asintió. Dejó a Patricia en un bar del centro y se fue a lo de «Pancho» Langieri. Durante una semana se recluyó en su casa. Sólo recibía escuetos informes sobre el acto que le pasaba su cuñada. Discutía con ella los contenidos del discurso. Hasta que llegó el gran día.

Las gradas del Luna Park estaban colmadas. La Bullrich no podía salir de su asombro. Iba a hablar ante una multitud por primera vez en su vida:

—¿Cuánta gente calculás?

Pablo Unamuno miró las tribunas, se pasó el índice y el pulgar por el mentón barbado y exageró:

—Habrá unas cuarenta mil.

La Bullrich casi se desmaya. Dante Gullo era vitoreado desde un lado. Los oradores que durante la última semana habían dudado si participar o no, ahora se desesperaban por anotarse en la lista. El único que mantuvo su palabra fue el viejo Vicente Leónidas Saadi. A las nueve de la noche, Carlos Menem mandó un telegrama desde Tucumán dirigido «a los compañeros de la Juventud Peronista», disculpándose porque «por problemas con los vuelos» no iba a poder concurrir. Media hora más tarde envió otro telegrama, esta vez desde Córdoba, informando que iba a hacer lo posible para llegar. A las diez arribó al Luna Park y se anotó como orador. Primero habló Patricia, luego Gullo. Siguieron Roberto Digón, de los tabacaleros; Miguel Unamuno, el papá de Pablo, por el PJ; Saadi; Menem y Eduardo Duhalde. Fue un éxito.

—Un exitazo, ¿cuánta gente me dijiste? —preguntó Rodolfo, mientras maniobraba para aparcar.

Después del acto dieron algunas vueltas en el Peugeot 404, buscando algún lugar para comer. Entraron en la pizzería El Imperio, de Chacarita.

—Pablo calculó cerca de cuarenta mil personas —dijo Patricia.

—Me parece un poco exagerado. ¿Sigue usando anteojos ese chico?

—Bueno, no sé... Serían veinte mil.

—No importa, es un exitazo igual. ¿Y? ¿Qué sentiste al hablar?

—Fue emocionante.

—Guardá aire para cuando te toque hablar desde el balcón de la Casa Rosada.

—Como sigan así las cosas, los que van a seguir hablando desde la Rosada, y por años, son los radicales... El partido es una bolsa de gatos. Tendrías que haber visto a los turros anotándose de apuro como oradores.

—Son las reglas del juego, Patricia. Primero te desconfían. Pero cuando descubren que tienen una tribuna interesante, te abrazan como si fueras un amigo de toda la vida... ¡Quién carajo junta hoy en el peronismo tanta gente! Nadie.

—Voy a comprar el *Clarín*.

Patricia regresó con el diario.

—Mirá lo que pusieron: «Volvió la izquierda peronista en el Luna Park».

Aunque no estaba muy de acuerdo con el título, Galimberti levantó el vaso para brindar. Era el primer acto convocado por la Juventud Peronista desde 1974. Y una de las gestoras principales era su cuñada. El estratega sentenció: «Ahora hay que capitalizarlo políticamente».

No iba a resultarles fácil. Al poco tiempo afloraron tensiones en el seno de la JP-Unificada. Dos sectores peleaban por la hegemonía y otro trataba de terciar en la disputa. Por un lado, Galimberti y su cuñada impulsaban un discurso duro —apegado a la ortodoxia peronista— y propugnaban el combate frontal contra Alfonsín. Por el otro, Dante Gullo sostenía la búsqueda de consensos con el ala «coordinadora» del Gobierno. Y, por último, la estructura residual de Montoneros buscaba seducir a Pablo Unamuno.

Los enfrentamientos se agudizaron cuando Alfonsín llamó a la Plaza de Mayo para sentar las bases del Tercer Movimiento Histórico; en teoría, una corriente en defensa de la democracia que expresara la síntesis de lo mejor del irigoyenismo y el peronismo y, claro está, en apoyo a su Gobierno. Bullrich y Unamuno se opusieron y sacaron un documento titulado «Ni radicales ni golpistas, peronistas», descartando la oferta oficial. El «Canca» Gullo, en cambio, respondió afirmativamente al llamamiento radical.

Las paredes amanecieron tapizadas con carteles firmados por la JP-U convocando a la Plaza de Mayo. Alfonsín aprovechó el acto para anunciar un «plan

de economía de guerra» —un nuevo ajuste económico—, provocando que casi la mitad de la gente se marchara insultándolo.

Gullo cargó ante sus pares con la acusación de haber sido el que mandó pegar los carteles con dinero de la Junta Coordinadora Nacional, el ala filoizquierdista del partido radical. La JP-U había entrado en etapa de descomposición.

Cuando Galimberti se enteró, llamó a Llano, diciéndole que estaba en Río de Janeiro.

—Daniel, ¿pusiste la revista a tu nombre?

—¿Y desde cuando incumplo una orden, mi comandante?

—No te hagás el obsecuente, Gordo...

—Como usted diga, mi comandante... Te enteraste del quilombo, ¿no?

—Era cantado. Este Gullo siempre fue igual. Se debe haber confundido a Alfonsín con Camporita... Te quería avisar que llamaras a «El Vasquito». Te va a decir algo. Dale bola.

—¿Querés que le diga algo a Patricia?

—No. Hablá con «El Vasquito».

Llano suspiró aliviado. Las relaciones con Patricia no eran buenas. Veía a la cuñada del jefe cultivando un estilo personalista que le disgustaba. Con Mauriño se entendía bien, aunque por ese tiempo aparecía poco y nada por el local de la JP-U de avenida de Mayo. Mauriño lo llamó. Combinaron para verse en un bar. Llano esperaba nuevas instrucciones de Galimberti, a quien suponía entrando y saliendo del país. «El Vasquito» primero le pidió perdón por tenerlo abandonado. Y después lo comparó con Gullo: «Vos también, Gordo, al primer chiflido te fuiste rajando con Alfonsín. Dice Rodolfo que le mandés saludos a Sabato». Llano había sido nombrado como redactor de la CONADEP, que investigaba los crímenes de la dictadura y presidía el escritor Ernesto Sabato. «Puta madre, che, no jodas con eso», respondió, quejoso, el correntino. «El Vasquito» tuvo que aclararle que se trataba de una broma.

Llano le comentó que «El Topo» Devoto y su mujer andaban en «algo raro»:

—Es un pálpito, nada más. Yo no sé si éstos no andarán negociando algo con la «M»[3]. Están muy en la suya. Y lo de Pablo ya es un hecho.

—¿Qué pasa con Pablo?

—Está con ellos. Me parece que lo convenció «El Pelado» Perdía.

—Che, ¿y la revista...?

—Por eso no te preocupés. La puse a mi nombre.

[3] Cuando habla de la «M», se refiere a Montoneros.

«El Vasquito» informó al Jefe de la movida. Sus temores se habían confirmado: los ex guerrilleros Vaca Narvaja y Perdía habían logrado captarle una porción de cuadros al «galimbertismo». Galimberti salió a atenderlo en pijama, con un yogur desnatado en la mano. Sobre la mesa había otros tres frasquitos vacíos de yogur La Vascongada.

—¿Eso te dijo el Gordo Llano?

—Sí, ¿a vos Patricia no te dijo nada?

—Me debe de haber dicho, pero no le di bola.

—¿Qué hacemos ahora?

—Por ahora, nada. La revista está asegurada... ¡Con eso los cagamos!

—Pero no hay que olvidarse que tienen toda la guita. Pueden sacar una mejor si quieren.

—Ellos tienen la vaca de la leche cubana atada. Se transformaron en una sociedad anónima, los muy guachos. Pero no tienen política... Con guita podés hacer una revista, pero sin política la quemás. Nosotros tenemos la revista y la política. A la larga, van a venir al pie, yo sé lo que te digo.

Galimberti no dijo cómo iba a lograr pactar una tregua con sus antiguos jefes. Volvió a la cama. «El Vasquito» Mauriño lo dejó pensativo, comiendo a cucharaditas el desnatado de vainilla.

A la semana, Llano llamó a la imprenta del padre Luis Farinello, en Quilmes, para retirar la última revista *Jotapé* fruto del acuerdo entre sectores. Lo atendió Matías, un chico de un barrio marginal a cargo de los trabajos del cura.

—¿Están las cosas?

—¿Cómo si están...? Vos ya mandaste a retirar las pruebas.

—Yo no mandé a nadie.

—¿Cómo que no? Por acá vinieron «El Topo» Devoto y una chica, una tal Liliana, de parte tuya...[4]

—No puede ser.

Llano se subió a su Fiat 133 y se fue hasta la imprenta. No sólo habían retirado las pruebas, sino que además habían modificado la portada y varios artículos, sin consultarle siquiera.

—Me las llevo todas —dijo Llano.

Las cargó en el coche y arrancó hacia Buenos Aires. Cuando estaba pasando por el arroyo Sarandí, tomó los paquetes y los arrojó en el agua estancada. Al otro día, recibió una llamada. Era «El Topo» Devoto:

—¿Qué hiciste, Gordo?

—¿Qué hice con qué?

---

[4] Liliana Mazzure, esposa de «El Topo» Jorge Devoto.

—Con la revista...

—¡No, hermano, qué hiciste vos! ¡Cómo vas a borrar los nombres, cambiar los artículos! Desde ya te digo que tenés un bolonqui judicial en puerta.

—¿Por qué?

—Porque la revista está a mi nombre.

Media hora después, tocaron el timbre en la sede del MEDH de la calle Libertad, a media cuadra de Sarmiento. Eran Devoto, Schprejer y el ex FAR Jorge Reyna, todos ellos colaboradores de la revista:

—Venimos a hablar con vos.

Llano les franqueó el paso. Se puso de espalda contra la pared.

—Queremos las revistas, Gordo.

—Las van a tener que ir a buscar al río arroyo Sarandí.

Los recién llegados se miraron, creyendo que era una broma. Devoto se acercó a Llano, apuntándolo con el índice.

—Las tenés escondidas, Gordo. Mejor que aparezcan.

—Están en el Sarandí, boludo. Ya te dije...

—Gordo, la revista o te cagamos a trompadas.

Llano midió que la puerta le quedaba lejos. Meneó la cabeza, dando a entender que no mentía y se preparó para el combate.

—¡Te vamos a cagar a trompadas! —gritó Devoto y avanzó armado de una silla. Llano logró arrebatársela. Con la batahola, Enrique Pochat, también del MEDH, apareció gritando:

—¡Esta es una casa de paz, señores! ¡Por favor!

Antes de salir, Devoto alzó el índice, apuntó a Llano y lo amenazó.

—Vamos a estar esperándote abajo.

Apenas se fueron, Llano llamó a Patricia, que le dijo que no se hiciera tanto problema: «Cualquier cosa que pase, avisame». Ya había pasado, le dijo Llano. «Ahora estoy en una reunión», se disculpó ella. «El Vasquito» tampoco estaba ubicable. Llano salió al balcón. Devoto y su gente ya se habían marchado. Llano respiró.

El que no podía respirar del ataque de risa que le agarró cuando Llano le relató el apriete era «El Vasquito» Mauriño.

—Es genial, los cagaste a sillazos... Igual, Gordo, vamos a tener que extremar un poquito las precauciones. Mañana nos juntamos para ir cerrados a una casa. Todo el grupo va a estar. Tenemos que definir qué vamos a hacer.

—Che, ¿del Galimba se sabe algo?

—Nada, creo que la última vez que habló estaba en Río de Janeiro.

Al día siguiente, Llano se subió a un Dodge 1500 en la esquina de Callao y Viamonte. Le pidieron que cerrara los ojos. El viaje habrá durado una media hora. Cuando por fin los abrió, Galimberti estaba sentado frente a él.

—¡Cómo anda nuestro combatiente de la Lettera portátil! ¡Che, dejá de comer! ¡Te parecés a mí, ya!

—¡Loco, qué gusto verte!

—Así que casi te cagan a trompadas.

—Intentaron, pero no saben que los correntinos somos jodidos.

—Los montoneros también son gente jodida, Daniel. Pero le tienen cagazo a la sillita voladora.

Era un día soleado y fresco. Estaban reunidos «El Vasquito», Llano y Galimberti en un piso de Coghlan. La idea era relanzar la revista, no crear una corriente interna. La publicación había quedado muy bien parada entre la militancia. Expresaba una línea orientadora que había logrado llevar miles de tipos al Luna Park, según explicaba entusiasmado Galimberti. «Hay que sacarla ya». Llano le recordó que primero había que pagar las que tiraron al arroyo Sarandí. El jefe insistió:

—Vos no te hagas problemas. Viste como es nuestra historia: te bajás del Boeing y después andas juntando moneditas para la ensalada. Pero para la revista, guita va a haber.

La charla duró cuatro horas, matizada con mate y té. Galimberti le dijo a Llano que la nueva *Jotapé* tenía que «servir de punto de encuentro de un montón de gente que no acepta la resignación alfonsinista ni el vaciamiento ideológico del peronismo».

—Quiero una revista de trinchera, que sea un puesto de combate. Bien antisistema... Hoy no existe casi nada, Gordo. La CGT no existe, el partido no da pie con bola, los montos son una empresa... Alfonsín gobierna con la clase media, nomás.

—Mal no le va.

—Por ahora. El otro día, cuando planteó la «economía de guerra», media Plaza se le fue a la mierda. Los morochos están medio en la luna, pero cuando toquen el primer convenio sindical, se los van a querer comer. Y no hay que olvidarse del efecto que van a tener los juicios con los milicos. El alfonsinismo tiene una pésima política con las Fuerzas Armadas. Va camino de la guerra civil, es una locura.

—Pero la gente ve un uniforme y sale espantada...

—Porque el discurso dominante es antimilitarista y Alfonsín lo interpreta a las mil maravillas. Los yanquis no quieren saber más sopa con los milicos, tienen partitura nueva. Primero los mandaron a hacer cagadas. Ahora los quieren

crucificar y la clase media, así como festejó la asunción de Videla, ahora quiere festejar su fusilamiento.

—Si bajamos ese discurso en la revista corremos el riesgo de quedar pegados a los milicos.

—Esas preocupaciones déjaselas a Dante Gullo. Nosotros tenemos que contar la historia como fue. Acá, los únicos dos demonios que existen son la oligarquía y el imperialismo. Vas a ver que en un par de años, la tortilla se va a dar vuelta.

—¿Y para quién jugamos en la interna? Hay muchachos que se quieren ir con Grosso y la Renovación...

—La nuestra tiene que ser una revista peronista, sin aditamentos. Tiene que flotar por encima de las líneas internas, apuntar a lo trascendente, a las tres banderas históricas... Vamos a trabajar para salvar la esencia revolucionaria del peronismo.

Poco a poco, Llano empezó a cabecear afirmativamente. Siempre le pasaba con Galimberti. Si lo dejaban —pensaba— es capaz de convencerte de la cuadratura del círculo. O de lanzar una revista como instrumento de salvación de las almas, que para el caso era lo mismo. De aquella reunión, algo había quedado en claro: por las finanzas no había que preocuparse. En su viaje de regreso, «El Vasquito» le explicó que eso no era tan así. Que cuando Galimberti alardeaba de tener dinero, lo único seguro era que en los bolsillos no tuviera un céntimo. El correntino se sobresaltó:

—Che, pero sin guita no se puede hacer.

—Hay tres ideas, Daniel. Una es que los jetones del peronismo pongan la plata...

—¿La segunda?

—Que unos contactos en la socialdemocracia francesa se apiaden de nosotros.

—Y la tercera.

—Esa es más compleja...

—No me decís nada.

—Conseguirla con una operación muy grossa —dijo Galimberti.

No hubo más preguntas. El viaje siguió en silencio. «Muy grossa», se quedó pensando Llano. ¿Sería un secuestro? ¿Un golpe maestro? La idea le generaba temor. Pero era parte de una generación habituada a confundir el miedo con el desafío militante.

Capítulo XXIV

Operación Valijas

La falta de dinero siguió siendo una constante. Las remesas que Galimberti decía estar esperando de Francia llegaban en cuentagotas o no aparecían; y los aportes de sindicalistas y políticos amigos eran irregulares. La revista estaba en un nuevo impasse y el desaliento contagiaba a la tropa. A comienzos de 1985 se habían producido algunas deserciones hacia el aparato residual de Montoneros. Para colmo, Galimberti comprobaba que su cuñada Patricia, principal espada política de su dispositivo, se volvía cada día más autónoma y recibía ofertas para sumarse en soledad a la Renovación Peronista, el ala socialdemócrata del Justicialismo.

Galimberti estaba ansioso, y por lo tanto, presa de un apetito salvaje. Cubría citas de un lado a otro de la ciudad devorando yogures desnatados, por la mañana; potes enteros de queso sin sal, durante el mediodía; y cualquier plato —pastas, carne o pescado— cuando caía la noche.

Un día subió a Llano en el Peugeot para recorrer sindicatos junto a «Yuyo». No consiguieron recaudar nada. Al final de la amarga jornada, «Yuyo» aparcó en una esquina donde había una tienda abierta. Al verla, se miraron entre sí. Dudaron entre asaltarla o pedirle la comida de gorra. No hicieron ni una cosa ni la otra. Juntaron hasta la última monedita a la luz de un farol para que Llano entrara y pidiera:

—Doscientos gramos de mortadela y un cuartito de pan francés...

Comieron dentro del Peugeot 404. Galimberti trataba de no dañarse las encías con la corteza de la flautita, mientras se quejaba de la pobreza y despotricaba contra Firmenich, Vaca Narvaja y Perdía, a quienes calificaba de dirigentes paradojales: «Son los comandantes ricos de una guerrilla exterminada. En ningún lugar del mundo se vio algo así». Para la digestión, se fumó una pipa y al ver que lo escuchaban más por cortesía que por otra cosa, se puso pensativo. Al rato «Yuyo» arrancó y dejó a cada uno en su casa.

Al otro día Galimberti los reunió para comentarles que Roberto Perdía se había puesto en contacto con él. El ex comandante montonero quería verlo en Brasil «para discutir política». Ahora Galimberti estaba contento. La llamada le había cambiado el humor. Tenía un objetivo táctico: acudir a la cita en Brasil y acordar una «tregua» entre ambos bandos. Pero ésa sólo sería la cobertura de una operación mucho más ambiciosa, digna de John Le Carré, que Galimberti había resumido en tres puntos: 1) reinsertarse en el aparato montonero; 2) ganar poder dentro de la estructura; y 3) provocar una ruptura y llevarse los fondos, incluido lo depositado en Cuba por el secuestro de los hermanos Born.

En Brasil, Perdía le ofreció adherirse al lanzamiento del Peronismo Revolucionario, la nueva sigla de la agrupación. El antiguo capitán de la Columna Norte respondió que no tenía problemas en hacerlo, pero pidió tiempo para explicárselo a sus militantes. Perdía le transmitió un mensaje de Firmenich donde decía que lo apreciaba, que todavía conservaba la cruz de plata que le había regalado en 1976 y que su vuelta al redil le levantaría el ánimo. Galimberti se sintió reconfortado.

—Agradecele de mi parte, Pelado.

—Lo voy a hacer... Rodolfo, si no estás con nosotros, ¿con quién vas a estar? Nosotros te damos un lugar, el tuyo, vos te lo ganaste con tu sacrificio, con tu militancia... Te lo reconocemos.

—Es un avance. Hace un tiempo habían ordenado fusilarme...

Perdía se sirvió un mate y lo miró como diciendo «vos no cambiás más». Antes de regresar a Buenos Aires, Galimberti se enteró de que había una nueva orden de captura en su contra. La había dictado el juez Miguel Pons, basado en una vieja causa por «asociación ilícita», iniciada en la época de la dictadura. La lista de los requerimientos era larga: Osvaldo Lovey, el sacerdote Jorge Goya, Óscar Bidegain, Fernando Vaca Narvaja, Juan Gelman, Sylvia Bermann, Lili Mazzaferro, Manuel Pedreira, José López, Horacio Chaves, Elena Romero, Pedro Orgambide y Pablo Fernández Long. Paradojas de la justicia democrática, el exhorto girado por Pons a todos los organismos de seguridad internacionales involucraba a tres dirigentes montoneros que habían sido asesinados por los militares: Jorge Gullo —hermano de Dante—, Adriana Lesgart y Norberto Habegger. Los tres figuraban como «desaparecidos» en los archivos de la CONADEP. Galimberti tuvo que entrar al país con más cuidado.

A los suyos les informó que el plan marchaba de maravillas. Que con Perdía habían identificado un enemigo común: «la teoría de los dos demonios». Con eso habían aplacado las diferencias y encontrado un margen muy amplio de trabajo político en conjunto. Pero Galimberti había regresado con un dato clave. Los comandantes montoneros delegaban el manejo de los asuntos financieros e

inmobiliarios de la organización en Daniel Zverko, quien era, además, asistente personal de Perdía. Todo figuraba a nombre de Zverko. O a nombre de otras personas que le respondían[1].

Dentro del ambiente montonero, ya era conocido como «el hombre de la valija». Se sabía que era el encargado de retirar del aeropuerto de Ezeiza la remesa de cien mil dólares mensuales que, en concepto de intereses por el multimillonario depósito pos-Born, enviaban las autoridades cubanas a la organización. A punto de babearse, Galimberti comentó con Daniel Llano:

—Gordo, le vamos a chupar a Zverko. Lo vamos a corromper. No nos vamos a hacer más problemas por la guita, ya vas a ver...

—Mirá que ellos también tienen su aparatito de inteligencia. ¿No desconfiarán de nosotros?

—Va a ser un proceso casi natural. Esta va a ser una operación de lujo... Zverko va a terminar pidiéndonos que lo aceptemos.

Galimberti había recobrado la autoestima.

La iba a volver a perder a media tarde, mientras paseaba junto a una compañera por el recién inaugurado shopping Soleil. Esa sensación de andar a la vista de todos sabiendo que estaba contraindicado para cualquier perseguido lo excitaba. Caminaba por el paseo de compras cuando advirtió que una mujer no le sacaba los ojos de encima. Se sobresaltó, pero al verle cara conocida se relajó un poco. Ella lo encaró:

—Así que sos vos... ¡Hijo de puta!

Galimberti pensó: tragame tierra. Ahora la reconocía. Era Rosalía Cortés, la ex esposa de Óscar Braun, su mecenas más importante en el exilio. La viuda continuaba agitando la sospecha de que Galimberti había mandado matar a su marido tras enterarse de que planeaba abandonarlo. En síntesis, dejar de financiar sus actividades.

—Así que sos vos... ¡Hijo de puta!

Galimberti quiso sortearla:

—Perdón, no la conozco. No sé de qué me habla.

—Ahora te hacés el pelotudo, ¿no? Sí que me conocés. Vos mataste a mi marido.

---

[1] En 1977, en México, Galimberti había reclutado a Zverko para sumarlo al cuerpo especial de custodia de Firmenich y compañía. Al producirse la revolución nicaragüense, Zverko fue uno de los que integró la comitiva montonera que viajó a Managua para aportar un millón de dólares a la triunfante guerrilla sandinista. Contaba como gran anécdota que se había llegado a sentar en el sillón abandonado del dictador Anastasio Somoza. Más tarde, cuando los Montoneros arreglaron con Vicente Saadi para editar el diario *La Voz,* Zverko actuó como gerente de personal. Su estilo arrogante, que bordeaba la provocación, le causó más de un problema con la comisión interna de la publicación. En una asamblea gremial, los había amenazado con su pistola.

La gente empezó a pararse para ver el espectáculo. Galimberti se quedó helado. Se le trababan las palabras. La táctica de hacerse el distraído no le estaba dando buenos resultados. Cortés daba gritos histéricos y lo insultaba cada vez más. El ex guerrillero sabía que en una situación como ésa lo recomendable era actuar rápido. Por un segundo se le cruzó una idea loca. Palpó la pistola 7.65 con silenciador que llevaba siempre encima. Fue un reflejo. Se arrepintió al segundo. Optó por tomar a Cortés del brazo y llevarla hacia un lugar apartado:

—La loca sos vos. Qué querés, que me maten acá mismo. Pará un poquito...

—No paro un carajo, vos sos un hijo de puta. Ojalá te agarren y te pudras en la cárcel.

—Te equivocás, no es como vos pensás. Te llenaron la cabeza. Yo no tuve nada que ver con la muerte de Óscar...

La amiga del prófugo intervino: «Loco, pará con la lata. Hay que rajarse. Esto está lleno de polis». Fue suficiente. Galimberti dejó de atenazar el brazo de Cortés y huyó blanco como un papel. Dejó a la viuda llorando, con su hijito aferrado a la falda.

Después anduvo todo el día con un fuerte dolor en el pecho. «Yuyo» quiso llevarlo al hospital, pero Galimberti se negó. El encuentro con la viuda de Braun lo había dejado muy mal.

Al cabo de unos días estaba otra vez trabajando obsesivamente en las alternativas de la «Operación Valijas». Zverko ya había sido avisado por la jefatura montonera del acercamiento con «El Loco». Enseguida entró en confianza con Galimberti. El «Peronismo Revolucionario» era una gran familia.

El 14 de marzo de 1986 Plaza Once estaba minada de cazadoras negras. Era el atuendo reciclado del nuevo ejército montonero. Caladora negra, jeans azules, barba y pelo largo, aunque no mucho, como para sostener la identidad. El cartel del PR —la nueva sigla de la «Orga» hacía su presentación en sociedad— estaba flanqueado por las imágenes de Perón y Evita. La Marcha Peronista y el humo denso de los choripanes llamaban la atención de la gente que volvía de trabajar para zambullirse en los vagones de tren de la línea Sarmiento. Desde el escenario se leían mensajes. Uno, grabado, recibió una cerrada ovación: era el de Mario Eduardo Firmenich. Algunos se animaron con los viejos cantitos. Después leyeron el de Galimberti. Hubo silbidos.

El rubio de la esquina quedó tocado por los nuevos aires de la vieja liturgia. Catorce años atrás movilizaban setenta mil personas cuando se les ocurría. Bastaba un solo chiflido para que la gente se juntara detrás de la bandera. Pero, claro, catorce años atrás el mundo estaba para ser dado vuelta como una media. Y las cosas, ahora, eran diferentes.

Una breve ráfaga de nostalgia lo desacomodó. ¿Dónde estarían sus viejos compañeros? Recordó la risa de «Oaky». Las jodas de «Tomás». Las cabronadas de «El Gordo» Lizaso. Cada mañana, al levantarse, se topaba con las caras de todos ellos. Entonces odiaba al tipo que se le aparecía en el espejo del baño. Odiaba a los que lo adulaban. Había aprendido a mentir. A tener una doble vida. Una triple conciencia. Su vida era la suma de la sangre de los otros.

Pero ahora estaba ahí, frente a la parada del autobús 98, mordiéndose los labios para no treparse al palco. Para no atrasar el reloj aunque más no fuera por un rato y volver a gozar con lo de antes. Cuando era mejor persona.

De golpe se dio cuenta de que lo habían reconocido. Echó pestes para sus adentros. Se fue caminando por la calle La Rioja, a contramano, como marcaba la regla de antiseguimiento. Al día siguiente la noticia, diminuta, apareció en los diarios: «En un acto realizado por el PR en Plaza Once fue visto Rodolfo Galimberti».

Llano llamó para decirle que estaba loco. Cómo iba a ir a un acto así. Galimberti negó que hubiera estado cerca siquiera. Llano pasó a comentarle que estaba a punto de mandar a la imprenta el número cinco de *Jotapé* con el editorial crítico sobre el proyecto de Alfonsín de mudar la Capital Federal a la ciudad de Viedma, en el sur argentino. La recolección de dinero había quedado en manos de Llano y de «La Chuchi» Claudia Peiró, quien figuraba ahora como co-directora en el *staff*.

Galimberti impartió nuevas instrucciones y con «Yuyo» al volante se fue a encontrar con Zverko en una gomería de Lomas de Zamora, ubicada en el 400 de la calle Tucumán. Tras meses de relación formal, entre ambos había surgido una gran simpatía. Galimberti, poco a poco, fue logrando que «el hombre de la valija» colaborara en algunas iniciativas políticas al margen de los acuerdos con el PR. Cierto día le encomendó un trabajito:

—¿Vos te acordás del documento de los «guardianes»?

—¿Cuál?

—Ese en que estaba trabajando «El Gallego» Álvarez.

—Sí, ahora me acuerdo. Pero es viejísimo. Era algo así como «la unidad de los combatientes», ¿no?

—Salió después de lo de Malvinas. ¿Vos lo podrías ir a ver al «Gallego» para decirle que quiero hablar con él?

Zverko acató. Llegó hasta la puerta de la casa de Alejandro Álvarez, jefe espiritual de la agrupación Guardia de Hierro.

—Pasá. ¿Qué te trae por acá, che?

—Tengo un mensaje de Rodolfo.

—¿Qué Rodolfo?

—Galimberti.

—Hace años que no lo veo. ¿Qué quiere el chanta ese?

—Conversar con vos.

—No hay problema.

Al cerrar la puerta, Álvarez meditó unos segundos aferrado al picaporte. Había visto a Galimberti por última vez en 1972. Pero hablar, lo que se dice hablar, lo había hecho un par de años antes, en un convento de jesuitas en Colonia Caroya, provincia de Córdoba. Después, cuando Galimberti se sumó a Montoneros, fue su adversario: Álvarez jamás adscribió a las políticas radicalizadas. Los «guardianes» decían utilizar armas sólo para defensa personal y se autodefinían con orgullo como «disciplinados» y «ultraverticalistas». Tras el golpe, algunos de sus cuadros fueron asesinados y otros se sumaron al proyecto político del masserismo. En 1982, después de la rendición en las islas Malvinas, Álvarez elaboró un documento llamado «Unidad de los Combatientes por la Patria», que pretendía buscar puentes de entendimiento entre ciertos líderes sindicales, vestigios del montonerismo y represores arrepentidos. La idea era gestar un acuerdo —se sugería la posibilidad de una amnistía amplia y generosa para los acusados por violaciones a los derechos humanos— que garantizara la estabilidad de un hipotético gobierno peronista.

A Galimberti lo sedujo la propuesta. Estaba en la línea de acuerdo con el frente militar que tanto defendía. Zverko llamó a «El Gallego» Álvarez para confirmar el encuentro. Sería en una pizzería ubicada en avenida del Tejar, en el barrio de Saavedra. Álvarez no solía ir solo a esas citas, pero esta vez no quiso avisarle a nadie. Galimberti llegó con una bolsa pesada. Se paró frente a «El Gallego» y taconeó, marcial. Álvarez no quería llamar la atención:

—Dejate de joder, boludo... Nos van a cagar a tiros. ¿Qué traés en esa bolsa?

—Pasaportes, Gallego —le dijo el ex guerrillero.

En realidad, Galimberti venía cargado de armas. Dejó la bolsa debajo de la mesa. Álvarez había ido desarmado. A diferencia de su compañero de mesa, él no estaba prófugo. Para empezar, pidieron una pizza grande de mozzarella.

Hablaron de los errores de juventud. La soberbia, entre ellos. Álvarez aprovechó para bajarle línea a su interlocutor. Parecía estar en una cruzada evangelizadora: «Ustedes querían el sillón del General. Peleaban por eso, lo mismo que Isabel, López Rega y la dirigencia sindical. Y al período del terror y el crimen, que inauguraron ustedes, siguió otro de mayor robo y crimen. Ya en otra escala, con otro tipo de armas. A los jóvenes, ahora los eliminan con la droga».

Galimberti escuchaba en silencio. Álvarez siempre le había inspirado cierto respeto. Lograba climas litúrgicos con sus arengas. Tras el sermón de ese día, llegó el momento del pedido:

—Yo quiero pedirte una cosa, Gallego. Quiero que seas el nexo con los militares que estén dispuestos a dialogar conmigo.

—¿Con qué se come eso?

—Quiero que me presentes a uno pesado. Que haya estado en el frente de batalla y que acepte verse cara a cara conmigo. Álvarez contuvo la respiración por un rato. Se pasó la mano por la colita del pelo y le dijo:

—Lo puedo hacer. Pero con una condición...

—Lo que vos quieras, Gallego.

—Que lo manejemos a este nivel, entre nosotros. Porque si dejamos que lo maneje la hinchada, vos viste cómo es la cosa... Hay algunos que son más papistas que el Papa y van a pudrir todo.

Galimberti le garantizó que se trataba de un pacto de caballeros. Pagaron y se despidieron. Al día siguiente, Álvarez habló sobre el tema con Mario Gurioli, un viejo cuadro de Guardia de Hierro. Para ellos, era la oportunidad de comprobar si la tesis del documento era válida. Gurioli le comentó que Patricia Bullrich, con quien hablaba habitualmente, le había sugerido lo mismo que su cuñado.

Gurioli integraba la bancada de Diputados del PJ que, desde las elecciones de 1983, presidía Herminio Iglesias. Su asesor era Víctor Lapeña y un delegado de la Marina, el capitán Jorge Rádice, el experto en cuestiones militares que lo acompañaba a todas partes.

El «Grupo Gurioli» buscaba la ejecución de un convenio celebrado entre la Armada Argentina y la empresa alemana Thyssen para la construcción de dos submarinos. Una unidad se ensamblaría en los astilleros nacionales de Domecq García, y la otra en talleres de Europa. Los «guardianes» justificaban su alineamiento con el masserismo en razones de índole patriótica: explicaban que la planta de fuerza de las naves, un reactor nuclear de dimensiones reducidas, podría utilizarse para generar energía eléctrica barata en las provincias de Catamarca, Salta y La Rioja. Una vez provista por los germanos, esa pieza de última tecnología, según sus argumentos, «ahorraría al país mucho dinero en tendido de cables de alta tensión».

El principal *lobbysta* del proyecto en la Comisión de Defensa del flamante Parlamento era Rádice. En los sótanos de la ESMA, cuando oficiaba de secretario de Massera, solían llamarlo «Ruger». Los sobrevivientes lo recuerdan por su gran «calidad persuasiva» para lograr que los «chupados» le cedieran los títulos de sus propiedades, lo que en la jerga se conocía como el «botín de guerra». Rádice era contador. Pero en los operativos del GT 3.3.2, «Ruger» portaba un fusil con mira telescópica para eliminar a los oponentes. Era el francotirador de la pandilla de la ESMA.

En marzo de 1986, Álvarez, Gurioli, Bullrich, Zverko y Galimberti, junto a otros militantes de Guardia de Hierro, se reunieron para comer un asado en un campo de Guernica.

Conversaron sobre dos temas: la autocrítica de la violencia en el seno del peronismo de los años setenta y la mejor forma de confrontar con el gobierno de Alfonsín. Allí combinaron para volverse a ver. «Vas a poder hablar con la gente que andás buscando», le dijo «El Gallego».

Se eligió un lugar neutral: San Clemente del Tuyú, a 280 kilómetros de Buenos Aires. Los preparativos del «encuentro físico» quedaron a cargo de los militantes de Guardia de Hierro. El día acordado, Álvarez pasó a buscar a Galimberti por el Cruce Echeverry. El ex guerrillero estaba con Zverko y un compañero de Lomas de Zamora, el dueño de la gomería que Galimberti utilizaba ocasionalmente como aguantadero. Viajaron en dos coches alquilados. Sobre el portaequipaje de uno, Galimberti había ordenado cargar una canoa. Dentro de ella mandó ocultar una ametralladora pesada.

Tomaron por la ruta 2. Durante el recorrido, Álvarez le precisó el lugar de la cita: sería el parque acuático Mundo Marino, en un bar cercano a las piscinas de los delfines. La temporada de verano llegaba a su fin, ya había poca gente en la costa. La idea era «pasar inadvertidos», le dijo.

Cuando llegaron a Mundo Marino, bajaron de los coches. Galimberti llevaba dos bolsas negras con armas. El diputado Gurioli estaba esperándolo. Juntos enfilaron hacia las piscinas. Rádice los recibió de pie. Oculta bajo la chaqueta, tenía una pistola 9 mm. Hubo un apretón de manos seco pero cordial. Por detrás de Galimberti apareció un hombre de chaqueta beige. Era del grupo de marinos.

—Les recomiendo que dejen las «herramientas» a un costado.

Rádice también se despojó de lo suyo. Álvarez le confesó por lo bajo a Gurioli: «Para mí que nos están dando la lata, che». «El Gallego», un tanto afecto a las teorías conspirativas, sospechaba que Galimberti, en realidad, era un doble agente del Servicio de Inteligencia del Ejército. Fundaba su teoría en una charla con Leopoldo Galtieri en la que el general le habría dicho que tenía al guerrillero trabajando para el Ejército desde fines de 1976.

De Mundo Marino fueron a una casa que consiguieron allegados al intendente del Partido de la Costa, Juan de Jesús, del PJ local. Allí Rádice le comentó a Galimberti:

—Mi papá era peronista como vos. Zapatero era. Un tipo de trabajo.

—Si era peronista, sería un buen tipo.

—De lo mejor, por supuesto.

Hubo un silencio. Otra vez Rádice tomó la delantera:

—Yo quería decirte que maté a mucha gente, a muchos compañeros tuyos... la ESMA era un infierno. A veces siento que estoy muerto... Muerto en vida.

—Yo siento lo mismo. También me mandé muchas cagadas.

Mientras hablaba, Rádice se fue encorvando, su figura se desvanecía.

—Yo estoy arrepentido de todo eso.

Galimberti se sintió incómodo viendo cómo su antiguo enemigo se desmoronaba. Decidido como estaba a buscar coincidencias, le descerrajó una frase temeraria.

—No sufras tanto. Si hubiésemos tomado el poder, nosotros hubiéramos hecho lo mismo con ustedes.

Rádice tardó unos segundos en comprender la dimensión de la frase. Le pareció demasiado generosa. Se lo dijo. Galimberti se sintió reconfortado.

Ya de regreso, le comentó su impresión a Zverko:

—Parece un pobre muchacho este Rádice.

Y le dio las instrucciones de rigor:

—De esto, nada a nadie, Daniel. La hinchada todavía no está preparada para entender estas cosas.

En pocos meses, Zverko había pasado de ser simple contacto con el Peronismo Revolucionario a cómplice necesario del encuentro con Rádice, una de las más audaces y secretas movidas de Galimberti.

Roberto Perdía aún insistía en llamarlo «El Loco Galimba», como si fuera un personaje simpático e inofensivo. Estaba empeñado en sumarlo como apellido ilustre al PR. No imaginaba cuál era el verdadero plan de su antiguo archienemigo.

A mediados de 1986, Galimberti hizo un pedido formal de incorporación a la Mesa Nacional del PR, durante un Congreso realizado en Porto Alegre, Brasil. Estaban las autoridades nacionales, los representantes de las provincias y los dirigentes de masas más destacados. Al llegar, Galimberti se topó con el joven Pablo Unamuno, que en los últimos años había sido un aliado en la experiencia de la Juventud Peronista-Unificada. Unamuno sentía admiración por el ex guerrillero. A sus oídos habían llegado decenas de anécdotas donde aparecía enfrentándose a tiros con la burocracia sindical, haciendo de contención en una operación militar y poniendo en riesgo su vida para salvar la de los otros. Su madre, Lidia Saralegui, había sido subordinada de Galimberti en tiempos de JAEN. La historia del ex líder de la JP tenía un aura especial. Sin embargo, conociendo el enfrentamiento que mantuvo con la Conducción de Montoneros, a Unamuno le llamaba la atención que Galimberti ahora tuviese un discurso tan alcahuete.

Para matar el tiempo entre las sesiones del Congreso, jugaban mucho al ajedrez. Mientras Unamuno movía las piezas, Galimberti se dedicaba a relatar

historias en voz alta, captando sobre todo la atención de los militantes novatos. Aunque no sólo la de ellos: Zverko lo miraba embelesado.

En el Congreso de Porto Alegre, Galimberti se quedó con la responsabilidad de organizar el aparato de prensa del PR. Había conseguido, incluso, que el presupuesto no fuera mediatizado por el Área de Finanzas. Por orden de Vaca Narvaja y Perdía, Zverko sería el encargado de proveerle el dinero que necesitara. Galimberti sólo tenía que pedirlo.

Al llegar a Buenos Aires, Galimberti se reunió con «Yuyo», Llano y Peiró para sintetizar la experiencia brasileña. El grupo había sufrido dos bajas importantes: la de «Pancho» Langieri, que había sido detenido en junio durante un paro de la CGT, acusado junto a Carlos González y Luis Ortiz —dos militantes orgánicos del PR— de agredir a colectiveros que no se plegaban a la medida de fuerza; y la de Patricia Bullrich, que no quiso saber nada del reacercamiento a la nueva versión de Montoneros.

Con todo, Galimberti cerraría el año 1986 con un balance positivo. Había acumulado contactos en el frente militar, mucho antes que los montoneros oficiales; continuaba teniendo el dominio de la revista *Jotapé*, y la «Operación Valijas» marchaba viento en popa. Zverko ya era, en la práctica, un hombre de su aparato.

No le había costado demasiado este avance. Había tenido que firmar una declaración («Frente a los congresos del PJ y la CGT») junto a Mario Firmenich, Roberto Perdía, Jorge Cepernic, Fernando Vaca Narvaja, Inés López, Héctor Pardo, Pablo Unamuno y Jorge Salmón, que fue publicada el 17 de noviembre de 1986, en el aniversario del «Día de la Militancia». Y comprometió su aparición, con foto y un pequeño texto, en un cuadernillo azul del PR, titulado: «Mensaje al Pueblo de cinco patriotas perseguidos», donde se recordaba la gesta electoral del 11 de marzo de 1973. La adhesión de Galimberti, comenzaba así: «Desde este injusto exilio que padecemos...».

Capítulo XXV

El amor de Shaffer

Para marzo de 1987, Galimberti estaba en la Argentina, tenía una cobertura como empresario y se hacía llamar «César Shaffer», nombre que le había robado a un primo. Shaffer hacía misteriosas reuniones en una productora de videos de la calle Ortega y Gasset, del barrio de Belgrano, hoy conocido como Las Cañitas. Cada día llegaba a la empresa con un BMW y a los vecinos, sorprendidos por el desfile de jovencitas a cualquier hora, los tranquilizaba diciéndoles que se trataba de modelos citadas para hacer casting. Todo era una pantalla. El dinero para montar la falsa productora lo había puesto Zverko, convencido por Galimberti.

Dolores Leal Lobo, la novel secretaria de la productora, no entendía bien qué era lo que ocurría a su alrededor. Había muchas cámaras, mucho dinero en equipos, gente que entraba y salía, pero se trabajaba poco y nada. De vez en cuando aparecía algún cliente y ella se encargaba de mostrarle el video de propaganda. Pero en esas oficinas nadie se hacía demasiados problemas si el recién llegado se marchaba espantado. Lo único que sacudía la modorra de Dolores eran los movimientos del enigmático Shaffer.

A ella no le gustaba ese puesto. A fines de 1986, una amiga le avisó que una productora recién instalada buscaba una asistente. Dolores acababa de llegar de los Estados Unidos. Antes de decidirse se fue de vacaciones a Punta del Este. Al regresar, aceptó el trabajo para «despejarse». Pensaba que iba a ser la encargada de llevar los cables y la plomada cuando los equipos salieran a filmar. Con el paso de los días, no pasaba de atender llamadas para Shaffer. Con veintiún años y tres idiomas, aspiraba a algo más.

Su jefe era una persona atenta. La saludaba cuando entraba. Le guiñaba el ojo cuando salía. Si le pasaba una llamada, se lo agradecía con una sonrisa. A Dolores le causaba gracia que bajara y subiera de peso con tanta facilidad.

El 5 de mayo, César Shaffer cumplió cuarenta años. La gente le organizó una fiesta. Dolores aceptó participar, pero cuando vio que se bebía demasiado, se sintió mal. Además, había chicas que no parecían modelos: estaban casi sin ropas.

Saludó y se fue. Cuando se subió a su Volkswagen se halló maldiciendo a Shaffer por ser tan «mujeriego». Más tarde se dio cuenta de que había comenzado a gustarle. A la semana, Shaffer la notó hostil y le preguntó qué le pasaba. La secretaria tenía la respuesta preparada:

—No me anda bien el coche. No arranca.

—¿Te ayudo a arreglarlo?

Al final del día salieron juntos a la calle. El «escarabajo» estaba aparcado en Ortega y Gasset, a unos veinte metros de la productora. Ella ocupó el asiento del acompañante. Shaffer se sentó al volante. Apenas le dio contacto, el coche arrancó. No había rastro alguno del desperfecto. Se miraron. Ella dio un gritito de sorpresa.

—¡Arrancó! ¡No lo puedo creer!

—¿Estás segura de que no arrancaba?

—¿Qué insinuás?

—Te pregunto si querés ir a comer.

A pesar de haber buscado la situación, Dolores dudó un momento. Tenía muchas ganas, pero aceptar la invitación así, tan rápido, no estaba bien. Su jefe podía pensar que era una cualquiera. Lo cierto es que no encontró excusa para zafar. O no quiso encontrarla. Terminaron comiendo en la parrilla Alba, muy cerca de la embajada de Estados Unidos. Fue una cena a la luz de las velas, regada por un tinto añejo. Ella sacó el tema de la fiesta de su cumpleaños.

—Para mí fue un plomo.

—Para mí también, pero los chicos querían festejar...

—No entiendo a los hombres.

—Y yo no entiendo a las mujeres. Estamos empatados. No está mal para empezar.

A ella le gustaba el sentido del humor que tenía Shaffer. Parecía estar de vuelta de todo. Esa noche, la llevó a su casa. Como un caballero, la despidió en la puerta. Dolores sentía temblores. Le costó conciliar el sueño.

Al día siguiente, le dijo a su madre que había conocido al hombre de su vida y que tenía decidido irse a vivir con él. A Liser Carbajo no le cayó mal la decisión de su hija. Después de todo, junto a su ex marido —un antiguo gerente de la Ford— la habían educado en lo que llamaban «libertad responsable». La chica había estudiado en el Liceo Francés de la calle Ramsay, desde el jardín de infantes hasta que fue una adolescente. Tenía como profesora de inglés a una vietnamita que, en plena dictadura, les contaba horrorizada que en la Argentina había «campos de concentración como en la Alemania de Hitler».

El padre de Dolores era un lector incansable. Dueño, además, de un gran espíritu aventurero. Dolores recorrió Latinoamérica junto a él. Conoció Machu

Picchu en agosto de 1978, con sólo doce años. Vivió con unas tribus indígenas en el Amazonas y luego fue a México. Más tarde quedó impactada por Colombia. Al regreso de la travesía, descubrió que sus padres discutían más de lo debido. Tenían que elegirle el secundario. Decidieron de común acuerdo mandarla al Santa Unión, un colegio religioso. Fue la última decisión conjunta que tomó el matrimonio. Dos años después, en 1980, Liser Carbajo se casó con el príncipe Fabrizio Ruffo y Garante di Calabria y se fue a vivir a un castillo en las afueras de Roma. Dolores iba a visitarla todos los veranos. Su nueva familia no le desagradaba: eran gente de la aristocracia, muy fina, que despreciaba la estridencia de los «nuevos ricos». Estos se codeaban con la verdadera realeza. La hermana de Fabrizio, Paola (también llamada Dolores) era la mujer de Alberto de Bélgica.

Dolores veía todo como si fuera una película. En los años ochenta era una chica que se paraba los pelos con jabón para disgusto de su madre. Le gustaba la moda punk y escuchaba a The Cult. No tenía para nada en claro qué quería hacer con su vida. Su madre desesperaba con tanta indecisión. Al término del secundario la obligó a inscribirse en la Universidad de California, en Santa Bárbara, para que estudiara inglés. Mientras hacía el curso Dolores descubrió una pasión: la alta cocina. Y se le despertó otra que tenía adormecida: el cine. Antes de radicarse en los Estados Unidos había hecho algunas cosas en video con un grupito del Santa Unión. Así que apenas terminó con el inglés, se anotó en el seminario sobre Jean Luc Godard. Conoció a Jim Jarmusch. Lo anticonvencional la seducía. En 1986, con veinte años, la atrapó la nostalgia. Quiso regresar a la Argentina para buscarse un trabajo. Lo encontró en la productora. Y allí el amor, de la mano de Shaffer.

Su amiga de la productora, «Florencia» Falcón, la arrinconaba a preguntas. Quería saber qué había pasado esa primera noche, después de lo de parrilla Alba. Dolores fue sincera: «No mucho, quedamos en volver a cenar juntos». «Florencia» entonces la cargaba, pero por dentro respiraba intranquila: ella le hacía la cama de «Shaffer» dos veces por semana.

Dolores y César Shaffer fueron a cenar una vez más, al mismo lugar. Ella volvió a estremecerse con sus relatos. «César» le decía que era mentalista, aviador, adivino y amante del *I Ching*. Ella no le creía nada, pero la cautivaba que le mintieran con tanto talento. «César» la invitó a cenar por tercera vez para decirle algo importante. A ella le dio taquicardia. El la tomó de la mano, la miró a los ojos y la fue abrazando despacito con palabras:

—Dolores, a esta altura de mi vida, no creo que vaya a conocer alguien más dulce que vos. Sos joven, hermosa, tierna... Me siento atraído como pocas veces me pasó... La otra noche, cuando te dejé en tu casa después de lo de Sinclair, te extrañé. ¿Sabés hace cuánto no extraño así a una persona?

Dolores lo miraba embobada. Ansiaba escuchar algo así. Todo le parecía muy romántico: las velas, el cabernet, la mano de él cubriendo la suya, y sus palabras, que eran como caricias. Parecía una escena de película. Pensó que tenía que decir algo. Se quedó muda. Siguió él:

—Hay algo que tengo que decirte. La situación lo exige...

Ella puso cara de no entender bien. Tal vez fuera una broma. La asaltó una duda: «¿Será casado?». Sus ojos abandonaron el brillo de hacía unos segundos. Ahora Dolores aguardaba una revelación amarga. La propuesta de un amor furtivo, desgraciado, destinado a los entrepisos de las confiterías, a los horarios insólitos. «César» continuó:

—No soy la persona que dije que era...

Dolores estaba a punto de estallar. Era cantado. Cómo no se había dado cuenta. «¡El muy guacho!». Ahora hasta se le notaba la marca del anillo. «¿Tendrá hijos?». Escuchaba una voz que repetía un nombre. Volvió a prestarle atención:

—Soy Rodolfo Galimberti. Vivo clandestino, me busca la policía porque fui guerrillero y tuve que ver con todo lo que pasó en la década de los setenta. Vos sos muy chica, tal vez no sepas mucho...

Ella no entendía bien. ¿Cómo? ¿Rodolfoquién? ¿No era casado?

—Pero hay más, Dolores. Hay algo muy importante que quiero decirte. Yo te estoy contando la verdad. No se lo podés contar a nadie. Si decidís acompañarme, va a ser una elección tuya, y no podés involucrar a tu familia en esto. Vas a tener que dejar tu casa... Ya vamos a pensar algo.

Dolores Leal Lobo entendió que «César» o «Galimberti» o quién fuera, le estaba ofreciendo una aventura al margen de la ley. Estaba excitadísima. Terminaron abrazados, gritando, gimiendo, mordiéndose, en los altos de un restaurante de la calle Sinclair. Galimberti lo había bautizado «El Matadero», y era propiedad de Alejandro Genoud, el cuñado de «El Vasco» Mauriño.

De madrugada, él la dejó en su casa y se despidió diciéndole: «Pensá en lo que te dije y después hablamos. Yo te voy a traer unos libros para que leas». Ella se avergonzó de no saber quién era ese tal «Rodolfo Galimberti» que «César» le nombraba. Se preguntó si habría matado a mucha gente. Apenas entró en el piso corrió al teléfono. Llamó a una amiga «progre», que era de ir a librerías progresistas como «Liberarte» y «Gandhi», y se interesaba por las cosas que habían pasado en los años setenta.

—Ana, voy a dormir a tu casa.

—¿Pasó algo?

—No, nada malo. Es que no quiero dormir sola.

Se tomó un taxi hasta el centro. Ana la recibió en la puerta, casi dormida. Dolores la abrazó con fuerza. Sabía que no podía contarle nada de lo que «César»

le había dicho. Al rato se sentía explotar y preguntó a Ana si sabía quién era Rodolfo Galimberti. La amiga le dijo que sí: «Fue uno de la Juventud Peronista que después se hizo de los Montoneros. ¿Viste los que mataron a Aramburu? Bueno, se juntó con esos. Che, pero decime una cosa, ¿a qué se debe tu interés repentino? Nunca te interesó nada de esa historia». Dolores le dio una excusa mientras Ana preparaba las camas.

No logró pegar un ojo en toda la noche.

Al país entero le costaba dormir por esos días. El pasado regresaba como pesadilla a cada momento. En su edición del 27 de marzo de 1987, *El Informador Público* anunció en portada: «Ante una inminente crisis militar se acelera el pacto radical-peronista». Un sector del Ejército preparaba una protesta a raíz de los juicios contra oficiales involucrados en violaciones a los derechos humanos durante la dictadura. El 7 de marzo, el Centro Naval denunció que con los procesos abiertos, a los que calificó de «políticos», se trataba de debilitar a las Fuerzas Armadas. El 17, el Círculo Militar declaró que «el personal que perdiera su grado en los estrados judiciales sería reconocido de todos modos como socio de la entidad». El clima del país se espesaba. Entre tanta agitación, cerca de un millón de fieles participó en la misa de Ramos que celebró el papa Juan Pablo II en la avenida 9 de Julio, el 12 de abril. Una semana antes, Rodolfo Galimberti había firmado un manifiesto del Peronismo Revolucionario aparecido en *Clarín*. Encabezada con el saludo «Bienvenido Juan Pablo II», la declaración guardaba el tono litúrgico: «Señor, algunos de nosotros, militantes de la organización Montoneros, que en determinadas circunstancias empuñamos lealmente las armas para resistir a la opresión, no estamos exentos de culpas. Por eso, como el hijo arrepentido de tu parábola, te decimos: "Padre, pequé gravemente contra el Cielo y contra Ti; no merezco ser llamado hijo tuyo"».

Galimberti se divertía. Las cosas estaban cambiando en la dirección que él había anticipado a su gente. Y en la faz más íntima, había hecho un avance importante. Por las mañanas, Dolores le servía café con leche y medialunas. Leían los diarios juntos y comentaban las principales noticias con acidez.

El martes 14 de abril de 1987, el juez Martín Irurzun indagó al ex ministro de Bienestar Social de Isabel Perón, José López Rega, en la causa que se le seguía por su participación protagónica en el montaje de la Triple A. Para descomprimir la situación, la Cámara de Senadores pensaba aprobar los pliegos de ascenso de 185 oficiales de las Fuerzas Armadas. Los organismos de Derechos Humanos anticiparon su impugnación. Por aquellas horas, el clima deliberativo en varias unidades del Tercer Cuerpo de Ejército transformaba cada encuentro entre camaradas en verdaderos mítines políticos. De una de esas reuniones participaron el mayor Ernesto «El Nabo» Barreiro y un enviado del teniente coronel Aldo Rico, el hijo de

asturianos que ocupaba la jefatura del Regimiento de Infantería 18 de San Javier, provincia de Misiones. Rico no pudo concurrir, pero las líneas generales de su pensamiento eran conocidas de sobra por Barreiro.

El 15 de abril, Barreiro se negó a comparecer en una causa por torturas a una estudiante, a la que habría dejado morir, y se recluyó en una guarnición cordobesa. Dos días después, Rico declaró a la agencia Noticias Argentinas «estar a cargo» de la Escuela de Infantería de Campo de Mayo «encabezando un movimiento que propone una solución política para el problema de la guerra contra la subversión». José Luis Manzano, jefe de los diputados peronistas, se puso a disposición del gobierno constitucional. La CGT de Saúl Ubaldini llamó a la movilización en defensa de la democracia. En todo el país, la gente se volcó a las calles para repudiar el levantamiento. El Gobierno dispuso que el general Alais, cuñado del general Guillermo Suárez Mason, se trasladara con sus tropas desde Entre Ríos para reprimir a los oficiales sublevados. El lento Alais jamás llegó a destino. Mientras la gente se movilizaba, operadores de todas las corrientes políticas negociaban en la trastienda con los amotinados. El 19, Antonio Cafiero y el dirigente sindical Armando Cavalieri traspasaron los portones de Campo de Mayo para entrevistarse con Rico. Por la tarde, el presidente Alfonsín habló ante una multitud reunida en Plaza de Mayo para anunciar que los amotinados habían depuesto su actitud. Los llamó «héroes de Malvinas». Pidió a la gente que rodeaba los cuarteles que se retirara. Dijo que la casa estaba «en orden» y deseó «Felices Pascuas» para todos.

La luna de miel entre Alfonsín y las clases medias, puntal de su gobierno, comenzaba a resquebrajarse.

Eso divertía aún más a Galimberti. Cuando él se marchaba, Dolores se calzaba los lentes y atacaba la montaña de libros que su nueva pareja le había dado para estudiar: Montoneros, de Richard Gillespie; El 45, de Félix Luna, y Perón, de Joseph Page, entre otra docena de obras con temáticas similares. Además, siempre dejaba algún ejemplar de *Jotapé* sobre la mesa. Ella se asustaba al hojearlo. Los títulos le parecían violentos. Más de una vez, mientras leía los artículos de la revista, se descubrió exclamando: «Ay, Dios mío, las cosas que ponen!». Hablaba sola. Pasaba la mayor parte del día así. Sola. Galimberti estaba siempre muy ocupado, con citas aquí y allá. Dolores nunca fue a las reuniones de la revista. Ni ella quería meterse ni él se lo proponía. La única logística que permitía el amor era que ella oficiara de chófer, al volante de su «escarabajo», y sólo si los tiempos así lo exigían.

Ella lo esperaba en el coche, leyendo alguno de los libros que él le había dado. Llegó a esperarlo doce horas. Así comprendió que la vida clandestina era dura. Rodolfo no le había mentido.

A Galimberti se lo notaba más saludable. «El Gordo» Llano sospechaba que esa súbita mejoría tenía que ver con alguna pollera nueva, pero en el local de Boedo 1771, donde funcionaba la flamante redacción de *Jotapé*, no se sabía demasiado. Era una regla de oro: la doble vida del jefe era sagrada. A Llano también le había cambiado el humor. Soplaban nuevos aires. Zverko ya se había divorciado del PR para pasar a ser el nuevo jefe de Finanzas del grupo de Galimberti. El flujo de divisas, aunque discontinuo, ahora era importante. El dato era conocido sólo por un selecto puñado: ya habían montado la falsa productora de TV, dos pisos en la zona de Martínez para el jefe, uno más en el barrio de Coghlan —que en principio funcionaría como depósito de armas, pero donde también pensaban instalar una central para interferir comunicaciones de la SIDE, la Policía Federal y el Servicio de Inteligencia Naval—, además contaban ahora con servicio de documentación propio —DNI, pasaportes— y varios coches legales.

En lo político, Galimberti estaba obsesionado con el fenómeno acaudillado por el teniente coronel Aldo Rico. Era la confirmación de la tesis que había esbozado en su libro *La Revolución Peronista*: un sector del Ejército autoproclamado «nacionalista» ponía en jaque a la «partidocracia liberal» en nombre del «Proyecto Nacional». Y su líder, carismático dentro de las filas de la institución, además se definía como peronista.

Un viejo suboficial logró el salvoconducto para hacer entrar a Galimberti en la Escuela General Lemos de Campo de Mayo, donde Rico estaba preso bajo custodia de Gendarmería. Galimberti fue con documentación falsa, confeccionada por su propio servicio. Llegó hasta una casa más bien pequeña y fue recibido por el líder «carapintada».

—¿Vos sos Galimberti? Te hacía más alto.

—Le voy a pedir que no me tutee de entrada. Usted tiene mal carácter y yo vengo a discutirle fiero. Si después llegamos a algún acuerdo, ahí sí, nos tuteamos de por vida. ¿Qué le parece?

—¿Usted qué sabe hacer?

—Yo sé cebar mate. ¿Y usted?

—Yo sé boxear.

—¿Quiere agarrarse a trompadas?

—Mejor agarre la pava y déjese de pavadas.

Se vieron dos meses más. En el segundo encuentro, Galimberti le llevó de regalo un cuadro original del pintor Enrique Breccia, donde se ve a un soldado del Ejército Argentino con un puñal ensangrentado en la mano y a sus pies un soldado inglés muerto, con la leyenda «Volveremos». Rico se conmovió tanto que sacó de debajo de su camastro dos granadas españolas FMK2 y se las obsequió a Galimberti

a modo de presente. Desde ese día, el mayor Jorge «Quico» Jándula quedaría como nexo entre los dos.

Galimberti ya había comenzado a tomar distancia de los montoneros del PR. Antes de romper tuvo un último gesto de lealtad corporativa: la «Carta abierta a Horacio Verbitsky», publicada en *Crónica* el 7 de agosto de 1987, donde comparó a Mario Firmenich con Nelson Mandela y atacó al periodista de *Página/12*, tildándolo de «apologista de la teoría de los dos demonios», «héroe módico» e «inspector de revoluciones». Fue su última aparición como «miembro de la Mesa Nacional del PR»[1].

Con el manifiesto Galimberti saldó una deuda de fidelidad con los remanentes de la orgánica montonera y, a la vez, identificó al que sería uno de sus blancos predilectos: Horacio Verbitsky. Hubo, incluso, quienes leyeron una elíptica amenaza de muerte contra el periodista en las dos líneas finales del texto. A Llano y Peiró, sus colaboradores de *Jotapé*, Galimberti les taladraba los oídos explicándoles: «Ahora resulta que hubo montoneros buenos y malos. Los buenos son los que piensan como Verbitsky. Los malos, los que lo contrarían. Pero nadie dice que este señor publicó un libro auspiciado por la Fuerza Aérea durante el Proceso»[2].

Jotapé le pertenecía y la publicación gozaba de prestigio entre la militancia. Tenía corresponsales en todo el país. Vendía cerca de ocho mil ejemplares por número y repartía otro tanto, de forma gratuita, en dos docenas de Unidades Básicas amigas. Una porción nada despreciable de los figurones del peronismo aparecía colaborando en sus páginas. Saúl Ubaldini firmaba largos artículos. José Pedraza, de la Unión Ferroviaria, ponía plata. Andrés Rodríguez, de UPCN, también. Fernando Melillo, referente de Carlos Grosso en la Capital Federal, escribía notas. Claudia Bello aportaba lo suyo. El gobierno de Entre Ríos ponía publicidad pagada. La revista, pensaban sus editores, estaba en su mejor momento. Era hora de mejorarla. Había un proyecto para dotarla de una redacción más numerosa y mensualizarla. A mediados de 1987, estaban buscando un nuevo secretario de redacción. Hasta ese momento, todo el peso del trabajo había recaído sobre Llano y

---

[1] La comparación con el —por ese tiempo— encarcelado líder antiapartheid Nelson Mandela se debía a que Mario Firmenich, con petición de captura internacional, había sido detenido en Río de Janeiro el 13 de febrero de 1984. Lo acusaban por el secuestro extorsivo de los hermanos Jorge y Juan Born y los homicidios de Alberto Bosch y Juan Carlos Pérez. Fue extraditado a la Argentina el 20 de octubre de 1984, y quedó alojado en la cárcel de Villa Devoto. Fue condenado a prisión perpetua el 14 de junio de 1988 e indultado por el presidente Carlos Menem en 1990, junto al general Jorge Videla y el comandante Emilio Massera. Tras varios intentos fallidos de reflotar la organización Montoneros como corriente interna del Partido Justicialista, Firmenich decidió autoexiliarse en Barcelona, donde trabó amistad con el escritor Manuel Vázquez Montalbán. Realizó estudios de posgrado con excelentes calificaciones y obtuvo el apoyo de organizaciones no gubernamentales. En la actualidad, relanzó Montoneros y se presentó como candidato para las elecciones presidenciales de 2003.

[2] En 1979 Verbitsky publicó un libro sobre «Transporte Aéreo», junto a un comodoro retirado. Hizo dos más durante la dictadura: uno sobre yoga y otro sobre comida judía.

Peiró. Cuando lo consultaron con Antonio Zueco, un colaborador ocasional, propuso un nombre: Claudio Díaz.

Díaz era un chico que colaboraba con *Jotapé* de forma bastante irregular, aunque estaba muy bien visto en el gremio. Trabajaba en *El Periodista* y escribía notas para *El Porteño* atacando las privatizaciones de las empresas del Estado, y sobre todo, a Rodolfo Terragno, el ministro de Obras Públicas, uno de sus principales impulsores. Díaz denunciaba «el remate del patrimonio nacional» con un estilo mordaz que hacía recordar a Arturo Jauretche. A Galimberti le gustaba ese desenfado. Le preguntó a Llano qué le parecía «el pibe» para el cargo de secretario. Llano fue al grano: «Mirá, yo creo que está bien. Es joven, es periodista, lee a Norberto Galasso, nos puede conseguir a Fermín Chávez, baja una buena línea política... A mí me gusta».

El día que Zueco le trajo la novedad, Claudio Díaz se entusiasmó. El cargo le interesaba, pero más lo atrapaba la idea de aportar ideas desde *Jotapé* para generar una nueva FORJA, una agrupación que reunía a los intelectuales nacionalistas y antibritánicos de la década de los treinta. Pese a su juventud, era un peronista sentimental. Vivía con su familia en Haedo, una ciudad del suburbio bonaerense, y militaba en la Unidad Básica de su barrio. Pero en 1983 había votado al Partido Intransigente, espantado por las candidaturas peronistas de Ítalo Luder y Herminio Iglesias. Después se había volcado en el periodismo, al que entendía como una prolongación de su militancia en el campo del «pensamiento nacional». En eso andaba cuando Llano lo llamó para invitarlo a tomar un café.

—¡Claudito, Zueco nos habló maravillas de vos! Me imagino que sabés por qué te dije de tomar un cafecito.

—Bueno, algo me comentó. Están buscando gente...

—¿Vos sabés quién financia la revista?

Claudio Díaz sabía lo que se comentaba. Que Galimberti era uno de los que ponía la guita. Nada más. Llano tomó aire. Tenía que ver cómo se lo decía. Utilizó el tacto:

—Galimberti. Rodolfo Galimberti. ¿No te espantás?

—Algo sabía...

—Pero ojo, es una cosa que hay que mantener en secreto. Vos sabés que está clandestino, que tiene prohibida la entrada al país. Si lo ven, la Coordinadora radical lo mete en chirona.

Díaz le dio todas las garantías. Quedaron para verse un par de días más tarde. Llano no le dijo dónde.

A la semana sonó el teléfono en la casa de Díaz. Era Llano: «Che, Claudito, hay una gente que te quiere conocer. Hacemos una reunioncita, qué te parece. Es importante. Viene «La Chuchi» Peiró también. Yo pensé que la podíamos montar

cerca de tu casa así no tenés que moverte tanto, ¿está bien?». Claudio Díaz dijo que sí.

Al otro día, llegó al bar acordado: Vikingo, sobre la avenida Rivadavia, a una cuadra de la estación ferroviaria de Ramos Mejía. Hacía frío. A lo lejos vio venir a Llano con Peiró. Cuando entraron no pidieron nada: «Vamos, che, que esta gente nos espera en otro lugar». Salieron los tres, cruzaron las vías, y caminaron hacia la plaza. Llano le dijo a «La Chuchi»: «Ah, ya llegó». Díaz divisó a un tipo grandote, con un chaquetón con corderito en el cuello, parado en medio de la plaza. Llevaba lentes y una bolsa enorme colgada al hombro. Cuando estaban a menos de diez metros, Llano miró cómplice a Claudio: «Bueno, acá está el hombre». Díaz se lo quedó mirando. No se parecía a Rodolfo Galimberti. Al clandestino se le encendió la cara: «¡Ah, qué grande, Claudito, venga un abrazo!». Un tren pasó tocando bocina. Galimberti abrió el juego:

—Es un gusto conocerte personalmente, me gusta mucho el estilo que tenés. Te vamos a mejorar un poco. Te tenemos que pulir porque vos todavía arrastrás cosas del pensamiento típico del intelectual de izquierda. Igual la tenés clara, estás en el buen camino. Aparte, siendo «forjista» ya tenés una base para trabajar.

Llano interrumpió:

—Vamos yendo, muchachos.

Empezaron a caminar rumbo a una parrillita, La Tablita, que quedaba a cuatro cuadras. A Claudio Díaz le agarró el miedo. Pensó: «Este tipo está prófugo. Llega a caer la poli y quedamos todos pegados». Galimberti le adivinó el pensamiento.

—Tranquilo, no va a pasar nada. Hay gente que está en los alrededores, que opera con nosotros y nos está dando protección.

—Yo no tengo miedo —dijo Díaz.

Fue lo único que alcanzó a replicar. Pero tenía el corazón en la boca. Pidieron asado. Galimberti hablaba tranquilo, sin levantar la voz. Se había sentado cerca de un ventanal, casi al fondo, sobre un sector que da a la segunda Rivadavia, frente a la puerta principal. Claudio Díaz le preguntó por qué.

—Yo me siento siempre de frente, así puedo ver. Si me vienen a buscar, bueno, intentaré hacer algo o no, pero no puedo estar de espaldas porque soy muerto seguro. Me entregaría como un boludo. Recordalo siempre, Claudito: soldado que huye sirve para otra guerra.

Soltó la carcajada. Llano estaba comiendo. «La Chuchi» miraba hacia fuera a cada rato. Galimberti quería saber dónde estaba parado políticamente Díaz.

—Para nosotros la revista debe ser un aglutinante de la militancia que, sin perder de vista la nueva etapa, rescate las experiencias de los años setenta. Mi idea

es montar un núcleo que acompañe la reflexión del conjunto hasta que se den las condiciones para un nuevo movimiento revolucionario dentro del peronismo.

Díaz estaba de acuerdo con Galimberti. Le gustaba la visión política del ex guerrillero. Galimberti estaba verborrágico, como de costumbre:

—Yo no confío en nadie, Claudito. Ni en Cafiero, ni en De la Sota, ni en Manzano. Te digo la verdad, prefiero a Herminio Iglesias antes que a todos éstos. La Renovación es una mariconada. Es el peronismo domesticado. Una cosa rosa que no va a poder encauzar la esencia revolucionaria del peronismo. Hay que buscar en la camada de dirigentes jóvenes a ver si aparece alguien con aptitud para conducir. Yo estoy para acompañar, para aconsejar. Alguna experiencia tengo.

Díaz le dijo que la revista le gustaba. Que había una especie de comunión entre lo que él pensaba y lo que *Jotapé* bajaba como línea política. Galimberti lo paró en seco:

—Yo tengo una misión para vos. Quiero que, a partir de los contactos que tenés en el medio, debés estar bien parado porque trabajás en *El Periodista*, en *El Porteño*, levantés el prestigio de la revista.

A Claudio Díaz se le ocurrió comentar que estaba trabajando en un libro con Antonio Zueco. Galimberti ya lo sabía. Era una investigación sobre la ultraderecha en la Argentina. Puso cara de haber pisado mierda:

—Claudito, te estás metiendo con un tema con el que no deberías meterte... Está bien, es cierto, los nazis también son enemigos nuestros, pero no son el enemigo en esta etapa... El enemigo principal ahora, y sabés que te lo digo como luchador popular, es el capitalismo, la dependencia.

Claudio Díaz no se animó a polemizar, aunque se prometió seguir adelante con su libro. Galimberti le dijo algo así como que dejara el tema de la ultraderecha para los comunistas escandalizados, a los zurditos de buenas conciencias.

—Es un tema que los apasiona. Por eso siempre estuvieron a contramano de la historia. Por eso acá el Partido Comunista no existe. Hay que leer a Franz Fanon y a los teóricos del marxismo, no a los intérpretes baratos. Y para que veas que te aprecio, te traje esto...

Sobre la mesa había un paquete bastante abultado. Claudio Díaz había pensado que eran armas, por cualquier cosa. Pero no. Eran las obras completas del intelectual de la izquierda nacional Jorge Abelardo Ramos. Galimberti le recomendó uno en especial: *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina*. Su preferido.

—Yo hice el camino correcto. De la derecha a la izquierda, a la inversa de lo que hicieron tipos como Jorge Castro o Jorge Bolívar... Esos tipos antes se comían a los chicos crudos. Yo me peleaba con ellos cuando estaba en Tacuara. Les decía «zurdos de mierda» y ellos me gritaban «facho de mierda...». Lo que son las vueltas de la vida. Terminamos al revés.

Claudio Díaz se reía. Y le daba la razón, mientras peleaba con unas mollejas. Galimberti le parecía un personaje simpático. Carismático ciento por ciento. Alguien con «más Avellaneda que Recoleta». Llano también le caía bien. «La Chuchi» era más callada, pero se notaba que estaba curtida en estas cosas. Por momentos, se percató Díaz, ella lo miraba a Galimberti entre fascinada y enternecida. Se le ocurrió que podían ser pareja. Fue una idea, nomás. Galimberti volvía a hablarle.

—Vos vas a ser un poco el dueño de la cosa periodística. «La Chuchi» se va a encargar más de la construcción política. Vos, tal vez, podrías interesar a otros periodistas. Ocuparte de traer firmas de tipos con peso: Fermín Chávez, por ejemplo. ¿Se te ocurre algún otro?

—A mí me gustaría que aparecieran Norberto Galasso, Jorge Enea Spilimbergo, Vicente Muleiro...

—Me encantó. Vas entendiendo de qué se trata, Claudito.

Peiró pidió la cuenta. Galimberti miró el reloj. Antes de despedirse abrazó a Claudio Díaz. «Vos hablá con Llano», le dijo. Y salió a la calle seguido por su séquito.

Claudio Díaz se quedó solo. Pensando que había aceptado participar en una empresa con resultado impredecible.

La idea le atraía.

En ese tiempo, Galimberti vivía en plena efervescencia. Casi no dormía. Un día «La Chuchi» le trajo una noticia que lo paralizó.

—Murió tu papá —le dijo—. Fue hace dieciocho días.

Don Ernesto había muerto de un ataque al corazón. Había terminado su libro sobre la genealogía familiar, pero no había logrado reencontrarse con su hijo. Galimberti recordó las recomendaciones de «Yuyo»: siempre le pedía que lo fuera a visitar.

—Un abrazo después de diez años los va a reconfortar a los dos...

Pero Galimberti sentía que el aparato de seguridad del Estado estaba detrás suyo, y se negaba.

—Conocí un montón de tipos clandestinos que cayeron cuando fueron a visitar a sus padres a su casa o al cementerio...

A la única que le había dispensado una visita que quebraba sus reglas de seguridad fue a Julieta. De vuelta en el país, Galimberti se prosternó ante su tumba del Jardín de Paz y enterró una bala de su pistola 9 mm. Durante media hora, quedó en silencio.

El 6 de septiembre de 1987, Raúl Alfonsín sufrió su primer revés electoral. El Justicialismo ganó en la mayoría de los distritos del país. Antonio Cafiero era el nuevo gobernador de la provincia de Buenos Aires y virtual cacique de la oposición.

Rodolfo Galimberti, desde la retaguardia, festejó el cambio del tablero político. El radicalismo comenzaba a transitar la amarga senda del despoder, la renovación aparecía capitalizando la crisis y el PR se parecía cada vez más a un grupo de viudas que languidecía reclamando por la libertad de Firmenich.

Aunque fustigaba desde las páginas de *Jotapé* al «peronismo de traje y corbata» que representaban los renovadores, a quienes acusaba de «cajetillas que pretendían vaciar de ideología al movimiento», Galimberti había apostado sus fichas al triunfo «cafierista». Lo unía al ex ministro de Perón una ecuación de mutuas necesidades y, mientras su situación penal se resolviera, confiaba en la protección que el cafierismo podía darle desde la cima del poder provincial. Cafiero, a su turno, buscaba captar a algunos de los cuadros que se movían alrededor del ex guerrillero.

El veterano dirigente evaluaba que, desde el regreso de la democracia, a diferencia de otros militantes cobijados en las sucesivas estructuras creadas por los viejos jefes montoneros, los «cuadros galimbertistas» habían desarrollado una línea de acción política más pragmática. Para Cafiero, algunos contaban con «aptitudes técnicas». Otros eran «líderes políticos natos». Y ninguno de ellos había perdido «ni la tenacidad ni el espíritu de entrega que los había llevado a abrazar los ideales de la generación del setenta».

Los contactos entre ambos ya no eran personales. Patricia Bullrich seguía funcionando como nexo. Ahora, Cafiero no quería quedar pegado al ex guerrillero, que había abandonado el perfil bajo para dedicarse a polemizar con medio mundo.

Desde las páginas del número nueve de *Jotapé*, Galimberti saludó la asunción de Cafiero. Bajo el título: «Así se habla, compañero gobernador», le ordenó a Peiró que transcribieran algunos párrafos del primer discurso del mandatario bonaerense.

Ese ejemplar, que salió a la calle en diciembre de 1987, marcó un punto de inflexión en la política editorial de la revista. Dedicó tres páginas a recordar el «Histórico 17 de noviembre de 1972», fecha del primer regreso de Perón al país luego de su largo exilio en España, e ilustró la apertura de la nota con dos fotos. En una, la más chica, se veía al General parado junto a Cámpora. En la otra, la más grande, aparecían Perón y Galimberti caminando del brazo en Puerta de Hierro.

La señal era clara. Rodolfo Galimberti había decidido reivindicar su figura, aunque más no fuese desde la soledad de la publicación, ante el escenario abierto con el triunfo renovador: era un enemigo jurado del alfonsinismo desde el inicio, mantenía diálogo con los nuevos mandamases del Movimiento y, dándole un baño quijotesco a la ruptura de 1979, tenía cómo zafarse de las críticas que en los años ochenta recibía la conducción montonera, «teoría de los dos demonios», mediante.

Con aquel número de *Jotapé*, Galimberti se escapó una vez más del libreto oficial de Montoneros. Y decidió reinventarse como personaje político. Fue a buscar

las fotos del pasado al baúl de su propia casa. En el copete del artículo sobre 17 de noviembre, se quejó: «Periódicamente, las clases dominantes reescriben su historia. Así, personajes diversos aparecen y desaparecen del escenario de la gran prensa y de la literatura política consagrada, vistiendo ropajes distintos y recitando textos adecuados. El pasado, sistemáticamente adulterado, sirve entonces para justificar las iniquidades del presente. Este recurso, central en la arquitecturación de la cultura política alfonsinista, se aprovecha de los años en blanco de la dictadura y se asienta en la fractura generacional que la masacre posibilitó».

«Si no se sabe de dónde se viene y por qué pasó lo que pasó, es difícil saber adónde se va. Precisamente, éste es el objetivo de la justicia "impoluta" del alfonsinismo: silenciar a los que podrían hablar y mantenerlos lívidos, dando explicaciones increíbles que desconciertan a propios y divierten a adversarios, pero fundamentalmente impiden desarrollar una propuesta política transformadora en las masas juveniles».

Y concluyó con una propuesta que marcaría a fuego los futuros números de la revista: «Ante este proceso permanente de ocultamiento y falsificación de la historia reciente, auténtico neo-mitrismo, estamos convencidos de que hay que oponerle una acción esclarecedora que provisionalmente llamaremos "neorrevisionista". Con esta nota iniciamos nuestra contribución a esta tarea».

La revista *Jotapé* quedó oficializada como su tribuna.

Capítulo XXVI

El impoluto

A Claudio Díaz le hizo gracia. En boca del ex guerrillero, el adjetivo «impoluto» adquiría la sonoridad de una cachetada. Estaban en un piso de tres habitaciones, Galimberti, «La Chuchi», «Yuyo», Llano y él, montando la maqueta del número diez.

Díaz no sabía en qué lugar de Buenos Aires se encontraban. Desde que había aceptado el cargo de secretario de redacción, cada reunión de sumario era un operativo digno de una película de acción. A veces lo subían a una camioneta. Otras, era trasladado en un coche. Siempre tenía que «cerrarse», tal como le había explicado Peiró. Traducido, implicaba subir al vehículo y agachar la cabeza, o mantener los ojos cerrados, para no saber qué recorrido seguían. Era una de las tantas medidas de seguridad impuestas por el jefe clandestino. Lo único que Díaz llegó a identificar, una vez, era que el sitio quedaba cerca de la Facultad de Medicina.

Galimberti los felicitó por la edición anterior:

—Salió redonda. Aparte vendió muy bien. Ocho mil me dijeron... Tengo una idea para vos, Claudito. Vamos a hacer revisionismo en serio. ¿Qué te parece?

Sacó unas fotocopias viejas de un sobre de papel manila. Llano sabía de qué se trataba. Los otros dos, no.

—Esto me lo dio una compañera en París, hace bastante tiempo... Son unos papeles interesantes.

Díaz seguía sin entender. Llano le alcanzó los papeles. Eran informes internos del año 1976 donde Rodolfo Walsh vertía duras críticas a la línea política que bajaba la conducción montonera. Como oficial del Área de Inteligencia de la Organización, Walsh acusaba a los integrantes de la plana mayor de «triunfalistas», «militaristas», «ambiciosos» y «elitistas».

Y describía, tras el golpe, un panorama de tierra arrasada en los frentes políticos, militar, sindical y territorial. Según Galimberti, esos papeles, que describían sin piedad la debacle de la mayor guerrilla argentina, «fueron

prolijamente ocultados por el comandante Firmenich, bajo el argumento de no desmoralizar a los compañeros».

También estaba la carta que Walsh le escribió a su hija, María Victoria, «Vicky», caída en combate el 29 de septiembre de 1976. Y otra que el escritor dedicó a sus amigos. Galimberti había publicado esos mismos materiales en México, en París y en la Argentina de 1979, aunque de forma clandestina.

Ahora quería volver a utilizarlos. Su breve corte escuchó las razones:

—No puede ser que Verbitsky se haya quedado con la herencia de Walsh. Vende una imagen pasteurizada de Walsh para consumo de la cultura alfonsinista. Es un caradura que falsea la historia. No se lo podemos tolerar.

A Galimberti se le inyectaban los ojos de sangre cada vez que hablaba de Verbitsky. Después del manifiesto, quería volver a la carga. Le dijo a Díaz que hiciera un *dossier*:

—Vamos a llamarlo *Cuadernos de Jotapé*. Son para debatir, para romper con la mentira histórica. Largamos con los papeles de Walsh. Pero tenemos que ir preparando otro con la polémica sobre la violencia entre Osvaldo Bayer y Álvaro Abós que tocamos en el último número. ¿Te encargás de eso?

Díaz dijo que sí. Volvió a meter todo en el sobre. Para la salida de la próxima revista, se cumplían once años de quien, entre tantas otras cosas, había sido el jefe de policiales del diario *Noticias*. Era una buena oportunidad para homenajearlo. No se dio cuenta de un detalle: entre los documentos faltaba la famosa «Carta abierta de un escritor a la Junta Militar», el verdadero testamento de Rodolfo Walsh. Tal vez Galimberti no lo tenía. O quizá evitó publicarla en virtud de sus acuerdos con Rádice.

En el número diez de *Jotapé*, el siguiente al blanqueo, se atacó desde el editorial a Eduardo Angeloz, precandidato del radicalismo a las elecciones presidenciales de 1989. Aquel ejemplar también reflejó una supuesta «polémica en torno a la nota "La JP y el 17 de noviembre"». Según la revista, un grupo de lectores habría enviado cartas quejándose «por el excesivo énfasis puesto en el papel desempeñado por Rodolfo Galimberti en esta etapa». Pareció una excusa, en realidad, para volver a defender al ex guerrillero y reivindicar su papel en la historia reciente, en una nota de cinco páginas.

Galimberti mandó publicar completo el manifiesto contra Verbitsky, irritado porque el periodista de *Página/12* la venía ignorando desde su aparición. Sólo acusaría recibo en enero de 1988, en un reportaje realizado por Mona Moncalvillo para la revista Humor:

«Moncalvillo: ¿Por qué no contestaste el manifiesto de Galimberti de agosto de 1987?

Verbitsky: Hay mucha gente que desearía debatir conmigo y sería injusto seleccionar en función de la capacidad económica.

Moncalvillo: ¿Por qué pensás que te ataca ese sector?

Verbitsky: Porque reivindico a quienes lucharon con abnegación por el socialismo en la Argentina, pero distingo a los militantes de la Conducción, cuyos errores los llevaron a la derrota. Sigo creyendo en la revolución pero no reconozco jerarquías burocráticas ni espero a los Reyes Magos, no confundo la década de los setenta con la de los ochenta, ni la Argentina con El Salvador. La derrota popular me duele como al que más y mi vida está dedicada a remontarla, pero no me consuelo negándola y sé que será un proceso muy largo, en el que habrá que sumar muchas pequeñas victorias antes de que empiecen a ser grandes. No se alcanzarán recitando consignas, ni creo que se deba renunciar a un análisis político del fracaso y sus causas».

A Galimberti, que su firma apareciera junto a la de Firmenich en los comunicados de la «Mesa Nacional del PR», no le disgustaba. Al contrario, más de una vez pensó que se trataba de una especie de reconocimiento tardío de Montoneros hacia su persona. Pero ahora, decidido a reflotar su perfil político propio, lo incomodaba sentirse junto a los comandantes derrotados. Le contestó al periodista de *Página/12* con lógica «carapintada»: «Verbitsky distingue a los militantes de la Conducción en lo que hace al tema de las responsabilidades de la derrota, cosa que compartimos, si se refiere, claro está, a la responsabilidad política y no a la pretendida responsabilidad penal frente a la justicia del sistema. Pondremos un ejemplo provocativo y antipático: a Aldo Rico se lo podrá juzgar por muchas cosas pero no por la derrota en Malvinas, a pesar de haber combatido en esa guerra. Esa responsabilidad le cabe a los Galtieri, Lami Dozo, Anaya, Menéndez y compañía. Del mismo modo, no puede achacarse igual responsabilidad en la derrota sufrida por Montoneros a los miembros de la Conducción que a quienes tuvieron responsabilidades intermedias. Digámoslo entonces de una vez y para siempre: Galimberti nunca fue miembro de la Conducción nacional de Montoneros. Su notoriedad proviene de su calidad de miembro de conducción del Movimiento Peronista entre noviembre de 1971 y abril de 1973, y de su accionar en la JP».

Eso mismo le explicaba Galimberti a Dolores. Ella se esforzaba por comprender. Pero él hablaba muy rápido. Tenía un problema que le preocupaba: no podía concentrar su atención en un tema. Cuando sus palabras iban por un lado, su cabeza ya estaba en otro. Sólo al relajarse recuperaba cierto aire de ternura. Entonces le tomaba la mano, la acariciaba y le contaba historias de su familia. Galimberti hablaba mucho de sus padres. Recordaba que eran muy lectores, poseían sensibilidad artística, les interesaban los temas sociales y eran solidarios con el vecindario. Al hacerlo, sin embargo, su rostro iba adquiriendo un perfil

sombrío y pasaba de la nostalgia a la angustia. Su voz se iba desvaneciendo en el relato. Dolores reaccionaba al verlo abatido.

—Eso que me contaste está buenísimo, no entiendo cuál es el problema, por qué te ponés tan triste...

—Es doloroso...

—No te puede doler algo tan maravilloso.

A Dolores, hija de padres separados, la familia de Galimberti le caía en gracia. Por eso la asustaba que Rodolfo fuera tan inflexible. Como si todo tuviera que ser perfecto. Ella tenía una mirada indulgente. Le decía que dejara de pretender la perfección, porque con esa actitud se perdía «lo buenísimo» de la vida. Pero, a la vez, lo comprendía. Sabía que su novio vivía expuesto a altas presiones.

Algunas noches, Galimberti ni se aparecía por la casa que compartían en Martínez. Ella se quedaba sola, leyendo a Page. O con la comida sobre la mesa. O forrándole los cuadernos de la escuela primaria. Cuando Galimberti regresaba, se burlaba: «¿Para qué guardás tanta basura?». Ella, indignada, trataba de explicarle: «Porque son tuyos, vos los hiciste, ¿no es amoroso tener algo tuyo?». Él la dejaba hablando sola. Dolores no quería contradecirlo. Se había hecho a la idea de que su misión era la de contenerlo. En eso trataba de imitar a Julieta, la mujer tallada a fuego en el corazón de su novio. Dolores no estaba celosa de ese fantasma. Al contrario, sentía que Julieta era su mejor aliada, su «ángel de la guarda». Cuando él la recordaba, se ponía tierno. Se volvía dulce. Abandonaba la armadura de profesional de la agitación, y la trataba bien.

«Yuyo» no sabía si lo que sentía por Dolores era afecto o alguna variante engañosa de la compasión. Pese a ser un hombre curtido, poco dispuesto a dejarse llevar por los sentimientos, le causaba pena que Galimberti mantuviera relaciones paralelas con otras mujeres.

En el ambiente de la revista, la mayoría no conocía la existencia de Dolores Leal Lobo. Para casi todos, la mujer de Galimberti era «una tal Fernanda», que acompañaba la línea política del grupo desde la Facultad. Era una adolescente muy bonita, de abundante pelo azabache y ojos verdes. La leyenda de *Jotapé* cuenta que Galimberti la conoció a través de su hermana mayor —una ex militante montonera con la que mantenía furtivos encuentros amorosos— cuando ella lo invitó a pasar un fin de semana en Villa Gesell, a mediados de 1985.

Galimberti aceptó sin saber que la hermana menor iba a ser de la partida. Con la belleza de sus diecisiete años, Fernanda logró deslumbrarlo. Terminaron en la cama. La chica era tan bonita que atraía las miradas de los que andaban por el local de Boedo. Guando alguno intentó un avance, los militantes más añejos sofocaron las ansias de galán con una frase helada: «Con "La Negra" no se jode porque es la mina que se garcha el jefe».

Fernanda dejó de aparecer por el local a mediados de 1987. Tampoco se la vio más por la Facultad. A sus padres les dijo que se iba a vivir a Francia. Aunque la versión más fuerte señala que se aisló por orden de Galimberti, como si hubiera sido una cautiva, formada para complacer al amo.

Varios años más tarde, su hermana mayor, Silvia, la descubrió en una galería y le reprochó el abandono de la familia, pero Fernanda la desconoció o simuló hacerlo. Dicen que balbuceó una catarata de insultos en francés y escapó del acoso. No hubo error, era ella.

Cuando Aldo Rico salió de Campo de Mayo, Jorge «Quico» Jándula se comunicó con «Yuyo»:

—Che, El Ñato quiere ver a Galimba.

Dos días más tarde, «Yuyo» esperó en un semáforo hasta que divisó un Ford Falcon que le hacía guiño de luces. Al volante venía Jándula. A su lado estaba otro militar, Julio Flores. En el asiento trasero iba Rico. «Yuyo» se sentó junto a él. Debía llevarlos hasta una casa en el barrio de Flores donde Llano ya estaba preparando el fueguito para el asado.

Jándula era realmente peligroso: conducía a más de cien kilómetros por hora y no respetaba semáforos ni señales de tránsito. «Yuyo» temblaba. Se suponía que los carapintadas estaban clandestinos y, en esa condición, no debían llamar la atención. Sin embargo, se comportaban como si fueran los dueños de la calle.

Cuando llegaron, Galimberti se estrechó en un largo abrazo con el jefe carapintada. Galimberti irradiaba felicidad. En la terraza, Llano transpiraba frente a la parrilla. Rico, en cambio, no abandonaba ese gesto agrio que cultiva con delectación, aunque el anfitrión lo adulara.

Galimberti atacó con sus conocimientos gastronómicos:

—Mi coronel, habida cuenta de que vamos a comer un asado típicamente criollo, es decir, carnes rojas en abundancia, creo que lo más apropiado es acompañarlas con un buen cabernet. Supongo que estará de acuerdo conmigo.

Rico lo semblanteó como si estuviese frente a un gurka. Entrecerró el ojo izquierdo, torció la boca a lo malevo y le respondió:

—Yo creo que para cada comida hay un vino especial...

Galimberti lo miró expectante. Rico siguió:

—Ese vino especial es el que a uno le gusta y le da la gana. Así que, para mí... traigan un blanco cualquiera.

Llano contuvo la risa. Galimberti se sintió incómodo. Nervioso, ordenó que trajeran rápido «un blanco cualquiera»:

—¿Con soda, mi coronel?

—Sin soda, Galimberti.

Durante la cena, el militar se explayó sobre su teoría de lo que llamó «la guerra fratricida» y desgranó sus conclusiones. Dijo que había sido impulsada por los verdaderos beneficiarios de la masacre, «los liberales como Martínez de Hoz y los nacionalistas de la vaca atada».

—Las Fuerzas Armadas y la guerrilla, sobre todo la montonera, que tenía un origen nacionalista y cristiano, vieron trituradas su moral y sus fuerzas en esa pelea. Con la guerra de Malvinas explotó todo. Los generales corrompidos demostraron que no estaban preparados para combatir a los imperialismos sino para servirles como lacayos miserables.

Galimberti asentía. Desde la década de los sesenta venía buscando oficiales nacionalistas para sumar a la «Revolución Nacional Peronista», y ahora lo tenía sentado a la mesa, aunque con el vino equivocado. Y Rico, además de nacionalista, se autodefinía como «peronista», lo que levantaba aún más sus acciones. Rico continuó:

—Cuando Alfonsín juzgó a las Juntas, nadie dijo nada. Esos generales eran el símbolo de la entrega. Pero después la Coordinadora radical de Enrique Nosiglia siguió con la hostilidad hacia abajo. Siguieron citando para los juicios a gente que sólo cumplió órdenes. En realidad, estaban buscando destruir el espíritu del Ejército Nacional. Porque saben que si el proyecto de país que tienen es el remate de la patria al servicio de intereses extranjerizantes, vamos a estar en la vereda de enfrente.

Galimberti terminó la entraña que tenía en la tablita y bebió un sorbo de vino. Luego expuso sus ideas:

—Alfonsín divide al país entre civiles y militares. Eso es una argucia de los oligarcas para aislar a las Fuerzas Armadas de los cuarteles. Porque si el nacionalismo penetra en las conciencias de los que tienen el monopolio de las armas se les acaba la joda. Por eso Alfonsín busca desmalvinizar, por eso se arrodilla ante el Pentágono. Por eso, mientras persigue a la oficialidad nacionalista, en la cúpula mete a generales liberales que no representan al conjunto de la fuerza.

Ahora el que estaba a punto de babearse era Rico. Más tarde, los monólogos dejaron paso a la charla distendida sobre los años setenta. Coincidieron en achacarle al ERP el papel de ariete de la Unión Soviética. «Quico» Jándula, contra la opinión de Galimberti y Rico, los defendió. En 1972 había visitado el penal de Rawson y lo impresionó la disciplina de los seguidores de Mario Roberto Santucho. Decía que mientras los «montos» se despertaban legañosos, cerca del mediodía, los «erpianos» lo hacían a las siete para realizar ejercicios. En el penal, confesó Jándula durante el asado, se había enamorado de Ana María Villarreal, la esposa de Santucho, y fusilada por la Marina en Trelew.

Terminaron brindando por «la unidad de los combatientes por la Patria».

Al día siguiente, Galimberti llegó a la revista y preguntó:

—¿Pagó Rousselot?

—Dos mil mangos.

—¿Y Pedraza?

—Siempre cumple. Es el «Che» Guevara de *Jotapé*.

Galimberti se rió de la ocurrencia de Zverko. Estaban discutiendo las finanzas. El salto propuesto demandaba más recursos económicos.

—Si tuviéramos la guita de Cuba nos cagaríamos de risa.

—Ya lo creo.

—¿Me querés decir para qué se la guardan esos hijos de puta?

—Es parte de la jubilación revolucionaria, Loco. Quieren tener una vejez tranquila.

Zverko arrancó otra sonrisa a Galimberti. La simpatía entre ambos crecía día a día. Claudio Díaz se molestó. Notaba que Galimberti y Zverko tenían una obsesión enfermiza con los fondos montoneros depositados en el Banco Nacional de Cuba. Eso no le agradaba. Galimberti se daba cuenta:

—Claudito, no te pongas así. Es una joda, che.

Y cambiaba de tema:

—A ver, miremos la maqueta del próximo número.

Díaz le entregó un borrador. Había preparado el *dossier* que le había pedido sobre la polémica entre Bayer y Abós y tenía una nota que había mandado Pedraza.

—Esa ponela en página 7, después del editorial, con título grande. Mirá que Pedraza es algo así como la columna vertebral de nuestro «movimiento».

—Así parece —dijo Díaz.

Galimberti puso una foto sobre la mesa.

—¿Te gusta?

—Está bárbara. ¿De dónde la sacaste?

—La tenía en la baulera. ¿Vos viste lo que sacaron los de *Página/12*? Le vamos a contestar todo.

Era una foto de Alfonsín con Albano Harguindeguy, en el Círculo Militar, fechada en 1977, cuando el General ocupaba la cartera de Interior del gobierno de Videla. Unas semanas antes, *Página/12* había publicado declaraciones del Presidente agradeciendo a los habitantes de Chascomús porque «allí, en tiempos de la dictadura, encontré refugio para luchar desde la clandestinidad por la vigencia de la democracia en la Argentina».

Galimberti cambió de la burla a la ira y soltó un discurso de corrido:

—Mientras a nosotros nos mataban como a perros, Alfonsín comía con los genocidas y se cagaba de risa. Esta es la prueba, Claudito. ¿Tenemos archivo? ¿Hacemos una notita?

Díaz hizo memoria.

—Creo que en *El Porteño* salieron algunas declaraciones de Alfonsín. Yo me encargo, dejá. Ahora tengo que rajar porque está por empezar el acto.

El 11 de junio de 1988, el local de Boedo 1771 pasó a llamarse Ateneo General «Juan José Valle», durante un acto homenaje a los fusilados de José León Suárez de 1956. Todo el espacio «galimbertista», unas setecientas personas, se dio cita allí. Entre las agrupaciones participantes se encontraban la JP Unidad de La Plata, el Frente Peronista Descamisados, el Movimiento Villero de Lomas de Zamora, la Eva Perón de Lanús, Militancia Revolucionaria Peronista de La Matanza y varias unidades básicas de Quilmes, Morón, Merlo, Isidro Casanova y Mataderos. Entre los dirigentes estaban Patricia Bullrich; Andrés Framini; el legislador de Guardia de Hierro, Mario Gurioli; Norberto Galasso; Ricardo Romano, del Consejo Nacional del PJ, y el representante de la embajada de Irán, Shamsuddin Elía[1]. Mandaron sus adhesiones Claudia Bello y «Beto» Conca, de la Mesa Nacional «Menem Presidente», y el metalúrgico Lorenzo Miguel.

Daniel Zverko abandonó la reunión junto a Díaz. Durante el acto anduvo entre el público, cámara en mano, filmando las alternativas para que Galimberti pudiera verlo más tarde. Desde la tarima, Claudia Peiró fue la encargada de explicar a voz en cuello las razones de la fundación del Ateneo: «No vamos a dejar que el peronismo se convierta en un partido liberal más. El peronismo es un movimiento nacional y popular que tiene una misión histórica. Reconstruir el Frente Nacional del cuarenta y cinco y del setenta y tres para retomar el camino de la revolución inconclusa».

En realidad, Galimberti trabajaba para darle algún tipo de encuadre orgánico a lo que se venía juntando. El Ateneo fue el primer paso. Un mes y medio más tarde, para el aniversario de la muerte de Evita, *Jotapé* organizó una Marcha de Antorchas desde el Obelisco hasta la CGT en la que participaron más de tres mil personas.

También para esa fecha salió *Jotapé* con una portada escandalosa. Estaba ilustrada por Enrique Breccia. El FMI era representado por una rata de gran tamaño, cubierta por una capa con los colores de las banderas de Estados Unidos e Inglaterra. Sobre el pecho, tenía una hoz y el martillo, y debajo la estrella de David con la leyenda «Sionismo S.A.». Tres chimpancés —identificados como Angeloz-

---

[1] Zverko mantuvo por ese tiempo frecuentes contactos con Elía y Moshen Rabbani, agregado cultural de la embajada iraní. Es el mismo Rabbani mencionado en el expediente que investiga la voladura de la mutual judía AMIA, el 18 de julio de 1994, que dejó un saldo de 85 muertos.

Casella, Raúl Alfonsín y Rodolfo Terragno—, aparecían de espaldas, depositando monedas en el vientre de la gran rata.

Una sucesión de artículos seguían la línea «neorrevisionista» inaugurada en el número nueve. Se pasaba revista a los fusilamientos de 1956, al Cordobazo, y además se preguntaba «¿Quién comenzó la violencia en la Argentina?». Los blancos de Galimberti fueron, esta vez, la Federación Juvenil Comunista, a quien acusaba de reproducir los papeles de Walsh censurando las críticas de éste al PC argentino tras el golpe de Estado de 1976; Jorge Sábato, el ministro de Educación alfonsinista, a quien repudiaba por haber nombrado «a su mujer, bióloga de profesión, como empleada del Banco Central con un sueldo diez veces más abultado que el de cualquier obrero»; Mario Firmenich, a quien dedicó una lapidaria nota, «Punto Final», fustigándolo por defenderse con argumentos jurídicos y no políticos durante su alegato ante el tribunal de San Martín; y, por último, a sus enemigos de la etapa: Horacio Verbitsky y el diario *Página/12*.

Galimberti le recriminaba a Verbitsky el haber festejado el deceso de Luis Alberto Vera, un militante neonazi de la agrupación Alerta Nacional y ex combatiente de Malvinas, «muerto en confusas circunstancias», según Galimberti[2].

Todo el número once había tomado el sesgo antisionista que, con cierto disimulo, la revista había destilado en las anteriores ediciones. Desde el editorial, donde se comparaba la situación del país con la República de Weimar, analizando el «éxito» que tuvo en aquella época «el discurso de unidad nacional de Adolfo Hitler», hasta un pequeño párrafo que sugería que «los fondos que dan sustento a *Página/12*» provenían de un ente tan abstracto e intangible como Sionismo S.A. Sin olvidarse, por supuesto, de las páginas dedicadas a la sublevación palestina en las franjas de Gaza y Cisjordania, y las loas revolucionarias a los líderes de la OLP.

---

[2] La muerte de Vera se produjo en medio de una ola de ataques desestabilizadores y amenazas a escuelas primarias que el Gobierno atribuyó «a la ultraderecha» y «a la mano de obra desocupada». El 10 de abril de 1988, desde su columna de *Página/12,* Verbitsky consignó: «El abatimiento por la Policía Federal de Luis Alberto Vera es el primer éxito de las autoridades constitucionales para esclarecer la escalada terrorista, y un golpe muy duro a la acción psicológica que, como parte de la preparación de un golpe de Estado, pretendía acusar al Gobierno por la ola de atentados».
Galimberti respondió desde *Jotapé:* «Por suerte todavía hay periodistas que hacen honor a su profesión». En mayo apareció en *El Porteño* una nota firmada por Juan
José Salinas, que plantea los interrogantes del caso, a la vez que señala las conexiones existentes entre los servicios de inteligencia de nuestro país y los extranjeros. Dice Salinas: «... parece indiscutible que la SIDE —y quizás también los demás servicios— están penetrados por los de otros países que fueron convocados a asesorar pero que no parecen haberse limitado a ello». Uno de esos servicios es el Mossad, que acaba de asesinar en Túnez al número dos de la Organización para la Liberación Palestina (OLP), mientras el ejército israelí (Tsahal) masacra a la población civil en Gaza, desdeñando las advertencias de Estados Unidos en sentido contrario, lo que muestra cuál es el respeto que tiene por las leyes internacionales y de otros países». Para rematar su defensa de Vera, Galimberti citó un texto famoso del dramaturgo alemán Bertolt Brecht: «Primero se llevaron a los comunistas pero a mí no me importó porque yo no lo era, después a los obreros, pero como yo no lo era tampoco me importó; después detuvieron a los sindicalistas pero a mí no me importó porque yo no soy sindicalista; luego apresaron a los curas pero como yo no soy religioso tampoco me importó. Ahora me llevan a mí pero ya es tarde...».

Verbitsky no acusó recibo. Lo hizo el periodita Ernesto Tenembaum, desde una columna de opinión, publicada en la edición del 16 de julio de 1988 de *Página/12*: «No son nuevos los intentos de insuflar ideología nazi en el Movimiento Nacional Justicialista. No fue otra la razón de ser de *El Caudillo*, financiada por José López Rega y dirigida por un socio de Camps, ni la más reciente *Alerta Nacional*. Pero el esfuerzo de *Jotapé* goza de inédita sutileza: se apoya en legítimas reivindicaciones populares, informa sobre las actividades de la Juventud Peronista, reproduce elogiosamente notas de Osvaldo Bayer y cuenta entre sus columnistas a destacados dirigentes justicialistas. El disfraz progresista acentúa su peligrosidad. En 1985, el diputado José Luis Manzano echó de su despacho a dos militantes de *Alerta Nacional* mientras les explicaba a los gritos que estaban en el bloque peronista y no en el nazi. Sería interesante saber qué opinan Luis Macaya, los sindicalistas José Pedraza y Andrés Rodríguez y los dirigentes juveniles Fernando Melillo y Claudia Bello, ocasionales colaboradores de *Jotapé*».

En el número siguiente, Galimberti dedicó tres páginas a la nueva polémica con Tenembaum y se quejó porque «en respuesta a su columna pedimos la publicación en *Página/12* de una solicitada —pagada, desde luego—, cosa a la que los directivos del mismo se negaron sin dar ningún tipo de fundamentos».

Titulada «Ni Nazis ni Sionistas, Nacionalistas, Revolucionarios y Peronistas», se reprodujo completa en *Jotapé*. En sus párrafos principales, decía: «Tenembaum incurre en la vieja práctica que consiste en asimilar toda crítica a la política imperialista del Estado de Israel como el antisemitismo. (...) Como peronistas reafirmamos la verdad —por otra parte, universalmente aceptada a esta altura del siglo— de que el nazismo fue una ideología europea y reaccionaria que se hundió en las ruinas de la Cancillería de Berlín en 1945. Lo que reaparece periódicamente son espantajos grotescos, verdaderos zombis, animados por los servicios de inteligencia de los países periféricos para justificar con un manto ideológico la represión al servicio de las clases dominantes, que en general distan mucho de ser nazis. De la misma manera, frecuentemente es el mismo sionismo quien revive este monstruo con el objeto de impedir todo debate sobre su política criminal en Medio Oriente y sobre la cuestión palestina. (...) Hemos señalado ese peligro en una nota en *Jotapé* bajo el significativo título: "¿Antijudaísmo o antisionismo?", en la que dijimos: Somos antisionistas porque el sionismo es una política segregacionista y en consecuencia suicida para la propia colectividad judía, ya que apunta a separarla de la sociedad argentina, exactamente lo que quieren los antisemitas que pintan en las paredes "judíos a Israel". Lo que nosotros queremos es que los judíos digan: "la de Israel no es mi bandera". Lo que no significa olvidar las tradiciones culturales. (...) Cuando hubo nazis en el movimiento fuimos los primeros en sufrir su persecución y en combatirlos en todos los terrenos en la

década anterior, cuando la Triple A mató a casi 400 compañeros de la Tendencia. Al compararnos con grupos como "Alerta Nacional", Tenembaum parecería estar preparando un clima propicio para que recibamos un tratamiento similar al que recibió Vera. (...) No nos disfrazamos de progresistas, somos revolucionarios y nos enorgullece que sionistas confesos como Tenembaum nos consideren peligrosos. (...) En cuanto a los fondos que dan sustento a *Página/12* dudamos que haya otra explicación después de la publicación en este diario de un informe del Mossad —sin apreciaciones críticas— sobre el asesinato de Abu Yihad, además de un suplemento sobre el aniversario del Estado de Israel (fecha que coincide con la desgracia del pueblo palestino) de veinte páginas, cuando los suplementos habituales de ese diario no superan las cuatro. (...) La publicación de ese suplemento indica claramente un flujo financiero desde Israel ya sea directa o indirectamente hacia el diario *Página/12*».

La sintonía ideológica de Galimberti con los «carapintadas» —proclives a achacarle los males de este mundo a la «sinarquía internacional» y también al «psicoanálisis», según el auditorio— ya era muy evidente. Sellando esa estratégica unidad, a mediados de 1988, Aldo Rico habló ante ciento veinte delegados de *Jotapé* de todo el país, en el Hotel Las Américas, en el 800 de Corrientes, propiedad del empresario Eduardo Martinenghi, también propietario de «Astilleros Alianza» y amigo de María Julia Alsogaray[3].

Rico quedó satisfecho por el fervor de la gente que se aglutinaba alrededor del ex jefe guerrillero. Dentro de *Jotapé* estaban los que desconocían que los acuerdos con el embetunado militar eran tan profundos. Sabían de la existencia del diálogo con el «carapintadismo», pero muchos creían que se trataba de otra genialidad táctica de Galimberti —digno discípulo de Perón— para alterar los nervios radicales. Lo que se dice, una campaña de «acción psicológica».

Para ese tiempo, Galimberti manejaba un dispositivo con varias estructuras que funcionaban como compartimentos estancos. La revista era la herramienta principal de reclutamiento. Dentro de ella había cuatro colectivos con distintos niveles de información. Uno estaba integrado por Llano y Peiró; actuaban como soporte ideológico. El segundo grupo reunía a Zverko; a su mujer, Carmen Corteaux, y a Eduardo Rafattela, guardaespaldas del ex testaferro montonero. Eran la pata económica del proyecto e iban adquiriendo superlativa importancia en la

---

[3] Martinenghi es el hombre que le extendió a María Julia Alsogaray un recibo en concepto de «honorarios por consultoría», para que pudiera presentarlo como descargo en la causa por «enriquecimiento ilícito» que le instruyó el juez federal Juan José Galeano. También, cedió su estancia particular al general golpista Lino Oviedo, cuando en 1999 Carlos Menem le dio asilo político en la Argentina.

etapa. El tercer sector reunía a los colaboradores periodísticos. El cuarto a «Yuyo», uno de sus soportes armados.

Galimberti era el que reunía toda la información. A cada uno le decía que era el más importante en el dispositivo. Para mantenerlos aislados generaba intrigas que acentuaran las divisiones. Así garantizaba que su liderazgo no fuera cuestionado.

Pero aunque no lo dijera en voz alta, sentía preferencia por el grupo de Zverko. Tenía sus razones: cuando a fines de 1987 un supuesto comando carapintada atentó contra la sede semiabandonada de Editorial Martes, destruyendo la rotativa con la que se imprimía el diario *La Voz*, la aseguradora pagó la totalidad de los daños a Zverko. Él tenía las acciones de la firma. Y, obvio, Galimberti lo convenció para que invirtiera la plata en su proyecto. No sería el único aporte de Zverko[4].

Cada mes, la conducción de Montoneros recibía de Cuba una remesa de 98.000 dólares en concepto de intereses por los fondos depositados en la isla. El dinero viajaba en valija diplomática cubana hasta Ezeiza, donde Zverko pasaba a retirarla. Después de su ruptura con Montoneros, Zverko detectó que la mecánica de traslado seguía siendo la misma. Con el dato, Galimberti ideó una operación para arrebatarle la valija a sus antiguos compañeros. Mandó interceptar el coche que transportaba la valija sobre la autopista Richieri y se alzó con el dinero a punta de pistola. Al mes siguiente, repitió la misma operación. Los comandantes montoneros no ordenaron ninguna represalia. Sólo variaron los métodos de recepción de los fondos. Una de las hipótesis para explicar por qué soportaron semejante mojada de oreja señala que las diferencias entre ellos eran tan profundas que no hubo acuerdo para organizar la respuesta. Aprovechando esa confusión, Galimberti mejoró sus finanzas en más de 200.000 dólares en apenas sesenta días.

Ya no tenía problemas de dinero. Pero pasaría a sentirlos en su corazón. Cuando escuchó las palabras del veterinario se estremeció: Sunny tenía cáncer. Galimberti estuvo en estado de shock durante una semana. Amaba a la dóberman que había adoptado con Julieta más que a nada en el mundo. Era el único testimonio tangible que le quedaba de once años de relación de pareja. Y ahora le decían que un tumor podía arrebatársela. Sunny debía ser operada de urgencia.

---

[4] Una versión recogida por los autores indica que el atentado fue realizado por un grupo integrado por algunos cuadros carapintadas y otros galimbertistas. Lo cierto es que Zverko, el otrora testaferro de Firmenich y Perdía, fue el principal beneficiario del ataque; Zverko denunció que había sido maniatado por un grupo comando dentro de la editorial, que le robaron la valija de dólares que había recibido de los cubanos y que luego dinamitaron la imprenta. Luego, él mismo cobró el seguro. Galimberti, agradecido.

Cuando finalizó la intervención, al ver que el animal no reaccionaba, creyó que estaba muerto. Dolores consiguió calmarlo: Sunny estaba bajo los efectos de la anestesia. Galimberti respiró. Salieron de la veterinaria y cargaron a la perra en un coche para llevarla a la casa de Martínez. Esa noche, Galimberti no durmió bien.

A la mañana siguiente, mientras conducía por avenida Panamericana, sintió un malestar en el brazo izquierdo. Al rato, ya no soportaba el dolor. Como pudo, llegó al Hospital de Vicente López. Dejó el coche aparcado de cualquier manera y entró a la guardia, donde le pidió ayuda a una enfermera:

—Me parece que tengo un infarto.

—Espere acá un ratito que ya lo van a atender.

Galimberti se sentó en un banquito. Dudaba si el dolor era producto del esfuerzo que había hecho para cargar a la perra, o del shock al verla desvanecida, casi muerta. Pero se sentía mal. Tanto como para haber desafiado las reglas de la clandestinidad para atenderse en un lugar público. Volvió a pasar la misma enfermera:

—Ya no puedo mover el brazo, señora. ¿No hay un médico que me pueda atender?

—Apenas se desocupe lo mando para acá.

Un cuarto de hora más tarde, Galimberti vio pasar a un residente. Le hizo señas para que parara. Ya le costaba hablar:

—Mire, doctor, tengo una puntada terrible en el pecho...

El residente lo inspeccionó y lo derivó de urgencia a la sala de cuidados intensivos. El electrocardiograma no dejaba lugar a dudas: el paciente estaba a punto de morirse. Con la primera inyección perdió el conocimiento. Tardó varias horas en despertar. Cuando salió de la crisis estaba solo. Había pensado muchas veces en su caída, en cómo sería el día final de sus aventuras. No lo imaginaba así: lo deprimía comprobar que podía ser entre sondas, tubos y chatas mal lavadas, en la soledad de un hospital bonaerense. Intentó levantarse, pero una enfermera logró atajarlo hasta que apareció el médico que lo atendía:

—Doctor, tengo que irme. Dejé el coche mal aparcado.

—Mire, Shaffer, lo más probable es que ya le hayan hecho la multa. Le digo una sola cosa. Estuvo a punto de irse para el otro lado, así que si se llega a levantar, mejor vaya pidiéndose una corona para el entierro.

La pedagogía fatalista del clínico dio resultado. Galimberti se quedó una semana en cama, recuperándose del infarto. Sólo tres personas llegaron a verlo: «Yuyo», Dolores Leal Lobo y Daniel Zverko, que pagó la cuenta del hospital.

Ya curado, el ex guerrillero volvió a casa. Muy pronto regresaron las emociones fuertes.

Su cuñada Patricia Bullrich lo llamó para contarle un encuentro con el dirigente peronista Julio Bárbaro en el Delta del Tigre, a bordo de un yate, donde había conocido a José María Menéndez, más conocido como «El Gallego», hombre de Bunge & Born.

—Te quieren conocer.

—¿Quién? ¿Ese Menéndez? ¿Para qué?

—Quieren hablar con vos.

La sorpresa de Galimberti no tenía límites. La resurrección tras el sofocón cardíaco vendría acompañada de varias novedades. Su vida se aceleraría de una manera asombrosa en los próximos meses. «El Gallego» Menéndez era una de las cabezas visibles del «Grupo Olleros», del que Galimberti tanto había oído hablar a sus amigos carapintadas. Debía su nombre a la dirección donde funcionaba: Olleros 2125 y 2129, sede de la consultora «Menéndez, Lynch y Nivel». El contador Menéndez estaba a cargo de las oficinas, lugar al que había llegado tras abandonar, en 1983, la gerencia general de Grafa, una de las empresas emblemáticas del Grupo Born. Tenía algo de historia encima: el mismísimo Menéndez, en su juventud, había sido el encargado de negociar con Montoneros el pago del rescate por los Born, lo que le sirvió para anudar aceitados contactos con el Batallón 601 del Ejército. «Menéndez, Lynch y Nivel» pasaría a ser el nexo entre el Grupo y dichos «servicios».

Promediando los años ochenta, Menéndez tenía contratado en la consultora a un periodista político del diario *Ámbito Financiero*, Juan Bautista Yofre, más conocido como «El Tata». Luego había incorporado a Julio Bárbaro y a Rubén «Buscapié» Cardozo. En enero de 1988, cuando Rico se preparaba para protagonizar el levantamiento de Monte Caseros, su primer refugio fue la quinta de Los Fresnos, propiedad de un yerno de Guillermo Fernández Gill que, en ese momento, era tesorero de «Menéndez, Lynch y Nivel». Parte del «ejército carapintada» ejercía la custodia sobre los bienes del Grupo Born.

Ya en julio de 1988, para las elecciones internas del PJ entre Cafiero y Menem, Bárbaro y Cardozo reivindicaban la necesidad de un cambio en la propuesta económica tradicional del peronismo. Cuando Menem triunfó, Yofre se encolumnó tras él para cumplir un rol clave entre el Grupo Born y el futuro presidente. Durante el segundo semestre de 1988, otros dirigentes del entorno menemista fueron vistos en las oficinas de Olleros, entre ellos, los sindicalistas Luis Barrionuevo y Jorge Triaca. Allí se juntaban con el coronel de Inteligencia Pascual Guerrieri, quien un año más tarde sería designado mano derecha de Yofre, ya nombrado por Menem como titular de la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE). Guerrieri había sido el jefe del fracasado grupo comando que había viajado

a México en 1978 junto a «Tucho» Valenzuela, con la intención de matar a Firmenich y a Perdía.

El 18 de septiembre, Bárbaro, Jorge Triaca y Yofre llevaron a Carlos Menem a un desayuno reservado en la sede de Bunge & Born, donde estaban reunidos Néstor Rapanelli, por la empresa anfitriona; Vittorio Orsi (Pérez Companc); Sebastián Bagó (Laboratorios Bagó); Francisco Macri (Macri-Sevel); Martín Blaquier (Ledesma); Manuel Madanes (FATE) y Carlos Bulgheroni (Bridas).

El establecimiento de las nuevas relaciones del menemismo con el *stablishment* económico argentino continuó su marcha. El 4 de octubre, en un coloquio multisectorial organizado por IDEA (Instituto Argentino para el Desarrollo Empresarial) en San Carlos de Bariloche, se encontraron Julio Bárbaro, Jorge Triaca y Alberto Kohan con el vice de Bunge & Born, Miguel Roig. El propio Kohan viajó luego a San Pablo, sede mundial del *holding*, para anudar acuerdos que, más adelante, dejarían con la boca abierta a más de uno.

Todo era parte de la construcción del «Grupo Olleros», desde donde se tejió la estrategia de conformación con el gobierno radical. Ya había fracasado el «Plan Primavera» del ministro de Economía Juan Vital Sourrouille y los llamados «Capitanes de la Industria» se sentían defraudados por Alfonsín. Se estaba formando un nuevo reacomodamiento empresarial. Muy a pesar de Galimberti —que creía que el pintoresco caudillo riojano nunca llegaría a ser Presidente, porque si bien contaba con el apoyo de las bases peronistas, sufría el veto del poder económico concentrado, según confiaba a sus leales—, Menem pasaría a ser en breve el niño mimado del *stablishment* económico. En el camino no dejó mucho: un poncho, un par de patillas y las aristas más irritantes del discurso ortodoxo peronista.

En ese contexto, Julio Bárbaro había buscado a Patricia Bullrich por expreso pedido de Menéndez, enterado de que Alfonsín pensaba indemnizar a la familia de David «Dudi» Graiver, víctima de la confiscación de todos sus bienes por los militares[5]. Desde el «Grupo Olleros» estaba en marcha un plan para recuperar el dinero del holding licuado —o «lavado»— entre los bienes de Graiver. Para eso debían contar con el concurso de un aliado «del otro lado».

Rodolfo Galimberti era el candidato.

Faltaba hacérselo saber.

---

[5] David Graiver había fallecido en un accidente aéreo en México, el 7 de agosto de 1976. Sus bancos luego fueron liquidados. Montoneros nunca pudo recuperar los casi 17 millones de dólares que le había entregado en Ginebra, en mayo de 1975, por el secuestro de los hermanos Born. Para una biografía completa del banquero ver *El crimen de Graiver,* de Juan Gasparini, editado por el Grupo Zeta.

Capítulo XXVII

La Revolución privada

Cuando Patricia Bullrich le relató el encuentro en el Tigre con Menéndez, Galimberti se tomó unos minutos para recuperarse. Estaba impactado. Jorge Born mandaba a decirle que quería verlo en sus oficinas de San Pablo. El antiguo secuestrado quería hablar cara a cara con su secuestrador. Ofrecerle un trato. Tal vez, un gran negocio. Patricia seguía hablando, insistiendo en los detalles, parecía muy excitada. Galimberti no escuchaba. Estaba abstraído, imaginando la escena del reencuentro. Pensando en ese apretón de manos. Una sensación de placer le estremeció todo el cuerpo. Al menos por esta vez, el viento de la historia parecía estar soplando a su favor. El año 1988 ya venía bastante dulce. Las condiciones de clandestinidad se venían relajando. Con la victoria del peronismo en las provincias el territorio hostil se reducía cada vez más. Y ahora, esta invitación.

—Está todo pagado. Te vas a alojar en un hotel a dos cuadras de las oficinas de Jorge...

El ex guerrillero destapó lentamente la pipa. La volvió a encender y aspiró el humo. Se tomó la corbata y la cruzó sobre su hombro derecho.

Envuelto por las volutas de humo tenía un aire a Lawrence de Arabia.

—Quiere proponerte algo. Menéndez me dice que tiene un plan. Viste que Alfonsín quiere indemnizar a los Graiver, bueno... —le dijo Patricia.

Hizo un gesto con la mano, no quería escuchar más. Una semana después viajó a San Pablo y se entrevistó en secreto con el empresario. Born tenía una pregunta atragantada desde hacía tres años. En la intimidad creía que Galimberti le había salvado la vida en aquel sótano lejano, ya borroso en su memoria. Primero ofreció un whisky.

—Si le hubiesen dado la orden de fusilarme, ¿la hubiera cumplido?

—Mire, Jorge... Yo era un soldado. Nunca ocurrió. No voy a mentirle. Jamás me pidieron que lo fusilara... No me debe nada.

—Esa no era la pregunta.

—Si me daban la orden de fusilarlo no estaríamos conversando acá, porque estaría muerto. Lo hubiese matado sin dudar.

—Gracias. Era la respuesta que pensaba escuchar. Creo que es sincero, así que vamos a poder hablar de otros asuntos importantes.

Había casi diecisiete millones de razones importantes para charlar. Born abandonó la melancolía inicial y los recuerdos del secuestro pasaron a un segundo plano. Tendrían otras oportunidades para volver sobre ellos. Ahora, le faltaba saber si Galimberti pensaba cooperar con el plan que le permitía recuperar parte del dinero que le habían arrebatado los Montoneros. En síntesis, quería saber si declararía en el expediente a su favor, diciendo que una porción de la fortuna de Graiver correspondía a la plata que los guerrilleros le habían dado al banquero para que la disimulara entre sus bienes.

—Si usted lo hace, se lleva su parte —dijo Born para rematar, con natural frialdad.

—No tengo problemas. Lo haría con gusto. Pero sigo siendo prófugo de la Justicia. No puedo presentarme ahora en el Juzgado.

—Eso se va a arreglar, descuide. Yo sólo quería saber si usted iba a cooperar.

Galimberti asintió esperanzado. Comenzó a sentirse una pieza importante.

Ya era otro.

«Yuyo» lo había confirmado una tarde, mientras lo esperaba en un bar de Martínez. Llevaba una hora sentado cuando vio pasar dos motos deslumbrantes por la puerta. Al rato, entraron los cuatro al café: Galimberti, Dolores, Zverko y su mujer, Carmen. «Yuyo» advirtió que su jefe tenía los ojos muy colorados y se lo dijo. Galimberti pensó que era un comentario malintencionado.

—Ya sé, nos viste pasar con las motos. Ostentamos demasiado, ¿no? Pero son por seguridad, «Yuyo», tenés que entenderlo.

«Yuyo» no los había reconocido antes. Se acababa de enterar de que su jefe pilotaba una moto que llamaría la atención de un ciego. No era su único capricho, sin embargo. Con Zverko, que había desplazado casi por completo a «Yuyo» como asistente, tenían dos Renault 11. El que conducía Galimberti había sido preparado para correr por José Pronello, un ex mecánico del piloto Orestes Berta que tenía su taller en avenida del Libertador. El otro, el que usaba Zverko, tenía un motor turbo. Su mujer, mientras tanto, conducía un Renault 18 rojo. Con ese vehículo asistieron a una reunión en un local de la JP que quedaba en Once, para ver cómo podían ayudar a la viuda de un militante que cayó muerto en un enfrentamiento a tiros entre hinchas violentos de fútbol y policías mientras vendía la revista *Jotapé*. Al final, decidieron pasar la gorra para juntarle dinero. Ni Zverko

ni su mujer pusieron un peso. La historia llegó a oídos de «Yuyo» que, más tarde, increpó a Zverko:

—Dejás el cero kilómetro afuera y no ponés un mango para la viuda de un compañero. Vos no tenés cara...

—Es que no teníamos encima.

—Lo que no tenés es vergüenza. Estás más agrandado que tampón usado. Pero ya vas a caer.

Cuando Galimberti se enteró, los regañó a los dos. A Zverko, por no haber colaborado con la viuda, y a «Yuyo», por dejar en evidencia que estaba celoso del otro.

—Sos peor que una mina, Yuyito —le dijo.

«Yuyo» quedó masticando bronca. Su relación con el jefe clandestino estaba deteriorándose cada día más. Lo que antes le caía simpático, ahora le resultaba abominable. Mientras tanto, entre la militancia comenzaron a circular rumores sobre la vida dispendiosa de Galimberti y Zverko: que gastaban más de diez mil dólares por mes; que la productora de TV del barrio de Belgrano era una fachada que escondía poco menos que un prostíbulo donde el dúo saciaba su apetito sexual; que Galimberti había formado una sociedad con «un norteamericano de la CIA»...

«Yuyo» no era el responsable de los corrillos, pero ya no se tomaba el trabajo de desmentirlos.

Mientras esto sucedía, de fondo, el país comenzaba a encenderse. En julio de 1988 la inflación mensual rozaba el veintiséis por ciento, la cifra más alta conocida desde el momento en que entró en vigencia el Plan Austral. El atraso de intereses no pagados a la banca acreedora alcanzaba ya casi los dos mil millones de dólares y Alfonsín no sabía cómo poner paños fríos a la situación.

Galimberti seguía prófugo, pero no dejaba de lado sus contactos. «El Gallego» Álvarez lo invitó a peregrinar hasta la ciudad de San Nicolás, el 8 de agosto de 1988, día de la Virgen. Galimberti aceptó, pero le dijo que iría por su cuenta. Dolores condujo el «escarabajo» hasta el punto prefijado donde los aguardaban «El Gallego» y un grupo de Guardia de Hierro. A los costados de las calles, varios curas confesaban a los feligreses antes de la eucaristía. Álvarez se confesó y empujó a Galimberti a hacer lo mismo:

—Dale, andá, te va a dar mucha tranquilidad de conciencia —le dijo.

No muy convencido, el ex guerrillero se sumó a la fila como un feligrés más. Cuando llegó su turno, fue lo más sincero que pudo:

—Hijo, cuéntame tus pecados.

—Padre, yo soy un clandestino.

—Entrégate, hijo.

—Ni loco, padre.

—Está bien, pero no te puedo absolver si no te arrepentís de lo que hiciste.

—No me arrepiento.

—Entonces no te absuelvo.

Galimberti dejó al sacerdote algo confundido y volvió al lado de Álvarez:

—Te dije, «Gallego», esto no tiene sentido.

Mientras tanto, la virulencia de los editoriales de la revista seguía escandalizando a los servicios de inteligencia alfonsinistas, para deleite de Galimberti. Por iniciativa de Zverko se celebraron «Los 15 (números) de *Jotapé*». El 28 de noviembre de 1988 inauguraron una muestra sobre los «cinco años de modernización alfonsinista» en el hotel Bauen. La convocatoria reunió a capitostes sindicales como Miguel Candore y Andrés Rodríguez (UPCN) y José Pedraza; dirigentes políticos como Carlos «Chacho» Álvarez, Abel Fatala, Ricardo Obregón Cano, Claudia Bello y Nilda Garré; gente de la cultura, como el escritor Jorge Asís, los dibujantes Miguel Rep y Jorge Maicas, el cantante Leonardo Favio y el ex Jaen y ex Almendra, Emilio del Guercio. En el cierre hablaron Zverko y Claudia Peiró. La síntesis periodística del encuentro apareció en el número dieciséis, de enero/febrero de 1989[1].

Para esa fecha se produjo el asalto al cuartel militar de La Tablada por miembros del Movimiento Todos por la Patria (MTP). Con inusual dureza, Galimberti sentó posición desde el editorial que escribió para el número diecisiete: «El 23 de enero último un grupo armado asaltó el Regimiento de Infantería Mecanizado de La Tablada, considerado tradicionalmente como asiento de oficiales nacionalistas... (...) Querían cumplir con el más caro anhelo alfonsinista: la derrota del ejército "carapintada", aquel que podía operar como garante del triunfo popular, evitando las trapisondas de los colegios electorales. (...) El grupo asaltante comandado por Enrique Gorriarán Merlo estaba compuesto por una heterogénea mezcla de pequeños burgueses "humanistas", agentes de servicios de inteligencia extranjeros y un contingente de militantes de extracción popular. (...) Estos sectores humildes, que en los burócratas de alma helada del alfonsiniato aparecen como "carenciados",

---

1 En el número dieciséis de *Jotapé,* Galimberti mandó publicar también el documento completo de ruptura con Montoneros, de 1979, y la condena a muerte de la Conducción Nacional de dicha organización. En los festejos por los «15 de *Jotapé*», Claudia Peiró hizo un discurso encendido: «Festejar la salida del número quince de una revista que nació en el año 1979 puede parecer un récord poco lucido. Pero sucede que no estamos festejando un éxito editorial en el sentido convencional del término, porque la revista *Jotapé* ha sido y sigue siendo prensa de combate, prensa de resistencia». Zverko dijo: «El objetivo de la muestra es la denuncia de esta situación que es un escándalo: según las estadísticas del INDEC un niño argentino muere cada veinte minutos a causa de diversas enfermedades». Claudia Peiró trabajó junto al periodista Daniel Hadad en la producción de Radio América desde 1991. En la actualidad dirige la sección Internacional de la revista *La Primera,* y es estudiante de la carrera de Historia. Zverko terminaría abandonado por Galimberti. Fundó otra revista: *Debate.* En 1992 sería reconvocado por Galimberti para atacar a Horacio Verbitsky. Ver capítulo XXIX, «Operaciones especiales».

son vistos por el "ala izquierda" del régimen como marginalidad urbana. (...) Esa "ala izquierda" alienta el sueño de utilizarlos como una suerte de seudo "Sendero Luminoso" suburbano que podría jaquear al futuro gobierno popular».

En otros párrafos —uno de ellos subtitulado «Contra los rojos y la reacción»— cargó contra *Página/12* y Horacio Verbitsky, de quien dijo que había publicado un libro con el auspicio del MTP, y alertaba sobre la supuesta existencia de vínculos entre el grupo de Gorriarán y la Coordinadora radical.

Fue el último número de *Jotapé*. La crisis económica también alcanzó a la publicación. La inflación pronto se convirtió en la «hiper». Así, el radicalismo marchó a las elecciones y las perdió. El 14 de mayo de 1989 Carlos Menem arrasó en las urnas.

Tras el triunfo, Galimberti decidió blanquearse ante Claudia Bello. Junto a Alberto «Beto» Conca, la Bello era la otra gran referente juvenil del menemismo. Colaboraba con la revista desde el inicio, pero había apoyado al riojano mucho antes de que lo hiciera Galimberti. Esa temprana adhesión, sumada a su capacidad política y a su natural belleza, habían asegurado a Bello un espacio en el entorno presidencial. Tal vez con la idea de cobrarse el espacio cedido por su publicación, el ex guerrillero la hizo llamar para decirle que había un periodista del semanario alemán *Der Spiegel* que pretendía hablar con «la representante más encumbrada de la Juventud Peronista». Ella aceptó encantada.

La cita fue en un bar frente a la Facultad de Derecho. La Bello llegó primero. Al rato desembarcó Daniel Llano con una cámara fotográfica, acompañado de un hombre rubio, de fuerte contextura y anteojos gruesos, que chapuceó un saludo en alemán. A la quinta pregunta, Llano les dijo que podían ir a otro bar para estar más cómodos. Eligieron el «Zeppelin», que era punto de reunión casi obligado de los agentes del Servicio de Inteligencia Naval.

Llano los llevó en su Fiat 133 naranja. Mientras conducía, el extraño alemán canturreaba un tango melancólico que decía haber aprendido la noche anterior en un «garito» de La Boca. Había logrado conmover a la muchacha peronista.

Se sentaron a la mesa más visible. A los cinco minutos, el periodista se sacó los lentes y pidió champán para los tres. De pronto empezó a hablar en castellano. La Bello no entendía nada.

—Soy el «Loco Galimba», Claudita.

A la Bello se le cayó la copa. Conocía la historia de Galimberti, pero ella era de otra generación. Nunca había tenido enfrente al antiguo capitán montonero. No esperaba esa sorpresa. Tampoco los «services» de las otras mesas, que pararon las antenas. El clima estaba enrarecido.

El 23 de mayo de 1989 sonó la alarma. Una turba entró en un supermercado de la ciudad de Córdoba y saqueó alimentos. La Policía aclaró luego que la gente «no se llevó la plata de las cajas registradoras». Había comenzado el estallido social que sacudió a la Argentina de 1989. Un día después se produjeron catorce asaltos a supermercados en la provincia mediterránea. El 25 de mayo, festivo por el aniversario de la Revolución de Mayo, los saqueos se extendieron al Gran Buenos Aires, Mendoza y Tucumán. Una semana más tarde, se propagaron en La Pampa, Corrientes, Chaco, Entre Ríos y San Juan.

Entre el domingo 28 y el lunes 29 la situación se complicó en Rosario y el Gran Buenos Aires. Los diarios citaron la presencia de coches sin matrícula identificatoria, grupos armados y la existencia de coordinadores que, provistos de intercomunicadores portátiles, dirigían a los grupos hacia determinados comercios. Esa noche, el presidente Alfonsín dictó el estado de sitio.

En ese tiempo, Galimberti llevaba a sus cuadros de mayor confianza a recibir adiestramiento militar en un galpón del campo de Patricia Bullrich en Los Toldos; siempre advertía que la situación política se podía complicar y que tenían que estar preparados.

De golpe, una noticia alarmó a los grupos juveniles nucleados alrededor de *Jotapé*. En un suelto del diario *La Capital* podía leerse: «Saqueos: Rodolfo Galimberti fue detenido en Rosario». La histeria se apoderó de la militancia que concurría al local de Boedo. Claudio Díaz no sabía qué decirles. Llano y Peiró no podían confirmar ni desmentir la información. Los más exaltados querían montar una campaña de denuncia. Pero nadie lograba ubicar a Galimberti: las reuniones con él eran cada vez más esporádicas y los contactos estaban reducidos al mínimo. Finalmente, el jefe se comunicó:

—Yo estoy bien, no estoy preso ni nada. Esto fue una operación de inteligencia del alfonsinismo...

Casi en simultáneo, por los despachos oficiales circuló un informe atribuido a la Central Nacional de Inteligencia donde se decía que durante el estallido social se habían registrado sesenta y tres hechos que podían ser parte de «operaciones de acción psicológica». La lista incluía desde llamadas alarmistas a los medios hasta interferencias a los equipos de comunicación de las fuerzas de seguridad, en especial la radio policial, dando informaciones falsas sobre el movimiento de columnas de manifestaciones. Los autores del informe reservado atribuían la responsabilidad de las operaciones al «Grupo Olleros».

Entonces, Galimberti tenía montada una oficina en Belgrano con equipos para interferir tanto la frecuencia policial como la militar, que funcionaba también como armería. El suelto en el diario rosarino, a juicio de sus colaboradores, habría sido una especie de aviso de parte de espías leales al Gobierno para hacerle saber

que sospechaban de su participación en la estrategia de «caos controlado» a la que apostaron el «carapintadismo» y grupos económicos como Bunge & Born con un único fin: debilitar a Alfonsín y anticipar la asunción de Carlos Menem. En medio de la crisis, Alfonsín renunció antes del fin de su mandato.

El 8 de julio de 1989 Menem asumió la presidencia. Había puesto sus condiciones. La UCR se comprometió a votarles las leyes de «emergencia» porque el PJ no tenía la mayoría en el Congreso. En realidad, más allá de las consignas de campaña («Síganme, no los voy a defraudar», «Salariazo» y «Revolución productiva»), Menem no tenía un plan económico propio. Un mes y medio antes de asumir, Yofre y Julio Mera Figueroa, ex secretario de Juan Manuel Abal Medina en 1973 y futuro ministro del Interior, le habían cortado la siesta para darle la novedad:

—Carlos, hay una importante empresa que tiene un plan económico que te garantiza la revolución productiva y el salariazo...

—¿Cuál? —preguntó Menem.

—Bunge & Born. Y atrás de eso están los Capitanes de la Industria.

—Que vengan ya.

Néstor Rapanelli, vicepresidente ejecutivo del grupo, viajó a La Rioja por orden de Born. En el aeropuerto lo recibió el secretario Ramón Hernández. En el dormitorio contiguo al despacho de la Casa de Gobierno provincial, Rapanelli fue recibido por el Presidente electo, quien pidió a su coprovinciano Erman González que lo acompañara para explicarle los gráficos que había traído el visitante.

La reunión duró cuarenta minutos. El grupo le garantizaba 5.000 millones de dólares para engrosar las anémicas arcas del Estado. Menem nombró como ministro de Economía a Miguel Roig, ex gerente del *holding*. El compromiso asumido por Born generó fuertes divergencias dentro del grupo. Pero el pacto era un hecho[2].

---

[2] En su libro *Robo para la Corona,* Horacio Verbitsky relata que durante varias décadas el Grupo Bunge & Born fue dirigido por una alianza entre las familias Born y Hirsch, que conformaba una mayoría sustantiva frente a los socios belgas. Dentro de ese dispositivo tenía gran importancia Octavio Caraballo, hijo de Leonor Hirsch y «Pepe» Caraballo. El poder de Octavio emanaba de Elena Olazábal, la viuda del ex presidente del *holding,* Mario Hirsch. Con cuarenta y seis años cumplidos Octavio Caraballo era partidario de mantener el muy bajo perfil que Alfredo Hirsch había impuesto a las actividades del conglomerado, luego de los enfrentamientos en las décadas de los cuarenta y cincuenta con Perón, quien no dudó en presentar al grupo como símbolo de la oligarquía. Mario Hirsch fue íntimo consejero del dictador Juan Carlos Onganía, que en la década de los sesenta lo recibía hasta de madrugada en la residencia de Olivos, pero nunca formuló declaraciones ni permitió que lo fotografiaran. Jorge Born respondió a las objeciones de Caraballo en una inusual aparición pública, una semana antes de la asunción del nuevo Gobierno peronista: «De ningún modo podíamos permanecer impávidos, de brazos cruzados, ante el probable derrumbe definitivo del andamiaje social, político y económico del país». Para justificar que por primera vez en la historia de «la centenaria organización que presido, nuestro destino se vincula tan estrechamente al de un futuro gobierno, o al éxito o al fracaso de una administración pública», dijo que «jamás dejaremos de cumplir con nuestro deber, mucho menos cuando se trata de la reconstrucción moral y material de la República». Añadió que «sólo puedo decirles a quienes duden de nuestra determinación que no hemos nacido para perder». Dos años después explicó el fracaso del grupo Bunge & Born en el manejo de la economía del Gobierno con otra frase rimbombante: «Es como la invasión de Normandía, a los primeros soldados los arrasan».

Dolores tenía sentimientos contradictorios. Por un lado, amaba al hombre que había elegido y estaba dispuesta a seguirlo adonde le pidiera. Pero, a la vez, sentía que su vida era sólo un apéndice de la de su novio. Lo que había comenzado como una aventura alocada —la historia de amor entre la chica punk y el guerrillero clandestino— de a poco se iba transformando en la rutina de satisfacer a Galimberti. Pero ella, que era inquieta, impredecible y desprejuiciada, sentía que la sangre bullía en su interior. Su vida había sido siempre un salto al vacío. Hasta que se enamoró.

Cuando iban al campo de su familia en Urdinarraín, en la provincia de Entre Ríos, Dolores comprobaba con asombro cómo Rodolfo atraía la atención de todo el mundo. Su madre y su hermano quedaban subyugados por los relatos del tal «Shaffer». Entonces odiaba a Rodolfo, le parecía un monstruo que se deleitaba inventando historias para burlarse de la gente. Todo, para que los otros dijeran admirados: «¡Qué bárbaro este César, che!».

Dolores había aceptado ciertos códigos. Por ejemplo, se convencía de que cuando Rodolfo no regresaba a dormir era porque tenía reuniones. Claro, era mejor creer eso que andar llorando por los rincones. Era la ilusión de la fidelidad, el famoso «ojos que no ven, corazón que no siente», que tranquiliza con eficacia a las buenas conciencias de la mitad occidental del planeta. El propio Rodolfo se lo había explicado así, medio en broma medio en serio.

Pero, en secreto, Dolores iba aumentando su fastidio. Y cuando volvían del campo, luego de que su familia agotara la saliva hablando maravillas de «César, el novio de la nena», Dolores atacaba:

—Esa gomina en el pelo te queda horrible.

—Antes te gustaba.

—Pero ahora te queda horrible.

Resuelta a retomar la independencia de antaño, una mañana le dijo que había tomado una decisión. Galimberti se preparó a escucharla con gesto sombrío. Ella le remarcó que no podían crecer así, en forma tan desigual. Que no podía ser que mientras él hacía lo que quería, ella tuviera que estar de brazos cruzados, atenta a que alguna llamada suya la arrancara de la bucólica casa de Martínez. Galimberti asentía, pero en el fondo estaba nervioso. No podía decodificar el enojo de su novia. No tenía ninguna pista. Lo asaltó una duda: «¿Habrá otro en el medio?». Y si era así, ¿cómo no se había dado cuenta antes? Estaba entregado a esas preguntas, cuando ella le reveló el paso que pensaba a dar:

—Voy a volver a la Universidad.

Galimberti se la quedó mirando. Era una boludez, pensó, nada grave. Su cabeza podía volver a ocuparse de temas más urgentes. El 16 de agosto, el fiscal federal de San Martín, Juan Martín Romero Victorica, había solicitado al juez Miguel

Pons que «se investigue el paradero en la Argentina y Uruguay de Roberto Cirilo Perdía, Fernando Vaca Narvaja y Rodolfo Galimberti, tres notorios miembros de la cúpula de la organización Montoneros a los efectos de la detención de los mismos, acusados de asociación ilícita, homicidios reiterados y calificados y tenencia de armas de guerra...». Consultado por los periodistas sobre los rumores que daban cuenta de un eventual indulto para los ex jefes guerrilleros, el fiscal aclaró que «ese beneficio solamente se aplica a los procesados con condena firme, pero no a los procesados con pedido de captura».

Esa misma tarde, Galimberti, alarmado por la renovada petición de detención, llamó a Patricia Bullrich y a Daniel Zverko para pedirles que visitaran lo más rápido posible a Juan Bautista «Tata» Yofre, convertido en el jefe de la SIDE. Las promesas pre-electorales de «solución final» a sus problemas judiciales no sólo se demoraban, sino que parecían haber caído en saco roto tomando en cuenta los bríos del fiscal. La ansiedad por volver a caminar libremente por las calles habían transformado al ex guerrillero en un manojo de nervios.

Sus enviados fueron recibidos en el despacho principal del edificio de la calle 25 de Mayo y avenida Rivadavia, sede de los espías estatales. Yofre los invitó a café mientras aguardaba que los otros abrieran el fuego. No simpatizaba demasiado con Galimberti. Por momentos, hasta fantaseaba con meterlo preso para demostrar autoridad en el cargo y dar una señal clara a los sectores díscolos que el propio menemismo había reclutado para erosionar a Alfonsín. Yofre quería evitar que hicieran lo mismo con Menem.

Sin embargo, desde hacía unos días venía trabajando en un plan mucho más ambicioso, así que dejó que la cuñada del ex guerrillero fuera al grano:

—Tata, Galimba es peronista. Cada día de persecución que pasa bajo el gobierno es una afrenta a su dignidad. Vos sabés que él es leal a Menem...

Antes de decir palabra, Yofre accionó una grabadora oculta. Quería dejar registrada la conversación, pero más que nada su respuesta. En caso de que le hiciera falta, sería una prueba que demostraría que no tenía mayor afinidad con el sector.

—¿Sabés qué pasa? Yo soy amigo de Marito Montoto y de Firmenich. A mí a Galimberti me gustaría meterlo en chirona...

—Tata, no digas eso. Vos sabés que Rodolfo es un soldado de la causa peronista. Nos mandó a decir que está a disposición de Menem para lo que necesite.

—Mirá, yo recuerdo que una vez dijo que Menem no podía ser presidente ni de Costa Rica.

—Fue un error de apreciación.

Yofre los escuchó durante veinte minutos más y despidió a los visitantes con una frase fría:

—Yo sólo cumplo órdenes de Menem. Voy a ponerlo al tanto de lo que ustedes me dicen. El sabrá qué se hace con Galimberti[3].

Cuando se marcharon, Yofre se puso a pulir una carta al Presidente que había comenzado a escribir esa misma mañana. A un lado reposaba un informe reservado que calificaba a Galimberti como «jefe de Inteligencia» del sector «carapintada» del Ejército. Al menos una vez —según describía el paper— así se había presentado el propio Galimberti, acompañado del «seineldista» Enrique Grassi Susini, ante unos dirigentes del PJ Capital[4].

En la misiva, Yofre alertaba sobre las «derivaciones peligrosas» que podían tener dichos «contactos en las sombras» y terminaba calificando la relación entre el ex guerrillero y Aldo Rico como un «cóctel explosivo».

El jefe de la SIDE comenzó a recibir llamadas regulares de Galimberti, cada vez más alterado. A su turno, Octavio Caraballo, gerente de Bunge & Born, recibía mensajes tanto de Yofre —alentado por Menem— como del ex guerrillero a través de amigos del «Grupo Olleros». De esos contactos saldría una fecha, un lugar y una hora para que Jorge Born se abrazara en público con su antiguo captor, una sofisticada operación de prensa con tres beneficiarios claros: el gobierno de Menem, Born y Galimberti.

El primero podía exhibir el primer triunfo serio de su política de «reconciliación». El segundo, avanzar en la recuperación del dinero pagado por su rescate. Y el tercero, el tan anhelado cese de la persecución y la certeza de declarar sin riesgos como testigo en el «expediente Born». En las semanas posteriores, una serie de novedades políticas y judiciales reflejaría el movimiento de piezas en procura de tan caros objetivos.

---

3 Luego de responder al aparato «galimbertista» durante muchos años, Patricia Bullrich se fue independizando de su cuñado. En la década de los noventa formó distintas alianzas con grupos que se alejaron del Justicialismo e incluso fue elegida diputada nacional. En 1999 apoyó a la Alianza del radicalismo y el FREPASO y fue ministra de Trabajo del gobierno de Fernando De la Rúa. En la actualidad lanzó su candidatura a la presidencia para las elecciones de 2003.

4 Enrique Grassi Susini había sido militante de Tacuara. Fue administrador de la revista *Primera Plana,* cuando el empresario Jorge Antonio era su dueño. Entre 1973 y 1974 se desempeñó como jefe de la Policía de San Juan. Tras el golpe de 1976 figuró como «desaparecido». A finales de los años ochenta se vinculó con el coronel Mohamed Alí Seineldín y tras el alzamiento del 3 de diciembre de 1990 fue declarado prófugo por la justicia. Al año siguiente se pidió su extradición al Uruguay bajo la acusación de ser uno de los planificadores de la última rebelión «carapintada». En agosto de 1998 disertó en un congreso de características neo-nazis en la librería Huemul de Buenos Aires, junto a Ricardo Curuchet, ex director de la revista *Cabildo,* y Antonio Caponetto. La librería fue allanada por la Policía Federal y se secuestró la bibliografía de corte «nacionalista» en oferta.

El 8 de octubre de 1989 —aniversario del nacimiento del general Perón y la muerte de Ernesto «Che» Guevara— el presidente Menem firmó el indulto para Galimberti[5].

Dolores fue la primera en enterarse. Estaba reunida con la hija del senador santafecino Luis Rubeo cuando vio que en la tele se anunciaba el perdón presidencial. Serían las tres de la tarde. Dolores saltó como un rayo del sillón y levantó el volumen: iban a divulgar la lista de beneficiarios. Su amiga no entendía bien:

—¿Qué pasa?

—Van a anunciar los indultos, ¿no ves?

—¿Y a vos qué te importa eso?

—Shhh... Callate.

El locutor leyó la lista. Cuando Dolores escuchó «Rodolfo Galimberti, cédula de identidad...» casi se desmaya de la emoción. Su amiga entendía menos que antes. Justo en ese momento tocaron el timbre. Era Rodolfo. Apenas entró, Dolores se abalanzó para abrazarlo:

—Te felicito, mi amor.

—¿Qué pasó?

—Te dieron el indulto.

Galimberti se quedó helado. La amiga de Dolores, mucho más. No sabía que «César» estuviera entre los indultados. Se enteró en ese instante de que «Shaffer» era, en realidad, Rodolfo Gabriel Galimberti. Y no lo podía creer. Tampoco había mucho tiempo ni paciencia para explicarle, así que dejó a la pareja sola luego de jurar que mantendría el secreto.

Galimberti se tiró a la cama con un vaso de whisky en la mano. Se quedó un largo rato en silencio, mientras Dolores hacía zapping buscando novedades. Cuando se levantó, buscó el espejo grande que tenían en el comedor. Se vio más viejo. Habían sido dieciséis años en la oscuridad. Dieciséis años sin poder asomar la cabeza. Unos amigos franceses le habían dicho que una persona podía soportar las condiciones de clandestinidad durante siete u ocho meses, pero que luego comenzaba a sufrir perturbaciones psicológicas, trastornos en la personalidad. Él había aguantado dieciséis años. ¿Los había aguantado? Dolores lo abrazó desde atrás. Galimberti monologó:

—Te das cuenta de lo que esto significa... Voy a tener un DNI otra vez, como todo el mundo. Voy a ser legal. Todavía no lo puedo creer. Ya está, ya está, mi amor...

---

[5] Los decretos de indulto de Menem en 1989 fueron refrendados por lo ministros de Defensa, Ítalo Luder, y el ministro de Educación y antiguo rector de Galimberti en el Instituto Sarmiento, Antonio Salonia.

Dolores sintió que el cuerpo de Rodolfo amenazaba con derrumbarse. Fue la primera vez que lo vio llorar. Y no era una pose. Estaba temblando.

Otro indultado fue Raúl Magario, ex segundo jefe de Finanzas de Montoneros[6].

Ese mismo día, entre ochenta y cien mil personas recorrieron las calles de Buenos Aires protestando contra los indultos de Menem. Los chicos de la Franja Morada radical coreaban: «Menem no te hagas el oso / "queremo" a los milicos dentro del calabozo». Es que los cuatro decretos que el presidente firmó ese día —1002/89,1003/89,1004/89 y 1005/89— concedían el perdón no sólo a Galimberti, sino también a los carapintadas que participaron en los alzamientos de Semana Santa, Monte Caseros y Villa Martelli, y en el intento de copamiento del Aeroparque, en enero de 1988. Junto a Galimberti fue indultado el general Santiago Riveros, jefe de Institutos Militares durante la dictadura, y que tenía pendiente una indagatoria como procesado por violaciones a los derechos humanos, para el 13 de octubre.

A Galimberti no lo incomodaba la compañía. Su único temor, le decía a Dolores, era que lo hubiesen indultado en algunas causas «pero que siga pendiente

---

6 Luego de los indultos, el 10 de octubre de 1989, la familia Graiver publicó un manifiesto en el diario *Clarín,* titulado «La verdadera historia», donde decían: «Durante doce años hemos guardado silencio. Al principio, porque el secuestro y la cárcel nos lo impusieron. Luego, porque el adecuado funcionamiento de las instituciones de la democracia satisfizo nuestros derechos. Hoy se ha desatado una nueva campaña donde, como ayer, se mezclan lo ideológico, afanes de notoriedad personal y el negocio del escándalo. (...) En 1977 fuimos privados de nuestra libertad e interdictos de nuestros bienes. En el ámbito de los procedimientos de la época, la Comisión Nacional de Responsabilidad Patrimonial (CONAREPA), instituida por el gobierno de facto, dio por probada la relación de David Graiver y la organización subversiva Montoneros y ordenó pasar todo nuestro patrimonio al Estado Nacional (...) La condena del Consejo de Guerra fue anulada, durante el mismo Proceso de Reorganización Nacional, por la Corte Suprema de Justicia de la Nación. Radicadas las actuaciones en la Justicia Federal en lo Criminal, fuimos sobreseídos definitivamente unos y absueltos otros en orden a los delitos que nos imputaron: encubrimiento, asociación ilícita y asistencia económica a la subversión (...) Luego de un año de análisis técnicos y tratativas agotadoras se arribó a un acuerdo con el señor Procurador del Tesoro de la Nación, quien, en uso de las facultades que le acordara el decreto 1301/84, suscribió cuatro convenios con nuestro apoderado. (...) Cuando creíamos concluida tan dura como injusta lucha, diversas motivaciones —algunas explícitas y otras no— determinan que se vuelva a hablar y a juzgar sobre hechos largamente cubiertos por todas las salvaguardas que el derecho prevé para la seguridad jurídica de los ciudadanos. (...) Tergiversando hechos y con notorio desconocimiento del derecho, se pretende embarcar en aventuras judiciales que no harán otra cosa que ocasionarle nuevos y severos perjuicios, como los que ya se han visto expuestos a asumir al privársenos del derecho a recibir la reparación económica que nos fuera judicialmente reconocida, en lo que se perfila como un nuevo intento de confiscación. (...) No es cierto que ante autoridad alguna hayamos declarado que existieron "negocios" entre David Graiver y la organización subversiva Montoneros, ni aun cuando lo hicimos bajo apremios ilegales. En vida de David jamás supimos —y todavía hoy no sabemos— que existiera relación voluntaria alguna entre él y la organización subversiva. (...). Sí hemos reconocido que con posterioridad a la muerte de David fueron extorsionados y amenazados de muerte bajo el reclamo de una suma que variaba, de exigencia en exigencia, por quienes se decían "Montoneros". (...) No existe prueba válida alguna sobre la presunta relación—acuerdo entre David Graiver, Firmenich y Quieto, ni existe elemento alguno que demuestre que David haya recibido dinero proveniente del secuestro de los señores Born». Firman el manifiesto: Juan Graiver, Isidoro Graiver y Lidia Papaleo de Graiver. Y debajo aparece una nota que, para el lector común, pasaba desapercibida, pero que se parecía mucho a un mensaje dialoguista hacia el poder: «Encontrándose la presente en trámite, hemos tomado conocimiento de los decretos concediendo indultos, los cuales crean, sin duda, un nuevo marco institucional y jurídico». El 11 de octubre, el juez federal de San Martín dictó un embargo contra los bienes de la familia Graiver por la suma de U$S 14.548.026,56.

la captura por otras». Habló entonces con Yofre, quien le garantizó que el perdón era total. Como contrapartida, el jefe de la SIDE le sugirió que saliera a hablar a favor de la política de la «pacificación nacional». Y lo sermoneó: «Lo más importante en la vida es ser una persona agradecida».

El perdonado entendió el mensaje. El 25 de octubre de 1989 la revista *Somos* ilustró su portada con un primer plano de Galimberti, bajo el título «Pelea entre los montos». En sus páginas interiores aparecía un reportaje donde el ex guerrillero se despachaba contra Firmenich, Vaca Narvaja y Perdía. Decía que el mentor intelectual de la «Operación Mellizas» había sido un ministro de Perón (arrojando sospechas sobre José Gelbard). Defendía el acuerdo entre Menem y Bunge & Born. Y hablaba maravillas del «Ejército Nacional», revelando que era «amigo personal» de Aldo Rico. El periodista, Rubén Correa, le hizo una pregunta que Galimberti estaba ansioso por contestar:

«Periodista: ¿Tienen claro ustedes que Menem paga un alto costo político al indultar a guerrilleros y militares?

Galimberti: Yo le agradezco inmensamente a Menem por su coraje político para asumir la herencia de muchos años de desencuentro. En el costo que tiene que pagar el Presidente se mide nuestro agradecimiento. Creo que es sincera su voluntad de lograr la unidad nacional».

Por supuesto, hubo más preguntas:

«Periodista: ¿Cuándo abandonó la lucha armada, la guerrilla?

Galimberti: En 1979 rompí con el que se llamaba "Movimiento Peronista Montonero", renuncié prolijamente, y retorné al peronismo.

Periodista: ¿Fue una decisión "táctica" o "estratégica"?

Galimberti: Fue estratégica. Si seguíamos por ese camino nos destruían. Nuestras acciones repercutían negativamente en el pueblo, porque nosotros podíamos escondernos, mientras la represión caía sobre la gente común. No era tampoco una lucha asumida por el conjunto del pueblo. Uno se da cuenta de que es parte de un grupo de tres gatos locos que embroma al resto de la gente. Uno se da cuenta de que no va a tomar el poder, que se alejó del sentimiento de la gente y que no hay perspectivas para lo que era nuestra forma de lucha.

(...)

Periodista: ¿Siente alguna culpa, acaso?

Galimberti: ¡Cómo no la voy a sentir! Primero, lamento la muerte de los camaradas, de los compañeros de lucha; después lamento toda la sangre argentina que se derramó, por supuesto la de nuestros adversarios circunstanciales.

(...)

Periodista: Algo le tiene que decir a la sociedad.

Galimberti: ¿Vos querés que yo diga "me arrepiento, soy guerrillero, voy a flagelarme"? Nada de eso. Yo peleé por algo que consideraba justo. El que diga lo contrario es un hipócrita que mañana volverá a agarrar las armas».

Liser Carbajo recibió *La Nación* mientras desayunaba en la cama. Cuando vio el anuncio de *Somos* promocionando la primera entrevista a Galimberti, comentó con la criada: «No puede ser, este muchacho es igual a César», y mandó a comprar la revista. Luego pidió el teléfono y llamó a su hija:

—¿Leíste *La Nación*, querida?

Dolores tartamudeó. Liser Carbajo avanzó con estilo:

—¿Viste que el señor que sale en un anuncio es muy parecido a César?

—Sí, mamá...

—Claro, hijita, yo diría que es la misma persona. Me parece que vos y yo tenemos que hablar, ¿no?

—Sí, mamá. Cuelgo y salgo corriendo para casa, así te explico.

Cuando Dolores llegó al caserón de Belgrano su madre había terminado el té y tenía el diario abierto sobre la cama. A un costado estaba el ejemplar de *Somos*. Dolores le contó la verdad.

—¿Y no te parece, querida, que yo tendría que hablar con este muchacho?

—Sí, mamá...

Más tarde, Galimberti escuchaba el relato del encuentro. Interrumpió a Dolores.

—Tu madre tiene razón. Voy ya mismo a darle explicaciones.

—¿Le vas a contar toda la verdad?

—Por supuesto, se acabó la farsa. Dolores sentía que esos arranques brutales de decisión la unían más a Rodolfo. Subieron al «escarabajo» y fueron hasta la casa de Carbajo. La mujer ya estaba vestida, esperándolos en la sala mayor. Galimberti carraspeó y dejó fluir las palabras, dándoles un tono de gran trascendencia:

—Es cierto, no soy César. Mi nombre real es Rodolfo Galimberti, ex capitán montonero. Espero que entienda que yo no podía decirle la verdad hasta que no fuera un hombre libre de persecuciones.

Parecía el alegato último de un hombre ante el tribunal. Y su remate logró el objetivo: conmover a la tribuna femenina. Mirando a Carbajo fijo a los ojos, Galimberti le dijo:

—Señora, yo intenté cuidar a Dolores. Yo amo a su hija... Vengo a pedirle su mano.

Dolores se derretía. La madre llamó a las abuelas. Ante ellas, Galimberti repitió toda su historia. La mayor, de noventa y un años, escuchaba entretenida. Su padre había sido cónsul alemán en Santa Fe, durante el Tercer Reich. Había sido

educada por docentes hitlerianos y la historia del pretendiente de su nieta le traía recuerdos movilizantes. En toda la casa, era la única que había escuchado hablar de Galimberti alguna vez.

Dolores comprobaba cómo Rodolfo, poco a poco, iba convenciendo al resto de su tragedia. Mientras Galimberti hablaba, ella recordaba el año ochenta y tres, la vuelta de la democracia, las manifestaciones, los carapintadas, los juicios, el odio... Ella estaba a favor de los indultos y quería que su familia también indultara a su pareja. Creía que había que decir basta y empezar de cero. Para ella, Galimberti era el combatiente de una Argentina mejor. Mientras él hablaba, Dolores comprendió por qué lo amaba tanto.

La entrevista en *Somos* fue una bomba que no sólo provocó ese súbito sinceramiento ante la familia de Dolores Leal Lobo. También sacudió a la militancia de *Jotapé*. Aunque la revista había dejado de salir, la estructura política creada a su alrededor se mantenía. Pero el giro a la derecha de Menem los había desorientado. El sector mayoritario quería alinearse con Saúl Ubaldini, referente de un polo que resistía los acuerdos con Born y los Alsogaray. Pero faltaba la palabra de Galimberti. Hacía tres meses que no bajaba línea alguna.

—¿Che, se sabe algo de aquél?

Era la pregunta que se repetían los militantes. Pero la nota en *Somos* había colmado el vaso. Ahora la gente llamaba al local de Boedo 1771 para insultarlo. Llano y «La Chuchi» trataban de defenderlo, pero tampoco contaban con demasiados argumentos. Llano era el que proponía reuniones para analizar las definiciones del líder. Invitaba a los más exasperados al local: lo único que recibía eran maldiciones. Una semana después de la publicación, Galimberti se comunicó con él.

—¿Cómo están las cosas?

—Para la mierda, cómo van a estar. ¿Donde te metiste vos?

—No me dejan salir, viste... ¿Mucho quilombo con lo de *Somos*?

—Te quieren matar, Loco.

—Armá una reunión con la gente más cercana. Decíles que voy a ir. Que voy a dar la cara.

Como siempre, Llano cumplió. Citó al grupo de la UB «Dalmiro Flores», de Haedo, y organizó una choriceada en una casa de Ituzaingó. La gente esperó para comer hasta que los chorizos estuvieron casi carbonizados. Como Galimberti no llegaba, se pusieron a jugar al fútbol en la calle. Pasó una hora. Dos. A las cinco de la tarde, uno de los militantes divisó a unas personas a lo lejos:

—Ahí viene Galimba con «La Chuchi» y «El Gordo» Llano. Mirá a la hora que llegan estos hijos de puta...

—Sigamos jugando como si no pasara nada. Hagamos la nuestra —dijo otro.

Se pusieron de acuerdo para ignorarlos. Galimberti venía al frente, totalmente afeitado y con una boina ladeada sobre la cabeza. Cuando se acercó lo suficiente, gritó algo como para romper el hielo:

—¡Qué mal la pasan ustedes, che!

Nadie le dijo nada. Sólo gritaron el gol que acababa de hacer «El Negro» Miguel. Galimberti fue a buscar la pelota.

Claudio Díaz lo regañó, con el aval de Miguel, Alejandro —que era el dueño de casa—, Richard, Claudia y Javier, toda la banda del Oeste:

—Mirá, estuvimos esperando. Hicimos unos choripanes, pero ya no queda nada. Pensamos que no ibas a venir.

—¡Cómo que no iba a venir! Acá estoy. Yo no me ando escondiendo. Y por la comida no se hagan drama, tomamos unos mates.

Entraron en la casa. «El Gordo» Llano puso la pava. La reunión se montó en el garaje. Con Galimberti, además de Llano y «La Chuchi», habían llegado dos tipos raros. Uno era gordo, decía que venía de «la Universidad»; el otro tenía una barba larga. Se presentaron como militantes nuevos que se habían incorporado «hace unos quince días». A Díaz le llamaron la atención: «Estos tipos se engancharon cuando todo el resto está viendo de rajarse», comentó con Richard.

Comenzaron hablando de Menem. El más gordo lo defendía. Miguel lo quería matar. Dijo que se habían reunido para escuchar a Galimberti. Que habían venido a eso y a nada más. Todos asintieron. Galimberti tomó entonces el centro de la escena:

—Yo, antes que nada, quería pedirles disculpas...

Lo decía compungido. Planeaba una actuación soberbia.

—Va a ser muy difícil que ustedes entiendan lo que voy a decirles. Sé que están calientes por la entrevista, pero la verdad es que no tenía otro remedio para salir a decir lo que dije.

Se hizo un largo silencio. Galimberti sabía manejar los tiempos del discurso. Generar expectativa.

—Yo les voy a confesar algo que deben saber... La SIDE me viene apretando desde que Menem asumió.

Otra vez se calló. Hizo una pausa para ver las reacciones del auditorio. Había logrado captar la atención de todos.

—Ustedes saben que yo tenía muchas deudas en lo judicial. Estuve casi diecisiete años clandestino, perseguido por haber sido parte de una lucha justa. Menem me indultó y había algunos que me querían hacer pagar un precio muy alto por eso. Pretendían que saliera a bastardear la historia heroica de mi generación.

Yo hablé, fue parte de un acuerdo, pero ahí no está mi pensamiento real, fue una apretada de la SIDE que me tuve que tragar.

Los que escuchaban comenzaron a impacientarse. El que hablaba en el centro no parecía el mismo Galimberti que los había entusiasmado con su verba de artillero para hacer «la revolución peronista». Era otro. Un tipo común y corriente, dando explicaciones que a todos les sonaban inverosímiles. Alguien comentó por lo bajo: «Parece un "gonca" [cobarde], che». Galimberti retomó la palabra.

—También les quiero decir que deben estar preparados porque de éstas va a haber muchas más. Y así como reconozco que tendría que haberlos convocado, hacerles saber antes que iba a pasar esto, lo de la entrevista, les advierto ahora que no sería extraño que otros medios o desde el mismo Gobierno salgan a hablar pestes mías, salvo que yo arregle...

Alguien reaccionó:

—¿Arreglar qué?

Pero ya nadie escuchaba. Eran todas voces indignadas. «El Negro» Miguel increpó a Galimberti: «Yo no te creo nada. Tiraste abajo la ilusión de todos. Sos una basura, vos».

Miguel siempre había sentido fascinación por Galimberti. Era un militante convencido, dispuesto al sacrificio, a la pintada de madrugada. Decía que llevaba el peronismo en la sangre. Morochazo, rudo, curtido, nadie podía creer que se le hubiese anudado la garganta cuando toreó al jefe y que ahora tuviese los ojos llenos de lágrimas. Galimberti quiso meter un bocadillo sentimental:

—Estos son los gestos que a uno lo conmueven. Porque ahí todos estamos viendo lo que es la pureza de un militante que no soporta...

—¡Andá a cagar! —le retrucó Miguel y se largó. Richard y Claudio salieron detrás de él. A destiempo, Galimberti simuló que los había mandado: «Vayan a buscar a este muchacho, a ver si le pasa algo». Miguel se fue a sentar a la vuelta, en el bordillo de la acera. No quiso volver.

Cuando Richard y Claudio Díaz regresaron, Galimberti estaba de pie, haciendo un discurso crítico, combativo, intentando penetrar en la cabeza de los otros:

—Acá, lamentablemente, ha pasado lo que nosotros pregonábamos, esto es, un peronismo que, al igual que el alfonsinismo, está dispuesto a ser entreguista. Que quiere arriar las banderas históricas que le dieron sentido al Movimiento. Me parece que este Gobierno ya está jugado, definitivamente, a satisfacer lo que piden las clases dominantes. Pero, precisamente, nosotros, aun en este dolor que tenemos, en esta derrota que estamos experimentando, tenemos que volver a reagruparnos porque no estamos solos. Hay muchos sectores que están en lo mismo, fíjense lo de la CGT. Ubaldini se puso loco, tenemos que empezar a trabajar

ahí, así como trabajamos para que el peronismo llegue al Gobierno, ahora tendríamos que trabajar para torcerle el rumbo.

No hubo aplausos ni entusiasmo cuando acabó el discurso: había dado una imagen patética de sí mismo. Para los militantes fue la muerte de la ilusión, como se había quejado Miguel. Para Galimberti, una descarga absurda. Ya ni siquiera él creía en lo que decía.

Levantó a su comitiva y le preguntó a Claudio Díaz si iba para la estación del tren. Juntos llegaron al andén. El tren venía repleto. Galimberti se paró con su bolsita al lado de Díaz para intentar limar asperezas. Se tuvo que correr para dejar pasar a una señora que venía con una planta en sus manos y acarreaba a cuatro chicos pequeños. Claudio Díaz, mientras tanto, lo escuchaba, o hacía que lo escuchaba. Cuando el tren llegó a la estación de Haedo se bajó. Nunca más volvió a ver a Galimberti.

El ex guerrillero comprendió entonces que el camino que había elegido debía desandarlo sin compañía. Por esos días se enteró de que hasta Zverko tenía pensado abandonarlo. Ahora era Galimberti contra todos. Sin militancia ni festejantes a su lado.

Pero estaba convencido de su lealtad para con Menem. Él lo había sacado de la clandestinidad, había cumplido con su palabra. En su interior aguardaba ansioso que le ofreciera una misión para dejar sentado que le agradecía de veras. Cualquiera fuera, pensaba cumplirla. Entonces llamó al «Tata» Yofre. Primero le agradeció el gesto de la noche anterior. Galimberti se lo había cruzado en Puerto Marisco, mientras Yofre comía con el periodista «Chacho» Marchetti, y le hizo llegar un champán francés a la mesa, con una tarjeta que decía en el reverso: «Al compañero "Tata" Yofre».

Después, Yofre le dijo que tenía una cita «muy importante».

Desde temprano, los empleados del Hotel Lancaster, de Córdoba y Reconquista, habían visto desfilar gente rara, pero no sospechaban que se trataba de agentes de la SIDE distribuidos para garantizar que el cónclave se desarrollara sin incidentes. El abrazo, la reconciliación pública y definitiva entre Jorge Born y Rodolfo Galimberti estaba a punto de concretarse. Era la foto de la «pacificación nacional» que el Gobierno tanto anhelaba. Yofre se salía de la vaina. En un par de minutos la operación del reencuentro, de la que se sentía gestor absoluto, estaría plasmada.

Galimberti no estaba muy de acuerdo con la corbata que Dolores le había elegido. Mientras ella ponía el coche en marcha, él fue y se la cambió. Luego se abotonó el traje y salió a la calle para respirar profundo. Llevaba en el bolsillo derecho un Rolex de oro, idéntico al que le habían arrebatado a Born la mañana del secuestro.

Se subió al coche y besó a su mujer. Mientras marchaban a la cita, le dijo que si no volvía no se hiciera problemas.

—No me busques. De alguna manera me voy a comunicar con vos.

Se despidieron con un beso largo. Ella aparcó el Fiat Uno a dos cuadras del hotel. Tomó un libro que tenía en la guantera. Antes de abrirlo se quedó observando cómo Rodolfo caminaba contra el tráfico. Sintió que una sensación conocida le recorría el cuerpo. Se sentía feliz, de nuevo.

Galimberti entró en el hotel a paso redoblado. Cuando vio el despliegue de los espías de Yofre le hizo gracia. «Si el trabajo de estos tipos es pasar desapercibidos, son un caso perdido», pensó.

Born lo aguardaba con una sonrisa. Era la tercera vez que se veían en la vida. Para el gran público sería la primera.

Capítulo XXVIII

La fiesta inolvidable

Galimberti gozaba de su nueva vida de hombre libre, pero necesitaba un trabajo fijo y un recibo de sueldo para justificar sus ingresos. Conservaba una tarjeta ajada en el bolsillo. Se la había entregado el general retirado Carlos Dalla Tea, a mediados de 1988, luego de decirle que fuera a verlo si necesitaba algo. El momento había llegado.

Dalla Tea lo recibió en sus oficinas del tercer piso del edificio levantado en Esmeralda 672. Cuando salió de ahí, Galimberti tenía el problema laboral resuelto. Pasaría a ocupar un cargo de «asesor» en *American Security International S.A.*, una misteriosa empresa dedicada a la venta de *software* de informática.

Dalla Tea era uno de sus dueños, aunque no aparecía en los papeles. Un tal Harold Martin Boldin, de nacionalidad estadounidense, figuraba como presidente. En el ambiente empresarial se comentaba que *American*... tenía algún tipo de vínculo con la DEA (*Drug Enforcement Agency*), la agencia antinarcóticos norteamericana. Según las actas de constitución de la sociedad, Boldin contaba con dos pasaportes expedidos el 19 de noviembre de 1982 por la Embajada de los Estados Unidos: el Z 4.412.638, común y corriente; y otro, el X 16.690, que, curiosamente, revestía carácter diplomático. Este dato acrecentaba el rumor.

Galimberti se aparecía por las oficinas de Dalla Tea una vez por semana, casi siempre en compañía de sus amigos «carapintadas» Flores y Jándula. Yofre le había pedido que colaborara en buscarle una salida política al movimiento liderado por Aldo Rico, y el ex guerrillero estaba convencido de que Dalla Tea, envuelto por ese halo patriarcal de los viejos generales, podía ayudarlo en la misión.

La ayuda fue recíproca. Dalla Tea terminó ofreciéndole a la SIDE un sistema de videoconferencias y algunos ordenadores. En el edificio de 25 de Mayo 11, sede del máximo organismo de espionaje nacional, fue recibido por Guillermo Sábato, director de Finanzas de Yofre y amigo de Octavio Frigerio, que había hecho gestiones para incorporar a varios ex carapintadas como vigilantes al grupo Bunge & Born.

Galimberti tuvo un segundo trabajo pantalla. El empresario Jorge Antonio le cedió unas oficinas en Cerrito y Juncal, pertenecientes a una sociedad naviera administrada por sus hijos. Galimberti mantenía ahí largas reuniones con personajes de aspecto castrense. Mientras tanto, dudaba en aceptar o rechazar la oferta formulada por el periodista Daniel Hadad, «El Gallego» Menéndez y el abogado Alejandro Dinelli para crear una consultora, dedicada a la venta de *lobbys* para empresas.

Sus mayores esfuerzos los dedicaba a cumplir su pacto con Born, que mantenía ansioso al Gobierno: conseguir la devolución de la plata del secuestro. Eso le llevaba mucho tiempo. El fiscal Romero Victorica debía probar que Graiver había sido el financista de la guerrilla peronista y que, como tal, había licuado el dinero del rescate en su propio patrimonio. La familia Graiver imploraba que se hiciera efectiva la indemnización por la confiscación en los tiempos de la dictadura, pero el subsecretario de Justicia menemista, César Arias, se demoraba en formalizar el pago hasta que el fiscal no avanzara en la causa.

Galimberti asesoraba a César Arias. Portaba una credencial que lo habilitaba como tal. Su misión, a contrarreloj, no parecía simple. Tenía que ubicar y convencer a tres ex montoneros que participaron en el manejo financiero de la «Operación Mellizas» para que se presentaran y volcaran sus testimonios en el expediente. Pablo González Langarica «Tonio», cuyo paradero era un misterio; Juan Gasparini, asilado en Ginebra y sin intenciones de regresar, y Raúl Magario, que había sido indultado en octubre de 1989. Esas serían sus nuevas presas.

Con Magario, a quien localizó en menos de una semana, se encontró en un bar de Federico Lacroze y avenida Libertador, a fines de 1989. Para romper el clima helado, Galimberti sacó el tema de Firmenich y los otros comandantes montoneros: «¡Estos turros siguen viviendo de la guita nuestra!», le dijo. Magario dejó que el otro lo sondeara. Recordaron viejas historias, de cuando habían estado juntos en reuniones de conducción de Columna Norte. Al final de la charla, se pusieron de acuerdo en un punto, el fundamental: «Los indultados por Menem tenemos que reconocer nuestra historia, nuestros errores, nuestra participación y decir todo lo que sabemos de lo de Graiver. Me parece una barbaridad que esa familia se quede con la guita de Born». La frase de Magario, que traslucía una voluntad de sincera cooperación, sonó a dulce melodía en los oídos de Galimberti. Quedaron para verse más adelante. El ex montonero ya tenía algo para mostrarle a Arias.

La segunda apuesta era la más difícil. A través de un contacto en París, que en su momento le había facilitado «El Vasco» Mauriño, se puso a reconstruir el itinerario secreto de «Tonio», a quien muchos no dudaban en dar por muerto.

Cuando Pablo González Langarica cayó en manos de las pandillas de la ESMA, Galimberti se encargó de levantarle la casa, arriesgando su propio pellejo en

la operación. En cautiverio, Langarica soportó los apremios físicos y psicológicos durante siete días, hasta que los marinos trajeron a su pequeña hija para torturarla delante suyo. Sólo entonces aceptó confesar y ofrecerse para vaciar unas cuentas montoneras en Suiza que obsesionaban a Massera.

Según la versión de los sobrevivientes de la ESMA, Langarica quedó bajo control de la Inteligencia Naval. Pero su historia posterior fue un enigma cerrado, inexpugnable.

Galimberti logró convencer al hermano, dueño de una agencia de viajes, de que le facilitara un encuentro con «Tonio». Se vieron una semana más tarde en la confitería Open Plaza. Hablaron durante tres horas. Galimberti le ofreció 50.000 dólares para que testimoniara a favor de Born. Le dijo que sólo tenía que ir y decir lo que sabía ante el fiscal: cómo había circulado el dinero, cómo funcionaba el Área de Finanzas de Montoneros, qué papel cumplía Graiver en las operaciones... «Tonio» le aclaró que con gusto se sumaría al plan, que le parecía justo que Born recuperara lo suyo, pero que ya había sufrido mucho para complicarse la vida de nuevo.

—Vas a tener la oportunidad de hacer mierda a los «chupados» que dijeron que eras una mierda... —lo toreó Galimberti.

—Sí, sí... Está bien. Pero entendeme. Vos sabés lo que yo sufrí.

—Decime que lo vas a pensar, por lo menos. Llamame cuando lo decidas.

«Tonio» decía que «no» con los gestos, pero la insistencia de Galimberti logró quebrar su defensa:

—Está bien, si te deja tranquilo, lo voy a pensar.

—Bueno, vos sabrás —lo despidió Galimberti.

Se fue mal de la reunión. Sentía un afecto puro por «Tonio». En ese instante se le cruzó que, tal vez, lo mejor hubiese sido no encontrarlo jamás. Que realmente la muerte se lo hubiera llevado a otra parte, lejos, donde no pudiera haberlo hallado. Pero estaba lanzado, convencido de la justicia de su nueva causa y ansioso por embolsar sus efectos. Algunos ex cuadros montoneros no dudarían en calificar la oferta de Galimberti a González Langarica como «un apriete imperdonable».

El 26 de abril de 1990, Galimberti declaró por espacio de doce horas en la causa Born. En treinta y cuatro hojas abrió el camino para que citaran al resto de los testigos. En el párrafo final, se tomó una licencia para dejar sentada su lealtad para con los dos hombres que lo estaban pariendo de nuevo: «Quiero dejar constancia del agradecimiento a Jorge Born por su actitud generosa al manifestarme su perdón personal y cristiano. Esto se inscribe en la actitud del Poder Ejecutivo al haber dictado, también generosamente, su indulto. Estoy íntimamente convencido de que decir la verdad es la única conducta que cabe para

la reconciliación nacional. Y el único homenaje en serio a los caídos de nuestro bando, a los de las Fuerzas de Seguridad y a los de las Fuerzas Armadas...».

El pasado era algo demasiado presente. El 4 de mayo, el juez Carlos Luft allanó dos de las denominadas «cárceles del pueblo» de Montoneros. Una en García 5050, de Carapachay; y otra en el 100 de Rawson, de Villa Ballester, donde habían estado secuestrados los hermanos Born. Un día más tarde, el fiscal Romero Victorica dio por acreditado que «el Grupo Graiver fue el socio financiero de la subversión montonera e incorporó a su patrimonio una masa multimillonaria de dólares producto del rapto de los Born y de un ingeniero de la Mercedes Benz, de apellido Metz». Según dijo, estaba probado que «los Graiver agigantaron sus arcas, crearon entidades financieras en el exterior, se llevaron el dinero para allá y efectuaron una operatoria económica internacional muy compleja que está totalmente descubierta».

A los dos meses, en junio de 1990, Galimberti dejó un mensaje en el contestador telefónico del ex montonero Juan Gasparini, que había revistado en la secretaría de Finanzas de la Organización: «Estoy viajando para Ginebra mañana mismo. Te llamo desde el hotel». Ya instalado, lo citó para las seis de la tarde en el *lobby*. Cuando Gasparini apareció por el lugar fue testigo de una escena insólita: Galimberti bajaba de un coche policial y le agradecía en francés a los oficiales. Galimberti le explicó que la policía lo había detenido durante dos horas porque figuraba en las listas de «criminales» buscados por Interpol. La fotocopia del indulto presidencial que llevaba en la maleta y la credencial de «asesor» del subsecretario de Justicia lo salvaron. Los oficiales aceptaron comunicarse con la Argentina, comprobaron que no mentía sobre su «misión oficial» y trasladaron al «ex terrorista», en un coche patrulla, hasta el hotel. Allí lo vio Gasparini. Tras un saludo breve, Galimberti fue directo a los papeles.

—Tengo una solución para tu problema.

Gasparini no sabía muy bien cómo tratarlo. Si como un ex aliado o como un actual enemigo. El «problema» del que le habló Galimberti era la orden de captura que el juez Luft había librado en su contra por haber actuado como segundo de David Graiver. En Ginebra, Gasparini tenía estatus de refugiado político. Una pandilla de la ESMA había matado a su mujer en enero de 1977. En Suiza rehizo su vida. Trabajaba de corresponsal de *Página/12*. Criaba a sus hijos. Y se había ilusionado con la primera tanda de indultos de Menem, aunque lo dejaron fuera. Ahora temía que los embates de la justicia democrática argentina hicieran flaquear la solidaridad oficial del país que lo acogía.

Gasparini le respondió que no tenía problemas en declarar, siempre que lo dejaran hacerlo desde el exilio, vía Consulado, y que le garantizaran que sus dichos

no iban a ser utilizados para crearle dramas judiciales a terceros. Galimberti lo bajó a tierra:

—Mirá, Juan, el indulto no te lo van a dar jamás si vos primero no arreglás políticamente. Yo vengo contratado por Born y también por el Gobierno. Si vas a declarar en la causa, todo se soluciona y vos cobrás veinte lucas.

La oferta quedó flotando junto al humo de los habanos. Gasparini retomó el hilo de la charla.

—Rodolfo, hay un elemento que vos desconocés. Estoy a punto de sacar un libro en la Argentina donde está todo contado. Yo no quiero mandar gente presa, no tengo alma de soplón, así que cambié algunos nombres. Si quieren, ratifico lo que dice el libro en sede judicial. Pero para eso van a tener que indultarme, porque yo así no puedo viajar. Sabés que soy viudo. Si quedo preso, ¿quién se hace cargo de los pibes?

—¿Tenés el libro acá?

—Tengo el manuscrito, ¿querés leerlo? Llevalo.

Galimberti lo guardó bajo el brazo. En el libro *El crimen de Graiver* se relata, aunque variando los nombres de los protagonistas, cómo los capitales montoneros pasaron a Graiver. Era una prueba más para confirmar la hipótesis barajada por el fiscal Juan Romero Victorica.

Al otro día, como no tenía noticias del enviado, Gasparini lo invitó a comer a su casa.

—En el libro está todo, che —le dijo Galimberti.

—Te lo había dicho.

—Pero vos cambiaste los nombres, ¿no? Bue..., yo voy a llamar a Arias. Él te va a confirmar que lo del indulto no es una tontería mía.

—Decile que no lo voy a defraudar.

Galimberti llamó al despacho de César Arias. Lo atendió la secretaria y lo comunicó con el funcionario menemista:

—Doctor, ya conseguí lo que vinimos a buscar... No, quédese tranquilo, Gasparini me dice que va a declarar.

Gasparini sintió que había empujado la pelota hacia el campo contrario. Prometía que sólo con indulto mediante daría formato de testimonio legal a su libro. Con ese acuerdo, Galimberti regresó a Buenos Aires.

El 14 de agosto de 1990, Menem indultó a Juan Gasparini. Romero Victorica viajó de inmediato a Ginebra para advertirle que ya no podía negarse a declarar y sugerirle, de paso, que incriminara al periodista Horacio Verbitsky en la causa. Gasparini se negó. El Fiscal no abandonaría esa idea. Dos meses después, en nombre del subsecretario Arias y Galimberti, un correo le acercó a Gasparini la lista con doscientas preguntas que tendría que responder cuando viajara a la

Argentina, donde, bajo cuerda, le prometían entregarle 20.000 dólares. Pero a pesar de simular una aceptación, el ex montonero demoraba su llegada al país.

Los tiempos de Galimberti, a veces, no eran los del fiscal. Un día, mientras salía del Open Plaza, recibió una llamada en su móvil. Era de la Fiscalía de la localidad bonaerense de San Martín.

—¿Vio, Galimberti? Lo que usted no consigue por las buenas, nosotros lo conseguimos por las malas.

—¿De qué me habla?

—El señor González Langarica está detenido en la alcaidía de Tribunales. Se niega a cooperar con nosotros, así que lo estamos ayudando a reflexionar.

—No, ese muchacho tiene una historia traumática. Respétenlo un poco, no sean tan hijos de puta.

—No es para tanto...

—Mire, se lo digo de corrido. O dejan tranquilo a Tonio o yo me bajo de la operación.

Habrá sonado temerario, porque la amenaza surtió efecto. Esa mañana «Tonio» había acudido al Tribunal para cumplir con la citación del Fiscal, pero no quiso declarar. La gestión de Galimberti lo sacó del calabozo. Más tarde, sentados en un barcito cercano, Tonio aceptó volcar su testimonio en la causa. A Galimberti volvió a dolerle el pasado. Le hubiese gustado ahorrarle «al pobre Tonio» semejante mal trago. Esas sensaciones eran como ráfagas de humanidad que, de vez en cuando, le atenazaban el corazón. Pero no le duraban mucho.

Galimberti era más Galimberti que nunca. Con la misma decisión brutal que había abrazado el ideal expropiador montonero en los años setenta, se alistaba ahora en el pelotón político-judicial que —con verba social-conciliadora y supuestos afanes reparatorios— operaba en todos los frentes para que Born recuperara los millones que más valor sentimental tenían para él. Los que alguna vez habían tratado con el ex guerrillero se debatían en interrogantes: ¿Galimberti lo hacía sólo para recibir un puñado de dólares como premio? ¿O acaso intentaba demostrarle a los dos hombres más poderosos de la etapa —Menem y Born, sin dudas— lo que era capaz de hacer? Los más escandalizados se respondían que la clave era el dinero. Lo más comprensivos, en cambio, decían que era pura ambición de poder.

Daniel Llano lo conocía mucho. No estaba para nada enojado con su jefe. Lo admiraba. Lo había acompañado sin cuestionarle las decisiones, porque coincidían en las opiniones. La última vez que lo vio fue en un bar de avenida Córdoba. Y notó que, aunque disimulada bajo esa máscara de juerga eterna, esa tarde la melancolía envolvía a su jefe:

—¿Qué pasa, che?

—Nada, me pregunto para qué carajo sirvieron todos estos años. Cumplimos con Born, Menem... Y ahora ando preguntándome como Lenin «Qué hacer?». El país es otro, Daniel. Nos preparamos para una cosa, y salió algo completamente distinto. Estábamos entendiendo el télex y ¡zas!... De golpe salió el fax... Ya no hay espacio para tipos como nosotros. «El Turco» Menem hace la suya. Y con todo lo que yo hice para que Born lo apoyara... Lo único que quieren es usarnos, Gordo. Por eso me pregunto, ¿qué hacemos?

—De eso te quería hablar. Me estoy yendo para Misiones, no quiero seguir acá. Creo que puedo ser útil en el interior, como asesor de alguien. Haciendo cosas que le sirvan a la gente.

Otro jirón que perdía en su nueva vida. Galimberti era como un cohete disparado al espacio que va perdiendo sus partes mientras atraviesa las capas de la atmósfera. Preparar esas partes cuesta cientos de millones de dólares, pero es necesario arrojarlas al cubo de la basura del universo si uno quiere llegar lejos. Por eso, aunque apreciaba a Llano, se repuso del shock efímero que le produjo el anuncio. Al rato, lo estaba felicitando.

—Tu decisión es muy sana, Gordo. Te felicito. Te va a ir bien. Yo, en cambio, no sé... Tal vez monte una consultora. Hadad me lo viene ofreciendo. Las empresas compran «inteligencia competitiva», viste que ahora le dicen así. Pensaba decirte a vos...

—Gracias. Pero después de todas las cosas que hicimos, me sentiría mal calentando el culo en una silla y vendiéndole humo a esos «oligarcas» —le contestó Llano.

Los cortados habían quedado a un lado, sin que nadie los tocara. Pagaron y se fueron caminando por Córdoba hacia arriba. Cuando no hubo más que decir, se estrecharon las manos, prometieron futuros encuentros y, sin saberlo, se despidieron para siempre. Galimberti se quedó con un solo confidente: «Yuyo». Zverko también había partido, enojado, a sacar una nueva revista junto a su esposa.

Pero antes de abocarse al plan de la consultora, el ex guerrillero tuvo una actitud que selló para siempre su amistad con Aldo Rico: le dijo que no se involucrara en un levantamiento que preparaba el coronel golpista Mohamed Alí Seineldín porque desde la SIDE le avisaron que Menem, esta vez, no iba a negociar ni ceder como había hecho Alfonsín. Iba a reprimirlos y meterlos presos. Contaba con buena información, porque ocurrió tal como dijo. El 3 de diciembre de 1990, Seineldín lanzó su última chirinada y fue encarcelado junto a sus seguidores.

Tres días más tarde, Romero Victorica libró un oficio a César Arias para que el PEN declarara la nulidad del convenio celebrado entre el Estado y el Grupo Graiver. El 27 de diciembre, el fiscal insistió en convocar oficialmente a Gasparini

como testigo. Un día después, Día de los Santos Inocentes para la liturgia católica, Menem concedió el indulto a Videla, Massera y Firmenich[1].

Ese mismo día Galimberti festejaba: obtuvo el divorcio legal de «Moni» Trimarco. Era el trámite que le faltaba para ejecutar la operación más ambiciosa que tenía en mente: el casamiento con Dolores Leal Lobo.

Habían hecho el amor dentro del Fiat Uno. No era cómodo, pero cuando la pasión llamaba con mucha urgencia resultaba práctico. Él sorprendió esa noche a Dolores pidiéndole casamiento. Hacía más de un año que Rodolfo venía esperando el divorcio de su primera esposa. Ahora ya era libre.

Dolores se enojó. Dijo que no se lo podía decir así. Que primero tendría que haberla preparado: «Hay miles de cosas que organizar». Ella se largó a llorar: «Es de alegría». Seguía abrazada a una ilusión: que Rodolfo cambiara de verdad. Soñaba con que se transformara en una persona normal, con un trabajo normal, un horario normal y varios hijos normales. Ella quería una familia y confiaba en que el amor redimiría a su pareja. Era su apuesta.

La de Galimberti, en cambio, era otra. El casamiento con la chica de doble apellido era como purificarse en las aguas del Ganges, porque le permitiría escalar un peldaño más en su política de legitimación social. Pusieron fecha en el Registro Civil de Maldonado, Uruguay, pero como no consiguieron, convencieron a la jueza de Paz de La Barra, Celina Falace, de trasladarse hasta el lugar donde se haría la fiesta, para más de cien invitados: la residencia Los Acantilados, de Liser Carbajo, levantada en la zona más «chic» de Punta Ballenas.

Dolores viajó desde Buenos Aires a Uruguay, vía Entre Ríos, en la cabina de una Ford F 100 que manejaba «Yuyo» —a quien ella conocía como «Julio»— dos días antes de la ceremonia. Rodolfo llegaría en avión, el mismo 11 de enero.

La lista de regalos la pusieron en *Ariete*. El presidente Carlos Menem envió un bol grande, de cristal y plata labrada, con un juego de cubiertos, también en plata. Lorenzo Miguel les mandó un telegrama muy afectuoso. Galimberti eligió como testigos a Patricia Cao Saravia y al veterano Jorge Antonio. Dolores, a su hermano, Laurencio Leal Lobo; y a su padrastro, el príncipe Fabrizio Ruffo, también encargado de entregar las alianzas de platino puro, compradas por el novio en Ricciardi.

La jueza Falace llegó en el coche de Laurencio y subió al primer piso de la residencia, donde celebró la unión en una ceremonia íntima que duró veinte minutos. Galimberti se había cambiado media hora antes, en uno de los cuartos.

[1] Finalmente Gasparini se negó a declarar ante el juez y el fiscal en Buenos Aires, e hizo una declaración consular en Ginebra el 18 de enero de 1991, cuando ya se había dado nulidad al convenio entre el Estado y la familia Graiver.

Estaba de impecable traje cruzado y camisa de voile. Dolores lucía un vestido de Gino Bogani. El modisto se lo terminó de coser cinco minutos antes de la boda.

Los invitados aguardaron en el jardín-terraza, donde se había instalado una carpa descubierta —un techo desplegable estaba preparado por si el tiempo empeoraba— y diez mesas redondas para diez comensales cada una. Los manteles, de seda italiana en blanco y en celeste, habían sido elegidos por Dolores. La empresa de catering, la misma que se ocupó de alimentar al presidente de los Estados Unidos George Bush durante una visita al Uruguay, sirvió abundante paella y unos bocaditos. Hubo seis clases de postres diferentes. La seguridad quedó a cargo de diez vigilantes de pelo bien corto y bigotitos, al comando de «Yuyo».

El hijo de Jorge Born entró por la parte de atrás de la residencia, casi saltando una ligustrina, para evitar a la prensa. Traía una camisa a rayas verde y las excusas de su padre, que mandó decir que por «cuestiones de negocios» no podía estar presente. Pero la razón era otra. El encuentro del Hotel Lancaster no le había caído bien a su mujer, la señora Inés Magrane Alvear, a quien la sola idea de que su marido se relacionara con su antiguo captor le generaba sarpullidos. Jorge Born III habló a solas con Galimberti durante media hora. No se quedó en la fiesta, que comenzó a las diez y media. A toda música.

«Ritmooo, ritmo de la noche...»

El embajador argentino en Uruguay, Benito Llambí, trataba de seguir con la mirada el bamboleo de caderas de Mónica Gonzaga. El famoso neurólogo Hernán Bunge bebía su copa de champán a un lado.

«Ritmooo, ritmo de la noche...»

Una amiga de la novia sugirió la idea de hacer una catarata de champán. Dijo que había que poner toda la cristalería formando una pirámide y, desde lo alto, volcar la bebida, que iría llenando las copas en «su derrame dorado». Los camareros concretaron su deseo. Hubo aplausos.

«Esa flor que está naciendo...»

El ex represor Jorge Rádice no sabía bien dónde pararse. Se lo notaba distendido, aunque no encontraba con quien hablar. Sólo lo hacía a ratos con Galimberti, cuando lograba capturar su atención. El fiscal Romero Victorica, que había llegado a Punta del Este en autocar, bebía alegre. Parecía mentira que, un año y medio antes, hubiese pedido la captura del «peligroso montonero» al que ahora abrazaba sonriente. «Nadie es culpable para siempre, el arrepentimiento existe. Galimberti siempre representó la otra línea del grupo guerrillero», le explicaba al ocasional compañero de charla. Las maldiciones por la detención de «Tonio» ya eran parte del pasado.

«... ese sol que brilla más...»

Igual Galimberti no lo quería. Le había mandado la invitación imaginando que el fiscal no aparecería por la boda. Pese a todo, su presencia lo reconfortaba. Se sentía feliz con la fauna que había logrado reunir. Aferraba la copa de champán y miraba por sobre las cabezas de todos, como hacen los actores para no inhibirse frente al público. Lo llaman la «cuarta pared». Su vista se perdía en esa «cuarta pared». Dolores venía a buscarlo de vez en cuando para bailar, pero él se resistía blandiendo la copa, sonriéndole, pidiéndole un minuto más para saborear el contenido. De vez en cuando cruzaba miradas con «La Chuchi».

«...todo eso se parece...»

De estricta chaqueta sport, Jorge Antonio, el padrino, hablaba emocionado con la ex Miss Universo Silvana Suárez, esposa del director del diario *Ámbito Financiero*, Julio Ramos. Suárez se había tomado muy en serio su rol de periodista y retrataba a todos con su *pocket* personal. Dolores se sentía incómoda. Había arreglado con Rodolfo que esas cosas no iban a pasar. Una amiga contaba con la autorización para filmar escenas de la fiesta, y un primo suyo, que había viajado desde Tucumán, era el único que podía sacarles fotos a los invitados. Cuando le fue con la queja, su flamante esposo estaba hablando con el periodista Daniel Hadad y le dijo que él también estaba disgustado, pero que esa noche —su noche— no quería pelearse con nadie.

«... a la sonrisa de mamá».

La engañó. Galimberti necesitaba que alguien registrara todo lo que ocurría. Alguien debía ocuparse de inmortalizar su entrada al glamour de la legalidad total. Y esa persona era Suárez. La explicación: dos días después, esas imágenes serían utilizadas en *Ámbito Financiero*, por consejo del periodista Roberto García —un amigo de Galimberti, con fluidas relaciones con la SIDE— para ilustrar la crónica de «la fiesta inolvidable». Aunque luego lo negaría ante su mujer —a quien le juró que se trataba de «una trampa de los servicios»— Galimberti dio el aval para que esas fotografías fueran publicadas.

A su amiga íntima «Florencia» Falcón, que lo llamó hecha una furia porque no sabía que pensaba siquiera en casarse, el ex guerrillero le dijo que todo era fruto de un fotomontaje: «Es la fiesta de boda de otra persona, muy importante, pero no te puedo decir de quién. Tenés que saber que me usaron para taparlo». Como ella seguía sin convencerse, al otro lado de la línea Galimberti se enfureció: «¿No te das cuenta de que todo es una farsa, de que lo único que quieren es hacerme mierda?». «Florencia» se dio cuenta del ardid. Pero siguió secretamente enamorada.

No fue ése el único problema que causaron las fotos. Alguien retrató el coche del embajador del Paraguay y luego se supo que era un coche «mellizo», desatando un escándalo en el país vecino. Otro más: un importante funcionario de

la SIDE, que veraneaba en Pinamar con su familia y había puesto como excusa «un viaje urgente a Buenos Aires» para concurrir a la fiesta, casi se muere al ver su rostro publicado en *Somos*. Cuando regresó al balneario, el «espía» mandó comprar todos los ejemplares de la revista para evitar que su esposa lo echara a la calle.

La música se cortó a las cuatro de la mañana. Una ordenanza uruguaya impide que el batifondo se prolongue más allá de ese tope horario. Esa noche, Galimberti no quería violar la ley.

Durante una semana, mientras los albañiles terminaban de remodelar el piso donde tenían planeado instalarse, Dolores y Rodolfo fueron a vivir a lo de Liser Carbajo, en el cruce de avenida de Libertador y República de la India. Galimberti anduvo con un humor pésimo. Un manifiesto de Jorge «Topo» Devoto en *Clarín*, donde su antiguo aliado le recriminaba, entre otras cosas, que hubiese invitado a Romero Victorica (un «cazador» de montoneros) a su boda, le cayó como una patada en el hígado. Dolores lo consoló:

—No te preocupes, mi amor. Es un pavo.

El flamante esposo recuperó el humor con los corrillos que había despertado su presencia en la zona. Los porteros de los edificios estaban en llamas. Al lado vivía Julio Mera Figueroa, ministro del Interior, que para esa fecha también se había casado con una niña bien a la que doblaba en edad. Siempre había guardias periodísticas en la zona.

Para Dolores era todo una novedad. No entendía por qué había tanto revuelo. Una vez, cuando estaba por salir con una amiga embarazada, el portero le avisó que un reportero la aguardaba en la salida principal. Eligió salir por un costado sin darse cuenta de que allí había otro fotógrafo. Dolores salió corriendo para evitar el flash, pero su amiga tropezó y se cayó al suelo. Dolores se salió de sus casillas e increpó al fotógrafo: «¡No se golpeó la panza de casualidad! ¡Sos un criminal!». El muchacho le pidió disculpas de todas las formas posibles. Esa foto jamás salió publicada. Extrañada, Dolores se lo comentó a Rodolfo:

—Son capaces de matar para sacar una foto y después no la publican. ¿Quién los entiende a los periodistas?

—Debe de haberse sentido mal. Aunque lo disimulen, son seres humanos. Quizá llegó a la revista y dijo que no había ninguna foto.

—Ahora me da pena. Me dijo que estaba trabajando...

Dolores no comprendía bien ese nuevo mundo. Se manejaban con códigos que le resultaban raros para ella. Su familia siempre había cultivado el perfil bajo. Pensó que tendría que resignarse a aprender todo lo que no sabía de la mano de Rodolfo. Cuando los albañiles terminaron los trabajos, el matrimonio se mudó a un piso de avenida Libertador y Maure, en un edificio habitado por militares.

Rodolfo estaba muy en sus cosas. Dormía tres o cuatro horas y se iba a sus reuniones. Dolores se consolaba con Víctor, el *rottweiler* que había reemplazado a Sunny, pero si bien el animal era una compañía también le daba mucho trabajo. Había que sacarlo a pasear, prepararle la comida y encargarse de que lo bañaran, cosas que espantaban a Rodolfo.

Un día regresaban de un asado cuando vieron que frente al edificio había dos coches patrulla aparcados. Rodolfo bajó del auto y le preguntó al portero qué pasaba.

—¿Justo usted me lo pregunta?

Galimberti se quedó mudo. Miró a Dolores. Los coches patrulla tenían las balizas encendidas. La escena era extraña. Se acercó un oficial.

—¿Usted es el dueño del perro?

—¿Qué perro? —preguntó Galimberti.

Dolores se inquietó:

—¿Le pasó algo malo a Víctor?

El portero les contó la historia. El animal había abierto la puerta de servicio del piso y bajó por las escaleras, rompiendo todas las bolsas de la basura que encontró a su paso. «Me hizo un desastre, justo que había encerado», se quejó el hombre.

—¿Y por qué llamaron a la policía? —lo interrogó Dolores.

—Es que nadie podía agarrarlo, señora. Usted vio que la gente que vive acá es gente mayor. No había manera, probamos con todo, hasta le dejamos leche, a ver si se tranquilizaba. Pero el perro estaba como loco. Por eso llamamos a la policía.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Galimberti, temiendo que lo hubiesen llevado al Instituto antirrábico Pasteur. El portero lo tranquilizó:

—No, cuando se cansó de romper todo, se metió solo en su piso. Pero no para de ladrarle a los policías.

Una semana después, Galimberti volvió a su casa con unos papeles y se los mostró a Dolores. Sobre uno de los márgenes había un sello que decía «Secreto-Información Confidencial». Era un informe sobre las andanzas de «Víctor, el perro del ex montonero Galimberti». Tenía detalles sobre sus horarios de paseo, la cantidad de comestibles que ingería, su instinto «criminal» y, por supuesto, las travesuras —en el informe se hablaba de «desmanes»— que el perro había provocado desde que llegó al edificio. Dolores empezó a reírse. Después Galimberti le explicó:

—Me lo dieron los muchachos de la SIDE. Ellos también se cagaron de risa. Se los pasó un militar jubilado, vecino de acá, que colabora con la Secretaría

haciendo informes. ¿No está bárbaro? Mirá que yo vi cosas insólitas, pero como ésta ninguna. Pobre viejo, ojalá le hayan pagado unos mangos extra.

Cuando se juntaba con sus amigas, Dolores comentaba esos episodios y las entretenía. Pero también les confesaba sus padecimientos. Rodolfo jamás estaba en casa. Tenía dos obsesiones: la jarra de naranjas exprimidas que siempre tenía que estar disponible en la nevera y las reuniones a cualquier hora, en cualquier lugar, con cualquier gente. Había noches en las que no volvía a dormir. Entonces la llamaba para decirle:

—Me avisaron que hay una guardia periodística de *Noticias* para hacerme bolsa [fotografiarme]. Si puedo, voy a casa. Por las dudas, no me esperes.

Otra cosa que le molestaba era la impuntualidad. Quedaban para ir al cine, por ejemplo, y Rodolfo aparecía con dos horas de retraso. Cuando ella empezaba con las quejas, él admitía:

—Tenés toda la razón del mundo. Soy un desastre.

—Pero tenés que cambiar. Si todas las mujeres se enojan con los maridos cuando no les dan bola, hacete una idea de cómo me siento yo.

—Es que no puedo cambiar. No puedo ser otra cosa de lo que soy.

Ella tenía un problema grave: lo amaba. Pero a la vez sentía que no encajaba en su vida. Soñaba con tener dos hijos. Rodolfo alguna vez le dijo que sí, que había tomado la decisión de ser padre. Fue una promesa más, de las tantas en las que Dolores había creído.

Las amigas le decían: «Ya va a cambiar. No puede ser siempre así. Tuvo una vida muy dura, vos tenés que entenderlo». Dolores hacía el esfuerzo. Tendía a protegerlo, así se sentía plena. Galimberti era de dormirse en su pecho cuando estaba muy cansado y ella sentía placer al verlo relajado. Más de una vez, sin embargo, él la despertó sobresaltada en la madrugada, diciéndole que tenía que partir a una reunión urgente.

Los fines de semana se iban a un campo de la familia Carbajo en Urdunarraín, Entre Ríos. Galimberti invitaba a Jorge Antonio. Dolores se compadecía con el anciano y le reprochaba a su esposo: «Tan grande y lo hacés viajar tantos kilómetros». A veces se aparecía Jorge Born, dispuesto a cazar con su antiguo captor. «Parecen hermanos», pensaba ella.

Born le había conseguido un trabajo a Galimberti en su empresa Caldenes S.A. donde figuraba como empleado con un sueldo simbólico de dos mil pesos[2]. En

---

[2] Caldenes S.A. tiene domicilio legal en Lavalle 416, piso siete, de la ciudad de Buenos Aires. Declaró como actividad ante la DGI: «Invernada de ganado bovino y cultivo de cereales. Fue constituida el 5 de junio de 1991. Los integrantes de la sociedad son Osvaldo Santos Mazza, Enrique Constantino Peláez, Jorge Born e Inés Alejandra Born. También, en ese mismo domicilio, está constituida la empresa Bomagra S.A., integrada por Mazza, Peláez, Jorge Born y Jorge Born III. Declara ante la DGI como actividad: «Operaciones financieras con divisas, acciones y otros valores inmobiliarios propios. Rentistas». Sociedades controladas: Caldenes, Duggan, Bomagra Servicios y Participaciones. Tiene

realidad, era otra cobertura laboral para justificar sus ingresos. En la práctica, Galimberti trabajaba como un «explorador» de mercado del magnate. Lo suyo era advertirle de la posibilidad de algún buen negocio. «Yo te tengo mucha fe, Rodolfo. Sé que juntos vamos a concretar grandes obras», le decía siempre don Jorge.

Tras seis meses de convivencia, el matrimonio Galimberti decidió mudarse a un lugar más confortable y seguro. Dolores había visto una maqueta en la exposición de Casa FOA de unos *lofts* en avenida Dorrego 1940, en el barrio de Colegiales, construidos en lo que alguna vez habían sido los silos de la familia Minetti. El complejo ocupa casi una manzana, tiene jardín, piscina, confitería, un muro perimetral infranqueable y servicio de seguridad las veinticuatro horas. Paradojas de la nueva elección inmobiliaria: pese a vivir en una especie de fortaleza, fue allí donde Dolores comenzó a sentir miedo.

Una noche, al regresar de una reunión de las damas de beneficencia de COAS con jefes policiales, escuchó una amenaza de muerte en el contestador del teléfono. Cuando Rodolfo llegó le contó lo sucedido.

—Es horrible. Es un tipo que distorsiona la voz. Andá y escuchalo —le dijo.

Galimberti pulsó la tecla y el mensaje brotó del aparato. Dolores se estremeció. Su marido reaccionó, protector:

—Mirá, hay mucha gente que quisiera verme muerto. Pero mientras estés conmigo nada malo te va a pasar.

Una hora después llegaron a la conclusión de que lo más seguro era que el mensaje fuese «un divague», obra de algún loco suelto con ganas de molestar. Pero después de aquella llamada, sí recibió una recomendación de parte de su esposo para que cuidara lo que hablaba por teléfono.

—Están todos pinchados.

—¿Estás seguro? A mí me parece una locura que alguien pueda estar prestándole atención a todo lo que hablás. No sé cómo funcionará el tema de las pinchaduras. Según vos sería como un gran sistema ¿no?... Pero igual no me entra en la cabeza que alguien gaste en Galimberti miles de pesos en sueldos y en cables... No puede ser, uno no puede ser tan importante, salvo que sea una cosa puntual...

—Mirá, los tipos que pueden estar interesados en saber qué hacemos son profesionales. Lo que para vos es una tontería, para ellos es la comida. A un compañero lo detectaron por ir a hablar siempre al mismo teléfono público con la familia: lo triangularon, armaron un patrón horario y se lo terminaron chupando cuando iba a saludar a la madre que cumplía años. Desde entonces, cada vez que

---

cuentas en el Banco Galicia Scotiabank Quilmes, HSBC Bank Argentina y Banco Velox. Es titular de los siguientes automotores: Cherokee Sport Jeep todo terreno, Land Rover Pick Up Defender 110 TDI, Cherokee, Nissan, Patrol, Toyota Hilux turbo diesel y Land Rover Defender.

yo llegaba a una casa, lo primero que hacía era cortar las líneas y tirar el aparato a la basura, y todos se quedaban mirando como si fuera un loco. Me decían que era un paranoico, un enfermizo. Pero si sobreviví, fue por eso.

—Eran otras épocas, Rodolfo.

—Puede ser. Pero en eso, todas las épocas se parecen demasiado.

Capítulo XXIX

Operaciones especiales

Galimberti sabía de lo que hablaba. Cuando «El Tata» Yofre fue suplantado por el abogado Hugo Anzorregui al frente de la SIDE, el ex montonero pasó a colaborar a tiempo completo con el aparato de espionaje menemista. Atrás dejó los distintos «servicios» para comprarles informes a unos y vendérselos a los otros, ganando una comisión por la intermediación[1].

De los contactos que le asignaron, al que visitaba con mayor frecuencia era el coronel Pascual Guerrieri, el «Jorge» de la Quinta de Funes de Rosario, mencionado en *Recuerdo de la muerte*, de Miguel Bonasso. Guerrieri fue la mano derecha de Yofre, quien, al partir, lo recomendó con fervor ante Anzorregui: «Es un hombre leal y operativo», le dijo. Terminó quedándose. Otro de los contactos habituales de Galimberti era el coronel Rubén Visuara, un ex integrante del Batallón 601. A veces lo visitaba en el Círculo Militar.

Según el caso, cuando operaba, Galimberti se hacía llamar «Halcón» o «Doctor Halcón». Como pago retiraba un sobre con efectivo todos los miércoles en un piso de la calle Libertad, entre Posadas y Quintana. El encargado de entregarle los fondos era Juan Lastra, empleado de José Luis Losada, director de Finanzas de Anzorregui. La leyenda cuenta que el ex guerrillero habría embolsado cerca de un millón de pesos por sus «servicios».

Parte de su misión era hablar. Enterarse de hasta qué punto la «política de reconciliación» había surtido efecto entre la rara fauna que, desde los tiempos del alfonsinismo, fue bautizada como «mano de obra desocupada», y que «Yuyo», sin ninguna pretensión sociológica, calificaba de «chatarra». Galimberti adoptó el café La Biela para sus citas.

---

[1] Fuentes consultadas por los autores señalan que la etapa de la intermediación entre servicios de inteligencia tuvo su pico entre los años 1988, 1989 y 1990. La operatoria era la siguiente: Galimberti compraba informes al Batallón 601 del Ejército y se los vendía a la SIDE, y viceversa. También lograba ubicarlos en empresas deseosas de anticipar sucesos económicos.

La misión lo puso frente a personajes a los que, veinte años atrás, no hubiese titubeado en matar. Aunque ya estaba curtido con Jorge Rádice, a quien invitaba a cenar junto a Dolores y ella lo consideraba «muy educado», empezó a frecuentar al torturador de la ESMA Miguel Ángel Benazzi, que había viajado con «Tonio» en 1977 para apropiarse de las cuentas montoneras en Ginebra. Benazzi todavía guardaba documentación que a Galimberti le servía para cumplir con Jorge Born. Pero Benazzi también tenía un jefe y era el almirante Massera. Galimberti lo visitó en su piso de Avenida Libertador, junto a los ex represores de la ESMA. Allí Galimberti le contó cómo habían hecho estallar su barco «Itati» en 1975, y mantuvieron la relación para intercambiar información para nuevos negocios.

En ese tiempo, saliendo de las oficinas de Bunge & Born, «Yuyo» lo codeó con insistencia.

—Che, ¿ese que va ahí no es «El Tigre» Acosta? Está a punto de cruzar la calle.

Galimberti se le paró delante. Acosta miró con sorna.

—El otro día lo vi en La Biela, pero andaba ocupado, si no lo hubiese saludado —le dijo el marino.

—Yo estuve tentado a invitarlo a tomar algo... La guerra terminó. Yo ya bajé la cortina —respondió Galimberti.

—Me parece bien, me parece bien...

Intercambiaron tarjetas. Acosta le dio una donde decía que era jefe de Seguridad del Mercado Central. Galimberti le entregó la de Caldenes S.A.

«Yuyo» se salía de la vaina. Galimberti lo presentó. Sin preámbulos:

—Este muchacho fue montonero de Columna Norte.

—Que suerte que tuvo que no lo conocí en esa época... —le soltó «El Tigre».

—Usted también tuvo suerte. Yo estuve a punto de secuestrarlo, Acosta.

El ex jefe de la ESMA, responsable de cinco mil desapariciones, frunció el ceño:

—A ver, ¿cómo es eso?

—En 1976. Le registré todos los movimientos. Usted tenía un Fiat 1500 verde familiar. Vivía a media cuadra de Libertador, en San Isidro. Ya tenía todos los datos para operar y guardarlo en un piso hasta que devolvieran a mi hermana, que estaba desaparecida. Después surgieron complicaciones...

—No recuerdo haber tenido un Fiat 1500 verde, como usted dice —se defendió Acosta, algo preocupado.

«Yuyo» insistió. Acosta no dio el brazo a torcer. «Yuyo» se sintió decepcionado. Se despidieron.

—No me pude haber equivocado así. Me debe de haber mentido —dijo «Yuyo» a Galimberti.

—Es probable, esta gente se la pasa mintiendo —le respondió su jefe.

Galimberti también tenía tiempo para la diversión. Después de dejarlo plantado dos veces, aceptó la invitación del diputado Miguel Ángel Toma para volar en su ultraligero. Se encontraron un sábado. Mientras tomaban café en la confitería del aeródromo de Escobar, aún maravillado por la experiencia de volar, Galimberti le pidió a Toma que le averiguara precios. Había decidido comprarse un planeador.

Estaban discutiendo sobre los efectos de la diferencia de presión cuando desde otra mesa alguien los saludó. Era Luis Patti. Galimberti lo conocía de vista, pero nunca había hablado con él. Intimaron rápido. Al rato, el ex guerrillero estaba preguntándole si había tenido que ver con la muerte de «Carlón» Pereira Rossi, su ex jefe en Columna Norte, ocurrida en mayo de 1983. Patti dio su versión:

—Te doy mi palabra que no tuve nada que ver con eso. Se empezó a correr la bola y lo asumí porque me lo sugirió gente del Ejército. Yo no fui.

Habrá sonado convincente porque, en adelante, Galimberti defendería la versión del policía como si fuera la suya.

Galimberti sufría de algo muy parecido al «síndrome de abstinencia»: se reflejaba en un pequeño temblor del índice de la mano derecha. Era casi imperceptible para los otros, pero no para él. Entonces se iba al Tiro Federal. Fue saliendo de allí, después de tirar trescientos tiros con su Glock, que Galimberti se encontró con otro comisario «famoso» de la Policía Bonaerense.

Sorprendió a los camareros del bar que está enfrente, al cuadrarse al mejor estilo de las formaciones militares. Mario Naldi lo miró sin reconocerlo. Se preguntó para sus adentros: «¿Y este pelotudo quién es?».

Galimberti se le anticipó:

—Soy Rodolfo Galimberti, un gusto conocerlo.

Naldi cabeceó y torció la cara. Nunca le gustaron los montoneros. Respondió por cortesía, mirando para otro lado:

—Ah... ¿Y qué necesita?

Galimberti intuyó que el otro no tenía ganas de hablar. Sacó una tarjeta de *American Security* y la dejó sobre la mesa, junto al cortado y la media luna que había pedido el policía.

—Llámeme. Tal vez algún día necesite de mí.

Naldi estaba con la cabeza en otro lado. Sus «muchachos» estaban en un operativo y aguardaba novedades.

Mario Naldi fue jefe de la División Narcotráfico Norte de la policía provincial, donde alcanzó su apogeo con el operativo «Café Blanco», en la que decomisó más de mil kilos de cocaína colombiana con ayuda de la SIDE. Era posible

verlo en el edificio de la calle Estados Unidos de la Dirección de Contrainteligencia, donde cobraba un sobresueldo.

En su propio feudo bonaerense, reportaban bajo su mando el ex oficial de Inteligencia Raúl Guglielminetti y el oficial Eduardo Martínez, quien llegaría a ser virtual jefe de la Policía Bonaerense varios años después, cuando un socio de Naldi ocupó el Ministerio de Seguridad del gobernador Carlos Ruckauf.

No se sabe si Naldi lo llamó después del encuentro en el Tiro Federal. Pero en la SIDE se llegó a comentar que Galimberti colaboró con él para desbaratar una banda de narcos que operaba en la zona de San Isidro. Años después, Galimberti llamaría al comisario —ya retirado— para ofrecerle un suculento negocio[2].

Galimberti también salía del Tiro Federal, a mediados de 1992, cuando se cruzó con el mayor «carapintada» Raúl Delaico, entonces jefe de seguridad del club River Plate.

En enero de 1977, Delaico estuvo a punto de matar a Galimberti. Había sido el jefe de la «panda» del Ejército que fue a capturarlo al piso de la calle Roca, en Vicente López, donde se refugiaba. Fue el mismo día que mataron a «Pedro», Raúl Rossini. Pero Galimberti no estaba. Salvó el pellejo de casualidad.

—Fuimos con toda la intención de fusilarlo —le confirmó esa tarde, frente a la cancha del River, el militar purgado por «riquista», mirándolo a los ojos.

—La guerra terminó, mayor —le contestó el ex montonero.

—No se preocupe, yo ya bajé la cortina —lo tranquilizó Delaico.

A Galimberti le pareció haber escuchado esa frase antes. Hablaron de un amigo común, «Quico» Jándula, el ex mano derecha de Rico. «Dejé de verlo hace un tiempo. Ellos están en política ahora. Yo sigo trabajando. No me queda otra», se quejó Delaico.

Antes de que la charla decayera, Galimberti le propuso una locura.

—Qué tal si vamos al edificio de Vicente López... Así recordamos viejas épocas.

A los cinco minutos estaban en viaje. Pararon en el camino para comprar una botella de vino Santa Ana. Cuando llegaron vieron que la puerta del piso todavía tenía heridas de aquella operación. Había estado muchos años desocupado.

Galimberti abrió la botella. Sirvió el contenido en dos vasitos de plástico. Se quedó con uno y el otro se lo pasó al militar.

—Salud, mayor. Por la reconciliación definitiva —invitó.

---

[2] Tras ser «jubilado» en una purga de la Bonaerense, Naldi montó junto al ministro de Seguridad de la provincia, comisario (R) Ramón Orestes Verón, una agencia de investigaciones, custodia e inteligencia electrónica llamada «Global Solution», con oficinas en la calle Esmeralda. En 1999, un socio de Galimberti le ofrecería a Naldi sumar su agencia a un pool de empresas del rubro llamado «Universal Control». Ver capítulo XXXIV.

—Salud, Galimberti.

Cuando terminaron de beber el trago, se abrazaron en silencio.

Poco después, el legislador Alfredo Bravo, socialista y riverplatense, denunciaría a Delaico y a todos los «carapintadas» que vigilaban las instalaciones del club, dejándolos sin empleo. Galimberti se enteraría que Delaico fue atropellado por un autobús, cerca de la cancha, cuando fue a cobrar la indemnización. Tuvieron que amputarle una pierna. Murió internado. Pero su hermano Luis María, que también participó en la represión, continuó custodiando River Plate durante muchos años.

Venía pensando en las vueltas del destino mientras conducía por Libertador cuando un policía hizo sonar su silbato. Galimberti frenó y bajó la ventanilla. El vigilante se tocó la visera como toda presentación:

—Registro, cédula verde, última patente y seguro.

Cuando vio el apellido, el policía soltó:

—¡Uy... Galimberti!

El ex guerrillero lo miró a la defensiva. El policía le aclaró:

—Con este apellido, los quilombos que habrá tenido en la época de los militares.

—Sí, fue tremendo...

—Yo lo entiendo porque mi apellido es Santucho. No sabe lo que fue. Bueno, todo en orden. Siga...

Galimberti agradeció el gesto. Se marchó acelerando a fondo. Tenía una reunión impostergable. Lo esperaba el comisario Segura.

Rodolfo Segura era una especie de segundo «Meneses», un comisario de modales duros e interrogatorios fuertes que hizo escuela en la Policía Federal. Fue el jefe de la División Robos y Hurtos, hasta que en 1990 fue desplazado a un nuevo destino, Seguridad Ferroviaria, donde sólo esperaba que le llegara la jubilación.

Conoció a Galimberti en la confitería La Biela, del barrio de La Recoleta. Entre charla y charla, decidieron montar una agencia de seguridad. Segura buscaba un dinero extra para el retiro. Galimberti, una nueva pantalla para sus actividades.

El ex montonero habría puesto parte del dinero y Segura otro tanto, sumando sus contactos y experiencia. Abrieron oficinas en la avenida Corrientes 2400, en el cuarto piso de un edificio antiguo. Galimberti no habría figurado en los papeles de la sociedad para no comprometer al policía, aunque el nombre de la empresa lo decía todo: Halcón S.R.L.

Como inversionista, no le fue nada bien. Demasiado atento a otras actividades, poco a poco fue marginado del negocio. Galimberti jamás logró sumar una moneda de Halcón S.R.L. a sus arcas.

Le sucedió algo bastante parecido con una armería que no funcionaba en un local en la calle, sino en un piso de un edificio de Paraná y Paraguay. Galimberti creía que con las amistades que amasó en la última etapa, tendría clientela asegurada.

Contrató al encargado de otro negocio de venta de armas para que la atendiera. El empleado ponía el *know how*. Galimberti, la plata y los potenciales compradores. Pero el ex guerrillero desatendió el comercio. Creía que con su sola fama de hombre de acción pondría límites a la voracidad del empleado. Al tipo no le importó demasiado que se llamara Galimberti, Abu Yihad o que hubiese sido jefe montonero.

Se fugó con la plata y dejó varios impuestos sin pagar.

La única seguridad para Galimberti, en cuanto a ingresos, seguían siendo los pesos que le pasaba Born por Caldenes S.A. y los de las «cajas negras» de la Inteligencia oficial. Menem le había dicho a Anzorregui: «A Galimba es mejor tenerlo adentro que afuera», y el jefe de la SIDE siguió su consejo. Galimberti pasó a informar con regularidad a una mesa de «análisis» dedicada a identificar a los autores del atentado a la embajada israelí, en marzo de 1992. Cuando voló por los aires, se había enterado por radio y se acercó hasta los escombros para detectar por el olor qué explosivos utilizaron.

A criterio de Anzorregui —aquel abogado laboralista de la CGT de los años setenta devenido en «Señor 5»— las evaluaciones de Galimberti tenían valor por su experiencia en el Líbano y sus vinculaciones con la OLP. Ese bagaje lo catapultaba a la categoría de «consultor» privilegiado sobre «Oriente Próximo», aunque también fuera llamado a colaborar en otras operaciones[3].

Una curiosidad: durante un año y medio Galimberti trabajó para Domingo Cavallo, aunque es probable que el ministro jamás se haya enterado. Había llegado al Ministerio de Economía en 1991 —donde hizo una prolija revisión del estado de las líneas telefónicas— recomendado por el diputado Toma. Cuando Cavallo impuso a Juan Schiaretti como interventor federal en Santiago del Estero, Galimberti viajó a esa provincia para desarticular «operaciones» contra el funcionario cavallista. También les entregaba a su entorno informes de inteligencia del Batallón 601 y la SIDE. Por sus servicios, habría cobrado unos trescientos mil pesos.

Hubo una «operación especial» que Galimberti aceptó sin motivaciones pecuniarias. La razón: el odio también genera pasiones.

---

[3] Galimberti colaboró con la SIDE en la detención de los miembros de la ORP (Organización Revolucionaria del Pueblo), de supuesta filiación ultraizquierdista que intentó matar al médico de la policía bonaerense Jorge Bergés, acusado de torturas y apropiación de menores durante la dictadura militar.

El periodista Horacio Verbitsky no paraba de darle dolores de cabeza a Menem. Con su libro *Robo para la Corona* había retratado a los protagonistas de una época marcada por las relaciones carnales entre política y negocios. El Presidente no tardó en acusarlo de «subversivo», y calificó de «cloaca» al diario *Página/12*.

En eso, en el odio hacia Verbitsky, Galimberti aventajaba al riojano. Aún flotaba en el ambiente el tono amenazante del manifiesto que le había dedicado en octubre de 1987, cuando Galimberti decidió cargar de nuevo contra el periodista. «Es un tema personal, entre él y yo», le dijo a Dolores. «Tira mierda contra todos, como si él meara agua bendita», se justificó ante «Yuyo».

Muchos hablaron de una operación montada por la SIDE para atacar la credibilidad del periodista, aprovechando su paso por la organización Montoneros. Lo cierto es que, justo cuando el Gobierno más lo necesitaba, el nombre de Verbitsky comenzó a repetirse en un expediente paralelo a la causa Born, caratulado «Actuaciones Internas», número 41.811, manejado por el fiscal Romero Victorica y abierto con la declaración de un viejo conocido de Galimberti: Daniel Zverko.

Todo había empezado el 28 de febrero de 1992, cuando el secretario de la Fiscalía de San Martín, Gabriel Yusee Abboudd, le informó a Romero Victorica de haber recibido una llamada «de quien dijo ser Juan Daniel Esberco (fonética), el cual manifestó estar en conocimiento de algunos hechos y circunstancias vinculados a las investigaciones, que según dijo lleva adelante la Fiscalía con respecto al secuestro de los hermanos Born y en particular sobre los fondos depositados en Cuba». Ese mismo día el fiscal, no obstante informarle a Abboudd que se hallaba en la ciudad de Luján, «en razón de un grave accidente de tráfico protagonizado por el fiscal adjunto Miguel Blanco y el secretario de la Fiscalía de Cámara, Gerardo Pollicita» le ordenó que citara a Juan Daniel Zverko («persona de la que en realidad se trataría») para recibirle declaración de urgencia.

Esa tarde, Abboudd libró un oficio al jefe de la Unidad Regional de San Martín, comisario mayor Ángel Murad para que localizara a Zverko «cuyos últimos domicilios conocidos son el de la calle Habana 5987, en Isidro Casanova, y el de Tucumán 1727, de Capital Federal».

Zverko se presentó para decir que comparecía de forma «voluntaria» con el único fin «de contribuir a la verdad histórica de la tragedia que vivió el país, y si en algo sirve, con miras a la reconciliación definitiva de los argentinos, y también en homenaje a los caídos de ambos bandos, porque sin el conocimiento de la verdad ninguno de esos objetivos se logra».

Pero había otros motivos, mucho menos altruistas. Había recibido una llamada de Galimberti a principios de enero. En su doble condición de empleado de

Born y colaborador de la SIDE, Galimberti lo visitó luego al paddle de la calle Echeverría 3045, donde Zverko trabajaba.

No se veían desde 1989, cuando «el hombre de la valija» abandonó *Jotapé* dando un portazo para fundar la efímera revista *Debate* junto a Luis Rafattela, quien caería preso como integrante de una «superbanda» algunos años más tarde[4]. Fracasada la empresa editorial, Zverko se integró en Guardia de Hierro. El dinero para montar el paddle, que figuraba a nombre de Thanus S.R.L., había sido provisto, en partes iguales, por «guardianes» y «masseristas».

A partir de aquí conviven dos versiones. Una señala que Galimberti le ofreció una suma importante de dinero oficial para montar una operación contra el periodista de *Página/12*. La otra, que lo persuadió de sumarse a la demolición de Verbitsky como agradecimiento a Menem «por la pacificación del país».

En marzo de 1992, Zverko concurrió a la Fiscalía presentándose como «ex jefe de la seguridad de algunos miembros de la Conducción de Montoneros, en especial de Horacio Mendizábal, Roberto Perdía y Mario Firmenich». Y dijo que, por su rango, tuvo «acceso al archivo central de Montoneros en La Habana, ubicado en la calle Primera, entre Doce y Catorce, del barrio de Miramar, cuyo número de teléfono era 2-8060», es decir, que conocía a todos los militantes y los detalles de la «Operación Mellizas»; sobre todo, los asuntos relacionados con el manejo de dinero producto del secuestro de los Born.

Víctima de repentino ataque de verborragia, Zverko reveló que el embajador de Cuba en la Argentina, para la fecha del secuestro, «señor Aragonés Navarro, y agentes de la Dirección de Operaciones Especiales (el Servicio de Inteligencia cubano), en combinación con la cúpula montonera, desempeñaron un papel clave para sacar del país parte de las divisas obtenidas del rescate para depositarlo en La Habana».

Zverko estaba dando soporte a una historia que Galimberti dio en llamar «la conspiración cubana». Según su versión, Montoneros fue en sus orígenes una guerrilla autónoma del movimiento insurgente latinoamericano que apoyaba al gobierno de Fidel Castro. Montoneros habría surgido como una opción nueva, «tercerista», y eso ponía en crisis la hegemonía cubana y, por lo tanto soviética, sobre buena parte de la juventud rebelde del continente. Ante el peligro que suponía el aglutinamiento de las fuerzas revolucionarias bajo un eje independiente

---

[4] Luis Rafattella cayó el 8 de marzo de 1994, acusado —junto al ex montonero devenido agente de inteligencia de la Marina, Máximo Nicoletti— de integrar la «superbanda» que se alzó con 1.800.000 pesos tras atacar un blindado de la empresa TAB Torres, en la zona de General Rodríguez, el 28 de febrero de ese año. Era una banda curiosa: entre sus miembros había un principal de la División Drogas Peligrosas de la Policía Federal; dos agentes de Inteligencia del Ejército; un ex suboficial «carapintada»; un agente de Inteligencia de la Federal, y un cabo de la comisaría 32. Algunas versiones sugerían que fue un acto de «recuperación económica» coordinado entre distintos servicios de Inteligencia para invertir en una campaña política. Para otros se trató de un simple hecho delictivo, sin aditamentos.

de La Habana, Castro habría decidido «infiltrar» a la guerrilla peronista con agentes que se sumaron a las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) de Roberto Quieto.

Quieto fue el cerebro de la «Operación Mellizas» y dibujó con el banquero Graiver la ingeniería financiera para sacar del país la plata del botín obtenido con el secuestro. Para Galimberti, que esos fondos hubiesen sido desviados hacia el Banco Nacional de Cuba, probaba la dependencia, tanto ideológica como logística, que Montoneros, tras la muerte de Juan Perón, pasó a tener con el aparato cubano.

Galimberti se afanaba en reescribir la historia guerrillera de los años setenta, despojándola del romanticismo que la había caracterizado hasta la caída del Muro de Berlín, «estimulada por personajes como Verbitsky», según decía. Con su versión, buscaba construir un perfil donde la lucha de organismos de Inteligencia y la influencia del conflicto Este-Oeste estuviera por encima de las ideologías. De allí salía mejor parado.

Cuando Zverko se presentó en el Juzgado, se encargó de dejar asentado que «el dinero viajó a La Habana en sacos de cuatro o cinco millones de dólares» y que como no existían vuelos directos desde la Argentina hacia Cuba, «hubo que hacer escala obligada en Perú». Puntualizó que esa maniobra estuvo a cargo de «la Base Lima de la Organización», liderada por «Horacio Verbitsky, cuyo nombre de guerra era "El Perro"».

El fiscal Romero Victorica le preguntó entonces por qué Verbitsky fue designado allí, a lo que Zverko respondió: «Verbitsky era un hombre que militó en la Organización en la etapa más dura, entre los años 1973 y 1977, aproximadamente. Provenía de otra organización armada que se fusionó con Montoneros en mayo de 1973. Era un importante cuadro y su actividad principal se verificó en el Área de Inteligencia, destacándose particularmente por su talento». Romero Victorica se frotaba las manos. Quería más. Zverko no lo dejó con las ganas:

«Durante varios meses de 1975, por orden de la Conducción Nacional, Verbitsky tuvo directa y activa intervención en la operación junto a la inteligencia cubana del traslado del rescate. (...) Más concretamente su tarea consistió en sincronizar desde Perú los envíos que salían desde Buenos Aires con valija diplomática cubana, establecer los contactos necesarios con ambos aparatos de Inteligencia, y el posterior informe de las novedades que se producían a la Conducción Nacional. (...) Después regresó a la Argentina por orden superior, donde continuó su actividad como importante cuadro de la inteligencia montonera».

Faltaba un detalle. Desde la época de *Jotapé*, ante los militantes del «galimbertismo», había relacionado a Verbitsky con supuestas operaciones militares: «Quiero destacar una directiva obligatoria para todos los cuadros de la organización político-militar a partir del grado de aspirante, que consistía en que

todos, más allá de la función específica, aunque la misma no fuera de carácter militar, debían participar en operaciones armadas un mínimo de veces al año». ¿Verbitsky había participado en «acciones armadas»?

Sembrada la duda, el fiscal le pidió explicaciones sobre el funcionamiento de la estructura de Inteligencia. Zverko siguió el plan prefijado con Galimberti: «A mi criterio, entre otros, quien posee un más acabado conocimiento de eso es el ex oficial primero de la Organización Rodolfo Galimberti, también conocido como "El Tano", "Galimba" o "Alejandro", que eran los distintos apodos o nombres de guerra que utilizaba».

Y volvió sobre el punto más caliente de su declaración: «Verbitsky participó de un episodio militar que en su momento conmovió al país: el atentado con explosivos al Edificio Libertador, sede del entonces denominado Comando en Jefe del Ejército, cuyos resultados fueron catastróficos ya que no hubo víctimas militares sino civiles inocentes». El atentado había ocupado la portada del diario *Clarín* del martes 16 de marzo de 1976, bajo el título: «Atentado al Comando de Ejército: un civil muerto»[5].

Diez días después se presentó a declarar Galimberti, quien no sólo quería golpear a Verbitsky y dar una visión que auto-justificara su «arrepentimiento», también mantenía la ilusión de recuperar «los cuarenta o cincuenta millones» depositados en Cuba para Jorge Born. Al empresario se le había prometido desde la cúspide del menemismo —ya en tiempos de campaña electoral— que se harían los esfuerzos diplomáticos necesarios para torcer la negativa de las autoridades de La Habana para repatriar los fondos. Hubo, incluso, sendos oficios de la Cancillería persiguiendo ese fin, pero Castro jamás reconoció que esa plata estuviera en la isla.

Galimberti quería cumplir. Sus enemigos dijeron que lo hacía porque de llegar el ansiado día del regreso de los billetes, un porcentaje recuperado iría a parar a sus bolsillos. El ex montonero replicaba: «Eso es falso. La plata es de Born. Terminada la guerra, corresponde que se la devuelvan. Lo mío es un acto de honor para con la persona que me dio su cristiano perdón y apoyo para que me reinsertara en la sociedad».

Romero Victorica le preguntó por qué se eligió el paso por Lima para hacer el traslado de los fondos a Cuba. Galimberti respondió:

---

[5] El artículo del diario informó sobre «la muerte del camionero Alberto Blas García, de unos cuarenta años, domiciliado en La Plata, que fue alcanzado por las bolillas de rulemanes que los terroristas habían colocado en torno a la carga, estimada en unos cinco kilos de trotyl. (...) La explosión pulverizó prácticamente el automóvil en que había sido colocada la bomba, un Ford Falcon, estacionado cerca del puesto tres, el de la avenida Madero (...) Por pocos segundos no alcanzó el auto del comandante, teniente general Jorge Rafael Videla, que había sido retrasado por un embotellamiento de tránsito. (...) La presidenta de la Nación Argentina, doña María Estela Martínez de Perón, expresa su más enérgico repudio y profunda indignación por el atentado sufrido hoy en el Comando General del Ejército, en el que resultaron heridos oficiales superiores, suboficiales, soldados y agentes civiles del arma».

—Porque había una estrecha relación política con los militares izquierdistas de Velazco Alvarado. Esta relación política había determinado inclusive que el fundador y responsable por aquellos años de la Base Perú del Departamento de Asuntos Latinoamericanos de Montoneros, Horacio Verbitsky, escribiera un libro sobre la experiencia militar peruana en términos favorables o elogiosos.

Luego de dejarlo hablar un largo rato, donde el testigo tuvo tiempo de dar cuenta sobre todas sus obsesiones, en especial, relatar los alcances de «la conspiración cubana», el fiscal volvió sobre el punto.

—¿Aparte de Verbitsky, qué otros montoneros estaban en la Base Lima?

Se produjo un largo silencio. Hasta en los relatos estudiados se producen baches. Galimberti revelaría el nombre de un empleado de Zverko en el paddle, supuestamente, ex militante montonero.

—... mire, ahora recuerdo entre los que estaban a un compañero de apellido Patané. El nombre era Carlos y todos le decían «Yacaré».

El fiscal tomó nota del nombre. Y cambió de tema:

—¿Cómo estaba formado el Servicio de Inteligencia de Montoneros?

—Estaban Rodolfo Walsh, Domingo Campiglia, Horacio Verbitsky... Había una estructura que cubría el aparato de Gobierno, inteligencia operativa estratégica, Fuerzas Armadas y Fuerzas de Seguridad y Policiales. Todos ellos eran departamentos independientes.

—¿Y quiénes cubrían las jefaturas?

—El jefe de todo era «Petrus» Campiglia con el grado de oficial mayor; Rodolfo Walsh era jefe del «Departamento de Policía y Fuerzas de Seguridad»; en «Inteligencia Operativa» y «Subsector Policía Federal» estaba Horacio Verbitsky; y el responsable de la «Inteligencia Militar» era yo, que con el grado de capitán me hacía cargo de todo lo que tuviera que ver con las «Fuerzas Armadas».

—¿Cuál era su grado de conocimiento y/o participación en el atentado al Edificio Libertador del Comando en Jefe del Ejército?

—Yo no tuve ninguna participación, si no la diría. Sí estuve en la evaluación posterior de lo ocurrido... Recuerdo que hubo una pelea dura sobre todo con Campiglia, ya que el carácter de la operación era netamente terrorista, de un terrorismo bestial y ciego. Tendía a romper todo diálogo con los sectores nacionalistas del Ejército, labor que mantenía yo, porque era bastante conocida mi extracción nacionalista y peronista.

Otra vez, el fiscal formuló la pregunta necesaria para que la operación continuara su curso.

—¿Quiénes participaron en el episodio?

—Hubo una discusión violenta entre los participantes en el hecho y quien había sido el responsable y ejecutor, esto es, Horacio Verbitsky. Los otros eran un

oficial de la Armada llamado Galli, Daniel Zverko y Héctor Talbot Wright. Ellos le recriminaban a Verbitsky haberlos llevado «ciegos» a la operación, es decir, sin aclararles la forma y naturaleza de la misma.

Listo. La segunda fase judicial de la conjura se había concretado. El 9 de junio, compareció Carlos Patané, dando como domicilio el de la cancha de paddle de Zverko. Dijo que había nacido el 24 de junio de 1939 y presentó DNI 4.296.483. Manifestó haber ingresado en Montoneros en marzo de 1973, cuando trabajaba en ENTel. Para entonces, aclaró, ya era militante peronista y delegado gremial. Romero Victorica le preguntó si, al entrar en la guerrilla, fue incorporado a la estructura militar.

—No había otra manera. Montoneros, en esencia y fondo, era una estructura militar. De hecho yo recibí cursos de manejo de armas y explosivos.

—¿Usted estuvo en la Base Lima?

—Efectivamente, salí del país el 20 de septiembre de 1975, por orden de la Organización. El responsable de la base, en el barrio Miraflores, de Lima, era Verbitsky, que venía de las FAP, de donde también venían Carlos Caride, Envar El Kadri y Raimundo Ongaro, dirigente gráfico.

Patané fue al nudo. Dijo que un día Verbitsky le explicó que la Organización le había dado una delicada misión. «El asunto estaba relacionado con los fondos del secuestro. "El Perro" explicó que el pase a la clandestinidad de Montoneros y la grave crisis política de la Argentina hacían necesario sacar la plata y enviarla a Cuba».

—Gracias, muchas gracias, señor Patané —lo despidió el fiscal.

El 4 de agosto de 1992, Verbitsky fue citado a declarar. Romero Victorica lo recibió fríamente. Fue directo al cuestionario:

—¿Integró la organización Montoneros?

—Sí, desde principios de 1973 hasta mediados de 1977.

—¿Con qué grado?

—Nunca tuve grado.

El fiscal quedó algo sorprendido. El periodista le dijo que había trabajado en la preparación y edición del diario *Noticias* y agregó que, tras la clausura del periódico, se había dedicado a la «difusión nacional e internacional de las violaciones de los derechos humanos».

—¿En el año 1975 estaba en el país?

—No, estuve en Perú entre octubre de 1974 y diciembre de 1975. Residía en Lima.

—¿Vivía en el barrio Miraflores?

—No, en el barrio de Barranco... Fui invitado por el gobierno peruano para escribir sobre el proceso político. Y me demoré en regresar al país al ser informado

por un ministro peruano de que el gobierno de Isabel planeaba mi asesinato por medio de la Triple A.

El fiscal quiso ser incisivo:

—¿Participó en el aparato de Inteligencia de Montoneros?

—No.

—¿Estuvo a cargo de la Base Lima?

—No.

—¿Conoce a Galimberti y a Zverko?

—Sólo por actos públicos.

—¿Al señor Patané?

—No.

Verbitsky desautorizó también la versión que lo involucraba en el atentado contra el Comando en Jefe. Cuando el fiscal lo interrogó sobre sus antecedentes penales, el periodista contestó: «Tengo una condena por "desacato" a un miembro de la Corte Suprema de Justicia, que he apelado ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA, la cual aceptó el caso y dio traslado al gobierno argentino para que responda acerca de las violaciones a los artículos de la Convención Interamericana de Derechos Humanos que se refieren al derecho a ser juzgados por jueces independientes e imparciales, a la libertad de expresión y la igualdad ante la ley. Es la única condena en treinta y dos años de ejercicio profesional, recaída inmediatamente después de la publicación de mi libro *Robo para la Corona*».

El fiscal advirtió que el periodista guardaba una grabadora entre sus ropas y ordenó que se la quitaran. Verbitsky tuvo que entregar «dos microcasetes TDK de 60' y uno marca Sony MC-60' («este último manifiesta el testigo no haberlo usado en la grabación, no obstante lo cual lo pone a disposición del Tribunal», aclara el escribiente). Tras el incidente, la audiencia terminó. Pero no la operación. Había que «matar» al perro.

El 8 de agosto de 1992, Verbitsky fue careado por Galimberti, Zverko y Patané[6]. El trámite duró ocho horas. *Ámbito Financiero* le dio amplia cobertura. El empleado de Born, enardecido, arrancó con una chicana.

—Le quisiera preguntar a mi cocareado si en Montoneros era aguatero. Otra cosa que quisiera preguntarle es si sigue perteneciendo a Montoneros, porque no leí ninguna declaración pública o clandestina de su decisión de separarse de esa organización...

---

[6] Luego de la «Operación Verbitsky», a mediados de 1994, Zverko llamaría a Galimberti para pedirle que le averiguara si aparecía mencionado en un expediente por supuesto tráfico de drogas. Como la respuesta fue positiva, Zverko abandonó la escena.

Miraba al periodista con furia. Toda la postura del ex guerrillero parecía una inmensa mira apuntando a la cabeza de Verbitsky:

—...y del resto de lo que dijo en esta causa, creo que todo es una mentira total. Miente cuando dice que no tenía grado en la Organización. Por ser Montoneros una organización político-militar, era imposible que no ostentara grado o jerarquía alguna. Este señor venía de las Fuerzas Armadas Peronistas, que no eran precisamente los «boy scouts». En consecuencia es falso que no participó en hechos armados. Es falso que haya viajado a Perú por una invitación del gobierno. Viajó por orden de la Organización, diga lo que diga, y fue para montar una base montonera. Miente cuando dice que no conoce a «Petras» Campiglia. Era su jefe y lo veía una vez por semana.

Verbitsky conservó la calma. Eso sacaba aún más de las casillas a Galimberti, que levantaba el tono.

En su fuero interno, le dolía lo que él creía que era un injusto reparto de cargas. Lo laceraba el prestigio del que gozaba Verbitsky. Lo comparaba con su propia fama. Mala fama que imputaba a una campaña de descrédito orquestada por sus «enemigos», entre ellos, el periodista. Fue en ese momento que Galimberti dejó caer la frase que más sentía de todas las que había preparado.

—Y miente para ocultar su verdadera historia porque si se la conociera, supondría por parte de la sociedad un igual y duro tratamiento para él. Como lo recibo yo.

Silencio en la sala. Verbitsky carraspeó. El escribiente detuvo su trabajo. Galimberti recuperó la iniciativa, sin abandonar la metralla: «Así como él escribió en *Página/12* que Firmenich y Massera cumpliendo condena eran los símbolos de la nueva era, yo digo que el símbolo de la nueva era, ahora que estamos todos perdonados, es la verdad».

Verbitsky pidió la palabra. Desarrolló lo que, a su criterio, era la razón para que estuviera ahí, careándose con Galimberti: «Ya en 1987, este señor me reprochó un supuesto apoyo a la "teoría de los dos demonios". Ahora me atribuye hechos con hipotética capacidad incriminatoria. Entre ambas se produjo la edición del libro *Robo para la Corona*, frente al cual el Poder Ejecutivo decidió organizar una campaña de desprestigio personal en mi contra. Hoy Galimberti afirmó su propósito de que se modifique el juicio que la sociedad tiene de él. Como resulta claro a cualquier observador imparcial, ese propósito no guarda relación con el objeto de esta causa, sino con la consecución de los fines del Poder Ejecutivo». En el acta judicial no se registra réplica alguna de Galimberti.

El periodista tuvo que quedarse en el despacho. Lo sentaron frente a Carlos Patané, quien lo acusó de haber matado a un camionero. Verbitsky lo negó, pero le preguntó a su co-careado por qué, si era cierto lo que decía, lo calló durante

dieciséis años, sin hacer ninguna demanda judicial. Patané se justificó: «Porque ahora consideraba necesaria una reparación histórica de la memoria de tantos compañeros caídos por una causa justa y dado que me encuentro ante un periodista que realmente no ayuda, con la visión de los hechos, a la reparación de la Argentina».

El fiscal intercedió para pedir a los presentes que «no se alejaran con sus manifestaciones de los hechos que eran motivo del debate». No logró nada. El trámite naufragó, otra vez en medio de una discusión porque Verbitsky tomaba notas.

Dos años más tarde, en septiembre de 1994, el periodista denunciaría desde *Página/12* que Galimberti integraba una estructura de «propaganda negra» con epicentro en la subsecretaría de Acción de Gobierno, comandada por Esteban Caselli, colaborador de Eduardo Bauzá[7].

En las reuniones de esa estructura paralela en el despacho de Caselli participaban —según Verbitsky— Carlos Corach; el ex subsecretario de Seguridad Interior, Luis Uriondo; el diputado nacional Miguel Ángel Toma y un colaborador de Corach conocido como «El Loco» Castro.

Verbitsky puso la lupa en «un colaborador de Galimberti que desempeñó funciones en la Secretaría de Prevención de la Drogadicción y Lucha contra el Narcotráfico, hasta que fue trasladado al Ministerio del Interior». Hablaba de Carlos Alberto Patané.

Poco tiempo después, Verbitsky hablaría con un columnista habitual de *Página/12*, el único amigo en común que tenía con Galimberti, para averiguar si el ex guerrillero planeaba tomarse venganza. El otro se comprometió a averiguarle algo.

Se citó con Galimberti en la parrilla La Rosa Negra, de San Isidro, para preguntarle sobre sus supuestas intenciones homicidas.

—¿Eso te mandó a preguntarme? No ves que es un cagón.

—No me consta lo que decís. Opino que tiene mucho coraje intelectual y físico. Pero le llegó el comentario de que vos tenías pensado...

—Decile que no le voy a hacer nada. Lo odio, pero no me permitiría hacerle daño ni a él ni a nadie.

Cuando terminaron, pese a que conocía y apreciaba como a un hermano al hombre con el que había compartido la comida, Galimberti lo palpó para ver si estaba «cableado». Sospechaba que la charla había sido grabada.

---

[7] Ver *Página/12,* 1 de septiembre de 1994. El artículo de portada del diario se titula «Servicios Especiales».

El intermediario se fue con una sensación extraña. Transmitió el mensaje literal de lo charlado a Verbitsky. Pero siempre le quedó la duda. No sabía si Galimberti le había dicho la verdad o había montado una farsa.

Capítulo XXX

El padrino

Jorge Antonio lo llamó preocupado. El ex montonero no tardó ni una hora en llegar al piso del empresario, en Barrio Norte. El dueño de casa lo esperaba sentado en la sala principal. Se dieron dos besos, uno en cada mejilla. Galimberti se sentó cerca. Antonio le apoyó una mano en el hombro y, en un susurro, le reveló la clave de sus males:

—La pescadería, Rodolfo, tengo un problema en la pescadería...

El ex guerrillero se quedó un rato pensando en el acertijo. Las fórmulas indirectas eran las preferidas por el viejo, que lo consideraba «un ahijado». Había un mensaje a descifrar y Galimberti buceó en su memoria. Cuando el ex financista de Perón nombraba a «la pescadería» no podía estar refiriéndose a otra cosa que a Estrella de Mar, la empresa familiar dedicada a la pesca e importación de mariscos, con sede en Mar del Plata. Hasta ahí, la cosa se entendía. Pero, ¿qué problema tendría en «la pescadería»? Dispuesto a llegar al nudo de la historia sin ayuda, el «ahijado» recordó que Estrella de Mar había estado involucrada en un problema, en julio de 1988, cuando la Policía Federal decomisó 556 kilos de cocaína del Cartel de Medellín disimulados en envases de la firma de Jorge Antonio.

El procedimiento, que contó con el auspicio de la DEA, ganó la portada de los diarios y quedó bautizado como el «Operativo Langostinos». Los directivos de Estrella de Mar pudieron zafarse de las sospechas, alegando que dos desconocidos se habían acercado a la firma con intención de enviar un cargamento de langostinos congelados a los Estados Unidos y que, como era costumbre, una vez que las negociaciones estaban avanzadas, les entregaron una buena cantidad de cajas vacías para que pudieran calcular el peso y el volumen de la exportación. El argumento debe de haber sonado convincente: el juez desvinculó de la investigación a los hijos de Jorge Antonio que regentaban la filial marplatense.

Absorto como estaba en decodificar la frase del anciano peronista, Galimberti se dio cuenta tarde de que el dueño de casa balbuceaba otra vez:

—En la pescadería, Rodolfo...

—Me disculpa, don Jorge, pero no entiendo de qué me habla. Por qué no va al grano.

—Seguís siendo un impaciente.

—Y usted un viejo jugador de barajas.

Sólo ahí Jorge Antonio fue directo al asunto. Había unos problemas de números, «un faltante de caja», en un local de ventas de mariscos al público que el veterano empresario tenía en Belgrano.

—Algo no funciona. Yo ya estoy viejo y no quiero meterme mucho.

—¿Y qué puedo hacer yo? —le preguntó Galimberti.

—Conseguir un contador. Un tipo que sepa de números para que vea.

—Pero ahí está su hijo... ¿Cómo quiere que me meta?

—Es un muy buen muchacho, pero algo inexperto. Necesito que vos vigiles... ¿Me explico?

—¿Que vigile qué?

—Entonces, lo dejo en tus manos.

Jorge Antonio no respondió. Dijo su última frase en un tono bajo. Ya estaba todo dicho cuando entró la mujer del empresario, treinta años menor, y acompañó a Galimberti hasta el ascensor. Mientras bajaban, el «lo dejo en tus manos» le retumbaba en la cabeza. Por un lado le agradaba el gesto de confianza; por el otro, le llamaba la atención que pensara en él. Medio Gobierno le debía favores al empresario. «Bue... son cosas del viejo», concluyó.

«Yuyo» lo esperaba en el coche. Apenas arrancaron, Galimberti lo puso al tanto de lo que había charlado con Jorge Antonio. Y remató preguntándole:

—¿Cómo andás con los números, Yuyito?

Su asistente giró la cabeza para mirarlo. En sus ojos podía adivinarse el desconcierto, aunque de números algo entendía. Había sido gerente de Volkswagen en México, tras romper con Montoneros en 1979.

—Hay que darle una mano, che. Él siempre se portó bien con nosotros.

Dos días más tarde, «Yuyo» se apareció en la pescadería. Tomó nota de todo lo que vio. Quiénes entraban. Quiénes salían. Movimiento de ventas. Luego se juntó con su jefe en un bar para entregarle el informe. Al día siguiente, «Yuyo» pasó detrás del mostrador. Quiso ver los libros, en nombre del dueño. Se armó un desbarajuste.

El hijo de Jorge Antonio puso contador propio, «Yuyo» había llegado a la conclusión de que el anciano, lo único que quería era que hubiese cierta presencia «imparcial» en el negocio. Algo de control, en definitiva.

Luego, le ofrecería a Galimberti la asesoría de la empresa, para que «ayudara a los chicos». Al mes, se dio cuenta de que la cosa no funcionaba.

Demasiada fricción con los hijos. Se lo comentó a Jorge Antonio, quien entendió y lo liberó de esa responsabilidad.

Unos meses más tarde Jorge Antonio volvería a llamarlo:

—Te espero en el haras de Hurlingham. A las dos de la tarde. Hay una persona que quiere verte.

Galimberti se fue con Dolores. Al llegar, uno de los invitados lo atajó:

—¿Qué hacés acá?

El ex montonero enmudeció. El otro bromeó:

—Estás fuera de estado. Tenés por lo menos diez kilos de más.

Cuando recuperó el habla, Galimberti arriesgó:

—¿Xavier?

—El mismo. Venga un abrazo.

Había visto a Xavier Capdevielle por última vez diez años antes, en Francia. Y se sorprendió al encontrárselo en el haras de Jorge Antonio. Galimberti quiso saber cómo había llegado de París a Hurlingham. El francés le contó que luego de terminar con la enseñanza primaria, en el año sesenta y nueve, su padre decidió que lo mejor era que continuara sus estudios como pupilo en La Sorbona, donde cursaba toda la dinastía gala. Un día, el director lo llamó para decirle que un chico español iba a incorporarse, y designó a Xavier, un año mayor, para que fuera su celador. «Se llama Jaime García», le avisó.

A la semana, un Cadillac negro aparcó en la puerta de la escuela. Fue el comentario de todo el mundo. Sucede que en esa época se asociaba al Cadillac con el hampa norteamericana, en contraste con los Jaguar o Mercedes Benz que usaba «la gente bien» de París. Lo cierto es que del Cadillac bajó un hombre muy alto, que llevaba a un chico tomado de la mano. Ante el director se presentó como «Jorge García», abogado de Madrid. El pequeño, dijo, se llamaba «Jaime».

Capdevielle se convirtió en el celador de «Jaime». Cada dos meses, su padre «Jorge García» los pasaba a buscar y los llevaba a almorzar. La rutina duró hasta que Xavier abandonó La Sorbona. No volvería a saber de los «García» hasta dos décadas después.

A principios de 1990, Xavier Capdevielle, ya convertido en poderoso empresario, almorzaba con Alberto Kohan en Punta del Este. La mano derecha de Menem lo había invitado para agradecerle el apoyo que el francés había brindado en la campaña. Capdevielle había puesto su compañía de taxis aéreos a disposición del candidato riojano. Además del almuerzo, y devolviéndole el favor, Kohan le dijo que, tal como lo había solicitado, el «brigadier Igarzábal» ocuparía un lugar en el directorio de Aerolíneas Argentinas.

Mientras comían, Capdevielle vio entrar al restaurante a un hombre alto. La cara le resultó conocida. Le llamó la atención que todo el mundo le hiciera reverencias. Kohan se lo presentó:

—Es Jorge Antonio, un empresario peronista.

Capdevielle lo saludó y lo invitó a compartir la mesa. Media hora más tarde, la mujer de Antonio y la de Capdevielle, ambas francesas, se habían hecho confidentes. A la hora de pagar, el dueño de Estrella de Mar los invitó a cenar otro día. Capdevielle pensó que iba a ser una reunión de personas. Pero no. Eran sólo cuatro. Desde la cabecera de la mesa, el magnate peronista, siempre dispuesto a jugar a los misterios, abrió el juego:

—¿Usted no me recuerda?

Capdevielle se lo quedó mirando un rato largo. Se dio por vencido. Respondió por cortesía:

—Tengo vista su cara de algún lado, pero...

—Yo soy el papá de Jaime.

—¿Jaime...? ¿Jaime García?

—Sí, en esa época me hacía llamar García. Si decía Jorge Antonio no me iban a aceptar al chico en la escuela. No sé si Kohan le dijo algo, pero yo fui el financista de Perón. Tuve y tengo muchos enemigos y los militares me perseguían. Usted fue el celador de mi chico, yo no me olvido de esa cara.

Desde ese día, Capdevielle comenzó a frecuentarlo. En febrero de 1993, el empresario lo invitó a su haras. Le avisó que iba a presentarle a una persona especial, que era como su «ahijado». El francés no imaginaba de quién hablaba. Ni sospechaba siquiera que podía tratarse de Galimberti:

—Así fue la historia, Rodolfo. Cuando te vi entrar, casi me desmayo. No sabía que eras amigo de don Jorge, nunca me lo dijiste...

—Nunca me lo preguntaste, Xavier.

El asador avisó que la carne estaba lista. Todos fueron a comer.

Desde 1986, Xavier Capdevielle era representante de los productos del *Groupement Industriel des Armaments Terrestres*, GIAT Industries, la fábrica estatal francesa de armamento, para toda la región Argentina. Trajinaba los despachos públicos del área de Defensa ofreciendo los tanques AMX 13 —los mismos que había vendido su padre, veinte años atrás—, un vehículo blindado sobre ruedas llamado VAB —construido por Renault y el Grupo Schneider— e incluso morteros livianos. No había concretado grandes ventas, a pesar de su empeño.

El reencuentro les produjo a ambos amigos una sensación de bienestar inigualable. Desde aquella tarde en París, cuando el ex montonero le pidió perdón al

padre de Xavier por haber integrado la organización que lo dejó inválido, entre ellos se había gestado un fuerte vínculo afectivo. Parecían hermanos.

Capdevielle estaba convencido de que Galimberti era más inteligente que él. Siempre se lo decía. Por lo pronto, el argentino demostraba ser más pícaro: le había hecho creer a su amigo que ocupaba un cargo importante en el Gobierno. Tenía con qué mentir. A su nivel de relaciones, que no dejaba de sorprender al galo, podía sumarle una serie de credenciales con escudo oficial: la que le había entregado César Arias, y una flamante, que lo identificaba como asesor del diputado y amigo Miguel Ángel Toma, presidente de la Comisión de Defensa de la Cámara de Diputados, sin contar alguna documentación extra provista por la SIDE.

Al francés le brillaban los ojos. Rápido llegó a la conclusión de que Galimberti era el contacto que el GIAT necesitaba para levantar la puntería. Se comunicó con la casa matriz. Dijo que viajaría con un funcionario interesado en los productos de la empresa. Antes de partir, los dos amigos compraron corbatas Hermes, idénticas, como cábala.

Capdevielle llevaba a Galimberti como solución. Galimberti, fiel al encargo de Jorge Born, se dejaba llevar para explorar nuevos negocios.

El viaje se concretó en junio de 1994. Capdevielle presentó al ex montonero ante las autoridades del GIAT. A algunos su cara les resultaba familiar. Durante el exilio, Galimberti se había relacionado con funcionarios del Ministerio del Interior y de Defensa franceses, que le prestaron ayuda. Muchos de ellos formaban parte ahora del directorio de *pools* de armamentos.

En el viaje a París, Capdevielle aprovechó para ilustrar a Galimberti en los secretos del oficio. Le explicó las diferencias entre el comerciante y el traficante de armamentos:

«El comerciante representa a un organismo, a un país, o a una fábrica oficial. Esos somos nosotros. El traficante, Rodolfo, trabaja al margen de todo ese circuito, es capaz de venderle a países que tienen embargos. Claro, como hay mayor riesgo, hay más plata. Pero también hay más problemas». Galimberti escuchaba los consejos en silencio, pero se permitía meter algunos bocadillos:

—También le pueden vender a grupos subversivos, a las guerrillas...

—Sí, pero siempre son ventas por «izquierda».

—Exactamente. Puede ser material robado, como chatarra, producto de la corrupción de ejércitos de países atrasados...

—Todo sin papeles.

—Claro, la diferencia con un comerciante es que éste intenta la representación legal de una fábrica de un país determinado y autorizado por su Gobierno, que le vende a otro Gobierno reconocido. ¿Voy entendiendo bien? —preguntó Galimberti.

—Perfecto. Siempre dije que eras más inteligente que yo. Hay que estar atento a que la compra no viole las leyes internacionales. Atento a que la ONU no lo tenga interdicto por cualquier cosa... No es tan fácil.

Cuando desembarcaron en el aeropuerto Charles De Gaulle, Galimberti ya era un experto. Antes de abandonar la estación aérea tuvieron un inconveniente. A los agentes de Interpol les saltaba en el sistema que Rodolfo Galimberti era un «peligroso terrorista» con captura recomendada. A Francia no había llegado la noticia del indulto[1].

El ex montonero, que como clandestino había cruzado los controles migratorios de media docena de países sin grandes problemas, ahora que era legal, tuvo que sacar la documentación que acreditaba la conmutación de sus penas para no quedar preso.

Al día siguiente, la plana mayor del GIAT les ofreció una cena de bienvenida. Al ver llegar al ex montonero, dos comensales argentinos se

---

[1] Cada vez que salía de la Argentina, y ante cualquier sistema informático del Convenio Policial Mundial / Interpol, Galimberti debía acreditar que fue sobreseído en sus causas, indulto presidencial mediante. A los agentes migratorios sólo les aparece en pantalla el prontuario de la Policía Federal Argentina, que dice: Galimberti Rodolfo Gabriel
Fecha de nacimiento: 05/05/47
Prontuario CI: 5.942.050 CE: 0000 1008 CE: 0000 1818.
Madre: Castellucci Arminda.
Padre: Ernesto Enrique.
CAUSAS PENDIENTES SIN EFECTO: 5
Captura artículo 213 Código Penal - Causa 0014789
Juzgado Federal 2 A/C Dr. Castillo
Secretaría 6.
Pedido vigente: 26/06/84
Sin efecto: 17/07/94
Sobreseer: 27/11/89
Orden del día Policía Fed: 122.
Expediente: 579-01-851

Infracción artículo 210 Código Penal - Causa 005148
Juzgado Federal 6.
Secretaría 16
Pedido vigente: 29/01/86
Sin efecto: 07/01/97
Girado A 040
Sobreseer definitivamente: 10/11/89
Orden del día Policía Fed: 020
Expediente: 341-01-293

Infracción artículo 210 Código Penal - Causa S/N
Juzgado Criminal y Correccional Federal 6
Secretaría 16
Pedido vigente: 31/01/86
Sin efecto: 23/10/97
Girado A 873
Sobreseer definitivamente: 11/10/89
Orden del día Policía Fed: 022
Expediente: 341-01-14299

Infracción artículo 210 Código Penal - Causa S/N
Juzgado Criminal y Correccional Federal 6
Secretaría 16
Pedido vigente: 30/01/86
Sin efecto: 24/10/97
Girado A 873
Sobreseer: 24/10/89
Orden del día: 021
Expediente: 341-01-14299

5) Homicidio calificado - Secuestro extorsivo - Causa S/N
Juzgado Federal de I Instancia Nro 4 de San Martín
Secretaría: Dr. Crouspeire – Incomunicado
Sin efecto:
Sin efecto: 29/11/97
Expediente: 871-24-3950-85
Expediente: 587-02-1013/97

intranquilizaron. Se trataba del ex subjefe del Ejército, general Raúl Gómez Sabaini, y el jefe de la Gendarmería, comandante Raúl Musumeci. Hubo intercambio de frases amables, pero los dos uniformados abandonaron la celebración.

El 27 de agosto de 1994, los periodistas de *La Nación* María Elena Polack y Eduardo Barcelona, en una nota titulada «Galimberti, en la SIDE y en la actividad privada», revelarían que Gómez Sabaini y Musumeci se negaron a comer con el ex guerrillero y que, en represalia, Galimberti los mandó a seguir, averiguando en qué hotel estaban, cuánto gastaron y qué habían hecho durante su estadía en suelo francés. Al regresar, ese informe habría circulado por altos despachos oficiales, como si fuera un trabajo realizado por la SIDE.

Capdevielle le quitó importancia a la noticia. Fue a hablar con Gómez Sabaini y le preguntó si tenía algún cuestionamiento que hacerle a Galimberti, pero éste dijo que no. Después visitó a Musumeci, quien fue un poco más lejos:

—¡Cómo voy a tener problemas! Si es amigo de Menem como yo.

De Francia, Galimberti regresó como intermediario de GIAT. Sería el encargado de organizar los contactos en las Fuerzas Armadas y de Seguridad, pero sobre todo en el Ministerio de Defensa. Capdevielle estaba convencido de que formaban un dúo implacable. La realidad le demostraría que podía equivocarse.

En septiembre llegaron malas noticias desde Europa. El *Deuxieme Bureau* (Segundo Departamento, la Inteligencia de Francia) había elaborado una ficha que no dejaba bien parado a Galimberti. Otra vez desde *La Nación*, Eduardo Barcelona reflejó el contenido del informe: «Para el *Deuxieme Bureau*, símil de la SIDE argentina, está probado que los atentados en 1983 contra los cuarteles de los marines en el Líbano, donde murieron 3.000 hombres, y el que tuvo lugar contra el de las fuerzas de paz de la UN fueron realizados con tecnología desarrollada por los montoneros en la década del setenta. Los guerrilleros crearon una máquina de exógeno. (...) En la oportunidad del atentado del 17 de marzo de 1992 contra el edificio de la embajada israelí, la Gendarmería certificó que la voladura fue con exógeno. El Mossad, el servicio de Inteligencia judío, les mostró una foto a los expertos argentinos con una máquina de exógeno igual a la que está en el Museo de la Subversión de Campo de Mayo. Dueño de ella es el temible grupo pro iraní Hezbollá, cuya base principal de operaciones está en el Líbano... (...) La inteligencia francesa tiene constancia de la presencia de Galimberti en Beirut durante el proceso militar, lo que, sin embargo, no vincula al ex guerrillero con los atentados».

Galimberti reaccionó mal: «Xavier, nos quieren voltear. Esta es una operación en mi contra». El francés lo convenció de seguir trabajando duro. En pocos meses, fracasaron bastante. Más que comprar, los militares argentinos intentaron venderles. Les ofrecieron una fábrica, la Domingo Matheu, en la ciudad de Rosario, para producir armas ligeras. El edificio era una ruina. Toda la

maquinaria estaba montada sobre el piso de tierra. No lo podían creer. La oferta les interesaba en tanto se aprobaba una disposición del Ministerio de Defensa que cambiara el calibre de las armas que utilizaba el Ejército Argentino.

Hubo reuniones con el general Martín Balza para tratar el caso[2]. Se reunieron con Jorge Baeza, el viceministro menemista de Defensa. Pero ninguno les garantizó esa compra futura para amortizar la inversión. Fueron a ver al riojano Luis Sarlenga, jefe de Fabricaciones Militares, pero tampoco hubo caso. Alguien llegó a ofrecerles triangular un cargamento a Ecuador y a Croacia.

Capdevielle le habría llamado la atención a Galimberti: «Es un negocio por "izquierda", Rodolfo. Lo mejor es mantenerse al margen».

A fines de 1994, el dúo había levantado polvareda. En todo el ambiente se comentaba que Galimberti trabajaba para el GIAT. Un paper de Inteligencia que circulaba por ciertos despachos oficiales explicaba los lazos del ex montonero con el monopolio francés de armamentos.

«Galimberti fue recomendado al GIAT por el comisionista Philippe Lethier, a quien conoció a través de Jorge Antonio y Xavier Capdevielle».

«Lethier es un francés que desde hace años trabaja para el GIAT. Luego de la Guerra del Golfo consiguió un contrato con los Emiratos Árabes para la venta del tanque Leclerq. Como parte de pago, los árabes construirían un hipódromo con capitales franceses».

«El francés llegó a la Argentina para comprar caballos de carrera y llevarlos a las arenas árabes a producir miles de dólares. Así contactó a Jorge Antonio, vendedor de caballos, dueño de un haras, que se lo presentó a Galimberti».

Lethier era amigo de Jorge Antonio. Era el dueño de Herstal S.A., filial de GIAT en Bélgica.

El 4 de abril de 1995, el diputado radical Jesús Rodríguez denunció que Rodolfo Galimberti estaba comprometido en el escándalo de la venta de armas a Ecuador y a Croacia, a través de una filial belga, luego de que el matutino francés *Info-Matin* publicara que Herstal S.A. estaba involucrada en el *affaire*.

Capdevielle tuvo que salir a aclarar que, al menos en la Argentina, GIAT era él, y no había entrado en ninguna operación ilegal. Dijo que Herstal S.A. tenía otro representante, de apellido Mendoza, que trabajaba por su cuenta y riesgo. Pero igual el ataque lo desmoralizó.

Más tarde sacó sus conclusiones: el negocio se caía a pedazos. No pudo colocar ni un mortero oxidado en el mercado local. Entonces le avisó a su amigo que tenía pensado renunciar y dedicarse al negocio de los astilleros. Galimberti le

---

[2] En el año 2001, el general (RE) fue a prisión por la causa del tráfico de armas a Ecuador y Croacia. Por la misma causa, el ex presidente Carlos Menem fue arrestado en 2001.

dijo que era una locura. Trató de convencerlo de seguir: «Van a decir cosas peores de nosotros. Esto es como una mafia».

La versión que relacionaba a Galimberti con el tráfico de armas siguió circulando, como tantas otras que se le atribuyeron. Pero algo es seguro: cuando Galimberti le dijo a Capdevielle que había «una mafia detrás» sabía de lo que hablaba.

En los tiempos de La Biela, el ex montonero charló varias veces con el capitán de navío Horacio Pedro Estrada, ex integrante del GT3 de la ESMA y socio del traficante francés Jean Bernard Lasnaud, que operaba con un grupo de militares argentinos desde Miami y era señalado como el hombre que supervisó, desde el aeropuerto de Ezeiza, el embarque de fusiles y municiones vendidos a Ecuador.

Estrada fue militante de la FEPAC, la estructura de cuadros que comandó Alberto Kohan para llevar a Carlos Menem a la Presidencia. Allí militaron muchos conocidos de Galimberti, como Jorge Rádice y el ex Guardia de Hierro Ricardo Romano.

Susana Viau, periodista de *Página/12*, arriesgó que la relación entre Estrada y Rádice «era demasiado buena para atribuirla a la pertenencia a una misma fuerza: la considerable diferencia de grados entre ambos hacía pensar en cuestiones más sólidas que el orgullo naval. Es obvio que, en la división del trabajo, a Rádice le habrían quedado los negocios de menor monta».

Rádice redujo bienes de los desaparecidos, podría decirse que manejó el ala «inmobiliaria» del masserismo. ¿Sería Estrada el responsable de la «armería»? Estrada fue encontrado muerto en su domicilio. Galimberti opinaría: «Nadie me saca de la cabeza que lo mataron»[3].

El ex guerrillero no pudo —o no quiso— retener a Capdevielle. El vínculo se disolvió a mediados de 1995, con más pena que gloria.

---

[3] El capitán de navío Horacio Estrada apareció muerto en su piso. El juez de Instrucción Fernando Cubas todavía investiga si fue un suicidio o un asesinato. Diego Palleros, el coronel detenido en Sudáfrica por el escándalo de las armas, mencionó a Estrada como parte de la trama. Según Viau, «en realidad, en abril de 1995, el capitán Estrada no actuaba en su calidad de oficial de la Marina sino de representante de Prodefensa, la empresa ecuatoriana que intermedió en el negocio de compra de ocho mil FAL y setenta y cinco toneladas de municiones. (...) La reconstrucción de los pasos de Estrada indica que además de su participación en el GT3 (Grupo de Tareas de la ESMA), el marino estuvo destinado en Sudáfrica. (...) A principios de 1987, Estrada resultó juzgado y condenado por 21 casos de tortura por los que la Cámara Federal le dictó la prisión preventiva, una medida que fue interrumpida por la sanción de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida. En su carrera, Estrada había gozado de su doble padrinazgo: el del ex almirante Emilio Massera y el del contralmirante Rubén Chamorro. Quizá por eso, hacia fines de los setenta fue destinado a la agregaduría Naval de la embajada argentina en Sudáfrica, un área de descanso para gente de la Armada, tal como lo demuestra la estancia en ese país del propio Chamorro y del ex capitán Alfredo Astiz. Eran años en los que los almirantes gestionaban la compra de submarinos alemanes para reforzar su poderío. Estrada, cuentan los memoriosos, piloteó la compra de los complementos sudafricanos para esos submarinos: cañones y torpedos. En esa época, la Junta Militar planificaba un pacto militar con Sudáfrica y Brasil».

Pero pocos meses después, Jorge Born sería nombrado nuevo representante del GIAT en Buenos Aires. El contacto lo hizo Galimberti. Capdevielle nunca se enteró.

Capítulo XXXI

Piropos a María Julia

Se la quedó mirando fijo. A su modo, pensó, María Julia Alsogaray era una mujer bella. Había algo en ella que lo atraía. Galimberti suponía que, lejos de la mesa de negociaciones, donde la ingeniera se manejaba con una rudeza poco frecuente en su género, debía de ser una mujer fogosa. Se la había cruzado a principios de los años noventa, cuando ya era la liquidadora menemista de ENTel, y se entusiasmó. Imaginó que la ingeniera sería un puente perfecto hacia los negocios que debía procurarle a Born. Por su lado, la hija del capitán jubilado Álvaro Alsogaray lo recordaba con afecto. No olvidaba aquel curso de Hegel donde ambos coincidieron en la casa de Muniz Barreto[1].

Pero volvieron a perderse el rastro. Galimberti estaba demasiado ocupado con Capdevielle. Sólo cuando Menem designó a María Julia como secretaria de Recursos Naturales y Medio Ambiente, se produjo el reencuentro. Patricia Cao Saravia, amiga en común, actuó de «celestina», y la funcionaria bajó a territorio «galimbertista» para consumar la cita: La Biela.

Alguna vez, al salir del hotelito de la calle Junín donde vive María Julia, Galimberti soltó, admirado: «¡Esta mina es un macho!».

En su mundo, la frase resumía el piropo mayor. Mientras arrancaba el coche, «Yuyo» lo cargó con el supuesto romance que lo unía a la funcionaria. Galimberti se defendió.

—Sólo somos buenos amigos.

—Flor de metejón te agarraste.

—Vos sabés que no es mi tipo. Es una veterana bien puesta, pero a mí me siguen gustando las pendejas de veinte...

---

[1] María Julia Alsogaray es hija de Álvaro Alsogaray, que representó durante cinco décadas el «antiperonismo» en la Argentina y apoyó todos los golpes militares. En la década de los noventa su partido, la Unión de Centro Democrático (UCeDé), se alió al peronista Carlos Menem, atraído por su programa de privatizaciones de empresas estatales. La hija del capitán fue funcionaria menemista: privatizó la empresa de teléfonos ENTel, cuya mitad adquirió Telefónica de España. Luego ocupó la Secretaría de Recursos Naturales. En la actualidad, tiene en curso una veintena de causas judiciales en su contra por diversos delitos, entre ellos el de «enriquecimiento ilícito».

—Dale, decime ahora que no le harías un tiroto, si es que ya no se lo hiciste, bah...

—Vos no preguntás. Tenés una actitud policial. Lo tuyo son interrogatorios. Te aclaro una cosa, porque yo no soy de andar divulgando por megáfono que tal o cual dama ha perdido las virtudes en mi cama: si le puse o no las manos encima, ni vos ni nadie se va a enterar jamás.

«Yuyo» lo miró de reojo. Galimberti se hacía el serio.

Otra tarde, mientras María Julia, con los ojos al borde del llanto, le comentó que se sentía violada, el ex guerrillero recordó aquel diálogo con «Yuyo». La ingeniera lo despabiló diciéndole que primero había sido un ruido en la línea, después algo parecido a un eco. La confirmación llegó el día que comenzó a ver en las portadas de los diarios los diálogos que mantenía con sus colaboradores.

—Creo que me pinchan los teléfonos —sugirió ella, indefensa.

Galimberti tuvo el deseo de abrazarla. Pensó que detrás de ese gesto agrio que llevaba como herencia, María Julia no dejaba de ser una mujer vulnerable. Él reaccionó sobreactuando para demostrar que tenía el control sobre todas las variables:

—No te hagas problemas. Yo tengo un especialista. Es de mi total confianza. Él sabe cómo neutralizar las «pinchaduras». Viene, conecta un aparato y bloquea la filtración. Dejalo en mis manos.

—¿En serio me lo decís? No sé cómo agradecerte este gesto —dijo ella y lo abrazó. Estaba en calzas y ropa de gimnasia. Sobre el fondo de la sala había un espejo y una barra para practicar ejercicios. Reflejaba la escena de un hombre y una mujer demasiado juntos.

Al día siguiente, el enviado de Galimberti tocó el portero del hotelito. La doméstica se acercó a la puerta y vio a un hombre con una valijita bajo el brazo. Tardó en decidirse a abrir. Cuando lo hizo, lo trató como si fuera un vendedor:

—¿Qué ofrece usted?

—Nada. Vengo de parte del señor Rodolfo. La señora me está esperando.

La empleada cerró la puerta otra vez, hasta que confirmó que le decían la verdad. Sólo entonces le dio paso. María Julia tardó unos minutos en aparecer.

—Me dijo Rodolfo que usted sabe de estas cosas.

—Necesitaría que me indique dónde están los teléfonos.

El «especialista» se puso a revisar los aparatos. «Yuyo» tenía toda la pose de ser un entendido en la materia. La verdad, usaba un detector de pinchaduras que no era muy seguro, pero funcionaba. Cumplía con todos los requisitos para hacer quedar bien a su jefe. Revisó los cables, subió al techo, y luego se trasladó a las oficinas de la Secretaría de Medio Ambiente para detectar anomalías en las

líneas telefónicas. Luego redactó un informe: estaban pinchados. No sería el único servicio de Galimberti hacia la funcionaria.

Dos años más tarde, el 12 de febrero de 1996, cuando María Julia tuvo que viajar a Bariloche en medio de una serie de incendios forestales, Galimberti le advirtió sobre los riesgos de viajar sola y le aconsejó llevar a un grupo de escolta. Ella le dijo que el Ministerio del Interior se ocuparía de brindarle seguridad. Él replicó: «Esos son los mismos que te "chupaban" los teléfonos. Vos tenés que llevar tu propia gente». María Julia dudó, aunque terminó concediendo: «Tenés razón. Lo dejo en tus manos».

Al otro día, Galimberti apareció con «Yuyo» en el hotelito. María Julia notó algo raro en la cara del muchacho:

—¿No es el mismo que me mandaste por los teléfonos?

—Sabe de todo. Es un genio este pibe.

Treinta y tres días después de iniciados los incendios en el valle de Chall Huaco, María Julia descendió de un jet Cessna, modelo Citation, matrícula LV-WOE, en el aeropuerto de Chapelco. Pero el propósito de la visita no estaba ligado a la prevención de los siniestros sino al festejo de acontecimientos de órbita estrictamente privada: la inauguración de un complejo turístico de escasa envergadura y minúscula relevancia, emplazado en el Parque Nacional Lanín. Al periodista Marcelo Longobardi, María Julia le dijo que había viajado en jet privado «para economizar tiempo». Y le explicó que los costos eran gratuitos. «La gente no paga nada, el jet lo prestó un grupo empresario. Es un procedimiento habitual para mantenerlos volando», a la vez que se negó a revelar el nombre de los empresarios que le habían hecho el favor: «No tengo por qué decir quiénes son, no es un tema importante».

El Cessna en el que viajaban María Julia, la diputada Norma Miralles y su jefe de escolta pertenecía a la empresa Flymell S.A., de Gustavo y Sergio Meller. El avión figuraba contratado por otra empresa, llamada Halcón, también ligada a los hermanos Meller. El valor del vuelo fue de 7.280 dólares, más 160 por las horas de espera en territorio neuquino. Los Meller luego aclararon: «El avión fue alquilado, no hubo ningún favor».

Para esquivar a los periodistas, María Julia y su comitiva abordaron dos helicópteros de la empresa Andes Aviación. Volaron cuarenta kilómetros hasta llegar a las orillas del lago Huechulaufquen. Una fuente de la empresa dijo que los aparatos habían sido contratados «por intermedio de la señora Alsogaray». La factura por el servicio ascendió a los 8.940 dólares. El «intermediario de la señora» había sido «Yuyo», a quien se le había subordinado la Policía, la Gendarmería y la Prefectura, y además reclutó para su trabajo de vigilancia a un baqueano de la zona recomendado por Galimberti. Su nombre: Víctor Gard. Con algo de historia encima.

Gard había sido vigilante de la Unión Obrera Metalúrgica por más de treinta años. Durante la dictadura, integró un «grupo de tareas» que funcionaba en el centro clandestino de detención conocido como «Automotores Orletti». En un reportaje publicado por el diario Río Negro, el 20 de agosto de 1999 —ante el periodista Jorge Gadano—, Gard reconoció que había secuestrado y torturado gente, aunque negó tener algo que ver con asesinatos. Se justificó diciendo que actuaba como «agente inorgánico» de la SIDE en el marco del «Plan Cóndor», como se bautizó al proyecto de exterminio de opositores coordinado por las dictaduras del sur del continente. Tras su paso por «Orletti», Gard se incorporó al Grupo del Batallón 601 del Ejército que viajó a Centroamérica para asesorar a la «contra» nicaragüense en «técnicas de anti-insurgencia». En 1984, cuando el subsecretario de la Presidencia alfonsinista, Dante Giadone, contrató a Raúl Guglielminetti como jefe de un grupo de inteligencia paralelo a la SIDE, con oficinas en Alem 218, Gard fue sumado a ese equipo. Pronto se supo que el mismo Gobierno que había juzgado a las Juntas Militares empleaba represores y todo terminó en un escándalo. Gard escapó de las críticas y se refugió en San Martín de los Andes[2].

Galimberti decía haberlo conocido en Centroamérica en 1980, mientras él prestaba «apoyo logístico» al sector de la «contra» liderado por el ex comandante sandinista Edén Pastora. Pero otros aún recuerdan que el propio Galimberti, exaltado, comentaba haberse topado con Gard por primera vez a principios de 1994, en una armería de Libertador 100. Los había presentado un guía de caza llamado Lucas Diez. Este último los habría invitado a tomar unas copas para que se conocieran en una confitería cercana «ambientada con cabezas de ciervo». En esa reunión, Gard se habría autocalificado cazador «de animales de todo tipo, incluso humanos». Como Galimberti le festejaba las salidas, el otro se habría animado a confesarle que era uno de los partícipes del asesinato del vigilante metalúrgico Jorge Duback e, incluso, se habría adjudicado el obispo de El Salvador, Arnulfo Romero. Se dice que allí, entre cornamentas colgantes, surgió una amistad entrañable entre el ex guerrillero y el ex represor. Galimberti siempre contrataba a Gard como guía cuando se escapaba a cazar a la estancia rionegrina Collón Cura.

Cuando María Julia comenzó a soñar con limpiar el Riachuelo, «en mil días», como prometió, Galimberti aumentó las visitas al hotelito de la funcionaria y a las oficinas de Gurruchaga 830, sede del Grupo Meller. A María Julia le ofreció un plan de comunicación de las obras:

---

[2] Gard integraba un grupo de la SIDE, con base en Orletti, cuyo objetivo principal era destruir la «Junta de Coordinación Revolucionaria», impulsada por el ERP de Argentina, los Tupamaros uruguayos y el MIR chileno, las principales organizaciones guerrilleras del Cono Sur.

—Hay que mostrar el antes y el después. Tiene que verse bien la podredumbre, los desechos que tiran las industrias, los basurales que se hacen en las márgenes. El contraste va a ser fabuloso. Esta es una empresa histórica.

Al vicepresidente del Grupo Mellero, «Beto» Viñosky —íntimo amigo del periodista Marcelo Longobardi—, le habló de las bondades del «Proyecto Riachuelo». El *holding* Meller, nacido en 1923 como una humilde fábrica de alfombras, ya controlaba el 10,2 por ciento del paquete accionario de Aguas Argentinas, asociado, entre otras empresas, con la Sociedad General del Plata (19,5 por ciento), y las francesas *Suez Lyonnaise des Eaux* (25 por ciento) y la *Compagnie Generale des Eaux* (7,6 por ciento), donde el ex guerrillero tenía buenos contactos[3].

Pronto Galimberti se convirtió en el vértice de varios intereses que convergían en la faraónica propuesta. Las visitas a Gurruchaga 830 se multiplicaron. A veces, el ex guerrillero llevaba a «Yuyo», a quien presentaba como el «Dr. Eichelbaum»:

—Hay que reforzar tu imagen judía, Yuyito. Mi pasado no ayuda. Vos viste que la gente de la colectividad es muy sensible.

En el medio, los Meller crearon una empresa de «saneamiento ambiental». Y la *Lyonnaise des Eaux* les ofreció conformar una UTE (Unión Transitoria de Empresas), donde ellos pondrían especialistas y el capital, y los argentinos el *know how* para moverse con soltura entre los despachos oficiales.

Mientras los acuerdos se tejían de forma subterránea, la *Lyonnaise* envió a un grupo de ingenieros para elaborar un informe sobre la viabilidad del proyecto, y de paso, concebir un plan general para la recolección de residuos en Buenos Aires. Al grupo lo recibió Galimberti, quien lo alojó en el Hyatt Hotel. Los gastos corrieron por cuenta de Jorge Born.

Según lo convenido con María Julia, Galimberti contrató un helicóptero para que hiciera tomas aéreas de la desembocadura del Riachuelo. Quería reflejar la entrada del líquido pestilente y oscuro en las aguas marrones del Río de la Plata. Demostrar cuán cerca estaban las tomas del agua que consumían millones de personas. Graficar el riesgo. Impactar.

El fotógrafo cumplió la tarea. Sin embargo, Galimberti no quedó conforme. La segunda tanda de fotos tenían que tomarse desde abajo. El otro se negó:

---

[3] *Lyonnaise des Eaux América Latina SA.,* la filial argentina de la compañía francesa, tiene domicilio legal en Reconquista 823, piso once, de Buenos Aires. Ante la DGI declaró la siguiente actividad: «Captación, purificación y distribución de agua». Se constituyó el 3 de marzo de 1995. A fines de 1999 su directorio estaba compuesto por Juan Carlos Fontana, Charles Henri De Royere, Carlos Yeregui Montero, Guy Antoine Aime Canavy y Jean Luis Chaussade. En nombre de este último, Galimberti haría gestiones ante funcionarios del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, interesándose en la licitación de las áreas de recolección de residuos.

—Ustedes están locos. Me van a dejar en bolas. Eso está lleno de villas...

—Tenés que hacerlo —le dijo Galimberti.

—Hacelo vos.

Tomó el consejo. Mandó a «Yuyo».

El asistente pensó en un viaje en bote desde La Boca hasta el Puente La Noria, en el que iban a poder capturar imágenes únicas. Galimberti le dijo que era una idea maravillosa. «Yuyo» se embarcó un viernes. El botero no paraba de hablar: era el mismo que había llevado a pasear a Sandro Pertini, el ex presidente italiano, cuando vino al país. Tenía tantos años como anécdotas para contar. «Yuyo» trataba de recordar los consejos de su jefe.

—Retratá bien las industrias. Esos chorros de líquido humeante, que vaya a saber qué carajo químico tiran al Riachuelo, sacale bien a eso. No te pierdas las montañas de mierda sobre los márgenes. Pensá que cuando el proyecto se cumpla se tiene que notar bien el contraste.

Galimberti parecía ser el único convencido de la concreción del plan.

Cuando «Yuyo» reveló los rollos del viaje en bote, Galimberti le puso cara de asco.

—Son una cagada. Hay que tomar fotografías de más cerca.

—Es que el botero iba por el medio. Los pibes te cagan a piedrazos.

—Lo único que faltaba. Ahora le tenés miedo a las piedras.

El asistente sintió la estocada en su orgullo. No iba a dejar pasar por alto esa agresión. Al día siguiente cargó una 10 mm y la puso al cinto. La disimuló debajo de la cazadora de cuero negra y se subió a su moto. Recorrió el Riachuelo por la calle que lo va bordeando. Cuando llegó a la zona de Villa Fiorito, se detuvo. Aparcó la moto y le puso la traba, el cortacorriente y una cadena en las ruedas. Tomó la cámara y comenzó a descender por una barranca, esquivando ratas hambrientas y bolsas de residuos, y caminó hacia el río de aguas podridas. Cuando terminó el rollo, decidió moverse a otro lugar, más cerca del Puente Uriburu, donde podía verse el caño de una fábrica que vertía un chorro de líquido verde.

Escaló la barranca, tratando de no resbalar. Cuando llegó a la calle, alrededor de la moto se habían juntado tres muchachos.

—¿Es tuya? —le preguntó el que parecía ser el jefe.

«Yuyo» advirtió que uno de ellos estaba armado. Escondía una pistola, calibre 22. El ex montonero conservó la calma. Había pasado por cosas peores. Sin embargo, sabía que estaba en problemas. Todas las precauciones tomadas al aparcar la moto ahora le jugaban en contra. Mientras sacaba la cadena, lo podían madrugar por la espalda.

—¡Qué linda cámara! ¿Me dejás que nos saquemos una foto? —le dijo otro, un petiso que tenía la mitad de la cara llena de pústulas. En otro país, pensó

«Yuyo», podía atribuírselo al napalm. En la Argentina no. Era un acné severo. La situación ya pasaba de la tensión. Había que actuar.

—¿Y por qué no se sacan una foto con ésta?

Fue la respuesta de «Yuyo», mientras se levantaba la cazadora y dejaba ver que él también estaba armado.

—¡Uy... es un poli! —dijo el tercero. Retrocedieron un poco. «Yuyo» se acercó a la moto. Trató de no sacarles la vista de encima. Pero en un momento de descuido, el del acné le quiso arrebatar la cámara. «Yuyo» sacó la pistola y disparó al aire. El de la 22, gatilló a la cazadora. Fue una balacera corta pero efectiva. Y «Yuyo» hirió en la mano a uno de los que lo acosaban pero se lamentó de que hubieran podido escapar. Se dio cuenta de que era el único tiro «legal» que había disparado en su vida. Estaba orgulloso.

Cuando llegó y le contó el episodio, Galimberti reflexionó:

—Son lúmpenes. Tienen caca en la cabeza. Las cosas están cada vez peor.

Terminó de decirlo y sacó un fajito de billetes de la chaqueta:

—Tomá Yuyito, esto es para vos.

Eran quinientos pesos en billetes de veinte. Por las fotos.

El material iba a ser utilizado en una serie de folletos, editados por una agencia de publicidad y marketing de la que Galimberti era socio con un desconocido: Jorge Rodríguez.

El 25 de mayo de 1995, se hizo una fiesta en la embajada argentina en París. Galimberti llevó a Rodríguez. También estaba María Julia. El anfitrión era el diplomático Juan Archibaldo Lanús. Fue un encuentro con empanadas y vino, matizadas con los versos del payador Omar Moreno Palacios. Había algunos políticos argentinos, como Felipe Solá, pero el grueso de la concurrencia lo formaban ejecutivos franceses deseosos de invertir en la Argentina.

A Rodríguez le llamaba la atención que todos se dirigieran a Galimberti como si fuera, además de un hacedor de negocios, un importante funcionario de la Argentina. Archibaldo Lanús quedó cautivado por el charme del muchacho al que el ex montonero presentaba como su socio. Al tiempo le enviaría dos cartas de agradecimiento, que después de releer una y otra vez, Galimberti colocó en un marco de plata y colgó en las oficinas de su nuevo negocio: Hard Communications[4].

---

[4] Hard Communications fue inscrita en el Boletín Oficial como sociedad anónima el 12 de octubre de 1995, por Jorge Ernesto Rodríguez, de 33 años, soltero, diseñador, DNI 14.812.799 y Laura Lilian Viladerbó, de 33 años, licenciada en Economía. Fijó su domicilio en Bolivia 564, de Villa Martelli, y otro alternativo en Juramento 2149, piso 5, departamento 28. Declaró actividad Industrial: composición, diseño, fotomecánica y toda actividad relacionada con la industria gráfica. Comercial: compra, venta, importación, exportación y representación de mercaderías. Publicación y edición de revistas, etc.

Desde 1990, cuando decidió instalarse en Crear International Group en un apartamento de Núñez[5], Jorge Rodríguez aún arrastraba la creencia de que la «alta sociedad» jamás aceptaría sus modales de Villa Martelli ni valoraría las enseñanzas que había recogido de su padre en el taller metalúrgico.

Tenía una visión idealista del mundo. Componía canciones, pero detrás de los temas románticos a ritmo de rock, ocultaba su odio a los ricos, hipócritas y empresarios que poseían hermosas mujeres sólo por dinero. A su modo, era un rebelde.

—Yo me siento Robin Hood, soy capaz de subirme a los balcones si tengo que enamorar a una doncella, soy un rocker, un amante —decía entonces, cuando usaba jeans rotos, *t-shirt* y el pelo por el hombro.

Influenciado por Durán-Durán, Rodríguez propuso que el grupo de rock en el que tocaba se llamara Donés-Donés. Él era el autor de todos los temas, además de cantante y primera guitarra, pero un tipo experimentado como Gustavo Donés (ex Sueter y ex Pastoral) era el bajista; José Luis Asaresi. el batería, y José Luis Damiani, la segunda guitarra. La chica de los coros se llamaba Karina Ribak.

Rodríguez costeaba la mayor parte de los gastos. Pagaba la sala de ensayos, las fotos de promoción y el video que grabó, en agosto de 1989, para la presentación en directo de su disco en Cemento, la discoteca alternativa de Omar Chabán, en ese tiempo en pareja con la actriz Katja Alemann.

Entre el público había un admirador: Mario Pergolini. Para darles una mano con la promoción, la noche previa al show, el periodista los había llevado a su programa *Malas compañías*, en la FM Rock & Pop. La experiencia musical le duró un año. Rodríguez dejó de lado sus sueños de ser Mick Jagger para perseguir otros horizontes. Se dedicó de lleno al diseño y a la publicidad.

En 1944, Crear International firmó un contrato con la municipalidad de Maldonado para manejar la publicidad de las playas de Punta del Este. Junto a sus socios, Marcelo Von Schmeling y Quique Cammarata, perdió 270.000 dólares. Para peor, había contratado los servicios de la modelo eslovena Eva Herzegova para una promoción y fracasó en el intento de intimar con ella.

---

[5] Crear Internacional Group S.A., la empresa de Rodríguez, se constituyó el 19 de septiembre de 1990. Declaró como actividad ante la DGI: «Impresión, excepto de diarios y revistas, y encuadernación». Registró tres domicilios legales: Adolfo Alsina 3463, de Villa Martelli; Quesada 2540 (el apartamento de Núñez), y Bolivia 564, la casa de Rodríguez y Viladerbó. A fines de 1998, la empresa nunca había registrado presentaciones ante la Dirección General Impositiva. En los registros oficiales figuraban los siguientes juicios en su contra: «Ejecución prendaria», iniciado por Automotores Leone S.A. y radicado en el Juzgado Comercial 12, de junio de 1994; «Ejecución prendaria», iniciado por Financiera Tutelar S.A. y radicado en el Juzgado Comercial 24, secretaría 47, de julio de 1994; «Juicio ejecutivo». Actores, Bodegas Chandon S.A. y Promover S.A. radicado en Juzgado Comercial 21, secretaría 41 (concluido por pago), de marzo de 1995; y «juicio sumario». Actor, Movistar S.A., radicado en Juzgado Comercial 18, secretaría 36, de agosto de 1995.

Poco antes del viaje a Francia junto a Galimberti, el Banco Central le dio el golpe de gracia: lo inhabilitó por cuatro años para operar con cuenta corriente por una deuda de ocho mil pesos. El ambiente de la comunicación publicitaria, los relacionistas públicos, las empresas de jeans y de 4x4, dejaron de confiar en él porque, decían, manejaba sus pagos con desprolijidad.

Fue un impasse. La relación con Galimberti le daría su revancha. Los había presentado Carlos Benjamín Colunga, un piloto que trabajaba para la empresa de taxis aéreos del empresario Franco Macri, MacAir.

Galimberti conocía bien a Colunga. Era quien solía llevarlo a la residencia esteña de su suegra Liser Carbajo, y compartían mesa en el bar Pepino, de San Isidro.

Un día Rodríguez se sentó a la mesa. A Galimberti le pareció simpático, buen chico, y enseguida encontraron tema de conversación. Pronto descubrieron una pasión común: las motos.

Justo frente a Pepino, había un local de Harley Davidson, propiedad de Juan Gaba, y Galimberti era uno de sus principales clientes. Había sido el primero en impactar al vecindario con una Sporter 883 negra, traída de Quebec. Se la había vendido Leo Marras en 1989, con mil kilómetros encima.

Cuando Gaba abrió, el local se convirtió en punto de encuentro de los fanáticos de la zona que se reunían para opinar sobre cilindradas, velocidades y nuevos modelos.

Galimberti ya había cambiado por una Fatboy. En 1994, unos cuarenta motociclistas se juntaron en lo de Gaba para viajar a Mar del Plata. Galimberti encabezaba el pelotón. No era una brigada de tanques, pero se le parecía. La policía los detuvo pasando Dolores. El ex montonero se bajó y quiso hablar con el comisario. «Ahora nos meten a todos en chirona», se lamentaron los más escépticos. Pero llegaron a la costa con dos coches patrulla de escolta, a sirenazo limpio, y se alojaron en el hotel Provincial. Desde ese día, Galimberti pasó a ser considerado una leyenda en el «ambiente Harley».

A Rodríguez lo impactaban esas anécdotas. Poco a poco fue mimetizándose con su nuevo amigo. Pedía lo mismo que él: zumo de naranja, con un poco de durazno, y una tostada. Usaba chaquetas e idénticas corbatas y también buscaba llamar la atención con una Daytona de oro. El look era más casual durante los fines de semana: jeans de Banana Republic, con camisa y pañuelo al cuello y chaleco de pesca, de la misma marca del pantalón. Eran un calco.

Galimberti había encontrado a un par. Le gustaba sorprender «al pibe», como lo llamaba. Gozaba de la cara atónica que le ponía cuando le juraba que se gastaba cien dólares por semana en comprar revistas de armas, motos y perros. Rodríguez sacaba cuentas: eran cuatrocientos al mes. Le parecía mentira.

Cierto día pudo comprobarlo, cuando Galimberti le pidió que lo acompañara hasta un quiosco de Acassuso. El dueño de la Fatboy sacó un billete de cien y se lo dejó al empleado. Rodríguez empezó a imitarlo. Con el correr de los meses, el afecto fue creciendo entre ellos. Galimberti le contaba historias de los setenta, «cuando el país estaba en guerra», y Rodríguez lo escuchaba con respeto reverencial. Ante él, Galimberti se confesó: le dijo que Dolores le estaba pidiendo un hijo.

—Yo no sé qué decirle. Los chicos me gustan, pero lejos...

La relación con Dolores estaba deteriorada. Ella nunca se recuperó de aquella cena en La Caballeriza. Rodolfo le había dicho que iban a comer con gente amiga. Cuando ella entró en el local, había tres mujeres sentadas a la mesa de su marido, que estaba exultante. Charlaba trivialidades. Una, a la que Dolores conocía, se las festejaba, aunque al resto se le hacía difícil superar la incomodidad.

—Sirva más. Las copas siempre tienen que estar llenas —ordenaba Galimberti al camarero.

—Me parece que ya tomaste demasiado —intentaba pararlo su esposa.

—No seas así. Nuestras invitadas se van a ofender... Beban, beban que yo invito.

Dolores empezó a sentir el peso de un elefante en el pecho. No sabía que la desilusión se presentaba de esa manera. Se sentía humillada por el único hombre de la mesa. El suyo, según los papeles. Rodolfo la había sentado junto a sus amantes, «Florencia» Falcón, «Florance» y Fernanda.

Abandonó los cubiertos junto al plato. Se fue al baño y llamó por teléfono a un amigo:

—Vení a buscarme, por favor.

—¿Qué te pasa?

—Me quiero morir.

Cuando regresó, la mesa estaba en lo mejor de la noche. Ella tomó sus cosas y se marchó. Su amigo la encontró llorando diez minutos después. Cuando le contó, el otro trató de consolarla:

—Estará en una crisis. Vos viste que él trabaja todo el día...

—¿De qué me estás hablando? Me humilló, me humilló...

—Tenés razón. Pero tal vez...

—Tal vez un cuerno. Se terminó.

Volvió a ver a Rodolfo dos días después. Él le pidió disculpas «por lo de la otra noche». Había cometido una locura. Dolores no se lo merecía, pero no se le había ocurrido otra forma de acabar con la doble vida que lo estaba envenenando. No daba más. Iba de un lado a otro. Dormía cada noche en una cama distinta. Viajaba a Europa a escondidas con cualquiera de ellas. La situación lo superaba.

Le iba a contar toda la verdad, cuando Dolores estalló en lágrimas:

—¡Ni siquiera nos fuimos alguna vez juntos de vacaciones!

A la semana le estaba pidiendo un hijo. Galimberti no sabía cómo negarse. Estaban más cerca de la hecatombe que de la paternidad y a ella se le ocurría buscar descendencia. La consoló diciendo que lo pensaría.

Pasaron a vivir en mundos diferentes.

Con Rodríguez, Galimberti se animó a charlar de esas intimidades, de esas peticiones.

—Yo tengo dos, Iara y Juan Manuel. Soy feliz con ello —trató de animarlo Rodríguez.

No logró convencerlo, pero a las dos semanas Galimberti se ofreció a ser padrino de los chicos de Rodríguez.

La madre se opuso. A Ana Viladerbó ya no le hacía gracia la amistad entre Galimberti y su esposo. Sospechaba que estaba llevando su matrimonio al precipicio.

Al principio no había dicho nada. Ella vivía en la casa de la calle Bolivia, de Villa Martelli, que figuraba como domicilio de Hard, y era socia de la empresa. Cuando su esposo le vino a decir que Galimberti estaba interesado en invertir en la sociedad porque tenía una pila de negocios para explotar, ella se entusiasmó.

Sin embargo, con el cambio abrupto que Jorge había registrado en su personalidad, comenzó a inquietarse. Se fijaba más en la ropa que en los gastos. Viajaba más de la cuenta. Comentaba aventuras de otros con piedad. A veces, ni siquiera escuchaba sus reproches.

Por eso, el día que Galimberti fue a su casa para decirle que quería ser padrino de los nenes, Viladerbó lo paró en seco:

—Tendría que estar muerta para que vos seas el padrino.

Viladerbó fue una de las pocas mujeres que maltrató al ex guerrillero en su vida. Rodríguez no sabía dónde meterse. La escena profundizó la crisis matrimonial.

Pero la amistad entre Galimberti y Rodríguez continuó intacta. Antes de presentárselo a Born, Galimberti lo llevó al shopping Paseo Alcorta:

—Vos no podés ir como si fueras un mendicante. Con los zapatos así, con las puntas para arriba, parecés Chaplin. Yo pago, vamos.

Galimberti recordaba cuando Muniz Barreto le compró el primer sobretodo en James Smart, veinticinco años atrás. Empezaron a recorrer los negocios y le decía a los vendedores: «Dele esa chaqueta, esta camisa, esos zapatos...».

Claudia Segura Reynals conocía a Rodríguez del ambiente publicitario. Habían trabajado juntos en All Stars. Ella había organizado eventos de Rifle o Tunnel bajo la guía de Carlos Wolodorsky, considerado el «padre del marketing». Luego, distintos proyectos los alejaron.

Claudia tenía noticias vagas de Rodríguez. Se comentaba que estaba definitivamente perdido. Un día, él la llamó a su semipiso del barrio de La Recoleta desde un móvil.

—Bajá ya, que quiero verte —la apuró.

Era octubre de 1996. Rodríguez estaba aparcado frente al hotel Alvear Palace, al volante de un Porsche 911 Carrera blanco, matrícula BEM 352. Vestía traje de Hugo Boss, corbata y pañuelo de Hermes, zapatos de Church, de Londres. Parecía que venía de robar un banco. Llevaba puesto el uniforme de nuevo rico.

—Quería que vieras esto para que te pusieras contenta de cómo ha progresado tu amigo.

Ella se quedó con la boca abierta.

Cuando se recuperó del shock, Rodríguez la hizo subir al coche y en el tiempo que le llevó encontrar un lugar donde aparcar en avenida Libertador, ya le había contado que conoció a Galimberti, que se habían asociado con Jorge Born, que montaron Hard Communications. Le habló maravillas de la infraestructura de la empresa, le dijo que detrás del negocio estaba Telinfor, de Alejandro MacFarlane, el yerno del jefe de la SIDE Hugo Anzorregui. Citaba empresas, contactos, lugares. Al rato le dijo:

—Quiero que trabajemos juntos, en agradecimiento de todo lo que hiciste por mí cuando no era nadie.

El plan que tenía era estupendo. Inventar un juego telemático para el programa de televisión de Susana Giménez. Y asociarse con algún cura en una Fundación para que también tuviera un fin benéfico.

—Te voy a pedir lo mismo que le pedí a Tarditi —le dijo.

Jorge Tarditi fue la cara de Christian Dior en los años setenta y le organizaba desfiles a Susana Giménez para sus shows televisivos. Habían compartido trabajos de moda y marketing. La amistad nunca se resquebrajó, ni siquiera cuando «Shiva», el perro de Tarditi, en una visita al piso de Segura Reynals, le mordió bien prolijo los bordes de una alfombra bucara que costaba quince mil dólares y pertenecía a su suegra.

—Quiero que me presentes a Luis Cella. Quiero que conozca a Rodolfo, que cenemos juntos, y podamos ser amigos. Él tiene que convencer a Susana de que esto es un gran negocio —le imploró. Si el plan tenía éxito le prometió cien mil dólares.

Pero Cella, el productor de Susana, no quería saber nada. Por gestión de Tarditi, aceptó una reunión de treinta segundos en el pasillo del estudio de grabación del programa «Hola Susana». Y después postergó durante dos meses la posibilidad de otro encuentro. Segura Reynals lo llamaba. Y Cella no sabía cómo escapar.

—Le voy a insistir a Susana. Pero en principio me parece que no quiere saber nada con Galimberti. Y de Jorge Rodríguez no sabemos quién es ni qué ha hecho.

—Mirá, yo te digo quién es y qué ha hecho. Y si es socio de Jorge Born no debe ser ningún tonto. Esto se tiene que definir ahora, Luis. La estructura y proyección de negocios es interesante. Están los contratos, está la plata en los bancos...

Capítulo XXXII

Un mundo feliz

Las discusiones con Dolores eran cada vez más frecuentes. Ya no había proyecto en común, ni ganas de estar juntos. Galimberti estaba inestable. Había decidido fumar un cigarrillo por día y a cada rato se justificaba: «Bue... ya que está me fumo el de mañana». Un día se fumó los de todo el mes.

Dolores eligió algo más sano. Se dedicó *full time* a la crianza de caballos. Era miembro de la subcomisión de Carreras de COAS. Galimberti fue a una competición donde corría uno de sus caballos. Se llamaba «Cartero». Salió segundo. Terminaron peleando.

Como la relación no mejoraba, ella le dijo que quería hacer un viaje, tomarse un tiempo para pensar. Él la alentó.

—Es justo que retomes tu vida. No podés ser un apéndice mío. Contá con mi apoyo.

Dolores tenía miedo. En sus veintinueve años nunca había ejercido una profesión. Su futuro era una hoja en blanco. Para empezar de nuevo, se fue a Italia. Al poco tiempo consiguió trabajo en un restaurante. Llegaba a las nueve y nunca se iba antes de la medianoche. Fue nombrada gerenta de cocina, luego de empezar bien de abajo. Durante meses limpió suelos, cortó tomates y picó perejil. Cuando llegó al tope, se dio cuenta de que lo suyo era la pastelería. Viajó a París para perfeccionarse.

Estando lejos, decidió que la relación con Rodolfo estaba acabada. Lo llamó para decírselo. Él la atendió corriendo. Le dijo que regresara al país para conversarlo. La comunicación se interrumpió, o él había cortado.

Galimberti estaba en operaciones. El teléfono era un hervidero. Llamaban María Julia, Jorge Antonio, Hadad, Capdevielle... Pensaba que si salía el juego con Susana Giménez daría un paso gigantesco. Ya no tendría que depender ni de las comisiones de negocios, ni de las «cajas negras». Generaría plata propia. Sería un empresario.

La tarde del 8 de octubre de 1996, mientras su chófer lo esperaba cerca del edificio donde se alojaba el cuñado de Carlos Menem, Emir Yoma, la radio informó de que un helicóptero había caído en la cancha de polo de Palermo, con un grupo de militares adentro[1].

Cuando Galimberti regresó al coche, el chófer le contó la novedad. Enseguida, tomó el móvil y llamó a la SIDE:

—Me avisaron del 601. Ya sé todo. Se cayó el bichito, mejor que salgan a decir algo porque va a ser un escándalo.

Colgó y marcó otra vez. Llamó a Visuara, el represor del Batallón 601, al Círculo Militar.

—Acabo de hablar con la SIDE. Me comentaron lo del helicóptero... Tienen que salir a decir algo ya mismo.

Fue un impulso. Un reflejo condicionado. Mientras averiguaba con los hermanos Banfi, de Telinfor, cuáles debían ser las líneas para utilizar en los juegos telemáticos, le daba consejos a los servicios de Inteligencia. ¿Táctica pura? No importaba que hubiese salido en Radio Mitre, ni que hubiese sido el chófer quien lo puso al tanto. Él estaba informado. O simulaba estarlo. Estaba convencido de que la vida era un permanente juego de apariencias.

Jorge Rodríguez pensaba igual. Y también le llamaban la atención los helicópteros. Ya para entonces lucía en su billetera una tarjeta del *GIAT Industries*, que lo presentaba como «adviser» y fijaba el domicilio de la empresa en Marcelo T. de Alvear 624, tercer piso, de Buenos Aires, la oficina de Jorge Born.

En noviembre de 1996, Rodríguez invitó a una mujer a volar en el «bichito» de la empresa Eurocopter[2].

—Rodolfo ya le vendió uno a la Policía y quiere venderle éste a Menem —le adelantó.

---

[1] Ver *Clarín* del 9 de octubre de 1996. Hubo diez muertos. Dos de ellos eran militares peruanos de alta graduación, que fallecieron junto a sus respectivas esposas. Luego se dijo que no había sido un accidente sino un atentado vinculado con el *affaire* de la venta de armas a Croacia y Ecuador. Nadie pudo comprobarlo.

[2] El grupo Eurocopter fue el resultado de la unión entre la División Helicópteros de Aeropatiale y MBB/Deutsche Aerospace. Fue creada en 1992 y su casa matriz está en París. Es la compañía que más helicópteros vende en el mundo. Más de 8.200 unidades vuelan en 126 países. Galimberti y Born ofrecían sus productos en el Cono Sur. Llegaron a vender distintos modelos de helicópteros a la intendencia de Maldonado y al ex presidente uruguayo Luis Alberto Lacalle. La empresa —junto a Aerospatiale— tuvo la deferencia de invitar al ministro de Defensa argentino Jorge Domínguez a observar los partidos de Argentina en el Mundial de Francia desde una platea. La gentileza de Eurocopter le generó al ministro una escaramuza política que trató de salvar concurriendo al programa «Hora Clave» de Mariano Grondona, apenas regresó al país. A partir de su viaje a Francia, Domínguez fue sospechoso de «enriquecimiento ilícito». El juez federal Gustavo Literas reclamó —por iniciativa de los fiscales Guillermo Montenegro y Paulo Starc— que pusiera a disposición de la Justicia sus declaraciones juradas. Y también cursó un pedido al Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea para que informaran si habían realizado negocios con Eurocopter.

Abordaron el helicóptero en el hangar de la Policía Federal, de la avenida Huergo. Y en pocos segundos, Carlos Benjamín Colunga los llevó hacia el aire. Con tono didáctico, Rodríguez le indicó cómo funcionaba el laboratorio equipado para emergencias médicas.

—Se puede operar como en un quirófano —decía.

Rodríguez estaba en vuelo. Vivía en otra galaxia. Había dejado a su esposa. Ahora salía con una modelo, Gabriela Creciente. Cuando Dolores la conoció, le comentó a Rodolfo que parecía «una buena chica». Galimberti le dijo, premonitorio:

—Vamos a ver cuánto le dura.

Ella aprovechó una tarde que fueron al Club de Tiro, en la calle Pampa, para recordarle que tenían una charla pendiente: la del divorcio.

Había que hacer los trámites en Uruguay. Había girado el asunto al abogado local Johnny Paysée. Eran tres audiencias. Para la primera viajaron en Buquebus. Durante el viaje Dolores rompió en llanto. No le dolía tanto la separación como el saberse sola. Rodolfo la abrazó. Le preguntó si se arrepentía, pero le contestó: «Ni loca». Se largaron a reír.

De regreso, Rodolfo le contó parte del negocio que pensaban hacer con Susana Giménez. Dolores le recordó que su madre la conocía bien. La diva de la televisión, en veranos anteriores, había llegado a instalarse con su esposo el polista Huberto Roviralta, en la residencia de Liser Carbajo, en Punta del Este. Cuando llegaron al puerto cada uno se fue por su lado. Tendrían que volver a viajar.

Por fin, el 28 de diciembre de 1996, Luis Cella aceptó invitar a Galimberti y a Rodríguez a un asado en su quinta de Pilar, para el primer fin de semana, luego del comienzo del nuevo año. Ese día, Galimberti apareció una hora y media más tarde de lo convenido, llevaba dos mujeres a bordo de un Mercedes Benz. Rodríguez llegó con su novia, Gabriela Creciente. Cella ardía.

—Usted seguro que a Born no lo deja clavado como lo hizo conmigo —lo saludó.

—A Born lo tuve nueve meses encerrado en una caja. ¿Pensás que no lo puedo hacer esperar dos horas? —le respondió Galimberti.

Ese fue el gran día. Jugaron al truco, contaron chistes, anécdotas, tomaron whisky. Parecían amigos de toda la vida. Al tiempo, Cella viajó a Miami para convencer a Susana Giménez. «Está bien, pero que los abogados y los contadores controlen todo», pidió la diva. En abril, el contrato de Hard Communication con Telefé y Susana Giménez estaba a la firma.

Sólo entonces, las oficinas de Hard se pusieron en movimiento. Durante 1996 habían logrado realizar algunas promociones en el Shopping Unicenter. Sólo

los proveedores, que venían a quejarse por algún problemita en los pagos, rompían la paz de los empleados que gastaban su tiempo jugando con los ordenadores.

En abril de 1997, el Banco Velox les concedió un préstamo de ocho millones de dólares, con la garantía de Jorge Born. En agosto se mudaron a Avenida Libertador 767, en Vicente López. Mientras en Telefé saltaban de alegría por las mediciones de rating de «Hola Susana», Galimberti supervisaba la cantidad de llamadas telefónicas, cuyos resúmenes le enviaba por fax Alejandro MacFarlane. Hard era una nave lanzada al espacio: treinta y cinco mil llamadas diarias, a tres pesos cada una.

Pero fuera de los negocios con Cella, Telefé, Born y Galimberti, Rodríguez había elaborado un plan que tenía que ver con sus sentimientos.

—Les apuesto que antes de fin de año voy a ganarme a Susana —desafió en Hard.

Galimberti se reía. Se sentía un hombre de empresa. Lo había logrado.

Cuando cumplió cincuenta años, le organizaron una fiesta. Sergio Rodríguez, el tío de Jorge, le cantó tangos. El humorista Beto César contaba chistes. Luis Cella, que lo había contratado, buscaba en los ojos cómplices del agasajado un destello de alegría. Entre risas cortas, mientras saboreaba a ratos una copa de Don Valentín tinto, Galimberti se distraía mirando las venitas rojas que se bifurcaban en la cara de Jorge Born, quien, algo enfermo, había llegado tarde a la cena.

Ya se había hecho la medianoche. Galimberti llamó al camarero: «Dígale a Javier que deje de vigilar la puerta y venga a brindar». Los tres militares del final de la mesa suspendieron su conversación discreta. «Marianne» y «Florance», las dos mujeres que acompañaban al ex guerrillero, hicieron lugar para que acomodaran la tarta. Mientras soplaba las velas, Galimberti quiso aferrarse a una imagen que sintetizara los momentos felices de su vida. «¿Cuál será?», se preguntaba. Distraído en esa búsqueda, le dio un beso en los labios a cada una, pero un extraño movimiento lo sorprendió. Los invitados empezaron a salir del salón hacia los jardines de la entrada. Una máquina de acero brillaba en el césped. Antes de comprender la mirada orgullosa de Jorge Rodríguez, Galimberti ya se había dado cuenta de que esa Harley Davidson era para él.

Volvieron eufóricos a la mesa. Al instante, Cella y su mujer, Fernanda, desenvolvieron el papel de regalo y le entregaron una pintura de Berni. Entre abrazos, Claudia Segura Reynals le acercó unos gemelos de oro de Bulgari, con una piedra negra. Cada segundo de esa noche había sido pensado para homenajearlo. Pero había algo más, Jorge Rodríguez pidió que el momento estelar quedara en manos del escribano Jorge Ledesma. Perturbado por la emoción, el marido de Segura Reynals titubeó y le dio un sobre:

—Este regalo es también de Jorge y Claudia.

Galimberti vio la inscripción: «Buenos Aires Golf Club». Lo abrió, pero de los nervios no supo qué hacer. Emocionado, comentó en voz alta:

—¿Pero cómo, a mí me aceptaron? ¿Yo voy a jugar al golf?

Y dejó escapar una lágrima.

—Nunca nadie hizo esto por mí. La gente me tiene miedo por mi pasado... Ahora tenés mi confianza para siempre, Jorge, mi absoluta confianza. Sos mi hermano.

Ledesma no sabía cómo responder ante semejante compromiso. Desde el día en que su mujer le pidió que intercediera para presentar a Galimberti como aspirante a socio del Buenos Aires... no había sufrido más que disgustos. Él era la vía justa para conseguir el carnet. Su íntima amistad con el presidente de Boca Juniors Mauricio Macri, dueño del club de golf, lo había catapultado a la vicepresidencia de la Comisión de Admisión y también al cargo de secretario de Boca. Pero la mayoría de los miembros de la Comisión Directiva del Buenos Aires Golf eran inflexibles en su negativa.

Presionado por su mujer, que día a día preguntaba por el resultado de las gestiones, Jorge Ledesma supo defender a Galimberti:

—¿Ustedes creen que yo voy a presentar a una persona capaz de atentar contra la seguridad del club? Olvídense. Eso pasó hace veinte años. Galimberti no es más el montonero que secuestró a Jorge Born. Ahora es el socio de Jorge Born. Es un empresario más...

Con el irónico sarcasmo de los conservadores, un miembro de la Comisión le propuso que presentara primero una solicitud de aspirante de Jorge Born y que «él mismo traiga a Galimberti. Así no le van a poder decir que no...». Galimberti ignoraba la misión que se habían propuesto sus soldados. Ya habían sufrido tres rechazos —el del country Martindale, del Argentino y del Tortugas de Roviralta— y Jorge Rodríguez, que sabía de su tristeza cuando lo marginaban, prefirió que la operación se mantuviera en secreto.

Ledesma apeló al último recurso: Mauricio Macri. Y le preguntó:

—¿Por qué no le damos la oportunidad? Probémoslo un año, veamos qué pasa. Si hay algún problema, obviamente que lo echamos del club.

En tanto, Santiago Badesich, CEO del club, presionó ante la Comisión Directiva:

—Ahora no podemos rechazarlo porque si la prensa se entera de que el Buenos Aires Golf no admite a Galimberti porque fue montonero, nos va a generar un problema peor.

Macri eligió la formalidad. A través de Roberto Mafioli, presidente de una de sus empresas, le dijo a Ledesma que ni el Grupo SOCMA ni él tenían problemas con Galimberti.

—Pero que Rodolfo sepa que hay una Comisión de Admisión y diez personas de la Comisión Directiva, que son accionistas del club —dijo—. A esa gente yo no puedo ordenarle: «Apruébenlo».

Cuatro días después de la fiesta de su medio siglo, el 9 de mayo, Galimberti y sus dos mujeres, su secretaria, su escribano, su socio Rodríguez y Gabriela Creciente, entraron al club Buenos Aires Golf; los esperaba un almuerzo en la terraza. Era su primer día como aspirante a socio. El ex guerrillero tenía puesto un sombrero simpático y fumaba habanos Cohiba. Segura Reynals lo presentó a los miembros de la Comisión de Admisión:

—¿Realmente es Galimberti? —preguntaban de lejos algunas mujeres.

Después salieron a jugar. Galimberti iba muerto de risa manejando el carrito de golf, mientras los socios lo miraban con cara de «Ay Dios mío, qué es esto». A cada momento, escuchaba consejos sobre los palos, el explorer, la arena, el swing y el modo de caminar que debía tener el golfista iniciado. En los primeros golpes no le pegaba a la pelotita o levantaba el pasto, e insultaba: «Esto es una pesadilla». Para remediar tanta torpeza le reservaron un turno al día siguiente con el profesor Marzorati, que para que se entrenara lo puso al frente de un simulador informático. Galimberti estaba eufórico. ¿Cuántas veces tuvo en su bolsillo una pastilla de cianuro, dispuesto a acabar con su vida si fracasaba en una acción, como lo exigía la Conducción Nacional en sus documentos internos? Ahora le daban ganas de pensar la muerte como un reposo y no como el fin abrupto de un combate.

—¿No podríamos construir una casa en este club? Pasar la vejez y morir acá no debe de estar tan mal. Podríamos hacer un bunker, un polígono de tiro en el subsuelo. Total, nadie va a escuchar los ruidos —soñaba.

Y hacía soñar al resto. Una noche, en el restaurante Harry Cipriani, conoció al abogado Marcelo Open. Lo saludó con tres besos y le dijo, sin más prólogo:

—Un gran amigo me habló muy bien de vos, ahora vos sos mi amigo.

El amigo en común era el periodista Daniel Hadad. Al poco tiempo, Galimberti le regaló a Open una pistola Glock y lo llevó al club de tiro de la calle Pampa, frente a los bosques de Palermo.

Decía que no había emoción más fuerte que ésa. Cuando un invitado suyo tomaba una Magnum con las dos manos debía arquear el cuerpo para resistir su peso. Galimberti, expectante como un chico ante la demostración de su invento, ordenaba:

—Apaguen las luces, apaguen las luces. Miren la explosión que produce el arma... —el blanco se adelantaba en la pista y cuando el ocasional tirador,

tembloroso, disparaba, el polígono se cubría de humo rojo—. Vieron, es como si hubiésemos tirado una bomba —se agitaba.

El polígono era el campo de batalla de su revolución privada. Un parque de diversiones donde podía visitar su pasado de combatiente urbano, pero sin lastimar a nadie. Disparar era la parte más emotiva del programa de recepción de sus socios extranjeros.

En septiembre de 1997, llegaron a la Argentina Simon y Susan Ellyatt. Era un matrimonio de ingleses enviado por el ABBAS Group, un *holding* árabe-norteamericano del cual Galimberti era el contacto local. Venían a conocer el mercado de los barcos. Galimberti los recibió una fría mañana en su casa del Boating Club de San Isidro. De un salto subieron a la embarcación de su vecino Alejandro MacFarlane, el yerno de Hugo Anzorregui, y fueron a navegar por el Delta. Flotando sobre las aguas, Galimberti les ofreció un panorama de posibilidades para ampliar sus negocios en el país. Al otro día, los llevó al polígono de Palermo. La mujer, una inglesita al estilo Laura Ingalls, llevaba vestido de florecitas, el pelo recogido y nada de maquillaje. En Londres ocupaba la mayor parte de su tiempo ayudando en una fundación dedicada a los niños enfermos de cáncer. Galimberti le preguntó por qué eligió esa carrera, qué sentía por los niños y qué le pasaba cuando los veía morir. Estuvo dos horas interrogándola sobre su actividad y comentando lo maravillosa que era, antes de convencerla de que tomara una Magnum y aprendiera a disparar. Toda persona que gozara de su estima debía saber empuñar un arma.

A una de sus dos amantes, Fernanda, que él había apodado «Marianne», la transformó en una experta tiradora. Salían juntos a cazar ciervos. A veces iban al sur, donde se encontraban con Víctor Gard.

La francesa «Florance», que ya bordeaba los 30 años, los acompañaba de vez en cuando, pero más le gustaba traducir documentos en las oficinas de Hard. Ambas eran muy educadas: hablaban idiomas y habían cursado estudios universitarios. Cierta tarde, en el Museo Renault, Galimberti les explicó a Ledesma y Segura Reynals la naturaleza del doble vínculo:

—Yo tengo la honestidad de mostrarme como soy. Tengo dos minas, me acuesto con las dos, voy a todos lados con ellas y las trato como a dos reinas. Me acompañan, me aguantan mis miedos, mis locuras, mis neurosis o lo que sea. Y las dos saben de las dos y se llevan fenómeno.

Sin embargo, como el alma humana es endeble y misteriosa, a veces ni el amor de dos mujeres alcanzaba para recorrer sus laberintos. Entonces hacen falta otras cosas, la más elemental de ellas, los amigos. En la paz nocturna de Hard, una oficina de cuatrocientos metros cuadrados en la que enterraron proyectos de tres arquitectos y se evaporó medio millón de dólares en diseñarla, Galimberti y

Rodríguez tomaban Johnnie Walker etiqueta negra y reflexionaban sobre las estrategias adecuadas para el juego telefónico de Susana Giménez, acompañados por promotoras de la agencia Donna que el dueño, Raúl Ripamonti, les proveía. Después, Hard se lo retribuía con pagos de hasta dos mil dólares. Como resultado de algunas noches, Hard amanecía con restos de pequeñas escaramuzas de un combate imaginario. Las balas partían de la oficina de Rodríguez, perforaban el panel forrado en tela de la empresa Tekno y las cápsulas quedaban en la oficina de Galimberti.

Una mañana, la directora de Arte de la empresa, Mariana Rojas, buscaba con urgencia una cartulina del mismo color del panel para disimular los agujeros.

—¿Qué pasó, Federico? —le preguntó a Federico Quirno, vicepresidente de Hard y primo hermano de Jorge Born.

—Se ve que los chicos estuvieron divirtiéndose.

Galimberti se tomaba la cabeza:

—Otra vez hicimos lío —decía. Y se reía.

Esa mañana, Segura Reynals, que se había convertido en directora de Cuentas y *lobbysta* de Hard, había llegado con una intriga. La noche anterior, en una recepción de la embajada de Italia, le presentaron al embajador francés en la Argentina, Paul Dijoud.

—Me dijeron que usted es la secretaria de Galimberti. Dígale a Rodolfo que es una gran responsabilidad para él que sea mi mejor amigo en este país —dijo el diplomático.

Por la cara, la actitud, la forma, la voz y el abrazo posterior, Segura Reynals pensó que le estaba dejando un mensaje para su jefe, que ella no alcanzaba a descifrar. Galimberti no le hizo ningún comentario sobre el tema.

—Yo no tengo amigos. Yo tengo aliados —le dijo. Y siguió observando muy interesado cómo pegaban las cartulinas. De a ratos parecía que Hard no le importaba. La firma era un envase, la cáscara de otros negocios personales.

Sin embargo, cuando veía al pasar el programa de Susana Giménez, advertía los mínimos detalles, aunque fueran meras cuestiones estéticas.

—¿Che, la urna esa de los sobres no será muy grande?

Sus palabras siempre ocultaban otro significado. Por contrato, el montaje de la urna correspondía a Hard, pero por cuestiones de experiencia, Cella recomendó que fuera una potestad de Telefé. A poco de inaugurado, el sistema de aire que debía hacer volar las cartas en la cápsula de acrílico hacía el ruido de un motor viejo. Y tenía menos fuerza que el soplido de un asmático.

Galimberti encargó la construcción de una nueva urna a Mishashiro, un proveedor de Hard, que cobró veinte mil dólares por el diseño.

Mientras tanto, ni Galimberti ni Rodríguez dejaban pasar oportunidades. En agosto de 1997, se involucraron en las negociaciones por la recolección de residuos de Buenos Aires.

Buscaron conectarse con gente del radicalismo, que había ganado el Gobierno de la Ciudad y se aprestaba a licitar los servicios. No se anduvieron con chiquitas. Llegaron hasta Miguel de Godoy, portavoz de Fernando de la Rúa, por ese tiempo jefe de Gobierno.

—¿Por qué no lo hacemos socio del Buenos Aires? A él le gusta jugar al golf y a Mauricio Macri también le puede interesar conocerlo —propuso Rodríguez.

—Mejor, por ahora, lo invitamos a comer. En La Rosa Negra, ¿te parece bien?

Miguel de Godoy llegó puntual al exclusivo restaurante de San Isidro. El dúo lo esperaba en una mesa que había reservado. Durante la comida, Galimberti no paró de halagar las virtudes y condiciones de De la Rúa. Como para impactarlo, el ex montonero le anunció:

—Va a ser Presidente.

Cuando entraron en confianza, Galimberti le dijo que estaban realizando una gestión amistosa en nombre de Jean Louis Choussade, directivo de Lyonnaises des Eaux, accionista de Aguas Argentinas. Le informó de que era una de las compañías de tratamiento de residuos más importantes del mundo y que ya había ganado una licitación en Tucumán. Ahora que De la Rúa quería concesionar el servicio, planeaba desembarcar en el mercado porteño, dominado por SOCMA, la empresa de la familia Macri.

Miguel de Godoy los escuchó entretenido. Los otros le anticiparon que Lyonnaises des Eaux se había asociado con el Grupo Meller, conformando CITABA, para pelear por el negocio.

—Y quieren ganar.

—¿Perdón? —dijo el funcionario.

—Que quieren ganar a cualquier precio.

De golpe la comida se enfrió. Galimberti, Rodríguez y De Godoy, en adelante, jurarían que ni se ofrecieron ni se pidieron favores en ese encuentro. CITABA se presentó en la licitación y perdió la mejor zona. Se la ganó Jorge Born III, asociado a otro grupo francés.

Pero más allá de las gestiones amistosas en nombre de viejas relaciones, Galimberti no desatendía Hard. Quería que las proyecciones de las utilidades estuvieran claras y ordenadas para presentárselas a Born, que los lunes concurría a las reuniones de directorio. En un ambiente ceremonioso y con el mismo respeto de los tiempos en que eran secuestrador y secuestrado, Galimberti le sostenía la silla a Born cuando se sentaba, cedía la palabra a Rodríguez para que se explayara sobre

el negocio en general, y se ocupaba de aclarar algún punto si percibía que a Born le quedaban dudas. Estaba atento a su comportamiento, y siempre que podía lo protegía:

—No se les ocurra poner a don Jorge en la misma habitación que su esposa porque nos mata a todos —pedía a los que se ocupaban de las reservas de hotel.

Para las reuniones de directorio, Galimberti solicitaba un servicio de catering, pero, por precaución, ordenaba que no se repitiera el pedido en las mismas casas: temía que algún empleado infiltrado quién sabe por qué organización misteriosa lo envenenara. Durante casi toda su vida había sentido que estaban a punto de atraparlo o matarlo.

Por eso, ningún flete de ninguna empresa podía entrar al Boating de San Isidro —donde a veces se quedaba a dormir mientras se resolvía la división de bienes con Dolores— si no se aplicaba un triple sistema de contraseñas telefónicas y escritas, por más que el arquitecto Raúl Sáenz Valiente y la esposa de Federico Quirno, su decoradora, los esperaran en la puerta de su «dormi». Javier Martina, su asistente y guardaespaldas, debía permanecer atento mientras Galimberti estuviera en San Isidro o en su ático de Dorrego 1940, en alguna reunión de trabajo.

En la última semana de diciembre de 1997, la empresa tenía preparado un regalo para Susana Giménez: un Mercedes Benz 230 KL. A Alfredo Alessandrini le confiaron el armado de una tarima en el hall del edificio, donde se apoyaría el coche. La entrada iba a ser cubierta con pétalos de rosas. Rodríguez quería una tarima baja.

—Hacela de veinte centímetros de altura, no más.

Galimberti la prefería más alta.

—Prepará una de cuarenta centímetros como mínimo.

Confundido, Alessandrini optó por acatar la orden de Rodríguez, que era su amigo desde la infancia y quien lo había contratado.

—Vos no hiciste lo que te dije. Te vas —le ordenó Galimberti después de la fiesta.

—Al final yo te había dicho que la hicieras como dijo Rodolfo —le reprochó Rodríguez a su amigo. Al día siguiente, Alessandrini fue despedido. Nunca más se lo volvió a ver por Hard.

A Rodríguez le fascinaba el aura de autoridad que manaba de Galimberti. Cuando podía, trataba de imitarlo. Una vez encontró un resquicio en la terquedad de Juronis, el ebanista que luego de veinte días de trabajo a mano, anunció que le llevaría un mueble de peral para su oficina a las nueve de la mañana. Rodríguez le había anticipado que lo quería para las siete. Tenía una reunión importante y quería mostrarlo.

Cuando llegó el mueble, a las nueve en punto, «Corcho» tomó una catana que le había regalado Creciente y empezó a darle sablazos y patadas.

—Con nosotros no se jode —gritaba.

En cinco minutos la obra quedó destrozada.

—Y ahora, háganlo leña y tírenlo abajo, en el aparcamiento. Que nadie lo toque hasta que venga el señor Juronis y se lo lleve. Así van a aprender a respetarnos —dijo.

Galimberti y Rodríguez no dejaban pasar juegos por la mañana sin hacer rugir sus motos en el Autódromo de Buenos Aires. Contaban con el adiestramiento de Norberto Caldarella, un profesional del motociclismo. Los fines de semana, si el tiempo ayudaba, les gustaba navegar en el barco de MacFarlane por los riachos del Tigre. O en Madame Magoo, la lancha de Galimberti de ocho metros de eslora, matrícula 23212. Estaban siempre juntos. Eran la alquimia de la soberbia armada de los setenta y las costumbres *fashion* de los noventa. El mundo había cambiado.

Unos meses después, Galimberti fingía enojarse con algunas actitudes de Jorge Rodríguez pero dejaba entrever que era una creación suya.

—Me costó mucha plata. Cuando lo conocí tenía la oficina quebrada, le pagué las deudas y le compré los dos Porsche que tiene.

En Hard, Galimberti no fijaba límites a la circulación del dinero. Del bolsillo de su chaqueta o del cajón de su escritorio sacaba fajos de dólares para solventar gastos de decoración de su casa o para las compras de estilográficas Spalding. Si había que gastar 9.065 pesos en la casa Bleu Rouge de la avenida Quintana 545, para comprar portalápices de acero redondo o rectangular, una cajita de madera con piedras aromatizadas, toallas con flecos y borde rojo, sillas, portamacetas, flores de azahar, platos redondos o cuadrados, cuadros o anotadores con base de hierro, lo hacía. A diferencia de Rodríguez, que derivaba sus gastos personales a la cuenta de Hard, Galimberti se indignaba si alguien pensaba que el dinero del champán Pommery que degustaba en su oficina provenía de las arcas del empresario antaño secuestrado[3].

[3] En 1998, Galimberti declaraba ante la DGI actividad en el rubro «servicios personales» e ingresos por $ 300.000, gastos por $ 5.000, un patrimonio de $ 400.000, hasta 1997, y de $ 640.000, un año más tarde. Fijó domicilio fiscal en Dorrego 1940 (el ático que había comprado con Dolores), y Lavalle 416, 7º piso, el mismo de Caldenes S.A., Bomagra y Tectel. La suma total de sus bienes era de $ 1.040.000. Tenía como inmuebles el ático, valuado en $ 133.000, y la casa del Boating (Barrio Parque Náutico BOA «74), DE $ 492.000. El rubro automotores era variado: un scooter modelo 92, de $ 6.000; otro, modelo 97, de 4.000; otro, modelo 96, por $ 10.000; una motocicleta Honda, modelo 97, de $ 9.000; un Porsche 911 Turbo, modelo 96, de $ 150.000; un BMW 540 LA, modelo 87, de $ 60.000; una camioneta Land Rover Defender 90 TDI, modelo 97, de $ 21.000; un Land Rover todo terreno, modelo 97, $ 27.000; y dos motos Harley Davidson, modelo 98, por $ 34.000. Hasta 1996, ante el organismo recaudador, Galimberti declaró un barco Dakota de 8 metros de escola, modelo 68, matrícula 23212, comprado en 1992, de $ 7.00. Y decía poseer, desde 1995, $77.000 en acciones de Hard Communication S.A. y apenas $ 2.000 de ASI Agricultural S.A., firma en la que figuraba, además, como titular. Galimberti no declaraba cuentas corrientes, ni tarjetas de crédito y tampoco cajas de ahorro. Fuera de todo circuito bancario, reconocía tener 20.000 pesos en efectivo. Su contador era Carlos Javier Piazza, el mismo de Susana Giménez y María Julia Alsogaray.

Tras su visita, el matrimonio Ellyatt regresó a Londres, pero le dejó una esquela donde le pedía que buscara una propiedad donde instalar definitivamente la filial del ABBAS Group en la Argentina. Galimberti mandó a su gente a que explorara el mercado inmobiliario de Palermo Chico o Barrio Parque. Lo ideal era que la casa tuviera no menos de setecientos metros cuadrados y también jardines; que la planta baja sirviera de escritorio de recepción de negocios, y que el primer piso contara con dos dormitorios (uno en suite), para ser utilizados por un misterioso «señor Abbas» en sus visitas al país.

El ex guerrillero le sumó otros requisitos: dos salidas, además de la principal, y que no hubiera casas vecinas desde donde se pudiera hacer blanco. Cuando sus empleados le recomendaban alguna, iba a verla en un Mercedes Benz negro, con anteojos oscuros, se presentaba al vendedor de la firma con un «Rodolfo Galimberti, mucho gusto», y empezaba a preguntarle por la estructura del subsuelo, la amplitud de la terraza y las salidas de servicio que podrían facilitar una hipotética fuga. De golpe, tuvo que interrumpir la búsqueda luego de una llamada telefónica de su secretaria. Alistó a su tropa para decirle que había un cambio de planes:

—Tenemos que ejecutar una acción. En quince días llega el señor Abbas con catorce personas y la casa de campo que compramos para el grupo está destruida. Necesitamos ponerla a nuevo.

El «señor Abbas» era un enigma. Galimberti decía que era uno de los cinco hombres más ricos del mundo, dueño de una filosofía empresaria resumida en tres frases: «El próximo siglo habrá miles de millones de seres humanos. Alguien tendrá que alimentarlos. Quien tenga con qué, será rico». El ex montonero comentaba que sólo una de las compañías del enigmático magnate, *ASI-Agricultural Service and Investment*, tenía oficinas en catorce países.

Galimberti era el representante local de *ASI*, que contaba con cultivos de jojoba, arroz y yerbas parecidas en Corrientes, Catamarca y Entre Ríos. Para cubrir el puesto recibió el respaldo de un buen amigo del «señor Abbas», casi un socio: Hugo Anzorregui.

Para darle un recibimiento a lo grande, había que reciclar la casa de campo. Armar los cuartos, comprar muebles, alfombras, cortinas, vajillas, y contratar un flete para despacharlo a Monte Caseros, Corrientes. Un pelotón salió para allá. Viajaron el arquitecto, el decorador, su guardaespaldas y su secretaria. Dos semanas después, la casa estaba lista. Un camión frigorífico trasladó la carne desde Buenos Aires para que la calidad de la comida estuviera asegurada. La noche en que todos los ejecutivos del ABBAS Group, encantados con el asado, lo estaban esperando, Galimberti avisó que no llegaría. Y le dijo que Anzorregui, que había prometido llegar en su avión privado, tampoco iría.

—Inventales algo, no sé. Tengo que atender otros negocios. Voy mañana —le ordenó.

Galimberti llegó un día más tarde y se abrazó con el «señor Abbas», que trasladó el whisky, los habanos y una pila de revistas americanas para cederle el cuarto principal. Abbas dormía solo y «los Galimberti» eran tres: habían viajado «Florance» y «Marianne». A las seis de la mañana el grupo se levantó para correr, a las siete y cuarto se sirvió el desayuno, y desde las ocho hasta pasado el mediodía se cumplió una jornada de trabajo en la que cada representante mostró videos y habló de la potencialidad de los negocios de la firma en el país. A las dos de la tarde, los caseros sirvieron el almuerzo. El «retiro» del ABBAS Group en Corrientes duró cuatro días. Anzorregui sólo estuvo presente en los últimos dos. El «señor Abbas» lo consideraba un hermano.

Cuatro meses más tarde, en enero de 1998, Galimberti encontraría la casa que el matrimonio Ellyatt le había encargado. Reunía todas las condiciones, estaba ubicada en la calle Juez Tedín 2790, en Barrio Parque, a ciento cincuenta metros del domicilio del periodista Mariano Grondona. La compra se realizó a través de la consultora internacional KPMG, en 550.000 dólares más una comisión inmobiliaria, y la escritura la hizo Jorge Ledesma, que fue escribano de Galimberti hasta unos meses después, cuando decidió prescindir de sus servicios.

Enseguida comenzaron los trabajos de remodelación. La teatralidad de los movimientos y la ambigüedad de las órdenes de Galimberti confundía a los empleados. Apoyado en su pasado de «estratega militar de la guerrilla urbana», transmitía que el desarrollo de cualquier tarea era una misión en la que se tenía éxito o se fracasaba.

—No se olviden que trabajé para organizaciones, manejé ejércitos, gente... Para mí, todas las personas son soldados.

En las alfombras grises del campo de batalla de Hard se traslucía su búsqueda de profesionalismo, poder, precisión, disciplina y adiestramiento. Quería que el personal se aferrara a esos conceptos. Eran brisas de los años setenta, cuando se indignaba y hasta sancionaba a sus subordinados si le discutían una orden o no se cuadraban. Veinticinco años después, cuando entraba en la recepción de Hard, cortaba la comunicación telefónica de Segura Reynals y le indicaba que fuera a su escritorio.

—¿Cortaste, no? —reparaba luego de manera graciosa.

No tenía una rutina rígida pero sí una catarata de pedidos que se frustraban. Solía pedir que llamaran a Daniel Hadad y cuando el periodista se ponía en línea, Galimberti conversaba con otra persona a través de su teléfono directo, a la vez que ordenaba:

—No, cortale a Hadad. Ya no quiero hablar con él.

A Hadad lo había presentado a la SIDE en 1991, y aunque lo creía simpático y eficiente, a veces decía que lo quería y otras, que lo despreciaba.

Si a través de los monitores de su oficina Galimberti veía a un proveedor desconocido en la sección contaduría, preguntaba quién era, qué le habían comprado y cuánto le estaban pagando.

Creía que la mayoría de los empleados de Hard eran idiotas o inservibles y cuando detectaba un error los interrogaba para comprobar si se habían olvidado de hacer algo, estaban distraídos o mentían. El radar de su cabeza dejaba al personal en estado de aceleración, con las antenas funcionando a la máxima potencia, pero luego él bajaba a tierra y les pedía ayuda para que le encendieran su ordenador negro y pusieran el programa indicado.

Rodríguez mantenía una idea fija: quería conquistar a Susana. Galimberti lo alentaba, desde el calor de la amistad y la frialdad de los negocios. La seducción de la diva pasó a ser «política de Estado» para la plana mayor de Hard. Planificado hasta en los mínimos detalles, como si fuera un «copamiento». Un acoso sutil pero indetenible hasta doblegar las defensas sentimentales de la mujer de mayor rating de la tevé. Amada por millones, que la dejaban entrar en su casa cada noche como si fuese una más de la familia. Estrella insigne del canal Telefé, que amasaba fortunas durante sus tandas publicitarias, era la esperanza de doña Teresa, la de Barracas, que llamaba para ganarse «el millón».

Susana Giménez estaba por encima de la burocracia de números y papeles, ignoraba la técnica específica que lograba trasladar su imagen desde un estudio a una pantalla hogareña, jamás se interesó por la tecnología que permitía que miles de personas se comunicaran con su programa. Pero sabía lo más importante: si ella faltaba, todo perdía sentido. Era la reina. En Hard también lo sabían.

Y comerse a la reina, patear el tablero, era ganar el juego. Quedarse con todo.

Rodríguez pensaba cómo concretar el asalto al castillo. Concentraba la vista en el Batman tamaño natural que lo vigilaba desde un rincón de su oficina para hallar la respuesta. Un día gritó «eureka». Dijo haber adivinado una «profunda depresión» en los ojos de la diva. Le mandó una docena de rosas amarillas. Luego fueron dos. Diez. Veinte. Llegó a pedirle a Segura Reynals que las importara de Ecuador si las floristerías locales no daban abasto. Quirno, el vicepresidente, firmaba cheques en blanco. Rodríguez se comprometía a deducir los «presentes florales», que le insumían parte de los 25.000 dólares que cobraba como director. Humano al fin, luego los hacía incorporar a la cuenta de Hard. Poco a poco, Susana Giménez empezó a sentirse atraída por la generosidad de tan insistente caballero. Su matrimonio con el polista Huberto Roviralta languidecía, pero él iba cortando

uno a uno los tallos de las rosas y las colocaba en los floreros de la casa. Tal vez cansado de su rutina, a Roviralta le surgió una intriga:

—Susana, esta gente está gastando un dinero infernal, ¿no es una locura? ¿Por qué no les decís que lo donen a una institución?

Roviralta estaba en la luna.

La dama —la reina— comenzó a ceder. Se encontró con su pretendiente en el Hotel Conrad de Punta del Este, en noviembre de 1997. Rodríguez había viajado para comprar una chacra, donde instaló a Gabriela Creciente, no sin antes avisarle que «en poco tiempo» iba a ser víctima de una campaña de prensa para difamarlo. La excusa estaba probada: Galimberti la había usado infinidad de veces con sus mujeres.

—Pero si vos no sos actor, ni nada —le dijo la modelo.

—Igual, esta mano viene muy pesada. Nos envidian.

Cuando apareció en París de la mano de Susana, en la presentación oficial del romance, en enero de 1998, el socio de Galimberti llamó a su novia para decirle: «Es parte de la campaña. Te lo había dicho». Publicadas las fotos del romance en todas las revistas, le quiso explicar que eran trucadas. Harta del engaño, Creciente le dijo que la dejara en paz porque si no daría a la prensa las grabaciones donde Rodríguez decía que «la Gorda (por Susana) no le interesaba una mierda». La modelo, herida, profetizó ante sus amigas: «Jorge pronto va a terminar vendiendo panchos en Villa Martelli. Para mí, este final fue una liberación».

En «Hora Clave», el programa de Mariano Grondona, a su regreso, la diva explicaría: «Yo le dije a Huberto que si no me miraba, si no me tocaba, un día iba a aparecer un tipo con una flor, que me iba a hacer un verso, y yo me iba a ir con él».

Roviralta había oído hablar de Galimberti en 1972, cuando una psicóloga con la que estaba de novio, le dijo que era sobrina del delegado de Perón. Se llamaba Martha y vivía cerca de Las Heras y Pueyrredón. El polista no imaginaba que, un cuarto de siglo después, ese apellido iba a atormentarlo. En febrero del 1998, Galimberti entró al country Tortugas. Fue directo a la mansión conyugal de Roviralta. Susana Giménez lo había autorizado por fax ante el intendente del barrio privado, el coronel José Acosta, hermano de «El Tigre» Acosta.

Galimberti llegó acompañado de Javier Martina, su guardaespaldas, que llevaba puesto un chaleco antibalas; Sergio Rodríguez, el tío de Jorge, y cuatro escoltas más.

Enseguida se repartieron los objetivos: Galimberti y el tío de Jorge tomaron posición dentro del inmueble. Los otros lo rodearon. Martina se quedó en la puerta. Cuando Roviralta llegó, Martina lo paró antes de que pudiera meter la llave:

—Usted no puede pasar.

—¿Por qué? Es mía la casa —le dijo el polista.

—Yo cumplo órdenes de la señora —lo cortó seco el guardaespaldas.

La casa estaba tomada. Roviralta denunció «usurpación». Los cuadros de Hard resistieron durante cinco días la orden de desalojo del juez. Algunos amigos le pidieron a Roviralta que tuviera cuidado: «Esa es gente de la pesada, Huber».

Temía que sus teléfonos estuvieran pinchados. Tenían demasiado eco. Inquieto, el esposo de Susana fue a una escribanía: «Si me llega a pasar algo, si atentan contra mi vida, empiecen a investigar por el señor Rodolfo Galimberti», dejó asentado.

Al polista le agarró insomnio. Los comentarios que escuchaba acentuaban su malestar. Decían que un grupo ligado al «comando» estaba organizando una «campaña negra», que incluiría la difusión de testimonios de travestis que dijeran que lo conocían. La revista *Gente*, ligada a Telefé, ya había publicado algunos supuestos deslices de Roviralta. Constancio Vigil, presidente de Editorial Atlántida, decía que iba a «apoyar en todo a Susana». Roviralta sintió que comenzaba a perder la batalla. Le mandó un último mensaje a Susana diciéndole que le perdonaba sus aventuras con Rodríguez en París, Nueva York y Miami si echaba a Cella y Galimberti de su lado. No obtuvo respuesta. Abatido, no tuvo más remedio que empezar a litigar por su parte de los bienes[4].

Tiempo después, en una entrevista con Magdalena Ruiz Guiñazú, Susana Giménez hablaría sobre Galimberti:

—Que Galimberti sea socio de Rodríguez no tiene nada que ver. A mí no me importa. Además Galimberti no es solamente socio de Jorge. También lo es de Jorge Born y de una cantidad de tipos muy importantes y poderosos del país[5].

La reina había dictado sentencia. Galimberti se lo agradeció con una cena en La Rosa Negra:

—No hacía falta que me defendieras así... Pero quiero que sepas que nunca nadie me defendió como vos.

Ella le respondió:

—Fue en defensa propia.

Y levantó la copa.

---

[4] Roviralta llegó a un acuerdo extrajudicial con la diva. Se llevó unos diez millones de dólares.

[5] Ver *Página/12,* 6 de octubre de 1998.

Capítulo XXXIII

El banquillo

Era un día miércoles. Se llevó las manos a la cabeza para comprobar que seguía encima de los hombros. Había pasado por todo, o casi todo en la vida, pero esta vez el mundo le dolía de manera diferente. Tenía la certeza de que un poder invisible se empeñaba en derrumbar el edificio que había levantado en los últimos años. Todo peligraba: su nueva vida, sus nuevas amistades, su empresa. Le planteaban una guerra sucia. Una más. Hojeó el *Clarín* para distraerse. En la última página leyó una frase de Weston Lars: «La batalla más cruenta es la que libramos los hombres de bien con los que nos envidian y luchan por destruirnos». Le pareció perfecta. Escrita para él, para ese momento, para el combate del día. Sintió que el odio lo empujaba a sobrevivir; una vez más, estaba justificado. Volvió a leer la frase. No importaba que la hubiese elegido Cora Cané para su columna diaria. Tal vez fuera una señal. Estaba pensando en eso cuando una voz lo llamó. Salía de una oficina. Comprendió que era su turno, se alisó la corbata y entró. Antes de sentarse frente al juez Facundo Cubas, hizo un chiste. Dijo que se debían inventar sillas para gordos. Eran las diez de la noche, la audiencia estaba por comenzar. La secretaria, de minifalda y cama solar obligada en los Tribunales, comenzó a hacer lo suyo: «Interrogado acerca de sus condiciones personales dice ser y llamarse Rodolfo Galimberti, quien acredita su identidad con cédula de identidad expedida por la Policía Federal Argentina número 5.942.050, que exhibe en el acto, nacionalidad argentina, nacido en Buenos Aires, el 5 de mayo de 1947, hijo de Ernesto Enrique y de...». La mujer interrumpió la escritura. Galimberti no recordaba el nombre de su madre. Se disculpó: «Yo sé que es con "A", pero no lo tengo presente ahora». El juez Cubas decidió ayudarlo:

—Haga memoria. A ver: Ana, Azucena, Alicia...

—No, es parecido, doctor, pero no es tan común.

—Puede ser Alcira, o Arminda...

—Arminda, ése es. Mi madre se llamaba Arminda.

—Como la mía.

—¡Qué casualidad, doctor!

Galimberti se relajó un poco. Había descubierto una hendija de humana complicidad en el hombre que iba a interrogarlo. Eso lo tranquilizaba. La secretaria volvió al acta. «Hijo de Ernesto Enrique, y de Arminda Castellucci, con estudios secundarios, estado civil divorciado, ocupación empleado de Hard Communication». Cubas se acomodó detrás de su escritorio. Galimberti tensó los músculos de la cara. Con el índice y el pulgar de cada mano tomó las solapas de la chaqueta y dio un pequeño tirón. Tosió. Las preguntas difíciles estaban a punto de llegar.

Ese miércoles, 6 de octubre de 1999, había sido citado a declarar como imputado en la causa 14.052/98, junto a Jorge Born, Jorge Rodríguez, Federico Quirno y Roberto Engels, por el delito de «administración fraudulenta» en perjuicio del padre Julio César Grassi. Al estado mayor conjunto de Hard Communication se lo acusaba, en resumidas cuentas, de haber estafado al titular de la Fundación Felices los Niños mediante la liquidación irregular de lo recaudado con el juego telemático bautizado «Su llamado», que se emitía cada noche en el programa de Susana Giménez. Los televidentes podían comunicarse con una línea —en este caso, el 0-939-1-222—. con un doble fin: participar en un sorteo millonario y realizar una donación a la obra de caridad del sacerdote. En el concurso, según el fiscal Martín Niklison, participaron cerca de tres millones de personas, generando una facturación superior a los dieciocho millones de dólares, pero al cura le dieron sólo cuatrocientos mil. Según el fiscal, Hard debería haber pagado a Grassi, según un decreto oficial de 1965, el cincuenta por ciento de la ganancia neta. Y pese a que el cura llegó a un acuerdo extrajudicial con los hombres de la empresa, merced a una «donación personal» de Susana Giménez, la causa prosiguió debido a que el delito investigado es considerado de «acción pública».

Galimberti y Born habían llegado al juzgado de Cubas, en Lavalle 1171, a bordo de un Peugeot 405 azul. Galimberti no quería que llegaran juntos, pero Born se puso firme: «Entramos los dos a la vez, como corresponde». Ocho escoltas trataron de mantener a raya a los fotógrafos y periodistas. En medio del revuelo, Born dijo una frase inverosímil: «Estoy muy tranquilo». Galimberti no habló. Peinado a la gomina, desafió el acoso con el mentón en alto, en una pose con aires «mussolinianos». «¡Chorizos, devuelvan la guita!», les gritó uno que pasaba. Galimberti le disparó una sonrisa.

El primero de los socios en declarar fue Jorge Rodríguez. Llegó a la sede a las siete de la mañana y respondió al cuestionario del juez hasta las cinco y media de la tarde. Siguió Engels, más tarde le tocó el turno a Quirno y, a eso de las ocho y media, fue llamado Jorge Born. El empresario se sentó frente al magistrado sin ocultar el fastidio que le provocaba la situación. Con cada respuesta, dejaba entrever su bronca. Los insultos de la entrada lo habían alterado más que la causa.

A la pregunta: «¿Tiene condenas anteriores?», Born gruñó: «Sí, ustedes lo saben, fui condenado anteriormente por la guerrilla y el Poder Ejecutivo». Todos se sorprendieron con el tono agresivo de la respuesta. El juez Cubas no la dejó pasar: «Voy a tener que pedirle, señor Born, que modere el tono de sus contestaciones, si no va a tener que retirarse del despacho». El abogado Alejandro Novak pidió un minuto para hablar con su cliente. Le advirtió: «Jorge, o se porta bien o queda preso, ¿entiende?». Born ensayó una protesta, pero el abogado insistió. Reiniciada la audiencia, el empresario le pidió disculpas a Cubas.

Por supuesto, para Born todo lo hecho por Hard era correcto. «Incluso tuvimos el visto bueno de la secretaría de Desarrollo Social, el señor Eduardo Amadeo», dijo. Y añadió. «Luego comenzó un ataque por parte de la prensa sobre lo que se estaba desarrollando. Se nos acusó de defraudar a la Fundación del padre Grassi, de no pagar los impuestos correspondientes, se dijo que los premios habían sido falsos o que los llamados no habían sido reales sino "truchos" [falsos], así decían». Born tenía algunas precisiones bajo la manga: «Todo este ataque se expresó en ciento ochenta y seis horas de televisión, ciento cincuenta y siete horas de radio, trescientos quince metros lineales de prensa escrita y más de cien páginas de revistas. Así no hay negocio que prospere». Cubas lo interrumpió: «Señor Born, ¿usted dice que el concurso fue un mal negocio para Hard?

—Pésimo negocio. Cualquier análisis, aunque superficial, de nuestra contabilidad, mostraría los muy magros resultados que quedaron para la empresa como resultado del evento. Con esto, doctor, se destruye el fundamento básico de las críticas que nos hicieron[1].

---

[1] En sus balances generales de 1997, Hard Communication S.A. declaró, siempre en pesos:

Disponibilidades:	84.000
Inversiones:	1.500.000
Créditos:	4.800.000
Bienes de cambio:	0
Bienes de uso:	611.000
Bienes intangibles:	0
TOTAL ACTIVOS:	7.020.000
Deudas:	6.740.000

En 1998, los balances de la empresa decían lo siguiente:

Disponibilidades:	256.000
Inversiones:	55.000
Créditos:	5.327.000
Bienes de cambio:	2.800
Bienes de uso:	492.000
Bienes intangibles:	34.000
TOTAL ACTIVO:	6.168.000
Deudas:	5.860.000
TOTAL PASIVO:	5.860.000
PATRIMONIO NETO:	309.000

TOTAL PASIVO + PATRIMONIO NETO: 6.168.000

Sus estados de resultados en ambos años demuestra que Hard durante 1998 debió de invertir mucho más dinero para ganar casi lo mismo.

	1997	1998
Ventas	3.025.000	13.460.000
Costos	517.000	10.535.000
RESULTADO BRUTO	2.508.000	2.925.000

—Eso se verá más adelante, señor Born. ¿Quisiera agregar algo a lo que ya se dijo?

—Sí, por supuesto. Quiero decirles a ustedes que en mi vida yo pasé por momentos duros. Pero me duele mucho comprobar que el periodismo puede hacer lo que quiere con nuestra honra. Se ha llegado a un punto, señores, en que el poder de la prensa es superior al poder de las armas. Yo creo que si no se pone coto a este fenómeno, la cosa va a llegar a extremos indeseables. Nada más. Muchas gracias.

El juez, el fiscal y la secretaria tragaron saliva. Parecía una declaración de guerra. Y en realidad, lo era. En sus largas charlas con Galimberti, el tema de los medios era recurrente. Para ellos, la «prensa independiente» no era otra cosa que un ariete que responde a propósitos inconfesables. Todo formaría parte de una gran conspiración con un único objetivo: destruir a la competencia. La tesis Born-Galimberti podría resumirse en tres puntos: a) Quien maneja la información tiene el poder, b) quien detenta los canales por donde viaja esa información, es decir, los medios de comunicación, está en condiciones de cobrarle peaje al resto, y c) la irrupción de nuevas tecnologías agudiza los niveles de confrontación entre los grupos de poder para apropiarse de éstas.

En la óptica de la extraña pareja, éstos serían los desencadenantes de la tercera guerra mundial: la «guerra electrónica». En esta confabulación, los periodistas serían algo así como los soldados de las grandes corporaciones, dueñas de telefonía, los satélites y la televisión. Podría decírseles, «es el capitalismo, tontos». Pero no, para ellos es la razón de un combate. Así lo confiesan en privado.

Rodolfo Galimberti entró en el despacho de Cubas después de Born, recién a las diez de la noche.

—¿Cuáles son sus medios de vida, Galimberti?

—Me mantengo con lo que recibo por mi trabajo en Hard Communication.

—¿Tuvo condenas anteriores?

—No, doctor. Y yo quisiera manifestarle que el hecho que se me imputa no responde a la realidad de las cosas.

—¿Y cuál es, según usted, «la realidad de las cosas»?

—Nosotros queríamos ayudar. Con Jorge Rodríguez y Born, siempre tuvimos esa idea.

—¿Me puede explicar cuál era el objetivo de la empresa?

Otros gastos operativos	2.448.000	7.790.000
Resultado financiero		1.192.000
Otros ingresos/egresos		2.007.000
Impuesto a las Ganancias		68.000
Resultado final del ejercicio	60.500	8.134.000

—Yo contactaba gente para conseguir capitales y tecnología. Así ubiqué a Carlos Banfi, que me propuso una línea 0-939 para hacer una colecta. Él acercó al padre Grassi, que ya tenía una pero recaudaba muy poco.

—¿Qué es «muy poco»?

—No recuerdo bien ahora, era una suma pobrísima. Por eso se nos ocurrió que, con el juego en el programa de Susana Giménez, no sólo podríamos obtener utilidades para Hard, sino también mayores beneficios para el padre Grassi. Rodríguez se encargó de contactar, mediante un amigo, a la producción de Susana Giménez. Se organizó incluso una reunión en la que yo participé.

—¿Y entonces por qué no figura en los contratos?

—Porque no tengo antecedentes empresarios... Y porque mi nombre podría generar algún tipo de resistencia.

A Galimberti se le empastó la boca. Se sentía en el peor de los lugares: el banquillo. Ya se lo había comentado a un amigo la noche anterior: «Me quieren destruir, me quieren matar. Con este juicio nos van a hundir a todos, pero yo soy el que queda peor parado». Consideraba que el proceso era injusto. En el diccionario «galimbertista», el adjetivo es «infamante».

—¿Usted considera que el concurso era benéfico? Susana Giménez habló del juego en términos de «timba televisiva...».

—Bueno, eso de la «timba televisiva» era una constante en la tevé argentina. Bastaba con mirar los programas. Pero nosotros pretendíamos darle la normativa legal correspondiente. Incluso consultamos a la secretaría de Desarrollo Social. Si no cumplimos con todos los requisitos no fue culpa nuestra. Ocurre que el padre Grassi no tenía los balances de la Fundación al día. Eso generó cierto desorden de tipo administrativo. Hubo varias reuniones con él y sus abogados. Quería mayores fondos, sin tener en cuenta los fondos del concurso. De ahí que cuando el padre fue al Congreso a denunciar que Hard le había pagado de menos, muchos diputados me hayan comentado, luego de mirar el contrato que el propio padre les había acercado, que no entendían qué reclamaba. Yo mismo quise hablar con Grassi.

—¿Para qué?

—Porque había operaciones de prensa todos los días contra Susana Giménez y porque no entendía qué reclamaba. Él había firmado el contrato, nadie lo obligó. Era todo legal.

Para septiembre de 1998, previo al acuerdo extrajudicial entre Hard-Susana y el padre Grassi, el cura aparecía en los canales, condolido, hablando de la falta de palabra de los directivos de la empresa. Canal 13 le daba amplia cobertura al llanto sacerdotal, buscando herir a sus competidores de Telefé. Y *Clarín*, el diario del multimedio, le dedicaba ocho portadas «al escándalo del Su llamado». Antes, ya

se habían hecho un festín con el divorcio entre la estrella y el polista Huberto Roviralta.

Del otro bando, un correo informal que muchos dicen que fue alentado por Jorge Rodríguez y Galimberti, hacía llegar a los medios un *dossier* firmado por «un grupo de trabajadores de la Fundación de los Niños Felices». Era un pasquín que hacía recordar las acusaciones cargadas de prejuicio de las usinas de acción psicológica de la última dictadura militar. Y que, era evidente, buscaba minar la resistencia del sacerdote a pactar una tregua al margen de los Tribunales. Hablaba sobre las supuestas inclinaciones sexuales de Grassi. Decía el escrito: «... otra relación del cura fue un tal Iván, que trabajó en la panadería de la Fundación. Sobre el desvío de fondos para provecho de sus familiares, un dato que debe ser investigado es el siguiente: de los quince containers que Grassi recibió de regalo, algunos cargados con ropa quedaron a la intemperie durante meses y les llovió encima, lo cual motivó que se arruinara la ropa allí guardada en detrimento de los niños carenciados. También, cuando se fundió la empresa metalúrgica de su hermano, al cura se le ocurrió una idea: decidió reciclar los containers para transformarlos en aulas —cuando le sobra espacio físico en las setenta y cinco hectáreas de tierra, como para hacerlas de material—. Pero sucede que la brillante idea, para darle trabajo a su hermano, y cuyos costos son astronómicos, tiene un grave inconveniente: los containers reciclados sólo podrán ser usados seis meses al año, porque de octubre a marzo, expuestos a los rayos del sol, al ser de chapa, se convierten en un horno ardiente, imposibles de ser habitados».

Lo que se dice, munición gruesa. Pero eso no fue todo. Grassi también denunció que un Ford Falcon merodeaba los terrenos de su obra en actitud amenazante. Y hasta dijo haber escuchado, muy cerca de él, algunos disparos nocturnos.

Finalmente, el cura capituló. El 8 de febrero de 1999, firmó con Hard un acuerdo extrajudicial por el que se declaraba satisfecho con haber recibido sólo 720.000 pesos de manos de la empresa. Grassi resignó su papel de querellante en la causa convencido por su abogado, quien le explicó que la Fiscalía seguiría impulsando la investigación por su cuenta. Al fin y al cabo, le dijo que si la Justicia fallaba contra Hard, él podría regresar a ocupar el primer lugar en la lista de damnificados a cobrar.

Durante la reunión con los abogados de Hard, Grassi arregló una presentación en el programa «Hola Susana», donde iba a dejar bien parada la reputación de los directivos de Hard, las autoridades de Telefé y la diva de los teléfonos. Susana Giménez le preguntó al aire para qué quería tanto dinero. El padre dijo que para construir un hogar modelo. La estrella lo atacó: «Pero padre,

¿qué quiere, construir un Sheraton usted?». No fue una frase feliz. Después, quiso suavizar el exabrupto calificándolo de «broma». La excusa tampoco fue feliz.

La causa siguió su curso. Y Galimberti, ese miércoles 6 de octubre, seguía hablando en el despacho de Cubas. Sobre Grassi, precisamente.

—¿Y qué le dijo el cura?

—Me dijo que sí, que él podía aceptar que había firmado un contrato pero que el dinero no le alcanzaba para terminar las obras. Y yo le dije: «Padre, no se haga problemas. Nosotros le vamos a dar la plata que haga falta para que termine sus obras». Y quiero que esto quede claro: el dinero que le dimos al padre no fue una compensación por lo que supuestamente se le adeudaba. Lo decidimos con Rodríguez al ver las necesidades de la Fundación. La plata que le dio la señora Giménez también surgió de esta preocupación.

—¿Lo pusieron de sus bolsillos?

—Por supuesto. Ni las telefónicas ni Telinfor quisieron poner dinero para terminar las obras del padre. Esto fue muy duro. Lo hicimos con buena intención.

—¿Usted por qué cree que llamaba la gente al programa de Susana Giménez? ¿Para ayudar al padre Grassi? ¿O para ganar un premio?

—Estoy convencido de que la gente sólo llamaba para ganar un premio. Pero lo cierto es que a partir de esas llamadas se podían colectar fondos para ayudar a la Fundación. Esto nadie lo dice. Dijeron que estafábamos. Realmente eso nos dolió muchísimo...

-¿...?

—A cada uno de los integrantes de Hard lo afectó de una manera distinta. El señor Born, que siempre cumple con sus obligaciones legales, se siente absolutamente humillado por esta situación. El señor Engels, que es un hombre muy preparado intelectualmente, también se sintió muy mal. Y yo me sentí pésimo. Ni siquiera en la época del Proceso me sentí así. Yo sé lo que hubiesen hecho los jueces del Proceso conmigo, si es que se les puede llamar jueces... Me hubiesen hecho desaparecer sin más trámite. Yo discutí con mis socios por todo esto. Mi sensación es que las cosas no son como se mostraron en los medios. Globalmente, Hard hizo lo correcto.

—¿Sus salarios no eran demasiado altos?

—Sí, teníamos salarios altos. Y teníamos un alto perfil posiblemente asociado a la imagen de Susana Giménez. Reconozco que había algunos gastos que podían considerarse superfluos si se los comparaba con la situación de la Fundación. Esto pudo haber resultado cuestionable a la luz de la opinión pública. Pero jamás descontamos esos gastos de lo que correspondía a la Fundación del padre.

—¿Se planteó la posibilidad de utilizar otra línea de audiotexto en lugar de utilizar la 0-939?

—Al principio había una 0-600 pero no cubría todo el país. Esto lo planteó Banfi en las oficinas de Hard. El propio Banfi nos planteó la posibilidad de usar una línea 0-939. Yo lo único que sé es que había tres tipos de líneas: la 0-939 que usaba el padre Grassi, otra que era la utilizada por Hard y la restante era una de llamadas masivas.

—¿Puede decirnos los distintos costos de cada una de las líneas?

—No tengo idea... Yo no sé qué diferencias hay entre las líneas de audiotexto. Me gustaría conocerlas... Quiero que les quede claro que las cosas se organizaron para satisfacer la posibilidad de realizar un entretenimiento y beneficiar a una entidad que ayuda a la gente. Nada más.

—¿Pero sabía que el porcentaje para la entidad tenía que ser mayor?

—Yo creo que la caridad debe venir del Estado, pero si el Estado es insuficiente... Mi voluntad siempre se relacionó con el dar... Yo entiendo el planteo que hace el fiscal: claro, por un lado está el cura que da de comer a los chicos necesitados y, por el otro, un ex guerrillero como yo...

—El Tribunal pretende llegar a la verdad de los hechos. Aquí, señor Galimberti, no hay ningún complot contra nadie.

—Yo leí la causa y pude advertir que ustedes persiguen un fin noble. Ya lo sé, es que... naturalmente, por inclinación personal, en algún momento sospeché que sí, que había alguna historia conspirativa detrás. Imagínense: en el marco de un sistema de competencia comercial despiadada lo que uno piensa... Llegué a decir: «¡Cómo puede ser que estos tipos nos persigan así!». Pero al leer la causa advertí cuál era el interés real de la investigación. Usted, doctor Cubas, no es un «juez del Proceso», de los que me persiguieron para matarme. Usted es un juez de la democracia. Ustedes quieren saber si Hard cometió... cómo decirlo... irregularidades... Me puse en el lugar de ustedes, sinceramente, y me dije: «Está bien. Es correcto lo que ustedes hacen».

En ese momento, Niklison sacó unos papeles del maletín. Era un contrato suscrito en diciembre de 1997, entre Hard y Canal 5 de Uruguay, donde el concurso facturó 500.000 pesos por unas 800.000 llamadas al programa de Susana. De esa recaudación, tenía probado el fiscal, Grassi no había recibido ni un céntimo. Cubas le cedió el lugar de interrogador:

—¿Usted sabe por qué no se rindieron cuentas ante el padre Grassi de lo recaudado por el concurso en Uruguay?

—A mí me decían que en Uruguay no se manejaban números de la colecta. Yo les dije: «Ojo, porque el juego se transmite en el programa de Susana Giménez, que sí se transmite en la Argentina donde se hace la colecta». Yo temía que hubiera

algún problema... Yo no entiendo el motivo por el cual pusieron en conocimiento del padre Grassi el tema de Uruguay recién en el mes de noviembre.

El fiscal y el juez se miraron sorprendidos. El clima se espesó con la revelación. Galimberti reconocía una irregularidad, menor, es cierto, pero irregularidad al fin. Intervino Novak: «Pero ya se le pagó lo que correspondía al padre por lo de Uruguay, ¿no es cierto?». Galimberti respondió: «Sí, claro, por supuesto...». Pero de inmediato hizo un mea culpa que dejó a Novak al borde del infarto: «... aunque reconozco que ese tema no se manejó de forma muy prolija». Lo dijo, y recién después se dio cuenta de que el fiscal había abandonado la postura de escucha para dedicarse a hacer anotaciones. Galimberti pidió la palabra, urgido por el derrape: «De todos modos, doctores, yo quisiera aclarar que esto que dije no implica algún interés de nuestra parte por defraudar a nadie y, mucho menos, al padre Grassi». Era tarde. El fiscal agregó preguntas a su cuestionario:

—¿Y qué tipo de responsabilidad le cabe por esos «manejos desprolijos», como usted los llama?

—Mire, no es por sacarme responsabilidades de encima, pero quiero destacar que yo no conocí en detalle los pormenores de lo que pasó. Y esto, sin perjuicio de afirmar la buena fe con la que actuó Hard. Sería de muy mal gusto que yo pretenda eximirme de responsabilidad echándole la culpa a mis ex compañeros.

—¿La señora Susana Giménez tuvo algo que ver con lo de Uruguay?

—Susana Giménez no era socia del negocio. Ella no cobró suma alguna por el concurso.

—¿Y por qué no cobró, si ella era la dueña del programa?

—Ella ya gana mucho dinero con lo que factura en su programa. También le hace ganar mucho dinero al canal, sumas realmente importantes en concepto de publicidad no tradicional.

—¿Podría explicarlo con más detalle?

—El negocio de Susana no pasaba por el dinero que pudiera generarle Hard, sino en tener dentro de su programa un juego exitoso que le hiciera crecer el rating. Susana Giménez representa el doce por ciento del rating de toda la TV argentina. Y el diez por ciento de la gente que la ve, lo hace estimulada por juegos que permiten que los televidentes hablen al aire con ella.

—¿Y qué gana ella?

—Es muy simple. Si le aumenta el rating, Susana Giménez posteriormente puede exigir más por su contrato con el canal. Yo puedo asegurarles que ni Cella ni Susana buscaron beneficiarse con el juego en sí. Telefé, en cambio, sí discutió su vinculación con Hard.

En ese momento, el abogado Oscar Salvi se marchó de la audiencia. Adujo que tenía que tomar un remedio, porque iba a ser operado. Además, ya era tarde y

estaba casi todo dicho. Al fiscal se le ocurrió una última pregunta relacionada con el pago de impuestos. Galimberti garabateó el tema y encontró el hueco para meter su bocadillo: «Yo creo que cuando el juego comenzó a rodar se generó un conflicto de intereses. Le pisamos los pies a mucha gente. Esto forma parte de la guerra de los medios». Con la última frase destilando la impronta belicosa de Galimberti se dio por finalizada la indagatoria. El ex guerrillero aprovechó para deslizar una ironía: «¿Tan insignificante soy? ¿No piensan hacerme alguna pregunta más?». Ni el juez ni el fiscal le respondieron. Sólo Novak festejó la ocurrencia.

La secretaria de Cubas hizo algunas correcciones al acta y decidió imprimirla. Pero la impresora, una vieja Epson, iba a tardar media hora en cumplir su trabajo. Sentado como estaba, Galimberti giró su cabeza y se quedó mirando una foto de Martin Luther King que el juez tenía colgado en el despacho: «Fue un gran hombre», comentó en busca de charla. Cubas asintió. Galimberti redobló la apuesta: «Realmente admirable. A mí me emociona». Nicklison dijo que a él también lo conmovía. «¿Usted también lo admira, doctor? ¡Qué raro! Es un hombre joven, no vivió esa época», respondió el ex guerrillero. El fiscal se quedó con las ganas de decirle que tampoco había vivido el 17 de octubre de 1945 y, sin embargo, era tanto o más peronista que él. Pero no le dijo nada.

Mientras la Epson martillaba el papel a velocidad estatal, Galimberti intentó ganar el centro de la escena. Al margen del acta, se sentía más seguro para decir lo que le viniera en gana. Con algunas risas se animó, y entre formal y divertido lanzó: «¿Ustedes creen que yo, que luché con armas en mano contra la pobreza, con la historia que tengo detrás, puedo dedicarme a estafar a los mocosos del padre Grassi? Ésta es una infamia que inventó *Clarín*. Es parte de la guerra electrónica, señores». Y siguió con el monólogo: «Nunca me habían hecho tanto daño... Ahora resulta que yo fui el único montonero. El otro día leía una nota a la Decibe donde decía que ella había sido "montonera pasiva"[2]. ¿Qué quiso decir con eso? ¿Alguien me lo puede explicar?».

Sólo ahí se dio cuenta de que el auditorio escuchaba su arenga, pero más le interesaba acabar rápido con el trámite. El fiscal detectó la desazón de Galimberti al no sentirse en el ojo mismo del universo. Señalándolo con el índice, le comentó con seriedad: «Para mí que Salvi se fue muy enojado con usted. Lo de la operación fue una excusa». El ex guerrillero levantó la guardia, se puso tenso, miró fijo a Niklison, quiso adivinar qué intenciones tenía el fiscal para despacharse con esa acusación, y encima apuntándolo con un dedo. «No le entiendo, doctor». Niklison fue al grano: «Yo creo que se fue enojado cuando usted habló con desprecio de los

[2] Susana Decibe fue ministra de Educación de Carlos Menem. Durante la dictadura militar, estuvo secuestrada en la ESMA.

jueces del Proceso. Se debe de haber sentido tocado ¿no le parece?». Galimberti se agarró la cabeza: «¡Uy...! No me di cuenta. ¿Estuve muy fuerte?». El fiscal lo tranquilizó: «No, igual, no creo que se ofenda».

Óscar Salvi, defensor de Galimberti, Rodríguez y Born, es una de las tantas paradojas de esta historia. Como fiscal, en el año 1977, fue quien solicitó la captura de todos los líderes montoneros, incluido el propio Galimberti. Ya como juez, en 1983, al final del Proceso, con sólo treinta y tres años, arremetió contra el almirante Emilio Massera por el crimen de Fernando Branca, en lo que muchos consideraban una movida del Ejército para abortar las aspiraciones políticas del fundador de la ESMA y creador del diario *Convicción*. Para esa fecha, Salvi tenía trabajando como secretario en su Juzgado a un joven abogado que, algunos años más tarde, se transformaría en fiscal: Martín Niklison.

«No, la verdad, yo tampoco creo que Salvi se ofenda», le contestó Galimberti. Niklison le sonrió. Por momentos se miraban como viejos conocidos. Unos días antes, Galimberti había alardeado ante su abogado Novak de conocer los antecedentes del fiscal: «Yo sé que estuvo en Libia, no es ningún santo. Él me investiga, pero yo también lo tengo agarrado del forro de las pelotas!». La verdad es que el viaje de Niklison no era una información difícil de rastrear. Salvi la conocía. Niklison viajó a Libia en 1990, para asistir a un congreso de tinte antiimperialista organizado por el coronel Muhammar el Gaddafi. Pero Galimberti buscaba impresionar. Además, Niklison es amigo personal de Jorge «El Topo» Devoto, el viejo compinche de Galimberti en el exilio, que le dedicó un manifiesto demoledor en *Clarín* cuando se casó con Dolores Leal Lobo en Punta del Este.

Por fin, la Epson dejó de escupir papel atragantado. El acta flamante aguardaba para ser firmada. Fue leída en voz alta, y con especial énfasis, su párrafo final: «Preguntado acerca de si desea agregar o enmendar algo a lo declarado manifiesta que no. En ese estado S.S. procede a hacerle saber las disposiciones concernientes a la libertad provisoria, conforme al artículo 300 del CPPN, y no siendo para más, previa lectura y ratificación, se da por cerrada el acta previa lectura al compareciente, sus defensores y los señores fiscales después de S.S. por ante mí que doy fe». Todos rubricaron al pie. Eran cerca de las once de la noche. Galimberti guardó su estilográfica y, tras una hora de declaración, enfiló hacia la puerta. Al pasar cerca de la fiscal adjunta, Bettina Vota, le clavó la vista y, en voz alta, para que todos escucharan, le acarició los oídos: «Doctora, permítame que le diga: es usted muy bonita». Logró sonrojarla.

Salió distendido, Jorge Born lo aguardaba para ir a cenar. Los dos coincidieron, mientras el camarero les servía una abundante tabla de mariscos: «Jorge, ésta será una guerra larga». Born enjuagó su boca con Evian antes de responderle: «Ya lo creo, Rodolfo. Ya lo creo...».

Capítulo XXXIV

El hombre de la CIA

El funcionario llegó a la confitería del ático de Dorrego 1940 a las nueve de la mañana, A unos metros de la puerta estaba sentado Javier Martina. Tenía la vista clavada en el falso oleaje de la piscina. Cuando advirtió al recién llegado, el asistente de Galimberti se levantó para saludarlo. Sobre la mesa quedó una pipa.

—Así que ahora fumás en pipa.

—Hace rato ya.

—¿Te contagió Rodolfo?

Javier sonrió. Volvió a concentrarse en su pipa. No había caso, estaba tapada. El funcionario se entretuvo un rato mirando el trabajoso arte de un fumador en apuros. Después averiguó la hora. Ya eran las 9:30. Insistió:

—¿Te dijo que venía?

—Sí, debe de haber tenido un retraso. Me dijo que lo esperabas. Por eso me mandó a mí.

Sonó un móvil. «Es Rodolfo. Dice que está llegando en quince minutos, ¿querés tomar otro café?», propuso Javier. El funcionario aceptó. Era el tercero. Se puso a revisar su agenda. En la página del 12 de abril, en el renglón de las 9 horas tenía una anotación: «Reunión con Rodolfo en la cafetería de Loft». Tres líneas más abajo, en el de las 12 horas, aparecía otra: «Viene Toma».

A las diez, Javier levantó la cabeza de la pipa: «Ahí está». Galimberti venía caminando desde la cochera. Dejó su coche junto al Mercedes Benz que Xavier Capdevielle había abandonado allí cuatro meses antes. Cuando entró en la cafetería, el ex jefe montonero saludó con tres besos a su amigo. Javier se corrió a otra mesa.

—Disculpame la demora. El tránsito era una locura. Pedite algo. Nena...

La empleada se acercó para tomar el pedido. Galimberti ordenó un café con leche y una porción de tarta. Su amigo prefirió las virtudes de la abstinencia; quería apurar la charla:

—¿Qué puedo hacer por vos?

Galimberti se quedó en silencio. Luego le dijo:

—Hay mucho lío con lo del Hard. Parece que salen los procesamientos, nomás. Me tiene preocupado.

—Bueno, debe de haber sido lindo mientras duró... —dijo el amigo, tratando de quitarle dramatismo a la escena.

El socio de Born hizo una mueca. Nunca había dicho lo que pensaba decir, pero ahora necesitaba desahogarse. Conocía al hombre que tenía enfrente desde los años setenta. Compartían desde entonces una amistad libre de prejuicios. El funcionario nunca lo había criticado. Donde otros vieron traiciones o defecciones graves, él sólo había detectado «cierta elasticidad moral» de Galimberti.

El ex guerrillero le pidió a Javier que trajera una carpeta de tapas naranjas.

—Me gustaría que la leas y me des tu opinión. Es la parte del expediente que faltaba... Sos el único abogado en el que confío.

El amigo asumió el compromiso. Pero quería sacarse una duda.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Qué fue Hard para vos? Juntaste un montón de guita, te peleaste con todo el mundo y ahora andás con la cola entre las piernas por un fiscalito...

—Te voy a ser sincero. Sabés que puedo serlo. Esto que voy a decirte es lo que pienso. Lo puedo repetir así me estén quemando en una hoguera...

—Siempre tan trágico, Rodolfo. No des tantas vueltas.

—No, en serio. En Hard me aburrí como una bestia. Conocí a la gente más mediocre que vi en mi vida. Fue la cosa más frívola, superficial, estúpida, ambiciosa, *fashion*, todo lo contrario que representa estar sentado con vos acá, en esta confitería.

El amigo quedó descolocado. El elogio lo perturbaba. Galimberti continuó con su confesión:

—Con la mano en corazón te lo digo. Fue la peor cosa que me pasó en la vida. Algo aburrido, mediocre, una chotada... Encima nos rompieron el culo en sesenta pedazos. Nos peleamos con alguien que era más grande que nosotros.

—Como la otra vez.

Galimberti se calló. «Como la otra vez...», se quedó pensativo.

—Sí, decís bien. Como la otra vez. Con los milicos fuimos ingenuos, unos pelotudos totales, nos terminaron masacrando. Ahora pasó algo muy parecido. A veces dudo si nuestro destino es la aventura o la derrota...

Javier cortó la reflexión: «Una llamada, Rodolfo... Anzorregui».

—Decile que ahora lo llamo.

El funcionario se puso de pie. Tomó la agenda y la carpeta:

—Bue... Me voy. Tengo que verme con Toma. Después viene la gente de Price Waterhouse.

—Si lo ves a Miguel Ángel decile que queda en pie la reunión con esos tipos.

—Le digo.

No tuvo ganas de averiguar con qué «tipos» se iban a reunir Galimberti y Toma. No hacer demasiadas preguntas era parte del código. Los dos amigos se despidieron. Galimberti se marchó con Javier.

Al día siguiente, el ex guerrillero durmió hasta bastante entrada la tarde. Se levantó pensando en un negocio. Como presidente de la filial argentina de ASI (*Agricultural Services and Investments*)[1], Galimberti estaba negociando con Anzorregui la transferencia de unos campos en Entre Ríos.

Colgó. Se dio una ducha. Tenía otra cita. Desde la caída de Hard, se había propuesto recuperar algunas relaciones medio abandonadas. Lo habían invitado a comer un asado en General Pacheco. Los anfitriones eran antiguos compañeros de militancia. El socio de Born llegó a las once de la noche. A su amigo funcionario luego le contaría, entusiasmado: «Había muchos tipos de base, gente de los ex sindicatos de la zona norte. Había dos UBR, un UBC... Seríamos unos diez tipos. La pasé bárbaro. Me agarré un pedo tremendo. Me terminé acostando a las siete de la mañana».

Otra vez durmió hasta tarde. Al despertarse vio que el día estaba lindo y decidió salir a andar en moto. Llamó a Caldarella, el ex campeón de motociclismo. Enfilaron a 230 kilómetros por la Ruta 9, por el ramal Rosario, hasta una localidad perdida. Pararon a comer. Caldarella comió asado. Galimberti pidió ensalada. Tenía el estómago a la miseria. Volvió tarde. Durmió todo el domingo.

---

[1] ASI (Agricultural Services and Investments-Argentina) tiene domicilio en Leandro N. Alem 1050, piso 5, Capital Federal. Esa dirección, en realidad, es la de la consultora KPMG. Declaró como actividad comercial la «cría y explotación de animales» y, ante la DGI, fue constituida el 9 de enero de 1997. El presidente es Rodolfo Galimberti. Sus balances de 1997 reflejan disponibilidades por 50.000 pesos; inversiones por un millón; créditos por 160.000; bienes intangibles por 20.000; un activo total de 1.230.000 pesos; y deudas por un millón. No registraba ventas y sí, en cambio, gastos operativos por 15.000 pesos. Según la información recogida por los autores, ASI Global (Agricultural Services & Investments Global) es una empresa del grupo ABBAS. En 1997, Hard Communication diagramó e imprimió un libro del médico veterinario —egresado de la Universidad de Bern— Hansruedi Luginbühl, vicepresidente de ASI Global. El trabajo de Luginbühl, titulado *Agricultura. Abastecimiento de alimento, fibra textil, madera a una población mundial en constante crecimiento* resumía una conferencia que el veterinario dio para *The Abbas Group of companies corporate meeting,* realizado en hotel Parkhotel Vitznau, en Suiza, del 7 al 11 de julio de 1997. La página mundial de ASI (http://www.asiglobal.com/us/index.html) indica que su casa matriz está en Memphis, Estados Unidos, aunque también posee oficinas en Little Rock y Greenville. ASI-Argentina se presenta en Internet como una empresa especializada en la provisión al mercado internacional de insumos agrícolas. Como contacto local figura el ingeniero agrónomo Alfonso Ferrando, con domicilio en Genes 77, Ciudad de Concordia, provincia de Entre Ríos. Otro dato: La cabecera del grupo ABBAS (http://www.alabbas.com/header.htm) está en Arabia Saudí. Tiene oficinas en el 327 de Zabbel Road, de Dubai y en el 3471 de Sh. Califa Street, de Abu Dhabi.

El lunes se reunió con Toma y hablaron durante media hora en The Horse, la confitería de Libertador y Juan B. Justo. Sobre la mesa quedó una servilleta escrita. El camarero leyó «Universal Control», hizo un bollo y la tiró a la basura. Nadie nombró a Rockefeller en esa reunión.

«Universal Control» es una sociedad anónima, creada el 28 de junio de 1999, con un capital inicial de 12.000 pesos. En el Boletín Oficial del 7 de septiembre del mismo año figuran sus socios fundadores: «Armando Federico Franchi, casado, abogado, DNI 11.618.539, con domicilio en la calle Posadas 1209, piso 3; Óscar Mario Salvi, abogado, LE 8.037.889, Arenales 1457, piso 8; Norberto Alejandro Seri, soltero, contador público, LE 8.480.363, con domicilio en Juncal 615, piso 12; David Óscar Seri; casado, empresario, LE 8.326.097, con domicilio en Jorge Newbery 1748, piso 1, Of: A...». Hay dos socios más. Uno es el novio de Susana Giménez, «Jorge Rodríguez»; el otro, «Rodolfo Gabriel Galimberti».

Universal... declaró distintos objetivos comerciales: «A) Seguridad en general. Custodia y vigilancia interna de personas, sistema de datos, bienes y establecimientos, averiguaciones de orden civil y comercial, determinación de solvencia de personas y/o entidades; seguimiento y/o búsqueda de personas o domicilios, traslado y custodia de valores y/o caudales y cualquier otro tipo de servicios autorizados por leyes vigentes a agencias de seguridad privada y de investigaciones...»[2].

Armando Federico Franchi quedó como presidente. Pero Franchi tenía, además, otros ingresos. Ocupaba la jefatura de la Dirección Nacional de Seguridad, una de las áreas más importantes de la Secretaría de Seguridad Interior, comandada por el ex diputado Toma en los últimos años del menemismo. Desde allí montó «un operativo multipropósito», según tituló *Clarín* el 2 de noviembre de 1998, en el que participaron más de 2.000 hombres de Gendarmería Nacional, Prefectura Naval, Policía Federal, Policía Aeronáutica; la Dirección de Migraciones,

---

[2] Universal Control tiene sede, según el Boletín Oficial, en Juncal 615, piso 12, of. G, de la Capital Federal. Los otros objetivos comerciales que declara son A) Selección, capacitación y entrenamiento de personal permanente o temporario y/o eventual. Asesoramiento en seguridad y custodia de personas o bienes de cualquier entidad u organización pública y/o privada, permanente y/o transitoria de empresas y/o capitales. Diagnosticar, valorizar y planificar la seguridad en las organizaciones. Planeamiento, diseño, implementación y control de sistemas de seguridad y custodia integral en organizaciones; B) Auditoría, investigación del medio ambiente y control ecológico en general y en especial lo referido a la contaminación del medio ambiente como consecuencia de la actividad del hombre, ya sea con productos naturales, industrializados o de cualquier otra manera transformados, en su estado sólido, líquido o gaseoso; C) Auditoría, consultoría económica, telefónica y financiera, investigaciones de mercado, planeamiento de negocios y procesamiento de datos, encuestas de opinión e imagen corporativa. Participar en proyectos de investigación públicos y privados y desarrollar cursos o seminarios en general o de características particulares a pedido de organismos y/o instituciones públicas y privadas...; D) Mediante la compraventa, importación, exportación, leasing, representación, comisión de equipos o servicios relacionados con los anteriores rubros del objeto social. E) Inversión: mediante inversiones en otras sociedades, relacionadas con los rubros A), B), C) y D) del objeto social... G) El ejercicio de representación de otras instituciones con actividades afines, del país o del extranjero, mediante mandatos o comisiones, agencias o gestiones vinculadas con su objeto».

de Hugo Franco; la DGI de Carlos Silvani, la Secretaría de Recursos Naturales de María Julia, y la SIDE de Anzorregui.

El objetivo: «Detectar y reprimir un amplio abanico de delitos, como el contrabando, la falsificación de billetes, DNI y pasaportes; y, sobre todo, narcotráfico y movimientos de extranjeros posiblemente vinculados a organizaciones terroristas antisemitas y terrorismo en general».

Según la gacetilla oficial, durante el denominado operativo «Tatú '98», se realizaron «más de 300 allanamientos, se identificaron 5.000 personas y 30.000 vehículos (...) Hasta se localizó a un asesino prófugo de un suboficial de la policía del Chaco». El centro operativo estuvo en la provincia de Salta, donde luego estallaría un escandalete puertas adentro de la policía local relacionado con la rendición de gastos de hotelería de las fuerzas movilizadas para el procedimiento. Ocho meses después del «Tatú '98», Franchi, el hombre de confianza de Toma, aterrizó en «Universal...».

El ex comisario Mario Naldi —dueño de la agencia de investigaciones Global Solution junto al ministro de seguridad de Carlos Ruckauf, el ex comisario Ramón Oreste Verón— resultó uno de los primeros en escuchar hablar de «Universal Control». Fue cuando le ofrecieron trabajar para la empresa de Galimberti.

—Va a tener contratos muy importantes —lo tentaron.

—¿Con quién? —preguntó Naldi, desconfiado.

Le contestaron que era un secreto. Nadie le comentó lo de Juan Navarro. Galimberti seguía jugando al misterio.

Después de lo de Hard, mientras esperaba sentencia de la Cámara, el ex jefe montonero se había vuelto más introspectivo. A todo el mundo le decía que estaba golpeado, aunque la depresión no le impidió comprar campos para ASI en la localidad correntina de Monte Caseros.

Cuando le preguntaban dónde quería que le mandaran los papeles daba la dirección de Hard, donde ahora funcionaba Shock Entertainment, la nueva sociedad de Rodríguez y Susana Giménez[3]. Decía que Rodríguez le había dado «un lugarcito ahí», mientras aguardaban que saliera «algún nuevo trabajito».

Mientras Javier le alcanzaba faxes de unos enigmáticos «generales norteamericanos», en los cócteles empresarios comenzó a circular un rumor que el ex montonero negaba sin convicción: «Galimberti trabaja ahora para la CIA».

---

[3] Shock Entertainment S.A. es una sociedad de Jorge Rodríguez, quien ante la DGI tiene tres domicilios fiscales: Bolivia 427 y Cetrángolo 3869, de Villa Martelli; y Bolivia 564, de Vicente López. El novio de Susana Giménez declaró integrar dos sociedades: Tectel Communications S.A. y Shock, dedicadas a los «servicios de publicidad». A diciembre de 1998, Rodríguez obtenía rentas por 400.000 pesos. Inmuebles por 355.000 (una casa en Villa Martelli, y dos en el Paraje El Tesoro de Punta del Este). Automotores por 168.000 pesos (dos scooters, una motocicleta Triumph, un Porsche coupé 968, un BMW 540 LA, una motocicleta Honda, un Land Rover «todo terreno» Discovery y una motocicleta Harley Davidson). El total de bienes declarados orillaba los 700.000 pesos.

Muchos no lo creían. Sospechaban que el socio de Born buscaba una nueva pantalla para adaptarse a la etapa, ahora que tener vínculos con empresas norteamericanas era una suerte de «ventaja comparativa» a la hora de hacer negocios.

Una noche fue a comer con su amigo funcionario. Galimberti tenía mal aspecto. Durante el trayecto hasta la Rosa Negra le contó que dos periodistas estaban escribiendo un libro sobre su vida. Se mostró molesto porque le hacían recordar demasiado. Dos cuadras antes de llegar al restaurante, frenó en seco el 4x4:

—Esta casa era de un compañero de Columna. Cuando lo rodeó el Ejército estaba solo con los hijos. Fue una batalla sangrienta. Sonaron tiros toda la noche. De madrugada, cuando la patota estaba a punto de entrar a la casa, se escucharon los últimos tres disparos. El compañero se había suicidado y antes había matado a sus hijitos. Una masacre. Horrible.

El amigo adivinó una lágrima en el rostro del ex guerrillero. Intentó abrazarlo. Galimberti reaccionó como si lo hubieran pinchado. El amigo se quedó helado.

—Perdoname. Tengo la cabeza hecha una ensalada. Estoy pensando mucho en mi viejo. En mi familia. Y además, tengo problemas de salud...

Ahí, aferrado al volante, le confesó que, desde aquel infarto por Sunny, su corazón no se había recuperado. Sufría de taquicardia, acompañada de picos de presión arterial.

—Me puedo caer redondo dentro de tres minutos... —dijo.

Llegaron tarde al restaurante. Comieron pastas y bebieron dos botellas de Catena Zapata. Quedaron en verse al día siguiente, en la cafetería del ático de Dorrego.

Esta vez, Galimberti llegó puntual. Tenía un humor de perros. Le habían avisado que la Cámara estaba a punto de confirmar los procesamientos por el *affair* del «Su Llamado». Su amigo trató de sacarlo del trance preguntándole por «las boludeces que dicen en la CIA». Casi se cae de espaldas con la respuesta.

—Yo conozco a mucha gente. Cuando estuve en Centroamérica me vinculé con unos tipos que laburaban con Oliver North. Hoy, uno de ellos es decano de la Universidad del Pentágono. Se llama Robert Olsson.

El amigo ató cabos. Se acordó de los misteriosos faxes de «los oficiales norteamericanos» que Javier solía llevarle a su jefe. Galimberti le explicó:

—Hay algunos negocios... Mirá, te voy a contar la verdad. Los amigos de North me contactaron con la Mc Donnel Douglas, con la Hughes...

—¿La de pañales?

—No, son fábricas de helicópteros, aviones de combate... No soy el representante oficial, pero mantengo relación con ellos y con la General Dynamics.

También con algunas empresas de electrónica. Hago *lobby*... Por si se les traba algún negocio. Relaciones oficiosas, que le dicen.

El funcionario anotó en su memoria el nombre que le había dado Galimberti. Al llegar a su casa se introdujo en Internet. Tecleó «Robert Olsson» en el buscador Altavista. Llegó a la *homepage* del *Journal of Palestine Studies*, donde aparecía un artículo sobre el proceso de paz árabe-israelí y una pequeña reseña biográfica de su autor. Leyó: *«ROBERT K. OLSSON, a retired U.S. foreign service officer and former executive director of the Institute of World Affairs at University of Wisconsin at Milwaukee, has recently completed a book on Europe and the peace process under a grant from the U.S. Institute for Peace».*

El nombre del tal Olsson lo llevó luego a otra *homepage*: la del *Institute for National Security Studies*, de la Academia de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. Y recordó que era un semillero de agentes de la CIA. Un montón de preguntas se le agolparon en el cerebro: ¿Sería cierto lo que le había dicho Galimberti? ¿Sería Olsson su contacto con empresas norteamericanas? ¿Estaría vinculado ahora a la intendencia de ese país?

La clave se la dio el mismo Galimberti, cuando le aclaró que el hombre indicado era Robert Bob Olsson.

Robert Bob Olsson es un coronel egresado de West Point. Cuando estalló la guerra de Malvinas, era agregado militar estadounidense en la Argentina. Es uno de los dueños de la consultora en seguridad «Doma» (Donahue, Olsson, Monnet y Asociados), con sede en Virginia. Arthur Donahue es un ex jefe de la CIA. Jon Monnet dirigió el laboratorio que esa agencia de Inteligencia tiene en Los Alamos. En agosto de 2000, «Universal Control» sufrió una serie de estratégicas incorporaciones.

Óscar Salvi dejó de ser el presidente. Ocupó su lugar David Manners, ex Director de Operaciones de la CIA, entre 1980 y 1998. Paul Quaglia, ex jefe de la estación de África de la «compañía», entró como director. Olsson, Donahue, Monnet y John Alien, un ex «boina verde» del Ejército de los Estados Unidos, egresado de la Citadelle, pasaron a controlar buena parte del paquete accionario de la empresa creada por Galimberti.

Su amigo funcionario volvió a preguntarle si era verdad que ahora trabajaba para la CIA. Galimberti le contestó:

—No cuento con autorización para hablar.

—Lo que faltaba. ¡Te hiciste agente de la CIA!

Galimberti asintió, aunque puso una excusa:

—Soy contratado.

Frank Holder salió de la academia de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos.

Pero cuando llegó a Buenos Aires, en 1994, los servicios de Inteligencia lo calificaron de «agente de la CIA». Holder comenzó trabajando como asesor del embajador estadounidense Terence Todman. Actuó en los hechos como veedor de un sector del Departamento de Estado interesado en que el traspaso de las empresas que habían sido de Alfredo Yabrán al Exxel Group se concretara sin retrasos ni dificultades. Luego abandonó los despachos de la Embajada. Se asoció a Jules Kroll, un ex fiscal neoyorquino, fundador de Kroll O'Gara Company, una agencia privada de Inteligencia con oficinas en cuarenta y cinco países que vende «análisis de riesgo e investigaciones de fraude». En el mercado internacional, Kroll... es conocida como «la CIA privada», porque parte de su personal fue reclutado entre ex agentes de esa agencia.

Holder pasó a ser la filial local de Kroll..., que se hizo cargo de un asunto hipersensible tras el crimen del fotógrafo de *Noticias*, José Luis Cabezas: la limpieza de las agencias de seguridad que Alfredo Yabrán había montado alrededor de sus negocios, ahora en manos de Exxel Group. La historia oficial de Kroll... cuenta que ellos hicieron despedir a personajes como Víctor Dinamarca y Adolfo «Donda» Tigel —ambos ex integrantes de los «grupos de tarea» de la ESMA—, jefes del Estado Mayor «yabranista».

Pero Holder no se hizo cargo de todos los aspectos de seguridad de Exxel. Sólo le recayó esa responsabilidad en firmas como Edcadassa y Oca, es decir, depósitos fiscales y correo, cuestiones que son consideradas «de interés estratégico» por la embajada norteamericana. Para el resto, Juan Navarro, el presidente del grupo, nombró como jefe de seguridad a Eugenio «Pipo» Ecke, un viejo conocido de Hugo Franco, el director de Migraciones menemista, vinculado con Yabrán y también con Alberto Kohan, desde los tiempos de la FEPAC.

Ecke tuvo que declarar en el juicio por el crimen de Cabezas. Los investigadores detectaron que cinco minutos después del crimen del fotógrafo, un vigilante yabranista se comunicó con un móvil a su nombre. Ecke dijo que jamás atendió esa llamada.

Con Holder nunca se llevaron bien. Compitieron siempre por los favores de Navarro. Pero «Pipo» terminaría ganando una batalla clave. Recién lo supo Holder el día que le dieron una novedad inquietante:

—¿Qué dice? ¿Y cómo se llama la empresa?

El norteamericano tomó nota del nombre. Luego, mientras destapaba una Coca *light*, le comentó a un asistente:

—Ecke trajo una empresa nueva a trabajar al «groupo». Nos quiere dejar afuera.

—¿Cómo se llama?

—«Universal Control». Dicen que atrás está Galimberti.

—¿Quién?

—Galimberti. El que andaba con los «Montonerous».

—¿Ese no es Firmenich?

—No, yo te «digou» el de «Sousana Giménez».

El asistente comprendió.

Eran días de turbulencia para Exxel Group. En julio de 2000, Navarro estaba enfrentado con Eduardo Eurnekian, el dueño de Aeropuertos 2000 por el control de los depósitos fiscales. En simultáneo, peleaba para que el Gobierno avalara un acuerdo con Franco Macri para hacerse cargo del Correo Argentino. En medio de esas peleas, el 13 de agosto, el periodista Gerardo Young de *Clarín* publicó un informe sobre el papel de las agencias de Inteligencia privadas. En un recuadro pequeño, podía leerse: «En los últimos meses el Exxel subió la apuesta y contrató a un nuevo grupo de espionaje argentino, Universal Control, detrás del que estaría Rodolfo Galimberti, el ex jefe montonero, hoy empresario. Trabajaría para OCA y para el Correo Argentino si Exxel se asocia con el correo oficial». Pronto se escuchó un comentario curioso. Para acelerar el desembarco de Universal..., Ecke le habría dicho a Navarro que Galimberti era «hombre de la CIA».

El mundo de relaciones de Galimberti seguía siendo un caleidoscopio. A la mañana podía cruzarse con Darío Lopérfido, el Secretario de Medios de Fernando de la Rúa, en la cafetería del ático de Dorrego. Al mediodía juntarse con Toma y Lautaro García Batallán, funcionario del Ministerio del Interior, en un restaurante de Puerto Madero para cerrar misteriosos acuerdos. A la tarde charlar amistosamente con Darío Richarte, el segundo hombre de la SIDE delarruista. En cualquier momento llamar a Jorge Di Pace, la mano derecha de Julio Grondona, el presidente de la AFA, para arreglar cuestiones ligadas a la empresa Futbolgame. O comunicarse con Miguel de Godoy, empleado en el Comité de Crisis de Exxel Group. Galimberti podía hablar con todos. Seguía siendo un hombre atravesado por mil intenciones.

Lo de Universal... fue su última audacia, enhebrada con su pasado reciente a través de un notario: Patricio Carlos Pastor[4], escribano de American Security International; de Hard Communication en su etapa embrionaria, y ahora, de la flamante agencia de inteligencia contratada por Navarro.

Pero Pastor también es un lazo secreto que une a Galimberti con otros asuntos más pesados. Cuando el ex represor «masserista» Ricardo Miguel Cavallo —alias «Sérpico», «Marcelo» o «Ricardo»— fue detenido en México por orden del

---

[4] Patricio Carlos Pastor declara como actividad la de «servicios notariales» y domicilio en Callao 1584, piso 8, de Capital Federal. Tiene inmuebles en Junín de los Andes por valor de 30.000 pesos; y otros en Capital Federal, por $70.000. Se maneja con dos coches: un Renault 21 Familiar TXE Break Nevada, modelo '95; y una Daihatsu «Todo terreno» Feroza.

juez español Baltasar Garzón, el 24 de agosto de 2000, se descubrió que, junto a Jorge Rádice, era dueño de un pool de empresas de «identificación inteligente de personas y objetos», con ramificaciones en El Salvador, Bolivia, México, Brasil, Zaire y la Argentina[5]. Una de ellas, llamada Talsud S.A., fue constituida el 20 de febrero de 1995 por el escribano de Galimberti, el señor Pastor.

¿Qué puntos de contacto hay entre los cautivos de la ESMA y los dibujitos animados de la Giménez que Rodríguez quiere vender afuera?[6]

¿Acaso el escribano Pastor estará allí, figurando en las actas, para «dar fe» de que Discépolo tenía toda la razón cuando dijo aquello de «la Biblia y el calefón»? Sólo Galimberti lo sabe. Él es un baqueano experimentado en el mundo del revés.

De amante de Arrostito a casarse con una chica de la «oligarquía». De defensor del Padre Mugica a la «estafa» de otro sacerdote. De carcelero a socio de su eterno rehén. De combatiente montonero al abrazo con el torturador enemigo. De furioso «antiimperialista» de los años setenta, a «pretor» de los accionistas de Exxel Group: Rockefeller & Co, The Ford Foundation, General Electric, The Chase Manhattan Bank, Bankers trust, Citicorp Private Equity Portfolio, AT&T, General Motors Investment Management y Merril Lynch.

Ante su amigo funcionario, mientras acomodaba su pistola Glock de catorce tiros en la cintura, Galimberti hizo una particular defensa de los Estados Unidos:

—Me parece que un señor sin pistola en la cintura no es un señor completo. Hay que aprender eso de los yanquis. En su país tienen una enmienda maravillosa.

—Lo único que te falta, Rodolfo, es que me hagas un panegírico de los Estados Unidos. Dejate de joder.

—Perón no odiaba a los Estados Unidos. Y yo tampoco. Un país que dice en su Constitución que cada tipo tiene derecho a tener un arma es maravilloso. ¿Cuánto vale un país que dice eso?

—Nada. Es un país de psicópatas. De asesinos potenciales.

—Ahora dejate de joder vos. Tenés un discurso maricón. Yo te hablo en serio. Un país que tiene la Asociación Nacional de Rifles, la NRA, que defiende a los tipos que tienen su rifle, es una democracia de verdad. ¿Qué otra de las mal llamadas «democracias» se banca a la gente armada? Ninguna.

---

[5] «En esas empresas —escribió Juan Gasparini, en el suplemento Zona de *Clarín,* del 10 de septiembre de 2000— Rádice y Cavallo se reparten puestos directivos, mancomunados con Miguel Ángel Egea, un dirigente de la extrema derecha del peronismo».

[6] La Cámara del crimen, finalmente, confirmó los procesamientos contra Galimberti y Rodríguez. El próximo paso es el juicio oral.

No se pusieron de acuerdo. En medio de la discusión, Javier le acercó el móvil a Galimberti con un mensaje grabado. Era Dolores Leal Lobo. Quería que pasara por La Dulce, su local de venta de chocolates.

Hacía como dos años que no se veían.

Su amigo se lo quedó mirando:

—¿Todavía la querés?

—Es una buena chica. Pobre Dolores, las cosas que le hice...

—Todavía estás a tiempo de disculparte.

—No creo que ella acepte mis excusas. Sufrió mucho conmigo. Una vez la junté con otras minas. Una era fotógrafa en Quilmes. Un infierno era. ¿Te la conté ésa?...

—Mil veces, Rodolfo. Mil veces...

Galimberti suspiró:

—A veces tengo la impresión de que nadie me cree.

Epílogo

El insomnio del guerrero (Monólogo de Galimberti)

Como todo tipo que ha hecho la guerra, yo tengo un poco de insomnio. Una madrugada, hace veinte días, prendo la tele y aparece en el programa «De Renzis 2000» un anormal, un tipo del ERP, que se dice Mattini, y se llama Blumer, una cosa así, y se sienta con Perdía y entonces De Renzis, que parece un dibujito, con el culito parado, les dice «bueno, acá tenemos los dos comandantes guerrilleros…» y los tipos se ponen a hablar. Yo pensé: «¿Cómo? ¿Ese tipo fue jefe mío?» Y el otro Vaca, Vaca Narvaja, que aparece en la gomería... No está bien. O renuncian a la política y se exilian en Turquía o demuestran que en esta sociedad nosotros somos capaces de ser exitosos. Yo soy capaz de generar medios, de dar trabajo a otros, de tener ideas creativas. ¿Por qué repudiar el éxito? No nos dedicamos a hacer la revolución porque éramos incompetentes, que si no hacíamos eso íbamos a ser asesores o gomeros en Villa Lugano. ¿Por qué Perdía siempre vive de la teta del Presupuesto Nacional? ¿Por qué siempre está de asesor de un ministro, de un diputado? ¿Por qué no labura de abogado en serio? Yo me siento humillado por esa actitud. Me gustaría que estuviera al frente de una empresa, pidiendo créditos en un banco, armando quilombo, discutiendo con los obreros un contrato, me gustaría verlo en la función... Para ser consecuente con la lucha de la época, hay que ser exitoso en nuestra sociedad. Firmenich me parece el más condenable de todos. Como diría Goebels «él, el peor de todos». Firmenich tiene cincuenta y dos años, ¿qué es lo que tiene que estudiar en España? ¿Por qué se autoexilió? ¡Que vuelva a la Argentina, hermano! Que se banque el juicio de la gente, que tenga que discutir, que lo puteen. Que le digan «contame esto, explicame aquello». Que se la banque. Nosotros fuimos revolucionarios, perdimos una lucha y en consecuencia tuvimos bajas. No nos llevaron a patadas en el culo a hacer las cosas que hicimos, y pagamos un duro precio por esto... pero también contribuimos a demoler el autoritarismo en la Argentina. Entonces, esta democracia que tenemos es también nuestra construcción. Quizá una construcción involuntaria,

porque a nuestra manera éramos autoritarios. Pero contribuimos a demoler el Estado viejo... entonces yo no puedo entender que Firmenich no se sienta bien en este pedazo de democracia que también existe para él. En ese sentido, me parece infinitamente superior la actitud de Perdía y Vaca. Lo que me parece innoble es que no sean capaces de hacer algo más importante que lo que hacen, que nos dejen bien parados como generación... El gomero Vaca Narvaja pasó de la metralleta al cricke [gato]... Pero yo no lo odio. Fue un gran combatiente individual, con mucho coraje, muy soberbio también. Yo no les tengo el odio que ellos me tienen a mí. Antes sí, tenía un veneno que no podía ser. Veinte años después los mirás distinto. Yo no dudo de la honestidad de aquella época. Había más ignorancia, impericia y soberbia juvenil que mala fe...

... Ahora, no jodamos, los prisioneros de la ESMA dirigían la guerra contra nosotros. Cuando pude recuperar en mi proceso las cosas que habían escrito sobre mí, no lo podía creer. Y claro, eran mis ex compañeros. Yo tengo tres documentos que no me los pidan porque no se los voy a dar. Recuperé las cosas del SIDE también... y era lo más brillante que vi nunca. Estaba escrita por los tipos nuestros que habían sido capturados. Esa guerra ustedes no la pueden entender. Para mí ya pasó.

No, yo no perdono a los marinos. Con el único tipo con el que hablé fue con Rádice. No me junto con «El Tigre» Acosta a tomar champán. Massera fue una expresión del fascismo... en el sentido de tratar de capturar al peronismo con un sesgo populista. Era un analfabeto político. Decía «yo hablo con todo el peronismo», porque lo tenía detenido. Mandaba a secuestrar a los tipos para hablar con ellos. Es una visión letal. Él se encargó que Isabel estuviera presa con él... era la acumulación política sobre la base de la detención. Una visión brutal de la política. Yo creo que eso es lo que lo condena. Massera dijo que estaba más allá del bien y del mal para justificar los crímenes que estaban cometiendo. Asesinaron a prisioneros rendidos, no tienen perdón. Pero no por la tortura. La tortura es un problema metodológico. ¿Qué hizo la Iglesia católica durante siglos? Para condenar, exigía la confesión, y para conseguirla existía la tortura. No hablen tanto en contra de la tortura. Es un invento de la revolución cubana, que torturó a todo el mundo, por empezar a su pueblo, que lo tiene oprimido. No, la tortura no es lo importante. Lo criminal que hicieron los marinos fue asesinar a prisioneros indefensos, no tienen perdón de Dios. Y eso los va a perseguir hasta el día en que se mueran. Fue absolutamente innecesario, producto del terror que ellos tenían. Un miedo exacerbado, no sé a qué. Un miedo espantoso, porque la única razón por la que asesinás a un opositor rendido es porque tenés miedo. Pensás que si está vivo te va a cagar de alguna manera. Ese miedo los va a perseguir hasta el día en que se mueran. Eso, y el no haber tenido huevos de firmar lo que hacían. La tortura es una

anécdota. Cualquiera es capaz de torturar en una situación extrema. Es una objeción pelotuda. Si ellos peleaban con el Código bajo el brazo, como decía el general Corbetta, perdían la guerra. Lo que no tiene perdón es asesinar a prisioneros inermes. Yo no los perdoné. Terminé la guerra. Ustedes no entienden la reconciliación. Este país tiene que salir adelante. Por los hijos de ustedes. Los países necesitan salvar sus conflictos y pensar en el futuro. No hagamos un quilombo por una guerra de hace treinta años. Ya está. Esa guerra la ganamos, eso es lo que el imbécil de Firmenich no entiende. Podemos hablar nosotros, que pensamos distinto, pudimos votar. Pudo votar la Izquierda Unida, la izquierda pelotuda, la izquierda forra, no importa, todo el mundo puede votar. Galimberti puede ser presidente de mesa. ¿Cuánto vale eso? ¡No tiene precio! No, no lo entienden. No entienden el país en que nos criamos nosotros. Un país horrendo. Si pensabas distinto te mataban, y te mataban, hermano. Antes de la dictadura, te mataban. Nosotros formábamos parte de un movimiento mayoritario proscripto. Yo les digo «podemos votar, es una conquista...» y ustedes me miran y me dicen «es un loco...». No entienden los contenidos democráticos del peronismo, los contenidos revolucionarios, la transformación de la sociedad. Perón: un tipo que se casa con una mina que era una puta, un general de Ejército. Lo traicionó la Iglesia y lo traicionó el Ejército. Y no lo perdonó la oligarquía. ¡Qué reforma agraria! Para qué querés reforma agraria... había que hacer el IAPI, sacar la guita que ganaba la oligarquía y reinvertirla en la industria. Nuestro peronismo era un peronismo científico, no era un populismo pelotudo. Y ustedes ven lo que es la sociedad hoy. Vos pensá en una sociedad inmóvil, en la década del cuarenta, mira lo que Perón hizo. Por las mujeres, por los humildes, nadie entiende ese contenido popular. Cuando Grondona justifica el golpe de 1955 porque había un solo noticiero... es una infamia. Les soy sincero, pero esa idea de la Triple A que ustedes tienen... Había muchas bandas armadas. Nosotros también éramos una banda armada. Esa es la visión de los guerrilleros como Bonasso, un guerrillero virtual, lo único que ha derramado en su vida es tinta. Él no entró al peronismo. Entró a los Montoneros, que querían tomar el tranvía que era el peronismo porque las masas están en el peronismo. Yo entré al peronismo porque soy peronista. No lo digo para salvarme de nada. Al contrario, agrava mi responsabilidad política. Porque diciendo lo que digo... ¿¡cómo puede ser que no me haya ido antes de una banda de idiotas!? Aparte asumo todas las culpas del peronismo. ¿Por qué Brito Lima se sienta conmigo y no con los otros tipos de la guerrilla? Yo no era un cristianuchi pasado al peronismo. ¿Qué hay en común para que vayamos a comer una vez al mes, para que Brito diga, en un homenaje a Abal Medina, «perdón mi General por no haber podido conservar la unidad. Nos hemos matado entre nosotros»? Ese asco que dice que siente Verbitsky, que dice que dejó de ser peronista retrospectivamente el 20

de junio, en Ezeiza, es una visión de ellos. En el peronismo siempre hubo bandas armadas. Yo no tengo esa indignación que ustedes tienen con los grupos de la derecha peronista. Tuve la misma discusión con la tilinga... la esposa de uno de los Born en mi casa. Había dos militares, un mayor del Ejército héroe de Malvinas y otro milico de los carapintadas. Patricia Bencich, la hermana de la esposa de Jorgito Born, decía «yo no puedo entender cómo ustedes pueden estar juntos... los subversivos, los militares...». Y el mayor que está en actividad le dice: «vos no entendés una mierda, nosotros nos matamos porque teníamos una idea de la Patria. ¿Vos qué idea tenés? ¿Qué hizo tu familia, aparte de ganar guita y vender departamentos? ¿Quién sos vos para venir a decirnos algo a nosotros... que nos matamos para mejorar este país? Seremos unos boludos, unos terroristas, unos represores, ¿pero quién te dio autoridad moral a vos para hablarnos en ese tono?». Y el carapintada, el teniente Flores, me dice «no hablés con esta mina». Fue un quilombo. Una cosa feroz. Pero es una lectura ideológica esa. Yo estuve en las bandas armadas del peronismo. ¿Y la Triple A? Esa es una versión de Bonasso que dice «me di cuenta que la Triple A la había inventado Perón...». Lo dice porque Perón no se puede defender. Llevalo a un barrio, que lo diga, a ver cómo le va. Yo estuve la vez pasada en Pinamar. Fui a poner el culo en el agua, como gordo que soy, y veo en el hotel más elegante de Pinamar, un cartel, «conferencia Miguel Bonasso». Toda gente bien en la conferencia. Decile que diga las mismas cosas que dice de Perón en un barrio del Gran Buenos Aires. Yo lo acompaño a ver cómo le va. Perón no necesita que yo lo defienda, pero me molesta que él lo ataque. Si Bonasso existe en la historia argentina es porque estuvo un poquito de tiempo en el peronismo... ¿Qué era Bonasso en 1972? Y ahora cuenta sus historias de la resistencia... y es lamentable. A mí no me importa que me ataque. Me importa que denigre a Perón.

Otro mito. Yo he escuchado que era amante de Born... palabra de honor: no era homosexual Born ni yo era un tipo satánico ni tan talentoso. El acuerdo con Born fue a posterior... terminado el quilombo, relanzar el capitalismo, terminar con el desorden radical de aquel momento, una cosa muy fría… y después la simpatía natural entre tipos que vivieron esa experiencia. Nos pusimos de acuerdo sobre algo concreto: Pichimosky se llevó los dieciocho palos, recuperemos esos dieciocho palos y te doy unos mangos. Estoy orgulloso de haberlo hecho. Y si pudiera recuperar la guita de los cubanos también. Porque, terminada la guerra irregular hay que devolver los pertrechos y los prisioneros. El único caso innoble... lástima que ustedes tienen la maldición de ser periodistas y se cagan en la historia argentina... hay una cosa muy impresionante, en una batalla entre el «Chacho» y no sé quién, no sé qué capitanes de Sarmiento, me parece que es Sander, no me acuerdo, y el «Chacho» le dice «acá están mis prisioneros. Devuélvame los míos».

«No puedo, yo los fusilé», y se puso a llorar. Esa es la historia argentina. No jodamos. Cuando vos terminás una guerra irregular y cometiste ilícitos como los que cometimos nosotros, devolvés los prisioneros, devolvés la guita y se terminó. No vivís de la guita que hiciste. La guita esa es de Born, salvo que ustedes piensen que hay que seguir la revolución. En ese caso volveríamos a hacer cualquier cosa. Esto es tan fácil de explicar, pero no hay nadie que esté dispuesto a hacerlo. Aparte, los Born no fue un hecho militar glorioso: fue un secuestro. Emboscar una columna militar, les pusieron una mina vietnamita, les tiraron con morteros, hubo un combate, eso me gustaría contar. La guerra es lo más fuerte que existe. Lo que construye los lazos más serios entre los seres humanos. No es sólo la miseria, el sufrimiento físico, la impiedad, la crueldad, la guerra también es la solidaridad, el afecto, el amor a los que están con vos... la guerra es el acto de amor más grande que existe. ¿Qué tipo acepta sacrificar su vida, la de su familia, la de sus seres queridos, por una idea? El respeto por el adversario, que se enfrente con dignidad, que muera con dignidad. Es una cosa difícil de explicar, son valores del siglo pasado, del 1900. Hoy esto no es moderno. Es una anacronía. Hoy queda bien defender a las ballenas, a los pingüinos empetrolados y otras monerías por el estilo. Como dijo un político brasileño cuando Sting estaba preocupado por la extinción del bosque, el tipo dijo «lo que corre peligro de extinción en Brasil es el hombre...». La guerra no es un combate policial. Es el contacto con la masacre propia, con los tipos tuyos que se mueren todos los días de una manera espantosa y con los muertos del enemigo. Tenés que convivir con los cachivaches y limpiar el campo, la unidad que tomaste, los cadáveres. Entonces tenés el contacto con la muerte por mutilación, y la muerte como un hecho físico, el olor a podrido, el tipo despedazado, una cosa que te cambia la relación con el ser humano. Quiero hablar de lo que pasa con el tipo que vos tenés enfrente. Hay un relato de los ingleses, no me acuerdo cuál, de los paracaidistas. El tipo toma la trinchera y un soldado argentino le dice «yo voy a ir a Inglaterra, a mí me gustan los Who» y el inglés, antes de seguir su camino, lo pasa por encima. Esa escena, ¿cómo la decodificás? El argentino no podía analizar que el otro venía a matarlo. No lo asumía dentro de su cabeza. Cuando vos vas a defender una posición en un ataque no podés decir «levante las manos». No tenés tiempo. Estás bajo fuego. Aparte estás tirando vos, tus compañeros, los otros tipos, es un infierno. Sos vos o el otro. Eso que parece una cosa tan simple... no es tan evidente ni tan clara. No la podés resumir tan fácilmente. No es una pelea. Una pelea es un crescendo de violencia, «hijo de puta», hay algo personal, «la concha de tu madre», y la violencia va surgiendo como resultado final. Hay un crescendo psicológico. En el otro caso, es un hecho feo. Ni te hablás con el tipo. Habla otro idioma. Después, lo que yo digo es la destrucción física, es decir, la cabeza reventada, empezás a ver tipos como si

fueran corte de vacuno, ¿viste un tipo cuando lo abrís? Es igual a una vaca. La grasa, el olor de la carne, de la sangre, de la mierda, de los intestinos, el olor a podrido, los cadáveres quemados... según el tipo de arma los cadáveres se queman. Los explosivos se queman. Cuando hay que juntar los cadáveres para limpiar la zona, vos tirás de las patas de los tipos y se te desarman, tenés que apilarlos y prenderles fuego, por un tema sanitario. En Beirut quedaban bajo los escombros y dejaban un olor insoportable. Nosotros no teníamos topadoras para mover los escombros. Los pocos perros que había se morfaban los cadáveres, es algo muy difícil... por eso yo les hablo de Juana de Arco... y ustedes no me dan bola. Debe ser que duermen bien.

Capítulo final

El 8 de febrero de 2002 «Maradona» llegó al búnker de Universal Control (UC), en Juez Tedín 2790. Lo hicieron pasar a una suite del primer piso. Cuando abrió la puerta, encontró a Galimberti tumbado boca abajo en la cama, con el pantalón caído: gemía. Su cocinero de confianza le pasaba una plancha caliente sobre una toalla, en la zona lumbar. «Es para darle calor», le explicó.

Con un ojo cerrado, Galimberti vio entrar a «Maradona». Tenía la cara aplastada contra la almohada y se retorcía de dolor. Intentó ser amable: manoteó una botella del suelo y se la acercó:

—Tomate un Jack Daniel's —dijo.

—Rodolfo, son las nueve la mañana. Ayer estuvimos chupando hasta las cuatro —dijo Maradona, y pidió un café con leche y tres medialunas.

«Maradona» es el apodo de Marcelo Von Schmeling, un tipo que tiene la edad, el físico, el pelo y los gestos casi calcados del futbolista, quien tiene su residencia «de soltero» a doscientos metros de la sede de UC. «Maradona» tenía un padre y una hermana que militaban en Montoneros y habían desaparecido en los setenta. Desde fines de esa década y hasta la caída del Muro de Berlín, él se había hecho comunista, luego fue productor de espectáculos y marketing, socio y amigo de Jorge Rodríguez, y luego trabajó con los hijos de Femando De la Rúa para la candidatura presidencial de su padre, y desde hacía más de un año era uno de los «operadores» full time de Galimberti.

La noche anterior «Maradona» había llevado a la sede de UC al director de la revista «progre» *Tres Puntos*, Jorge Sigal. La primera imagen que atropelló al periodista fue la bandera norteamericana en el hall. «Una provocación», pensó. Después lo recibió Galimberti, a quien veía por primera vez en su vida. No entendía para qué lo había convocado, qué pretendía de él, ni de su revista. Se lo preguntó toda la noche; a medida que le iban llenando su vaso de whisky, cada vez lo comprendía menos. Cuando vaciaron la tercera botella, Galimberti, Sigal, «Maradona» y el «Gordo Ale», otro operador, ya estaban sentados en el quincho del segundo piso, dispuestos a liquidar el cordero que el cocinero apuraba en la parrilla. Galimberti escupió su discurso casi sin respirar:

—El país se va a la mierda, Jorge. Hay grupos de tareas marginales operando por izquierda y derecha. Son grupúsculos disolventes, que si los sumás a las bandas hambrientas y desenfrenadas que van a surcar la ciudad, va a producir un cóctel explosivo de extraordinaria peligrosidad. Vivir en este país va a ser un infierno, y yo quiero morirme acá. Hay que trabajar para contener políticamente a los grupos de derecha e izquierda, para que los empresarios corruptos que siempre cagaron a todos los gobiernos no encuentren caldo de cultivo para lanzarse a una aventura golpista, y para que la izquierda entienda que los «cacerolazos» y las «asambleas populares» ridículas son una payasada procaótica del emergente lumpen, y de ahorristas idiotas que hablan pestes de Estados Unidos y después se van de vacaciones a Miami. Son tipos que no podrían vivir en el sistema que dicen defender. Toda esta descomposición social y política, esta desintegración, conduce irremediablemente a la violencia. De verdad, vos no podés imaginarte el país que viene, Jorge. Yo admiro tu revista, me levanto a las seis de la mañana para leerla, te respeto, sos un ex comunista, un cuadro integral, un tipo entero, pero no tenés noción de la tragedia que nos espera. Va a ser peor que en el setenta. Te lo digo por tus hijos. Yo, más que mi perro gigante, no tengo nada por perder. Ya no tengo salud, hice de todo, puedo morirme tranquilo mañana. Pero cuando se dispara, la violencia es indetenible. No la podés frenar. Yo sé lo que es la violencia, maté mucha gente, una vez, me acuerdo, matamos a diecinueve polis en un día... imaginate, estuve en esas bandas, las conozco, y mirá lo que pasó después. Si los Montoneros y la derecha peronista hubiesen acordado, si Firmenich y Lorenzo Miguel se hubieran sentado a conformar un proyecto común en el setenta y dos, no hubiéramos tenido dictadura ni cuarenta mil muertos. Te digo en serio. Con esa generación, con esos cuadros políticos formados que había, hoy tendríamos una democracia más sólida. Y ahora tenemos la misma debilidad que antes. Por eso tenemos que trabajar juntos para integrar este país, Jorge.

Paró de hablar, y arrasó el cordero con la voracidad de un jabalí famélico. «Maradona», que había escuchado ese discurso decenas de veces, descorchó otra botella de *cabernet sauvignon*, y Javier Martina le avisó que ya había llegado la enfermera. «Es el nervio ciático», se quejó Galimberti. Durante todo ese jueves, un latigazo muscular intermitente le golpeó en la cintura. La enfermera le inyectó un calmante, y al rato volvió y se reincorporó a la mesa. «Carajo, qué viejo estoy», dijo a modo de excusa. Sigal seguía registrando sus movimientos con sorpresa. Lo había visto como un canalla petulante y precoz, montado con velocidad en el proceso revolucionario de los setenta, y ahora se presentaba como vocero «de barrio» de los norteamericanos. Sigal no sabía qué diablos lo llevaba a escucharlo.

—Quiero juntarme con la izquierda. Y vos sos un intermediario válido para que armemos reuniones —soltó Galimberti. Y empezó a nombrar puntualmente gente que siempre había maldecido.

—¿Con la izquierda?

—Sí. Esta vez tenemos que juntarnos todos. La izquierda, las Fuerzas Armadas, el «Ñato» Rico, los grupos peronistas no corrompidos por el menemismo y el duhaldismo, juntarnos para salvar a este país, defendiendo la democracia, la institucionalidad, pero ojo, siempre respetando la hegemonía del Imperio. Yo no soy un lacayo, lo sabés, pero sigo la política que ordena Estados Unidos. Estados Unidos es la Nueva Roma y nosotros tenemos que apostar a ser la Galia.

Sigal no sabía si hablaba en serio o si le estaba haciendo un show personal. Le parecía estar viviendo una noche irreal, y no quería adjudicarlo sólo a los efectos del alcohol.

Cerca de las tres de la madrugada, cuando el periodista se marchó, el dolor persistía. Ese viernes 9, en medio de la madrugada, Galimberti cruzó Buenos Aires para llegar a su casa del Boating de San Isidro. Se durmió, pero a las ocho despertó de golpe, con la sensación de que alguien le clavaba una puñalada debajo de la espalda. Se dio una ducha rápida. Tomó su camioneta BMW negra, su móvil, y llamó a «Maradona» de urgencia. «Hay que seguir planificando reuniones. Te espero ahora en Juez Tedín», le dijo.

En la sede de su búnker, su salud se había deteriorado. Y a pesar de que en la mañana su cocinero empezó a plancharle la espalda con rigor, sintió que el dolor no le daría tregua en todo el día. El cuadro era cada vez más serio. Pasadas las once, Javier volvió a convocar a la enfermera. Fue la misma rutina que la noche anterior, pero esta vez los calmantes fueron dos. El alivio fue casi efímero.

—Más que esto yo no puedo hacer. Si usted dice que es el nervio ciático, hay que traer a una masajista que trabaje sobre su espalda —sugirió la enfermera.

—Traé una masajista, Javier —instruyó Galimberti desde la cama.

La enfermera dijo que conocía a una especialista japonesa. La llamó. Al rato, «Maradona» le abrió la puerta de la suite con una leve mueca de desilusión. La imaginaba más joven. La señora bordeaba los sesenta. En silencio, vertió ungüentos, aceites y distintas cremas, y empezó a desplegar sus manos sobre su espalda. Por un momento Galimberti se sintió más reconfortado y autorizó a la enfermera y a la masajista a que se fueran. Confiaba en que podría retomar la actividad. Tenía hambre. Pidió uvas.

A las dos, alguien le avisó de que Juan Carlos Romero, el gobernador de la provincia de Salta, estaba al teléfono.

Galimberti se incorporó y fue a su oficina. Tuvo una conversación de veinte minutos. Volvió contento.

—Bueno, ahora vamos a poder juntar algo de guita...

Desde hacía tiempo, con los «jubilados» de la CIA con los que se había asociado, le venían explicando al gobernador que el Departamento de Estado americano había alertado sobre la vulnerabilidad de los controles migratorios y aduaneros en la región, lindante con Bolivia. Le había dicho que los agentes de inteligencia de Universal Control habían reportado que el territorio era una zona casi liberada para narcotraficantes, algo que el gobernador no desconocía, y, también, que dirigentes guerrilleros de las FARC colombianas, que buscaban lazos políticos en la Argentina, se movían en su provincia como en la propia selva.

—La falta de controles en su región está haciendo vulnerable las propias fronteras de Estados Unidos —explicó David Manners, un ex director de la CIA, experto en terrorismo islámico, y devenido presidente de UC en 1999.

Luego del atentado a las Torres Gemelas del 11 de setiembre del 2001, el discurso persuasivo de la seguridad global se había endurecido. Desde UC hacían trascender que si el gobierno argentino no tomaba alguna actitud seria, Estados Unidos iba a intervenir con los Cascos Azules de la ONU o por mano propia, en zonas calientes como Ciudad del Este, una población ubicada en la Triple Frontera de Paraguay, Argentina y Brasil, considerado por los americanos una peligrosa base de asentamiento del terrorismo transnacional.[1]

En UC sabían combinar los negocios privados con el discurso de la seguridad del hemisferio, los planes geoestratégicos y «el interés norteamericano en la región».

En la conversación telefónica, Romero le aseguró a Galimberti que el martes 12 de febrero lo visitaría un emisario personal, con el fin de cerrar acuerdos. Ya era un hecho: Universal Control empezaría a proveer sus servicios especiales a empresas privadas y al propio Estado provincial.

El ex guerrillero sentía cada promesa de dinero fresco que ingresaba a UC como una alegría personal. Decía que en el término de un año había puesto de su bolsillo —no utilizaba tarjetas de créditos ni cuenta bancaria— casi 500.000 dólares para sostener gastos de funcionamiento, y que los americanos, que encaraban el manejo de la empresa con una filosofía más racional, eran reticentes a inyectar dinero. Si bien la propia embajada de Estados Unidos en la Argentina recomendaba a los grupos empresarios contratar los servicios de UC, el volumen que ingresaba a través del Exxel Group, su principal cliente, se había reducido. UC mantenía acuerdos con la poderosa Ciccone Calcográfica, y proyectaba un contrato con TEBA, la concesionaria de la estación de micros de Retiro, la más importante de la

---

[1] En noviembre del 2001, Galimberti anticipó a la SIDE que tenía información de inteligencia que demostraba que Mohamed Atta, uno de los terroristas buscados por Estados Unidos, había estado en la Argentina. El dato era correcto, pero se trataba de un homónimo.

Argentina. Pero con cuatro años de recesión económica, no era sencillo conseguir nuevos negocios.

El contrato con Salta fue apenas una ráfaga de alegría. Otra vez le estalló el dolor. Hizo bajar de urgencia al cocinero del quincho, y le pidió a gritos que lo planchara. El hombre, que había cerrado su restaurante estilo *art decó* de San Isidro por falta de clientes, y estaba siendo entrenado como parrillero personal de Galimberti, esta vez lo desobedeció.

—Pará Rodolfo, con estos linimentos en la espalda no te puedo seguir planchando. Te va a hacer mal de verdad.

Galimberti quería continuar a toda costa con su actividad. Se le ocurrió algo. Llevó a «Maradona» a su oficina y se recostó en el piso. «Vos quedate sentado», le dijo. En esa posición, dijo, la espalda le dolería menos y le permitiría hablar. La voz de Galimberti resonaba desde abajo. A «Maradona» la escena le pareció tan informal que se animó a apoyar sus piernas sobre otra silla, algo que nunca se hubiera permitido.

Desde los últimos meses, la Argentina se estaba desgarrando a la misma velocidad que la salud de Galimberti. La desocupación y la pobreza había ensanchado el descontento hacia el Gobierno y De la Rúa no sabía cómo frenar su agonía. El presidente vivía encapsulado en su propia visión de las cosas y el mundo, revisando carpetas, regando sus bonsai, y no tenía dimensión de lo que pasaba afuera. El 18 de diciembre cientos de personas en distintas provincias saquearon comercios en busca de comida o lo que fuera útil. En el conurbano bonaerense, donde viven doce millones de personas, la mitad de ellos pobres e indigentes, y donde los alumnos se desmayan en las escuelas por la falta de alimentos, los saqueos se multiplicaban municipio por municipio. La imagen de un comerciante chino llorando frente a las cámaras, mientras los saqueadores arrasaban los escaparates de su comercio, ante la pasividad de la policía, fue una clara señal de que el Presidente ya nada podía hacer. Por la mañana, incluso, su auto había sido apedreado al salir de una reunión. Mientras tanto, había constantes operaciones de inteligencia sobre los medios. Las radios informaban que el comerciante chino se había suicidado, que en los suburbios los pobres de las villas de emergencia invadían las casas de los barrios vecinos, y las multitudes se dirigían hacia countries y barrios privados. Los propietarios los esperaban armados, había helicópteros de seguridad privada dispuestos a realizar evacuaciones y por todos lados se escuchaban tiros. Nada de esto era cierto, pero daba miedo escucharlo. Ese martes 18 de diciembre por la noche, el ministro de Economía Domingo Cavallo renunció y De la Rúa intentó apaciguar el descontrol ordenando el estado de sitio. Tal como él había hecho en sus dos años de Gobierno, nadie lo escuchó. Miles de personas, representantes de las clases medias de la ciudad de Buenos Aires,

salieron espontáneamente a batir sus cacerolas para descargar su agobio. Fue el primer «cacerolazo».

Al día siguiente los saqueos continuaron y miles de personas fueron a la Plaza de Mayo a apedrear la Casa Rosada. Reclamaban cambios urgentes. Hubo siete muertos en la Capital Federal. Uno por disparos de la seguridad privada del banco HSBC. El resto, por balazos policiales. También los propios comerciantes mataban a los saqueadores para defender la mercadería. En el recuento de la jornada, los muertos sumaron treinta. El peronismo dejó que De la Rúa agonizara en su propio despacho. Cerca de las ocho del miércoles 19 renunció y partió en helicóptero hacia Olivos, para aprontar las valijas y desocupar la residencia presidencial.

Durante tres días, Argentina tuvo dos presidentes, y la Asamblea Legislativa designó un tercero, el peronista Adolfo Rodríguez Saá, por el término de casi tres meses, hasta que asumiera un nuevo gobierno elegido por el pueblo. Rodríguez Saá, un caudillo que gobernaba como un feudo la provincia de San Luis —llevaba dieciocho años en el poder— declaró el default de la deuda externa, prometió un millón de empleos y la creación de una tercera moneda para salir de la convertibilidad del peso y el dólar, y empezó a atar acuerdos con movimientos de desocupados, Madres de Plaza de Mayo, e hizo un vibrante discurso en la CGT, junto a los jefes de la burocracia sindical. Su sonrisa triunfal en medio de la tragedia y el desasosiego era casi como un insulto.

Ganado por el fulgor de las primeras medidas populares de Rodríguez Saá, una tarde, en Juez Tedín, reapareció Marcelo «Pancho» Langieri, ex montonero y apoyo clave para que Galimberti sobreviviera en la clandestinidad durante buena parte de los setenta y ochenta. Ahora Langieri era sociólogo y profesor en la Universidad. Pero mantenía el gen del peronismo. Y confiaba en que su ex jefe estaría embarcado en el proyecto del nuevo Presidente. Se equivocaba. Galimberti lo maldijo.

—Es una rata abyecta. Un mamarracho al que se le va a caer el consolador del bolsillo en cualquier momento[2]. Vos me decís que abre una expectativa interesante y yo estoy loco por este imbécil. Además es un irresponsable. Lo van a dejar colgado de una brocha. Los caciques peronistas que lo eligieron, con estas medidas estúpidas se van a juntar para voltearlo.

A una semana de la asunción, en una surrealista ceremonia del adiós transmitida en cadena nacional, Rodríguez Saá renunció en mangas de camisa Polo,

---

[2] En octubre de 1993, cuando gobernaba San Luis, Rodríguez Saá fue encontrado en un hotel por horas junto a una supuesta amante y con una serie videos pornográficos y adminículos de uso sexual. Denunció que había sido engañado, secuestrado y drogado. La mujer, una empleada de su gabinete de prensa, la «Turca» Esther Sesín, fue condenada a doce años de prisión por la justicia de esa provincia.

rodeado de sus allegados, en el despacho provincial. Para la historia, quedaría como «el presidente efímero». Los gobernadores peronistas que lo habían apoyado, lo vieron galopar cinco días sediento de poder y decidieron quitarle respaldo.

Llegaba el fin del año 2001 y Argentina no tenía gobierno. La sucesión era un enigma. Tres días después, en la Asamblea Legislativa, un laborioso acuerdo entre peronistas, radicales, y centroizquierdistas arrepentidos de haber apoyado a De la Rúa, eligieron al peronista Eduardo Duhalde, un abogado y martillero retacón que centró su vida política en la provincia de Buenos Aires. Había sido gobernador durante ocho años y casi al final de su segundo mandato se convirtió en enemigo declarado de Carlos Menem. Duhalde había sido derrotado por De la Rúa en las elecciones de 1999. Y en el 2002 fue puesto como un remache en la Casa Rosada, en un intento de apuntalar las frágiles instituciones del país. Apenas asumió, Duhalde dijo que aspiraba una transición al estilo «Adolfo Suárez», y prometió elecciones para septiembre del 2003.

Galimberti hizo también un pronóstico lapidario sobre su futuro:

—No le da la talla para gobernar y Estados Unidos no lo quiere. Además, poner la reforma política en manos suyas es lo mismo que poner a una prostituta al frente de un Liceo de Señoritas.

Lo que más le molestó fue que el nuevo presidente se mantuviera firme ante el reclamo de aumentos de tarifas por parte de las empresas de servicio público privatizadas. «Sus errores los vamos a pagar durante décadas, con menos inversiones y más estabilidad política», gruñía. Pero más le irritó que arruinara el contrato de licitación de los DNI[3].

Ese viernes 9 de febrero, mientras Galimberti hablaba desde el suelo, le avisaron que acababa de llegar su amigo funcionario. Tenía una cita con él. Dejó a «Maradona» sumergido en los diarios del día, y llevó al recién llegado al quincho para una reunión política. Le ordenó al cocinero que pusiera unos bifes a la parrilla. Galimberti veía el país con conspiraciones golpistas cruzadas, dispuestas a terminar con el gobierno de Duhalde. En nombre de «Estados Unidos», ese verano, se había reunido en la sede de UC con el comandante en jefe del Ejército, el general Ricardo Brinzoni y con el jefe del Estado Mayor de la Marina, almirante Joaquín Stella, para preguntarle si las Fuerzas Armadas apoyarían un golpe. También lo hizo con

[3] Durante el último año del gobierno de De la Rúa, Universal Control intentó hacer caer el contrato para confección de los DNI que el Estado tenía con la empresa alemana Siemens. Galimberti convenció a inversores estadounidenses y franceses para hacerse cargo del negocio. Y había arreglado con la Policía Federal para que ésta brindara apoyatura técnica. Cuando Duhalde asumió temió que Siemens le hiciera un juicio multimillonario por incumplimiento de contrato, se reunió con el canciller alemán y mantuvo el contrato vigente. Todos los acuerdos comerciales y políticos que el ex montonero había tejido con delectación de artista se vinieron abajo.

Roberto Giacomino, jefe de la Policía Federal. Y los tres le respondieron que las fuerzas que ellos controlaban, no iban a sumarse.

Si fracasaban las conspiraciones Galimberti veía probable un escenario de elecciones anticipadas. «Duhalde va a entregar el poder derrotado por su propia impotencia y vos te tenés que presentar con "El Ñato" en una salida institucional prolija».

A su amigo funcionario —ex montonero, abogado constitucionalista, escritor, de impecable imagen pública—, lo seducía la idea de presentarse como candidato a jefe de Gobierno por Buenos Aires, y armar un partido distrital, no nacional. Pero le pareció insensato unirse con Rico, un ex teniente coronel «carapintada» que quince años atrás se había sublevado contra la democracia. Ahora Rico, elegido con el setenta por ciento de los votos, gobernaba el municipio de San Miguel, con los vicios y virtudes del peronismo del 45, el primer peronismo. Al funcionario amigo esa alianza le pareció insensata, al menos al principio.

—¿Y Rico no estará detrás de los que apoyan el golpe? —preguntó.

—No. Te repito textual lo que me dijo «El Ñato»: «si en la Argentina hay golpe, yo armo la guerrilla con vos».

El funcionario se rió. La frase sonó como el eco de una catacumba.

—Pero vos jugás con la ambigüedad, Rodolfo. Hablás de los dos en un plano de igualdad. Pero candidato a presidente es uno.

—El presidente tiene que ser un civil. «El Ñato», como teniente coronel, no puede subordinar a las Fuerzas Armadas. Arranquemos juntos y al final lo cagamos. El candidato vas a ser vos, pero «El Ñato» es un tipo que hay que tener. Tiene aparato, conoce el territorio. Hay que sacarle un poco esa pátina populista porque a los norteamericanos no les gusta. Eso ya lo tenemos hablado.

Su amigo funcionario se preguntaba cómo explicaría a los suyos la naturaleza de esa alianza. La idea lo perturbaba. Eran las seis de la tarde, y el cocinero le trajo un bife con arroz, salpicado con jugo de damasco, y huevos cocinados a la plancha. Galimberti se sirvió una copa de vino. Decía que nunca en su vida había visto el poder tan cerca como esta vez. «Ahora siento que tenemos lo que tanto soñamos tener: gente, equipos, recursos. Después de tantos años de lucha, vamos a lograr de viejos lo que no pudimos de jóvenes. Tenemos que prepararnos para tomar el poder. Nos llegó el momento histórico».

El dolor de a ratos lo perturbaba, pero era tal su entusiasmo que le dio ganas de imaginar los días futuros. Estaba feliz. Se hizo un solo reproche: «Yo me tengo que cuidar de dos cosas. De la ira y de la crueldad». Y en un momento, mientras se acercó a la cocina en busca de un segundo bife, se le cruzó en la memoria el último día en que había sentido ganas de matar.

Galimberti tenía una inquina personal contra todo lo que rodeara a la Justicia. El juicio oral contra Hard Communications por administración fraudulenta, que tenía pendiente para el mes de junio, lo sacaba de quicio: «Que me digan asesino lo acepto, pero que me juzguen por estafador, y además contra un cura, no lo puedo soportar. Voy a sufrir un escarnio mediático», repetía.

En ese tiempo estaba furioso contra la ex diputada Alicia Saadi, con buena llegada en ámbitos judiciales. Decía que le había hecho llegar el mensaje de que a cambio de tres millones de dólares ella se ocuparía de conseguirle una «falta de mérito» y le evitaba el juicio oral. Le pareció una propuesta indignante y la rechazó. Pero su furia contra la Justicia la materializó el día que Carlos Bettini, jefe de asesores de la Procuraduría General de la Nación, ex director de Aerolíneas Argentinas y amigo personal del socialista Felipe González, festejó su cumpleaños en el Club Francés, en octubre del 2001[4].

Como todo cumpleaños de Bettini que se precie, en las mesas había jueces, fiscales, empresarios, agentes de inteligencia y fabricantes de armas. Entre ellos estaba su amigo Galimberti. La fiesta empezó con un disgusto para el ex guerrillero. En la puerta del ascensor se topó con Marcelo Ciaffardini, secretario de Política criminal porteño, quien había criticado su sinuosa trayectoria en un artículo publicado en *Página/12*.

—Con mierdas como vos yo no subo —le anticipó Galimberti. Y se mantuvo a la espera en el hall.

Ya ubicado en una mesa marginal del salón, flanqueado por el funcionario amigo y Javier Martina, volvió a quejarse.

—Esos hijos de puta se están riendo de nosotros —murmuró, clavándoles la mirada.

Enfrente suyo había fiscales de la Procuraduría, jueces y el citado Ciaffardini, todos con sus respectivas esposas. El funcionario amigo se levantó y fue a averiguar si era cierto.

—¿Ustedes se están riendo de nosotros?

—No, riendo no. Pero lo que me preguntaba es cómo un tipo tan inteligente como vos le presta oídos a las boludeces que dice Galimberti —respondió Ciaffardini.

Apenas escuchó su nombre, el ex guerrillero se le fue encima, y le disparó lo primero que le vino en mente:

—¿Vos sabés lo que pasa con la droga cuya liberación vos propendés, cómo mata a los pibes de las villas, rata inmunda? Te voy a cagar a trompadas...

---

[4] Bettini había sido montonero en los años setenta. Tiene a su padre, su hermano, su abuela y su cuñado desaparecidos. Reclamó por ellos en la justicia argentina y los estrados internacionales.

Algunas mujeres trataron de acallarlo para serenar la situación. El funcionario y Galimberti regresaron a su mesa, mientras Bettini seguía con su copa de champagne, saludando a sus invitados en las mesas, como lo hubiera hecho cualquier novio en su fiesta de su casamiento.

Pero Galimberti estaba enloquecido. Fijó sus ojos en la mesa de enfrente y no los movió de ahí hasta detectar cualquier gesto de desprecio. De repente golpeó la mesa:

—Volvieron a reírse de nosotros. Esto se acabó.

Miró a un costado.

—¿Vos cuántas balas tenés? —le preguntó al funcionario.

—Dos cargadores completos.

—¿Vos Javier?

—Lo mismo.

—Bueno, acá debe haber sesenta tipos —calculó—. Matémoslos a todos. Esto se tiene que terminar. Estos extorsionadores hijos de mil puta, que se dejan meter los cuernos por sus mujeres y van en busca de prostitutas, son la decadencia de este país. Viven robándole a la gente. Me han robado a mí, le han robado a todo el mundo.

De golpe se levantó y caminó hacia la mesa de enfrente.

—¡Fiscales ladrones! ¡Chorros! —gritó—. ¡Y vos levantate, Ciaffardini, vamos a arreglar nuestras cuentas afuera!

Un invitado se paró e intentó calmarlo.

—No le arruinemos la fiesta a Carlitos —le dijo.

Galimberti lo sacó del medio.

—¿Vos sabés cuántas muertes tengo encima, gordo imbécil, que te ponés a intermediar?

Ese mediodía sintió que no podía controlar su ira ni su crueldad. Se fue de la fiesta con su Land Rover Defender y aceleró por la avenida Figueroa Alcorta como si estuviera solo en medio de un desierto. Un semáforo lo detuvo. Sólo un semáforo podía detenerlo. Miró la calle, era un día limpio de primavera. Un niño se acercó a su ventanilla para pedirle una limosna. Lo miró con furia.

—Cacho, yo soy peor que vos. Mirame a los ojos. ¿Vos te creés que esta cara me la regalaron? Yo estoy loquito. Tomátelas ya mismo —y el niño salió espantado.

Ese viernes 9 de febrero del 2002, ya había llegado la noche en la sede de Universal Control. Galimberti seguía de buen ánimo y regresó a la cocina en busca de un tercer plato. Como no había nada preparado, le sacó el bife que se estaba comiendo el cocinero y se lo llevó al quincho y empezó a deglutirlo. Al rato, despidió al funcionario amigo. Se le ocurrió preguntarle.

—¿Qué dirá tu hermano si sos candidato a Presidente?

—¿Vos pensás que mi hermano tiene otra cosa en la cabeza que no sea fútbol?[5]

Durante todo el fin de semana, nadie tuvo registro de Galimberti. Se supone que estuvo con «Marianne», o con «Florance», o con sus dos novias juntas. Javier Martina tuvo la primera noticia sobre él el día lunes 11, por la mañana. A través del handy por el que estaban permanentemente comunicados, Galimberti gritaba con voz entrecortada, aunque no se entendía con claridad lo que decía. Martina era mucho más que su asistente. Era su sombra. Se habían cruzado por primera vez en 1994, en una tienda de venta de armas de la galería Bond Street, llamada Soldado de la fortuna. Martina, por aquel tiempo policía, alabó frente a un cliente que ni sabía quién era, las cualidades mortíferas de la pistola Glock 40.

Un año después, Galimberti comía con un grupo de gente en San Isidro, cuando le pareció reconocer en el adicionista superado por los pedidos, a aquel muchacho que lo había convencido de las virtudes de la Glock. Se acercó a la caja, le dio tres besos, y le dejó su tarjeta personal. Alejado ya de la policía, y harto de todo, Martina llamó a Galimberti y le pidió trabajo. El ex guerrillero no dudó: lo contrató como guardaespaldas. Desde entonces, y durante ocho años Martina vivió por y para su jefe. Junto a él aprendió, con didáctica brutal, que el cielo y el infierno pueden ser la misma cosa. Pero esa mañana del lunes 11 de febrero, lo que llegaba parecía ser el infierno.

Galimberti estaba pidiendo ayuda. El dolor lo estaba volviendo loco. «Boutin, Boutin...», repetía por el intercomunicador. Martina fue urgente para su casa, pero apenas llegó a su casa encontró al «Gordo Ale», un reciente «analista de informaciones» del ex guerrillero, discutiendo con la seguridad privada del lugar para que lo autorizara a tirar la puerta abajo. Estaba convencido que el ex guerrillero estaba adentro, desmayado. En ese momento, apareció «Marianne» al volante de la camioneta BMW con su novio tirado en el asiento trasero:

—¡Llamen a la enfermera que el dolor lo está volviendo loco!

Trasladado hasta la cama, Galimberti atribuía el puntazo en la espalda a una vieja caída de un caballo. Al rato llegó la misma enfermera que había estado detrás suyo en los últimos días, y le aplicó un calmante. No sólo no mejoraba sino que estaba muy sensibilizado: «No tengo miedo a morir, pero no quiero estar solo», dijo, y le pidió a Javier que suspendiera todos los encuentros agendados para ese día. A las doce, llegó la primera ambulancia del sistema de medicina prepaga OSDE. El médico lo revisó, le tomó la presión, y desde el borde de la cama dijo:

---

[5] El hermano del funcionario es entrenador de la Selección Argentina de fútbol. En la actualidad, prepara al equipo con vistas al Mundial de Japón y Corea.

—Me parece que usted se está mandando un poco la parte. Evidentemente lo que tiene es un cólico renal.

—¡Pero esto duele más que un tiro, doctor!

El paciente sabía lo que sentía, pero el médico sonrió por la ocurrencia. Sacó el recetario, prescribió un nuevo calmante, Solocalm, de 40 miligramos y se marchó. Martina lo acompañó hasta la puerta. «Ya se le va a pasar», lo tranquilizó el médico.

Galimberti se siguió quejando. Pidió una segunda opinión. Quiso que llamaran a otro médico, un cirujano que lo había atendido en los años ochenta, cuando estaba clandestino. Del otro lado del teléfono el profesional dijo que si era un cólico, convenía comprar otro medicamento, Nero 40, que es más fuerte que el Solocalm. «El Gordo Ale» lo trajo de la farmacia y parecía efectivo: a la media hora, el dolor comenzó a ceder. Galimberti seguía recostado. Pero de golpe, sin permitir que nadie lo ayudara, se dio una ducha y hasta ordenó el baño. Se lo veía más recompuesto. Pero entrada la tarde reapareció el dolor. Otra vez empezó a balbucear:

—¿Gordo, no me estará reventando el aneurisma y me estaré muriendo?

Entre todos tomaron la decisión:

—Rodolfo, hay que internarse.

Galimberti casi no podía hablar. Martina llamó otra vez a la ambulancia. Llegó una de TIM-Galeno. Lo atendió un médico colombiano, que volvió a repetir lo mismo. «Es un cólico», pero luego comprobó que el paciente sudaba y tenía las piernas blancas y heladas. Le aplicó una Buscapina por vía endovenosa y lo conectó a un suero. «Ahora esperen un rato, que ya se le va a pasar», dijo, mientras intentaba retirarse. Pero nadie lo dejó. Era cierto: Galimberti se compensó un poco, incluso comentó que se sentía mucho mejor, y el médico recalcó que «no va a hacer falta internarlo». Por un rato todos se tranquilizaron y se alejaron un rato de la cama. Pero al paciente empezó a bajarle la presión: 12,8; 11,7; 9,7; 7,5; Galimberti le pidió morfina. El doctor, de mala gana, le inyectó una Novarina, un derivado sintético de esa droga. En cuarenta minutos, el cuadro había empeorado. Entonces Javier gritó:

—¡Se nos muere!

Galimberti no quiso que lo trasladaran a una clínica. «No aguanto más, me muero antes de un infarto por el dolor».

—Él ya no puede decidir nada. Lo tenemos que llevar quiera o no —se interpuso «El Gordo Ale».

Finalmente, de las cinco opciones que le ofrecieron, Galimberti aceptó ir al Sanatorio San Lucas, en San Isidro. Javier se subió a la ambulancia de Tim con él. Marianne y «El Gordo Ale» lo siguieron en la camioneta. Cuando llegaron,

Galimberti fue bajado en camilla e introducido a la guardia. Estaba consciente pero con la presión por el suelo. Fue anotado con su nombre en la planilla. Eran cerca de las siete. «El Gordo Ale» pidió entrar a saludarlo: «Dale pelotudo, arreglate, sanate de una vez por todas que tenemos todos los frentes abiertos... », le dijo. «No te hagás problemas». Galimberti intentó sonreírle, pero tenía la mirada sin brillo. Una hora después, el médico de turno reunió a la comitiva para aclararles que no habían presenciado alternativas de un cólico:

—Es algo mucho más grave. Le hicimos una tomografía y descubrimos un aneurisma de aorta disecante.

En síntesis, Galimberti se estaba desangrando. A las nueve y media de la noche, fue llevado al quirófano. Había una última posibilidad médica para salvarle la vida: suturarle la aorta y detener el derrame. Javier llamó al cardiólogo amigo, que se acercó hasta la clínica. El profesional habló con el resto de los médicos, hojeó los estudios y reunió a «Marianne» y a Javier. Con gesto ensombrecido, les anunció: «Es una operación muy compleja. En el sesenta por ciento de los casos no se obtienen resultados positivos. Además, Rodolfo llegó con un cuadro agravado por la demora...».

Javier lo interrumpió:

—Lo podemos trasladar a otro lugar. Llevarlo al Instituto del Diagnóstico.

—No hay tiempo. El plantel que lo va a operar es bueno. Cualquier traslado, a esta altura, empeoraría la situación.

En ese momento, al móvil de Javier entró una llamada de «Maradona». Había pasado por el búnker de Juez Tedín, y no había encontrado a nadie durante toda la tarde. Estaba extrañadísimo.

—Pasame con Rodolfo —le dijo.

Martina no estaba con ánimo de decirle nada. Incluso su jefe, en la guardia, le había indicado. «No avisen nada a nadie». Le cortó. «Maradona» insistió. Llamó al móvil de Galimberti y cuando escuchó la voz del contestador automático, empezó a insultarlo porque no lo atendía.

Durante toda la noche, ningún médico apareció por el hall. No tuvieron noticias. Sólo a las seis y media de la mañana del martes 12, el jefe de Hemodinamia bajó para pedir dadores de sangre. Informó que le habían realizado más de veinte transfusiones. Javier le preguntó por su estado. Que le dijera la verdad.

—La aorta está escamada. Cada vez que suturamos vuelve a abrirse. Está peleando.

En ese momento, Javier vislumbró la posibilidad real de que su jefe muriera. Primero se negaba a la idea, prefería pensar que saldría bien. Que volvería a estar junto a él, a pelearse, a esperarlo sentado durante horas en sus reuniones,

a perder la noción de lo que es el día y la noche. De pronto se descubrió anhelando aquello que tanto lo había fastidiado y un intenso frío se le instaló en la espalda.

A las ocho de la mañana, «Marianne», «Florance», «El Gordo Ale», Flavio Anderson, Norberto y Oscar Seri —los tres últimos de Universal Control— se cruzaban miradas nerviosas por los pasillos. Junto a ellos estaba Liliana Galimberti, hermana del paciente. Después de despedirla en una confitería en Belgrano en 1975, durante veinte años, nunca la había llamado. En 1995 le mandó un remise y se reencontró con ella. La puso a trabajar en los servicios generales de Hard y distintas empresas.

Hubo silencio hasta que bajó un cirujano de esos que hablan con los gestos. Con pasos lentos, las manos en los bolsillos del pantalón, la leve curvatura de su cuello hacia delante, la intermitencia de su parpadeo culposo, dibujó en el aire lo que todos escucharían de su boca unos segundos después:

—El paciente murió.

Galimberti no quería velatorio, ni ceremonia religiosa, ni entierro. Se lo había dicho a «Marianne». Esa era su voluntad. Se dice que fue ella la única que subió a ver el cuerpo. Alguien dio aviso a la Radio Diez y antes de las nueve de la mañana de ese martes 12 de febrero, su muerte fue anunciada en un flash informativo. El funcionario amigo, que había sido convocado para donar sangre a las seis y media, y luego avisado su muerte casi dos horas después, llegó a la clínica pasadas las nueve. Lo encontró a Oscar Seri, un ex agente de Inteligencia del Batallón 601 del Ejército.

—Se nos murió Dios —dijo, apesadumbrado.

—Quiero verlo, Oscar.

—No, no se puede —y lo alejó de la puerta, donde ya estaban ubicados varios cronistas radiales.

El cuerpo de Galimberti quedó en la morgue del Sanatorio durante todo el día, aunque otra versión indica que fue guardado en una casa funeraria, hasta el día siguiente. En tanto, cientos de ex montoneros, amigos, empresarios, agentes de inteligencia y todos los amores, afectos y odios que Galimberti había recolectado a lo largo de los años empezaron a comunicarse entre sí. Querían saber dónde lo enterraban. Desde «Yuyo» y los sobrevivientes de Columna Norte hasta el peronista de derecha Alberto Brito Lima. Pero la información estuvo limitada a un grupo mínimo hasta la medianoche del martes.

El miércoles 13, a las diez de la mañana, en la capilla del cementerio privado Parque Memorial, cuando sus primeros amigos llegaron, el féretro ya estaba depositado cerca de un pequeño altar. A pesar de que la información había sido resguardada, había casi cien personas. Jorge Rodríguez llamó desde Los Angeles. Estaba de vacaciones junto a Susana Giménez, pero Martina le dijo que no

era necesario que viajara. Jorge Born no se comunicó. Estaba el ex carapintada Rico en la primera fila, y también Dolores Leal Lobo, ex esposa de Galimberti. Nadie vio a «Marianne» y «Florance». En realidad, eran pocos los que las conocían. La ex ministra de Trabajo Patricia Bullrich descendió de un auto muy dolorida, con anteojos negros, se acercó al féretro, le dio tres besos a la altura de los pies, y se alejó. Javier Martina estaba en silencio y desolado por dentro. Se sentía responsable porque no pudo convencer a su jefe para que se internara unas horas antes. Liliana Galimberti llegó un poco más tarde. Había quedado a cargo de los trámites administrativos. Finalmente, un cura dio el responso final. La situación se volvió incómoda porque todos sabían que Galimberti, ya desde su infancia en San Antonio de Padua, detestaba a los curas. Alguien le pidió al funcionario amigo que lo despidiera en nombre de todos con algunas palabras. Dijo que era un hombre capaz de parar los ascensores, que había muerto después de pelear en un combate durante más de diez horas, y explicó que cuando daba tres besos, «Rodolfo estaba diciendo, bienvenido a mi mundo». Él mismo se inclinó y dio tres besos en el cajón. En busca del último adiós, apoyó su mano sobre la madera. Un temblor le estremeció todo el cuerpo. Sintió que no estaba.

El féretro fue transportado en un carro con ruedas hasta el interior del crematorio. En ese momento todos comenzaron a retirarse. Era un día de sol, abierto, limpio, luminoso. Liliana se acercó a Javier Martina y para que ahuyentara todos sus fantasmas le regaló la pistola Glock 40 de su hermano. «Es para que nunca lo olvides». Él respondió que jamás podría hacerlo. «Para mí fue casi un padre», y se abrazaron. Unas horas más tarde, ella se llevó para su casa una urna del cementerio.

Cuatro días después dicen que «Marianne», «Florance» y Liliana se encontraron frente al río de la Plata, en las costas de San Isidro, y sin hablar, en un rito íntimo, abrieron la urna para arrojar a las aguas las cenizas del hombre que tanto habían amado.

Mayo de 2002

Agradecimientos

Los entrevistados:

Juan Manuel Abal Medina, Elbio Alberoni, María Cristina Álvarez Noble, Alejandro Álvarez, José Amorín, Jorge Antonio, Eduardo Anguita, Ana María Arregui, Julio Bárbaro, Roberto Bardini, Carlos Bettini Francese, Rafael Bielsa, Miguel Bonasso, Lisandro Brebbia, Alberto Brito Lima, Norman Brisky, Antonio Cafiero, Xavier Capdevielle, Gustavo Caraballo, Juan Cedrón, Miguel Ángel Ciancio, Rosalía Cortés, Saad Chedid, Eduardo De Castex, Miguel de Godoy, Emilio del Guercio, Mercedes Depino, Jorge Devoto, Claudio Díaz, Enrique Drakman, Eduardo Luis Duhalde, Daniel Fernández, Julio Mera Figueroa, Jacinto Gaibur, Liliana Galimberti, Rodolfo Galimberti, Aníbal Gallipoli, Carlos García, Carlos García Blaya, Graciela García Romero, Juan Gasparini, Ignacio Gonzáles Jansen, Pablo González, Langarica, Horacio González, Roberto Grabois, Martín Grass, Carlos Grosso, Juan Carlos Gullo, Eduardo Halliburto, Frank Holder, Graciela Iturraspe, Ernesto Jauretche, Marcelo Langieri, Jorge Ledesma, Jorge Lewinger, Julián Licastro, Dolores Leal Lobo, Marcos Lohlé, Carlos López, Daniel Llano, Abel Madariaga, Raúl Magario, Enrique Mathov, Selva Morán, Óscar Mindori, Ricardo Mitre, Mario Montoto, Mario Naldi, Martín Niklison, Alfredo Ossorio, Lila Pastoriza, Roberto Perdía, Augusto Pérez Lindo, Alejandro Peyrou, Alicia Pierini, Claudia Prince, Martha Roldán, Jorge Raventos, Jesús Rodríguez, Jorge Rodríguez, Roberto Roth, Huberto Roviralta, Carlos Saldi, Juan José Salinas, Antonia Salonia, Nelly Santamaría, Lidia Saralegui, Claudia Segura Reynals, Norberto Soares, Luis Sobrino Aranda, Pablo

Unamuno, Julio César Urien, Fernando Vaca Narvaja, Antonio Valiño, Luis Vicat, Sylvina Walger, Juan Bautista Yofre.

A todos ellos y a los que pidieron permanecer anónimos, muchas gracias.

Muchas gracias también a:

Carlos Lunghi, Rafael Bielsa, Pablo Perantuono, José Eliaschev, Mauricio D'Alessandro, Roberto Baschetti, Héctor D'Amico, Jorge Trasmonte, Miguel Bonasso, Martín Boriés, Jorge Fernández Díaz, Ignacio Pochat, Martín Sánchez, Guillermo Arisó, Darío Gallo, Rodolfo Román, Daniel Capalbo, Alberto López, Cynthia Ottaviano, Néstor «Michi» Ruiz, Pablo Sirven, Edi Zunino, Christian Balbo, Carlos Russo, Ezequiel Fernández Moores, Gabriel Pandolfo, Horacio Convertini, Luis Sartori, Carlos Dutil (*in memoriam*), Fernando Roitberg, Héctor, Beatriz, y José María Yaques, Sergio Limiroski, Juan Carlos Cañete, Marcelo Colli, Guillermo Cantón, Julio Villalonga, Guido Bilbao, Adrián Murano, Ignacio Miri, Juan Gasparini, Fernando Fagnani, Gonzalo Álvarez Guerrero, Silvio Santamarina, Daniel Mordzinsky, Esteban Talpone, Agustín Pereyra, Fernando Camota, Carlos Mutto, Abel Escudero Zadrayec, Sara Cohen, Gustavo González, Carlos «Mako» Somigliana, Juan Alonso, Ricardo Ragendorfer, Dick Alfredo y la hamburguesa McNífica.

Bibliografía consultada

Almirón, Fernando: *Campo Santo. Los asesinatos del Ejército en Campo de Mayo*, Buenos Aires, Editorial 21.

Amorín, José: *¿Qué fue de aquellos héroes que escaparon para no morir?*, Buenos Aires, El Cid Editor.

Andersen, Martin: *Dossier Secreto*, Buenos Aires, Planeta.

Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín: *La Voluntad*, Tomo I, II y III, Buenos Aires, Norma.

Anzorena, Óscar: *Tiempo de violencia y utopía. Del golpe de Onganía (1966) al golpe de Videla (1976)*, Buenos Aires, Ediciones del pensamiento nacional.

Aznárez, Carlos y Calistro, Julio César: *Lorenzo, el padrino del poder sindical*, Buenos Aires, Editorial Tiempo de Ideas.

Baschetti, Roberto: *Documentos de la resistencia peronista (1955-1970)*, Buenos Aires, Editorial de la Campana.

Baschetti, Roberto: *De la guerrilla Peronista al gobierno popular (1970-1973)*, Buenos Aires, Editorial de la Campana.

Baschetti, Roberto: *Documentos. De Cámpora a la ruptura (1913-1976)* Volumen I, Buenos Aires, Editorial de la Campana.

Blaustein, Eduardo y Zubieta, Martín: *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*, Buenos Aires, Ediciones Colihue.

Bonasso, Miguel: *El Presidente que no fue*, Buenos Aires, Planeta.

Bonasso, Miguel: *Recuerdo de la muerte*, Buenos Aires, Planeta.

Braghetti, Anna Laura y Tavella, Paola: *Il Prigionero*, Buenos Aires, Mondadori.

Calveiro, Pilar: *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires, Colihue.

Camilión, Oscar: *Memorias políticas. Conversaciones con Guillermo Gasió*, Buenos Aires, Planeta.

Camus, Albert: *El hombre rebelde*, Buenos Aires, Losada.

Capalbo, Daniel y Pandolfo, Gabriel: *Todo tiene precio, biografía no autorizada de José Luis Manzano*, Buenos Aires, Planeta.

Capote, Truman: *A sangre fría*. Editorial Zigzag.

Carnevale, Susana: *La Patria Periodística*, Buenos Aires, Ediciones Colihue.

Cárpena, Ricardo y Jacquelin, Claudio: *El intocable*, Buenos Aires, Sudamericana.
Cavallo, Domingo: *El peso de la verdad*, Buenos Aires, Planeta.
Cerruti, Gabriela: *El jefe*, Buenos Aires, Planeta.
Chávez, Gonzalo y Lewinger, Jorge: *Los '73*, Buenos Aires, Editorial de la Campana.
CONADEP: *Nunca Más*, Buenos Aires, Eudeba.
Cristiano, Pablo (comp.): *Los argentinos y Palestina*, Buenos Aires, Editorial Línea Nacional.
Cuevas Mardones, Gualterio: *La CIA sin máscara*, Buenos Aires, Ediciones Reflexión.
D'Andrea Mohr, José Luis: *Memoria De Vida*, Buenos Aires, Ediciones Colihue.
De Biase, Martín: *Entre dos fuegos. Vida y asesinato del padre Mugica*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.
De Riz, Liliana: *La política en suspenso 1966/1976*, Buenos Aires, Paidós.
Di Tella, Guido: *Perón-Perón 1973-1976*, Buenos Aires, Hyspamérica.
Diez, Rolo: *Los Compañeros*, Buenos Aires, Leega Literaria.
Enzensberger, Hans Magnus: *El corto verano de la anarquía. Vida y muerte de Durruti*, Anagrama.
Feinmann, José Pablo: *La sangre derramada*, Buenos Aires, Ariel.
Fernández Alvariño y Próspero, Germán: *Z Argentina. El Crimen de Aramburu*, Buenos Aires, edición de autor.
Fernández Díaz, Jorge: *Bernardo Neustadt, el hombre que se inventó a sí mismo*, Buenos Aires, Sudamericana.
Fraga, Rosendo: *El Ejército. Del escarnio al poder, 1973-1976*, Buenos Aires, Planeta.
Franco, Juan Pablo y Álvarez, Fernando: *Peronismo. Antecedentes y Gobierno*, Buenos Aires, Cuadernos de Antropología Tercer Mundo.
Funes, Carlos «Chango»: *No le da el cuero. La novela del retorno*, Buenos Aires, Megalibros Editores.
Galimberti Ernesto, Merlo Enrique: *Crónica de las Familias Merlo y Gámiz y Cuevas*, inédito.
Galimberti, Rodolfo Gabriel: *La Revolución Peronista*, Buenos Aires, edición del autor.
García Márquez, Gabriel: *Noticias de un secuestro*, Buenos Aires, Sudamericana.
García Márquez, Gabriel: *Por la libre*, Buenos Aires, Sudamericana.
Gasparini, Juan: *Montoneros. Final de Cuentas*, Buenos Aires, Editorial de la Campana.
Gasparini, Juan: *El caso Graiver*, Buenos Aires, Ediciones B, Grupo Z.
Gillespie, Richard: *Soldados de Perón*, Buenos Aires, Grijalbo.
Giussani, Pablo: *Montoneros, la soberbia armada*, Buenos Aires, Planeta.

Godio, Julio: *Perón. Regreso, soledad y muerte (1973-1974)*, Hyspamérica.
González Janzen, Ignacio: *La Triple A*, Buenos Aires, Contrapunto.
Goobar, Walter: *El tercer atentado. Argentina en la mira del terrorismo internacional*, Buenos Aires, Sudamericana.
Gorbato, Viviana: *Montoneros, Soldados de Menem. ¿Soldados de Duhalde?*, Buenos Aires, Sudamericana.
Graham-Yooll, Andrew: *Memorias del miedo*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
Granados, Osvaldo: *Jorge Antonio. El testigo*, Buenos Aires, Peña Lillo editor.
Grecco, Jorge y Gonzáles, Gustavo: *¡Felices Pascuas!*, Buenos Aires, Planeta.
Green, Raúl y Laurent, Catherine: *El poder de Bunge & Born*, Buenos Aires, Legasa.
Grieco y Bavio, Alfredo: *Cómo fueron los '60*, Buenos Aires, Espasa Calpe.
Heker, Liliana: *El fin de la historia*, Buenos Aires, Alfaguara.
Horowicz, Alejandro: *Los cuatro peronismos. Historia de una metamorfosis trágica*, Buenos Aires, Planeta.
Izaguirre, Claudio: *Droga en Argentina*, Buenos Aires, Ediciones Arlequín de San Telmo.
Jassen, Raúl: *Jorge Antonio, un argentino frente a la oligarquía*, Buenos Aires, Ediciones ALPE.
Jauretche, Ernesto: *No dejes que te cuenten. Violencia y política en los 70*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional.
Juvenal, Carlos: *Buenos Muchachos*, Buenos Aires, Planeta.
Lanusse, Alejandro Agustín: *Confesiones de un general. Memorias*, Buenos Aires, Planeta.
Lazara, Simón: *El asalto al poder*, Buenos Aires, Colección Tiempo de Ideas.
Levenson, Gregorio: *De los bolcheviques a la gesta montonera. Memorias de nuestro siglo*, Buenos Aires, Colihue.
Levenson, Gregorio y Jauretche, Ernesto: *Héroes. Historias de la Argentina revolucionaria*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional.
Luvecce, Cecilia: *Las Fuerzas Armadas Peronistas y el Peronismo de Base*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
Mailer, Norman: *La canción del verdugo*, Anagrama.
Martínez, Tomás Eloy: *La novela de Perón*, Buenos Aires, Editorial Planeta.
Martínez, Tomás Eloy: *Las Memorias del General*, Buenos Aires, Editorial Planeta.
Martínez, Tomás Eloy: *Santa Evita*, Buenos Aires, Editorial Planeta.
Méndez, Eugenio: *Confesiones de un Montonero*, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta.
Mero, Roberto: *Conversaciones con Juan Gelman. Contraderrota Montoneros y revolución perdida*, Buenos Aires, Contrapunto.

Mittelbach, Federico y Jorge: *Sobre Áreas y Tumbas. Informe sobre desaparecedores*, Buenos Aires, Sudamericana.

Ollier, María Matilde: *La creencia y la pasión. Privado público y político en la izquierda revolucionaria*, Buenos Aires, Ariel.

Page, Joseph A.: *Perón, una biografía*, Buenos Aires, Grijalbo.

Parcero, Daniel; Helfgot, Marcelo y Dulce, Diego: *La Argentina exiliada*, Buenos Aires, Centro Editor América Latina.

Pazos, Luis y Camps, Sibila: *Ladran Chacho. Quién es Carlos «Chacho» Álvarez, líder del Frente Grande*, Buenos Aires, Sudamericana.

Perdía Roberto Cirilo: *Montoneros: La otra historia*, Buenos Aires, Grupo Angora.

Perrault, Gilles: *La Orquesta Roja*, Emecé.

Pintos, Víctor: *Tanguito. La verdadera historia*, Buenos Aires, Sudamericana.

Potash, Roberto: *Ejército y la política en la Argentina (II)*, Hyspamericana.

Ramus, Susana Jorgelina: *Sueños sobrevivientes de una montonera, a pesar de la ESMA*, Buenos Aires, Ediciones Colihue.

Rock, David: *La Argentina autoritaria*, Ariel.

Rosenberg, Tina: *Astiz: La estirpe de Caín*, Buenos Aires, Documentos Página/12.

Roth, Roberto: *Los años de Onganía. Relato de un testigo*, Buenos Aires, Ediciones de la Campana.

Rouquié, Alain: *Poder militar y sociedad política en la Argentina II 1943-1973*, Buenos Aires, Emecé.

Rubio, Julián: *Jorge Antonio, ese gran desconocido*, Buenos Aires, Ediciones Explan.

Salomone, Franco: *Maten al mensajero*, Buenos Aires, Sudamericana.

Schopenhaeur, Arthur: *El amor, las mujeres y la muerte*, Edicomunicación S.A.

Seoane, María: *El burgués maldito. Biografía de José Gelbard*, Buenos Aires, Planeta.

Seoane, María: *Todo o nada. Biografía de Mario Roberto Santucho*, Buenos Aires, Planeta.

Sguiglia Eduardo: *No te fíes de mí, si el corazón te falla*, Buenos Aires, Norma.

Soriano, Osvaldo: *Rebeldes, soñadores y fugitivos*, Buenos Aires, Editora 12.

Spaggiari, Albert: *El gran robo de Niza*, Buenos Aires, Ediciones Martínez Roca.

Timmerman, Jacobo: *El caso Camps, punto inicial*, Buenos Aires, El Cid Editor.

Trímboli, Javier: *La Izquierda en la Argentina. Entrevistas*, Buenos Aires, Manantial.

Turolo, Carlos M.: *De Isabel a Videla. Los pliegues del poder*, Buenos Aires, Sudamericana.

Uki, Goñi: *Alfredo Astiz, el infiltrado*, Buenos Aires, Sudamericana.

Ulanovsky, Carlos: *Paren las rotativas. Historia de los grandes diarios, revistas, y periodistas argentinos*, Buenos Aires, Espasa.

Uriarte, Claudio: *El Almirante Cero. Biografía no autorizada de Emilio Eduardo Massera*, Buenos Aires, Planeta.

Urondo, Francisco: *La Patria fusilada*, Buenos Aires, Ediciones de CRISIS.

Vázquez Montalbán, Manuel: *Quinteto de Buenos Aires*, Buenos Aires, Planeta.

Verbitsky, Horacio: *El vuelo*, Buenos Aires, Planeta.

Verbitsky, Horacio: *Ezeiza*, Buenos Aires, Contrapunto.

Verbitsky, Horacio: *Hacer la Corte*, Buenos Aires, Planeta.

Verbitsky, Horacio: *La Posguerra sucia*, Buenos Aires, Legasa.

Verbitsky, Horacio: *Robo para la Corona*, Buenos Aires, Planeta.

Villalonga, Julio y Salinas, Juan José: *Gorriarán, La Tablada y las guerras de inteligencia en América Latina*, Buenos Aires, Ediciones Magin.

Zapata, Edgar Antonio: *Guerrilla y Montoneros. Ensayos sobre el origen y la evolución*, Buenos Aires, Editorial Fundación Ross.

Diarios y revistas consultados

Análisis, Así, Cambio/16, Caras, Clarín, Crónica, Diario Noticias, El Auténtico, El Descamisado, El Nacional, El Peronista, Evita Montonera, Gente, Humor, Il Messaggero, La Causa Peronista, La Mañana, La Nación, La Opinión, La Prensa, La Primera, La Razón, La Revista, La Semana, L'Express, Mayoría, Militancia, Noticias, Nueva Plana, Página/12, Panorama, Primera Plana, Siete Días, Somos, Sur, Todo es Historia, Tres Puntos, Veintidós, Vencer.

Bibliotecas consultadas (Argentina)

Biblioteca Nacional
Biblioteca del Congreso de la Nación
Hemeroteca de la Legislatura porteña

Abreviaturas

CdeO: Comando de Organización.

CGT: Confederación Nacional del Trabajo.
CGTA: Confederación General del Trabajo de los Argentinos.
CONADEP: Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas.
DNI: Documento Nacional de Identidad.
ERP: Ejército Revolucionario del Pueblo.
FAP: Fuerzas Armadas Peronistas.
FAR: Fuerzas Armadas Revolucionarias.
FREJULI: Frente Justicialista de Liberación.
GAN: Gran Acuerdo Nacional.
GNR: Guardia Nacional Restauradora.
JEC: Juventud Estudiantil Católica.
JP: Juventud Peronista.
JPU: Juventud Peronista Unificada.
JTP: Juventud Trabajadora Peronista.
MNA: Movimiento Nueva Argentina.
MNRT: Movimiento Nacional Revolucionario Tacuara.
MPM: Movimiento Peronista Montonero.
MRP: Movimiento Revolucionario Peronista.
MVP: Movimiento de Villeros Peronistas.
PCR: Partido Comunista Revolucionario.
PJ: Partido Justicialista.
SIDE: Servicio de Informaciones del Estado.
SUD: Sindicato Universitario de Derecho.
Triple A (AAA): Alianza Anticomunista Argentina.
UCR: Unión Cívica Radical.
UOCRA: Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina.
UOM: Unión Obrera Metalúrgica.
UES: Unión de Estudiantes Secundarios.
UNES: Unión Nacionalista de Estudiantes Secundarios.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres gráficos de Anzos S. L.,
Fuenlabrada (Madrid) el mes de junio de 2002.